# MISTERIOS

DE LA

# INQUISICION DE ESPAÑA.

**TOMO SEGUNDO.**

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

# MISTERIOS

DE LA

# INQUISICION DE ESPAÑA

POR

M. DE FEREAL,

CON NOTAS HISTÓRICAS DE

MANUEL CUENDIAS.

**TERCERA EDICION**

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS DEL REPUTADO ARTISTA

EUSEBIO PLANAS.

BARCELONA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE JUAN PONS.

**Calle del Olmo, n.º 13.**

1877.

LIBRARY
SEP 08 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

ES PROPIEDAD DE JUAN PONS

PQ
2445
S8M86
t.2

# MISTERIOS DE LA INQUISICION DE ESPAÑA.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### La inquisicion pintada por un fraile.

José y la doncella quedaron solos.

—La primera tendida en su lecho de tablas, habia revestido la palidez de un cadáver, mientras que José, arrodillado cerca de ella y despues de haberle quitado su mordaza, observaba con la solicitud de un hermano, los cambios que se operaban en su rostro.

Por espacio de un cuarto de hora la jóven continuó inmóvil.

Parecia una difunta y á no ser por el blando movimiento de su seno, el dominico hubiese creido que el dolor la habia abierto las puertas de la gloria.

Lo primero que hizo el jóven, fué hacerla respirar un pomito de sales que siempre llevaba á prevencion en uno de sus bolsillos y mojar su rostro con un pañuelo embebi-

do en el agua de un roto y súcio cántaro que se veia en la mazmorra.

Pero el golpe habia sido tan violento que nada era capaz de devolverla sus sentidos.

Si en aquella estancia hubiese circulado el aire, la jóven no hubiese tardado mucho en recobrarlos; pero ya se sabe que las mazmorras del Santo-Oficio carecian de aire y de luz, de estos dos grandes elementos de que la creacion se muestra siempre tan pródiga, quizá porque son los mas necesarios á la vida.

José determinó, entonces, abrir la puerta del calabozo á fin de que el aire que circulaba en los sombríos corredores entrase en este último y purificase un tanto su atmósfera; luego, viendo que de cuando en cuando cruzaban por aquel corredor algunos familiares del Santo-Oficio y comprendiendo que su solicitud por Dolores le haria sospechoso, el jóven determinó cerrar la puerta y aguardar que el tiempo, la juventud y robustez de la amante de Vargas obraran sus efectos.

Por fin Dolores se recobró del desmayo y fijó sus ojos en torno suyo.

La jóven al ver que un hombre, con el traje de los mismos esbirros que habia visto en la cámara del tormento, se encontraba cerca de ella, lanzó un segundo grito y quiso huir de su lecho.

Pero José la detuvo por el brazo y echando hácia atrás la caperuza que ocultaba su semblante, dijo con voz dulce:

—Tranquilizaos, señora: el hombre que se encuentra á vuestro lado es un bueno y fiel amigo.

La joven se restregó sus ojos, bien como si saliese de un largo y apenado sueño y fijándolos en el dominico, dijo con voz balbuciente:

—Es cierto... sois vos José, pero Dios mio que es lo que ha ocurrido? Mi memoria se confunde en vagos y lúgubres recuerdos. No parece sino que se halla envuelta en una nube de sangre... Veo un hombre pálido tendido en un lecho fúnebre y rodeado por sayones que torturan su cuerpo... Oh Dios mio! ahora lo recuerdo todo, añadió la jóven con un temblor convulsivo: se ha sujetado á Vargas al tormento y yo no pudiendo resistir tantas emociones y al dirigirme al calabozo he caido en tierra sin sentido... Qué fué de don Estéban? Vive? Ha tenido bastantes fuerzas para resistir el tormento?

—Serenaos, amiga mia, replicó José, con voz dulce: Vargas se encuentra en este instante en un cuarto de descanso y es muy posible que el tormento no haya perjudicado su organizacion fuerte y robusta.

—Pero en fin, observó la jóven, por qué se encuentra en el Santo-Oficio?

—Por qué vos os hallais en esta cárcel, señora? preguntó con amargura el dominico. Vargas no cometió otro delito que el de amaros, de la misma manera que vos no cometísteis otro delito que el de nacer bella y hermosa. Preguntádselo á Arbués, á ese mónstruo que oculta su infamia y su vileza bajo el manto del Santo-Oficio, y él os

dará una respuesta cumplida. Yo solo he de indicaros que hace muy pocas horas fué preso y conducido á estas mazmorras.

—Y con qué pretexto se le ha quitado la libertad de que gozaba?

—Harto sabeis Dolores que á la Inquisicion no le faltan nunca motivos para encarcelar á sus víctimas: os diré, sin embargo, que se ha encarcelado tambien á una mujer, que, segun parece se halla complicada en el crímen de que se acusa á don Estéban.

—Una mujer! esclamó Dolores que en aquel instante no pudo evitar un movimiento de celos.

José que comprendió el efecto que en la jóven ocasionaban estas frases añadió:

—Tranquilizaos, señora: si efectivamente esta mujer es cómplice de don Estéban de Vargas, no puede ser mas que una amiga.

—En qué os fundais?

—En la misma naturaleza del delito.

—Esplicaos.

—Parece que esta mujer se presentó ante el inquisidor general con una órden del rey para que se pusiese en libertad á vos y á vuestro padre.

—Y bien?...

—Esta órden, señora, ha resultado ser falsa.

—Falsa!

José hizo un signo afirmativo.

—Y que interés tenia esa mujer en salvarme?

—Lo ignoro.

—Es de Sevilla?

—Nó: vino de la Córte.

—Con quién?

—Con don Estéban.

Dolores palideció.

No llegaba á comprender aquel misterio.

—Y esta mujer es jóven?

—Sí.

—Hermosa.

—Solo vuestra belleza puede competir con la suya.

—Y qué clase de relaciones han mediado entre ella y don Estéban?

—Lo ignoro.

—Creeis que pueda amarla?

—Mucho lo dudo: Vargas no piensa ni vive mas que por vos, Dolores.

La jóven quedó pensativa.

A no dudarlo sentia como en su pecho tomaba cuerpo esa devoradora llama que en la mujer es causa de tantos estragos: la llama de los celos.

Pasado un instante Dolores irguió su cabeza y mirando fijamente al dominico le dijo:

—Decís que esta mujer se encuentra en estas cárceles?

—Sí, señora.

—Pues bien José, yo espero de vos que me dispenseis un obsequio.

—Cuál?

—Que me lleveis al calabozo donde esta mujer se encuentra.

—Ahora no es posible.

—Qué es lo que á ello se opone? interrogó Dolores.

—La presencia de Arbués en estas cárceles.

—No se ha marchado ?

—Nó: es muy posible que quiera ver el efecto que en Vargas ha producido la tortura.

—Y cuándo salga del Santo-Oficio?

—Entonces será mas fácil: no ignorais que ejerzo alguna influencia en la gente que guarda estas mazmorras y que he salvado á mas de una víctima. Hé ahí porque me lisonjeo de que, por fin, llegaré á salvar á don Estéban, á vuestro padre y á vos misma.

—Se pasará mucho tiempo?

—Lo ignoro: obraremos conforme á las circunstancias; mas en cambio puedo aseguraros que el primero que saldrá de estas cárceles será don Estéban.

—Y mi padre? interrogó con ansiedad la jóven.

—Vuestro padre, señora, es un anciano que por su edad y achaques no puede secundar nuestras miras: alcanzará la libertad; pero sus años no le permiten ausiliar á los que quieren destruir el infame poder del Santo-Oficio.

—Se trata quizá de algun complot?

—Sí, Dolores: el pueblo está ya cansado de sufrir el yugo de un tribunal, que, amparado en el manto de la fé católica, esparce el horror y el desconsuelo en las familias. El Santo-Oficio es mas que una institucion religiosa:

es la teocracia convertida en verdugo de la libertad y la conciencia; es el despotismo vistiendo el hábito del fraile. Todo lo vence, todo lo avasalla, y todo lo oprime. Para él nada existe santo y respetable. La virtud, la inocencia, los nobles é hidalgos sentimientos, son para él una vana fórmula. Nada resiste á su empuje: falseando los divinos preceptos de Cristo no reconoce mas ley ni autoridad que su soberbia. Su principal objeto consiste en avasallar el mundo. De ahí sus estraordinarios esfuerzos para oponerse á la propagacion de otras doctrinas que no son las que propaga en el confesionario y en el púlpito y de ahí que invente ese cúmulo de tormentos, donde la cuerda, el agua y el fuego, arrancan de la conciencia los mas profundos y recónditos secretos. El Santo-Oficio todo lo destruye y lo aniquila. Allí donde está la ciencia la virtud, la gloria, la hermosura, la riqueza, están sus esbirros.

Acostumbrado á vivir en la oscuridad y las tinieblas, no puede sufrir la luz ni un resplandor cualquiera que delate al mundo sus crueldades. Odia la ciencia porque ella es la primera base en que se debe levantar la independencia y libertad del pueblo; ódia la gloria porque esta con sus refulgentes esplendores, ilumina los negros y profundos antros donde forja sus rayos destructores; persigue la riqueza porque en su ambicion desea apoderarse de la fortuna agena; castiga la virtud porque es una eterna acusadora á su conciencia; aprisiona la hermosura porque envuelto en el cieno de la lujuria y llevado por un ardor insaciable desea víctimas que acallen sus impúdicas

pasiones. Tal es la inquisicion que por insulto á la humanidad se ha dado en llamar santa. Para alcanzar su objeto, para realizar sus fines, para satisfacer sus deseos, todo lo atropella y lo allana. Se mezcla en la política, se introduce en el seno de la familia, monopoliza las creencias ataca la libertad y amordaza la voz de la conciencia. Todo lo escucha, todo lo sabe, todo lo espía. Para ella no existen secretos porque se mezcla en vuestro pensamiento, en vuestros planes, en vuestro sueño. Su poder es tan grande que convierte al padre en delator del hijo, al hermano en verdugo del hermano, á la esposa en enemigo del esposo. La inquisicion tiende al avasallamiento del mundo y el pueblo que con su buen golpe de vista ha comprendido sus planes, trata de oponerse á los mismos. Hé ahí, pues, porque ahora mismo ós decia que se tramaba contra el Santo-Oficio una conspiracion horrible y hé ahí porque no se halla tal vez muy léjos el instante tan deseado en que se romperán las cadenas de sus víctimas.

Dolores escuchaba con religioso silencio al jóven dominico cuyo rostro al pronunciar estas frases se hallaba resplandeciente de entusiasmo y de luz.

Pasado un instante de silencio la jóven dijo:

—Estraño, mucho, amigo mio, que perteneciendo vos al Santo-Oficio le odieis en tal manera.

—Creeis señora, interrumpió José con voz dulce y triste á un mismo tiempo, que bajo el hábito de un fraile no puede latir un corazon noble y generoso?

—Oh! sí, replicó la jóven con entusiasmo; si yo no co-

nociese esta verdad me la probaria vuestra presencia en este mismo calabozo.

—Fuera de esto, añadió el jóven con voz lúgubre y como si hablara consigo mismo, yo no tan solo ódio al Santo-Oficio...

—Odiais á alguien mas?

—Odio al que es su vida, su cabeza, su jefe, su personificacion mas viva.

—Os referís á Pedro de Arbués?

—Lo adivinásteis, señora.

—Sin embargo, observó Dolores, yo creí que vos erais su favorito, su consejero, su amigo y hasta mas de una vez esta consideracion me ha inspirado hácia vos una desconfianza que solo pudieron vencer los muchos sacrificios que habeis hecho en mi obsequio.

—En efecto, señora, dijo el mancebo con voz opaca, yo soy el consejero, el favorito de Arbués el cual no piensa ni hace nada sin antes recurrir á mi opinion y á lo que él llama mi cariño, pero este cariño es el de la víbora que muerde el seno que le dá vida. Entre Arbués y yo existen cuentas que él por su desgracia ha olvidado, pero que yo recuerdo á cada hora, á cada minuto, á cada segundo y cuyo saldo tendrá que satisfacerse con sangre, porque no puede saldarse de otro modo.

—Tanto os ha agraviado? preguntó Dolores cuyo interés por el mancebo crecia por instantes.

—Ah! señora! los agravios del inquisidor son siempre tan horribles y sangrientos, que dejan en el alma la mis-

ma roja y profunda huella que el hierro ardiendo deja siempre en el cuerpo.

El dominico guardó un instante de silencio bien como si se encontrara sugeto á la influencia de tristes y amargos recuerdos.

Luego continuó:

—Dejemos esta plática, señora: si yo recordase los agravios de Arbués, su alma se ahogaria en un océano de hiel y de amargura: por otra parte vos no comprenderíais nada si antes no os contase una historia de lágrimas y sangre. Vos, sin duda, habreis leido en mi rostro una candidez y pureza que mas de una vez ha conquistado las simpatías de los que me han tratado de cerca; pero esta sencillez y pureza no es otra cosa que una envoltura donde se ocultan los impulsos de mi furor y mi venganza. Ay del inquisidor el dia en que yo pueda lanzar mi máscara y ofrecerme á sus ojos tal como sus agravios y mi infortunio me han formado!... Y al pronunciar estas frases el hermoso semblante del jóven dominico revistió un color pálido, casi lívido, espresion viva y enérgica del furor que en su pecho se agitaba.

Dolores contempló aquel hombre que cuando se hallaba tranquilo usaba el dulce y blando lenguaje de una tímida doncella y cuando la pasion ó el entusiasmo le agitaban parecia revestir las proporciones de un gigante.

Dolores no quiso avivar el fuego que involuntariamente habia encendido en su pecho y comprendiendo que entre él y Arbués existia algun horrible misterio, la jóven

trató de ser discreta y procuró dar otro giro á su plática.

Así es que dijo al mancebo:

—Quedamos, pues, en que me guiareis al calabozo de aquella señora que junto con Estéban me quiso libertar del Santo-Oficio?

—Quedad tranquila, señora, no ignorais que yo cumplo siempre mis promesas.

—Y emplearéis vuestros recursos para volver la libertad á D. Estéban?

—Si vuestro amante, señora, no fuese uno de mis mas fieles y queridos amigos, bastaria que yo viese en él un hombre de corazon hidalgo y generoso para que le libertase de la esclavitud en que gime. Fuera de esto D. Estéban ha sido siempre un jóven que se ha distinguido por su amor á la libertad y á su pátria y la revolucion le necesita. D. Estéban puede ser uno de sus mejores caudillos y el pueblo necesita de su esfuerzo.

—Cuándo le vereis?

—Quizá ahora mismo.

—Pues bien, dijo la doncella, exhalando un gran suspiro: decidle que yo para él soy siempre la misma y que los rigores de Arbués, todos sus recursos, todos sus tormentos no serán bastante á que yo olvide su imágen.

—Está bien, señora.

—En cuanto á la jóven que segun decís vino á la córte y que en union con D. Estéban trató de proporcionar la libertad á mí y á mi padre, no la manifesteis ni la digais lo mas mínimo: yo trataré de sondear su alma y únicamente

os ruego que cuando vayamos á su calabozo me dejeis sola con ella.

—Me mandais algo mas, Dolores?

La jóven por única respuesta alargó su mano al fraile que se la estrechó con cariño.

Un instante despues abandonaba la mazmorra y el rumor de sus pasos se perdia en aquellos húmedos y sombríos corredores.

# CAPÍTULO II.

---

### La tortura del fuego.

Al llegar frente á la cámara del tormento el jóven dominico se detuvo.

Acababa de oir el rumor de ayes y gemidos que salian del interior de la misma.

Disfrazado con el traje de esbirro, el cual era como el salvo-conducto que le permitia recorrer impunemente aquellas lúgubres mazmorras, el jóven empujó la puerta de la cámara y entró en ella.

Lo que se ofreció á sus ojos era, cuando menos, tanto ó mas horrible que lo que habia presenciado anteriormente.

En medio de la estancia atado á un banquillo de madera cuya estremidad inferior remataba en una paletilla de hierro, en cuyos lados habia dos agujeros, veíase á D. Estéban de Vargas, el cual, sintiendo aun el cruento dolor

que habia sufrido en el tormento del agua, se le preparaba el del fuego.

Los gritos y gemidos eran ocasionados por la presion que en sus doloridos miembros ocasionaban las ligaduras.

En el mismo instante en que el jóven dominico llegaba frente á la puerta de la cámara, uno de los sayones daba vueltas á una cuerda que le sugetaba el pecho y la garganta.

José impresionado ya por el espectáculo que habia presenciado anteriormente, contempló aquellos lúgubres preparativos, sintiendo que un temblor convulsivo recorria todos sus miembros.

En un ángulo de la estancia é iluminando su negro ámbito con un resplandor siniestro, veíase un brasero atestado de lumbre. Al verle José hubo de comprender que se queria sujetar á Vargas al tormento del fuego.

Cuando el dominico entró en la cámara no vió en ella mas que dos sayones ó esbirros; pero luego se abrió la puerta y en su dintel aparecieron otros dos personages.

Estos dos personages era un hombre y una mujer.

El hombre era Enriquez, el gobernador de Sevilla; la mujer doña Aldonza de Herrera.

La jóven debia ignorar lo que se proponia hacer Enriquez toda vez que llegó á la estancia con paso firme y tranquilo; mas no bien vió á D. Estéban que permanecia atado al fatal banquillo, y no bien percibió el brasero donde chisporroteaba la lumbre, cuando comprendió que iba suceder algo estraordinario y terrible.

Castigo del fuego.

Así es que volviéndose hácia el gobernador, le dijo:

—Por qué me habeis traido á esta estancia?

—Para que veais, dijo Enriquez, la manera con que el Santo-Oficio sabe castigar á los culpables. No conoceis á ese hombre que se halla atado en el banquillo, esperando la tortura del fuego?

—Nó, dijo Aldonza que en efecto si bien habia viste á don Estéban no le habia conocido tanto por lo demudado de su rostro como por la escasa luz que iluminaba la cámara.

—Pues bien, señora, dijo el gobernador con cruel sarcasmo, acercaos á él; es uno de vuestros mas fieles y consecuentes amigos y no dudo que tendrá un placer en saludaros.

Y al mismo tiempo Enriquez cogió la mano de Aldonza y la llevó hácia el banquillo.

Mas no bien la jóven hubo dado unos pasos cuando lanzó un grito.

Acababa de reconocer á don Estéban.

No era ya aquel robusto y elegante jóven que tanto habia enardecido su alma; Vargas no era el mismo: Su fino y moreno cútis habia revestido un color pálido y verdoso; sus ojos tan negros, tan brillantes, tan cargados de luz, se encontraban amortiguados, foscos, hundidos y sus delgados y purpúreos lábios se lallaban contraidos por el dolor y el sufrimiento.

Parecia imposible que la tortura hubiese producido tan horrorosos efectos en aquella organizacion de hierro. Lue-

go que Aldonza reconoció á Vargas, se arrodilló cerca el banquillo y cogiendo su mano se la llenó de lágrimas y besos.

—Sois vos Aldonza? murmuró el jóven con voz débil; oh! veo que este infierno no se encuentra habitado únicamente por los espíritus malos sino que de cuando en cuando le visitan los ángeles del cielo.

—Dios mio! Dios mio! esclamó la jóven sollozando; qué es lo que habeis hecho don Estéban para que la inquisicion os haga sufrir este suplicio?

—Y por qué vos, señora, os encontrais en este sitio? preguntó á su vez D. Estéban que ignoraba el encarcelamiento de Aldonza.

—Preguntadlo á este hombre.

Y la jóven indicó á Enriquez que enmascarado su rostro y con el traje de los sayones parecia un aborto del infierno.

—Qué le hicísteis?

—Nada: mi delito es el mismo de la señorita de Argoso.

—Ah! replicó Vargas lanzando un gran suspiro; vos, Aldonza, teneis asimismo la desgracia de ser jóven y hermosa. Cuál es el nombre de vuestro verdugo?

La favorita del emperador Cárlos V iba á contestar á don Estéban; pero en aquel mismo instante el gobernador que habia oido estas últimas frases se acercó á Aldonza y la dijo con voz dura:

—Alzad señora: va á empezar el tormento!

La jóven besó por última vez las manos de don Estéban y dirigiéndole una mirada en que iba envuelta la espresion de su cariño, dejó el banquillo y se dejó arrastrar por Enriquez, el cual la llevó al ángulo mas retirado y mas oscuro de la estancia.

Despues el gobernador esclamó con voz de mando y encarándose á los esbirros:

—Acercad el brasero.

Los sayones cogieron aquella gran masa de fuego y la colocaron debajo la paletilla de hierro en que terminaba el banquillo.

Luego haciendo rodar unos tornillos dividieron en tres piezas la paletilla y metieron los piés de D. Estéban en dos agujeros que se proyectaban en el centro, de forma que no era posible el separarlos, hicieron rodar por segunda vez los tornillos, hasta que la herrada paletilla no formó mas que una firme y robusta plancha.

Tal era el principal instrumento que usaba el Santo-Oficio al sugetar sus víctimas á la tortura del fuego.

Vargas, fuesen cuales fuesen sus movimientos, no podia sacar los piés de aquellos terribles agujeros y de consiguiente, puestos en contacto con la lumbre del brasero, ya se comprenderán sus sufrimientos.

Pero antes de que las llamas tocaran sus desnudas carnes era indispensable que el jóven sufriese otra operacion al objeto de que la accion de la lumbre fuese mas viva y enérgica.

Esta operacion consistia en frotar las plantas de sus

piés con aceite ó grasa sobre la cual las llamas del brasero prendian fácilmente.

Aldonza contemplaba estos preparativos con un horror siempre creciente.

Parecíale imposible que el corazon del hombre hubiese podido encontrar esos sufrimientos de crueldad.

Por lo que toca á Enriquez observaba uno por uno los movimientos de los sayones á los cuales daba sus órdenes que eran ejecutadas con una precision matemática.

Entre estos sayones habia uno que se distinguia por la destreza y entusiasmo que en sus movimientos empleaba y por la atencion con que observaba la víctima.

Iba y venia por la estancia, apretaba las cuerdas que sugetaban á Vargas al caballete; avivaba la lumbre del brasero y tomaba, en fin, las necesarias medidas para facilitar la egecucion de la tortura.

Este hombre era Pedro de Arbués.

Ya se recordará que él y Enriquez habian convenido en aplicar por sí mismos el tormento, al objeto de que este fuese gradual y de que no ocasionase la muerte á D. Estéban.

De ahí que Enriquez hubiese prestado su ausilio á los esbirros cuando torturaron á Vargas en presencia de Dolores y que luego Arbués hiciera el oficio de sayon cuando llegó el momento de torturarle en presencia de Aldonza.

Los dos iban con el traje de esbirros y sus semblantes veíanse cubiertos con un capuchon negro con tres agujeros por donde podian ver y respirar.

Durante el tormento del agua, José habia reconocido perfectamente á Enriquez de la misma manera que durante el del fuego, habia conocido al inquisidor Arbués.

Pero en cambio el jóven no habia sido conocido ni de uno ni de otro gracias al profundo silencio que observaba.

El protector de Dolores contemplaba uno por uno aquellos preparativos siniestros y no quitaba sus ojos de Arbués y del gobernador Enriquez, sin que, por esto, olvidase á Vargas y á Doña Aldonza.

Conforme lo habia ordenado Enriquez, el brasero habia sido colocado cerca de la víctima y los piés de ésta se encontraban ya metidos en los dos agujeros de la paletilla en que terminaba el caballete.

Arbués con una solicitud feroz habia untado sus piés con grasa y no aguardaba mas que una órden, un movimiento, un gesto de Enriquez, para comenzar la tortura.

Esta órden no se hizo aguardar mucho.

Enriquez, que seguia al lado de Doña Aldonza de Herrera, hizo una seña, y Pedro de Arbués, ayudado por otro esbirro, acercó el brasero á los piés de su víctima.

Al sentir el horrible contacto del fuego el jóven lanzó un grito que resonó en el corazon de Aldonza como un toque funerario.

El tormento del agua, sin dejar de ser cruel, no impresionaba tanto como el del fuego.

El uno era mas lento, mas angustioso; el otro era mas enérgico y horrible.

Vargas tendido en el banquillo, no podia observar la actitud de los esbirros y de consiguiente no habia visto la accion ó movimiento con el cual estos acercaron á sus miembros al brasero. Así es que al sentir el calor del fuego el jóven lanzó un grito indescribible.

Impulsada por el grande amor que inspiraba al mancebo, Aldonza, al observar sus sufrimientos, se separó de Enriquez y se dirigió, con rápido y atropellado paso, hácia Vargas que le dirigió una mirada llena de gratitud y dulzura; mas al llegar en el centro de la estancia Enriquez volvió á cogerla del brazo y arrastrándola á uno de los mas oscuros ángulos de aquella lúgubre estancia, dijo:

—Es inútil señora: vuestros esfuerzos, vuestras lágrimas se estrellarán contra el poder del Santo Oficio. Vargas tiene que sufrir el tormento y solo existe un medio con el cual puede salvarse.

—Existe un medio y lo callais? preguntó en tono de reproche y lleno de desesperacion Aldonza.

—Lo callo señora, porque he apreciado ya vuestro carácter y tengo la certeza de que accedereis á mis instancias.

—No os comprendo caballero... esplicaos.

—Hablad mas quedo, señora; no hay necesidad de que nadie comprenda nuestra plática.

—Continuad..... ya os escucho. Decíais que solo existe un medio para salvar á Don Estéban....

—En efecto, señora, dijo Enriquez; y este medio se encuentra en vuestras manos. Recordais nuestra conversacion habida en el *Ciervo de Oro?*

—Sí, replicó Aldonza que comprendió enseguida las intenciones de Enriquez.

—Pues bien, señora, entonces debísteis comprender que en mí existian dos hombres: el que ama y el que se venga. En este instante no siento mas que la venganza; pero vos, Aldonza, podeis convertir este sentimiento en un dulce y ardiente cariño... Me habeis comprendido?...

Aldonza sonrió de una manera imperceptible.

En su mente habia cruzado una idea verdaderamente infernal.

Dispuesta á sacrificar su vida en obsequio á la de Vargas, Aldonza se propuso salvarle aunque fuese con riesgo de su misma honra y por consiguiente se dispuso á prometerlo todo á Enriquez dejando que el tiempo y las circunstancias ausiliaran la realizacion de sus proyectos y evitando, de esta manera, el cumplir la promesa que haria á Enriquez.

Así es que dijo á este último, esforzando por sonreir y envolviéndole en una lúbrica mirada:

—Os comprendo, caballero..... deseais que acceda á vuestras pretensiones amorosas?...

—Sí, Aldonza, contestó Enriquez, que al oir la dulzura con que le hablaba la jóven sintió como un estremecimiento nervioso recorria todos sus miembros.

—Y si yo os prometo que accederé á vuestras caricias,

dareis órden para que inmediatamente se suspenda la tortura?

—Sí.

—¿Y pondreis en libertad á D. Estéban?

—Ahora nó; pero será libre despues que hayais accedido á mis instancias.

Aldonza guardó un instante de silencio, durante el cual acabó de redondear sus planes.

Luego dijo:

—¿Cuánto tiempo necesita Vargas para curarse de los estragos que le ha ocasionado el tormento?

—Quince dias, señora.

—Pues bien, dentro de quince dias, cuando esté ya sano y cuando os halleis dispuesto á abrirle estas cárceles, yo, señor Enriquez, seré vuestra.

—¿Entonces, daré órden para que se suspenda el tormento?

—Sí.

Enriquez no cabiendo en sí de alegría y no comprendiendo las intenciones de la jóven, se dirigió hácia los esbirros y les dijo:

—¡Basta! llevad al paciente á un cuarto de descanso y guardad con solicitud sus heridas.

Arbués al oir esta intimacion de Enriquez, se volvió y fijó en él sus ardientes y penetrantes ojos.

El gobernador de Sevilla correspondió á este movimiento con una sonrisa de triunfo.

Esta sonrisa equivalia á decir:

—He alcanzado, por fin, mi objeto.

Arbués comparó la fortuna que cabia á Enriquez con la desgracia de que él con respecto á Dolores habia sido víctima y lanzó un suspiro.

Luego quitó el brasero que aun permanecia debajo los piés de Vargas é hizo una seña al otro esbirro para que desatase las cuerdas que agarrotaban sus miembros.

José habia contemplado mudo y silencioso aquella escena y por mas que no hubiese oido la plática que habia mediado entre Enriquez y la jóven, habia comprendido que se ocultaba en ella algun misterio.

Este misterio no era muy difícil comprenderle: Aldonza era jóven y hermosa, y Enriquez, como todos los hombres del Santo-Oficio, era apasionado y lúbrico. En su concepto, Aldonza habia cedido con buena ó mala fé á sus exigencias y de ahí que se suspendiese la tortura.

Luego que Vargas hubo salido de la cámara del tormento, Enriquez dió órden para que se llevase á Doña Aldonza á su mazmorra.

Entonces José se ofreció á acompañarla.

Enriquez, viendo que el que se ofrecia para ejecutar este servicio, era un hombre que vestia el traje del esbirro, no observó lo mas mínimo y encargó tan solo á José que tratase á la jóven con solicitud y cortesía.

El jóven dominico se inclinó profundamente ante Enriquez y siguió á Aldonza que se despidió del gobernador encendiendo su alma con una mirada en que brillaba el falso amor y la lujuria.

Pasado un instante, Arbués y Enriquez subian á la cámara de las declaraciones.

—Y bien? preguntó Arbués.

—Por fin ha cedido, replicó Enriquez.

—En verdad que te ha cabido gran fortuna. Yo, bien lo ves, dijo el inquisidor con tristeza, soy el hombre mas desgraciado que en la tierra existe.

—No todo se ha perdido, monseñor.

—Alientas alguna esperanza? dijo el inquisidor fijando sus penetrantes ojos en Enriquez.

—Sí, monseñor.

—Conoces algun medio para que me quepa á mí tu fortuna?

—Muy sencillo.

—Esplícate.

—No habeis torturado á su padre y á su amante?

—Sí.

—Pues bien: torturadla á ella misma.

—Se resistirá de igual modo.

—No lo creais: se dejará caer en vuestros brazos.

—Sea! dijo Arbués lanzando un gran suspiro; haremos la postrer tentativa.

Y cambiando el uno el traje de sayon por el de fraile dominico, y cogiendo el otro su capa y su espada, abandonaron, los dos, aquella triste y fúnebre sala, bajaron las escaleras que guiaban á la calle, y fatigados por las luchas que acababan de sostener con sus víctimas, se dirigieron á sus respectivas moradas.

# CAPITULO III.

---

### Un protector de Aldonza.

Ya se recordará que José habia acompañado á doña Aldonza de Herrera hasta su mismo calabozo.

El jóven deseaba entablar con ella una plática: pero el lugar en que se hallaban y su mismo traje de esbirro, no eran lo mas á propósito para inspirarla confianza.

Esto no obstante, el jóven quiso probar fortuna, y antes de cerrar la puerta de la mazmorra, dijo á Doña Aldonza:

—Yo, señora, es muy posible que antes de muy poco vea á D. Estéban de Vargas, quereis que le manifieste algo en vuestro nombre?

La jóven miró al fraile y replicó no sin cierta desconfianza:

—Ignoro, quien sois, amigo mio, y de consigiente nada puedo encargaros.

—Por qué, señora!... dijo el dominico en voz dulce.

—Porque vos perteneceis al Santo-Oficio, y en estas bóvedas no reina mas que la crueldad y la infamia.

—Y creeis, doña Aldonza, replicó José con un acento que impresionó dulcemente el alma de la jóven, creeis que en estas bóvedas no puede alentar un corazon hidalgo y generoso?

—Mucho lo dudo.

—Y si yo os dijese que soy un fiel amigo de Vargas?

—No lo indica vuestro trage.

—Me tomais por un esbirro?

—No tengo derecho para creer otra cosa.

—Pues bien, os equivocais, Aldonza, replicó José.

—Dadme de ello una prueba.

—Lo conocereis por mi rostro.

Y al pronunciar estas frases, José tiró hácia atrás el capuchon que cubria su rostro y su cabeza y se mostró en toda su hermosura á doña Aldonza.

La jóven reprimió un grito de sorpresa.

Nunca habia visto un semblante, que, como el del fraile, ofreciese tanta pureza y correccion de líneas.

El jóven todo lo parecia menos esbirro. Su rostro era el de un ángel descendido del cielo para consolar á los desgraciados.

Así es que luego que le hubo contemplado un buen instante, doña Aldonza, dijo:

—En efecto, caballero; vos podreis serlo todo menos un esbirro.

—Ya os dije, señora, replicó José, que yo era un fiel amigo de D. Estéban de Vargas; me encuentro aquí para proporcionarle su fuga.

—Y él conoce vuestra permanencia en estas cárceles? preguntó la jóven.

—D. Estéban cifra en mí sus esperanzas, y si obedece fielmente las instrucciones que yo intento darle, alcanzará su libertad muy en breve.

—Tardará muchos dias? preguntó doña Aldonza que de pronto recordó sus compromisos con Enriquez.

—Lo ignoro, señora; esto dependerá de las circunstancias. Fuera de que, hoy por hoy, aunque se le devolviese la libertad no podria aceptarla...

—En efecto, la tortura le ha colocado cerca las lindes del sepulcro, y Vargas carece de aliento para dar un paso.

—Cabal; pero entretanto no llega este instante, permitidme que os hable de otra persona que quizá tal vez os interese.

—A quién os referís? preguntó doña Aldonza sorprendida.

—A doña Dolores de Argoso.

—A doña Dolores de Argoso! repitió la jóven con un acento en que habia una mezcla de celos y sorpresa. Conoceis á esta señora?

—Mucho.

—Se encuentra aun en estas cárceles?

—Sí, señora. A semejanza vuestra y de don Estéban,

se encuentra en estas mismas galerías que son las mas profundas y horribles del Santo-Oficio.

La jóven guardó silencio.

Parecia reflexionar profundamente.

Luego interrumpió:

—Me sería muy difícil el verla?

—Nó: por el contrario: la señorita de Argoso desea tambien celebrar con vos una entrevista.

—Dónde?

—En su calabozo, en el vuestro, en cualquier parte.

—Y luego, dijo Aldonza, lanzando un gran suspiro, me será posible ver á don Esteban?

—Nó.

—Por qué?

—Porque en este instante el señor de Vargas se encuentra entre la la vida y la muerte, y el Santo Oficio aprecia y se goza demasiado en sus víctimas para dejarlas sin su ausilio.

—Creeis pues...

—Creo que Vargas se encuentra rodeado de enfermeros que cuidan de sus heridas y que nos privarán por algun tiempo de verle.

En efecto, murmuró la jóven entredientes; si muriese, Enriquez no lograria su objeto.

—Decíais, señora?...

—Nada: afirmaba para mí lo que decíais ahora mismo en lo cual mostrais gran discrecion y prudencia.

Luego, sonriendo de una manera imperceptible y como

si acariciase la infernal idea que habia cruzado por su mente, dijo:

—Si realmente sois un amigo de Vargas, yo, caballero, me tomaré la libertad de pediros un obsequio.

—Mandad, señora; estoy á vuestras órdenes.

—Antes de todo, permitidme que os dirija una pregunta, añadió la jóven.

—Creeis que una mujer tiene aquí muy segura su honra?

—Nó, por cierto, replicó José; y mas si como vos esta mujer es jóven y hermosa.

—Entonces le concedeis derechos para defender su honra á todo trance.

—Nada tan justo.

—Pues bien, caballero, mi honra se encuentra amenazada.

—Temeis las asechanzas de Enriquez?

—Lo adivinásteis·

—Qué deseais para evitarlas?

—Al desabrocharos vuestra túnica de esbirro, he visto que un puñal brillaba en vuestro cinto...

—Y bien, señora?...

—Deseo que me lo presteis: yo lo ocultaré en mi seno, y haré de él el uso conveniente.

—No es posible, señora, esclamó José con voz lúgubre.

—Por qué?

—Porque este puñal se encuentra destinado á vengar un agravio mucho mayor que el vuestro.

—Tambien os ha ofendido Enriquez? preguntó Aldonza, dejándose llevar por la simpatía y curiosidad que le inspiraba el mancebo.

—Nó, señora.

—Entonces?...

—Me ha ofendido Pedro de Arbués que, cuando menos, es tan cruel y tan infame como Enriquze.

—Pero vos, interrumpió Aldonza, no os vengareis ahora mismo?

—Lo ignoro, señora: el instante en que se debe realizar mi venganza es incierto; Dios fijará la hora y guiará mi mano. Pero tales pudieran ser las circunstacias, que yo mismo abreviase el plazo que la Providencia ha fijado.

—No os comprendo.

—Me espreso en estos términos porque si Arbués tratase de satisfacer sus lúbricos deseos en la señorita de Argoso, mi puñal atravesaria su corazon de parte á parte.

—Y sospechais que en este mismo instante Arbués trata de satisfacer en ella sus caprichos? interrogó doña Aldonza, estremeciéndose.

—No sospecho nada, señora; pero de un hombre como Arbués que todo lo conculca y atropella, se puede esperar cualquier cosa.

—Así pues no me cedeis vuestra arma?

—Ya os dije que se encontraba destinada á vengar un agravio mucho peor que el que os ha inferido Enriquez; pero en cambio os prometo entregaros otro puñal con el que podreis libraros de las asechanzas de este mónstruo.

—Cuándo?

—Mañana mismo.

—Entonces no insisto: veo que sois un bueno y leal amigo.

El fraile estrechó la mano á doña Aldonza.

Luego dijo:

—Quereis ver á la señorita de Argoso?

—Oh! sí: lo mas pronto posible!

—Enhorabuena, interrumpió el jóven dominico, pero antes de todo es necesario que yo me convenza de que no ha quedado nadie en estos lóbregos y sombríos corredores.

—En efecto, amigo mio, dijo Aldonza: la mas ligera imprudencia puede echar por tierra nuestros planes.

—Entonces permitid dijo el fraile que cierre vuestra mazmorra: iré á la de Dolores, examinaré si ha quedado alguien en estas profundas galerías y si no veo riesgo alguno, celebrareis vuestra entrevista.

—Deseais que vaya á su calabozo?

—Nó, señora: Dolores vendrá al vuestro; es mucho mas retirado que el suyo.

—Entonces os aguardo.

José estrechó la mano de la jóven, dejó el calabozo y cerró su puerta con cuidado.

Pasado un instante, envuelto en su fúnebre ropage y con silencioso y recatado paso, el dominico se deslizaba por aquellos sombríos y profundos corredores. Cualquiera que le hubiese visto le hubiese tomado por alguna alma en pena.

Al llegar frente á la cámara del tormento se detuvo.

Luego empujó con tino su puerta y dirigió una profunda y penetrante mirada en aquel oscuro y lóbrego recinto.

En uno de sus ángulos percibíase un resplandor rojizo que iluminaba gran parte de la estancia.

Era el brasero donde algunos momentos antes se habia dado tortura á don Estéban.

José abrió una linterna sorda que llevaba á prevencion en su cinto y examinó la cámara.

No habia nadie.

Luego apagó su linterna, salió de aquella estancia y continuó su camino por aquellas largas y tortuosas galerías.

Reinaba en estas el mas profundo silencio.

Solo de cuando en cuando se oia algun gemido que, brotando en las mazmorras cuya puerta daba sobre aquellas mismas galerías, se prolongaba bajo sus bóvedas como una voz de agonía.

Estos gemidos eran lanzados por las desgraciadas víctimas que habia encarcelado el Santo-Oficio.

Por mas que el jóven dominico se hallase ocostumbrado á esta clase de emociones, sentia como su corazon palpitaba con fuerza.

Por fin al revolver de una estrecha galería el fraile se detuvo.

Acababa de llegar frente al calabozo de la señorita de Argoso.

Por entre las rendijas de su puerta brillaba una luz.

José antes de interrumpir el silencio y la paz que reinaba en el interior de la estancia, aplicó sus ojos por entre las rendijas de la puerta y en el interior del calabozo vió una mujer que permanecia arrodillada.

Esta mujer era Dolores.

No pudiendo conciliar el sueño y asustada por el recuerdo que le habia dejado aquella triste y fatal noche, la señorita de Argoso habia dejado su lecho ó mejor dicho su pobre y miserable estera y encendiendo una luz, se habia arrodillado para dirigir á Dios sus plegarias.

El dominico dió un golpecito á la puerta y la jóven, sorprendida de que en aquellas horas, se llamara á su puerta, se incorporó con presteza.

—Quién es? preguntó.

—Abrid, Dolores; soy un amigo, dijo el fraile en voz muy baja.

La jóven, al reconocer la voz de su protector, corrió hácia la puerta y dijo:

—Entrad, amigo mio: qué ocurre? no esperaba que me visitáseis á estas horas.

—No ignorais, señora, que para vernos debemos obrar con gran tino y aprovechar las ocasiones que ofrecen las circunstancias.

—Traeis alguna nueva?

—Ya recordareis que manifestásteis un vivo deseo por celebrar una entrevista con doña Aldonza de Herrera.

—En efecto.

—Pues bien, doña Aldonza os aguarda.

—Dónde?

—En su mismo calabozo.

—Podemos ir á él sin correr ningun riesgo?

—Sí, señora: yo guiaré vuestros pasos.

—Entonces vamos.

Al llegar frente al calabozo de Aldonza el jóven se detuvo.

—Abrid, señora, esclamó en voz baja y arrimando sus lábios á la cerradura de la puerta.

Esta se abrió y en su dintel apareció la favorita de Cárlos V.

—Sed bien venida, señora, dijo Aldonza, tendiendo una de sus blancas y pequeñas manos á la señorita de Argoso.

Dolores estrechó con placer aquella mano y saludando á la jóven entró en el calabozo.

El dominico se quedó cerca el dintel de la puerta y dijo:

—Permitid, señoras, que os deje: debo suponer que tratareis asuntos de importancia, y fuera de esto, necesitais que alguien vele por vuestra tranquilidad y reposo. Yo continuaré vigilando en estas galerías, y cuando vos, Dolores, querais volver á vuestra cárcel, dareis un golpecito á esta puerta.

E inclinándose ante las dos jóvenes, el fraile cerró la puerta de la mazmorra y se perdió en la oscuridad de aquellas silenciosas galerías.

# CAPÍTULO IV.

---

### Las dos rivales.

Dolores y doña Aldonza se encontraron frente á frente.

Llevadas por su natural curiosidad y por ese instinto que conduce á examinar la hermosura que distingue á dos rivales y que nunca abandona la mujer, Dolores y doña Aldonza lo primero que hicieron fué cambiar una mútua ojeada con la cual formaron un concepto de su belleza respectiva.

Una y otra se quedaron sorprendidas: Dolores no pudo menos que admirar en doña Aldonza el esplendor de su radiante y enérgica hermosura que recordaba uno de los tipos árabes mas puros; doña Aldonza tuvo que admirar la angelical belleza que caracterizaba el rostro de Dolores, la dulzura y nobleza de sus líneas, y esa candidez y pureza

que nunca abandona la mujer cuya virginidad no está aun perdida.

Las dos jóvenes se contemplaron no solo con admiracion sino con una sombra de celos.

La una reconocia en la otra prendas mas que suficientes para encender en el corazon de Vargas una pasion inestinguible: pero las dos guardaron por un instante el mas profundo silencio.

Dolores habia sido la primera en solicitar aquella entrevista y por consiguiente debia ser tambien la primera en romper este silencio.

Así es que luego de haber invitado á su rival que se sentara en su lecho de tablas, único mueble que se veia en la estancia, dijo:

—Me consta, señora, que os habeis tomado un grande y estraordinario interés por mi suerte, y que hasta en vuestro deseo por salvarme, os encontrais en estas cárceles: permitidme, pues, que os manifieste mi agradecimiento por la hidalgía y nobleza de vuestra alma, y que me ofrezca á vos no como una amiga sino como una dulce y cariñosa hermana.

—Vuestro ofrecimiento, señora, repuso Aldonza, me es tanto mas agradable, cuanto me anima á que yo insista en la realizacion del sacrificio que me he impuesto en el fondo de mi alma, y que no tardará mucho en consumarse. Acepto, pues, vuestra oferta y solo siento que an-

de muy breves dias no podré corresponder á vuestro dulce y leal cariño.

—Por qué señora? interrogó Dolores que no comprendió bien el sentido de estas frases.

—Porque dentro de muy poco tiempo me encontraré muy léjos de vos, amiga mia.

—Creeis que podreis salir de esta cárcel?

—Sí.

—Y abandonareis Sevilla?

—Nó.

—Entonces, nos veremos y podremos continuar nuestras amistosas relaciones, inauguradas en un lugar y ocasion tan tristes.

Aldonza movió tristemente la cabeza.

—No lo creais, señora...

—Creeis que al fin y al cabo, José no logrará libertarnos?

—A vos, sí, pero á mí nó. En cambio, añadió la jóven con dulce melancolía, yo, señora, me libertaré á mí misma.

—No os comprendo.

—Quiero decir, amiga mia, que vos saldreis de aquí con la vida, mientras que yo solo saldré de aquí con la muerte.

—Santo cielo! qué estais diciendo, amiga mia?

—Lo que sucederá de un modo fijo y positivo.

—Os sentís mala? os encontrais enferma?

—Nó, por cierto.

—Entonces?...

—Antes de quince dias, yo, para salvar mi honra, habré dado fin á mi existencia. De este modo consumaré el

sacrificio que me propongo hacer en aras de mi arrepentimiento y estravíos y conquistar la palma con que me ofreceré al Sér Supremo.

—Tan culpable sois?...

—Mucho: Dios ha tocado mi corazon inspirándome un amor cuya realizacion es imposible, y cuya energía y pureza yo consagraré con mi sangre. Este amor ha sido tan grande y tan sublime que me ha hecho adorar á una persona que para cualquiera otra muger se hubiese convertido en un objeto de rencor y de ódio.

—Quién es esta persona?

—Mi rival, señora.

—Y el caballero que favoreceis con este amor lleno de abnegacion y sacrificio?

—D. Estéban de Vargas.

Dolores palideció.

El golpe no podia ser mas directo y mas certero.

Era un guante que se arrojaba en la arena de la lucha.

Pero nó; entre aquellas dos mugeres la lucha era imposible.

Aldonza se confesaba vencida, y por otra parte, Dolores tenia un corazon demasiado noble y generoso, para que hiciese gravitar sobre ella el peso de su legítimo triunfo.

Así es que al oir esta confesion, la señora de Argoso bajó con modestia su cabeza, y dijo con voz casi imperceptible, bien como si no se atreviese á decírcelo á sí misma.

—Mucho le amais, Aldonza!....

—Si le amo!..... interrumpió esta última, lanzando un gran suspiro; vos, amiga mia, aunque consulteis el fondo de vuestro pecho y encontreis en él un infierno de pasion, no os formareis una idea de la que arde en lo profundo de mi alma. Vuestro cariño será tal vez mas puro, mas delicado, mas antiguo; pero no será como el mio tan avasallador y enérgico. Si es cierto que una pasion sin esperanza constituye el verdadero amor, yo la siento en su espresion mas ardiente y mas sublime. Preguntadle sino al mismo D. Estéban: exigidle que os cuente mis sacrificios, y comprendereis su medida. Yo, por Vargas he trocado la esplendidez y la riqueza por la miseria y el infortunio; yo, por él, he dejado la tranquilidad y el lujo de los salones, por el rumor y estruendo del combate; yo, por él, he descendido las graderías de un trono, para bajar á estas inmundas y fúnebres mazmorras. Los dulces atractivos de un bienestar magnífico, los galanteos y obsequios de la gente mas noble y mas poderosa del reino, la afortunada sumision de un rey que es el mayor príncipe del mundo, todo lo he sacrificado para alentar en mi alma un fantasma de amor que vos deshicísteis como un soplo!.....

—Ah señora! interrumpió á esta sazon Dolores; no me echeis, por Dios, la culpa de vuestra desgracia!.....

—Oh nó! interrumpió á su vez la favorita de Cárlos V; no os echo á vos la culpa de mi infortunio: culpo únicamente á la fatalidad que me persigue, ó, mejor dicho, á mi ardiente fantasía que vagando por espacio de muchos

años en ideales regiones, descendió á la tierra para fijarse en Don Estéban y ver en él la realizacion de sus sueños. Escuchad, señora, añadió la jóven acercándose á Dolores y estrechando sus manos con dulzura: yo, antes de conocer á Vargas, nunca habia amado: acostumbrada al esplendor y la riqueza; engalanada con los atavios de la fastuosidad y el lujo; rodeada por una córte de galanes que arrullaban mi oido con frases de admiracion y de sorpresa; querida por un rey que, con la inmensidad de sus dominios parecia ceñir su frente con el mismo sol del universo, yo, sin que dejara de sentir un inconsciente volcan en el fondo de mi alma, no sentia otro cariño, otro amor, otros impulsos que los que siente la mujer que no encontrando un sér en quien cifrar las aspiraciones de su espíritu, concluye por adorarse á sí propia. Yo sentia en el fondo de mi pecho cierta cosa vaga, profunda, ignorada, pero sin que nada fuese lo bastante á darle una forma tangible y espresiva. Yo sentia en mi corazon las llamas de un fuego ardiente; mas sus resplandores no hacian otra cosa que iluminar el ídolo que se reflejaba en el espejo de mi variedad y mi orgullo. Así es que yo no veía á nadie en el mundo: mi corazon se hallaba absorto en la contemplacion de mi hermosura y mi belleza. Yo no sentia otro cariño que el que me inspiraban mis galas y atavíos, ni oía otras frases que las de esos mil adoradores que con sus elogios procuraban conquistar alguna de mis frívolas sonrisas. Pero llegó un dia en que se operó en mi alma una revolucion estraña. Este dia fué el mismo en que conocí y hablé á D. Estéban.

Yo, en el esplendor de los alcázares, en las fiestas de la córte, en el tropel de galanes que se disputaban mis miradas, nunca habia visto un hombre que, aparte de sus prendas físicas, alentase un corazon tan digno, tan valiente y tan entero. Puse en juego todos los inmensos recursos de que puede disponer una muger que, á mas de ser jóven y hermosa, es la favorita de un príncipe y todos estos recursos hubieron de estrellarse ante la energía y firmeza de su alma. Yo comprendí que, al fin y al cabo, habia encontrado el tipo que acariciaba en las regiones ideales de mi mente y parte por vanidad y orgullo y el resto por inclinacion y cariño, emprendí la gigantesca obra de uncirle al carro de mis conquistas. Una vez lanzada en la pendiente de un amor ardiente é irreflexivo, yo olvidé y lo despreció todo: al principio le sacrifiqué el reposo y tranquilidad de mi espíritu, y luego, abandonando la córte y devolviendo al príncipe la fastuosidad y el lujo con que rodeaba mi hermosura, dejé el esplendor de mi palacio, y fuí en seguimiento de Vargas, que, por celos del monarca y por su indiferencia hácia mí, empuñó la espada y luchó como valiente en los campos de Castilla. Qué mas añadiré, señora! continuó Aldonza, exhalando un gran suspiro; básteos decir que yo llegué á salvar la existencia de Vargas en un desafío que celebró con un hombre infame que se llamaba Juan de Ulloa, el cual, no pudiendo vencerle con el esfuerzo de su brazo, apostó dos hombres que le hirieron por la espalda. Yo creí que este servicio conquistaria su alma y que mi hidalguía y mi belleza concluirian por

eclipsar el recuerdo que en él habia dejado vuestra imágen. Pero me equivoqué tristemente: Vargas hizo toda clase de esfuerzos por amarme; pero fué inútil: alentando un corazon digno y generoso, Vargas fué bastante noble para no fingir un amor cuya falsedad hubiera destrozado mi alma. Entonces comprendí que nada seria bastante á conquistarle, y resuelta á darle una prueba de mi amor y renunciando, por otra parte, á los placeres del mundo, resolví sacrificar mi felicidad y mi dicha para alcanzar la suya. Le rogué que me permitiese acompañale á Sevilla y hasta le ofrecí un medio para salvar vuestra existencia. D. Estéban aceptó, y al siguiente dia de haber llegado á esta ciudad, yo me presentaba ante Pedro de Arbués con una órden del rey para que os pusiese en libertad á vos y á vuestro padre. Desgraciadamente esta órden del rey era falsa, y en vez de sacaros de estas mazmorras, no ha hecho otra cosa que encarcelarme á mí y á D. Estéban. Yo me hallaba dispuesta á sacrificar mi vida para proporcionaros la dicha á vos y á vuestro amante; pero el cielo ni siquiera me ha permitido este goce, bien como si yo fuese una de esas fatalidades que arruinan y destruyen lo que está en contacto con ellas.

La jóven guardó silencio.

Mas de una vez durante este relato, Aldonza habia tenido que secar las copiosas lágrimas que derramaban sus ojos, y mas de una vez Dolores la habia estrechado á su pecho como para llevar un consuelo á su alma destrozada.

La señorita de Argoso fué la primera que interrumpió aquel silencio.

—Consolaos, amiga mia, dijo; Dios nos reserva grandes pruebas quizá para darnos el placer y la gloria del triunfo. Segun nuestro buen José me ha indicado, no está muy léjos el dia en que podremos salir de esta cárcel, y entonces el mundo, quizá llegue á ofrecer un consuelo á las tristes defecciones porqué está pasando vuestra alma. Consolaos, Aldonza; recordad que yo soy vuestra amiga, que os quedaré eternamente agradecida, y que si no habeis conquistado á Vargas como amante, le habeis conquistado como hermano.

—Ah señora! esclamó la favorita del rey lanzando un gran suspiro; nada puede ofrecerme el mundo que pueda llenar el vacío en que, desde que conozco á Vargas, se está agitando mi alma. D. Estéban, como vos decís, podrá quererme como hermano; pero este cariño no dará satisfaccion á las enérgicas aspiraciones de mi pecho. Por lo demás, añadió la jóven con tristeza, ni él, ni vos, debeis pasar cuidado por mi suerte: en medio de mi gran desgracia, la Providencia me ha enviado un hombre que pondrá fin á mis tormentos...

—Os referís á otro amante? interrumpió Dolores.

Aldonza sonrió con amargura é hizo un signo afirmativo.

—Y este amante, continuó Dolores, puede calmar vuestro infortunio?

—Sí, por cierto.

—Entonces no sois tan desgraciada...

—En efecto, replicó Aldonza con voz débil.

—Y conociste á este hombre desde que os encontrais en Sevilla?

—Sí.

—Le conozco?

—Lo ignoro.

—Cómo se llama?

—El gobernador Enriquez.

Dolores exhaló un grito.

—El gobernador Enriquez! dijo palideciendo, bien como si este nombre helara su sangre en las venas.

—Qué os asusta, señora?

—Sabeis quién es este hombre?

—Sí.

—Ignorais que es un vil y miserable instrumento de Arbués?

—Nó.

—Os consta que este hombre es el terror del pueblo de Sevilla?

—Sí.

—Entonces cómo podeis amarle?

—Le amo porque me librará de una existencia que para mí se ha hecho ya muy pesada. Hé ahí porque os decia que he cogido un amante que me libraria de mis sufrimientos y torturas.

—Es decir, que ese hombre infame os ha requirido de amores.

—Me sucede con él lo que os ha sucedido á vos con el inquisidor Arbués.

—Infame!

—Tranquilizaos, señora; yo, cual vos, estoy resuelta á perder la vida antes que sacrificarle mi honra. No quedaré vencida en la lucha: es muy posible que yo muera; pero mi muerte librará al pueblo de Sevilla y á España entera de un mónstruo que la aprisiona y la tortura entre sus garras.

—No os comprendo, amiga mia...

—Quiero decir, señora, que los dias del gobernador de Sevilla están contados.

—Quién podrá matarle?

—Yo.

Esta frase, pronunciada con la mayor sangre fria, estremeció á la señorita de Argoso.

La serenidad con que Aldonza le habia contestado, anunciaba su resolucion firme é inquebrantable.

Dolores recordó el ódio que profesaba á Pedro de Arbués, y este ódio le dió la medida del que la jóven profesaba á Enriquez.

Así, pues, no estrañó lo mas mínimo la resolucion de Aldonza; si ella no hubiese tenido un padre, si no hubiese tenido un amante, quizá hubiese intentado hacer lo mismo con el inquisidor de Sevilla.

—Ya lo veis, señora, dijo Aldonza; yo me encuentro sola en el mundo, no me liga á él afeccion alguna, soy libre de mis acciones, y de consiguiente, antes que sacrifi-

car mi honra, debo sacrificar mi existencia. Por lo demás, tranquilizaos: quizá vuestra libertad, la de vuestro padre, y hasta la de don Estéban de Vargas, no se encuentra muy léjos. Aparte de que segun tengo entendido, se prepara entre el pueblo una revolucion muy grande que echará por tierra las cárceles del Santo-Oficio, y aparte de que yo mataré á Enriquez, que es una de sus mas firmes columnas, se prepara otra catástrofe que os emancipará eternamente del hombre que os hace tan desgraciada.

—A quién os referís? preguntó llena de ansiedad la señorita de Argoso.

—Me refiero á Pedro de Arbués.

—Está amenazada su existencia?

—Mucho.

—Cómo lo averiguasteis?

—Os habeis fijado alguna vez en el jóven dominico que se ha constituido en protector nuestro? preguntó doña Aldonza.

—Sí.

—No habeis visto en sus dulces y hermosas facciones algo terrible y siniestro que estremece?

—En efecto.

—Pues bien: este hombre es una de las muchas víctimas de Pedro de Arbués. Entre él y el inquisidor existe una horrible cuenta que el jóven quiere saldar con su sangre. Yo misma le he exigido que me diera su puñal con objeto de evitar las asechanzas de Enriquez, y el jóven me lo ha negado bajo el pretesto de que lo reservaba para este

hombre infame. Ahora bien: muerto Arbués y su compañero Enriquez, quién se opondrá á que salgais libre de esta cárcel?

Dolores iba á contestar; pero en aquel mismo instante se oyó rumor de pasos frente á la puerta de la mazmorra.

Las dos jóvenes guardaron silencio.

Estos pasos se detuvieron en el dintel de la misma puerta, la cual, conforme ya sabemos, permanecia entornada.

Las dos jóvenes contuvieron su respiracion temiendo que alguien las espiara.

Pasado un instante, oyóse un golpecito á la puerta.

Aldonza y Dolores continuaron silenciosas.

Luego se oyó una voz que decía:

—Abrid, señoras.

Era la voz de José.

Dolores abandonó su lecho de tablas y se dirigió á abrir la puerta.

Era, efectivamente, el jóven dominico.

—Dispensadme señoras, dijo, si interrumpo vuestra plática: en los pisos mas altos del Santo Oficio se observa algun movimiento lo cual es una prueba de que ya brilla la aurora: es muy posible que los carceleros visiten las mazmorras, conforme á su costumbre, para ver si ha ocurrido alguna novedad en esta noche.....

—Venís, pues, á buscarme? preguntó doña Aldonza.

—Sí señora, contestó el fraile: vuestra presencia en este

calabozo seria terriblemente castigada y echaria por tierra nuestros planes.

—Entonces vamos, replicó la favorita del rey.

—Nos separamos por siempre? interrogó Dolores tendiendo los brazos á su amiga.

—Nó por cierto, dijo Aldonza; nuestro protector José, cuidará de proporcionarnos alguna otra entrevista; no es cierto, amigo mio, añadió la jóven con voz dulce dirigiéndose al dominico.

—Qué es lo que no haré en obsequio de vos y de Dolores? preguntó á su vez el fraile.

—Entonces adios, interrumpió la señorita de Argoso estrechando contra su pecho á doña Aldonza.

—Adios, hermana mia! dijo esta última; rogad al cielo que no os quite á vos vuestra esperanza y á mí el valor suficiente para cumplir la mision que me ha encargado.

Las dos jóvenes se separaron con el alma contristada. El infortunio acababa de unir para siempre aquellos dos corazones llenos de amor, de fé y de energía.

Aldonza siguió al jóven dominico que guió por aquellas oscuras y tortuosas galerías.

Al llegar frente á su mazmorra y antes de cerrar su puerta la jóven se detuvo.

—Espero que cumplireis vuestra promesa, no es cierto, amigo mio? dijo al dominico.

—Os referís al puñal de que me hablasteis antes de visitar á la señorita de Argoso?

—Veo que no lo olvidasteis.

—Quedad tranquila, señora, dijo el dominico con voz sombría; yo cual vos, me hallo interesado en la estirpacion de esas víboras que alientan bajo el calor del Santo-Oficio.

—Me lo traereis hoy mismo.

—Sí señora.

—Entonces volvereis á visitarme.....

—Antes de que llegue la noche.

—Pues adios, amigo mio.

—Adios, señora.

La jóven cerró la puerta y el fraile se encaminó nácia el piso superior del edificio.

Al llegar cerca de una estancia que no se hallaba muy léjos de la sala de declaraciones, el jóven se detuvo y dió un golpecito en la misma.

—Quién es? preguntó una voz ronca.

—Abrid, amigo mio, contestó el fraile.

La puerta se abrió y en su dintel apareció un hombre de cuarenta años, alto, robusto, de enérgicas y morenas facciones é indicando en sus gestos y en su traje que era un sayon del Santo-Oficio.

—Sois vos, padre José? preguntó este hombre restregándose los ojos como si se acabase de levantar de su lecho.

—Sí, Andrés, repuso el dominico.

—Qué se os ofrece?

—Necesito hablarte.

—Entrad, monseñor.

—No por cierto: ya sabes que estas paredes lo ven y lo oyen todo replicó en voz baja el dominico: nuestra conferencia tiene que ser algo larga y debemos tratar de un asunto harto importante.

—Me hallo á vuestras órdenes, monseñor, dijo el sayon con humildad, se trata de algun asunto referente al Santo-Oficio?

—Sí: se trata de salvar á un hombre que se encuentra en sus mazmorras y al cual, entretanto no llega el dia en que podamos salvarle, dedicarás tus cuidados.

—Cómo se llama?

—Don Estéban de Vargas.

—El caballero que ha sufrido el tormento?

José hizo un signo afirmativo.

—Dónde quereis celebrar nuestra entevista? preguntó el esbirro.

—En la taberna de la Chapa.

—Ved que es una taberna donde se reunen muchos frailes y tambien algunos familiares del Santo-Oficio, replicó Andrés.

—No importa: entrarás por la puerta que guia á la cocina, indicarás mi nombre á la Chapa y ella, que ya conocerá el tuyo, te llevará á un departamento donde me encontrarás ó donde me aguardarás si es que no he llegado.

—Está bien, dijo el sayon; me mandais alguna otra cosa, monseñor?

—Nó: solo te ruego que no hagas falta á la cita.

—Quedad tranquilo: á qué hora debo hallarme en la taberna?

—A las doce de la noche.

—Entonces hasta las doce.

El dominico entró en aquella estancia, cambió su traje de esbirro por el hábito que vestia su órden y un momento despues se encaminaba hácia el palacio de Arbués pensando en el sombrío y terrible drama que se representaba en el Santo-Oficio y cuyo revuelto hilo se hallaba entre sus manos.

# CAPÍTULO V.

---

### El subterráneo.

Eran las once de la noche, hora en que la taberna de la Chapa comenzaba á perder sus numerosos parroquianos que iban allí con objeto de probar el rico jugo de las uvas de Jerez, ó de tomar algun refrigerio antes de que se entregasen en brazos de Morfeo.

Pero contra su costumbre, los parroquianos en vez de detenerse en las súcias y mugrientas mesas que se veian en la sala principal de la taberna, cruzaban en silencio esta última, se dirigian hácia una puertecita que se veia en el mas apartado de sus ángulos, desaparecian entre su sombra y emprendian por un negro y oscuro corredor que les guiaba á una estrecha y húmeda escalera.

Esta escalera, iluminada á trechos por alguna que otra linterna de resplandor triste y vacilante, guiaba á un pro-

fundo subterráneo en cuya puerta se veia una especie de centinela que no dejaba entrar á nadie sin que antes se pronunciaran algunas frases misteriosas.

Muchos de los que entraban llevaban su rostro enmascarado; pero como daban su consigna con grande exactitud, el centinela se inclinaba ante el que pronunciaba estas mágicas frases y el enmascarado penetraba en el lóbrego subterráneo iluminado tan solo con algunas antorchas que proyectaban una claridad fantástica en sus negras y sombrías bóvedas.

Hacia ya mucho tiempo que la gente iba acudiendo al subterráneo, cuando de pronto un hombre, vistiendo el hábito de fraile, se presentó ante el centinela.

Este, viendo que el fraile se embocaba en el subterráneo sin dar antes su consigna, le detuvo.

El fraile, aparte de llevar un traje que se hacia sospechoso, llevaba un antifaz en el rostro.

—Quién sois? le preguntó el centinela.

—Ya lo veis, respondió con dignidad el interpelado; un hombre que asiste al conciliábulo.

—Cómo os llamais?

—No puedo revelaros mi nombre.

—Os conozco?

—Lo ignoro; pero es muy posible.

—Quitaos vuestra máscara.

—No puedo.

—Conoceis las frases que sirven de consigna para entrar en el subterráneo?

—Nó.

—Entonces cómo pretendeis entrar en el mismo?

—Llamad al presidente.

—Vuestro nombre? volvió á insistir el centinela.

—Es inútil: haced lo que os mando.

El fraile pronunció estas frases con tanta dignidad y energía, que el centinela no se atrevió á replicarle.

Miró al soslayo al estraño y misterioso fraile, y rogándole que no se moviese del dintel de aquella puerta, entró en el subterráneo.

Pasado un momento se encontraba de regreso.

Pero no volvia solo.

Le acompañaba Rodriguez de Valero, al cual conocen ya nuestros lectores.

Valero miró con desconfianza al fraile, y le dijo:

—Vuestra paternidad quiere formar parte de la reunion aquí convocada?

—Sí.

—Segun me ha dicho el centinela, parece que no se os ha dado la consigna.

—En efecto.

—Entonces quién os invitó al conciliábulo?

—José, el favorito de Arbués.

—Gran recomendacion es esta, observó Rodriguez; pero mucho me sorprende que no os haya dado la consigna.

—Dejad pasar á ese hombre, dijo una voz que resonó en aquel mismo instante detrás de nuestros dos personajes.

Estos se volvieron y percibieron á otro fraile que con la capucha calada solo dejaba ver dos ojos que brillaban en la oscuridad como dos carbunclos.

—José! murmuró el fraile, cuyo rostro se hallaba cubierto por el antifaz.

—El favorito de Arbués! interrumpió Valero tendiendo su mano al recien llegado.

Y luego continuó, dirigiéndose al fraile que llevaba cubierto su semblante:

—Entrad; padre mio: José responde de vos y esto basta para que se os considere como uno de nuestros hermanos.

El del antifaz se inclinó en señal de agradecimiento y penetró en el subterráneo.

Valero que se habia quedado con el favorito de Arbués, dijo á este último:

—Quién es este hombre?

—Uno de los ídolos del pueblo.

—No lo comprendo, replicó Valero: hallo muy difícil el conciliar la calidad de fraile con el cariño de la ciudad de Sevilla.

—Y sin embargo, observó José, este hombre, en un momento dado, podria levantar las masas.

—Quién es?

—Me prometeis guardar el secreto?

—Os lo prometo.

—Pues bien: este hombre es el venerable apóstol de Andalucía, Fray Juan de Ávila.

—Fray Juan de Ávila! interrumpió Valero sorprendido; y creeis que ese hombre secundará nuestros esfuerzos?

—Así lo creo.

—En qué concepto?

—Lo ignoro: ayer fuí á visitarle en la quinta que posee á orillas del Guadalquivir y como yo le revelase el objeto que tenia la reunion de esta noche, me preguntó si le seria fácil asistir á la misma. Yo le dije que sí, con tal, sin embargo, de que se presentase ante vos y pronunciara mi nombre. Me prometió que así lo haria y ya veis como ha cumplido su promesa.

—Creeis que tomará la palabra?

—No ignorais que la elocuencia es su fuerte.

—Mucho lo quisiera, dijo Valero exhalando un gran suspiro; lástima grande que nadie le conocerá puesto que lleva antifaz en su semblante. Pero entremos, amigo mio, continuó Rodriguez indicando la puerta al jóven dominico: la gente nos aguarda y es necesario aprovechar su entusiasmo para que la sesion comience.

—Entremos, replicó José.

Y el favorito de Arbués entró en el subterráneo, seguido de Valero.

Aquella estancia era un vasto é inmenso cuadrilongo sostenido por ocho columnas de forma árabe, las cuales, dividiéndose en otros tantos arcos, sostenian un techo con relieves y ensambladuras, obra preciosa de los antiguos alarifes.

Este subterráneo habia sido una mezquita en la que los árabes habian dado culto á Mahoma en una época en que su influencia y su poder se hallaba en decadencia en España.

Como todas las religiones persiguidas, el culto árabe se habia refugiado en las cavernas y celebraba en ellas sus misteriosos ritos.

Una casualidad habia hecho que el Cuco y la Chapa hubiesen descubierto el subterráneo, y como lo participasen á Rodriguez de Valero, éste habia querido solomnizar el descubrimiento, congregando allí sus partidarios.

Hacia ya mucho tiempo que Valero trabajaba para sublevar al pueblo en contra del Santo-Oficio. Solo le faltaba una ocasion para conciliar los gritos y protestas que se levantaban contra esta institucion odiosa y de ahí que tratase de reunir en un grande é inmenso centro á todos los hombres que con mas ó menos influencia en las masas, pudieran sublevarlas.

De ahí que en aquella reunion se vieran hombres de todas clases y condiciones: desde el reflexivo y misterioso fraile que envuelto en su capuz se paseaba tranquilo y cabizbajo en aquella negra é inmensa sala, hasta el honrado menestral que animaba los corrillos comunicando á sus compañeros y amigos el ódio que profesaba al Santo-Oficio; desde el orgulloso noble que envuelto con su antifaz y su capa, no queria mezclarse con la gente de la clase media, hasta el chulo que con su chispa y su gracejo, comunicaba su alegría á todo el mundo, no faltaba allí ni

un solo representante de las diferentes clases sociales.

Todo respiraba la animacion, la vida y hasta el barullo.

Pero al entrar Rodriguez de Valero, esta animacion cesó para dar lugar á un profundo y respetuoso silencio.

Valero era por decirlo así el alma, el espíritu, la vida de los que habia reunido.

Sin embargo de la estravagancia que observaba en su carácter, todo el mundo reconocia en él las prendas de un caudillo.

Valiente, audaz y lleno de entusiasmo por la libertad de su pátria, Valero era como el centro donde se reunian las aspiraciones de aquellas hidalgas y nobles almas.

Todo el mundo conocia la turbulencia de su génio; mas por la misma razon de que en aquella época el Santo-Oficio lo sujetaba y amordazaba todo, esta turbulencia, esta ruda y valiente franqueza, eran, para el pueblo, un nuevo motivo de admiracion y de sorpresa.

Difícilmente se hubiese encontrado un tipo que como Rodriguez de Valero, fuese tan popular y simpático.

Era uno de esos personajes que tienen el privilegio de ser conocidos por todas las clases sociales.

Él y Juan de Ávila, eran las figuras mas populares de Sevilla.

El uno habia conquistado su fama por sus diatribas contra el Santo-Oficio, y por los mandobles que en diferentes ocasiones habia repartido á sus corchetes; el otro habia conquistado su renombre en la observancia de los evangé-

licos preceptos, la mansedumbre de su conducta, y la fé y el ardor con que propagaba sus doctrinas. Valero habia adquirido su reputacion en los duelos y motines; Juan de Ávila, en las iglesias y hospitales. El uno lisonjeaba el patriotismo y entusiasmo del pueblo; el otro exhaltaba sus mas dulces y generosos sentimientos. Sin embargo de que el uno manejaba la espada, y el otro la cruz; los dos eran igualmente populares. Juan de Ávila con la elocuencia de su palabra habia adquirido tanta fama y renombre como Valero con su espada. El uno predicaba la paz, y el otro la guerra, y sin embargo los dos eran igualmente populares. Tan cierto es que los estremos se tocan.

Al ver que Rodriguez de Valero penetraba en la estancia, los conjurados le recibieron con un murmullo de entusiasmo y de alegría.

El anciano cruzó por entre la multitud con la sonrisa en los lábios y se dirigió hácia su asiento.

Este asiento lo era de preferencia y consistia en un grande y enorme sillon que se veia tras de una mesa, cubierta con un tapete de damasco rojo, la cual se levantaba sobre un catafalco cubierto, á su vez, por una alfombra.

A derecha é izquierda de esta mesa se veian dos gruesos candelabros cuyas velas proyectaban su resplandor sobre la calva y noble frente de Valero.

Algunas antorchas colocadas en los intercolumnios iluminaban el resto de la estancia cuya alta bóveda se perdia en la oscuridad y las tinieblas.

En torno de la sala veíanse multitud de bancos, donde, luego que Rodriguez hubo ocupado la presidencia, se sentaron los circunstantes.

Juan de Ávila y el favorito de Arbués cubierto el uno con su antifaz y el otro con su capuz, se sentaron en el centro.

Al ver que Rodriguez ocupaba la mesa de la presidencia cesaron los murmullos y todo el mundo guardó silencio.

La sesion iba á empezar.

# CAPITULO VI.

---

### La sesion.

Valero dirigió una mirada de águila á todos los circunstantes y con voz firme y robusta dijo:

—Hermanos mios: hace ya mucho tiempo que llevado por mi grande amor á la libertad y á mi pátria, deseaba ver reunidos á todos los hombres de buena voluntad y corazon hidalgo, que lloran, cual yo, las desgracias que afligen á nuestra pobre y querida España. Durante algun tiempo yo he empleado todos mis esfuerzos en preparar esta reunion que amenaza una de las instituciones mas odiosas é infames y sobre cuyas ruinas se levantará el nuevo y glorioso edificio de nuestra regeneracion social y política. Yo, por espacio de muchos dias, de muchos meses, de muchos años, me he dedicado al estudio de los terribles males que afligen nuestro país desgraciado y me he convencido de que el principal cáncer que roe sus entrañas

consiste en un tribunal que vosotros odiais en los mas profundo de vuestra alma y cuyo solo nombre hace temblar el universo. El nombre de este tribunal no solo está en nuestros lábios, sino que se halla escrito en nuestro corazon con sangrientos carácteres: me refiero al tribunal del Santo-Oficio.

Al oir esta declaracion del presidente, la asamblea prorumpió en murmullos que indicaban su asentimiento.

Valero esperó á que estos murmullos cesacen y luego continuó con voz siempre vibrante:

—Cuando la grande y católica Isabel de Castilla fundó en España el tribunal del Santo-Oficio, su corazon bueno y magnánimo, estaba muy léjos de preveer las enormes desgracias que ocasionaria su religion y su celo. Y en efecto: al principio de su existencia la inquisicion no era mas que el amparo de las conciencias frívolas y quisquillosas y su poder se estendia únicamente á la esfera de lo puramente espiritual ó religioso; pero vino luego el infame Tomás de Torquemada primer inquisidor general de España y organizando con el hierro y con el fuego esta institucion odiosa, la convirtió un un poder terrible contra el cual se estrellaron los derechos y prerrogativas del pueblo y ante el cual quedó empañado el brillo y esplendor del trono. Así es que durante el gobierno de este aborto de la teocracia se encendieron diez mil hogueras que devoraron á otros tantos españoles; mas de seis mil ciudadanos, evitando el furor del Santo-Oficio, fueron quemados en efigie y las cárceles y las galeras contuvieron en su seno á mas

de noventa y siete mil víctimas que pudieron escapar á la devoradora accion de las llamas (1). Desde entonces hasta nuestros dias el poder de la inquisicion no ha disminuido lo mas mínimo: léjos de ello, se ha acrecentado su influencia y su soberbia. Apoyada en el terror que ocasionan sus castigos; fuerte con el amparo y proteccion que desgraciadamente le han prestado los monarcas; dueña de las conciencias por la propaganda de doctrinas y principios que no observa, la inquisicion se ha convertido en una grande é inmensa red que todo lo aprisiona y estruja. Para ella no existe la pátria, el hogar y la familia. Sus cárceles, sus hogueras, sus torturas no son mas que los cimientos en que levanta el edificio de su ambicion y su orgullo. El Santo-Oficio no es ya la mansa y evangélica institucion que servia de luz para guiar á las descarriadas conciencias: el Santo-Oficio es el rayo que todo lo mata y agosta; el reguero de pólvora que todo lo quema y asola; la grande é inmensa hoguera que al convertir en pavesa la ciencia y los principios, convierte los hombres en ceniza. Nunca nuestra querida España se ha encontrado como ahora en una situacion tan triste y desgraciada. Mientras que por una parte el glorioso pendon de Castilla ondea en todos los países y los climas y en tanto que nuestras victoriosas armas aumentan la gloria y esplendor del rey conquistando un Nuevo Mundo, el interior de España yace en la ignorancia, en la escasez y la miseria. Ved sino nuestras

---

(1) Estos datos son históricos.

hermosas ciudades donde no reina mas que la quietud y el silencio; ved sino nuestras aldeas cuyos campos están yermos: en todas partes no reina mas que la soledad y la muerte y nuestra España falta de la juventud que se lanza á la conquista de las Indias, falta de brazos porque la emigracion les arroja á estraños climas, parece un grande é inmenso sepulcro donde como roedores y famélicos gusanos no se agitan mas que los frailes y los esbirros del Santo-Oficio. España es grande, sus hechos de armas la han colocado al frente de las primeras naciones del mundo, hoy dia se sienta en su trono un rey cuyo poder, talento y valentía, le han convertido en terror de Europa; mas dónde está la libertad del pueblo? dónde sus privilegios y franquicias? dónde su dignidad y sus derechos?..... Triste es decirlo, señores: el pueblo, desde que el inmortal Padilla cayó derrotado en los campos de Villalar y desde que su cabeza se convirtió en trofeo del verdugo, el pueblo ha perdido sus derechos é inmunidades y el rumor de sus quejas y gemidos se pierde entre el rumor de sus cadenas y el chisporroteo de las llamas que enciende el Santo-Oficio.

Al oir este rasgo de elocuencia, que era la verdadera y legítima espresion de lo que pensaban y sentian los circunstantes, estos prorrumpieron en una salva de aplausos que interrumpieron al orador por un instante.

Valero se inclinó modestamente ante esta prueba de consideracion y aprecio, y restablecido ya el silencio, continuó su discurso en esta forma:

—Existen en España dos poderes que, sin embargo, de tener un fin y un objeto opuestos, se armonizan y completan: el poder real y el del clero. Cárlos V que es, por decirlo así, el símbolo mas fastuoso y brillante que ha alcanzado el despotismo, no hace otra cosa que coadyuvar con su ambicion y tiranía las codiciosas miras del clero cuyo negro y terrible símbolo se encierra en el Santo-Oficio. El poder real y el del clero son los dos grandes é incontestables polos en que giran los destinos de la pátria. Todo cede bajo su magnético influjo: el rey con sus luchas, sus triunfos, sus conquistas, todo lo arrastra y lo avasalla, mientras que el clero, con sus doctrinas, sus cárceles, sus torturas, todo lo mata y lo ahoga. La libertad del pueblo es como una arista que rueda al soplo de estos dos grandes gigantes, si es que en sus repetidos y desatentados vaivenes no se hunde en los abismos que de cuando en cuando le prepara un rey soberbio, ó en las hogueras que la inquisicion enciende. Ahora bien, señores: permitiréis que nuestra España continue por mas tiempo en su ignominia y servidumbre? se ha estinguido ya en vuestro pecho la noble y generosa llama de la libertad que gozaron nuestros padres? sufriréis por mas tiempo el despotismo de un tribunal que ha hundido nuestro pueblo en la ignorancia, el fanatismo y la miseria?

—Nó! nó! gritaron cien voces llevadas por su entusiasmo; abajo la inquisicion! abajo el despotismo!

—Veo, señores, continuó Rodriguez, que mis frases han hecho vibrar las cuerdas mas sensibles de vuestra alma.

Esto me prueba que no se han apagado en vuestro corazon los nobles y generosos instintos. Una vez estais dispuestos á sacrificaros por la pátria, contestadme á una pregunta: cuál de los dos poderes odiais más, el real ó el del clero?

—El del clero! el del clero!

—Pues bien: queréis dirigir vuestros golpes contra el Santo-Oficio?

—Sí! Sí!

—Entónces, continuó Rodriguez, es necesario que deliberemos desde ahora sobre los medios que pueden ocasionar su ruina.

—Yo propongo, dijo uno de los circunstantes, que se acuda en solicitud ante el mismo poder del rey, á fin de que por medio de una ley destruya esta institucion odiosa.

—Es inútil, respondió Valero; el emperador Cárlos V hace ya mucho tiempo que conoce la desastrosa influencia que el Santo-Oficio ejerce en todos los ámbitos de España; mas ya no se considere con bastantes fuerzas para luchar con él, frente á frente, ya vea en él un medio ó un auxilio con que robustece su autoridad y poder, lo cierto es que Cárlos V no daria la ley que se propone. Buscad, pues, otro medio.

—Yo, señores, dijo una voz, no encuentro á nuestro objeto mas recurso ni solucion que la fuerza. Esta constituye el arma de que la inquisicion se vale y nada tan natural como que el pueblo haga un esfuerzo por usarla. No nos queda otro recurso. Ya que el Santo-Oficio se separa no

solo de la ley escrita sino de las reglas que la humanidad y el derecho natural prescriben, nada tan justo como que el pueblo se emancipe á la legalidad existente y que rechace el hierro con el hierro y el fuego con el fuego. Sublevemos al pueblo; hagámosle comprender su dignidad y sus derechos, levantemos su espíritu de libertad y su amor pátrio, y la inquisicion con sus torturas y hogueras se derrumbará á su soplo.

Al oir estas frases que indicaban la energía de un alma bien templada, los circunstantes se volvieron hácia el hombre que las habia pronunciado.

Este hombre era José, el jóven dominico que ya nuestros lectores conocen.

Sin embargo de que vestia el hábito de fraile, los circunstantes recibieron sus frases con grandes muestras de aplauso.

José, envuelto su rostro en el capuz de su sayal, no se conmovió lo mas mínimo.

El jóven se hallaba interesado en que nadie le conociese y gracias á su caperuza y á la oscuridad que reinaba en la estancia nadie llegó á conocerle.

Los únicos que ignoraban su asistencia á la reunion eran Rodriguez de Valero y Juan de Ávila, el cual no habia tomado parte aun en la lucha.

—Señores, replicó el conjurado que un momento antes habia propuesto que el Santo-Oficio fuese abolido por el mismo Cárlos V: no insistiré en que acepteis la proposicion de que os hablaba ahora mismo: pero considerais tan

fácil el realizar el proyecto que ha indicado el hermano que ha tomado la palabra? no creeis que antes de realizarse caerá en tierra por su base? ignorais que el Santo-Oficio dispone de medios para saberlo y espiarlo todo? Ah! señores: la inquisicion con sus alguaciles, sus familiares, sus esbirros, lo descubre y averigua todo y quizá, antes de que volvamos á nuestros casas, algunos de nosotros expiarán en la tortura el delito de haber conspirado en contra suya. Por otra parte yo no veo en el pueblo los necesarios elementos para sostener con el Santo-Oficio una lucha de gigantes. Miro en todas partes y desgraciadamente no veo mas que un pueblo sumergido en la ignorancia, el abandono, la escasez y la miseria. Dónde está la ilustracion, dónde el valor cívico, dónde las armas y los medios para emprender la horrible lucha? No los veo y creo que no existen. Insisto pues en mi proposicion de antes, la cual sino es admitida por el rey, será, cuando menos, una firme y enérgica protesta contra un poder que rechaza nuestra conciencia y la de España entera.

—Hermanos mios, interrumpió José dirigiéndose á la asamblea y contestando al que se habia espresado en estos términos: replicaré brevemente á las observaciones que habeis oido ahora mismo. Es cierto que el Santo-Oficio dispone de medios para destruir el complot que urdimos en su contra: pero desde el momento en que aguzamos nuestras armas para destruir su influjo, ya sabemos la responsabilidad en que incurrimos. El pueblo, desgraciadamente,no tiene la ilustracion que fuera de desear en nues-

tros tiempos: mas para comprender que el Santo-Oficio es la ruina de nuestra España, no se necesita mucha ilustracion ni inteligencia. Esto se halla escrito en el fondo de todos los corazones y conciencias. En cuanto á si existe ó no el valor cívico, mal podemos negarlo ó afirmarlo cuando no se ha puesto á prueba: yo creo que las masas responden siempre al llamamiento de la pátria cuando esta se encuentra en peligro. El pueblo existe muchas veces aletargado; pero nunca muere. El grito de honor y la justicia basta para emanciparle á su sueño y á que recobre todo su vigor y energía. Persuadidle de que el Santo-Oficio es lo que ocasiona la ruina de la pátria, despertad en su alma los nobles y generosos sentimientos, avivad su espíritu en la llama de libertad y vereis como secunda nuestro esfuerzo. Por lo que se refiere á si la proposicion dirigida al rey será ó nó una firme y enérgica protesta, yo creo que el hermano que ha tomado la palabra se encuentra en un error lamentable: este género de solicitudes producen algun éxito cuando el mal se encuentra en su principio; pero cuando este mal se ha convertido en un grande é inmenso cáncer que destruye la sociedad entera, únicamente se puede estirpar con el hierro y con el fuego. Y qué mejor protesta que la nacion puesta en armas? los tiros siempre han sido mas elocuentes que las súplicas y á su rumor vacilan los tiranos. El grito de un pueblo entero es siempre mas enérgico que una humilde solicitud la cual en la mayor parte de los casos no se atiende. Yo ruego pues á la asamblea que desheche la proposicion que acaba de pre-

sentar mi digno hermano y tenga en consideracion la que he tenido el honor de proponerle.

Una salva de aplausos contestó á estas frases del jóven dominico, lo cual era manifiesta prueba de que su proposicion se admitia.

Esto no obtante el presidente Rodriguez de Valero, al objeto de dar un carácter de justicia y legalidad á la proposicion formulada, preguntó, dirigiéndose á los circunstantes:

—Yo ruego á la asamblea que manifieste de un modo claro y decisivo cuál de las dos proposiciones adopta: está por la paz ó por la guerra?

—Por la guerra! por la guerra! esclamaron los conjurados, llenos de entusiasmo.

—Pues bien, sea! dijo el presidente con voz firme y enérgica; yo opino de igual manera. Creo que una situacion de fuerza solo se debe destruir con la fuerza y harto sabeis que mi corazon y mi espada se encuentran dispuestos á secundar vuestras miras; pero al objeto de que esta proposicion se encuentre revestida con toda la autoridad que merece, yo suplico á mis hermanos que si alguno de ellos no la admite se sirva dar sus razones. La asamblea oirá con gusto cuanto pueda ilustrar tan grave asunto.

Al oir estas frases todo el mundo guardó silencio; mas de pronto del centro de la estancia se levantó un conjurado pidiendo la palabra.

Este conjurado era el venerable Juan de Ávila.

Todo el mundo fijó en él sus miradas y viendo que á

semejanza de José vestia el hábito de fraile y que llevaba encubierto su semblante, la curiosidad de la asamblea tomó creces.

—Hermanos mios, dijo el venerable apóstol con voz clara y en la que vibraba cierta uncion evangélica: faltaria á la mision que me impone la santidad de mi cargo, si no tomase parte en un debate en que se resuelven los derechos de la humanidad y la justicia. Yo, cual vosotros, no solo profeso un constante ódio al Santo-Oficio sino que compadezco y lloro su estravío. Y esto consiste, hermanos mios, en que si hoy dia los hombres de la santa inquisicion dominan como dueños absolutos en este perecedero y triste mundo llegará un momento en que emancipándose á la vida y convirtiéndose en el polvo de la nada, tendrán que ofrecerse ante Dios para rendir cuenta de la suprema autoridad que han egercido en la tierra. Entonces estos hombres, llenos de ambicion, de orgullo y de soberbia y manchados con sus crímenes y sus mundanales pasiones, se presentarán ante el inflexible tribunal del Sér Supremo, el cual, descorriendo el velo que ocultara su pasado y su existencia, les mostrará la sangrienta hilera de sus víctimas, los horrores de sus tormentos y las hogueras que han devorado sus hermanos. Cuál, pues, no seria su terror y su espanto al ver que todos los castigos de la vida eterna no serán bastantes á redimir sus crímenes?.... Por esto dije que no solo ódio á la inquisicion sino que lloro y compadezco sus errores. Esto no obstante creo que en nombre de la religion, de la libertad y la pátria, debemos oponer

una valla á ese torrente asolador que todo lo avasalla y destruye. El Santo-Oficio no se contenta ya con el monopolio de la libertad civil y política, sino que penetrando en el sagrado de las conciencias, último refugio del hombre en los mas graves trances de la vida, esplota la fé y las creencias, impone sus tiránicas doctrinas, mata cuando puede dar la luz y la vida, pone trabas al espíritu del hombre y le sujeta en un círculo de hierro donde no hay mas que el fanatismo y la ignorancia. Ya no se trata del bienestar y riqueza del honrado ciudadano; ya no se trata de oponer un dique á la ambicion de esos vampiros que se alimentan con la sangre y el sudor del pueblo: se trata del bien del alma, de la eterna y misteriosa existencia que nos aguarda en otro mundo mejor que el nuestro. El Santo-Oficio, envolviendo el espíritu del hombre en el fanatismo y la ignorancia y quitando la libertad á su conciencia, convierte la obra maestra de la creacion en un sér vil y miserable, incapaz de comprender los deberes que tiene con Dios, con sus semejantes y hasta consigo mismo y le quita la responsabilidad de sus acciones.

De ahí la abyeccion é indignidad en que vive. Pero acaso los tiros, las armas, la rebeldía, emanciparán al hombre del servilismo y miseria en que se agita? No por cierto. El rayo de revoluciones se forja únicamente cuando la atmósfera social se encuentra saturada por las ideas de adelanto y de progreso y cuando los principios de la ciencia vienen á ilustrar el entendimiento y conciencia de los hombres. No desconozco que la libertad, es, como la reli-

gion, un elemento social á la naturaleza humana; no desconozco que el espíritu de reforma palpita en vuestros pechos, y que, firmes en vuestro derecho, enarbolais con entusiasmo el pendon que ha de redimir á nuestra España; mas acaso todos los ciudadanos albergan en su corazon el santo fuego que os anima? Acaso tendrán, en el dia del peligro, la serena y enérgica entereza que infunden los nobles y patrióticos impulsos? Acaso un puñado de hombres verdaderamente heróicos podrán luchar con la autocracia del príncipe mas poderoso que ofrece nuestra historia y con un tribunal que afirmado en el poder del rey, esparce el miedo, el terror, la amenaza en todos los ámbitos del mundo? Nó: vuestras tentativas serán completamente inútiles y vuestra libertad, vuestros derechos, vuestras aspiraciones quedarán envueltas en el sudario de vuestra debilidad é impotencia. Ved sino lo que ha sucedido con el levantamiento de Castilla: el municipio y la provincia quisieron protestar contra la tiranía y el absolutismo de la córte y haciendo armas contra el rey amenazaron una lucha, que habia de concluir en Villalar, tumba de las libertades mas santas. Pues bien: sabeis por qué el pueblo quedó vencido? porque sobrándole el valor, faltóle la disciplina; porque las masas nunca ofrecen resistencia á un ejército que se encuentra ya organizado por el génio de la guerra. Mañana que el pueblo español se alzase en armas contra el Santo-Oficio, el rey le opondria su ejército y su derrota seria inevitable. Yo, hermanos mios, no estoy por los medios que se han propuesto: creo que una súplica dirigida

al rey en forma de solicitud seria completamente inútil y que el recurso de la sublevacion y los motines contribuiria únicamente á estrechar el dogal que nos oprime. Bajo tal concepto yo no puedo admitir ni la violencia ni el ruego. Para mí solo existe un recurso: el de ilustrar á las masas: dadlas conciencia de sus derechos; romped el velo del fanatismo que encubre aun sus ojos; iluminad su entendimiento con sanos y liberales principios; derramad por todas partes la ilustracion, la luz y la ciencia; mejorad sus sentimientos con las doctrinas de la moral cristiana; iluminad su entendimiento; formad su corazon y llegará un dia en que comprendiendo los males que origina el Santo-Oficio, se levantará como un solo hombre y ascendiendo al Sinaí revolucionario caerá como una grande é inmensa tromba sobre esos verdugos de la humanidad, del derecho y la conciencia!

Las frases de Juan de Ávila, escuchadas en medio de un religioso silencio, hicieron grande impresion en la asamblea.

El medio que proponia el venerable apóstol era, sin duda alguna, el mas aceptable y discreto: pero los discursos pronunciados con anterioridad por Rodriguez de Valero y por José el dominico, habian sido harto entusiastas y revolucionarios para que se aceptase el recurso del sábio y virtuoso fraile.

Así es que la reunion, luego de un ligero debate en que Valero, José y otros conjurados tomaron la palabra, optó por sublevar al pueblo y declarar la guerra al Santo-Oficio.

—Siento únicamente, dijo Valero, que entre nosotros no se encuentre un hombre cuyo corazon y espada seria de grande utilidad á nuestra causa. Me refiero, señores, á Don Estéban de Vargas que por su valor, su patriotismo y su talento, seria uno de los mas firmes apoyos de la libertad que conquistará nuestra sangre. Hace ya algunos dias que este noble y valiente jóven se halla entre las garras del Santo-Oficio y Dios sabe si llegará el dia en que le podamos salvar de sus mazmorras.

—Ruego al señor presidente, interrumpió José en aquel instante, que no pase cuidado por tan digno y valeroso caballero. Es cierto que el señor de Vargas se halla preso en las cárceles del Santo-Oficio, pero no transcurrirá mucho tiempo sin que le podamos tender nuestros brazos.

—Quién le devolverá su libertad? preguntó Rodriguez de Valero.

—Yo! replicó el dominico.

—Cuándo?

—Antes de ocho dias.

—Ya lo oís, hermanos, continuó el presidente: antes de ocho dias Don Estéban de Vargas nos prestará el esfuerzo de su brazo y la causa de la libertad se verá defendida por uno de sus mas fuertes y valientes paladines. Yo conozco al hermano que nos ha hecho esta promesa y por mas que no hayais visto su semblante y que guarde aquí el incógnito yo os respondo de su buena fé y patriotismo. Ahora os suplico que abandoneis esta estancia con la discresion y prudencia que siempre habeis mostrado. Cuando el dia de

la sublevacion y la venganza llegue, se os avisará con la anticipacion debida á fin de que prepareis vuestras armas. No olvideis los graves compromisos que en esta reunion contragísteis y que algun dia la España os demandará su cumplimiento. De hoy mas solo nos queda un recurso: ó salvar la pátria esclavizada por las cadenas del Santo-Oficio, ó rodear nuesta frente con la corona de los mártires!

Este discurso de Valero fué interrumpido con unánimes aplausos que indicaban el entusiasmo que animaba el corazon de aquellos nobles patriotas.

Algun tiempo despues la reunion se disolvia y los conjurados se dirigian con lento y seguro paso hácia sus respectivas moradas.

# CAPÍTULO VII.

## Planes de salvacion.

Eran las doce de la noche, hora en que conforme recordarán nuestros lectores José habia citado en la taberna á un sayon del Santo-Oficio.

El jóven dominico habia sido el último en dejar el subterráneo y luego que se vió solo se dirigió hacia el piso superior de la taberna.

En él encontró al Cuco y á la Chapa que obedeciendo sus órdenes le aguardaban con impaciencia.

Las puertas de la taberna se hallaban completamente cerradas y así los conjurados como sus parroquianos, la habian dejado completamente solitaria.

Viendo al Cuco y á la Chapa, el jóven dominico se dirigió hácia ellos y les dijo:

—Ha venido ya el hombre de que os hablé antes de bajar al subterráneo?

—Sí, monseñor, contestó el Cuco.

—Hace mucho?

—Llegó ahora mismo.

—Dónde aguarda?

—En el chiribitil que se halla detrás de la cocina.

—Se ha visto entrar alguien?

—Nó, monseñor: cuando llegó á las puertas de la taberna se encontraban ya cerradas.

—Está bien: llevadme al punto en que me aguarda y traed algunas botellas de vuestros vinos mejores.

El Cuco se inclinó, y se dispuso á guiar al dominico, en tanto que la Chapa disponia algunos vasos y botellas.

El Cuco llevó á José á un estrecho y miserable zaquizamí en el que se veían algunas sillas y una mesa, donde, por un lujo estraordinario, se habian colocado dos bugías.

Frente á esta mesa, apoyada su cabeza entre sus manos, y guardando una actitud meditabunda, se veía á Andrés el sayon del Santo-Oficio.

Al oir que la puerta giraba sobre sus goznes, este hombre irguió su cabeza, y viendo que José aparecia en su dintel, se levantó de su silla en signo de respeto.

—Sentaos, amigo mio, interrumpió el dominico, dirigiéndose hácia la mesa en tanto que la Chapa colocaba sobre la misma los vasos y botellas que el jóven habia pedido anteriormente; la atmósfera que aquí respiramos no es ya del Santo-Oficio y no debeis ya ver en mí al favorito

del inquisidor, sino á un hombre que necesita de vuestro valor y servicios.

—No ignorais, monseñor, dijo Andrés con voz humilde, que me encuentro á vuestras órdenes: yo debo á vos el cargo que ejerzo en las cárceles y solo deseo ocasiones para demostraros mi agradecimiento y cariño.

—Lo sé, Andrés, lo sé, repuso el dominico con voz dulce; gracias á tí conozco los profundos y secretos misterios que en el Santo-Oficio existen, y gracias á tí, que me franqueas sus oscuras galerías, puedo ver con mis propios ojos las iniquidades é injusticias que en ellas se ejecutan.

—Olvidais, monseñor, que no tan solo me hicisteis carcelero, sino que vuestros regalos aumentan en un doble el sueldo con que mantengo á mis hijos?

—Pues bien: ya que el agradecimiento no se ha estinguido en tu alma, necesito que me prestes un servicio.

—Deseais, monseñor, dijo el carcelero, que proporcione la libertad á D. Estéban de Vargas?

—Cabal.

—Hé aquí una empresa cuya realizacion me parece algo difícil y hasta quizá imposible.

—De veras? preguntó el dominico.

—Desde que me indicasteis vuestra idea he buscado un medio para llevarla á buen término, y sin embargo nada se me ha ocurrido.

—Cosa estraña! dijo el fraile sonriendo, bien se conoce, Andrés, que estás acostumbrado á guardar presos y nó á libertarlos.

—Se os ha ocurrido á vos algun medio, monseñor? preguntó el carcelero sorprendido.

—No uno, sino varios.

—Entonces..... hablad: yo estoy dispuesto á secundaros, pero mucho dudo que realiceis vuestros planes toda vez que ningun preso, hasta ahora, ha podido escapar del Santo-Oficio.

—Tan fuertes son sus rejas, sus galerías y sus puertas? observó el jóven sonriendo.

—Vos, monseñor, las conoceis como yo mismo, y no ignorais que no sale de allí un hombre vivo.

—Ciertamente; pero en cambio, replicó el dominico puede salir de allí un hombre muerto.

—Entonces no se logra ya nuestro objeto.

—Á vos os lo parece, Andrés, replicó José; pero Vargas puede ofrecerse muerto á los ojos de todos menos á los vuestros y los mios.

—No os comprendo, monseñor.

—Nada tan sencillo: cuántas defunciones ocurren diariamente en las cárceles?

—La tortura, monseñor, precipita muchas vidas, y actualmente, en que las cárceles de la inquisicion se encuentran llenas, pueden contarse con tres ó cuatro defunciones diarias.

—Pues bien, Vargas debe contarse entre esos tres ó cuatro difuntos.

—Es decir que su muerte es irremisible?

—Para la inquisicion sí; para nosotros nó. Veamos,

añadió José, vaciando una de las botellas que habia dejado la Chapa en dos vasos que colocó el uno en frente suyo y el otro cerca de Andrés; veamos: no hay, entre los encarcelados, alguno que, poco mas ó menos, tenga la misma edad, la misma talla de Vargas y que se halle peligrosamente enfermo?

—Lo ignoro; pero casi puedo afirmarlo toda vez que no pasa un dia sin que veinte y cinco ó treinta acusados dejen de sufrir el tormento: si hoy no hubiese en el Santo-Oficio un hombre de la talla y edad de Don Estában, quizá mañana mismo puede entrar en la cárcel.

—Pues bien, amigo mio, replicó el dominico: yo estoy mas enterado que vos respecto á quien entra y sale de aquellas lóbregas mazmorras. Así, por ejemplo, yo puedo deciros que ayer mismo entró en la cárcel un jóven acusado de profesar la religion judáica y al cual, hoy mismo, se le debia sujetar al tormento.

—Y bien?.....

—Ese jóven tiene la misma edad, la misma estatura y hasta casi las mismas facciones de Vargas.

—Hé ahí una coincidencia estraña, observó Andrés echándose á pechos un vaso de esquisito jerez.

—Y sin embargo, replicó José; nada es tan cierto.

—Continuad, monseñor.

—Este hombre es muy fácil que muera en el tormento: no ignorais que la mayor parte de los judaizantes son víctimas de los suplicios mas horribles.

—En efecto, monseñor.

—Si realmente este hombre muere en el tormento, Vargas está salvado.

—Por qué, monseñor?

—Porque vos sacareis á Don Estéban de su mazmorra y pondreis en ella al difunto.

—Comprendo, replicó Andrés sonriendo, quereis que el señor de Vargas pase por muerto.

—Cabal.

—Y si Pedro de Arbués ó el gobernador de Sevilla tienen la ocurrencia de examinar al difunto?

—Esto lo podeis dar por seguro; dijo el fraile; hé ahí porque exijo que coloqueis en su lugar á un hombre que se le parezca en talla, en edad y hasta en el semblante. La diferencia que podrá existir entre el rostro del vivo y el del difunto no será muy notada si vos teneis cuidado en alumbrar débilmente el calabozo. Fuera de esto la muerte esparce en el rostro de los difuntos una igualdad ó semejanza terroríficas, y ni Enriquez ni Pedro de Arbués son muy amigos de contemplar cierto género de espectáculos.

—Y si vienen á visitar el difunto les diré que es Don Estéban de Vargas?

—Sí.

—Ya comprendereis que si el negocio va mal, mi cabeza no se sostendrá por mucho tiempo en sus hombros.

—Ciertamente: pero como el hombre que arriesga mas ó menos su existencia se hace digno de un premio, aquí teneis con que reforzar vuestro aliento.

Y en el mismo tiempo, José sumergia su mano en los anchos y profundos bolsillos de su túnica y sacaba de ellos un bolson lleno de oro.

Al ver como éste brillaba entre las mallas de la bolsa, los ojos del esbirro chispearon de codicia.

—Tomad, continuó José; aquí teneis esto á cuenta; concluido el negocio recibireis el doble. Os parece bien este trato?

—Sí, monseñor, dijo el carcelero: solo falta una cosa.....

—Cuál?

—Que completeis vuestras instrucciones.

—En efecto, replicó el dominico: tan pronto como volvais á la cárcel direis á Don Estéban de Vargas que se finja estraordinariamente enfermo al objeto de que luego nadie estrañe su muerte. Despues ireis al palacio de Arbués y le direis que Don Estéban de Vargas se halla á punto de morir, y que siendo un preso que él tiene en gran valia se lo advertís para su gobierno. Entonces el inquisidor, que tiene depositada en mí su confianza, me enviará á la cárcel para que me informe del estado en que se encuentre su víctima, y ya comprendereis que yo confirmaré vuestro aserto. Una vez haya circulado la noticia de que don Estéban ha muerto, la cual no debe circular hasta que el judaizante haya perdido su existencia, sacareis de su mazmorra á nuestro amigo, envolvereis en un sudario al hombre que realmente habrá fallecido en el tormento, y aprovechando las tranquilas y solitarias horos de la no-

che, le colocareis en el lecho de Don Estéban..... Quizá esto no sea necesario y....

—Dispensad, monseñor, interrumpió á la sazon el carcelero; hasta ahora solo he visto un medio por el cual un difunto ocupará el puesto de un vivo; pero no me habeis indicado aun la manera con que Don Estában podrá salir de la cárcel. Olvidais que los guardianes de ésta, no permiten salir á nadie del Santo-Oficio sin una licencia firmada por el inquisidor de Sevilla?

—Ciertamente; pero Vargas no necesitará de esta licencia; fuera de que el tormento ha estropeado sus miembros y de consiguiente carece de fuerzas para dar un paso, y yo no espondria el éxito de nuestra empresa aconsejándole que se ofreciese ante los ojos de los guardias.

—Queréis ocultarle en las mismas cárceles?

—Tampoco: la presencia de Don Estéban de Vargas es necesaria en otra parte, con objeto de llevar á cabo ciertos planes. Así, pues, continuó el dominico, se hace indispensable que salga de la cárcel.

—De qué modo?

—Vamos por partes: dónde colocais vuestros difuntos?

—En una estancia de la misma inquisicion.

—En la sala de la muerte, no es cierto? preguntó José.

—Esto es.

—Corriente: entonces colocarás á D. Estéban, junto con los otros difuntos.

—En verdad, dijo el carcelero, sonriendo, que éstos no denunciarán la estratagema.

—Le colocareis, añadió José, en el mismo féretro que se destinará al judaizante.

—Y luego?

—Cuando los difuntos se llevan al cementerio, tú, con cualquier pretesto, acompañarás al fúnebre cortejo.

—Ya entiendo, repuso el carcelero: es decir, que cuando lleguemos al cementerio y nos encontremos solos yo descerrajaré la tapa de la caja mortuoria y pondré en salvo á Don Estéban.

—Cabal, mas esto lo harás de noche, y hasta si es necesario yo te prestaré mi ausilio.

—Y creeis que el señor de Vargas no se morirá de veras?

—Por qué motivo?

—Porque metido en el féretro carecerá de aire, y es muy posible que concluya por ahogarse.

—Para todo hay medio, observó el dominico sonriendo. En primer lugar, tú procurarás agugerear el féretro al objeto de que el aire penetre en su interior, y en segundo lugar, antes de llevarle á la sala de la muerte, le propinarás seis gotas de este líquido que disolverás en un poco de agua.

Y al pronunciar estas frases! el dominico sacó de su bolsillo un pomito donde se veia un líquido cuyo color era el del ópalo.

—Y qué efecto producirá este licor en Don Estéban? preguntó con curiosidad el esbirro.

—El de suspender por algunas horas su existencia. Á

los cinco minutos de haberle propinado estas seis gotas, Vargas quedará como muerto y así no tendremos que luchar con la emocion que siempre causa al hombre el verse dentro de una caja mortuoria.

—Y si no vuelve en sí cuando lleguemos al cementerio? preguntó el carcelero tomando el frasco de manos del dominico.

—Tranquilízate, amigo mio: conozco demasiado los efectos de este líquido para que no me inspire confianza. A mas de esto, cuando anochezca, yo procuraré ir al cementerio y entonces podrás contar ya con mi ausilio.

—Está bien, monseñor.

—Recordarás mis instrucciones?

—No paseis cuidado: la libertad de Don Estéban es segura, dijo el esbirro.

—No olvideis que el judaizante tiene que sufrir el tormento: si realmente lo ha sufrido ya, vigílale con cuidado, y luego que haya exhalado el último suspiro, llevaremos á cabo nuestra empresa.

—Así lo haré, monseñor.

—Entonces puedes retirarte, dijo el fraile abandonando la mesa, frente la cual se habia celebrado esta plática.

—Me mandais alguna otra cosa, monseñor? preguntó con humildad el carcelero.

—Nó: solo te advierto que debes obrar con mucha discrecion y prudencia.

Y haciendo una seña al esbirro para que abandonase

la estancia, Andrés salió de esta última, dejando solo al mancebo.

Este reflexinó por un instante y luego dirigiéndose hácia la puerta del zaquizamí, llamó á la Chapa.

El eco de su voz resonaba aun en la estancia cuando la jóven se presentó en esta última.

—Monseñor me llama? preguntó al dominico.

—Sí, amiga mia; necesitaré un favor de aquí dos ó tres dias.

—Y este favor os lo puedo dispensar ó tal vez el Cuco mi hermano?

—Sí.

—Estamos á vuestras órdenes.

—Se trata de proteger á un desgraciado preso que antes de dos ó tres dias se escapará del Santo-Oficio.

Al oir estas frases la jóven palideció.

La Chapa no ignoraba que la inquisicion reservaba para la hoguera, á los que encubrian ó protegian sus víctimas.

—Dispensad, monseñor, dijo con humildad la doncella: intentais ocultar el preso en nuestra casa?

—Lo adivináste, amiga mia.

—Entonces no me es posible el complaceros: una indiscrecion, una imprudencia seria lo bastante á denunciarnos y ya sabeis que lo que son obras de caridad ante el prójimo, son crímenes para el tribunal del Santo-Oficio.

—Tanto os asusta?

—Oh! padre mio, el sanbenito me horroriza.

—Y si os digese que el preso á que me refiero es un hidalgo que teneis en mucha estima?

—Quién es?

—El caballero Don Estéban de Vargas.

—El amante de la señorita de Argoso! interrumpió la jóven palideciendo. Oh Dios mio! y el pobrecito se halla preso?

—Tanto que es muy posible que figure en el auto de fé que uno de estos dias celebrará la inquisicion para honrar á Cárlos V.

—Y decís que puedo salvarle?

—Sí, porque yo, á mi vez trato de proporcionarle la fuga; pero como es terriblemente odiado por el inquisidor Arbués y es fácil que alguien le reconozca, he pensado que tú le podrias ocultar en el sótano donde se han reunido hoy los conjurados.

—Taedle, padre mio, traedle! esclamó con entusiasmo la jóven; qué es lo que mi hermano y yo no haremos para salvar á tan hidalgo y valiente caballero?

—No esperaba menos de tu corazon bueno y generoso, amiga mia; replicó el dominico. Así puedo contar con tu auxilio?

—Sí, replicó la Chapa; nunca olvidaré que en otro tiempo quise entregar á doña Dolores de Argoso en brazos de Pedro de Arbués y esta mala accion, que aun está royendo mi conciencia, exige un desagravio.

—Pues bien, amiga mia: prepara tu sótano y antes de muy pocos dias albergarás el señor de Vargas en tu casa.

Y al pronunciar estas frases el jóven abrigó su rostro en la capucha de su hábito y despidiéndose de la jóven que le acompañó hasta el dintel de la puerta, se dirigió hácia su casa.

# CAPITULO VIII.

---

### Confidencias de Arbués.

Habian transcurrido ocho dias desde los sucesos que acaban de relatarse en el anterior capítulo.

Acababan de dar las once de la noche en el reloj de la Torre del Oro y el cielo se veia iluminado por el resplandor argentino de la luna que rodeada por un sinnúmero de estrellas parecia una sultana en medio de su córte de esclavas.

En todas partes reinaba la soledad y el silencio, escepto en el palacio de Arbués donde á través de los cristales de sus balcones veíanse luces y alguno que otro criado que cruzaba los departamentos interiores, señal evidente de que el inquisidor no se habia aun acostado.

Y en efecto: Pedro de Arbués, que con frecuencia buscaba inútilmente el sueño, se paseaba en sus jardines en compañía de José, su favorito.

El inquisidor acababa de llegar del Santo-Oficio donde habia visitado á la señorita de Argoso y apesar de que habia seguido los consejos del gobernador Enriquez, el cual opinaba que se amenazara con el tormento á la jóven, ésta, con su entereza y energía de costumbre, habia rechazado sus instancias y amenazas.

De aquí, pues, que el inquisidor se sintiese vivamente agitado y que, huyendo el sueño de sus ojos, en vez de dirigirse á su cámara se dirigiera á sus jardines.

Pero no atreviéndose á quedarse solo con sus pensamientos y emociones, el inquisidor habia llamado á su favorito y se paseaba con él en los jardines, sosteniendo una plática animada.

La noche estaba dulce y tranquila; los nocturnos y vagos rumores de la ciudad llegaban de una manera débil y casi imperceptible hasta nuestros dos pesonages; la brisa refrescaba sus enardecidas frentes y el perfume de las rosas y las acacias les envolvia en una pura y embalsamada atmósfera.

Uno y otro necesitaban de aquella tranquilidad y reposo. Arbués para calmar la fiebre que le habia ocasionado la vista de Dolores; José para endulzar sus sentimientos de venganza que envolvian su alma como un torrente de lava.

Aquellos dos hombres esperimentaban el mismo ardor en sus pasiones, el mismo afan para realizar sus intentos.

Entre ellos no habia mas que una diferencia: la de que

Arbués tenia el privilegio de dar espansion á todos sus sentimientos, mientras que José, por el contrario, los comprimia haciendo toda clase de esfuerzos para remitirlos al fondo de su pecho.

El uno, inspirado en su amor, traducia en frases las violentas emociones de su pecho, mientras que el otro, inspirado en sus deseos de venganza, intentaba disfrazar sus sentimientos.

El que conociendo las aspiraciones de Arbués le hubiese oido, es muy probable que le hubiese tomado por algun fraile calavera: el que hubiese conocido á José y recordado los tortuosos medios que adoptaba para realizar sus deseos y hubiese oido el dulce y tentador leguaje que con Arbués usaba, le hubiese tomado por un fraile hipócrita.

Todo el mundo hubiese desconfiado de aquel jóven con rostro de ángel y corazon de demonio. El inquisidor era el único que fiaba en el mancebo, quizá porque tambien era el único que con gran talento sabia alhagar sus pasiones.

El inquisidor alimentaba constantemente una víbora á su lado, y se acercaba ya el dia en que esta víbora debia herirle en el centro de su pecho.

Pero entre tanto no llegaba este dia el jóven se mantenia á la altura de costumbre, y ejercia en el alma de Arbués una incontrastable influencia.

No es, pues, estraño, que al sentirse agitado el inquisidor, le llamase para que calmara su emocion con lo afectuoso y dulce de sus frases.

Hacia ya algun tiempo que Arbués y su favorito se paseaban en los jardines sin tener otra luz que el resplandor de la luna, ni mas testigos que las flores.

La conversacion giraba sobre la señorita de Argoso.

—Oh! esclamaba el inquisidor: soy el hombre mas desgraciado que en la tierra existe; he probado ya todos los medios, y nada es lo bastante á vencer su resistencia. Solo me quedaba una esperanza, y esta esperanza se ha desvanecido cual humo. Veo que Enriquez no ha comprendido el carácter de esta jóven!...

—Y que os aconsejó Enriquez, monseñor? preguntó su compañero con voz dulce.

—Me ha aconsejado un medio que yo, antes de practicarlo, quiero sejetar á tu criterio.

—Ya os escucho.

—Enriquez opina que debo aplicar la tortura á la señorita de Argoso; qué te parece?

—Habeis empleado algun otro recurso? preguntó José que, como ya sabemos, no ignoraba nada de lo que el inquisidor habia hecho para alcanzar su objeto.

—Sí, replicó Arbués; sujeté al tormento á su novio don Estéban.

—Y qué es lo que lográsteis?

—Nada.

—Y Dolores averiguó, que efectivamente le aplicásteis la tortura?

—Sufrió el tormento en su presencia.

—Y ahora intentais darlo á ella?

—Hé ahí lo que me aconseja Enriquez.

—Creo, monseñor, que os aconseja como un bueno y leal amigo, replicó el jóven, luego de reflexionar un instante.

—Y opinas, dijo Arbués, que con este medio yo podria realizar el constante sueño de mi alma?

—Así lo creo.

—Ignoras que en esta misma noche la he visitado en su mazmorra, que me he postrado á sus plantas, que he renovado mis súplicas, recordado mis promesas y que viendo su tenacidad y energía he concluido por amenazarla con la tortura cuya aplicacion me aconsejas?

—Oh! monseñor, dijo el jóven sonriendo; la amenaza no es la misma tortura; sujetadla á un caballete, dad órden á los verdugos para que inventen un suplicio gradual y cuyo dolor siempre creciente no apague las facultades de su alma, y Dolores, no pudiendo resistir su agonía, concluirá por echarse en vuestros brazos.

—Mucho lo dudo, amigo mio, replicó Arbués, lanzando un gran suspiro: el dolor físico que le producirá la tortura no será mayor que el que esperimentó al ver á don Estéban en el suplicio del agua... y á propósito de Vargas: tengo que darte una noticia que tú deplorarás en estremo.

—Qué noticia, monseñor? preguntó con voz dulce el dominico.

Ya sabes que trato de honrar las últimas victorias de nuestro señor y rey el emperador Cárlos V, celebrando un

auto de fé en que un sinnúmero de herejes espiarán sus delitos en las llamas.

—En efecto, monseñor: yo que me intereso por la religion católica y el esplendor de vuestro nombre, he preguntado muchas veces el dia en que se celebrará esta gran fiesta.

—Se hacen ya los preparativos, y se celebrará muy en breve: pero antes de todo quisiera que Don Estéban se hallara con fuerzas suficientes para vestir el sanbenito.

—¡Cómo! replicó José, con voz hipócrita; ha sucedido algo estraordinario para que Vargas no aumente el brillo de ese dia?

—A esto, observó el inquisidor, me referia, cuando dije que iba á participarte una malhadada noticia: cuando esta noche, yo he salido de la cárcel, Don Estéban se encontraba agonizando.

—¡Qué estais diciendo! interrumpió José, el cual no ignoraba el engaño de que el inquisidor era víctima; y la ciencia no tiene recurso alguno para salvar á ese herege, y guardarlo para unas llamas que indudablemente purificarian su alma?

—Vargas, mi querido amigo, sufrió mucho. El pícaro de Enriquez insistió en darle otro tormento, y el desgraciado, luego de haber sufrido el del agua, tuvo que sufrir el del fuego. El gobernador de Sevilla se enamoró tambien de doña Aldonza, novia que fué de Don Estéban, y creyendo que la aplicacion de otra tortura la echaria en sus bra-

zos mandó estrujar al pobre jóven. Tantos sufrimientos han concluido por agotar su naturaleza fuerte y robusta, y de ahí que Vargas se encuentra en los lindes del sepulcro. Esto no obstante he dado mis órdenes para que se observen con él toda clase de cuidados, y para que se me dé noticia de las novedades que ocurran.

—En verdad, monseñor, que vuestro corazon es harto noble y piadoso. No se comprende tanta hidalguía en un hombre que, cual vos, tiene tan destrozada su alma.

—No ignoras, dijo el inquisidor alhagado en su vanidad por estas palabras del fraile, no ignoras que yo sacrifico todas mis aspiraciones é ideas en obsequio á la religion que profesamos. Don Estéban de Vargas, lo mismo que Don Manuel de Argoso y otros personages que hoy dia se encuentran en las santas cárceles, puede realzar en gran manera la ceremonia que el Santo-Oficio prepara, y de ahí que emplee todos mis cuidados al objeto de reservarle para este grande y solemne dia.

—El Señor premiará tanto celo, dijo el dominico alzando con beatitud sus ojos hácia el cielo.

La conversacion de nuestros dos personages llegaba á este punto, cuando de pronto llegó al jardin un criado para decir al inquisidor que un hombre del Santo-Oficio le llamaba.

—Quién es? preguntó Arbués.

—Lo ignoro, dijo el criado.

—¿No indicó lo que queria?

—Solo ha manifestado que deseaba ver á Su Eminencia para un asunto urgente.

—Entonces vamos, replicó Arbués.

Y seguido por José, el fraile se dirigió hácia su palacio que, iluminado con el resplandor de la luna, se ostentaba como una régia y magnífica morada.

Al llegar á la especie de antesala que precedia á su despacho, Arbués encontró á un hombre que aguardaba en él, inmóvil como una estátua.

Este hombre, al ver al inquisidor y al dominico, hizo una profunda reverencia.

Era Andrés el sayon del Santo Oficio, el mismo personage que hemos visto en la taberna de la Chapa.

—Qué ocurre? le preguntó Arbués, con esa magestad y desden con que el amo trata á sus servidores.

—Cuando hace algunas horas dijo Andrés, con humildad, Vuestra Eminencia se hallaba en el Santo-Oficio, me encargó que vigilase con gran cuidado al señor Don Estéban de Vargas.

—En efecto, replicó Arbués con ceguedad.

—Tambien, continuó el esbirro, Vuestra Eminencia encargó que si ocurria algo notable se lo viniese á participar sin pérdida de tiempo.

—Ha ocurrido algo nuevo?

—Sí, monseñor.

—Está peor Vargas?

—Ha muerto.

Y al pronunciar estas frases, el esbirro dirigió una

mirada de inteligencia al jóven dominico, el cual, al oir esta noticia, fingió una gran sorpresa.

—No creí que muriese esta noche, dijo Arbués contrariado por esta nueva, la cual no le permitiria aumentar el esplendor del auto de fé, que él calificaba de grande y santa ceremonia. Siéntolo en el alma, añadió el inquisidor, porque su castigo en la hoguera hubiera servido como escarmiento á los hereges.

—Teneis razon, monseñor, observó José; pero á fin de que este desgraciado sirva de ejemplo á los enemigos de la religion católica, aun nos queda un recurso.

—Cuál, amigo mio?

—Guardar sus huesos, y echarlos á las llamas, ó bien si quereis, quemarlo en efigie.

—La idea no es mala, replicó Arbués; pero yo no debo hacer nada sin consultarlo antes con el Tribunal de la Suprema. Entretanto, amigo mio, continuó Arbués dirigiéndose á su favorito, llégate al Santo-Oficio, examina si realmente D. Estéban ha muerto, y dispon su entierro de forma que, si es conveniente, se puedan hallar sus restos.

Y luego dirigiéndose al esbirro que continuaba guardando su actitud profundamente respetuosa, dijo:

—Qué tal fué su muerte?

—La de un buen cristiano, monseñor, dijo el sayon dirigiendo una segunda mirada al jóven dominico.

—Que Dios sea loado! replicó Arbués en voz compungida y uniendo con beatitud sus dos manos; el cielo quizá le haya perdonado los muchos crímenes que cometió en

la tierra, y ya que ha muerto como buen católico, su alma tal vez, disfrutará la bienaventuranza!...

—Así sea! replicó José, fingiendo un gran suspiro.

—Véte, amigo mio, le dijo Arbués; véte al Santo-Oficio y procura que se ejecuten mis órdenes; manda que le entierren en un lugar donde no sea muy díficil el encontrar sus huesos: la llama en que arderán purificará las manchas de su alma.

—Vuestras palabras edifican la mia, monseñor; dadme á besar vuestras manos, y no permitais que yo salga de esta casa sin la bendicion que me dais siempre.

Y en tanto que José pronunciaba estas frases con voz dulce y melíflua, besaba las manos de Arbués é inclinaba su cabeza, para que éste le diera la bendicion solicitada.

—En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo! dijo Pedro de Arbués, haciendo la señal de la Cruz sobre la cabeza del fraile.

—Amen! dijo este último.

Y besando por última vez las manos del inquisidor y seguido por Andrés que hacia estraordinarios esfuerzos para guardar su formalidad en aquella cómica escena, José abandonó la antesala, bajó con precipitacion la escalera del palacio y se dirigió á la calle.

Luego que se vió algo léjos de los centinelas que guardaban el palacio, dijo encarándose á Andrés:

—Y bien?

—Todo se halla dispuesto, monseñor, contestó el esbirro.

—Murió el judaizante?

—Sí, monseñor.

—A que hora?

—A las cuatro de la tarde; no os equivocásteis monseñor: el pobrecito careció de fuerzas para resistir el dolor que ocasiona la garrucha y hoy ha muerto sufriendo los mas horribles tormentos. Viendo que se moria por instantes he manifestado á Vargas los planes que monseñor y yo habíamos formado y comprendiendo que este era el único medio para salvar su existencia, ha prometido obedecernos.

—Creo que Arbués le ha visitado?

—Es cierto, monseñor; entonces ha sido cuando Vargas ha fingido una agonía que me ha dejado suspenso. Tal fué su habilidad en quejarse y en imitar al que se encuentra moribundo.

—Le dijiste que en seguida le meteríamos en una caja mortuoria?

—Sí, monseñor.

—Le propinaste el licor que yo te dí en la taberna de la Chapa?

—Casi no me atrevia; pero luego reflexioné que Arbués, tal vez, intentaria reanimarle y me resolví á dárselo.

—Hiciste bien, replicó el dominico: en el Santo-Oficio hay un hombre que es tanto ó mas temible que el inquisidor de Sevilla.

—A quién os referís, monseñor?

—Al gobernador Enriquez: si éste entrara en la cárcel y supiese que ha muerto Vargas, estoy cierto que intentaria examinarle.

A esta sazon el dominico y el esbirro llegaron á la puerta de la cárcel.

Todo en ella respiraba la frialdad y la muerte.

No se oia mas rumor que el de algunos martillazos que parecian darse á unas tablas de madera.

—Quién ocasiona este ruido? preguntó el jóven con sorpresa.

—Monseñor, dijo Andrés; lo ocasiona el carpintero de la cárcel: en este momento se ocupa en labrar las cajas mortuorias en que se deben sepultar los desgraciados que hoy han muerto.

—Cuántas son las víctimas?

—Para vos y yo, monseñor, tres; para el Santo-Oficio cuatro.

—Esto es horrible; murmuró el jóven entredientes.

Y luego añadió en voz alta.

—Tardarán mucho en estar dispuestos los féretros?

—Oh! monseñor, dijo sonriendo el esbirro; la inquisicion nunca es muy espléndida con los que mueren en sus antros; el féretro que dá á sus víctimas, consiste, únicamente, en cuatro tablas juntadas con otros tantos clavos. Se les dá una capa de barniz negro, se les coloca en unas angarillas, se les lleva al cementerio y se les entierra en la fosa de los pobres.

Durante este tiempo José y Andrés habian cruzado el

dintel de la gruesa y ferrada puerta que daba paso al interior de la cárcel y se habian dirigido á sus negros y profundos sótanos.

# CAPÍTULO IX.

---

### Un muerto que está vivo.

Nuestros dos hombres, siguiendo las húmedas y tortuosas galerías que nuestros lectores ya conocen, llegaron á la mazmorra de Don Estéban de Vargas.

Andrés empujó con algun cuidado la puerta y siguió al dominico que entró en el calabozo.

No obstante de que José estaba seguro de que Vargas no habia muerto, el jóven se sentia notablemente impresionado.

Verdad es que el espectáculo que se ofreció á sus ojos era para conmover al corazon mas frio.

Tendido en su lecho de tablas y revistiendo la palidez de la muerte su semblante, veíase á D. Estéban de Vargas, cuyas manos se hallaban juntadas en actitud de orar como si fuese una sepulcral estátua, y cuyos cerrados ojos

le daban el aspecto de un cadáver sumergido en el eterno sueño.

Su cuerpo se hallaba envuelto en un sudario y sobre su pecho veíase un Cristo de bronce clavado en una crucesita de madera ennegrecida por el uso.

El jóven se detuvo al pié de aquel lecho funerario y clavó una mirada de águila en aquel hombre, que, al parecer, se habia emancipado á la vida.

Luego se acercó á un lado de la cámara, apartó el sudario que envolvia á Don Estéban y cogió una de sus dos manos.

Al observar que éstas se hallaban calientes el jóven respiró con desahogo.

Tomó su pulso y éste latia.

Los latidos eran muy débiles; pero eran una muestra irrecusable de que Don Estéban vivia.

Luego que el fraile se hubo convencido de que Vargas conservaba aun la plenitud de su vida, bajo aquella máscara de la muerte, volvióse hácia Andrés y le dijo:

—Tardará mucho en concluirse el féretro?

—Una ó dos horas, monseñor, es ya la una de la noche y el carpintero que es sepulturero á un mismo tiempo, deseará enterrarle.

—Enhorabuena, dijo el dominico; aguárdame aquí mismo y procura que nadie penetre en esta estancia.

—No es fácil, monseñor, la hora es ya avanzada y todo el mundo está durmiendo.

El fraile no contestó y se dirigió con lento y recatado

paso y alumbrándose con una linterna, hácia otro calabozo frente al cual se detuvo.

Luego llamó con tiento á su puerta.

—Quién es? preguntó la voz de una muger que parecia despertar de un sueño.

—Abrid, señora, contestó el fraile; es José, vuestro amigo que desea veros y hablaros.

Oyóse el rumor que produce una persona al abandonar su lecho, brilló una luz por entre las rendijas de la puerta y transcurridos algunos minutos, esta se abrió dejando ver á doña Dolores de Argoso.

—Dispensad señora, dijo el fraile, si interrumpo vuestro sueño á estas horas; pero el asunto de que intento hablaros, exige, de vos, el sacrificio de escucharme.

—Ya sabeis, amigo mio, repuso Dolores que vuestra presencia nunca la considero molesta, porque es siempre anuncio de importantísimas noticias.

—Las que vengo á participaros son harto satisfactorias para que no las recibais con gusto, repuso el dominico.

—Hablad: ya os escucho.

—Ha llegado ya el instante en que Vargas alcanzará la libertad porque suspiramos ha tiempo.

—Dios mio! replicó la jóven cuyo pálido semblante revistió el color de la grana; es esto posible? no me engañais amigo mio?

Y la jóven llevada por su alegría, cogió las manos del fraile y se las estrechó con cariño.

—No os engaño, Dolores; con esto no hago mas que

cumplir la promesa que os hice de salvar á vuestro amante.

—Es decir, que el tribunal del Santo-Oficio le ha absuelto?

—El Santo-Oficio, Dolores, jamás perdona á los novios de mujeres que cual vos son tan hermosas. Vargas se librará de estas cárceles, gracias á mi empeño en salvarle y gracias al ausilio que la Providencia me ha prestado. Yo tanto á vos como á Doña Aldonza prometí que don Estéban se emanciparia del Santo-Oficio, y mi honor, mi celo, el cariño que á todos os profeso, estaban empeñados en el cumplimiento de esta sagrada promesa.

—Gracias, amigo mio, gracias! replicó llena de entusiasmo la jóven; vuestro corazon es tan noble é hidalgo como siempre. Pero en fin, preguntó la doncella: Vargas se encuentra ya restablecido de las heridas que hubo de sufrir en el tormento?

—Por qué lo preguntais Dolores?

—Porque si efectivamente logra salir del Santo-Oficio me probará que su salud está ya recobrada.

—Sí, Dolores; Vargas se encuentra ya perfectamente sano; pero aunque se hallase enfermo yo lograria tambien sacarle de estas cárceles.

—Y creeis que el Santo-Oficio no descubrirá su fuga y que no insistirá en perseguirle?

—Nó, señora, porque el Santo-Oficio acaba de borrar á Vargas del libro de los vivos.

—No os comprendo...

—Quiero decir, amiga mia, que Vargas ha muerto pa-

ra la inquisicion y sus esbirros, y en este mismo instante se halla tendido en su lecho como si fuese un cadáver.

—Que estais diciendo! esclamó la señorita de Argoso dejando las tablas en que permanecia sentada y mirando al frile con ojos estraviados. Hablais de muertes, de cadáveres y yo casi no llego á comprenderos. Por Dios, amigo mio! sacadme de la horrible duda en que me han puesto vuestras frases; respondedme con franqueza: que es de Don Estéban? vive ó ha muerto?

—Vive, señora.

—Estais dispuesto á probármelo?

—Solo hay un medio.

—Continuad.

—El de que vos le veais con vuestros mismos ojos.

—No correré ningun riesgo?

—El único guardian que está velando en estos sótanos me pertenece en cuerpo y alma. Pero antes de que vayamos al calabozo de Vargas, me permitireis exija de vos una promesa.

—Cuál? preguntó con ansiedad la jóven.

—Que sea cualquiera el estado en que veais á Don Estéban guardareis el mas profundo silencio. Recordad, señora que un grito, una palabra, una indiscrecion de vuestra parte ocasionaria su pérdida.

—Os lo prometo, dijo la señorita de Argoso, la cual no llegaba á comprender el misterio que encerraban estas frases.

—Entonces, seguidme.

El fraile cogió un manto que se veia en un ángulo del calabozo, lo echó sobre las espaldas de la jóven y guió sus pasos á la luz de su linterna. Poco tiempo despues uno y otro llegaban á la mazmorra de Estéban.

Pero al entrar en ella la señorita de Argoso lanzó un grito.

José trató de ahogar este grito cogiendo un estremo de su manto y llevándolo á sus lábios.

—Por piedad, señora! esclamó el fraile; serenaos; vuestros ojos os engañan; lo que estais viendo no es mas que una estratagema que salvará á vuestro amante.

Pero Dolores no escuchaba las frases del mancebo: fijas sus miradas en aquel triste y funerario lecho; contenplando el largo y blanco sudario que envolvia el cuerpo de don Estéban; examinando, una por una, sus lívidas facciones; clavada en el dintel de la puerta, Dolores semejaba una estátua que habia petrificado el dolor.

Por fin emancipándose á su éxtasis y mirando alternativamente al fraile y al sayon Andrés, que guardaba una actitud inmóvil y silenciosa en el centro de la estancia, dijo, como si hubiese perdido su juicio:

—Muerto!.... muerto!.... perdido para siempre. Es esto posible, Dios mio? Cuáles son mis crímenes, cuáles son mis delitos para que me castigueis de un modo tan horrible? Yo lo he sufrido todo, lo he resistido todo, pero no me siento ya con fuerzas para luchar con una desgracia que me roba la dicha y la esperanza! Oh Arbués! Arbués! toda tu sangre no fuera bastante á calmar el sentimiento de

venganza que está ardiendo en el fondo de mi pecho! ..

Y luego dirigiéndose al jóven dominico que le instaba para que se serenase, continuó:

—Por qué me engañasteis vilmente? por qué abusasteis de mi credulidad y esperanza? vos no teníais derecho para estraviar mi fantasía en ideales regiones y precipitar de repente mi alma en un abismo de desconsuelo y de luto. Sí: Vargas se encuentra libre: dentro de algunas horas saldrá de estas horribles mazmorras; pero su libertad será la del sepulcro y mi alma se agitará en el vacío en que le deja esta pérdida!....

—Tranquilizaos, señora, interrumpió el fraile: serenad vuestro espíritu; lo que estais viendo solo es una ficcion que ha de redundar en beneficio vuestro. Don Estéban no ha muerto: conserva una vida que consagrará á vuestro amor, y no se pasarán muchos dias sin que le veais en vuestros brazos.

—Pero esta ficcion es horrible, esclamó la jóven retorciéndose los brazos; su palidez, lo rígido de su cuerpo y hasta el sudario que le envuelve, son evidente muestra de que está durmiendo el eterno sueño!...

—Os engañais, señora, dijo el fraile cogiendo á la jóven por el brazo; y puesto que desconfiais de las seguridades que os he dado, acercaos!....

Y al mismo tiempo el jóven arrastró á la señorita de Argoso hasta el lecho de su amante.

—Cojed su mano, añadió.

Dolores obedeció esta indicacion del fraile.

—Tentad su pulso.

La jóven hizo lo que José le ordenaba.

—El pulso de Vargas, aunque muy débil, revelaba que no se habia apagado su existencia.

—Os convenceis de que realmente vive? dijo el dominico.

—Oh! gracias, gracias, Dios mio! esclamó la jóven en un rapto de alegría; mi corazon vuelve á respirar libremente y palpita de amor y de esperanza!

Y al mismo tiempo la jóven caia de rodillas y besaba agradecida las manos del fraile que la contemplaba enternecido.

—Pero en fin, interrogó ya mas tranquila; es esto un desmayo?

—Nó, contestó José, es el efecto de un narcótico.

—Y le sacareis de esas cárceles dormido?

—Sí, señora.

—De qué modo?

—Vargas pasa por muerto ante la gente del Santo-Oficio y es indispensable que la ficcion continúe hasta que salga de estos lugares.

—Y cómo saldrá de aquí?

—En un féretro, señora.

La jóven lanzó un grito, y replicó:

—Es decir que desde aquí le llevais al cementerio?

—Lo adivinasteis.

—Pero no comprendeis que cuando vuelva en sí y se vea dentro de una caja mortuoria, la sorpresa, el ter-

ror, la falta de luz y de aire, helarán su sangre en las venas?

—D. Estéban, replicó José, es muy valiente y sabe de antemano cuanto vá á sucederle. Fuera de esto, cuando vuelva en sí me encontraré en el cementerio, y yo mismo le prestaré mi ausilio para que salga de la caja mortuoria. Así pues, señora, tranquilizaos, añadió José; todo lo he previsto, y creed que si he recurrido á este medio ha sido porque no se ofrecia otro mejor para salvarle.

El dominico fué interrumpido por la voz de Andrés, el cual, mientras el jóven hablaba se habia acercado á la puerta de la mazmorra y prestaba su oido á los rumores de la noche.

—Esperad! dijo el carcelero; el ruido del carpintero ha cesado y me parece que oigo pasos en el piso superior del edificio.

El fraile se acercó al dintel de la puerta, rogó á Dolores que guardara silencio y prestó su oido.

—En efecto, dijo; alguien baja, los pasos que oís resuenan ya en la escalera.

Y dirigiéndose á la señorita de Argoso, continuó:

—Pronto, señora, pronto! volvamos á vuestra mazmorra; si alguien os encontrase aquí, tal vez escitaríamos sospechas y no se realizarian nuestros planes.

—Permitid, antes, dijo la señorita de Argoso, que me despida de Vargas. Quizá le dé mi último y postrer adios!....

Y al mismo tiempo que la jóven pronunciaba estas

frases, se inclinaba sobre el pálido rostro de su amante é imprimia un beso en sus lábios.

—Pronto, pronto! señora, que ya bajan, esclamó Andrés, el cual, como ya sabemos, se encontraba muy interesado en la salvacion del mancebo.

La jóven se incorporó, se rebozó en su manto, y luego dirigiéndose al fraile esclamó:

—Me acompañais, padre mio?

—Nó, Dolores, yo esperaré aquí á los carpinteros; conviene que me tomen por el sacerdote que ausilió á D. Estéban en sus últimos momentos.

Y luego, dirigiéndose á Andrés, continuó:

—Acompañad á esta señorita á su mazmorra y despues volved enseguida. Si no estoy aquí me hallareis en la sala de la muerte.

Andrés hizo un signo afirmativo.

—Adios, amigo mio, esclamó la jóven estrechando con cariño la mano del dominico; no olvideis que la existencia de Vargas es la mia!

José no contestó.

Estrechó á su vez la mano de Dolores, á la cual acompañó hasta la puerta.

Andrés cogió una linterna y guió á la jóven por aquellas tortuosas galerías.

—Representemos el último acto de la comedia! esclamó para su sayo el dominico.

Y arreglando el sudario en que estaba envuelto el cuerpo de D. Esteban y que la señorita de Argoso habia pues-

to en desórden, el fraile sacó de su bolsillo un libro de oraciones y se arrodilló á la cabecera de Vargas.

Luego comenzó á rezar la oracion de los difuntos.

# CAPÍTULO X.

---

**La sala de la muerte.**

A los pocos minutos de continuar en su rezo, el fraile notó como el rumor de los pasos que oia en la escalera se acercaba lentamente hácia la puerta.

Luego esta se abrió y vió dos hombres que llevaban una caja mortuoria.

Eran el carpintero y uno de sus ayudantes.

Esto dos hombres no solo se hallaban encargados de construir los féretros de los que morian en la cárcel, sino que eran los sepultureros del Santo-Oficio.

Al ver que un fraile permanecia á la cabecera de aquel lecho funerario, el carpintero y su oficial se detuvieron cerca la puerta y se descubrieron con respeto.

José fingió que no percibia su llegada y que continuaba absorto en el rezo.

Pasado un instante el jóven irguió su cabeza, dirigió una escudriñadora mirada á nuestros dos personages y les dijo con voz dulce:

—Qué se os ofrece, hermanos?

—Veníamos á colocar en su féretro á este infeliz, dijo con respeto el carpintero; mas si vuestra paternidad no ha concluido aun sus oraciones, dejaremos aquí nuestra caja é iremos por otra á fin de amortajar otros difuntos.

—Cumplid con vuestro deber, hermanos, replicó el dominico; yo he cumplido ya con el mio; pero como se trata de un pobre jóven que ha muerto con una resignacion verdaderamente cristiana y como me ha inspirado grandes simpatías me permitireis que os ayude.

—Estamos á vuestras órdenes, padre.

—Entrad la caja.

Los sepultureros obedecieron.

José, entonces, cogió el sudario, cubrió con él el rostro de D. Estéban, á fin de que no inspirara sospechas, y luego, cogiéndole por sus hombros, ayudó á los sepultureros en su obra.

Estos y José le colocaron en el féretro.

Luego se lo pusieron en hombros y lo llevaron á la sala de la muerte.

Era este un recinto cuadrangular, donde como en todos los sótanos de la inquisicion, no penetraba ni la luz ni el aire y que por consiguiente estaba iluminado con una triste y miserable lámpara, la cual enviaba sus fúnebres resplandores á un enorme Cristo que se veia clavado en

una de las paredes del sótano y á cuyos piés corria un tablado.

Este tablado era negro y por el objeto á que se hallaba destinado se le llamaba el lecho de los muertos.

En él se depositaban antes de llevarse al cementerio las víctimas del Santo-Oficio.

Vargas fué el primero en ser transportado á esta lóbrega estancia.

Los desgraciados que, efectivamente, habian muerto, permanecian aun en sus mazmorras.

—Cuántas son las víctimas? preguntó José á los enterradores.

—Con esta son cuàtro, monseñor.

—No hay entre ellos un judaizante?

—Así dicen.

—Pues os ruego que lo traigais en seguida, replicó el fraile; es uno de mis penitentes y quisiera rezar algunas oraciones sobre su mismo cuerpo.

—Está bien, monseñor; iremos por su caja y lo traeremos luego, dijo el carpintero.

Y haciendo una seña á su ayudante dejó solo al dominico.

Pasado un instante Andrés llegaba á la sala de la muerte.

—Dejaste en su calabozo á la señorita de Argoso? le preguntó el fraile?

—Sí, monseñor.

—Se halla ya mas tranquila?

—No mucho; la señorita de Argoso dice que no recobrará su calma hasta que vos ó yo le participemos que Vargas se ha salvado.

—De esto ya cuidarás tú. Entretanto es necesario que no perdamos el tiempo. Crees que los difuntos se sacarán de aquí antes de que brille la aurora?

—Esta es la costumbre, monseñor. Los que son víctimas del tormento no dejan duda alguna respecto á la certidumbre de su muerte. Muchos de ellos ni siquiera parecen hombres: tal es el estrago que en su cuerpo y en su rostro ha dejado la tortura.

—Pues bien, replicó José; es necesario que salgas de aquí y vayas en busca de un coche.

—Dónde lo hallaré?

—Alquilado.

—Quién lo guiará?

—Tú mismo.

—No será fácil que lo presten.

—El oro todo lo alcanza. Toma esta bolsa y sino te lo alquilan cómpralo, repuso el dominico entregando al sayon una bolsa, entre cuyas mallas lucian varias monedas de oro.

—Donde os aguardaré, monseñor?

—Cerca las tapias del cementerio.

—Está bien.

Y Andrés dejó la sala de la muerte.

Durante este tiempo los sepultureros habian traido la caja mortuoria donde habian metido el cuerpo del judaizante.

Mientras iban por los demás difuntos, el jóven se acercó al féretro, separó su tapa y examinó su cadáver.

—Aquel hombre, en efecto, habia muerto en la misma edad que entonces contaba Vargas.

Media su misma talla y sus facciones eran muy semejantes á las de D. Estéban.

La diferencia que podia haber entre las del judaizante y las del jóven, se encontraba disimulada por la máscara de la muerte, que es, casi siempre, igual y siniestramente uniforme.

El fraile contemplaba lleno de tristeza aquella víctima del Santo-Oficio, cuando trás de él oyó una voz que decia:

—El infeliz no ha podido resistir las consecuencias del tormento! Pobre Vargas! Doña Aldonza sentirá á no dudarlo esta desgracia.

José al oir estas frases se volvió y se encontró con la vetusta y pálida figura del gobernador Enriquez.

Este, al saber por Arbués, que D. Estéban de Vargas habia muerto, se habia dirigido al Santo-Oficio con objeto de ver si aquella noticia era exacta.

Las previsiones del jóven dominico no habian sido, pues, inútiles; si en vez de examinar el cadáver del judaizante Enriquez, hubiese examinado á D. Estéban, quizá la estratagema se hubiese descubierto.

La inquieta y vacilante llama de la lámpara que iluminaba la estancia; la palidez del cadáver y la semejanza que existia con el amante de Dolores hacian que Enriquez confundiese al judaizante con el jóven.

La diferencia que observó entre las facciones de aquel cadáver y las de Vargas la atribuyó, Enriquez, á la contraccion que esperimenta el semblante del hombre en su agonía.

José, al oir las frases de Enriquez, se puso lívido.

Pero Enriquez se hallaba tan absorto en la contemplacion de aquel cadáver que no observó la palidez del mancebo.

—Ya lo veis, dijo este último con dulce é hipócrita acento; el infeliz ha espiado, por fin, sus muchos crímenes. Dios, sin duda, se habrá compadecido de su alma y perdonado su heregía.

—Dios es bueno y misericordioso, dijo Enriquez, y si ha muerto arrepentido le ha llamado ya á su santa gloria!

Estas frases de Enriquez fueron pronunciadas con una uncion tan evangélica que hubiesen engañado á cualquier otro que no hubiera sido el jóven dominico.

Luego añadió Enriquez:

—Y ha muerto como buen cristiano?

—A no ser porque todo el mundo conocia ya sus heréticas doctrinas, se diria que ha muerto en olor de santidad. Tal ha sido la resignacion y dulzura con que ha entregado su alma al Sér Supremo!.....

—Le ausiliasteis en sus últimos instantes?

—No fué posible: cuando llegué aquí acababa de cerrar sus ojos al eterno sueño y solo pude rezar sobre su cuerpo la oracion de los difuntos; pero me dieron detalles de su

te los mismos que presenciaron su agonía. Por esto dije que ha sido ejemplar y edificante.

—Que Dios haya escuchado sus últimas y postreras súplicas! dijo Enriquez con beatitud fingida. Vargas cometió muches delitos y necesitaba de mucho arrepentimiento para calmar la cólera divina.

—Vargas, en efecto, era un gran pecador, observó José, pero ya sabeis que la misericordia de Dios es infinita.

—El haya escuchado vuestros ruegos, padre mio. Cerrad la caja mortuoria y dad vuestras órdenes para que se proceda al entierro. Entretanto yo iré al palacio de monseñor Arbués y confirmaré las noticias que ya tenia de este desgraciado suceso.

El fraile no se lo hizo repetir dos veces; cogió la tapa del féretro y la colocó sobre el cadáver.

Luego, viendo que Enriquez dejaba aquella estancia, el jóven, como una muestra de deferencia, le acompañó un buen trecho por aquellas tortuosas galerías.

Durante este tiempo los dos sepultureros habian amortajado los cadáveres que aun faltaban llevar á la sala de la muerte.

Cuando José llegó á esta última, las cuatro cajas se encontraban ya dispuestas.

—Teneis órdenes para enterrar á esos desgraciados? preguntó al sepulturero el dominico.

—La inquisicion deja el entierro de sus víctimas á nuestra voluntad y arbitrio, monseñor, dijo uno de aquellos hombres.

—Cuántas horas median entre el instante de su muerte y el de su entierro?

—Las que nosotros nos tomamos.

—Y nunca sepultais á un vivo?

—Oh! monseñor, dijo el sepulturero sonriendo; los tormentos de la inquisicion dejan siempre el sello de la muerte en el cuerpo de sus víctimas; así es que cuando las llevamos á su última y postrer morada tenemos la seguridad de que ya no pertenecen al mundo. Ved sino estos dos cuerpos que tragimos y decidme si su muerte ofrece dudas.

Y al mismo tiempo el enterrador separaba la tapa de los dos féretros que acababa de llevar á la sala de la muerte y que aun no habia visto el mancebo.

Este se acercó hácia ellos impulsado por una fatalidad invencible.

Tenia razon el sepulturero; la muerte de aquellas dos víctimas no ofrecia duda alguna.

Una de ellas era una mujer de veinte y cuatro á veinte y cinco años, la cual algunas horas antes se encontraba aun en la plenitud de su existencia.

Era bella, de delicadas facciones y de hermosas y correctas formas; pero los horrores del tormento habian contraido las líneas de su rostro el cual, por otra parte, se veia salpicado con algunas manchas de sangre.

Esta pobre mujer habia sufrido las torturas de la garrucha y como no hubiese podido resistir sus dolores, le habia dado un ataque en que habia lanzado mucha sangre de su pecho.

La inquisicion, al ver este signo de la muerte, habia suspendido el tormento; pero durante este último se le habia roto una arteria y á los tres dias lanzaba el postre suspiro.

La otra víctima era un anciano que habia sufrido la tortura del fuego.

Uno de sus piés habia caido en el brasero y el otro mal cuidado por los esbirros del Santo-Oficio se le habia gangrenado, ocasionándole tambien la muerte.

Esta se hallaba pintada de una manera horrible en sus facciones, lo cual era evidente prueba de sus muchos sufrimientos.

José contempló aquellos dos cadáveres haciendo un violento esfuerzo para contener la indignacion que sentia en el fondo de su pecho.

—En efecto, dijo el sepulturero: se les puede enterrar sin ninguna clase de escrúpulos. Permitid, pues, que os demande un favor que será el último que de vos exijo.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor.

—Enterremos primero á D. Estéban de Vargas. La cristiana agonía de este jóven me ha interesado en estremo y quisiera rendirle el postrero y último tributo siguiendo su cuerpo al cementerio y rezando algunas oraciones en su fosa.

—Nada tan fácil, monseñor: comenzaremos por el suyo el entierro de estos desgraciados.

Y haciendo una seña á su ayudante, se dirigió con éste hácia unas angarillas que se veian en un ángulo de la es-

tancia y sobre las cuales depositaron el féretro de Vargas.

Luego dejaron la sala y echaron á andar con aquella fúnebre carga.

El dominico se arrodilló ante las tres cajas mortuorias que aun quedaban en la estancia, rezó una oracion entredientes y luego salió de allí para seguir á los que llevaban el cuerpo de su amigo.

Estos salieron de aquellas cárceles y se dirigieron hácia el cementerio.

Eran las cuatro de la madrugada.

Faltaba aun una hora para que brillase el alba y José calculaba que en aquella hora habria tiempo suficiente para salvar al mancebo y conducirle á la taberna de la Chapa.

Al llegar cerca la puerta del cementerio el jóven dirigió una mirada en torno suyo.

Entre la oscuridad y á algunos pasos de distancia, el dominico vió un bulto.

Este bulto era un coche.

Sobre su pescante se veia un hombre, el cual no era otro que Andrés que acababa de ejecutar las órdenes del fraile.

Los sepultureros entraron con el cuerpo de Vargas en el cementerio y se dirigieron hácia la fosa comun seguidos por el dominico.

Cerca de esta fosa veíanse algunas palas y azadones que parecian colocados allí por la misma mano de la parca.

La fosa era grande, se encontraba ya dispuesta y los sepultureros solo tenian que bajar en ella el féretro.

—Saca tus cuerdas, dijo el carpintero á su ayudante.

Este se encaminó á un derruido nicho qne se veia léjos de la fosa, metió en el una de sus manos y sacó del mismo una larga y arrollada cuerda que llevó á su amo.

Luego, ayudado por éste, pasó esta cuerda por los dos estremos del féretro de modo que este quedara suspendido al aire y que á una señal dada pudiese bajar á la fosa.

José contempaba estos preparativos con ansiedad y guardando el mas profundo silencio.

Mas de una vez el jóven habia pensado que Vargas podia despertar de su sueño y que víctima del terror y la sorpresa daria algun signo de vida.

Esta idea, que en caso de realizarse echaba por tierra sus proyectos y se oponia á la salvacion del jóven, le llenaba de pavor y de miedo.

Así es que aquellos minutos pasados en el cementerio se le convertian en siglos.

Despues que estuvo preparada la cuerda, los dos enterradores bajaron la mortuoria caja en la fosa y echaron con sus azadones y palas una gran cantidad de tierra á fin de que esta quedase nivelada.

En seguida plantaron sobre ella una vieja cruz que yacia rota por el suelo.

El dominico se arrodilló ante ella, juntó sus manos en actitud de orar y balbuceó una plegaria sin que por esto quitara sus ojos de los sepultureros.

Estos volvieron á enrollar su cuerda, la dejaron en el suelo cerca sus palas y azadones con objeto de que se hallasen dispuestos cuando volviesen con los demás féretros y se dirigieron hácia la puerta del cementerio sin que interrumpiesen las oraciones del fraile.

José continuó arrodillado mientras pudo oir el ruido que ocasionaban sus pasos, mas cuando comprendió que se hallaban ya léjos, el dominico se levantó con presteza y dejando el campo santo se dirigió con cauteloso paso hácia el bulto que al entrar en este último habia visto en la oscuridad y tinieblas de la noche.

El jóven no se habia engañado: aquel bulto era un coche y el hombre que permanecia en su pescante era Andrés, el sayon del Santo-Oficio.

—Pronto! pronto! esclamó el dominico; no hay que perder tiempo, Andrés: guia el coche hasta la puerta del cementerio y ven conmigo para desenterrar á D. Estéban. Es necesario que le salvemos en un abrir y cerrar de ojos porque en seguida los enterradores se encontrarán de vuelta.

Andrés no esperó á que José volviera á instarle.

Azotó el caballo que guiaba el carruaje y al llegar cerca la puerta del cementerio se detuvo.

En seguida bajó del pescante y siguió la direccion que habia tomado el fraile.

Este se detuvo frente la cruz, bajo la cual yacia Don Estéban y cogiendo un azadon empezó á cavar lleno de vigor y energía.

Andrés le imitó.

A los ocho ó diez minutos habian descubierto el feré-tro.

El fraile y Andrés bajaron á la fosa y con uno de sus mismos azadones hicieron saltar la tapa.

Vargas continuaba imóvil.

En aquel mismo instante la luna que permanecia envuelta entre las nubes se separó de estas últimas é iluminó con toda la plenitud de su luz el rostro del mancebo.

Estaba pálido como un muerto.

El dominico, lleno de ansiedad y temiendo que hubiera sucedido una desgracia, llevó su mano al corazon del jóven.

Este, aunque débilmente, continuaba latiendo.

José respiró con desahogo.

—Vamos! dijo: por fin le hemos salvado!

Y luego dirigiéndose al esbirro, continuó:

—Llevémosle pronto al coche; el aire de la noche quizá le devuelva sus sentidos y al verse en el cementerio no podria menos de asustarse.

—Es cierto, monseñor, observó Andrés; le quitamos el sudario?

—Sí: dejemos aquí esos atributos de la muerte; es necesario que Vargas no recuerde ni vea nada que traiga á su memoria su fingida agonía.

—Pues bien, monseñor, dijo el esbirro; saquémosle de la fosa.

José y Andrés, no sin grandes esfuerzos, sacaron á

Vargas de la zanja y le llevaron con gran tiento hácia el coche.

Luego que estuvo colocado en este último volvieron á la fosa y cogiendo los azadones la rellenaron de tierra plantando, sobre ella, la cruz de que anteriormente hablamos.

Todo volvió á quedar en el mismo estado en que se hallaba en el momento en que los sepultureros habian dejado el cementerio.

Estos no podian sospechar lo mas mínimo.

Despues el fraile volvió al coche, subió en el mismo, cerró la portezuela y abrió sus ventanillas al objeto de que el aire devolviese la vida á D. Estéban.

En cuanto á Andrés subió en el pescante.

—Dónde vamos, monseñor?

—Al barrio de Triana: recuerdas aquella taberna donde estuvimos uno de estos dias?

—Sí, monseñor.

—Pues bien: cuando lleguemos á ella deten el coche.

Andrés hizo crugir su látigo y el carruage partió con la rapidez que permitia la noche y el camino.

Mientras seguian este último, el fraile rodeaba con uno de sus brazos el cuerpo de D. Estéban y con la otra mano que le quedaba libre, tentaba de cuando en cuando, su pulso.

A medida que Vargas respiraba el aire puro de la noche, su corazon iba latiendo con mas fuerza.

Hacia ya muchos dias que el jóven no respiraba otro,

que el infecto de las cárceles en que permanecia encerrado.

Así es que la brusca transicion que habia sufrido al salir del Santo-Oficio, y al emanciparse del féretro, era, para el mancebo, como un elemento de vida.

Al llegar frente á la taberna de la Chapa le faltaba muy poco para recobrar sus sentidos.

Cuando el coche se detuvo, Andrés bajó del pescante y llamó con fuerza á la taberna.

Poco despues oyóse rumor de pasos en el interior de esta última y la puerta se abrió dejando ver la franca y simpática figura de la Chapa.

—Sois vos, monseñor? gritó la jóven al percebir al fraile por entre las ventanillas del coche.

—Chist! balbuceó este último; está ya preparado el sótano?

—Sí, monseñor, dijo la Chapa en voz baja.

—Pues bien: ayudadnos á sacar á D. Estéban.

—Viene enfermo? preguntó la hermana del Cuco al ver la inmovilidad que guardaba el jóven.

—Está desmayado; pero no tardará mucho en recobrarse.

—Pobrecito! murmuró la Chapa que sin esperar á que José volviese á instarla prestó su ausilio para bajar á Vargas del carruaje.

Un momento despues, el jóven, asistido por el fraile y la hermana del Cuco, se hallaba en el interior de la taberna.

D. Estéban, gracias á los cuidados que le fueron prodigados, no tardó mucho en recobrar sus sentidos.

Al principio se creyó víctima de un sueño.

Parecíale imposible que se hubiese podido escapar de su mazmorra.

Cuando José hubo contado los medios de que se habia valido para sacarle del Santo-Oficio, y al ver la manera con que aquel habia comprometido su cabeza, Vargas dijo con humildad al fraile:

—Dispensad, amigo mio, si yo en otro tiempo llegué á dudar de vuestra buena fé é hidalguía: el hábito que vestís me inspiraba una desconfianza invencible y de ahí que no me fuerais simpático, mas desde hoy en adelante os consideraré como mi bienhechor, mi salvador y mi amigo y creed que únicamente deseo una ocasion para manifestaros la grande estima en que os tengo.

—La que yo os profeso es tan noble, señor de Vargas, que encuentra en ella misma el premio de mi servicio, dijo el fraile, profundamente conmovido: por lo demás, creo que no se os presentará ocasion alguna para manifestarme el agradecimiento de que os sentís poseido...

—No os comprendo...

—Sí, dijo el fraile; digo esto porque antes de breves dias me separaré de vos para siempre.

—Os vais de Sevilla?

—Sí, dijo el fraile, lanzando un gran suspiro.

—Marchais muy léjos?

—Tan léjos, dijo el fraile sonriendo, que nunca mas

volveré á nuestra España; mas antes de emprender este viaje necesito realizar ciertos proyectos entre lo que figura el de salvar á vuestra prometida esposa, la señorita de Argoso.

—Y creeis que no será difícil el salvarla? preguntó con viva ansiedad el mancebo.

—No paseis cuidado, replicó el fraile con un acento que demostraba la certeza y seguridad con que creia en la realizacion de sus planes; Dolores se salvará como os habeis salvado vos mismo, como se salvará D. Manuel, su padre, como tal vez se salven todas las víctimas del Santo-Oficio. Hoy vereis un hombre que os aprecia mucho y que para la realizacion de ciertos planes con los cuales se devolverá la libertad á nuestra España, cuenta con vuestro brazo.

—A quién os referís? preguntó el mancebo.

—Al señor Rodriguez de Valero.

—Aun le debo el cumplimiento de una cita que me dió en esta taberna.

—Es decir que no la cumplísteis?

—Nó: porque me prendió el Santo-Oficio.

—Donde os citó?

—En el embarcadero.

—Pues bien: cumplídsela esta noche: yo le diré que le aguardais en aquel punto.

—Y los familiares del Santo-Oficio?

—Os creen muerto y aunque os vean no sospecharán vuestra existencia: lo mas que puede suceder es que os tomen por una aparicion salida del infierno.

—Enhorabuena; decid pues á Valero que esta noche le aguardo.

—Unicamente, dijo el fraile, os recomiendo que no salgais de dia: Valero os enterará de cierta conspiracion con la cual se propone destruir el Santo-Oficio y librar á D. Manuel de Argoso de sus uñas.

—Corriente: volvereis á visitarme?

—Ya lo creo, dijo el fraile tendiendo su mano á D. Estéban; cuando menos volveré para daros noticias de Dolores.

—Con ellas me dareis la vida, amigo mio, dijo Vargas, estrechando la mano que le tendia el dominico.

Este saludó á Vargas, encargó á la Chapa que no escaseara sus cuidados al mancebo, y salió de la taberna en el mismo instante en que los primeros rayos de la aurora iluminaban las altas y hermosas casas de Sevilla.

# CAPITULO XI.

## La conspiracio

Era ya tarde.

Los objetos se hallaban velados con esta media oscuridad que en las comarcas meridionales se reemplaza tan pronto con la noche.

Algunos paseantes abandonaban con lentitud el muelle, para dirigirse hácia la Alameda.

La noche llegaba con una rapidez tan grande, que dos amantes no hubiesen podido reconocerse el semblante.

Cerca el embarcadero se encontraron dos hombres, y aunque les fuese muy difícil el reconocerse mútuamente el rostro, se detuvieron casi á un mismo tiempo.

—Sois vos, señor Valero? preguntó el que llegaba de la ciudad?

—Yo soy, D. Estéban; y en verdad que no tardásteis

mucho en acudir á la cita que en la taberna os dí el otro dia.

—En efecto: solo han pasado tres dias, replicó el jóven con voz sombría.

—Y bien, continuó Valero, bajando su voz por miedo de que álguien le oyese, toda vez que los familiares de la inquisicion se deslizaban por todas partes como invisibles gnomos; y bien mi buen amigo, salísteis bien en vuestra empresa? y el gobernador?...

—El gobernador, si nosotros no podemos librarle, será mandado á la hoguera antes de ocho dias.

—Bien os lo dije; el rey es el primer criado de la inquisicion; mas os hubiese valido la proteccion de un garduño, que la del emperador mismo.

—Oh! Valero, Valero! dijo Estéban con rabia, si supieseis el abismo de iniquidad que se encierra en el alma de Arbués!

—Le conozco mejor que vos, respondió el anciano caballero; pero vos en nada atenuareis su maldad, y es necesario que se busquen los medios para libertar al gobernador de Sevilla.

—Vos me prometísteis vuestro ausilio; hablad pues, qué es necesario que hagamos? me hallo dispuesto á todo.

—A todo? estais cierto de ello, D. Estéban?

—A todo, yo os lo juro! contestó el mancebo desesperado por la iniquidad con que el inquisidor habia obrado. Escuchad, señor Valero, continuó el jóven; mi padre era miembro del Consejo de Castilla, y luchó constantemente

por la libertad y prosperidad de España. Esto no obstante, el mas profundo olvido hácia su hijo ha sido la recompensa de sus servicios. Ni siquiera se ha recordado que el conde de Vargas habia dejado un heredero de su nombre; pero no es esto lo que escita mi cólera; yo no doy importancia á los señores y desprecio el favor de los monarcas. Tampoco fundo mi ódio contra el bárbaro poder del Santo-Oficio que inspira la política del rey, y mantiene, por decirlo así, en tutela al vencedor del mundo. Si le ódio es por otros motivos. Yo era el íntimo amigo del gobernador de Sevilla, que alienta uno de los mas nobles corazones que en España existen; yo era el prometido esposo de su hija que la queria como á mi vida, y sin embargo la inquisicion ha mutilado el padre, y ha encarcelado á Dolores. Quizá á estas horas el mismo Pedro de Arbués ó alguno de sus frailes ha usado con ella de la mas abominable violencia. Yo me presenté á declarar en favor del gobernador; pero como se habia acusado á un inocente y era necesario encontrar en él á un culpable, se ha rechazado mi testimonio y uniendo el desprecio y el insulto á la injusticia, se me ha reprochado mi noble orígen como si fuese una mancha. Yo, por fin, hice un viaje á Madrid, para implorar la justicia de Cárlos V, y el mismo emperador me dictó una carta para Pedro de Arbués, al objeto de que no condenase al señor conde de Cevallos; pero el inquisidor, despreciando esta carta, nos ha despedido sin que intentara hacer justicia.

—Harto os lo dije, pobre Estéban!

—Ahora bien, señor Valero, continuó el jóven; tantas iniquidades han agriado mi alma que está rebosando la hiel y la venganza. No es, pues, estraño, que yo concluya por detestar á la humanidad entera que enjendra tales mónstruos.

—No hay otros mónstruos que los inquisidores, observó Rodriguez de Valero, y contra ellos hemos de dirigir nuestros golpes.

—Pero es esto posible?

—Escuchad, amigo mio; vos no sois el único hombre en España cuyo corazon se halle ulcerado por la persecucion y la injusticia: millares de víctimas que fueron, cual vos, injustamente perseguidas, conservan en el fondo de su alma un sordo y mal comprimido ódio que solo necesita de una chispa para que estalle con fuerza. La inquisicion ha llenado nuestra España de viudas, de padres sin hijos, y de huérfanos sin padre; si pues, ha sembrado la injusticia, natural es que coseche la venganza. El pueblo, oprimido y descontento, empieza á comprender que con uno de sus robustos esfuerzos romperá el yugo que le domina; la luz que ha brotado en otros países, ilumina ya los espíritus con un vivo y hermosísimo reflejo. El pueblo se halla ya dispuesto, y no le faltan mas que los gefes. Coloquémonos pues á su frente. Dos otros nobles señores que son vuestros amigos, participarán con nosotros de esta gloria: Gimenez de Herrera, y el jóven D. Cárlos...

—El yerno del conde de Mondejar! interrumpió Estéban con viveza.

—Debia serlo en efecto; las cosas, desde unos dias han cambiado, y con ellas han cambiado tambien los sentimientos de D. Cárlos; actualmente su enemistad á la inquisicion es mayor que su cariño á la hija de Mondejar.

—Mucho desconfio de tan repentinas conversiones.

—Haceis muy mal: esta conversion es muy síncera; la natural lealtad de D. Cárlos, ha protestado contra las condiciones que se ponian á su enlace y ha preferido renunciar á Doña Isabel, á hacerse infame para obtener su mano.

—Esto es ya distinto y en verdad que ahora le aprecio tanto como antes le odiaba.

—Pues bien, continuó Valero: seamos gefes de una conspiracion, que se puede urdir contra el inquisidor Arbués, contra el verdugo de Sevilla.

—No os comprendo.

—Quiero decir, prosiguió Rodriguez, que ha llegado ya el tiempo de que España salga de su torpeza, y que se liberte de un mónstruo que devora sus mas nobles y mas puros hijos.

—Pero en fin, cuál es nuestro objeto?

—No me habeis comprendido? el auto de fé se acerca; mas antes de que llegue podemos organizar un ejército de hombres libres á la manera con que la inquisicion ha organizado su ejército de familiares. Vos, Gimenez, D. Cárlos y yo, seremos los gefes. Contamos ya con muchos partidarios. Por mi parte yo me encargo de sublevar al pueblo. El dia en que se celebre el auto de fé, cuando la pro-

cesion llegue á la plaza y mientras se lea á los condenados su sentencia, daremos la primera señal echándonos sobre los inquisidores. El pueblo hará lo restante y libraremos por fin á las desgraciadas víctimas.

—Bravo, señor Rodriguez! esclamó Vargas, apretando con efusion la mano del viejo noble; bravo! os adelanteis á una idea que yo, desde mucho tiempo, acariciaba.

—Muerto el inquisidor, continuó Rodriguez, no nos será difícil concluir nuestra obra.

—Quereis matar al inquisidor? interrumpió Vargas.

—La muerte de un hombre malo es un acto de justicia, replicó Valero.

—Entonces dispensad: yo no puedo ser de los vuestros.

—Por qué? interrogó el anciano; acaso Pedro de Arbués, no inmolará centenares de víctimas? cometeremos un delito si para salvarlas damos la muerte á un infame?

—Observaré, no obstante, replicó D. Estéban, que sus crímenes se hallan revestidos con una forma judicial, mientras que nosotros vamos á cometer un asesinato, que yo no consentiré de modo alguno.

—Pues yo no conozco otro medio, observó Rodriguez con voz sombría.

—Acaso no podríamos librar á los prisioneros, y coger al inquisidor sin atentar á su existencia?

—La serpiente que vive, concluirá por morderos, contestó Valero.

—Es cierto, pero la sangre vertida mancha al que cau-

só la herida, replicó D. Estéban, cuyo valor se resistia á compreder que se pudiese verter otra sangre que la del campo de batalla, ó la que se derrama al usar de una legítima defensa.

—Buscad otro medio, señor Rodriguez, continuó el jóven; yo no puedo aceptar el que me habeis propuesto.

—Pero advertid, amigo mio, que los esbirros y familiares son muchos; y que nosotros no somos tantos para librar á los prisioneros, y coger al inquisidor sin perder bastante gente. Fuera de que nuestra tentativa no servirá de nada, mientras que si asesinamos á Pedro de Arbués, libraremos á España de un mónstruo que la diezma.

—Un mónstruo que luego será reemplazado por otro, replicó Estéban. Creedme, amigo mio: para desarraigar un árbol no basta con que se corte una rama. Acaso, matando á Pedro de Arbués, destruiremos al Santo-Oficio? para abatir ese formidable coloso.es necesario abrir en el mismo suelo donde tiene que abismarse un dia; pero no es á nosotros á quien se ha reservado esta gloria. Lo único que podemos hacer es libertar al gobernador de Sevilla. Robemos, pues, á D. Manuel de Argoso, y no atentemos contra la existencia de nadie.

—No creo que para ello tengamos la necesaria gente, observó Rodriguez.

—Tendremos la bastante; sois muy rico?

—Como un noble que siempre ha tenido mas hidalguía que rentas, contestó Valero. Mi juventud fué muy borrascosa y un tanto disipada y es probable, continuó Rodri-

guez, aludiendo á la sencillez y pobresa de su trage, es probable que si no fuese de noche no me dirigiríais tal pregunta.

—Pues bien, yo tengo la dicha de poseer una gran fortuna, dijo Vargas; y no ignorais que con dinero se puede alcanzar todo. Dejad, pues, que yo obre por mi cuenta, y os proporcionaré mas brazos de los que necesita nuestra empresa.

—Comprendo, comprendo, interrumpió Valero; recurrireis, probablemente, á esa maldita sociedad de la Garduña, que devasta el país con sus robos y asesinatos; pero he de advertiros que esta sociedad se ha vendido en cuerpo y alma al Santo-Oficio.

—Esta gente se vende á quien la paga y os prometo que no rechazarán nuestras ofertas. Dejad, pues, que obre y no ensangrentemos esta sublevacion contra los verdugos de España.

Platicando en esta forma nuestros personages llegaron á una casa de la mas hermosa apariencia y cuyas ventanas se hallaban iluminadas.

Rodriguez llamó á la puerta.

—Qué haceis? le preguntó D. Estéban.

—Entro en mi casa, ó mejor dicho, en la de Gimenez de Herrera que me dá asilo, toda vez que, como vulgarmente se dice, no tengo casa ni hogar. Entrad D. Estéban y hablaremos los tres de nuestros planes.

Entretanto se habia abierto la puerta.

Vargas y Rodriguez subieron al primer piso donde se

veian las habitaciones del caballero aragonés. Gimenez estaba solo y al ver á Estéban se quedó algun tanto sorprendido.

—Señor de Herrera, dijo el anciano, os presento un digno cómplice en nuestra santa liga contra los opresores del pueblo; D. Estéban de Vargas pertenece á los nuestros.

Herrera tendió su mano al mancebo.

—Seamos amigos, dijo, y unamos el corazon y nuestra voluntad para el triunfo de la noble causa.

—Avisásteis á D. Cárlos? le preguntó Rodriguez.

—D. Cárlos no está ya libre, contestó Herrera con tristeza; se le prendió el mismo dia en que quiso recibir el santo y seña y se le encerró en las cárceles del Santo-Oficio.

—Otra víctima! esclamó con energía Rodriguez: y cómo averiguásteis la noticia?

—Por la jóven Isabel, á la cual adora y que no obstante el fanatismo que se la trató de inspirar desde niña, quemaria con gusto á todos los inquisidores, por libertar al que ama.

—Nosotros bastaremos, replicó Estéban; y con la ayuda de que hablaba á Rodriguez...

—Qué ayuda? preguntó Gimenez de Herrera.

Vargas contó á éste lo que esperaba de la Garduña y los medios con que queria esplotarla.

—Mucho me repugna, añadió Estéban, el recurrir á esa gente; pero creedme, señores, no desdeñemos su ausi-

lio: si estos hombres no estuviesen de nuestra parte lo estarian en contra y Dios sabe lo que fuera entonces de la empresa.

—De modo que les conoceis? preguntó Gimenez sonriendo.

—No os burleis, señor de Herrera: la fatalidad ha querido que yo utilizara sus servicios. En cierta ocasion libraron á doña Dolores de manos del Santo-Oficio; pero desgraciadamente su piedad filial ha concluido por perderla.

—Sí, sí, dijo el caballero aragonés; la ví en la misma noche en que fué arrestada.

—Pues bien, señores, la sociedad de la Garduña puede ayudarnos para salvarla otra vez. Yo me encargo de hablarla y de hacerla comprender nuestros planes.

—Y yo me encargo de sobornar al pueblo. (1)

---

(1) Rodriguez de Valero es un personage histórico cuyo carácter ha sabido conservar el autor de este libro. Unicamente debemos advertir que no vivió en Sevilla. Rodriguez de Valero era un caballero aragonés contemporáneo de Cárlos V y de Juan de Ávila. Su juventud fué empleada en la disipacion y el fausto, pero cambiando de pronto su conducta, Rodriguez de Valero se entregó á la meditacion y al estudio de las Santas Escrituras.

Este calavera se convirtió en uno de los mas celosos apóstoles del luteranismo y su audacia era tan grande, que cuando encontraba un sacerdote le apostrofaba diciéndole que se apartaba del verdadero Evangelio.

Afortunadamente la inquisicion hubo de tomarle por loco y no llegó á perseguirle; durante mucho tiempo y queriendo aprovechar tal tolerancia, Valero predicó en las calles y en las plazas donde el pueblo le oia con gusto; pero la inquisicion concluyó por odiar sus

—Yo de dirigirle en caso necesario, añadió Gimenez.

—Lo que es por mi parte, replicó Rodriguez, quisiera que el inquisidor mariese. Nada tan justo; pero D. Estéban, á semejanza nuestra, no quiere que se derrame sangre.

—Quizás se tenga que derramar alguna, observó Herrera.

—Es ya tarde, interrumpió Vargas, y es necesario que os deje á fin de que prepare la ejecucion de nuestros planes.

—Donde nos encontraremos? preguntó Valero.

—En el barrio de Triana, replicó Estéban, en el mismo punto donde la Garduña celebra sus reuniones, es una casa aislada que se encuentra en la estremidad del barrio.

---

sermones y le condenó como herege apóstata y predicador de falsas doctrinas á cárcel perpétua y á la pérdida de todos sus bienes.

Aunque Valero carecia de fortuna é iba muy mal vestido, formó un egército de discípulos entre los que se distinguió el doctor Egidio, hombre de una vida egemplar, de costumbres muy puras, elocuente predicador y sapientísimo teólogo.

Egidio fué, desde un principio, arrestado por la inquisicion y condenado á cumplir cierta penitencia como sospechoso de luteranismo. Algun tiempo despues el emperador Cárlos V le nombró obispo de Tortosa, nombramiento que le trajo las persecuciones de los frailes y el ódio del Santo-Oficio. Este último encarceló de nuevo á Egidio; mas el emperador que le queria mucho y que tomó su defensa, escribió muchas veces al inquisidor Valdés, que, por fin, le devolvió su libertad perdida. Pasado algun tiempo Egidio murió tranquilamente.—*Historia de la inquisicion.*

Id á ella antes de la media noche; es la hora en que celebra sus conciliábulos nocturnos.

—Corriente, dijo Valero.

—Teneis seguridad en esa gente? preguntó Herrera.

—Como en mí mismo, replicó Estéban; un garduño nunca hace traicion al que le da su dinero. Adios, señores; sobre todo no olvideis nuestra cita.

Vargas salió.

Ya veremos luego cual fué el éxito de sus diligencias con aquella sociedad de ladrones.

# CAPÍTULO XII.

## Dos eremitas.

Á alguna distancia de Sevilla, no léjos del punto en que se levantaba la casa del apóstol, veíase una especie de cueva labrada en roca viva al pié de una colina adornada con toda clase de arbustos y de flores y desde la cual se dominaba el rio.

La entrada á esta gruta que era de forma circular y en la que podia pasar un hombre, se parecia á una corona de flores.

El pálido cítiso, la viña silvestre que se enredaba en todas partes, el espinoso cerval cuya flor exhala un suave perfume de vainilla y de cacao, la espina acácia que crecia llena de vigor sobre la lijera capa de tierra que cubria el granito de la colina, hacian de esta una especie de ramillete en que se ostentaban las flores y la verdura. Las raíces y las ramas de estas plantas se estendian aquí y allí

como otros tantos brazos, y sus flexibles tallos reunian en torno de la cueva aquella móvil y ligera tierra cuya entrada, á no ser por esto, se hubiese cegado con frecuencia.

El interior de esta cueva, un poco húmedo, se veia alfombrado de escolopendras y culantrillos, plantas que vivian sobriamente entre las hendiduras del granito, y que colgaban de la bóveda en verdes y lustrosas guirnaldas.

Era de noche.

Acababan de dar las diez en el reloj de la Catedral.

En un ángulo de aquella cueva veíase á un hombre y á una mujer sentados en una estera fabricada con esparto de Valencia que así podria servir de lecho como de silla.

Hácia la entrada y en otro ángulo, veíase una hoguera que iluminaba á los habitantes de aquella singular cueva, y que al mismo tiempo servia para secar una humedad que la hacia fria, no obstante lo ardiente de aquel clima.

La mujer, que se distinguia por su juventud y hermosura, permanecia sentada en la estera.

El hombre, que no vestia mas que pantalones y una camisa, permanecia tendido en aquella, y su brazo izquierdo, apoyado en las rodillas de su amiga, sostenia su cabeza.

Este hombre guardaba el mas profundo silencio; su rostro que indicaba una gran energía de carácter, aparecia, en aquel instante, lleno de abatimiento y de tristeza y sus ojos no miraban nunca á su compañera, la cual, en cambio, le contemplaba con una espresion de amor y melancolía á un mismo tiempo.

La fisonomía y la actitud de estos dos personajes se hallaban en perfecta armonia con la soledad y tristeza que en aquella cueva reinaba.

Manofina y su querida, que eran sus habitantes, habian dejado la sociedad de la Garduña para convertirse en eremitas.

El feroz chulo sufria, en aquel instante, la reaccion que sucede siempre al cambio de una existencia agitada por el de una existencia pacífica.

Su organizacion fuerte y robusta, se avenia muy mal con aquella inercia del alma y del cuerpo. El hombre físico se hallaba aun en todo su vigor, y de consiguiente no era muy fácil que se resignase á una existencia espiritual y tranquila. Verdad es que en su corazon habia demasiada poesía, y que su juicio era demasiado recto para que al fin y al cabo no se dejara seducir por el atractivo del bien y las frases del apóstol; mas sus enérgicas y poderosas facultades necesitaban la agitacion y el movimiento y no la contemplacion estática ó la resignacion pasiva.

Manofina hubiera soportado el martirio porque en él hubiese encontrado la lucha y el ejercicio de la fuerza moral en defecto de la lucha física; pero el renunciar de pronto á su aventurera y accidentada existencia, dejar que el puñal se enmoheciera en su vaina y vivir constantemente en la ociosidad y la cinacion, se hallaba por encima de sus fuerzas.

El mismo amor de la sirena no era lo bastante á satisfacer las exigencias de aquella alma turbulenta y vaga-

bunda. La atonía comenzaba á devorarle; Manofina padecia la fiebre que dá el no hacer nada. Algunos dias mas y se convertia en idiota ó insensato: hé ahí los resultados que se esperimentan cuando la materia domina el espíritu y cuando éste no se halla constantemente sugeto por una serie de encarnizadas luchas.

La sirena se avenia mejor á esta existencia negativa. La existencia del alma era su propia existencia; era mujer y amaba, y sin que participara de los sentimientos del chulo, sufria por que le veia sufrir y su ingeniosa ternura no tenia mas objeto, mas fin, que consolarle.

Viendo que hacia ya mas de una hora que el jóven seguia inmóvil apoyado en sus rodillas, y sin que pronunciara una frase, Culebrina pasó una de sus delicadas manos por la negra cabellera del chulo.

Manofina se estremeció y miró á su compañera con tristes y sombríos ojos.

—Qué quieres amiga mia? dijo el mancebo.

—Quisiera verte feliz, respondió la sirena.

El jóven se estremeció bruscamente como si le hubiese aplicado la mano en una llaga, pero no contestó una frase.

—Ya lo ves, Manofina, continuó la jóven con acento profundamente apasionado; es inútil que me digas que eres feliz porque yo veo claro en tu alma, tú sufres y te fastidias, y este retiro que hubo de parecerte muy dulce en los primeros dias, se ha convertido para tí en una especie de cárcel.

—Oh, amiga mia! dijo con dulzura el jóven; no me censures; hice lo que quisiste; obedecia al apóstol y esto no obstante, yo me ahogo y me parece que esta montaña concluirá por derrumbarse encima de nosotros. Ya lo ves, amiga mia, existe en mí algo que no llego á comprender por mas que quisiese averiguarlo, porque esta vida se me ha hecho intolerable. No ignoras que juré obedecer toda mi vida al gefe de la Garduña, y tú sabes si por espacio de mucho tiempo cumplí exactamente la promesa.

—Oh! sí: tu eres el mas valiente de los hermanos, dijo la sirena, chispeando con cierta alegría sus ojos; y de seguro que la Garduña no hallará quien pueda reemplazarte.

—Pues bien, continuó el chulo; no ignoras que el maestre, me habia dado sus órdenes para que oscureciese á D. Estéban de Vargas.

—Lo recuerdo; y bien?

—No voy á reprocharte nada, añadió Manofina; pero tú me rogaste que no oscureciese á ese jóven, tú me seguiste para detener mi brazo y ablandar mi corazon; vino enseguida el apóstol y... en fin concluí por olvidar mi juramento y dejar que D. Estéban viviese.... Pero, continuó el chulo con feroz acento; como el crímen arrastra siempre el crímen, yo renegué de la Garduña, yo abandoné á mis hermanos.... y ahora... oh! lo que es ahora, yo que era el mas valiente en el peligro, paso mi vida tendido en el suelo como si fuese un perro; yo que vivia con la punta de mi puñal, vivo con la sopa de los frailes y cuando, en fin,

llega la noche y tu duermes á mi lado, yo no puedo cerrar mis ojos, y si el viento agita las ramas de los árboles me parece que oigo las quejas de la agonía!... Cuando el rayo traza en el aire una figura roja y sangrienta, me parece que veo un espectro que cruza en frente mio para desafiarme ó asustarme.... y yo, en fin, que tantas veces he desafiado la muerte, empiezo á temblar al simple rumor de un grillo... yo soy un gallina y todo me asusta y me espanta.

Al pronunciar estas frases, el chulo se habia puesto lívido, un sudor glacial cubria su bronceada frente y en sus estraviados ojos se observaba un sufrimiento indescribible.

La sirena levantó en sus brazos la cabeza del jóven, y apoyándola sobre su seno con adorable ternura y como si fuese una madre que cuida á su hijo enfermo, imprimió un dulce beso en su frente bien como si el roce de sus lábios tuviese la facultad de calmarle.

Y en efecto, aquel beso fué una especie de bálsamo: el jóven cerró sus ojos para no ver los fantasmas que constantemente le asediaban, y apretó su cabeza en el seno de su querida para comprimir los latidos de sus sienes.

—Por qué sufres tanto, amigo mio? por qué te reprochas como un crímen la mas bella accion de tu vida?

—Temo que Dios me castigue por haber faltado al juramento que hice á la Garduña.

—No te absolvió el apóstol?

—Ciertamente. El apóstol es un santo y no puede engañarnos, contestó el jóven mas tranquilo.

—No fué él quien te devolvió á la vida, cuando te hallabas tan enfermo que todo el mundo te abandonó porque tu enfermedad era cantagiosa?

—Sí, todos me abandonaron escepto tú, Culebrina; tú que fuiste en busca del apóstol para que me volviese á la existencia; tú que desafiaste el contagio.

—Vaya un mérito! replicó la sirena encogiéndose de hombros; qué hubiera hecho si tú hubieses muerto? valia mas caer enferma y morir contigo.

—Veo que me amas, dijo Manofina con cierto placer y orgullo á un mismo tiempo; veo que nunca me has engañado.

—Eres muy inocente repuso la gitana; yo te amo porque Dios lo quiere y si dejamos la Garduña fué tambien porque él lo exigia.

—De veras? observó con sencillez el chulo.

—El apóstol lo dijo, y yo creo cuanto me dice, respondió con igual sencillez la Culebrina.

—Quizá tengas razon, murmuró el chulo pensativo; pero oh Dios mio! continuó el jóven con amargura: vivir sin hacer nada, sin correr aventuras, sin esponer la vida así de dia como de noche, sin que jamás nadie diga: «Bravo, Manofina! eres un héroe.» Esto es para morir de consuncion y de rabia. Si cuando menos pudiera salvar las víctimas del Santo-Oficio conforme lo habia encargado el apóstol; sí cuando menos pudiese batirme contra los familiares de la inquisicion como en aquella noche en que libertamos á aquella señora.... recuerdas ?

—Entonces obramos bien, porque el apóstol nos habia encargado que la salváramos.

—Y sin embargo, prosiguió Manofina cuyos ojos se animaban al recuerdo de aquella lucha nocturna; y sin embargo á no ser por tí, Culebrina, aquella noche yo muero; Manofina no hubiese podido blandir nunca mas su cuchillo de Albacete.

Y al pronunciar estas frases el chulo acariciaba el mango de su puñal, cuya adamasquinada hoja, brillaba al resplandor de la hoguera.

—Tranquilízate amigo mio, interrumpió la sirena; la lucha no ha concluido; aun tendremos que combatir á mas de un enemigo. La hoja de tu puñal no se enmohecerá en su vaina. En Sevilla hay mucha gente que la inquisicion persigue. No recuerdas que el apóstol nos recomendó que salváramos á sus víctimas?

—Pero dónde se encuentran? preguntó Manofina; desde que abandoné la Garduña mi puñal no ha salido de su vaina sino para cortar los juncos del Guadalquivir con que teges las esteras que nos sirven de lecho.

—Cálmate: dijo con voz dulce la sirena; la ocasion llegará pronto.

Y sonriendo con ternura, la jóven mostró á Manofina dos hileras de dientes puros y hermosos como los de un niño.

En aquel momento una corriente de aire agitó con viveza la llama de la hoguera y las ramas que colgaban á la entrada de la cueva como si fuesen un cortinage bordado, se apartaron con estrépito.

—Quién vá? gritó el jóven levantándose y llevando la mano á su puñal.

—Así pues, tratabas de oscurecerme? preguntó el recien llegado con voz clara y serena.

—Vírgen del Cármen! interrumpió la sirena; quién habia de pensar que el Cuco viniere á visitarnos?

—Nos necesitas para algo? preguntó Manofina con viveza.

—Bravo! bravo! replicó el alguacil; siempre tan valiente, amigo mio; aun que te hiciste ermitaño veo que no has perdido tu aliento.

—Oh Dios mio! esclamó el chulo; cuanto tiempo hacia que no habia oido estas frases.....! Cuando menos tú, Cuco, eres feliz, prosiguió el mancebo; tú andas, tú vás, tú vienes, tú trabajas, tú, en fin, eres bueno para algo mientras que yo....

La sirena llevó la mano á sus lábios para que no continuase; pero el alguacil no necesitaba de tanto para compreneer lo que sentia el chulo. La penetracion y la viveza es en los andaluces innata. El Cuco habia leido en el alma de su antiguo camarada.

—Bravo! murmuró entre dientes; se fastidia: no será difícil conquistarle.

—Qué ocurre en Sevilla? preguntó Culebrina que buscaba un medio para dar un nuevo giro al diálogo.

—Ocurren muchas cosas, replicó el alguacil con misterioso acento.

—Cuéntalas, digeron á un mismo tiempo el chulo y la

sirena haciendo un movimiento en que la curiosidad se retrataba.

—Calma, calma; replicó el hermano de la Chapa, el asunto es muy largo.

—Y bien, dijo Culebrina acercando hácia sí un jubon encarnado que se veia en la estera: siéntate y dínos lo que ocurre.

—Cabal, siéntate, añadió Manofina cuyos ojos hacia brillar la impaciencia; siéntate y dinos lo que sucede.

El Cuco se sentó.

La jóven cogió una rama deshojándola con lentitud.

Manofina clavó en el aguacil sus dos grandes ojos brillantes como los del leon del desierto.

—Ante todo he de manifestarte, amigo mio, interrumpió el corchete, que la sociedad de la Garduña no ha encontrado aun quien reemplazára tu brazo.

—Esto si que lo creo, observó con viveza la sirena..... Tenias esta esperanza? añadió la jóven con esa vanidad tan propia de la mujer y de la amante.

—Deja que hable, Culebrina, dijo el chulo.

—Decia, pues, añadió el alguacil, que tu plaza se encuentra aun vacante en la Garduña.

—Corriente; y luego? observó Manofina.

—Esto no obstante, la sociedad es siempre la misma: brava, leal y fiel á los que contratan sus servicios.

—Es esto algun reproche? balbuceó el jóven con voz sorda.

—Dios me libre, replicó el corchete; con esto solo quiero decirte que la Garduña crece en importancia.

—Lo que es esto me importa un comino, interrumpió el chulo bruscamente; ya sabes que no figuro en ella.

—Ahí está el mal, dijo el Cuco.

—Me lo prohibió el apóstol replicó Manofina.

—A que tentarle? observó Culebrina algo enfadada, esto no es propio de un buen hermano.

—Si me permitieseis hablar, dijo el tabernero, no perderiais el tiempo inútilmente.

—Habla, vaya; no diremos nada mas, ya te escuchamos.

—Con vuestras frases olvidé lo que iba á deciros, callad una vez por todas... Qué es lo que contaba? Ah! ya recuerdo. Decia, pues, que la Garduña se encuentra mas floreciente que nunca: los inquisidores la pagan al objeto de que se oscurezca á los herejes, y los herejes quieren pagarla el objeto de oscurecer... me equivoco, de prender á los inquisidores.

—Es posible? interrumpió Manofina, cuyos ojos chispeaban mientras hablaba el corchete.

—Oh amigos mios! si supieseis lo que ocurre! añadió el Cuco: el gobernador de Sevilla morirá en la hoguera y su hija está encarcelada.

—Dios mio! interrumpió la sirena; que fué de Don Estéban?

—Chist! interrumpió á su vez el Cuco llevando un dedo á sus lábios y mirando á todas partes como si temiera

que le oyesen; de éste no hay para que hablar; se le meteria en la cárcel y tal vez.....

—Queda tranquilo, dijo la manola; aquí no tenemos familiares; nuestros vecinos son los cuervos y las culebras, mucho menos temibles que las gentes del Santo-Oficio.

—Oh amigos mios! si supieseis la que se prepara!

—Vaya, esplícate! dijo con impaciencia Manofina.

—Voy á ello, repuso el Cuco: D. Estéban de Vargas que á cualquier precio trata de salvar á su futuro suegro y á Dolores, su hija; ha determinado robar á uno y otro el mismo dia en que se celebre el auto de fé; burlando, con esto, á los del Santo-Oficio.

—Ya comprendo, interrumpió Manofina.

—Aguarda. Esto te esplicará porque la sociedad de la Garduña se vá haciendo importantísima; y como tú perteneciste á ella, y como no ignoras que la cofradía se halla siempre dispuesta á batirse en favor de los inocentes, yo espero que tú entrarás en el ágio.

—Ya sabes que no pertenezco á ella observó con tristeza Manofina.

—Pues hé ahí cabalmente porque puedes servirnos, dijo el Cuco que veia como el chulo iba cediendo.

—Continúa.

—Dije antes que el maestre no ha podido aun reemplazarte, y que siempre te hecha de menos; y como necesitamos de un hombre listo y valiente para llevar á buen término la empresa, hemos pensado que al frente de ella se debia colocar al maestre de la Garduña. Tú fuiste

siempre su favorito, y si le prometes que tú mediarás en el asunto y en la esperanza de que volverá á conquistarte, de fijo que hará cuánto quieras, y que nos prestará su grande ausilio.

—Si le dejo tal esperanza voy á engañarle, contestó el Chulo que sostenia una gran lucha entre sus batalladores instintos y la promesa que habia hecho al apóstol.

—No necesitarás engañarle, replicó el corchete; si alimenta una vana esperanza tanto peor para él, no estarás obligado á cumplir lo que no hayas prometido. Fuera de que, prosiguió, D. Estéban es muy rico y creo que la recompensa que estoy autorizado para prometer en su nombre á la cofradía, vale la pena de que le sirva. Vaya, muchacho: prepárate á seguirme! ven conmigo para hablar al maestre y despachemos. El auto de fé se celebrará de aquí á ocho dias, y es necesario que se aproveche el tiempo y se disponga todo.

En aquel momento el que hubiese examinado el rostro del mancebo se hubiera asustado ante el gran poema de emociones que se desenvolvia en su alma á medida que el corchete hablaba. Todas las fuerzas vitales de aquel hombre enérgico que desde algun tiempo se hallaban inactivas, se despertaron en un mismo instante. Su corazon brincaba en su vasto y ancho pecho como un leon que ha roto sus cadenas, y la fiebre del entusiasmo y la ardiente exaltacion por mucho tiempo comprimida, daban á su semblante una espresion grandiosa. En éste se leia el desprecio hácia el peligro y un gran fanatismo religioso.

Habia, por fin, llegado el instante en que podia ejecutar lo que mandaba el apóstol al cual miraba como un enviado del cielo.

Por fin, iba á combatir por la justicia; iba á luchar contra los opresores en favor de los oprimidos, y dando vuelo á sus facultades é instintos podia ganar la eterna gloria.... La gloria, este celeste sueño de los afligidos y los pobres.

El chulo permaneció por un instante ahogado bajo el peso de tantas tentaciones, y bajo la inmensa dicha que sentia.

La sirena aguardaba con ansia la decision que iba á tomar el mancebo.

Por fin, éste se levantó y brincando como un toro y llevando su mano á la faja encarnada de la que colgaba su navaja, gritó con voz potente.

—Vamos!

La sirena mas ligera que una corza se levantó y se colocó á su lado.

—A dónde vás? le preguntó el corchete.

—Con vosotros, replicó llena de energía la jóven; qué seria de la fiesta si yo no estuviese en ella?

—Claro está, dijo el chulo, estrechándola á su corazon con ternura; acaso vamos á alguna parte el uno sin el otro? y los tres salieron de la cueva.

# CAPITULO XIII

## El baile de candil.

A medida que se acercaban al palacio de la Garduña, las narices del jóven se dilataban y aspiraba el aire como un caballo árabe que reconoce la tienda de su amo.

La misma sirena sentia este ligero estremecimiento que se siente al ver los lugares por mucho tiempo queridos, y de los que uno se ha despedido para siempre.

La noche se hallaba tranquila y perfumada: la luna que estaba en su lleno, se habia eclipsado al horizonte.

Para conspiradores ó amantes, aquella noche era deliciosa.

Cuando iban á franquear el dintel de aquella casa, ó mejor dicho de aquellas ruinas, se detuvieron por espacio de unos minutos ante el espectáculo que se ofrecia á sus ojos.

Por entre la puerta, que permanecia entornada, se es-

capaba una gran masa de luz, y se oía el rumor de un pandero y una guitarra.

—Cuán alegres están! dijo la sirena, lanzando un gran suspiro.

—Celebran algun santo? preguntó Manofina.

—Será que han concluido una novena, respondió el Cuco.

—Entremos, añadió la sirena cuyos piececitos seguian la cadencia de aquella música que conocia tanto.

La jóven era la mejor bailadora de fandango que en Sevilla habia, y fuera de esto, cantaba con una gracia que hubiese echado por tierra la virtud de un eremita.

Apresuraron el paso y al cruzar frente á un arbusto cargado de lilas, vieron en la oscuridad á tres hombres que no pudieron reconocer por el rostro y por su trage.

Estos tres hombres permanecian trás del arbusto y hablaban en voz baja.

El chulo se hallaba demasiado preocupado para fijarse en ellos. El Cuco fingió que no les habia visto y la sirena no deseaba otra cosa que entrar al baile. La jóven se encontraba ya dentro este, viendo las cabezas adornadas con flores y cintajos flotando al aire como si fuesen banderas y siguiendo las ondulaciones que les imprimia la pasion y el movimiento.

Verdad es que aquel baile de Candil era de los mejores que se habian visto en Sevilla.

Esto no obstante cuando llegaron en el dintel de la puerta la sirena y el chulo se detuvieron: un instinto mas

fuerte que su deseo, el pudor del orgullo les retenia clavados en aquella puerta y cerca aquella casa que habian voluntariamente abandonado.

—Entrad, dijo el corchete; qué aguardais!

—Entra tú, dijo Manofina en voz baja.

—Entra, entra..... dijo Sirena; tu debes guiarnos.

—Lo que es yo no haré cumplidos, replicó el tabernero cogiendo la mano de la jóven con esa galantería que es tan propia en los andaluces; entra, pues, conmigo, ya que no te atreves..... Y tú Manofina, añadió, sígueme y verás el recibimiento que nos hacen.

Y al pronunciar estas frases, el corchete abrió la puerta y avanzó con aire de triunfo en medio de los circunstantes.

Manofina le siguió á cierta distancia.

—Que Dios guarde á sus señorías! dijo el alguacil quitándose el sombrero cortesmente.

Al ver esta aparicion que nadie aguardaba, oyóse un grito de sorpresa, y los garduños, que un momento antes bailaban con tanto anhelo, formaron círculo alrededor del chulo y su querida al objeto de saber por qué les visitaban.

No bien entraron cuando la penetrante mirada del Señor Mandamiento, que lo veía todo, les habia reconocido. El maestre permanecia en un estremo de la sala con tranquila y paternal actitud vigilando con cierta grave sencillez las diversiones de sus hijitos, pues asi como era despótico y severo cuando mandaba ejecutar sus órdenes, era,

aunqué por cálculo, dulce y benévolo con todos los afiliados en la sociedad que dirigia.

Mandamiento hubiera sido un rey estraordinariamente popular si en aquella época la monarquía no hubitra sido considerada como una institucion sagrada que se trasmitia por herencia y á la que nadie aspiraba.

La sirena entró en el baile con los ojos fijos en el suelo.

La sala estaba ricamente iluminada. Veíanse en cada columna dos antorchas de resina cuya encendida mecha se elevaba en rojizas llamas hácia el techo lanzando torbellinos de humo.

En el pavimiento y al rededor de las columnas, veíanse algunas esteras de Valencia. Cada muger tenia la suya la cual hacia las veces de silla; y ella, á su vez, servia de apoyo á un hombre sentada en tierra y que se recostaba sobre sus mismas rodillas como en los brazos del sillon.

Colocados así hombres y mujeres y formando una doble hilera, la sala ofrecia un aspecto verdaderamente pintoresco.

Los sevillanos que se distinguian por lo moreno de su rostro, por la esbeltez y gentileza de su talle, y por la gracia de su trage, formaban, con sus picantes y variados semblantes, un conjunto estraño y simpático.

El centro de aquel especie de círculo se hallaba ocupado por los bailarines.

El lascivo fandango, poema de amor que se desenvuel-

ve con lentitud en una pantomima espresiva, era entonces como hoy dia, la danza favorita de los andaluces y su diversion mas deliciosa. Bajo tal concepto, ya se comprenderá lo que habia de ser el fandango entre los garduños y gitanos, hombres que no reconocian valla ni obstáculo, que se distinguian por su naturaleza febril y apasionada, y cuya raza hija del desierto se encontraba aun demasiado cerca de su orígen para que lo hubiesen olvidado.

Todo era embriaguez y alegría.

Los mas graciosos chivatos de la garduña, se pavoneaban en el salon ostentando su elegante trage de majo y haciendo oir el ruido de sus botones de plata.

Las mujeres danzaban ó coqueteaban provocando con la voz, con la mirada, y con el gesto á los mas elegantes majos.

Las coberteras, hablaban entre ellas murmurando de las mujeres jóvenes, y dirigiendo al soslayo alguna que otra mirada á los chulos.

Ya digimos que la aparicion de Manofina y su querida, habia ocasionado tanta sensacion que la danza se habia interrumpido.

A fin de que el baile continuase, la sirena rodeó el círculo de sus amigos y amigas para llegar hasta el fondo de la sala; pero el maestre se dirigió hácia ella con una galantería que hubiese envidiado un hidalgo, y mirándola con una sonrisa graciosa, la dijo cortesmente.

—Qué santo del cielo ha enviado aquí á uno de sus ángeles? sé bienvenida, hija mia... Ola, Manofina, añadió el

señor Mandamiento alargando su callosa mano al ex-bandido.

Manofina, un tanto confundido y no sin repugnancia, alargó, tambien, su mano al maestre: parecíale que con esto se aliaba con él en nuevos compromisos y hé ahí lo que queria evitar el mancebo.

Al ver este recibimiento por parte de su gefe, los garduños rodearon á sus antiguos camaradas festejándoles con grandes muestras de cariño.

Algunas sirenas nuevamente alistadas miraron con celos á la hermosa Culebrina que en gracia y en hermosura no conocia rival en Sevilla.

De pronto una de ellas volviéndose hácia una coberterera de las mas viejas, y riendo con cierto aire de satisfaccion y de triunfo, dijo:

—Ya lo veis, su moña es lo mas usado y ridículo, su corpiño de lana se halla ya destrozado como si en su vida no hubiese vestido ningun otro, y sus zapatitos de seda le caen de sus piés como si quisiesen dejarla.

—No es esto solo, añadió la vieja, sino que desde que nos ha dejado se ha puesto amarilla como el azafran. En verdad que ha elegido muy mala ocasion para venir aquí tan pobremente vestida. Hé ahí lo que tiene el ser vanidosa y abandonar la cofradía. Se hallaba mucho mas rimbombante cuando se dejaba requebrar por el prior de los mercenarios al cual Manofina bautizó con tanta maestría en su ojo izquierdo.

—Cállate, vieja del diablo, esclamó un garabato que

se hallaba cerca de la cobertera; Culebrina es aun la mas hermosa jóven de Sevilla, y es mas hermosa con sus guiñapos que las otras muchachas con sus perlas y cintajos.

La opinion de este garabato era general entre los hombres y los que no pregonaban la hermosura de la jóven, daban muestras de su admiracion con sus gestos y miradas.

Por su parte, Mandamiento, no ocultaba su alegría. Condujo á la sirena á una estera que aun se hallaba vacía y despues que la jóven se halló sentada esclamó:

—Diviértete mucho, hija mia, yo tengo que hablar con Manofina.

—Y diciendo esto, cogió la mano del chulo, y haciendo una seña al Cuco para que le siguiera se apartó con ellos á alguna distancia del círculo.

Cuando estuvo solo, y viendo que nadie podia oirles, dijo:

—Supongo, hijos mios, que la presencia de Manofina en nuestra casa, reconoce algun motivo, y yo quisiera que os sirvieseis indicarlo. Tal vez nuestro querido hermano se encuentra en una situacion peligrosa, y necesita de nuestro ausilio: aunque no forme parte de nuestra honrosa cofradía y por mas que entre él y nosotros no exista ningun lazo, nos hallamos dispuestos, como camaradas y amigos, á prestarle nuestra ayuda, sin que por esto se entienda que tratamos de violar con ellos los estatutos de la órden.

—Señor Mandamiento, repuso el Cuco, no se trata ahora de ausiliar á Manofina, sino que, por el contrario, se trata que nos prestes tu ayuda.

El maestre hizo un movimiento de sorpresa.

—Tengo que proponer la realizacion de una grave y delicada empresa, añadió el Cuco, y hé ahí porque he venido aquí con Manofina. Atended, pues que el asunto importa.

—Habla, habla, dijo el señor Mandamiento, cuya sorpresa era mayor á cada instante.

—Existe en Sevilla, continuó el alguacil, un jóven caballero estraordinariamente rico que exige nuestro ausilio.

—Por las barbas de mi abuela, interrumpió Mandamiento; juro que esto me va gustando; yo estoy siempre á las órdenes de los que tienen muchos cuartos.

—Este jóven observó el alguacil, nos dará muchos; pero hé ahí lo que debemos hacer.

—Oscurecer su rival? interrumpió Mandamiento.

—Algo mas que esto, dijo el alguacil; tenemos que realizar una empresa que la cofradía nunca ha llevado á buen término.

—Diablo! tú me asustas. De qué se trata? Esplícate.

El Cuco miró en torno suyo con aire de misterio. Nadie podia oirle. Se hallaban á quince pasos del círculo donde la gente bailaba.

Esto no obstante, por un esceso de prudencia, el corchete llevó á Mandamiento y al chulo hácia una columna

que estaba á mayor distancia, é inclinándose al oido del maestre le dijo en voz baja:

—Es necesario que libertemos al gobernador de Sevilla, el dia en que vaya á la hoguera.

—De qué modo?

—Cogiendo al grande inquisidor que será nuestro prisionero. Con dos dias habrá lo bastante para que D. Estéban pueda ganar el primer puerto de España, y embarcarse para dirigirse á otro país cualquiera.

—Has reflexionado lo que pides, hermano? Sabes que vamos á jugar nuestra existencia...

—Contra doscientos mil reales, añadió el corchete, esta es la suma que D. Estéban ofrece en recompensa de nuestros servicios.

—Doscientos mil reales, esclamó el señor Mandamiento, deslumbrado por aquella cantidad enorme; doscientos mil reales para...

—Para coger á monseñor de Arbués, y retenerle prisionero en las cuevas de la Garduña por espacio de dos dias, replicó el alguacil con viveza.

—Sí, dijo el maestre, y luego que el inquisidor esté libre nos mandará achicharrar como herejes. Crees que he perdido el juicio, amigo mio? Si se tratase de oscurecerle, fuera ya muy distinto, porque los muertos no hacen nada: pero cogerle ó robarle, esto no lo haré, porque yo quiero aun mi pellejo; aquí no se roba mas que las doncellas.

—Su señoría no quiere que se le oscurezca.

—Pues su señoría es cándido como un cordero..... Sin

la complacencia de Manofina y las órdenes de..... Pero en fin, yo ya me entiendo:..... Si D. Estéban se halla aun con vida no es porque el gran inquisidor no haya intentado matarle.

—Oh! por lo que á mí toca, observó el Cuco, la vida del inquisidor poco me importa; pero si hablas de oscurecerle á D. Estéban, no lo consentirá nunca, y el gobernador de Sevilla, morirá en la hoguera.

—En fin, dijo Mandamiento, procuraremos ser discretos.

Y en sus lábios se dibujó una sonrisa diabólica.

—Doscientos mil reales! murmuraba entre dientes; doscientos mil reales para asesinar á ese maldito inquisidor que me guarda un ódio intransigente, y no me encargó nada desde el dia en que no pude matar á D. Estéban! Doscientos mil reales! Vaya una cantidad respetable!... Muerto el inquisidor se reemplazará al señor de Arbués, y el que le suceda no me profesará ningun ódio y nos hará muchos encargos... Hé ahí, pues, un gran negocio para la cofradía.

Tales fueron las reflexiones que en un abrir y cerrar de ojos se hubo de hacer Mandamiento; pero, hábil diplomático, se guardó mucho de participarlas al alguacil y al chulo.

Así es, que dirigiéndose al Cuco que aguardaba su respuesta, dijo con la mayor indiferencia:

—Y Manofina será tambien de la partida?

—Claro está, respondió con viveza el chulo.

—De modo que consideras á la Garduña como una buena madre, y que quieres volver á su seno, observó con cierta insidiosidad el maestre.

—No dije tanto, replicó Manofina; pero esta espedicion me gusta, y si á vos os place, yo y la sirena os prestaremos nuestro ausilio. No ignorais que la sirena, tanto por su valor como por su audacia, vale tanto como un chulo.

—Comprendo, observó Mandamiento, guiñando sus verdes ojos que brillaban como los de un chacal; tú y la sirena nos prestareis vuestra ayuda porque se trata de una recompenza escelente.

—Os engañais, dijo el chulo un tanto amostazado; yo nunca rechacé un salario ganado honradamente, pero si en este asunto quereis negarlo, poco me importa; yo, en esta empresa, arriesgaré con gusto mi existencia sin exigir sueldo alguno, toda vez que no somos ya miembros de la Garduña.

—Y por qué no volveis á entrar en ella? observó el gefe de los bandidos que habia traido la conversacion al punto que se habia propuesto.

—No me tenteis, maestre, dijo el chulo; á lo hecho pecho; no soy de la cofradía. Os ruego, pues, que me digais si se acepta ó no mi ausilio. Si realmente es así, me devolvereis por un dia mi autoridad de guapo, y al frente de los hombres que pongais á mis órdenes, yo cumpliré mi obligacion segun costumbre.

—Claro está, dijo el alguacil; convenís en ello maestre?

Puedo traer aquí á D. Estéban y á sus amigos para cerrar el trato y disponer lo necesario?

—Enhorabuena, dijo Mandamiento, que aceptaba con gusto la resolucion de Manofina, por mas que impusiese condiciones y en la esperanza de que por fin volveria á reconquistarle.

Y luego dirigiéndose al chulo añadió:

—Ya ves, hermano mio, las consideraciones que la sociedad te guarda: aun no hemos encontrado ninguno de nuestros valientes postulantes que fuese digno de sucederte, y por consiguiente el cargo que desempeñabas aun está vacante. Así, pues, vuelve á ocuparlo para el dia que realicemos nuestra empresa, y ojalá que Dios proteja tus santas intenciones y te inspire una resolucion sábia y justa.

—Entonces, observó el alguacil, voy en busca de D. Estéban de Vargas para que esta misma noche se cierre el trato.

—Vé, dijo Mandamiento; para concluir una operacion tan delicada nada es tan aprosósito como la agitacion de una fiesta. Y tú, Manofina, añadió, no bailas un fandango con tu hermosa Culebrina?

—No faltaba otra cosa, dijo el chulo.

Y se dirigió hácia el punto donde estaba su manceba para llevarla al círculo de bailarines.

No obstante la pobreza de su traje, todo el mundo clavó sus ojos en la jóven; era tan bella, tan hermosa, bailaba con tanta gracia y en su rostro habia tanta melancolía, que no era posible verla sin amarla.

Entretanto el Cuco habia salido y se habia dirigido hácia los arbustos, donde un momento antes, ocultos tras su ramaje, conferenciaban tres hombres.

Permanecian aun en aquel punto y parecia que aguardaban con ánsia.

El alguacil se dirigió hácia ellos.

Por mas que la noche fuese oscura, el Cuco les reconoció al instante.

—Y bien? le preguntaron.

—Todo está dispuesto; el maestre de la Garduña hará lo que Vuestras Señorias le manden.

—Ya os lo dije, observó D. Estéban volviéndose á sus compañeros, que no eran otros que Rodriguez de Valero y Gimenez de Herrera; ahora podemos estar seguros del éxito.

—D. Estéban, murmuró el anciano caballero; habeis considerado necesario el utilizar á esos gitanos; pero esto consiste , amigo mio, en que no teneis conciencia de mi fuerza; si yo tuviera vuestra edad, si yo me hallase adornado con vuestro gentil continente, si me llamase, en fin, D. Estéban de Vargas, con una sola palabra me empeñaria en levantar, como un solo hombre, al pueblo de Sevilla y trastornar la España.

—Señor de Rodriguez, observó Estéban, estais hablando como un jóven y de consiguiente me permitireis que yo os hable como un viejo: me concedeis una fascinacion irresistible; supongamos que realmente así sea y que gracias al recuerdo de mi padre, cuya memoria vive aun en

el corazon de los españoles, yo pueda sublevar la ciudad en contra de los inquisidores. Qué es lo que de esto sacará la España? de qué podrá servirnos? morirán algunos centenares de hombres sin que mejoren la suerte de los otros. Ignorais, señor de Valero, que para romper eternamente el yugo de la inquisicion fuera indispensable que la España entera obrara á impulso de una misma voluntad y sus mismos sentimientos? Las insurrecciones parciales ocasionan la guerra de hermanos contra hermanos y destruyendo un país no cambian sus condiciones: son como estas sangrías que se hacen á una organizacion robusta: la permiten respirar un dia mas, pero al fin concluyen por arruinarla. Lo único que podrá regenerar á España lo único que la hará dichosa, será la filosofía y la ciencia. Hasta que su luz haya penetrado en las masas, no esperemos á que este dia llegue.

—Entonces, por qué conspiramos?

—Por un hecho aislado; por un fin particular ó esclusivo. Yo para libertar á los que amo, vos y Gimenez por la amistad que os he inspirado; hé ahí, pues, nuestros móviles.

—Estéban, observó Gimenez, no haceis justicia á nuestras intenciones puesto que las concretais á un interés particular.

—Nó, replicó Estéban; por el contrario, les hago justicia: nosotros tenemos el alma entusiasta y grande, nosotros lloramos los males que la humanidad está sufriendo; hace tres meses yo cual vos, señor Rodriguez, hubiese di-

cho que el amor á los que sufren, el amor á un pueblo que se encuentra envilecido era el móvil que impulsaba á sublevarnos. Mas luego he aprendido á analizar los sentimientos del hombre y me he dicho que si Dios nos hubiese creado para ser los regeneradores de España, nos hubiese concedido otros medios de accion y quizá nos hubiese permitido nacer un siglo ó dos mas tarde. Puede que tambien hubiera hecho apóstoles de nosotros y hubiéramos sido humildes y valientes como Juan de Ávila, como Juan de Dios y como vuestro discípulo Egidio; almas sublimes en quienes el amor por la humanidad es tan grande que hacen la mas completa abstraccion de sí propios y de sus sentimientos personales en favor de la gran familia humana. Estos son los que tienen derecho á remover la España hasta el fondo de sus entrañas y á regenerarla con su razon y su talento. En lo que toca á la regeneracion por medio de fuerza es como si hiciésemos una herida en una llaga; y si yo hoy dia conspiro con vosotros, no es porque aguarde un alivio para el pueblo, sino porque quiero salvar á los que amo. Ahora si quereis, tratadme de egoista, añadió el jóven sonriendo con amargura.

—Vos, D. Estéban, replicó Gimenez, valeis mas que nosotros y cuando llegue la ocasion prestareis aun mas servicios.

—Sea cual fuere su móvil, esta sublevacion es sagrada. Marchemos, pues, dijo Valero, y desde ahora, D. Estéban, os proclamamos por gefe: teneis la elocuencia de Ciceron y una franqueza á la cual nadie resiste. Dónde es necesa-

rio que vayamos? preguntó el viejo noble dirigiéndose al corchete.

—Síganme Vuestras Mercedes, respondió el Cuco; y á fin de no inspirar sospechas entren en el baile y diviértanse con las chicas. Vos, señor D. Estéban, haced bailar á la sirena.

—Y yo con quién he de bailar? preguntó Rodriguez.

—Tranquilícese Su Señoría, que no han de faltar muchachas; las hay de todos colores y edades.

—Guíanos, dijo Estéban.

El alguacil se adelantó.

El baile en aquel momento estaba animadísimo.

Manofina y la sirena danzaban un bolero teniendo en suspenso á los circunstantes.

Cada pirueta, y cada actitud de la bailarina era recibida con aplausos.

La sirena, lijeramente inclinada hácia adelante, con los ojos húmedos y chispeantes y haciendo oir sus castañuelas, ondulaba como una culebra y balanceaba con desesperadora gracia su flexible y gentil talle.

El chulo, animado por la música, por las monadas de su querida y por los aplausos de los circunstantes, desplegaba con una destreza inconcebible el vigor y agilidad de sus piernas. Tallado, como un hijo de Andalucía, el chulo tenia músculos de acero y esa gracia casi salvaje, atrevida, notablemente acentuada, que era, por decirlo así, el fruto de la libertad y de una existencia vagabunda.

Concluido el bolero los aplausos fueron unánimes.

En aquel momento entraron los tres nobles.

Su llegada en nada cambió el entusiasmo de aquella honrosa cofradía. Verdad es que en España, los hombres con título se mezclaban con el puelo sin que los primeros creyesen rebajar su dignidad, y sin que los segundos se considerasen honrados por tal condescendencia.

El Cuco se acercó al maestre.

—Hé ahí el noble caballero, que lo debe pagar todo, dijo á éste indicando á D. Estéban.

—El mismo que debia oscurecer Manofina, observó Mandamiento; parece que entre este jóven caballero y el inquisidor de Sevilla, hay una guerra á muerte. Bien, bien, añadió frotándose las manos: en casa llena pronto se guisa la cena. Que se queden, y luego hablaremos del asunto, ahora la Garduña siente hambre, y es indispensable que comamos.

Y efectivamente, una aprendiz de sirena, y dos ó tres chivatos acababan de servir la cena.

Habian colocado sobre la estera que hacia el oficio de manteles, una gran cazuela de gazpacho, otra en que se veia un guisado, y cuatro cabritos perfectamente asados.

No se veian cubiertos.

Los Garduños ignoraban completamente el uso de estos objetos de lujo, y comian con sus dedos á guisa de tenedores.

El maestre se adelantó hácia los tres nobles.

—Quiéren Vuestras Mercedes, les dijo cortesmente, acompañarnos en la cena?

—Con muchísimo gusto, dijeron los tres nobles caballeros riendo.

Y sentándose en el suelo y en una estera, se colocaron entre los sócios de la Garduña.

Estéban se colocó á propósito cerca de la sirena, la querida del chulo que se hallaba ya dispuesta en favor del simpático jóven, al cual habia salvado la existencia, le miró con dulce tristeza, y cuando pensó que su hermosa novia se hallaba en las cárceles de la inquisicion, y que el mancebo se veia obligado á mostrarse alegre, las lágrimas se asomaron á sus ojos.

Mientras que los circunstantes hacian desaparecer los manjares, con el apetito de garduños, el jóven galanteó la niña, no sin que Manofina le dirigiese alguna que otra mirada al soslayo. Lo mismo hacian Rodriguez y Gimenez, con las gitanillas entre las cuales permanecian colocados. Gimenez se divertia con una sirena hermosísima, la cual hubiese cambiado con gusto su chulo, por aquel jóven caballero que á mas de ser un buen mozo vestia de terciopelo. En cuanto á Rodriguez, comia con un gusto y un apetito que envidiaban los mismos gitanos, y echaba requiebros á las niñas.

Nadie hubiese adivinado, que bajo aquel buen humor aparente, se ocultase una conspiracion formal.

Pero concluida la cena, Mandamiento hizo una seña, y su rostro que aparecia tan alegre, revistió un carácter sério é imponente. Entonces los garduños, tanto los hombres como las mujeres abandonaron su estera, y cada uno,

obedeciendo las órdenes que habia recibido antes de comenzar el baile, se dirigió hácia el punto que el maestre habia indicado.

# CAPÍTULO XIV.

---

**Un complot.**

En el palacio de la Garduña, no quedaron mas que los tres nobles, el maestre, el chulo y el alguacil.

Las antorchas se iban apagando poco á poco, la sala se ponia á cada instante mas sombría, y lo avanzado de la noche daba cierta solemnidad á esa reunion misteriosa.

Eran las dos de la madrugada.

El señor Mandamiento abrió un inmenso cofre de encina, situado en uno de los ángulos de la sala, sacó de él un grasiento y amarillento pergamino, un tintero de plomo y una enorme pluma de águila.

Luego que volvió á cerrar aquel cofre, que á un mismo tiempo le servia de despacho y de cómoda, el maestre se dirigió hácia la puerta como si quisiese asegurarse de que estaba perfectamente cerrada.

Pero en el mismo instante en que el gefe de los bandidos iba á impulsar con vigorosa mano aquella gran masa de encina, la puerta se abrió como por encanto dando paso á un nuevo personaje.

Este personaje era José el dominico.

Advertido por el Cuco se habia dirigido al palacio.

Al ver al dominico el jóven le tendió su mano y le dijo:

—Sed bien venido, amigo mio, os aguardábamos con ánsia: vísteis á Dolores?

—Acabo de dejarla.

—Y bien?

—Vuestra futura esposa, D. Estéban, os será devuelta sana y salva, respondió el fraile.

—Quién la pondrá en libertad?

—Yo. Acaso no fiais en mis promesas?

—Oh! dijo Estéban con un acento que indicaba su agradecimiento hácia el jóven: si existe un hombre que no tiene derecho á poner en duda vuestras promesas, este hombre soy yo.

—En efecto, observó de pronto Rodriguez, terciando en la plática; no desconfieis de este jóven, Don Estéban: me consta que es muy amigo de la libertad y del pueblo y no hace muchos dias que en la taberna del Cuco terció á mi favor en una disputa que hube de sostener con otros frailes, sus compañeros.

Y dirigiéndose hácia el dominico, Valero continuó:

—Permita Vuestra Reverencia que os dé las gracias

por el ausilio que en la Buena Ventura me prestásteis. Aquellos frailes me trataron de loco; pero he recobrado ya mi juicio y estoy dispuesto á probarlo.

—El juicio no consiste en decir grandes verdades, repuso con frialdad el dominico, sino en decirlas á tiempo: cuando se siembra en las rocas, las aves se comen la semilla y esta no produce; creedme amigo mio: vuestras declamaciones os llevarán algun dia á la hoguera.

—La inquisicion me cree loco, observó Rodriguez.

—Desgraciado el dia en que os considere como un hombre de juicio! replicó el fraile con voz lúgubre: el dia que conozca vuestra influencia sobre el pueblo, será el último de vuestra existencia. El tormento será el premio de vuestro amor por la pátria.

—Qué importa! replicó el anciano; el martirio es una gloria.

—Habeis visto á Don Manuel de Argoso? interrogó de pronto D. Estéban dirigiéndose al fraile.

—Me faltó el tiempo: esto sin embargo me consta que su salud es perfecta.

—Mucho lo dudo, replicó el jóven: la inquisicion no devuelve tan fácilmente sus víctimas.

—Ciertamente: pero un favorito del gran inquisidor hace en el Santo-Oficio lo que quiere, dijo Vargas aludiendo á la ingeniosa manera conque habia recobrado la libertad él mismo.

—Puede mucho, en efecto, replicó el fraile: mas no le es posible devolver la juventud á un anciano que á mas de

sus achaques tuvo la desgracia de ver rotos y quemados sus miembros.

—No decíais que su salud era perfecta?

—Sí; pero lo decia de un modo relativo: no ignarais que Don Manuel llegó á las lindes del sepulcro y que solo pudo salvarle un milagro. Hoy por hoy es muy difícil salvarle, toda vez que aun no puede hacer uso de sus miembros.

—Pero y Dolores! y Dolores! esclamó el desgraciado jóven con una angustia indescribible.

—Quedad tranquilo: no ha sufrido el tormento y yo me he propuesto libertarla. Si concluido el auto de fé, no la hallais en la casita de Juana, mi nodriza, haced de mí lo que os cuadre..... Yo no soy un adversario muy temible, añadió el fraile, con esa tristeza que parecia constituir el fondo de su carácter.

—Y os atreveríais á jurar que me devolvereis á mi futura esposa? interrogó el mancebo, que en su ansiedad por salvar á la señorita de Argoso era víctima de una gran desconfianza.

—El juramento, replicó el dominico, fué inventado por los que no cumplen su palabra: yo solo os lo prometo.

—Señores, esclamó D. Estéban, manos á la obra y veamos como se deben realizar nuestros proyectos. Se trata de libertar á D. Manuel de Argoso ó de morir en nuestra empresa. Ahí teneis un ausiliar que el cielo nos envia, añadió el jóven señalando al dominico.

—Dios cambia el mal en bien, replicó este último.

—Estais loco? dijo Herrera á D. Estéban en voz baja; quereis entregarme á este inquisidor?

—Dios cambia el mal en bien, repitió D. Estéban. Plugo al cielo cambiar este inquisidor en un hombre honrado y bueno que nos prestará su ausilio, y de consiguiente, Gimenez, podemos vivir tranquilos. Decid, maese, añadió volviéndose hácia Mandamiento que esperaba el resultado de aquel conciliábulo en un ángulo de la estancia; os hallais dispuesto á ausiliarnos con vuestras fuerzas?

—Señor, esto segun y conforme replicó Mandamiento; depende de la calidad del servicio y del salario que ofrezcais á la sociedad de la Garduña.

—De esto no hay que tratar; la paga será buena.

—El Cuco, nuestro hermano, observó Mandamiento, habló de doscientos mil reales.

—La cantidad os basta? dispondreis con ella de trescientos ó cuatrocientos hombres?

—Donde quereis que los encuentre? preguntó Gimenez en voz baja.

—Encontrará veinte mil si es necesario, replicó José.

—Decid maese, continuó Estéban; podreis complacernos?

Mandamiento reflexionó un instante y luego dijo:

—Esto no es difícil caballero; pero es indispensable que añadais veinte mil reales para gastos de viaje, pues me veré obligado á llamar los cofrades de los pueblos mas cercanos (1).

---

(1) Ya digimos en otra nota que la Garduña tenia un jefe al

—Enhorabuena, dijo Estéban; se añadirán veinte mil reales.

—Quieren vuestras señorías firmar el compromiso? yo, continuó Mandamiento, anotaré el encargo en los registros de la cafradía.

—No tengo inconveniente.

El maestre cogió una hoja de pergamino y ofreciendo una pluma al señor de Vargas, dijo:

—Escribid caballero.

El jóven escribió:

«Yo D. Estéban, conde de Vargas, me obligo á pagar bajo la fé de mi honor y mi palabra, al señor Mandamiento, jefe de la sociedad de la Garduña, la cantidad de doscientos veinte mil reales, al dia siguiente del auto de fé que se celebrará en 4 de Junio del corriente año.»

«Firmado en Sevilla á 27 de mayo de 1534.

«ESTÉBAN, conde de Vargas.»

Y mas abajo Herrera escribió lo siguiente:

«El infrascrito se obliga tambien á pagar á dicho Man-

---

cual obedecian los demás jefes de provincia. Estos eran igualmente obedecidos por los jefes de distrito. La Garduña se hallaba mucho mejor organizada que algunos poderes del Estado. Destruida en España en 1822, se reorganizó en la América del Sud donde actualmente existe. En el Brasil, en la república de Colombia, en la república Argentina, en la del Perú, y hasta en la de Méjico, se puede mandar asesinar á un hombre con tal de que se pague al homicida con unos cuantos pesos.

En España los que formaban parte de la Garduña eran gitanos y moriscos; en América los asociados son negros y mulatos.

damiento, y en defecto de D. Estéban de Vargas, la cantidad indicada, el dia que se cita en el anterior escrito.

«GIMENEZ DE HERRERA.»

—No se sabe lo que puede ocurrir dijo á D. Estéban, y de consiguiente me permitireis que yo salga fiador vuestro.

—Quedo satisfecho, dijo Mandamiento. Ahora voy á tomar nota de vuestro encargo.

Y el maestre escribió en el registro lo siguiente:

«1.° Dispóngase en favor del indicado señor á cuatro cientas personas de la Garduña, en las que figurarán así los postulantes y chivatos como los guapos; así las coberteras como las sirenas, las cuales son igualmente útiles á la sociedad y contribuyen á aumentar su prosperidad y su fama.»

«2.° Deben hallarse dispuestas en el auto de fé próximo de forma que puedan oscurecer al gran inquisidor...»

—Borrad esto que yo no dije tanto, observó D. Estéban; os contentareis con prenderle, maese.

—Eso nó, dijo á su vez el dominico; le cogerás y llevarás á tus subterráneos. Guárdate mucho de matarle, añadió el jóven con viveza.

—Borrad, borrad la frase *oscurecer*, añadió Estéban.

Mandamiento fingió que tachaba la palabra indicada; pero antes habia secado el estremo de su pluma en su mismo traje sin que nadie lo percibiese.

Luego continuó leyendo:

«Deben hallarse dispuestas en el auto de fé próximo, de forma que puedan prender al gran inquisidor, y libertar á su señoría el gobernador de Sevilla, condenado injustamente por el inquisidor mencionado.»

«Y luego que esté libre, conducir el gobernador á la Garduña para colocarlo en manos de D. Estéban de Vargas.»

—O en las mias, interrumpió José.

—Su señoría es el que manda, observó el maestre indicando á D. Estéban.

—Sí, sí, replicó este último; escribid lo siguiente: «O entre las manos del Reverendo Padre José, limosnero de Su Eminencia el gran inquisidor.»

—Os basta esto, señores? preguntó Mandamiento.

—Es lo suficiente, replicó Valero; esperamos, señor Mandamiento, que nada olvidareis para el buen éxito de la empresa.

—Caballero, replicó el jefe de los bandidos con cierta dignidad; nuestra reputacion y fama están comprometidas.

—Añadid lo siguiente interrumpió José:

«Y retener al gran inquisidor en las cuevas de la Garduña hasta que fray José autorice á Mandamiento á que le ponga en libertad.»

—Es inútil observó el maestre; cuando el inquisidor esté preso, Vuestra Reverencia hará entonces de él lo que mejor le cuadre.

—El inquisidor correrá de mi cuenta, dijo entonces

Manofina que, por respeto á los nobles, habia guardado silencio.

—Ya te daré mis instrucciones, dijo Mandamiento dirigiendo al guapo una significativa mirada.

—Las seguiré exactamente.

—Ahora, señores, interrumpió Valero, á nosotros toca hacer lo restante.

—Lo que conviene, observó el dominico, es obrar con discrecion y reserva.

—El dia en que se celebre el auto, dijo Herrera, encontraremos á los garduños en la plaza, no es cierto?

—Mis garduños nada tienen que hacer con vuestras señorías, dijo Mandamiento; créanme vuestras mercedes: no se mezclen con ellos. Se trata de salvar al gobernador, no es esto? pues bien, yo me encargo de ello: el negocio corre por cuenta mia, y queda á cargo de mis chicos.

—Esto no obstante, observó D. Estéban, si se traba una refriega nosotros os prestaremos ausilio.

—Es inútil, señores; preparad únicamente al pueblo, no para que nos ayude sino para que nos deje hacer, y esto será lo bastante.

—Una revolucion general salvaria todas las víctimas, dijo Valero.

—Mandamiento quizá tenga razon, dijo Vargas suspirando: lo mejor que podemos hacer es dejar en libertad al pueblo.

—Esto es, replicó José; pero os advierto que han tomado grandes precauciones: las tropas se hallan dispuestas,

y no ha llegado aun el dia de lanzar al pueblo á la calle porque al fin y al cabo se haria víctima á sí propio. Se trata, únicamente, de salvar al gobernador, y se necesita mas de audacia que de astucia. Olvidais que el emperador Cárlos V debe asistir al auto de fé y que le acompañarán muchos soldados?

—Es cierto, añadió Gimenez; una sublevacion se pareceria mucho á una conspiracion contra el rey, y nosotros solo queremos atacar al Santo-Oficio.

—En fin señores, que resolvemos? preguntó Valero.

En aquel instante se dió un gran golpe en la puerta.

Todo el mundo se estremeció.

Mandamiento, sin impresionarse lo mas mínimo, hizo girar una columna que mostró una abertura que daba sobre una pieza débilmente iluminada.

Era su gabinete.

—Entrad aquí, dijo el maestre.

Los nobles obedecieron.

Mandamiento hizo girar la columna de orma que ocupára su posicion primitiva, y se dirigió corriendo hácia la puerta.

Enseguida la abrió.

Era la Chapa. La jóven se precipitó á la sala llorando.

—Qué es lo que ocurre? la preguntó Mandamiento; se ha pegado fuego en tu casa?

—Dónde está mi hermano? preguntó la jóven temblando.

Mandamiento abrió el escondrijo.

—No temais nada, señores, gritó; no hay riesgo alguno; podeis salir sin cuidado.

Los nobles, el alguacil y Manofina salieron de aquel antro.

—Oh señores! esclamó la Chapa, si supieseis la desgracia que ha ocurrido! Y la gitana, sofocada por las lágrimas, no tenia aliento para pronunciar una frase.

—Qué ocurre? preguntaron todos á un tiempo.

—El apóstol, señores..... el que era padre de Sevilla...

—Y bien, concluye.

—Ha sido detenido por el Santo-Oficio, añadió la jóven con voz que entrecortaban los sollozos.

—Dios mio! gritó Estéban.

—Le han detenido luego de pronunciar un sermon; y bajo el pretesto de que propalaba herejías, añadió la Chapa.

—Pues bien, D. Estéban observó Valero; tratad con dulzura á este Arbués infame; respetad á un monarca que tales iniquidades permite.

—Creed, Rodriguez, que llegará nuestro dia, replicó Estéban; la fuerza del hombre consiste en saber esperar.

—Vos, dijo á Mandamiento, cuidareis de que vuestros hombres cojan al inquisidor y salven á D. Manuel de Argoso...nosotros, señores, añadió, prepararemos al pueblo, no será difícil que le conquistemos para una causa que es suya.

—No os olvideis de prender al inquisidor, dijo el dominico.

—Que Su Reverencia esté tranquilo, replicó Mandamiento, no será fácil que Su Eminencia se salve.

Convenidas así las cosas, los tres nobles y el fraile dejaron la Garduña.

# CAPÍTULO XV.

## Un hombre misterioso.

A la misma hora, en que nuestros conjurados dejaban la Garduña, un coche seguido por algunos hombres de armas y que por su riqueza y su lujo parecia de un gran personaje, entraba por una de las puertas de Sevilla y se dirigia hácia el alcázar.

Al llegar frente á las puertas de este último, uno de los ginetes que galopaban al lado de este coche, echó pié á tierra, se quitó el gorro que cubria su cabeza y abrió la portezuela con respeto.

Entonces, de este último, bajó un hombre vestido con un rico traje de brocado y llevando en su gorra un diamante de gran precio.

Este hombre parecia encontrarse aun en toda la fuerza de su edad: frisaba en los treinta y cinco ó cuarenta años;

era de elevada estatura, fuerte, membrudo y una rubia y rizada barba prestaba á su semblante cierto aire marcial y simpático.

No bien la guardia que habia en el alcázar, oyó el rumor del carruaje, cuando formó en su pátio y cumpliendo, sin duda, una regla de disciplina, le presentó sus armas.

El desconocido cruzó lleno de majestad, por entre las filas de aquella gente de armas é inclinándose lijeramente como el que está ya acostumbrado á estas muestras de respeto.

Luego subió por la ancha escalera de piedra, que conducia al piso principal del edificio, seguido por alguno de los hombres que formaban parte de su séquito y entre los que, á juzgar por sus magníficos trajes habia gente muy principal é ilustre.

Al llegar á uno de sus magníficos salones, en que el arte árabe brillaba con toda esplendidez y riqueza, el desconocido llamó al capitan de la guardia y le dijo:

—Vos, sin duda, conocereis la casa donde vive el gobernador de Sevilla?

—En efecto, dijo con humildad el capitan: el señor gobernador es hombre muy principal y todo el mundo conoce su morada.

—Pues bien, dijo el desconocido: mandad á su casa y decidle que venga inmediatamente al alcázar.

—Perdonad, monseñor: el gobernador de Sevilla, por la misma razon de que es la primera autoridad que existe,

quizá se resista á obedecer esta órden. Si vos, añadió el capitan, me indicaseis vuestro nombre...

—Cuáles son las órdenes que habeis recibido hoy mismo? preguntó el desconocido.

—Las de obedeceros ciegamente, monseñor.

—De quién las recibísteis?

—Del rey.

—Pues entonces, dijo el desconocido sonriendo, ya veis que no puedo admitir objeciones. Cumplid lo que os mando.

—Yo, monseñor, lo decia tan solo para que vuestras mismas órdenes fuesen inmediatamente obedecidas.

—Pues bien: en caso de que el gobernador se resistiese á obedeceros, mostradle este anillo.

Y al mismo tiempo el desconocido sacó de uno de sus dedos un grueso anillo de oro en el cual se veia un sello rodeado de brillantes.

El capitan se inclinó con respeto y abandonó la estancia.

Entonces el desconocido se dirigió hácia los que formaban su séquito, los cuales, durante esta plática, habian permanecido en un ángulo de la sala, guardando una actitud respetuosa y les dijo que podian retirarse.

Los del séquito hubieron de comprender que aquel personaje deseaba estar solo y obedecieron sus órdenes.

El desconocido quedó solo y camenzó á dar grandes pasos en aquella vasta é inmensa sala.

No habia transcurrido aun media hora, cuando uno de

los que formaban su servidumbre se presentó en el dintel de una puerta y le dijo, que el gobernador Enriquez aguardaba en la antesala.

El desconocido, al oir estas frases, compuso su semblante que se hallaba un tanto pálido á consecuencia de su largo viaje, ó tal vez de las emociones que sentia, tomó asiento en un sillon que se veia bajo un dosel de terciopelo con filigranas de oro, y dió órden al ugier para que introdujese á Enriquez.

Pasado un momento, éste penetraba en el salon lanzando un grito de sorpresa.

Luego, reponiéndose, dirigióse hácia el desconocido é hincando una rodilla en tierra dijo con voz humilde:

—Permita V. M. que traduzca la admiracion que me causa vuestra llegada á esta ciudad besando vuestras reales plantas. Siento en el alma que V. M. no me haya participado su viaje á Sevilla para recibirle con toda la magestad y pompa que merece el primer rey de la tierra.

—Dejad, Euriquez, estas fórmulas que tan bien sientan en las grandes ceremonias. Yo, precisamente, he venido de incógnito á Sevilla para evitar el fausto y la pompa con que deseabais recibirme. Fuera de que, añadió el rey con tristeza, los motivos por los cuales he venido á esta ciudad no se prestan mucho al regocijo...

—Se refiere V. M. al auto de fé que se debe celebrar uno de estos dias? preguntó Enriquez.

—Lo adivinasteis; hace cuatro dias recibí en Madrid unas letras de Su Eminencia el inquisidor general en que

me participaba que al objeto de solemnizar mis últimas victorias, se celebraria un auto de fé el dia 4 de Junio. En estas letras me invitaba para que yo asistiese á esta grande y notable ceremonia, y yo, que no obstante mis políticos cuidados, no olvido nunca los intereses de nuestra religion católica, decidí abandonar la córte unos dias y autorizar con mi presencia esta grande y solemne fiesta.

—V. M., Señor, cumple como buen cristiano, y Su Eminencia el inquisidor general, no podrá menos que regocijarse al ver que el auto vá á ser honrado con la presencia del mayor príncipe del mundo. Esto contribuirá mucho á su esplendor y grandeza.

—De modo, observó el rey con fingida indiferencia, que el auto de fé será verdaderamente grandioso?

—Mucho, Señor: hace ya algunos años que la ciudad de Sevilla no habrá presenciado tan imponente ceremonia.

—Son muchos los condenados?

—No recuerdo precisamente el número, dijo el gobernador; pero creed, Señor, que el santo tribunal ha hecho toda clase de esfuerzos, no solo para que el número de los condenados fuese grande, sino para que figurasen en él algunas personas que, por su posicion y su rango, pueden calificarse de ilustres.

—Podeis citarme algunas?

—Entre ellas mi antecesor D. Manuel de Argoso...

—El antiguo gobernador de Sevilla? preguntó el rey.

—Cabal. Luego es muy posible, tambien, que figure en el auto su hija Doña Dolores.

—Esperad, dijo el rey que deseaba traer la conversacion á este punto: segun me han informado, la señorita de Argoso se halla ó se hallaba en relaciones con Don Estéban de Vargas...

—En efecto, Señor.

—Y Vargas tambien vá á la hoguera? preguntó con cierta ansiedad el monarca?

—Nó, monseñor.

—Creo, sin embargo, dijo el rey, que este jóven profesaba las eréticas doctrinas.

—No era esto solo, monseñor, dijo Enriquez: Vargas era tambien cómplice de un delito con el cual se trató de falsificar una órden de V. M.

—Ah! dijo el rey fingiendo que de pronto acudian á su memoria los recuerdos. Aludís, tal vez, á la órden con la cual se queria libertar á D. Manuel Argoso y Dolores su hija de las cárceles del Santo-Oficio?

—Lo adivinásteis, Señor: Vargas fué el qué estendió la órden sobre la firma de V. M.

—Y qué se hizo de él?

—Fué metido en el Santo-Oficio, junto con Doño Aldonza, principal autora del crímen.

El rey palideció intensamente.

Las frases de Enriquez evocaban á su alma todo un mundo de recuerdos.

Aquella misma Aldonza en la que habia cifrado su

amor, su dicha, su esperanza, á la cual habia dado la riqueza y una posicion envidiable, aquella misma Aldonza habia burlado su cariño; de favorita del rey se habia convertido en aventurera y olvidando lo que debia al monarca y á ella misma, y como un sacrificio á un amor insensato se habia lanzado por la senda del crímen, dando orígen á que el Santo-Oficio la encerrara en sus mazmorras.

Tal fué lo que en aquel instante reflexionaba Cárlos V.

Esto sin embargo, Enriquez no comprendió lo mas mínimo de lo que pasaba en el interior de su alma.

El semblante del rey era una máscara impenetrable.

Tenia el privilegio de ofrecer siempre el mismo carácter y aspecto.

A Cárlos V le convenia averiguar lo que habia sido de Aldonza, y hé ahí porque hablaba de Vargas en la seguridad de que luego se hablaria de ella.

—En efecto, dijo el rey aparentando la mayor sangre fria: recuerdo ahora que yo mismo dí órden para que se metiera á la señorita Aldonza de Herrera en las cárceles del Santo-Oficio.

—Y así se hizo en efecto, dijo Enriquez.

—Confesó, tambien, su crímen?

—No por cierto.

—Y Vargas?

—Tampoco.

—De modo que uno y otro debieron sufrir el tormento?

—Vargas sí.

—Y Aldonza?

—Nó, monseñor.

Cárlos V respiró con desahogo.

Era evidente que las frases del gobernador acababan de aligerarle de un gran peso.

Luego dijo:

—Y Vargas fué condenado por el tribunal á morir en el auto?

—Hubiera sido inútil, Señor.

—Por qué?

—Porque Vargas ha muerto.

—Ha muerto! dijo el rey sorprendido.

—El señor de Vargas, añadió Enriquez, no pudo sufrir las consecuencias del tormento y murió no hace aun dos dias.

El rey guardó silencio.

El Santo-Oficio se habia encargado de vengarle.

Sin embargo de que le constaba que Vargas habia rechazado el amor de Doña Aldonza y de que, en su consecuencia, ésta era la única culpable, el rey al saber su muerte esperimentó cierta alegria.

En lo sucesivo, y en caso de que tratase de reanudar sus amores con la jóven, D. Estéban no se ofreceria á sus ojos como un rival temible.

—Y Doña Aldonza, preguntó con ansiedad Cárlos V, sigue aun en la cárcel?

—Sí, monseñor.

—La ha condenado el Santo-Oficio?

—Aun nó; pero es muy fácil de que sea tambien condenada á la hoguera, dijo Enriquez con voz lúgubre.

—Esto no se hará mientras yo viva! dijo el rey levantándose de pronto mirando al gobernador con fijeza.

Este se puso lívido.

La manera con que el rey habia pronunciado estas frases, le habia hecho temblar desde los piés á la cabeza.

Era evidente, que el monarca seguia amando á la jóven, y si esto era cierto, Enriquez debia renunciar á sus esperanzas de conquistar un dia su alma.

Esto, sin embargo, conforme á su costumbre, Enriquez procuró disimular la impresion ocasionada por las frases del monarca y dijo con humildad:

—Señor, V. M., que es el rey de las Españas, tiene el privilegio de indultar á los que el Santo-Oficio condena y yo respetaré siempre vuestras órdenes. La inquisicion se encuentra muy alta; pero en cambio la autoridad de V. M. no admite réplica.

—Esto no obstante, dijo el rey, no seré yo el que se oponga á la voluntad del Santo-Oficio. Conviene que la autoridad civil y eclesiástica, vivan siempre en armonía, y que aparezca ante el pueblo como dos poderes humanos. La autoridad del rey es actualmente fuerte, porque se apoya en el clero, y la autoridad del clero es hoy dia incontrastable, porque se apoya en el monarca. Pero toda vez que yo no trato de oponerme á la sentencia que dictará el Santo-Oficio creo que, en obsequio de Aldonza, se pudiera hacer una cosa....

—Ya os escucho, monseñor, dijo Enriquez con voz hipócrita: no ignorais que yo soy el mas fiel y leal de vuestros súbditos.

—Pues bien, interrumpió Cárlo V; podríamos influir en el ánimo de Arbués, para que en vez de condenarla á la hoguera, se la condenase á estrañamiento perpétuo.

—No dudo, monseñor, que los deseos de V. M. serán para el inquisidor verdaderas órdenes, dijo con hipocresía Enriquez.

—Así vos, quedais encargado de manifestar á Arbués lo que yo os indico?

—Yo, monseñor, no tengo otra voluntad que la vuestra.

—Pues bien: manifestadle que he llegado á Sevilla, y decidle que puede hacer los preparativos del auto. Le encargareis tambien, prosiguió el rey, que no condene á doña Aldonza á la hoguera y que si no puede absolverla que la envie fuera de España.

—Teneis algo mas que mandarme, Señor? preguntó con humildad Enriquez.

—Nó, dijo Cárlos V; solo os ruego que no participeis al pueblo de Sevilla mi llegada; no quiero manifestaciones que turbarian la paz que tanto necesita mi espíritu. He venido á esta ciudad, no para recibir los aplausos de mis súbditos, sino para cumplir con un deber esclusivamente religioso; pero como es muy posible que necesite de vuestro ausilio, venid de cuando en cuando para recibir mis órdenes.

Enriquez se inclinó profundamente, y como el rey le hiciera una seña para que le dejara solo, abandonó la estancia.

El rey continuó paseando en la sala entregado á sus reflexiones.

De cuando en cuando, murmuraba algunas frases entredientes.

Al rayar el alba llamó á su servidumbre y entró en su dormitorio.

Cárlos V se desnudó, rezó sus oraciones, y pasado un instante se metia en su régio y dorado lecho murmurando:

—Por fin lograré salvarla!... Dios mio, cuánto la amo!....

En cuanto á Enriquez, al dejar el real alcázar, se dirigió al palacio de Arbués con objeto de participarle la noticia de que habia llegado Cárlos V.

El inquisidor sintió una verdadera alegría.

La presencia del rey no solo acrecentaba la importancia del auto sino que aumentaba la suya propia.

Y en efecto: en aquella clase de ceremonias el poder civil se humillaba ante el poder religioso, hasta el punto de que el inquisidor general ocupaba un sitio preferente al del monarca.

Pedro de Arbués, aunque no fuese mas que por un instante, se ofreceria ante el pueblo como un hombre superior al rey de las Españas y esta idea le sacaba de quicio.

La celebracion del auto llevaba consigo la apoteosis de

Arbués y esto no podia menos que ahogar á su mezquino y miserable espíritu.

De ahí pues que diese las necesarias órdenes para que se ejecutasen los preparativos del auto y que instara al Santo Tribunal para que aumentase el número de los que habian de vestir al Sambenito.

En cuanto á Enriquez comprendia perfectamente las intenciones del rey y se disponia á evitar la realizacion de sus proyectos.

# CAPITULO XVI.

---

### Un sermon en las esquinas.

Era el 4 de junio de 1534.

Acababan de dar las cinco de la madrugada.

En aquel dia celebrábase un acontecimiento notable: un auto de fé.

Bajo tal concepto era dia de fiesta y la gente, en vez de trabajar, debia entregarse á la oracion.

En aquella hora unos cuantos nobles, capitaneados por Rodriguez de Valero, recorrian las calles de Sevilla hablando entre ellos con misterio y deteniendo á veces algunos hombres del pueblo.

Los nobles les decian algunas frases, y en seguida aquellos hombres se alejaban pensativos y hondamente preocupados, bien como si se les hubiese hecho una confidencia grave é importante.

El rostro de los nobles aparecia sombrío; andaban de

dos en dos, y de vez en cuando formaban círculo para comunicarse una idea.

Luego emprendian su camino y continuaban su propaganda, objeto principal de aquella escursion matutina.

Algo misterioso y horrible, semejante á estas sordas convulsiones de la naturaleza que preceden á la borrasca, agitaba al pueblo de Sevilla.

Aquella siniestra jornada se hallaba preñada con toda clase de rumores.

Profundamente exasperado por las insinuaciones de Valero, de Estéban y de sus amigos; seducido por la insidiosa elocuencia de José que por su parte habia obrado en las tinieblas, el pueblo de Sevilla, compuesto en su mayor parte de gitanos, moriscos y judíos convertidos, aguardaba, con cólera reconcentrada, el dia en que el auto de fé debia celebrarse.

Cansado de las odiosas persecuciones con que siempre le molestaban; cansado de su gran paciencia que no habia servido mas que para acrecentar la audacia y crueldad de sus opresores, vivia en esta exasperacion en que la mas pequeña chispa basta para producir un incendio.

Tal habia sido el resultado de las gestiones emprendidas por Valero.

En aquel instante podia realizarse aquella prediccion que unos dias antes habia hecho en la taberna.

—«Este pueblo hará lo que yo quiera.»

Los manejos de Valero habian sido ausiliados por los nobles caballeros que estaban á su lado, ardientes y entu-

siastas almas enamoradas de la libertad, de esa hija del cielo que muchas veces no es comprendida. El hombre con frecuencia adora un ídolo que coloca en su puesto, ídolo vacío y de mal gusto pero que adora por la misma razon de que es obra imperfecta de sus manos.

Pero aquellos corazones no adoraban una palabra vana ni una falsa imágen; adoraban la libertad, objeto de sus aspiraciones y sus votos; á la libertad siempre dulce y tolerante, á esa Vírgen sublime, hermana de la caridad cristiana que cubre, como ella, á los pobres y á los débiles en los albos pliegues de su túnica, que les alimenta, que les consuela, que impulsa con su divino aliento las alas del triste y abatido génio diciéndole: Marcha! marcha! yo estoy aquí para abrirte paso y sostenerte en el camino. Vírgen celeste, amante de los grandes corazones, la libertad animaba aquellos nobles que por espacio de algun tiempo lucharon contra el tigre inquisitorial: figuras sublimes, tipos llenos de nobleza, de valor y de energía que fueron inmortalizados por los pinceles de Velazquez y Murillo.

—Valor! valor! amigos mios, dijo Valero, al cabo llegaremos al fin; este dia, por mas que diga Estéban, no será infecundo para la felicidad de España.

—Ah! replicó Estéban; que yo no pueda transmitir al corazon del pueblo el entusiasmo que me anima y convertirle, en un instante, lo que será dentro unos siglos! Solo me aflije una cosa: el pueblo sencillo y bueno y al cual hemos dicho que protejeríamos si salva al gobernador, el

pueblo por este solo hecho, cree que dá un gran paso hácia la libertad... y no hace mas que servir á un interés personal.

—Redoblar el ódio del pueblo contra sus opresores, equivale á prestarle un gran servicio, esclamó Gimenez de Herrera: es prepararle á esa grande y general revolucion que mas tarde ó mas temprano se realizará contra un poder infame y desapiadado. En el proceso que el pueblo instruye á sus opresores, la causa de uno está ligada á la de todos.

Al espresarse en estos términos los nobles se hallaban detenidos en la calle por un grupo de frailes que casi estaban borrachos.

Estos frailes salian de una taberna donde habian pasado la noche.

Muchos de ellos eran aun jóvenes, y en su luciente y mofletudo rostro veíase la gula, la pereza y el afan de terrenales goces.

No tenian necesidad de dedicarse al trabajo.

Todo el mundo trabajaba por ellos.

Estos frailes eran de cutis moreno: su nervioso cuello y cierta libertad en el andar indicaban el vigor de las razas del desierto, de donde nacieron los andaluces y valencianos. Este tipo se ha conservado hasta nuestros dias: un fraile que hubiese vestido un albornoz hubiese parecido un árabe.

Sus manos estaban súcias, sus hábitos súcios, y todo en ellos revelaba el mas completo descuido.

La espresion de sus ojos que era audaz y ambigua á un mismo tiempo, asustaba al pudor y daba miedo.

Su barba negra ó de color gris, parecia una maleza y estaba sembrada de granos de eleboro que entonces reemplazaba al tabaco en polvo, el cual no fué conocido hasta mas tarde.

Los frailes consumian mucho de aquel polvo.

Esto no obstante, de cuando en cuando se cubrian con el manto de hipocresía.

Aunque algun tanto embriagados, á medida que el aire fresco llegaba á su rostro volvian á recobrar su juicio.

En la calle habia multitud de gente.

—Hermanos, dijo el mas viejo de los frailes; hoy se celebra el auto de fé y no podemos elegir un dia mas á propósito para divulgar las doctrinas de la fé católica. Detengámonos que voy á echar un sermon al pueblo.

Y al pronunciar estas frases, indicaba un hueco ó una capilla que se veía en la pared de una casa donde la piedad de sus vecinos habia colocado una Vírgen, ante la cual ardia constantemente una lámpara.

El fraile se encaramó á esta capilla, se santiguó con énfasis y oró por un instante arrodillado ante la Vírgen. Luego, volviéndose hácia la muchedumbre que se habia agrupado en torno suyo, la dió su bendicion, y se preparó á comenzar su discurso.

Pero en aquel instante Valero hubo de gritarle:

—Oye, fraile: antes de predicar tendrias que echar un

sueño y reparar los estragos de una noche que has pasado entre el escándalo y la orgía. Ignoras que todo lo que pasa por lábios impuros es impuro?

El fraile miró con indecible cólera al que le apostrofaba en estos términos.

—No le deis importancia, hermano, repuso otro de los frailes; el que así habla es Valero el loco.

Y dirigiéndose á este último añadió:

—Qué estás haciendo aquí, á estas horas?

—Vengo á ver como los escribas y fariseos, se sientan en la cátedra de Moisés, (1) replicó Valero.

—Miserable! te callarás, loco del diablo?

—Dejad que hable! dejad que hable! gritó la muchedumbre.

Valero continuó sin desconcertarse:

—Todas las cosas que os obligan á observar los frailes observadlas, pero no les imiteis en las obras, porque hacen lo que no dicen (2)

—Callarás? insistió el predicador.

Valero prosigió.

—Hacen fardos insoportables, y los cargan sobre la espalda del hombre; pero ellos ni siquiera los tocan con el dedo (3).

—Hermanos mios, comenzó el predicador: en este dia

---

(1) San Mateo.
(2) Id.
(3) Id.

de glorificacion en que la Iglesia triunfante alcanza una victoria sobre la herejía que disuelve al mundo....

—¡Serpientes! ¡raza de vívoras! interrumpió Valero; haceis morir á los justos y á los profetas, y la sangre de los justos y los profetas, caerá sobre vosotros (1).

Estas frases, tomadas del Evangelio, conmovieron profundamente al pueblo. Entre aquella muchedumbre no habia un hombre en cuyo corazon no hubiese una llaga que avivaban estas frases.

Levantóse un gran murmullo contra los frailes, y si el pueblo no les silvó, fué porque á su cólera se hallaba mezclada una gran tristeza: sentia la necesidad de vengarse, horriblemente, y esperaba á que la ocasion llegara.

—¡Rodriguez de Valero! gritó entonces el predicador: ora por tus muchos pecados y alcanzarás la gloria.

—Rodriguez se ha arrepentido, y Dios le ha perdonado, replicó el viejo noble: pero vosotros teneis la conciencia del mal, y sin embargo continuais en el mal. ¡Id con tiento! la cólera de Dios tarda en hacerse sentir; pero al fin se desploma, y tarde ó temprano, vosotros, los frailes, ireis allí donde hay llanto, y donde los dientes rechinan (2).

—«El vino y las mujeres nunca han hecho herejes (3).»

---

(1) San Mateo.

(1) Id.

(3) Máxima de los frailes, durante las disputas entre los católicos y protestantes.—Miner.—*Historia de la Reforma.*

—Id, indignos depositarios de la ley de Cristo cuyo corazon solo desea la intemperancia, y la rapiña; id á trasquilar el rebaño que el buen pastor llevaba á su espalda, y enriqueceos con su lana. Id, vampiros, á chupar la sangre de los infelices que están durmiendo!

—Para verdades los locos, dijo un chulo.

—Estos frailes cojieron la mona: Vaya: apaga y vámonos.

Un grupo de manolas y de chulos que se habia reunido á los piés del sermonista comenzó por desfilar, y éste pasado un instante se quedaba solo.

Los frailes careciendo de auditorio, se alejaron murmurando y lanzando miradas de ódio al buen Rodriguez.

El reloj de la catedral dió las ocho.

El pueblo se dirigió hácia las cárceles del Santo-Oficio.

Observábase una multitud de hombres, que no se perdian de vista, por mas que esto lo hicieran con gran disimulo.

Estos hombres, cambiaban miradas de inteligencia.

Se acercaban unos á otros y murmuraban en voz baja:

«Dios y libertad.»

Esta gente se hallaba comprometida en el complot.

Deslizábanse entre la muchedumbre, y al llegar frente al palacio de la inquisicion, estos hombres lograron colocarse á la cabeza de aquel pueblo siempre ávido de esas lúgubres tragedias que entonces eran tan frecuentes, y á

las que asistia como si asistiese á una funcion de teatro.

Los carboneros iban al frente del cortejo. Habia unos ciento é iban armados con picas y mosquetes (1).

Seguia luego un gran pendon con una cruz blanca que era el de la órden de Santo Domingo, llevado por un fraile: trás de éste iban los dominicos arrastrando sus largas túnicas. En el pecho de éstos y en el centro de un negro escapulario que les llegaba hasta los piés brillaba una cruz blanca, y de su cinto colgaba un rosario enorme (2).

La milicia de Cristo era muy numerosa, puesto que los familiares abundaban muchísimo.

Luego de estos, seguia el duque de Medinaceli.

Segun el privilegio concedido á la familia llevaba el

---

(1) Los carboneros de las ciudades donde habia un tribunal del Santo-Oficio, tenian derecho á formar en las procesiones de los autos; pero este derecho llevaba consigo un *deber*, ó mejor dicho, constituia la manera con que los inquisidores pagaban la leña con que se debian alimentar las hogueras: los carboneros de todas las ciudades donde la inquisicion celebraba un auto, se hallaban en la obligacion de proporcionar la leña. Ya se vé, pues, que la muy santa inquisicion comprendia sus intereses.

(2) El hábito de los dominicos, que algunos han confundido con el de los carmelitas y de los trinitarios; era como el de esta órden; es decir, se componia de túnica blanca, escapulario y manteo negro, forrado de blanco.

Los dominicos se distinguian no obstante por la cruz que muchas de estas órdenes llevaban en sus escapularios. Esta cruz se hallaba formada de tela blanca de color rojo para los trinitarios, los mercenarios llevaban el tronco de la cruz rojo, y los brazos blancos; los carmelitas no llevaban cruz alguna.

gran estandarte de la fé (1). Consistia este en una bandera de damasco rojo en la que se veian bordadas las armas de

(1) La inquisicion no se contentaba con embrutecer al pueblo, con reducirle á la mendicidad, con hacer de él un rebaño de esclavos, sino que hacia toda clase de medios para envilecerle y degradarle.

Al principio comenzó por hablar y por obrar en nombre de Dios y luego convirtió en espías á los ciudadanos; pero los españoles rechazaron tanta infamia: preferian la hoguera á aceptar el innoble papel de delatores.

Entonces la inquisicion, siempre fecunda en recursos, halló un medio para *ennoblecer y santificar* las denuncias. Hizo de modo que los papas concedieran muchas indulgencias á los que tuviesen la virtud de denunciar al Santo-Oficio los enemigos de la fé, y hasta se ofreció la eterna gloria al que fuese bastante *buen cristiano* para denunciar á su padre, á su madre, á su hermano y hasta á su mismo hijo. A mas de las indulgencias que el Santo-Oficio obtuvo de los padres, alcanzó de los monarcas que concediesen honores y privilegios á sus familiares.

Esto esplica porque Cárlos V eximió de pechos y tributos y de cargos municipales al que denunciase *diez* herejes, moriscos, apóstatas ó judaizantes, ó que se hiciese alistar en la milicia de Cristo.

Llegó un tiempo en que un gran señor se hacia sospechoso si no pertenecia directa ó indirectamente al Santo-Oficio. El pertenecer á la inquisicion era el medio mas seguro para conservar la propiedad ó bienes de fortuna.

La inquisicion llevó tan léjos su audacia que pidió y obtuvo para la casa de Medinaceli, y del papa Adriano ex-inquisidor general de España, el honorífico título de porta-estandarte de la fé y el privilegio de llevar la siniestra bandera en los autos mas solemnes; es decir en aquellos que el monarca *honraba* con su presencia.

La casa de Medinaceli era y es aun hoy dia, la que se halla mas cerca del trono; en la dinastía borbónica, á falta de herederos, la casa de Medinaceli, seria dueña de la corona.

España, y una espada rodeada con una corona de laurel con este lema: *Justicia y Misericordia.*

Despues del noble duque, seguian los grandes de España, y los familiares *declarados* del Santo-Oficio.

Estos últimos formaban un gran número.

El poder mas inícuo se halla siempre rodeado por muchos hombres; el terror y el interés personal son poderosos vehículos. El egoismo es la lepra de la humanidad.

La muchedumbre contemplaba en silencio aquel cortejo.

Los frailes y los familiares, andaban con la cabeza humildemente inclinada, balbuceando las sublimes plegarias de la iglesia, que se manchaban y degradaban al cruzar por sus lábios impuros.

Conocian las fórmulas de la gente verdaderamente cristiana; pero no practicaban sus obras.

Al ver aquella pompa de la muerte, el pueblo se quedaba petrificado y mudo.

Llegaron los condenados; eran cincuenta.

Andaban mezclados los hombres con las mugeres, los niños con los ancianos, sin distincion de sexo ni edad.

Los condenados á ligeras penitencias iban los primeros; vestian el sambenito con una grande cruz de San Andrés pintada sobre el pecho.

Iban con la cabeza descubierta, y sus desnudos piés quedaban destrozados y sangrientos con las asperezas del camino.

La actitud de estos desgraciados era tan triste como hu-

milde: comprendian que aun que escapaban á la muerte, la inquisicion, marcándoles con su terrible dedo, los entregaba á la eterna infamia.

No atreviéndose á destruir su vida física se aniquilaba su vida moral.

Esto el Santo-Oficio lo calificaba de ligera penitencia (1).

Luego venian los condenados á galeras, á la cárcel y á los azotes (2).

Despues de éstos seguian los condenados á la hoguera y que gracias á una confesion tardía se les dispensaba *la gracia* de estrangularles antes de quemarles.

---

(1) Nuestros lectores ya saben que el condenado á llevar el sambenito quedaba perpétuamente inhabilitado para ejercer todo cargo público, y que esta inhabilitacion se estendia á sus descendientes.

(2) Aquellos que la inquisicion castigaba *ligeramente* ó condenaba á llevar el sambenito, eran despues del auto de fé conducidos á una casa ó á un convento, donde se tenia la pretension de instruirles al objeto de *fortificarlos* en su fé y algunos meses despues se les devolvia la libertad, no sin que antes se les hiciese jurar que ni por *escrito*, *de palabra ni por medio de signos* revelarian lo que habian visto en el interior del Santo-Oficio.

No sucedia lo mismo con los infelices que sufrian el castigo de azotes. Los primeros contiuuaban presos en la cárcel de la inquisicion donde con frecuencia morian; los segundos poblaban las galeras y los presidios y se hacian objeto de desprecio por parte de sus compañeros de infortunio: el asesino, el falsario ó uno de estos miserables que merecian la horca pero que gracias á la venalidad de un escribano, salvaban su existencia, no se dignaban alternar con el infeliz que llevaba el sambenito.

Vestian un sambenito con llamas pintadas al revés.

Llevaban su cabeza cubierta con una coroza de tres piés de alto.

Los que debian ser quemados vivos, iban los últimos.

Su sambenito se veía asimismo cubierto por figuras diabólicas; pero con llamas ascendientes y llevaban tambien la coroza.

Todos los condenados llevaban en la mano un cirio de color amarillento.

Los sentenciados á muerte iban escoltados por dos familiares y dos frailes.

Estaban flacos, pálidos, casi lívidos; muchos no podian andar sino con el ausilio de los frailes y los familiares que les arrastraban mejor que les sostenian.

Era una procesion de agonizantes que se dirigía al encuentro de la muerte.

Rotos sus miembros, debilitado por el sufrimiento físico y moral, por el régimen que en su calabozo se observaba, por la tortura del agua que habia desquiciado las venas de su pecho, ocasionándole vómitos de sangre, veíase entre los condenados á D. Manuel de Argoso.

El ex-gobernador no andaba: sus piés, completamente dislocados, no podian sostenerle.

Dos frailes le sostenian, y gracias á ellos, andaba con mucha pena.

Estos frailes le exhortaban con voz dulce á que se convirtiera; pero el infeliz Argoso casi habia perdido el sentimiento de su existencia.

Su rostro lívido y cadavérico llevaba el sello de la tumba, y sus ojos fijos, inmóviles, casi vidriosos, tomaban esa direccion oblícua que toman siempre los ojos de los moribundos en el instante en que, abandonando la tierra, fijan sus miradas en el cielo.

¿Quién es capaz de sondear los misterios de la agonía y de la muerte de esta suprema lucha entre la orma terrestre y el hombre inmaterial?

Al ver el ex-gobernador de Sevilla, aquel hombre justo, de corazon caritativo y dulce, y que era amado como un padre, la gente del pueblo se sintió profundamente conmovida; pero no se atrevió á ostentar su compasion.

Muchos ocultaban la cabeza entre sus manos como si quisiesen orar, pero era en realidad para ocultar su llanto.

En el mismo instante en que los condenados á la hoguera salieron de la cárcel, los garduños, que se hallaban confundidos entre la muchedumbre, se disponian á dar el misterioso golpe. Cuando uno de ellos queria ocupar el puesto que se le habia designado, sus compañeros, como si fuese una convencion tácita, le abrian con gusto sus filas.

A medida que la procesion desfilaba, los garduños se juntaban á ella y la seguian con beato y devoto aspecto.

Por fin viéronse las últimas víctimas, las únicas que podian desafiar la tortura y la hoguera, puesto que ya habian muerto (1).

---

(1) La inquisicion quemaba tambien los huesos de los que habia dejado morir en la cárcel.

A estas no se las habia querido dejar la paz de las tumbas.

No pudiendo quemar su cuerpo, se quemaban sus huesos ó su efigie.

Iban cerrados en cofres; algunas estátuas de carton, representaban la efigie de los que no podian figurar en el auto. Llevaban tambien el sambenito que era la librea de los condenados.

El Santo-Oficio iba á buscar sus víctimas ya se encontrasen en el cielo, ya en el infierno, con tal de que pudiera satisfacer su *santa venganza*.

Mientras pasó aquella procesion de mártires, el pueblo guardó el mas profundo silencio.

La gente seguia con ansiosos ojos la lenta y penosa marcha del cortejo.

Nada tan triste y horrible como el ver aquellos frailes que con un crucifijo en la mano y con frases de paz en los lábios, exhortaban á los condenados en nombre de aquel que al morir en la cruz perdonó á sus verdugos.

En aquel tiempo de odioso fanatismo y de opresion religiosa, se realizaba esta profecía tremenda del Hombre Dios:

«No he venido á traer la paz sobre la tierra, sino una espada (1).»

Esto consistia en que el reformador divino, sabia las persecuciones que debian sufrir sus discípulos por parte de

---

(1) San Mateo.

los *escribas* y *fariseos*, raza impura que se alimentaba de cadáveres como los gusanos del sepulcro.

De pronto el piafar de unos caballos anunció al gran inquisidor.

Los consejeros de la Suprema, los inquisidores ordinarios y los miembros del clero, formaban una cabalgata inmensa é iban trás de las víctimas.

El gran inquisidor cerraba la marcha escoltado por los guardias de corps.

José iba á su lado.

A medida que la cabalgata desfilaba; algunos garduños se escalonaban á uno y otro lado de la misma, teniendo su rosario entre las manos y murmurando oraciones.

En el momento en que pasó el gran inquisidor, Manofina seguido de su fiel Culebrina, empezó á andar con humildad orando aun con mucho mas fervor que sus demás compañeros.

De pronto oyó un prolongado ahullido.

Era la señal con que se anunciaba á Mandamiento que la procesion habia ya salido.

Entonces el maestre se santiguó trazando una gran cruz y besó la medalla de su rosario.

No bien hizo esta seña en la que se habia convenido, cuando los dos guapos que se habian colocado al lado del gobernador arremetieron entre los familiares, cogieron á Manuel de Argoso en sus brazos, y echaron á correr con la velocidad del rayo.

La muchedumbre abrió paso con objeto de favorecer

La cabalgata.

su huida y los garduñas se eclipsaron como por encanto en las tortuosas calles de Sevilla.

Los religiosos que ausiliaban al gobernador y los demás que habian presenciado aquel hecho, temieron una sublevacion del pueblo y arrojando léjos de sí el crucifijo quisieron emprender la fuga (1); pero el pueblo se habia estrechado en torno suyo y no les fué posible alcanzarla.

Los garduños, obrando con prudencia se habian escurrido; pero algunos de ellos seguian la procesion continuando en sus oraciones.

El gran inquisidor que estaba muy léjos, no se apercibia de nada.

Cerca de Manofina se oyó otro ahullido.

De pronto el guapo, con la rapidez de un chacal, saltó sobre la grupa del caballo que Pedro de Arbués montaba, desenvainó su puñal, hirió á éste en la espalda, y volvió á bajar del corcel con tanta rapidez que fué imposible ver quien habia dado el golpe (2).

La muchedumbre tambien se apartó con objeto de favorecer la huida del guapo; pero en el instante en que Manofina echaba á correr, la sirena cogió por el brazo á un esbirro del Santo-Oficio y comenzó á gritar:

---

(1) En 1821, cuando se celebraba la procesion del Córpus, unos frailes arrojaron la cruz y las banderas al oir el grito de: «Ahí vá el toro! Sálvase quién pueda!» lanzado por unos pilletes.

(2) Así herian los andaluces á los coraceros franceses durante la guerra de la independencia.

—Al asesino! al asesino! Este fué quien quiso matar á Su Eminencia!

Y detenia con toda su fuerza el esbirro con objeto de que Manofina tuviese el necesario tiempo de emprender la fuga.

Este incidente fué tan rápido que los que iban cerca el gran inquisidor apenas lo notaron. José fué el único que frunció el entrecejo al ver queManofina heria al inquisidor.

Pedro de Arbués herido por un golpe que necesariamente habia de ser mortal, continuó firme en su caballo.

Los inquisidores y los frailes se arremolinaron en torno á la Sirena y trataron de socorrer al gran inquisidor.

Pero éste, guardando una tranquilidad y sangre fria á toda prueba, les miró sonriendo con aire de triunfo.

—No es nada, esclamó; un impío quiso matarme, pero Dios, añadió con voz hipócrita, Dios me protege y el puñal solo ha traspasado mi túnica.

Y mostró en efecto un ligero rasguño, en su túnica color de violeta.

Al ver que el inquisidor no estaba herido los ojos de José brillaron con alegria siniestra.

Y el pueblo que siempre es sencillo, veneró á aquel hombre que un instante antes maldecia, porque creyó que Dios habia intervenido á favor de su verdugo.

El pueblo ignoraba que Pedro de Arbués llevaba una coraza debajo de su traje (1).

---

(1) Pedro de Arbués es un personaje histórico del cual hablare-

Esto no obstante los esbirros habian detenido á los mismos que Culebrina designaba como asesinos, y la querida de Manofina aprovechando la confusion que esto produjo, se mezcló con las demás mujeres que seguian el cortejo.

Nadie pensó en denunciarla, porque todo el mundo la creyó, tambien, agena á aquella tentativa de homicidio, en la *santa y sagrada* persona del gran inquisidor de Sevilla.

Fuera de esto, Manofina habia obrado con tanta rapidez que nadie creyó en el testimonio de lo que habian visto sus propios ojos y muchos se decian:

—El verdadero asesino, es, en efecto, el que esta mujer ha indicado.

Todo esto ocurrió en menos tiempo del que se necesita al describirlo.

El órden de la procesion casi no se interrumpió en lo mas mínimo.

Entonces un familiar se acercó al gran inquisidor.

Este familiar le participó que en medio de aquel tumulto y sin que nadie pudiese evitarlo, se habia robado al exgobernador de Sevilla.

Esto impresionó al gran inquisidor terriblemente.

Al saber esta noticia, Pedro de Arbués frunció su entrecejo.

---

mos largamente á su debido tiempo; sus crueldades sublevaron al pueblo y temiendo que este concluyera por asesinarle, «llevaba en efecto, una cota de mallas debajo de su traje y uno como casco de hierro debajo su bonete.»—*Historia de la Inquisicion.*

—Está bien, dijo con frialdad, nada puede interrumpir esta augusta ceremonia. Continuemos la marcha á fin de que el rey no se impaciente. Concluido el auto de fé haremos buscar y perseguir á los culpables.

La procesion continuó su marcha que se habia interrumpido un instante.

Durante este tiempo habia salido del palacio de la inquisicion un fraile dominico, el cual, en vez de seguir el cortejo, se dirigió hácia la calle donde vivia Juana. Llegado que hubo frente la puerta de su casa, la abrió con una llave y luego que hubo entrado en la misma, volvió á cerrar dicha puerta.

Este fraile era Dolores.

José habia cumplido su promesa.

# CAPÍTULO XVII.

## El auto de fé.

Mientras la procesion salia del palacio del Santo-Oficio, la plaza Mayor, donde el auto de fé iba á celebrarse se llenaba poco á poco de gente.

En una ala de la plaza, frente la casa ocupada por el rey, la cual pertenecia al duque de Medinaceli, se levantaba un catafalco de unos cincuenta piés de longitnd por quince ó veinte de altura.

A la derecha de este gran tablado y en toda su longitud, veíase un anfiteatro destinado á los consejeros de la Suprema y á otros tribunales de España.

Encima de esta gradería, veíase el sillon que debia ocupar el gran inquisidor.

Este sillon ocupaba una altura mucho mayor que la del balcon en que el rey iba á presenciar la ceremonia.

El inquisidor representaba al papa cuyo poder era, entonces, mucho mayor que el de los reyes.

A la izquierda y en frente del primero, elevábase otro anfiteatro destinado á los condenados.

En el centro y frente á frente del balcon del rey, veíanse dos especies de jaulas donde se encerraba al condenado mientras se le leia la sentencia.

Frente estas jaulas habia dos púlpitos.

Al pié del primer anfiteatro elevábase un altar.

Cerca de este altar veíase una cruz, velada con un crespo negro (1).

La plaza estaba adornada con balcones donde se veia á los embajadores y á los grandes de España.

En el centro de aquella, veíanse muchos frailes que oraban con gran fervor, mientras que otros celebraban misas relevándose mútuamente, de forma que el altar nunca se hallaba vacío.

Estos frailes permanecian allí desde el dia anterior

---

(1) El dia antes de celebrarse un auto de fé, una procesion de carboneros dominicos y familiares salia de la inquisicion y se dirijía hácia la plaza en que al siguiente dia se debia celebrar la ceremonia; llegada á este punto se acercaba á un altar donde los frailes decian misas para las almas de las condenados y plantaban, á su izquierda, una cruz verde cubierta por un crespon negro. Esta cruz era un signo que indicaba al pueblo el duelo que llevaba la Iglesia por la pérdida de los herejes que iban á morir en la hoguera. Plantada esta cruz la procesion dejaba la plaza escepto los frailes que se quedaban en ella para cantar salmodias y celebrar misas.

ayunando y orando por el alma de las infelices víctimas.

Al considerar que entre aquellos frailes habia tanto fanatismo y una religion tan pervertida, no sabemos como calificar aquel acto.

En medio de la plaza y sobre un ancho catafalco de piedra, podian contarse cinco montones de leña resinosa de materias oleosas y de paja, á fin de que la combustion fuese mas rápida.

Cada condenado tenia el suyo: era el ardiente lecho en que debia concluir su existencia.

En los cuatro ángulos de este horrible catafalco, levantábanse cuatro grandes estátuas de yeso puestas allí como centinelas inmóviles.

En torno de esas cuatro estátuas habia tambien sus montoncitos de leña.

Aquellos preparativos eran verdaderamente horribles.

El emperador Cárlos V ocupaba ya el balcon.

El traje del rey, aunque elegante, era cencillo y severo. Vestia como los demás caballeros de la córte. Esto no obstante se le reconocia por el color de su barba que por ser estremadamente rubio, constituia su principal distintivo y que en esto le hacia semejar á Boabdil, último rey de Granada, el cual derramó tantas lágrimas cuando, al abandonar su reino, se detuvo para lanzar una postrer mirada á su ciudad querida (1).

---

(1) El autor alude aquí á Boabdil el Chico último rey de Granada en el momento en que deteniéndose sobre una colina miraba á

El balcon real se veia tambien ocupado por damas riquísimamente vestidas.

El sitio destinado al pueblo se llenaba con gran rapidez.

Despues del robo del gobernador la muchedumbre que no sentia ya ningun deseo por ver la procesion, se habia dirigido hácia el lugar donde podria satisfacer su gusto depravado y comun á todos los pueblos que solo llegará á borrarse desenvolviendo en esos hombres un tanto salvajes, los sentimientos morales en perjuicio de los instintos físicos.

En el momento en que la procesion llegaba sobre la plaza Mayor, Cárlos V, no obstante su respeto al Santo-Oficio, comenzaba á impacientarse y á fruncir su entrecejo.

La increible actividad de su espíritu no se ajustaba á ninguna clase de retardo.

Por fin el monarca empezó á respirar.

La ceremonia comenzaba.

---

esta ciudad derramando lágrimas lo cual dió motivo á que su madre la dirigiese estas palabras:

—«Llora como una mujer, ya que no supíste defender la ciudad como un hombre!»

El lugar en que lloró Boabdil se llama aun hoy dia *El último suspiro del moro* y se ha hecho célebre en España. La ciudad de Granada fué tambien muy querida por parte de Cárlos V el cual empezó á edificar el magnífico palacio que se vé cerca la Alhambra.

Los carboneros se colocaron á la izquierda del balcon real.

Los consejeros del Estado, ocuparon segun el órden gerárquico, la gradería que se las habia destinado.

Entretanto los condenados dieron la vuelta al patíbulo, cruzando frente al balcon real y sentándose en el anfiteatro de la izquierda, asistiéndoles siempre muchos frailes que les exortaban al arrepentimiento.

El duque de Medinaceli ocupó, segun derecho, un balcon de preferencia.

Su yerno el duque de Mondejar, miembro del consejo de Castilla, tomó asiento entre los consejeros.

La hija del conde, que se llamaba Isabel, ocupaba un sitio entre las damas que rodeaban al monarca; la actitud de esta jóven indicaba que su alma estaba devorada por el dolor mas profundo.

Por fin el gran inquisidor, subió la elevada gradería que conducia á su trono y se sentó con triunfante humildad en el ancho sillon con adornos de oro que se le habia preparado, y en el que dominaba á los grandes dignatarios del reino y hasta al monarca mismo.

De pronto reinó en la muchedumbre el mas profundo silencio.

Un fraile dominico revestido con sus sacerdotales hábitos empezó el sacrificio de la misa.

Aquello ofrecia un singular espectáculo.

Los frailes de todas las órdenes, los soldados de aquel numeroso ejército que absorbia la cuarta parte de la pobla-

cion de España, oraban humildemente arrodillados y la muchedumbre, sugeta á la influencia de una indefinible mezcla de terror supersticioso y de devocion fanática, encorvaba su cabeza dándose fuertes golpes en el pecho. Habia tanto peligro en no mostrarse devoto que no habia un hombre que no hiciese alarde de su devocion y santo celo.

Cuando el sacerdote, que celebraba la misa, llegó al Evangelio, todo el mundo se levantó.

Un fraile dominico subió en uno de los púlpitos situados á ambos lados de las jaulas de madera que se habian levantado en medio de la plaza, mientras que el relator del Santo-Oficio, que era el que leia sus sentencias, ocupaba el otro púlpito.

Entonces el gran inquisidor dejó tambien su sitial, llegó al pié del anfiteatro donde José, su limosnero, colocó una mitra de oro en su cabeza y una rica capa en sus hombros, y se dirigió hácia el balcon del rey seguido por algunos frailes que llevaban una cruz en el libro de los Evangelios y otro libro que contenia la fórmula del juramento que debia prestar el monarca.

Pedro de Arbués franqueó las primeras gradas del anfiteatro hasta llegar á la cuarta, de forma que se halló en un sitio mas alto que el que ocupaba el monarca.

Llegado á este punto se detuvo, y con voz potente y sonora dijo al emperador Cárlos V.

—Señor, jura Vuestra Magestad proteger la fé católica, estirpar la heregía y apoyar con su real poder los procedimientos del Santo-Oficio?

El emperador descubrió su frente, aquella misma frente ante la cual todo el mundo se humillaba y dijo con voz firme y sonora:

—Sí, juro!

Entonces el gran inquisidor, volviéndose hácia la muchedumbre é interpelándola colectivamente, gritó de forma que se oyese en todos los ángulos de la plaza:

—Y vosotros, hijos de la Iglesia Romana, que estais aquí presentes, jurais que defendereis, segun vuestra capacidad y poder la fé católica, apostólica y romana, que perseguireis y denunciareis á los herejes y que prestareis vuestro ausilio á todos los actos del Santo-Oficio?

—Sí, juramos! sí, juramos! contestaron á un tiempo millares de voces.

Casi todo el pueblo de Sevilla se hallaba reunido en la plaza ó en sus alrededores.

El inquisidor hizo un gesto imponiendo silencio, y se dirigió con lentitud, hácia su trono.

Entonces el dominico que habia de dirigir su palabra al pueblo comenzó así su sermon:

«*Hermanos mios*:

«*Inquisitio superior regibus*, la Inquisicion es superior á los reyes, pues sabido es que el poder del cielo es superior al de la tierra; la Inquisicion es la puerta del paraiso. De ella brota una agua purísima, con la cual debemos refrescar nuestros corazones, muchos de los cuales son como tierra, que esperimentan sequía, y con la cual el Espíritu

Santo nos enviará la gracia. Y en efecto, hermanos mios: la santa Inquisicion se encuentra por encima de los reyes, *superior regibus*, pues su orígen se remonta á la creacion del mundo y la época en que la torre de Babel se levantaba.»

Al oir estas frases el emperador frunció su entrecejo é hizo un grande esfuerzo para reprimir la indignacion que tan chabacano sermon le ocasionaba.

Verdad es que no se atrevia á enagenarse las simpatías del Santo-Oficio.

Por aquel entonces contaba ya muchos enemigos entre los partidarios de la Reforma y por consiguiente no queria crearse nuevos enemigos entre los mismos católicos. No se hallaba ya en el tiempo en que contestaba á las violencias del papa, con otras violencias mayores.

Bajo tal concepto, dejó que el sermonista continuara en su singular apología del Santo-Oficio, la cual duró unos veinte minutos y concluida esta y la misa, empezáronse á leer las sentencias.

Las primeras víctimas que se encerraron en las jaulas de madera situadas entre los dos púlpitos, eran Francisca de Lerma, antigua abadesa de las Carmelitas y el desgraciado Herrezuelo que ya vimos figurar en la misma sesion inquisitorial en que vimos á Francisca.

Herrezuelo, fuerte y valiente hasta en los lindes del sepulcro, rechazó constantemente las exhortaciones del confesor que se le habia dado, y como al llegar á la jaula donde debia oir la sentencia, éste insistiera en la idea de

salvar su alma, Herrezuelo le rechazó dulcemente y diciéndole con amargura:

—Ya que os abandono el cuerpo, dejad tranquila mi alma.

Luego oyó sin palidecer su sentencia, y volvió tranquilamente á su puesto.

No sucedió lo mismo con Francisca; esta pobre jóven al encontrarse frente á frente del suplicio sintió como le abandonaba su aliento y como era ignorante é incapaz de discernir lo falso y lo verdadero en una religion cualquiera, despertáronse en ella, las primeras impresiones de su juventud y su naturaleza débil y extraordinariamente sensual, cedió ante el horrible suplicio que la estaba aguardando.

Así es que cuando ya se hallaba en la jaula de madera y en el mismo instante en que el relator pronunciaba las frases de *quemada viva*, la abadesa hubo de esclamar con desgarrador acento:

—Nó, nó; viva nó: quiero morir como buena cristiana; me arrepiento! me arrepiento!

—Loado sea Dios, esclamó el gran inquisidor, juntando con beatitud sus manos; hé ahí una alma que se ha salvado.

Las entrañas de este hombre no se conmovieron ante la agonía de esa desgraciada mujer que él mismo habia perdido.

A los dos primeros, les sucedieron otros dos condenados.

Uno de éstos era un hermoso y noble jóven de Verona.

Hijo de una de las primeras familias de Italia, habia prestado grandes y eminentes servicios al emperador Cárlos V, y se habia distinguido no solo por su riqueza, sino por su instruccion y su ódio al Santo-Oficio.

Llamábase don Cárlos de Sesa.

Al cruzar frente al balcon real, lanzó al emperador una midada en que se mezclaba la compasion con el reproche.

Esta mirada equivalia á decir:

—Hé ahí un hombre al cual se llama *grande*!...

Cuando permanecia arrodillado en la jaula, rogó que trajesen pluma y papel con el cual pudiera estender su confesion.

Se accedió á su deseo, y un jefe de los sayones le trajo lo que pedia.

Despues de haberla escrito don Cárlos, la leyó en alta voz: pero con gran sorpresa de los inquisidores, vióse que esta confesion se hallaba calcada sobre la tan celebrada de Ausburgo (1).

—Basta! basta! gritó el inquisidor para que el valiente reformista se callara; pero don Cárlos añadió con voz vibrante.

—Declaro que quiero morir en la religion de Lutero, que es la verdadera fé del Evangelio, y nó en la religion

(1) La confesion de Ausburgo es una profesion de fé que los protestantes de Alemania hicieron en la dieta que se reunió en aquella ciudad en 15 de junio de 1530. Esta confesion fué redactada por Melanchton contemporáneo y discípulo de Martin Lutero.

romana, doctrina corrompida que el clero católico está acomodando á sus vicios.

—Amordazad á este hombre! gritó Pedro de Arbués; escandaliza á la Iglesia de Jesucristo.

Obedecióse esta órden, y Cárlos de Sesa, oyó sin palidecer su sentencia.

Durante este tiempo y metido en su correspondiente jaula, Francisco Domingo de Bojas, aquel viejo dominico que habia revelado tanto valor en la audiencia en el cual ya le oimos, Domingo de Bojas, guardaba un profundo y obstinado silencio y se resistia á contestar al fraile que le exhortaba.

Cuando llegó el instante en que se debia leer su sentencia, escuchó esta última sin pronunciar una frase y sin que manifestase el mas pequeño horror á la muerte; pero al descender del patíbulo se volvió hácia el rey gritándole:

—Muero para defender la verdadera fé del Evangelio que es la misma de Lutero!

Mientras que don Cárlos de Sesa, y Domingo de Bojas, se dirigian al quemadero, los atormentadores, armados con grandes clavos y de un martillo, se acercaron á unas cruces de madera que habia sobre el catafalco.

En aquel instante se llevaron á estas cruces diez herejes judaizantes que se hallaban condenados á las llamas.

Estos desgraciados colocaron una mano sobre las cruces, y esta mano fué desapiadadamente clavada en espia-

cion, segun decian los inquisidores, de haberse crucificado á Jesucristo (1).

Cuando el clavo penetró en las carnes, aquellos desgraciados lanzaron un horrible grito; mas no por esto se conmovieron los sayones; continuaron dando en el clavo guardando la mayor sangre fria.

Enseguida estas pobres víctimas, oyeron su sentencia, y no se les arrancó de la cruz sino para llevarles á la hoguera.

Vinieron despues un sacerdote y su criado, y luego dos religiosas (2) condenadas á la estrangulacion y á las llamas hasta que, por fin, llegó el turno á los que se hallaban condenados á galeras, á la cárcel perpétua, ó bien á simples azotes.

---

(1) En el auto de fé que se celebró en Valladolid en 1636, los inquisidores ofrecieron al rey Felipe IV que asistia á él, con toda su familia, un nuevo género de suplicio que no se habia conocido hasta entonces. Este suplicio al cual los verdugos sometieron á diez pobres israelitas, consistia en clavarles una mano sobre una gran cruz de San Andrés, y esa mantenérsela en tal estado mientras se leia su sentencia.

(2) La Inquisicion no solo castigaba á los seglares sino á cualquier eclesiástico que no secundara sus inícuos actos ó se resistiese á propagar las inquisitoriales doctrinas que llevaban por objeto el embrutecimiento del hombre y el despojo de los pueblos. Cualquier eclesiástico que no secundara sus miras, era víctima de sus persecuciones mas horribles. La Inquisicion ha mandado á la hoguera centenares de sacerdotes y monjas. Para convencerse de esta verdad no hay mas que leer lo que acerca del Santo-Oficio se ha escrito.

En este estado aquellos infelices escucharon su sentencia.

Entre éstos habia Guillermo Franco, este desdichado esposo condenado á cárcel perpétua por no sufrir en su morada á un sacerdote que habia seducido á una mujer con la cual se hallaba unido en matrimonio.

Mientras que se leia la sentencia de éstos últimos, los condenados á la hoguera habian vuelto á su puesto.

La multitud redobló su atencion guardando el mayor silencio.

El rey Cárlos V, permanecia sombrío y pensativo: no parecia sino que aquel espíritu profundo, aquel génio audáz que quizá solo tuvo el gran defecto de someter los hombres, y las cosas á su particular interés; no parecia sino que aquel hombre se hallaba preocupado por grandes y estraordinarias ideas. El esceso de su despotismo y ambicion le hacian continuamente esclavo.

Poseyendo un recto y grande talento, Cárlos V se humilló casi siempre, á las exigencias de Roma, porque creyó que el concurso de esta era indispensable al mantenimiento de su poder. Error grave de los reyes que muchas veces ha ocasionado su desgracia!

El horrible espectáculo de un gran auto de fé al cual por primera vez asistia Cárlos V, le hacia comprender, en aquel instante, gran parte de los abusos del Santo-Oficio y acerca los que se habia engañado con frecuencia (1).

---

(1) Adriano Florencio, del cual anteriormente hablamos y despues de él, Alfonso Manrique, abusaron de Cárlos V en este punto. Lo mismo ha sucedido con otros muchos reyes. De otro modo no

Quizá en aquel instante germinaba en su alma el proyecto que realizó un año despues, y que consistió en quitar al Santo-Oficio la jurisdiccion real, y en desterrar á Alfonso Manrique, inquisidor general de Castilla (1).

Algunos pretenden que en los últimos años de su vida, el rey se inclinó hácia la reforma protestante que habia con tanta energía combatido, y que despues de su muerte se encontró, en la celda de un monasterio de Yuste, una infinidad de inscripciones donde se observaba una pronunciada tendencia á la religion de Lutero.

Por fin, el relator concluyó de leer las sentencias.

El sacerdote continuó la misa.

Cuando hubo terminado, Pedro de Arbués, se levantó, y dió la absolucion á los que se habian arrepentido (2). Durante este tiempo, los que se hallaban condenados á un li-

---

sabríamos como calificar á unos soberanos que dejaban diezmar la España, la Italia, el Portugal, la India y todas las Américas, y que léjos de oponerse á ello, ayudaban, con todo su poder, al Santo-Oficio. Neron, al lado de estos reyes que se llamaban católicos, hubiera sido un digno y generoso monarca.

(1) Alfonso Manrique, fué desterrado en 1535, por Cárlos V que no quiso perdonar al gran inquisidor el encarcelamiento de Virues, su predicador favorito.

(2) En los autos de fé, el inquisidor general de la provincia en que el auto de fé se realizaba, daba la absolucion á todos los condenados que, habiendo *confesado*, volvian al seno de la Iglesia; pero esta absolucion, no traia el perdon consigo; levantaba únicamente la escomunion á que estaba sujeto el hereje y *abria las puertas del cielo* á los que *morian como buenos católicos*, que eran los mismos que se estrangulaba antes de echarles á las llamas.

gero castigo, volvian á la cárcel escoltados por cuadrilleros. Estos no debian cumplir su sentencia, sino al dia siguiente ó algunos dias despues.

Entre tanto, las desgraciadas víctimas condenadas á las llamas se habian reunido al pié del cadalso. Pedro de Arbués, siempre orgulloso y altanero, se daba mas importancia que el rey mismo.

En aquel instante, su vanidad y su crueldad, se sentian doblemente alhagadas.

A pesar de esto, el robo del gobernador de Sevilla, le preocupaba estraordinariamente.

En el mismo instante, en que iba á realizarse su venganza, la víctima se escapaba.

El feroz dominico, soñaba ya en nuevos tormentos, para aplicar á la doncella que le habia rechazado.

Toda su cólera se habia cifrado en Dolores.

El insensato ignoraba, que en aquel momento acababa de escapársele su víctima.

José, examinaba con su mirada aquel rostro en el que hacia ya tanto tiempo leia.

El jóven siempre desdeñoso y sombrío, ocultaba, bajo cierta impasibilidad, los latidos de su corazon; pero el que hubiese examinado atentamente su noble rostro hubiese visto por sus ojos, que la fiebre le devoraba interiormente.

Actor de un grande y terrible drama, marchaba con precipitado paso hácia el desenlace, y al acercarse este momento supremo, su rostro, que era de sí tan bello, se impregnaba de algo trágico, de fatal y de inspirado.

Los ojos del mancebo, seguian con increible atencion los varios incidentes del auto.

En el momento en que los sentenciados, subian al quemadero, sintió como un sollozo convulsivo agitaba su pecho, y como sus ojos, se velaban con una especie de nube. El jóven, entonces, se arrodilló para ocultar con sus manos, una involuntaria lágrima.

Entre tanto el rey, habia dejado el balcon.

Al entrar en sus habitaciones, la hija del duque de Mondejar, se lanzó á sus rodillas, y desecha en lágrimas, dirigió hácia él sus manos suplicantes.

—Qué quieres, hija mia? preguntóla el rey sorprendido.

—Gracia, señor, gracia por mi futuro esposo que se halla en la cárcel del Santo-Oficio!

—Hija mia, esclamó el rey, que hubo de enternecerse; mi influencia para con el Santo-Oficio, es muy escasa; creo que el mejor intercesor que pudieras elegir en este asunto, es tu abuelo el duque de Medinaceli, que tienes aquí mismo.

—Señor, contestó este último; el que debia ser mi yerno, ha deshonrado su título de caballero, de noble y de cristiano; el Santo-Oficio, ha intentado castigarle, y don Cárlos el que debia ser mi yerno, se ha hecho justicia á sí propio dándose la muerte. Se ha escapado á la infamia del suplicio rompiéndose la cabeza contra las paredes de la cárcel (1).

---

(1) Ya dijimos que una beata, se habia tambien suicidado en

Al oir esta contestacion Cárlos V no pudo reprimir un grito de horror, y compasion á un mismo tiempo; la desgraciada jóven cayó al suelo desmayada.

Medinaceli hizo una seña, y dos hombres se llevaron á la desgraciada Isabel.

El rey se alejó en silencio, terriblemente afectado.

Las ejecuciones iban á empezar.

Todos los ojos se habian vuelto hácia el quemadero.

Aquel espectáculo, despertaba en el corazon, las mas horribles impresiones.

Cada uno de los sentenciados, se habia arrodillado cerca la hoguera que debia devorarle.

Los frailes, con un crucifijo en las manos, rogaban, y exortaban á las víctimas, para que hiciesen una confesion, á la cual se resistian.

Los diez herejes judaizantes, fueron los primeros, en subir sobre el monton de leña.

---

los calabozos del Santo-Oficio, cortándose la garganta con unas tijeras. Este suicidio no fué el único que ocurrió en las cárceles del Santo-Oficio. Muchos desgraciados, para escapar á la infamia del Sambenito, ó al horror de la tortura, se estrellaron el cráneo en las paredes de la cárcel, y otros, en fin, procuraban asfixiarse.

En 1819, encontrábanse seis acusados en uno de los calabozos de la inquisicion de Valencia.

Un guardian, con objeto de *probar*, á uno de ellos, ó mejor dicho, para alcanzar una *revelacion* del mismo, le dijo que si no descubria á sus cómplices, se les someteria al tormento. El acusado no confesó nada; al dia siguiente los seis prisioneros, que eran seis fracmasones, se hallaban muertos en la cárcel. Aquellos seis desgraciados se habian estrangulado á sí propios.

Cuatro de estos últimos, fueron encerrados en estátuas (1); lo seis restantes se dejaron atar con la mayor sangre fria; la tenacidad que tanto distingue á la raza judía y su entusiasmo por la religion de sus padres, les inspiraba aquel heroismo con el cual se elevaban, á la categoría de mártires.

De pronto, en torno de aquellas diez víctimas, se elevó una negra y espesa humareda.

Los verdugos, provistos de una antorcha, acababan de encender aquellos dos montones de leña.

Al ver aquellas llamas, las dos jóvenes religiosas que debian morir como luteranas, se volvieron llenas de angustia hácia su confesor y dijeron con voz triste:

—Confesadnos, padre mio, confesadnos; deseamos convertirnos.

El fraile se arrodilló cerca de ellas para oir una confesion que arrancaba la violencia y el miedo; en seguida pronunció algunas frases de paz sobre la cabeza de aque-

---

(1) Hé ahí que dice Llorente: «Los muchos condenados que perecian en la hoguera fué causa de que se mandase construir un catafalco de piedra en la que se levantaron cuatro grandes estátuas de yeso; estas estátuas se hallaban vacías en el interior y permitian que se encerrase en ellas á los cristianos relapsos, los cuales perecian lentamente, víctimas de una combustion la mas horrible. Este patíbulo llamado *Quemadero* existia no hace aun mucho tiempo. ¿Que es lo que se puede esperar de un tribunal semejante?—*Historia de la inquisicion.*—El Quemadero de Sevilla fué construido en el siglo XV y en 1823 se veian aun sus restos.»

llas dos víctimas, de las que, la menos jóven, contaba únicamente veinte años.

Los atormentadores las condujeron luego hácia el punto donde Francisca de Lerma se hallaba, la cual, tambien, debia morir estrangulada.

El rostro de la abadesa habia revestido un color violáceo; su cútis, que se habia distinguido por su blancura y su pureza, se veia afeado por grandes manchas azules y sus bellos y hermosos ojos habian perdido el metálico brillo que les hacia semejar á dos magníficos zafiros.

Las dos otras víctimas que debian morir cerca de ella estaban ya pálidas y heladas y un temblor convulsivo recorria todos sus miembros; la agonía habia empezado y quedaba muy poco que hacer al verdugo.

Entonces dos atormentadores se acercaron á las mismas, las sentaron sobre el banquillo en que se iba á darlas garrote, metieron su blanca y hermosa garganta en el terrible lazo y el verdugo dió una vuelta al tornillo.

Las sentenciadas se agitaron de una manera convulsa; sus ojos se pusieron vidriosos, su rostro se llenó de púrpura, hasta que, por fin, se volvió lívido.

Las desgraciadas acababan de entregar su alma á Dios.

La agonía de Francisca fué mas larga.

En el momento en que el verdugo rodeaba su garganta con el dogal de cuero, la abadesa, encontrando una repentina energía, estendió sus brazos hácia el anfiteatro y brillando sus ojos con una energía salvaje gritó, mirando al gran inquisidor:

—¡Sacerdote indigno! yo te maldi.....

La última sílaba de esta frase se perdió en el último suspiro de Francisca.

El verdugo habia dado tan rápida vuelta al tornillo que la abadesa murió instantáneamente.

No léjos del monton de leña que consumia los restos de las tres monjas, D. Cárlos de Sesa y el valiente Herrezuelo, oian, con el mayor desden y sangre fria, las exhortaciones de los frailes.

D. Cárlos, que permanecia atado al fatal poste, no tenia ya la mordaza.

El sacerdote se arrodilló entonces en el monton de leña, y enseñándole el crucifijo le dijo muchas veces:

—Confesad, hijo mio, y vuestra alma irá al cielo.

—Dejadme en paz, contestó D. Cárlos.

Y volviéndose hácia los sayones, les gritó con voz fuerte.

—¡Pegad fuego á la leña! ¡pegad fuego á la leña! (1).

---

(1) Segun dice Llorente, D. Cárlos de Sesa era hijo de una de las primeras familias de Verona y se habia distinguido por su grande habilidad, su gran sabiduría y por los servicios que habia prestado á Cárlos V. Se le arrestó en Logroño y fué conducido á las cárceles secretas de la inquisicion de Valladolid, donde, un año despues, se le condenó á muerte.

Sabiendo que iba á morir pidió papel y tintero y escribió su profesion de fé que era completamente luterana.

Dijo que la doctrina de Lutero y nó la que el catolicismo enseñaba, era la verdadera fé del Evangelio.

Los frailes durante toda la noche que procedió á su muerte hi-

Los verdugos obedecieron, y D. Cárlos desapareció en un torrente de humo.

No léjos de él se estrangulaba á D. Domingo de Borjas, y á otros dos sacerdotes, que en el instante en que iban á ser quemados vivos, les habia faltado el valor y acababan de confesarse.

Viendo la debilidad de Domingo, que cual él habia abrazado la doctrina de Lutero, D. Cárlos, envuelto ya en las llamas, hizo un gesto de desprecio como si quisiese decirle:

Eres débil; es necesario tener el valor de las convicciones.

En aquel instante, un criado que servia á uno de los sacerdotes condenados, y que permanecia atado á un poste se lanzó, rotas ya las cuerdas por la hoguera, fuera de esta última con la idea de salvarse, pero viendo á su señor ya estrangulado, y á D. Cárlos que se dejaba quemar tranquilamente, volvió otra vez á su hoguera gritando con voz fuerte á los sayones:

---

cieron toda clase de esfuerzos para que hiciese una profesion de fé católica; pero viendo que eran inútiles se le puso una mordaza que le dejaron cuando se dirigió al patíbulo á fin de que no predicára su doctrina.

Al llegar al patí bulo se le quitó la mordaza y los frailes volvieron á exhortarle para que confesase; pero léjos de ceder á sus instancias pidió á grandes voces que se encendiese el monton de leña que habia de consumirle.

D. Cárlos fué quemado en Valladolid en Octubre de 1559 bajo el reinado de Felipe II.

—¡Echad mas leña! ¡echad mas leña! ¡quiero morir como Don Cárlos de Sesa!

Herrezuelo, subió en aquel instante sobre el monton de leña.

En vano el fraile, trató de convertirle; Herrezuelo valiente y lleno de serenidad glacial solo contestó con el sarcasmo; las llamas empezaron á envolverle, y esto no obstante parecia insensible, y su rostro no indicaba ninguno de sus atroces sufrimientos.

Uno de sus arqueros que rodeaban la hoguera, irritado á tanto valor, hundió su lanza en el cuerpo del licenciado. Entonces la sangre comenzó á brotar de la ancha y profunda herida y el noble Herrezuelo, murió con una tranquilidad heróica (1).

---

(1) El licenciado D. Antonio Herrezuelo, abogado, fué condenado por Luterano y murió en la hoguera sin muestras de arrepentimiento.

Mientras se le llevaba al suplicio, el doctor Cazalla, otro de los condenados le dirigió algunas exhortaciones que reiteró en vano al llegar cerca el patíbulo.

Antonio se burló de las observaciones del doctor hasta en el mismo instante en que comenzaba á arder la hoguera y ntoncese uno de los arqueros de la inquisicion, furioso al presenciar tanto valor, hundió su lanza en el cuerpo de Herrezuelo y la sangre empezó á correr hasta quesu cuerpo fué envuelto por las llamas.—*Historia de la inquisicion.*

D. Antonio Herrezuelo murió sin exhalar una queja en el auto de fé que se celebró en 1559 en Valladolid ante la presencia del príncipe D. Cárlos y de la princesa Juana.

Un considerable número de grandes de España y muchas seño-

Algunos reconciliados, y condenados á llevar perpétuamente al sambenito de tela con la cruz de san Andrés, emprendian tristemente el camino de su casa; muertos civilmente, eran como vivientes cadáveres destinados á alimentar el terror que inspiraba el Santo-Oficio, y quedaban como elocuentes testigos de su abominable despotismo.

Anchas y rojizas llamas se dirigieron hácia el cielo envueltas en torrentes de un nauseabundo y espeso humo y el fétido olor de los cadáveres se mezclaba al de la resina

---

ras de elevada alcurnia ocupaban los primeros puestos con el brillo de su lujo.

En este auto de fé murieron el doctor Agustin Cazalla de Vivero, canónigo de Salamanca limosnero y predicador de Cárlos V, el cual pereció estrangulado antes de que se le echase á la hoguera; así mismo tuvo igual suerte Francisco Cazalla hermano del anterior, cura de la aldea de Hormigos, el cual fué quemado vivo; Doña Beatriz de Vivero y Cazalla hermana de estas dos últimas víctimas, la cual murió tambien en la hoguera; Alfonso Perez sacerdote de Palencia y doctor en teología el cual fué degradado y estrangulado antes de que se le quemase vivo, y en fin otras nueve personas entre las cuales habia muchas que se habian convertido y solo deseaban vivir como buenos católicos; pero la inquisicion tuvo á bien considerar que su arrepentimiento era efecto del miedo y no quiso perdonarlas.

Entre las víctimas condenadas á la hoguera hubo muchos que fueron *reconciliados* es decir condenados á perder su libertad y sus bienes.

Entre estos dos últimos figuraban dos miembros de la familia Cazalla: Juan Vivero Cazalla, condenado como hereje á llevar un sambenito perpétuo y Doña Constanza Vivero y Cazalla, condenada á igual pena. Esta última dejó catorce hijos huérfanos.

que exhalaba el pino, alimento principal de las hogueras.

Los sacerdotes y los frailes, arrodillados en la plaza, oraban en voz baja, dándose golpes en el pecho y el pueblo, arrodillado con ellos, permanecia encorvado bajo una impresion de terror y piedad á un mismo tiempo.

De cuando en cuando, de aquellas siniestras hecatombes, brotaban horribles y prolongados gritos y del seno de las estátuas donde permanecian encerrados los desgraciados judíos, salian desgarradores y sordos ahullidos, bien como si aquellos gritos de angustia saliesen de lo profundo del infierno y fuesen eco de aquel lúgubre concierto.

Entre el pueblo reinaba un silencio de muerte.

De vez en cuando, la voz de los frailes, dominando aquellos varios rumores dejaba oir un versículo del *De profundis* ó del *Miserere*, triste salmodia que se mezclaba como una espantosa parodia á los lamentos humanos, á los suspiros de las víctimas y al chisporrotear sombrió de las llamas.

Poco á poco estas se fueron estinguiendo: las quejas, los suspiros y los gritos se hicieron mas débiles, y el pueblo abandonó con lentitud aquella plaza.

Lo mismo hicieron las corporaciones y los nobles.

Todo habia concluido. La noche habia llegado.

El clero y los monges quedaban aun en la plaza.

Entonces, desde lo elevado de su trono, Pedro de Arbués pudo contemplar el quemadero que, en aquel instante se parecia á un gran brasero donde se veían algunas manchas negruzcas.

Los torbellinos de humo se cruzaban en el aire parecidos á sombrías nubes.

En medio de las hogueras, veíase alguna que otra astilla que se iba consumiendo, lanzando pálidas llamas que iluminaban aquella oscuridad profunda.

Pedro de Arbués contempló, lleno de infernal alegría, aquel circo de destruccion.

Rey de la muerte, ostentaba su imperio en aquella imágen de la nada.

Despues, levantando sus ojos al cielo, murmuró esas terribles frases del psalmista:

«Que Dios se levante y sus enemigos huirán dispersos.

»Y los que le ódian huirán con él.

»Les arrojarás como el humo es arrojado por el viento, como la cera se derrite en el fuego. Así perecerán ante Dios los que son malos.»

Y con el alma fria y tranquila, el inquisidor y el clero se alejaron del teatro de sus crímenes.

Hé aquí, pues, como terminó aquel dia memorable.

---

# CAPÍTULO XVIII.

---

**El último suspiro.**

Cuando los dos guapos hubieron cogido al gobernador, se alejaron rápidamente, eclipsáronse en el intrincado laberinto de las calles de Sevilla, que son las mas estrechas y tortuosas del mundo.

El pueblo habia protegido tanto su fuga, que antes de que pudieran ser cogidos por la Santa Hermandad, llegaban á la puerta de Juana.

Esta puerta se abrió como por encanto, y los guapos y el gobernador no dejaron trás sí huella alguna. Nadie habia podido seguirles, ni ver el punto donde se habian refugiado.

Estéban, Dolores y Juana, esperaban juntos el éxito de este acontecimiento. Juana habia visto llegar á los chulos llevando en brazos al gobernador, y se habia apresurado á

abrir la puerta. La buena anciana vigilaba por el ventanillo que daba sobre la calle, por ese mismo ventanillo que se cerraba con una piedra, y en la que le faltó muy poco para que Arbués la descubriese el dia en que se pregonó la celebracion del auto.

Los guapos dejaron con grandes precauciones al padre de Dolores sobre un ancho divan que se veia en la estancia.

Manuel de Argoso no daba ningun signo de vida.

Sus brazos y sus manos colgaban inertes á lo largo de su cuerpo casi helado: sus ojos se hallaban completamente cerrados; su semblante revestia la palidez de la muerte, y sus rotos miembros veíanse cubiertos de llagas y de cicatrices medio cerradas.

Su frente, donde algunos dias antes se veian algunos cabellos negros, se hallaba casi calva y los que le habian quedado en torno de las sienes, habian revestido ese color triste y enfermizo que tanto se diferencia de los cabellos que la vejez encanece, y que indica la atonía y una desorganizacion completa.

En cambio, sus uñas habian crecido estraordinariamente pero se habian reblandecido como las de un homal salir de un baño.

Al verle en aquel estado, su hija no pudo contener un grito.

La jóven se hallaba tan pálida y debilitada por los sufrimientos de la cárcel, que no tenia fuerzas para resistir este golpe; cayó de rodillas cerca el divan en que Argoso

permanecia tendido, y con sus secos y descoloridos lábios besó las manos ya lívidas de su padre, aquellas manos que tanto habia querido y reverenciado.

Pero el infeliz gobernador no pudo corresponder á esta manifestacion de filial cariño, y sus manos continuaron heladas é inmóviles entre las manos de Dolores.

—Oh! Estéban! Estéban! gritó la jóven, con un terror siempre creciente; ya lo veis, ni siquiera corresponde á mis caricias..... Su mano está fria..... Su corazon no late..... Decid, Estéban: está muerto ó vivo mi padre?

Estéban, profundamente impresionado ante el sufrimiento de Dolores y que se habia quedado petrificado al ver el descompuesto y lívido rostro de D. Manuel, Estéban se acercó tímidamente al gobernador y colocó la mano en su pecho.

Este aun latia; pero tan débilmente y con tan largos intérvalos que desde luego se adivinaba que aquellas eran sus últimas pulsaciones.

Dolores seguia todos los movimientos de Estéban con miradas llenas de angustia, veladas por las lágrimas.

El jóven no se atrevia á pronunciar una frase: temia aquella desesperacion inmensa, aquel santo dolor de una hija que despues de tanta resignacion y esfuerzos, estrechaba un cadáver en sus brazos.

—Y bien? preguntó la doncella temblando; qué he de esperar? Hablad, D. Estéban.... qué he de esperar?

—El corazon aun late, dijo el mancebo: será necesario que respire esencias?

—Tomad, esclamó Juana, sacando de su bolsillo un pomito de cristal de roca preciosamente adornado con un tapon de oro y donde se veia una agua perfumada que habian fabricado los árabes, y que era un producto de la alquimia de aquel tiempo, la cual, entre los orientales se encontraba mucho mas adelantada de lo que generalmente se cree.

Dolores cogió el pomo con viveza y lo hizo respirar á su padre.

Manuel de Argoso movió ligeramente su cabeza: sus ojos, hasta entonces cerrados, comenzaron á abrirse.

La jóven dió un grito de alegría, y cogiendo entre sus manos la adorada cabeza de su padre, la apoyó sobre los almohadones del divan para que estuviese mas cómoda.

—Vive! vive, Estéban! dijo.

Manuel de Argoso efectivamente habia entreabierto sus ojos; pero como los de los ciegos de nacimiento, miraban y no veian: una mortal sombra les velaba.

Esto no obstante, esta nube se desvaneció poco á poco.

Manuel de Argoso pareció que tenia conciencia de lo que en torno suyo ocurria: el oido era el único órgano que en él no se hallaba alterado: así es que fué el primero que se despertó en el moribundo.

Éste volvió su cabeza, procurando reunir sus fugitivas ideas, y darse cuenta del lugar donde se hallaba.

De pronto sus lábios murmuraron:

—La hoguera!....

Creia que se encontraba en el auto de fé.

Todo el mundo guardó silencio.

—Hija mia.... Estéban.... dijo el Gobernador en voz baja, en tanto que sus miradas se clavaban en los dos jóvenes que permanecian arrodillados, pero sin que llegase á conocerles.

—Padre mio! esclamó Dolores.

—Callad, callad, amiga mia, observó Estéban; ahora vuelve á la vida.

—Dadle esto, dijo Juana.

Y presentó á Dolores una copa de vino añejo cosechado en Alicante y en el que habia mezclado tintura de aloes.

Dolores humedeció con él los lábios de su padre y luego, no sin pena, le hizo tragar unas cuantas gotas del mismo.

Este benéfico licor devolvió alguna energía á su helada sangre.

El rostro del gobernador que se hallaba tan pálido, se coloreó de pronto con un rojo fugitivo, y sus ojos, que miraban vagos y errantes, se clavaron en Dolores con una inefable espresion de amor, de paz y de dulzura.

Acababa de reconocer á su hija.

—Donde estoy? murmuró.

—En casa de vuestros amigos, replicó Dolores: estais ya en salvo, padre mio, y no tardaremos en abandonar la España.

—Sí, sí, dejadla pronto... dijo Argoso con voz que á cada instante se hacia mas débil.

Adios, amaos siempre.

—La dejaremos con vos, padre mio, dijo á su vez Estéban arrodillándose ante el gobernador y al lado de su hija.

Al ver este grupo, D. Manuel sintió una alegría indescribible.

No obstante la debilidad en que se hallaban sus miembros rotos por el tormento y helados por la proximidad de la muerte, el anciano levantó sus brazos, cogió una mano de su hija, la colocó en otra de Estéban y murmuró con alegría:

—Yo os bendigo: no os separeis nunca..... huid, huid de España!...

—Con vos, padre mio, con vos! gritó Dolores llorando.

—Sí... os llevareis mis cenizas... ellos las arrojarian al viento... adios... amaos... siempre...

Estas frases que salieron de sus lábios entrecortadas por los suspiros, fueron las últimas que pronunció Argoso.

Este cerró sus ojos, inclinó la cabeza á su pecho, su cuerpo se puso rígido, y la helada mano de la muerte detuvo en sus lábios un nombre que pronunció á medias.

Era el de su hija.

Dolores no exhaló un grito; no derramó una lágrima; volvióse hácia Estéban con los ojos secos, los lábios pálidos y temblorosos, y juntando sus manos en actitud suplicante, y mirando aquel cadáver, dijo:

—Nos seguirá, no es cierto?

—Á todas partes, replicó Estéban.

Dolores besó la pálida frente de su padre, y luego cu-

brió su rostro con un pañuelo de batista que le dió Juana.

En aquel instante, llegó José.

Por la actitud de los personajes que ocupaban la estancia, el jóven comprendió enseguida lo que habia ocurrido, y sus dos manos hubieron de crisparse con un movimiento de desesperacion y de cólera.

Al ver el dominico los ojos de Dolores que habian permanecido secos y ardientes vertieron abundantes lágrimas. La jóven se echó en brazos del amigo fiel que la habia salvado, y despues, haciendo un gesto lleno de elocuencia y de dolor, le indicó al difunto que parecia dormir dulce y tranquilamente.

—Hice lo que pude! esclamó José profundamente conmovido.

—Lo sé, amigo mio, lo sé; espusisteis vuestra vida por salvarle: si el inquisidor lo hubiese descubierto....

—Mi vida, interrumpió con desden el jóven dominico, qué es mi vida? Á quién puede ser útil?

Estéban llevó al mancebo á otra estancia, para no turbar el religioso silencio de la muerte.

Dolores quedó arrodillada junto al cadáver de su padre.

—Amigo mio, dijo Vargas al dominico cuando se hallaron solos; el padre de Dolores, nos encargó antes de morir que dejásemos la España; con lo mucho que nos persiguen, esto será muy difícil.

—Yo os prestaré mi ausilio, observó José.

—Tambien nos encargó que lleváramos con nosotros sus cenizas....

—Corre así mismo á mi cuidado: partiréis de aquí tres dias: necesito este plazo á fin de prepararlo todo. Continuad ocultos; no salgais á la calle: vuestra existencia se halla comprometida. El tigre que por un capricho que no comprendo, ha perdonado al apóstol, no os perdonaria á vos, señor de Vargas.

—En efecto.

José clavó en el jóven una significativa mirada; no queria hablar mas de Juan de Ávila, para que la noticia de su arresto no llegase hasta Dolores.

—Hablais de Pedro de Arbués y debo suponer que á estas horas se encuentra en manos de la Garduña, dijo Estéban. Mandamiento no equivoca nunca sus golpes.

—La Garduña ejecutó muy mal nuestras órdenes, replicó José; no quiso prender al inquisidor pero intentó matarle; y como lleva una cota de mallas, de ahí que le hiriese en vano Manofina. Pedro de Arbués se encuentra libre, está furioso y su cólera se estiende á cuántos se le acercan. Qué es lo qué hará cuando sepa la fuga de Dolores? Sed, pues, muy prudentes y sobre todo no os impacienteis. Tres dias pasan muy pronto.

—A veces son muy largos, interrumpió Dolores que se habia acercado á los dos jóvenes para saber la determinacion que tomaban.

—Es cierto, replicó José; á veces son muy largos y sin embargo la paciencia es necesaria. Vos, Dolores, entre los males que os aflijen os queda á lo menos un consuelo: el que vivireis con un amigo, con un esposo que os eligió

vuestro padre. Creedme, amiga mia: el porvenir os sonrie y á vuestra alegría no os faltará la venganza, esta ausiliar de Dios que toma á veces la forma humana para cumplir la voluntad divina, y que se confunde á veces con la misma justicia. Dios, que es eternamente justiciero, no ha olvidado las iniquidades de Pedro de Arbués. Llegará un dia que le herirá sobre su trono de oro y entre las mundanales pompas con que rodea su crapulosa existencia.

—Me dais miedo, amigo mio, interrumpió Dolores; sois terrible y sombrio como la fatalidad misma.

—Nó: soy fuerte como la justicia, replicó el dominico..... pero añadió con amargo acento, mi alma se halla triste y desolada como si viviera en un desierto. Yo no me sentiré alegre sino cuando llegue el dia del castigo, cuando el Señor deje oir su voz tonante y diga al verdugo de Andalucía:

—Basta! Basta!... Abandona el teatro de tus crímenes; tus asesinatos y persecuciones ya me cansan!

Al espresarse en estos términos, José estaba hermoso como el ángel del Apocalípsis.

No faltó mucho para que Estéban y Dolores se prosternaran á sus plantas.

Pero por una de esas bruscas transiciones que le eran tan familiares, José endulzó su voz y llamando á Juana le dijo:

—Disponte á seguirnos: volveré de aquí á poco.

Y abandonó la estancia.

En aquella misma noche, entre once y doce, Estéban,

Dolores y Juana, llegaban á la puerta de la Garduña.

Dos guapos iban delante.

Otros dos les escoltaban; estos últimos llevaban sobre sus hombros un enorme cofre.

Este cofre era llevado con grandes precauciones y no sin cierto respeto.

Dos chivatos iban á la vanguardia para dar en caso necesario el grito de alarma.

De cuando en cuando Dolores se volvia para asegurarse de que el precioso cofre les seguia, y que nada detenia la marcha de los garduños.

Llegado que hubieron á la puerta del ruinoso palacio, los dos guapos que iban delante hicieron una seña, y las siete personas y el cofre, entraron misteriosamente en aquel antro.

# CAPÍTULO XIX.

---

### Revelaciones de José.

José, al dejar la casita de Juana, se dirigió con rápido y agitado paso hácia el alcázar de Sevilla, donde Cárlos V se habia retirado luego de haberse celebrado el auto.

El rey permanecia triste y sombrío, el repugnante espectáculo que habia presenciado en aquel dia, habia impresionado horriblemente su alma.

Á Cárlos V le parecia aun escuchar los gritos y blasfemias de aquellas víctimas del Santo-Oficio, y aun flamaban á sus ojos las rojas y ardientes llamas que habian devorado sus huesos.

Aquel espectáculo le dió á comprender que existia en España una autoridad mas poderosa y mas fuerte que la suya, que nada era bastante á resistirla.

Esta idea mortificaba el amor propio y la ambicion de

Cárlos V, y le hacia pensar en los medios con que debia cortar las alas del Santo-Oficio.

El motin que habia ocurrido en aquel mismo dia y durante el cual se habia intentado asesinar al inquisidor Arbués, era una evidente prueba de que la inquisicion era odiada por el pueblo.

Solo faltaba que una mano hábil dirigiera sus instintos y que concluyese por guiarle en la senda que debia conducirle á su regeneracion moral y política.

Pero como por otra parte, el rey no podia menos que comprender que la proteccion dada al pueblo redundaria al fin y al cabo en perjuicio suyo; como adivinaba que la ilustracion de las masas llevaba consigo la muerte del poder real, y como, en fin, él era el legítimo representante de una monarquía levantada sobre el derecho divino, orígen principal de todos los déspotas, de ahí que el rey no se atreviese á recurrir al pueblo como una palanca que, á no dudarlo, hubiese volcado al Santo-Oficio.

Cárlos V tenia conciencia de su debilidad y flaqueza; pero no se atrevia á apoyarse en el pueblo, tanto mas cuanto no hacia mucho tiempo que habia convertido la monarquía en tumba de sus libertades y sus derechos.

El rey, pues, no podia luchar con el Santo-Oficio sino recurriendo á sí propio: robustecer su autoridad, luchar con el clero y hasta si era necesario, con el mismo papa: estender sus conquistas, ensanchar sus dominios, apoyarse en la nobleza, dar importancia y esplendor al trono, convertir la España en la primera nacion del mundo y robustecer su

autoridad con las victoriosas armas de su ejército; hé ahí el único medio con el cual Cárlos V podia herir al Santo-Oficio, que, cual una serpiente venenosa, enroscábase á su mismo trono para morderle en su pecho.

Hé ahí las reflexiones que el emperador se hacia cuando de pronto apareció un ugier anunciándole que un fraile solicitaba de él una audiencia.

Cárlos V, á semejanza de todos los monarcas de génio que quieren apreciar por sí mismos las necesidades de sus súbditos, nunca se negaba á recibir el vasallo que demandaba su favor, su ausilio ó su justicia

Así es que no bien el ugier le hubo indicado que un fraile solicitaba una audiencia, cuando, no obstante la repugnancia que le inspiraba el clero desde la celebracion del auto, dió órden para que se introdujera al fraile en la sala del trono.

Pasado un instante Cárlos V se dirigió hácia este último y se halló frente á frente de José, nuestro jóven dominico.

—Alzad! dijo el emperador viendo que el fraile habia hincado un rodilla en el suelo y fijando una mirada de águila en su bello y pálido semblante que parecia el de un niño: alzad y decid lo que os ha traido á este alcázar.

—Señor, dijo sin inmutarse el mancebo: lo que á mí me trae no es mi propio interés sino el de una persona que vos, en otro tiempo, apreciásteis muchísimo y que hoy dia es una de las mas tristes y desgraciadas criaturas que en la tierra existen.

—Ignoro á quien aludís, padre mio: yo en Sevilla apenas conozco á nadie si se esceptúan algunos nobles que con su valor y sus armas han dado grande esplendor á mi trono.

—No se trata, Señor, de ningun hombre; se trata de una desgraciada é infeliz mujer, que hoy no ha perecido en las llamas, gracias á su talento y belleza.

El rey palideció.

Adivinaba ya, que el jóven dominico se referia á su antigua favorita.

Esto no obstante, conociendo á fondo las ventajas del disimulo, el rey hizo un esfuerzo para ocultar su emocion.

—Cómo se llama esta mujer? preguntó al jóven dominico.

—Esta mujer, Señor, se llama Doña Aldonza de Herrera.

Y al pronunciar estas frases, José dirigió una profunda y escrutadora mirada en el semblante del monarca.

Este continuó guardando su naturalidad y sangre fria.

—La conozco, dijo el emperador fingiendo la mayor indiferencia: es una dama que brilló mucho en mi córte, á la cual yo profesé ciertas simpatías, y que dejó Madrid para seguir una vida de aventuras.

—Os equivocais, Señor, dijo el fraile con un acento que no carecia de dignidad y firmeza: la señorita de Herrera abandonó la córte, no para seguir una vida de aventuras, sino para realizar un sueño, que habia forjado en su aca-

lorada fantasía, y que le ha costado el rigor y la persecucion del Santo-Oficio. Así, pues, continuó José con cierta intencion que el rey comprendió perfectamente, Doña Aldonza se encuentra hoy tan pura, como el dia en que por un lamentable estravío, abandonó la córte, y dejó la proteccion y cariño de cierto elevado personaje que V. M. conoce.

—Siento deciros, padre, observó el rey que habia comprendido la alusion del fraile, siento deciros, que yo participo de vuestra opinion, que, á ser cierta, atenuaria en gran manera la lijereza y escándalo con que ha obrado Doña Aldonza: me consta que al dejar la córte esta señora se dirigió al centro de Castilla en busca de un jóven, que militaba en mi ejército, y del cual se habia perdidamente enamorado.....

—Se refiere V. M. á Don Estéban de Vargas? preguntó José.

—Creo que, efectivamente, este es su nombre.

—Y V. M. no le conoce?

—Nó.

Cárlos V mentia: el rey no solo conocia á Don Estéban sino que, llevado por sus celos, habia medido con él su espada.

—Si V. M. no conoce á Don Estéban, replicó el jóven, ya no me sorprende que V. M. haya formado tal concepto de Doña Aldonza.

—Creeis tal vez que Vargas y Doña Aldonza no han estado en relaciones muy íntimas? preguntó Cárlos V recargando su acento en esta última frase.

—No solo no lo creo, dijo el mancebo con una seguridad que hubo de admirar al monarca, sino que puedo aseguraros y hasta probaros, que Vargas solo ha profesado una tierna y pura amistad á Doña Aldonza.

El rey ahogó un suspiro.

No obstante su natural desconfianza oia con gusto las frases del dominico.

—Decís esto, replicó sonriendo Cárlos V, fiado tal vez en las protestas que os habrá hecho la señorita de Herrera...?

—No por cierto: sin embargo de que el corazon de Aldonza es bastante noble y generoso para no recurrir al fingimiento y la mentira, yo, dejando á un lado sus propias confesiones, tengo pruebas suficientes para creer en su pureza.

—Podeis manifestarlas?

—Sí.

—Veamos.

—Bastaria á V. M. la confesion del mismo Vargas? preguntó el dominico mirando al rey con fijeza.

—Sí, pero esta confesion es imposible.

—Imposible! Por qué?

—Porque Vargas ha muerto.

—V. M. se engaña: Vargas está gozando de una salud envidiable y ahora mismo acabo de dejarle.

—Cómo! esclamó el rey sorprendido porque recordaba las noticias que le habia dado el gobernador Enriquez; segun me han dicho, Vargas murió en las cárceles del Santo-Oficio.....

—Esta es la opinion general; pero á semejanza de la que V. M. se ha formado respecto á la conducta de Aldonza, esta opinion es falsa.

—Es decir que Vargas se ha salvado?

—Sí.

—Quién le proporcionó la libertad?

—Yo.

El rey, al oir esta confesion por parte del mancebo, confesion en la cual arriesgaba su existencia, se quedó mudo y atónito.

Á no dudarlo el alma de aquel fraile no era un alma vulgar.

El rey miró con fijeza al dominico, bien como si tratase de penetrar sus intenciones y luego, recobrando su natural sangre fria, le dijo:

—Entonces me sorprende una cosa....

—Qué os sorprende, Señor?

—Que habiendo salvado á D. Estéban no hayais salvado tambien á Doña Aldonza.

—No lo estrañeis, monseñor.

—Por qué? Acaso os faltaron los medios?

—No por cierto, dijo con seguridad el dominico; yo la pude salvar quizá con mas seguridad que á Don Estéban.

—Entonces....

—No quiso fugarse de la cárcel.

—No os comprendo....

—No quiso fugarse porque antes que la vida, la jóven prefiere la muerte.

El rey palideció.

Esta palidez no se escapó á los ojos del jóven dominico.

Comprendió que el amor no se habia apagado, aun en el corazon del rey.

—No ha querido fugarse! murmuró el rey como si hablara consigo mismo. Y luego añadió en voz alta:

—Pero no se fugó Don Estéban?

—Ciertamente.

—Entonces, cómo no le siguió Doña Aldonza? quizá ya no le ama?

—Doña Aldonza, monseñor, replicó José, profesa á D. Estéban no aquel ardiente y entusiasta cariño que exaltaba en otro tiempo su mente, sino la triste y melancólica simpatía que produce el amor que no se ha visto satisfecho. Hoy dia el corazon de la jóven siente mucho mas remordimiento que amor, y esta en la causa principal que ha debido oponerse á su huida. Doña Aldonza ha comprendido la enormidad de su descarrío, y todo su afan consiste actualmente en borrar la mancha que afea su conducta. La jóven quiere, por decirlo así, rescatar su conciencia del pecado, y hé ahí porque llena de resignacion y nobleza sufre el martirio á que el Santo-Oficio la sujeta.

—Entonces, observó el rey con un acento en que vibraba cierto sarcasmo, no comprendo como hallándose ya tan resignada pide el ausilio ageno.

—Qué es en lo qué se funda V. M. para suponerla este deseo? interrogó el fraile.

—Acaso Doña Aldonza no os envia á mí para que manifesteis la situacion en que se encuentra?

—No por cierto, repuso con cierta sequedad el fraile; Doña Aldonza ni siquiera sabe que V. M. se encuentra en Sevilla.

—Entónces por qué me habeis pedido una audiencia? preguntó el rey un tanto contrariado.

—Para que salveis á la jóven.

—No decíais ahora mismo que no queria fugarse?

—No se trata ya de su libertad, monseñor; se trata de su existencia.

—Cómo! interrumpió el monarca sorprendido; acaso corre algun riesgo su vida?

—Lo corre muy grave.

—Se encuentra enferma?

—Está perfectamente sana.

—Entonces....

—Corre peligro su existencia porque no falta quien amenaza su honra. V. M., continuó el fraile, no conoce tal vez esa gente del Santo-Oficio, que, bajo un esterior hipócrita y religioso, oculta las mas enérgicas pasiones. Su capa de evangélica mansedumbre no sirve mas que para ocultar sus materiales impulsos y para engañar á los que tienen la dicha de no revolverse en su fango.

—Es decir, observó el rey, que la hermosura de Aldonza se ha convertido en una fatalidad para ella misma?

—Tanto, que ocasionará su muerte; pero en cambio con su muerte Doña Aldonza salvará su honra.

—Y quién es el infame que ni siquiera trata de respetar su desgracia?

—Un hombre que V. M. conoce perfectamente.

—Quizá Pedro de Arbués?

—El inquisidor se halla bastante ocupado en sus planes para seducir á la señorita de Argoso, y de consigiente, hoy por hoy, no ha pensado en conquistar á doña Aldonza.

—Pero en fin.... esplicaos.

—El hombre que ha tendido sus redes á la jóven, es Enriquez, el gobernador de Sevilla.

—El gobernador de Sevilla! repitió el monarca sorprendido; acaso es este hombre hipócrita, ese mensajero de Arbués que fué á Madrid con una carta en que se acusaba á Doña Aldonza de haber falsificado la órden en que se mandaba poner en libertad á la señorita de Argoso y á su padre?

—Cabal, monseñor.

—Y este hombre se enamoró de Aldonza?

—Perdidamente.

—Y ella se resiste? preguntó el rey con un interés que el fraile no esperaba.

—Hasta hoy la jóven ha fingido corresponder á sus amorosas protestas con objeto de que el Santo-Oficio no la sugetase á la tortura, y yo tuviese el tiempo necesario para salvar á D. Estéban y á la señorita de Argoso: pero ha llegado ya el instante en que la jóven quiere arrojar la máscara en que ocultaba sus intentos, y como Enriquez se

va mostrando exigente, es muy posible que de un instante á otro se verifique un rompimiento que, á no dudarlo, costará á la jóven su existencia.

—Es decir, preguntó Cárlos V, que segun vos, Doña Aldonza continuará resistiendo?

—No solo Doña Aldonza continuará resistiendo, sino que concluirá por matar al gobernador de Sevilla.

—Entonces está perdida! esclamó el rey palideciendo.

—Irremisiblemente perdida, Señor.

—Y no hay medio alguno para salvarla? preguntó el rey con un interés visible.

—Solo conozco uno.

—Hablad.

—El de que V. M. la vea y haciéndola comprender su situacion verdadera, la aconseje la fuga y la prometa su consideracion y aprecio.

—Pero entonces, observó el rey, Doña Aldonza tratará de encontrar á Vargas y seguirá alimentando la pasion que ha ocasionado su desgracia....

—No lo creais, Señor.

—Porqué?

—Porque Vargas antes de ocho dias se encontrará muy léjos de España.

—Y creeis que durante este tiempo Aldonza ha conservado su honra? preguntó con ansiedad el monarca.

—Si no hubiese conservado su honra, Señor, no pondria tanto empeño en defenderla. Ya lo veis, continuó José: antes que ceder á las instancias de Enriquez, la jóven pre-

fiere la muerte y esto dá una idea del temple de su alma. Doña Aldonza se arrepiente de su conducta anterior y no parece sino que trata de rescatar sus desvíos con una suerte que se proporciona ella misma. Por esto dije que V. M. es la única persona que aun puede salvarla.

—Pero antes de todo, observó el rey, que aun dudaba, yo quisiera convencerme de que, efectivamente, Doña Aldonza se resiste á las instancias de ese hombre infame y que, de consiguiente, aun es digna de mi consideracion y aprecio.

—Para esto hay un medio que yo he previsto anteriormente, dijo el fraile.

—Qué medio es este?

—El de oir las instancias que el mismo Enriquez le hace.

—Es esto posible?

—Solo falta que V. M. lo acepte.

—Para ello tendré que ir al Santo-Oficio...

—En efecto, Señor.

—Y si me conocen?

—Entraremos en él de noche: Fuera de esto el gobernador de Sevilla, que pone gran cuidado en ocultar sus proyectos, no visita á Doña Aldonza mas que en horas estraordinarias.

—Entonces acepto, replicó Cárlos V; supongo que no habrá necesidad de que la jóven nos vea.

—No por cierto, replicó el fraile; si así no fuera, caerian por tierra nuestros planes. Antes de pedir á V. M. es-

ta audiencia, continuó José, yo habia ya previsto los resultados de la misma. Comprendí que V. M. desearia tal vez asegurarse de la verdad de mis asertos y que intentaria ver á Doña Aldonza sin ser visto. Así es que, gracias á la influencia que ejerzo en el Santo-Oficio, yo tengo á mi disposicion un lugar desde el cual V. M. podrá verlo y oirlo todo sin que nadie le perciba.

—Se encuentra tal vez este lugar en su mismo calabozo?

—No por cierto; entraremos en una mazmorra vecina á la suya; hace ya tres dias que he dado mis órdenes para que no se encerrase en ella ningun preso. Se halla convenientemente agujereada y una vez en ella lo podremos ver y oir todo sin que nadie nos observe.

—Acepto este plan, dijo el rey; cuándo podremos ir al Santo-Oficio?

—Hoy mismo, Señor.

—Y os parece que Enriquez visitará á Doña Aldonza?

—Desde que está presa no ha transcurrido una noche sin que haya dejado de visitarla.

—Pues bien: á qué hora iremos? preguntó Cárlos V.

—A las doce.

—Entonces pasaos por el alcázar.

—Está bien, Señor.

Y besando las manos de Cárlos V que se hallaba profundamento agitado, el fraile dejó la estancia y abandonó el real alcázar.

# CAPITULO XX.

## El sueño de Aldonza.

Eran las doce de la noche.

La ciudad de Sevilla yacia envuelta en la soledad y el silencio interrumpido únicamente por el monótono andar de algun transeunte que con veloz y precipitado paso se retiraba á su casa.

Las calles, las plazas, los paseos, se hallaban tristes y desiertos y la negra cárcel del Santo-Oficio se levantaba fantástica y sombría entre las tinieblas de la noche.

De pronto un hombre envuelto en una capa asomó por un estremo de la calle donde se levantaba el inquisitorial palacio y se dirigió con quieto y recatado paso hácia la puerta de este último, donde dió tres golpes con tiento.

La puerta se abrió y luego que nuestro hombre hubo pronunciado algunas frases en voz baja, el esbirro que guardaba aquella le dejó libre el paso.

El embozado no tardó mucho en desaparecer bajo aquellas negras y oscuras bóvedas, y como si estuviese familiarizado en las mismas, dirigióse por una estrecha y húmeda escalera hácia el piso inferior del edificio.

En este piso era donde habia las mazmorras.

Casi en el mismo instante en que el embozado llamaba á la puerta del Santo-Oficio, otros dos hombres de los cuales uno parecia fraile y el otro seglar aparecian, tambien, en la misma calle donde se levantaba el Santo-Oficio y poco tiempo despues llamaban á su puerta.

Esta se abrió tambien y entonces el que parecia fraile dijo al sayon que la guardaba:

—Ya ha venido?

—Sí, monseñor, contestó el esbirro el cual no era otro que Andrés, el mismo que habia prestado su auxilio para que Don Estéban de Vargas huyera.

—Hace mucho? interrogó el que parecia fraile, el cual era el favorito de Arbués.

—Ahora mismo, dijo Andrés: quizá no haya llegado aun á las mazmorras.

—Está bien: hoy, Andrés, replicó el jóven con tristeza, hoy me prestas el último servicio que podré pedirte en mi vida; así, pues, toma esta bolsa: con ella y con el dinero que en otras ocasiones te he dado, podrás crearte una posicion digna é independiente y huir de esta nacion que agoniza entre las garras del Santo-Oficio. Entretanto procura guardar esta puerta á fin de que nadie pueda entrar aquí sin mi consentimiento ó mandato.

—Está bien, monseñor, dijo Andrés, que, como se sabe, era un ciego instrumento del fraile; se hará todo lo que sea necesario para que queden atendidas vuestras órdenes.

Durante las frases cambiadas entre el esbirro y el fraile, el caballero que acompañaba á este último no habia pronunciado una frase.

Léjos de esto, permanecia con el embozo calado hasta sus ojos, y parecia que llevaba grande interés en que no se le conociese.

Terminado el diálogo trabado entre Andrés y el jóven dominico, éste se volvió y dijo al embozado:

—Entremos, Señor?

Este hizo un signo afimativo.

José cogió una de las muchas linternas sordas que como una precaucion habia siempre en la portería del Santo-Oficio, y siguió adelante por aquel laberinto de corredores y estancias, que el jóven conocia como el primero de los esbirros.

Cárlos V, que no era otro el embozado, siguió al mancebo observando de paso todos los detalles de aquellos negros y sombríos antros.

Era la primera vez que el emperador visitaba la inquisicion de Sevilla, y casi no llegaba á creer, que en esta ciudad centro en aquel tiempo de la civilizacion española, y punto donde por su industria, su comercio, sus artes y sus ciencias convergia la ilustracion de América y de Europa, no llegaba á creer, decimos, en la existencia de

aquel negro y sombrío edificio, donde por tanto tiempo, quedaron ahogadas las aspiraciones del mismo rey, y del pueblo.

No es pues estraño, que al recorrer aquellos lóbregos subterráneos, al ver aquellas lúgubres mazmorras, al cruzar por frente la sala del tormento donde chispeaba aun el brasero en que se habia torturado á las víctimas de aquel dia, no es pues estraño, que Cárlos V sientiese un horror y un miedo invencibles.

Aquellos instrumentos de tortura, aquellas cuerdas, aquellos torniquetes no solo destrozaban las inmunidades y privilegios del pueblo, sino que destrozaban los mismos de la corona.

El Santo-Oficio, no contento con ejercer su audaz presion sobre las masas, trataba de ejercer su influencia y su dominio sobre los reyes.

En esto no hacia mas que imitar la conducta de sus jefes los pontífices de Roma, los cuales, llevados por su orgullo y su soberbia y dejando la humildad y sencillez de los primitivos cristianos, querian asaltar al mundo entero.

Entre la inquisicion y los papas no habia mas diferencia que los medios que adoptan para lograr su objeto.

La inquisicion tortura el cuerpo: los pontífices de Roma torturaban el alma.

El Santo-Oficio recurria á medios materiales que arruinaban poco á poco las fuerzas vivas del pueblo; los pontífices de la ciudad santa recurrian á medios espiritules ó

morales que en aquellos tiempos eran aun mas horribles que las torturas físicas.

El uno empleaba la cuerda, el agua y el fuego: los otros empleaban la escomunion y el anatema.

Los dos alcanzaban su objeto, y los dos abrigaban unos mismos proyectos: el dominio universal por medio del terror y del miedo.

Tales eran las reflexiones que se hacia Cárlos V al cruzar por aquellos sombríos corredores.

Por lo que toca á José no pensaba en nada: su único deseo consistia en llegar lo mas pronto posible á la mazmorra que estaba vecina á la ocupada por Aldonza para que el rey no perdiese una frase de la plática que iba á celebrar con el embozado á que se habia referido al llegar al Santo-Oficio.

Este embozado, conforme le habrán conocido ya nuestros lectores, no era otro que el gobernador Enriquez.

A José le constaba el ódio que le profesaba Doña Aldonza, y por consiguiente estaba cierto de que el rey no quedaria disgustado por la conversacion que debia trabarse entre ella y el gobernador de Sevilla.

Mientras el fraile y Cárlos V descendian por húmedas y tortuosas galerías, Enriquez, provisto igualmente de una linterna sorda y con quieto y callado paso, á fin de no llamar la atencion de los muchos presos que habia en aquel laberinto de mazmorras, llegaba á la puerta de aquella donde Aldonza permanecia encerrada y viendo que se encontraba sencillamente entornada bien como si la jóven

esperara aquella visita, Enriquez la empujó con cuidado y penetró en el interior del calabozo.

Mas de pronto el gobernador Enriquez lanzó un grito de sorpresa.

Nunca desde que habia visto á la señorita de Herrera habia visto el espectáculo que se ofrecia á sus ojos.

Y en efecto, lo que veia aquel viejo era para tentar á cualquier otro hombre que hubiera sido menos ardiente y lúbrico.

Nunca la imágen de la voluptuosidad, la gracia y la belleza, fué tan bien representada como en aquel instante en que Aldonza se ofrecia á sus miradas.

Era una caliginosa noche de Junio y el aire un tanto rarificado que circulaba en las mazmorras, era parte á que se respirase una atmósfera de fuego.

Aldonza se hallaba tendida en su lecho y aunque se hallaba envuelta en un sueño el mas profundo, parecia sentir la influencia de aquella noche calurosa.

Permanecia tendida á lo largo de su cama con la cabeza apoyada en una de sus manos y casi cerrados sus negros y dormidos ojos.

Su rica y esplendente cabellera envolvia una parte de su rostro como si fuese un velo de fina y brillante seda, y sus tersos y redondos hombros, mal cubiertos con un traje de brocado, dejaban ver el nacimiento de su seno fino, suave, nacarado y ligeramente purpúreo, como el de esas ninfas que ha pintado Rubens.

La jóven parecia que se hallaba entregada á un agra-

dable sueño, toda vez que sus lábios sonreian dejando entrever una hilera de blancos y menudos dientes que contribuian á realzar su hermosura.

Enriquez, al ver la jóven de aquel modo, ni siquiera dejó en el suelo su linterna.

Mudo, atónito, pasmado y sintiendo los impulsos de un amor violento, contempló por espacio de mucho tiempo y sin que se atreviese á dar un paso en la estancia, aquel cúmulo de perfecciones y bellezas que parecian creadas para el placer y la locura.

Era la primera vez que encontraba á Aldonza de aquel modo, pues la jóven sabiendo ya la hora en que acostumbraba á visitarla, nunca se acostaba y le recibia siempre hallándose aun despierta,

Pero en aquella noche, Aldonza no habia podido resistir á su sueño y vencida por éste se habia tendido en su lecho quedándose dormida.

Asi pues la concesion que la señorita de Herrera hacia á Enriquez permitiéndole ver parte de sus encantos, era, por decirlo así, una concesion involuntaria.

No podia ser de otra manera toda vez que la jóven sentia un instintivó y reconciliable ódio contra el gobernador de Sevilla.

Verdad es que Enriquez habia vivido hasta entonces entre esperanzas é ilusiones.

Ya se recordará que Aldonza, con el objeto de economizar á Vargas el tormento, habia prometido al viejo que cederia, por fin, á sus instancias, reservándose, no obstan-

te, el plazo de quince dias para entregarse en sus brazos.

El plan de la jóven consistia en librar á Vargas de la tortura y en ejercer mas ó menos influencia en el ánimo de Enriquez para que el jóven fuese tratado con alguna consideracion y miramiento.

Durante este plazo, Vargas no solo pudo librarse del tormento sino que, gracias á José, habia podido fugarse de la cárcel.

El objeto pues de Aldonza se habia realizado; su mision habia ya concluido. Nada la obligaba á representar el violento papel que desempeñaba ante Enriquez.

Hasta entonces, con el fin de constituirse en valla á los rigores del Santo-Oficio, la jóven habia intentado monopolizar el alma del gobernador, fingiéndole un amor que no sentia y enardeciendo su alma con promesas y esperanzas que en nada perjudicaban su honra.

En vano el gobernador habia insistido para que acortase aquel plazo; en vano se habia postrado á sus plantas al objeto de que una de sus caricias le hiciese entrever el cielo que un dia habia de descorrer el cumplimiento de sus promesas: en vano Enriquez la habia prometido la vida, la libertad, la fortuna y la riqueza; Aldonza habia continuado firme como una peña y no correspondia á las exigencias del viejo mas que con frases y sonrisas que impulsaban su amor á la locura.

Así, durante aquellos quince dias la jóven no habia hecho mas que acrecentar el impuro fuego de su alma, con los recursos de su coquetería y hechizos.

Bajo tal concepto ya se comprenderá la situacion en que se hallaba Enriquez al ver á Doña Aldonza tendida en su lecho, entregada en brazos de un sueño dulce y tranquilo, y mostrando á sus lúbricos y ardientes ojos la hermosura y belleza de sus formas.

En aquella misma noche, casi en aquel mismo instante se cumplia el plazo de los quince dias y se acercaba ya la suprema hora en que Enriquez iba á estrechar en sus brazos á aquella mujer que parecia una rival de las Tres Gracias.

Habia llegado ya el momento en que la jóven iba á ser suya, en que se embriagaria con sus caricias, en que aceptaria las manifestaciones y protestas de su cariño loco y ardiente, en que aceptaria la libertad para trocar su mazmorra por una morada rica y espléndida y en que los dos, tanto él como ella, se inaugurarian en una existencia llena de goces, de placer y de dulzura.

Tales eran las reflexiones que se hacia Enriquez al contemplar la belleza y encantos de la jóven.

Pero llegó un instante en que el gobernador sintió como perdia su cabeza.

La contemplacion muda y estática de aquel modelo de voluptuosidad y hermosura avivó de pronto la llama de sus impúdicos deseos, é hizo que diera algunos pasos hácia la jóven con objeto de emanciparla al sueño con sus besos y caricias.

Luego se detuvo y reflexionó que la jóven podia asustarse.

Nunca habia tenido el suficiente valor para imprimir sus lábios en su boca, y aquella tentacion le parecia un crímen. Pero luego hubo de ocurrirle que en aquella misma noche terminaba el plazo de los quince dias, y que en su consecuencia tenia derecho á un goce y una manifestacion que tanto deseaba su alma.

Esta reflexion dominó á todos sus escrúpulos, y el gobernador, llevado por el entusiasmo que sentia en el fondo de su pecho, latiendo su corazon y sus sienes y con tembloroso y recatado paso se dirigió hácia la jóven, se inclinó sobre la misma, buscó sus lábios é imprimió en ellos un ardiente y prolongado beso.

La jóven despertó sobresaltada.

Si en aquel instante Enriquez no se hubiera hallado sujeto á las dulces é indescribibles emociones que sintió al contacto de aquellos frescos y purpúreos lábios, quizá hubiese oido una sorda esclamacion que parecia salir del fondo de una tumba pero que en realidad salia de un calabozo vecino.

Hacia ya algun tiempo que el rey y el dominico habian llegado á su mazmorra y desde ella y por entre un agujero que José habia abierto con anticipacion, observaban todo lo que pasaba en el calabozo de Aldonza.

Envueltos en la oscuridad mas profunda, el emperador y el fraile podian verlo y oirlo todo sin que nadie, absolutamente nadie, pudiera sospechar su espionaje.

Al ver que Enriquez se habia acercado á la jóven para imprimir un beso en sus lábios, el rey no pudo contener

una esclamacion que llegó como un débil eco hasta el calabozo de Aldonza.

Impresionado ante aquel acto de audacia, Cárlos V que seguia amando á Doña Aldonza, hizo un movimiento para salir del calabozo y dirigirse hácia el que su favorita ocupaba.

Afortunadamente José, que preveia las consecuencias de una imprudencia semejante, y que por otra parte deseaba convencer al rey de que la jóven no habia correspondido ni corresponderia á las instancias de Enriquez, tuvo bastante sangre fria para convencer al rey de que si el viejo le descubria, Doña Aldanza se hallaba irremisiblemente perdida, y que el único medio que habia para salvarla consistia en aguardar con calma el desenlace del drama que empezaba á desenvolverse ante sus ojos.

El emperador se convenció ante las escelentes razones que le daba el fraile y volviendo á su agujero por el cual lo veia y oia todo, esperó tranquilamente los sucesos.

# CAPÍTULO XXI.

### El despertar de Aldonza.

Conforme ya digimos, Doña Aldonza, al sentir el contacto de unos lábios que imprimian un beso en los suyos, dispertó sobresaltada.

La jóven miró en torno de su lecho y vió entonces la pálida y sombría figura del gobernador de Sevilla que la seguia contemplando con lúbricos y chispeantes ojos.

Enriquez con su linterna en la mano, fijo é inmóvil como una estátua, balbucientes sus lábios, trémulos sus miembros, parecia el génio malo y fatal de aquellos negros y oscuros calabozos.

Lo jóven, al reconocerle, exhaló un grito de sorpresa que tal vez hubiese podido ahogar, si Enriquez la hubiese visitado hallándose despierta.

Mas luego, reponiéndose y comprendiendo que se acercaba el instante supremo, Aldonza procuró traquilizarse y

sonriendo al gobernador de Sevilla le dijo con voz que se esmeró por hacer dulce:

—Oh Dios mio! que susto me habeis dado!...

—Tanto os asustan mis caricias? preguntó Enriquez animado por el buen éxito que habia alcanzado su audacia y colgando su linterna en la pared de forma que esta iluminó por completo el rostro de Doña Aldonza.

—Nó á fé mia, dijo esta última componiendo el trage de brocado que dejaba entrever sus hombros y el nacimiento de su seno: pero dormia tan á gusto, soñaba en cosas tan dulces y risueñas, que al dispertarme he sufrido una brusca sacudida.

—Entonces no me aguardabais? preguntó Enriquez fijando una audaz mirada en los encantos que se arropaba la jóven.

—Sí por cierto; mas viendo que tardabais tanto y no pudiendo resistir al sueño me tendí en el lecho dejando entornada la puerta.

—Entonces preveíais mi llegada?

—En efecto, replicó Aldonza envolviendo á Enriquez en el fuego de sus ojos: cómo era posible que dejaseis de visitarme?...

Y al mismo tiempo la jóven, á falta de una silla, indicaba al gobernador un asiento en su mismo lecho.

Enriquez, viéndola tan amable, no solo obedeció su indicacion sino que, llevado por su amor, cogió una de sus manos que Aldonza le abandonó con negligencia.

—Sois muy buena! esclamó el viejo sonriendo y fijan-

do una lúbrica mirada en la jóven. Al recordar la manera con que recibísteis mis instancias y la espresion de mi cariño en el meson del *Ciervo de Oro*, y al comparar vuestra dureza de entonces con la benevolencia de ahora, me parece, Aldonza, que no sois la misma.

—Porqué? interrogó la jóven sonriendo.

—Porque sois mas dulce, mas tolerante, mas amable.....

—Y esto os desagrada?

—No por cierto, dijo Enriquez estrechando las manos de la jóven: vuestra conducta de hace quince dias me entusiasma y me enloquece.

Aldonza correspondió con otro apreton de manos al que habia recibido de Enriquez.

—Así, dijo sonriendo, hoy me quereis mucho?

—Si os quiero, Aldonza, si os quiero!... No lo adivinais en mi voz, en mis acciones, en mi rostro y hasta en los cuidados que os prodigo? Quién sino vos hubiera sido bastante á economizar el tormento á D. Estéban de Vargas, á ese jóven que Pedro de Arbués consideraba como su mortal y acérrimo enemigo? Quién sino yo ha detenido la accion del Santo-Oficio que, en amor por la justicia, os consideraba á vos, tan bella, tan jóven, tan hermosa, como una de sus vulgares y miserables víctimas? Quién sino yo se ha opuesto á que vuestros finos y delicados miembros crugiesen en el horror de la tortura? Me preguntais si os quiero, y mas valiera que me preguntaseis por qué razon existo!..... Sí, Aldonza; porque vuestra hermosura no pue-

de inspirar una pasion vulgar y ordinaria; solo puede inspirar uno de esos amores que gastan los resortes de la vida y que concluyen por matarla. Vos no podreis agitar el alma de un hombre á impulsos de esos fugaces y débiles caprichos que no dejan huella alguna en la existencia, sino que la envolveis en un círculo de fuego donde se estingue y perece lentamente. Si os amo, Aldonza! continuó Enriquez estrechando con pasion las manos de la jóven: preguntádselo á la fiebre que me está devorando noche y dia, preguntádselo á mi cerebro que está pensando en vos constantemente; preguntádselo á mi corazon cuyos latidos se avivan y precipitan al solo recuerdo de vuestra hermosa y adorada imágen!... Vos Aldonza, no os podeis formar una idea de lo mucho que he sufrido viendo que tardaba tanto en llegar el plazo que espira en esta noche: cada minuto se ha convertido para mí en una hora y cada dia se ha convertido en un siglo. Verdad es que siempre os visitaba, y que por mas que os encontraseis léjos de mi lado yo oia vuestra voz y contemplaba vuestra hermosura y hechizos: pero esto no hacia mas que acrecentar mi sufrimiento y envolver en nuevas y constantes dudas mi ilusion y mi esperanza. Afortunadamente ha llegado ya el instante en que vos cumplireis vuestra promesa y en que yo podré embriagarme en el océano de goces que vuestros hechizos me ofrecen.... no es cierto, Aldonza? añadió Enriquez mirando á la jóven con ternura.

Pero Aldonza no contestó.

Era evidente que deseaba romper sus compromisos.

Si Enriquez hubiese tenido bastante sangre fria para leer en sus ojos, quizá se hubiese horrorizado ante la espresion sombría que ofrecian.

Pero Enriquez se hallaba ciego y no veia mas que las dulces y perfectas líneas de su rostro, la morbidez y tersura de su cuello, lo negro y brillante de su magnífica y sedosa cabellera y la flexibilidad y gentileza de su talle.

Hubo un instante de silencio durante el cual Enriquez devoró uno por uno y con sus ardientes ojos sus hechizos.

Pero viendo que la jóven no pronunciaba una frase y que continuaba ensimismada, le dijo:

—No me contestais, Aldonza? acaso no os inspiro ya simpatías? Acaso no quereis cumplir vuestro juramento?

—Sí, por cierto, dijo Aldonza saliendo del estupor en que parecia sumergida y como si contestase á una pregunta que se hubiese dirigido á sí misma.

—Entonces, preguntó Enriquez lanzando un gran suspiro, qué es lo que aguardais?

—Escuchad, amigo mio, respondió la jóven: vos, en efecto, me inspirais simpatias; mas no encuentro en el fondo de mi alma bastante ardor, bastante entusiasmo para corresponder hoy mismo á las exigencia de vuestro corazon ardiente. Porqué, pues, no dejais que estas simpatías crescan, se desenvuelvan y conviertan en este dulce y espontáneo amor que engendra el contacto de dos almas? Por qué lo que tal vez será hijo de la oportunidad quereis exigirlo recordando un compromiso que yo hice en un instante de debilidad y cediendo á la presion que me hicísteis?

Al oir estas frases de Doña Aldonza, Enriquez se puso lívido.

La conversacion tomaba un giro que nunca habia esperado.

Estas frases eran los preliminares de un rompimiento.

Tras de ellas la retractacion formal de la jóven se hacia, por decirlo así, inevitable.

Asi es que dijo:

—En verdad, señora, que vuestras palabras me sorprenden: no hace mucho indicasteis que os hallabais dispuesta á cumplir vuestra promesa y hasta la manera con que me recibísteis era un motivo para que yo no renunciase á la esperanza de que vos no resistiríais, por fin, á mis dulces exigencias. Mas de pronto variais de intencion y de lenguje y me hablais de simpatías que con el tiempo quizá se podrian convertir en amor y buscais pretestos para evitar ó rehusarme lo que yo tengo derecho á pediros. Ah señora! vos con estas frases echais por tierra mis mas dulces ilusiones y precipitais mi alma en un abismo de desengaño y de duda! Pero nó, Aldonza, continuó el gobernador acercándose mas y mas á la jóven y absorviendo en sus miradas el irresistible fuego de sus ojos; nó, Aldonza, vos no faltareis al compromiso que celebrasteis en un momento solemne. Recordad, señora, que Vargas no sufrió el tormento del fuego porque yo me interpuse entre él y sus verdugos; recordad, señora, que gracias á vuestras súplicas, á vuestros ruegos, á vuestras promesas, yo, cediendo á vuestras instancias, me espuse al rigor del San-

to-Oficio, el cual nunca perdona ninguna de las torturas á que destina sus víctimas. Yo, por vos, todo lo he sufrido y lo he esperado. Si luego por una fatalidad inevitable el señor de Vargas ha muerto en estas cárceles, yo no tengo la culpa. El cruel tormento á que le sujetó Arbués fué la principal causa de su muerte. Desde el instante en que me exigísteis que le diera mi proteccion y mi ayuda, hice todos los medios por devolverle una salud que habia quebrantado la tortura. Si la muerte fué superior á sus fuerzas, culpad de ello á su fatal estrella y no á mi descuido ó negligencia. Así, pues, ya veis que por mi parte yo no he faltado á mis promesas: me exigisteis que le evitara los horrores del fuego y salió intacto de las llamas: deseasteis que no sufriera en la cárcel y yo ejercí con él los buenos oficios de un padre. Por qué, pues, si yo os he dado el ejemplo de que cumplo mis compromisos formalmente, vos, Aldonza, no correspondeis á mi cariño y sacrificios? Por qué os retractais de lo mismo cuyo cumplimiento tengo derecho á exigiros?

—Yo no me retracto, observó la jóven; tan solo aplazo y vos, que, segun decís, me amais, no os opondreis á mi voluntad y deseo.

—Os engañais, señora, dijo Enriquez con voz lúgubre y mirando con fijeza á Doña Aldonza.

—Es decir, continuó ésta palideciendo, que no quereis acceder á mi súplica?

—No por cierto; mañana venceria el plazo que deseais imponerme, y, acostumbrada á ver en mí un hombre dé-

bil, serías aun mas exigente hasta que, por fin,i renovando constantemente el plazo, yo nunca realizaria mis deseos. Fuera de esto, añadió el gobernador con voz en que á un mismo tiempo vibraba la ferocidad y la lujuria, ya os dije, señora, que estos quince dias se han convertido para mí en quince siglos..... Yo no puedo resistir por mas tiempo: siento que el fuego de mi pasion me ahoga, que mi alma se estravía y que mi corazon está ardiendo en un océano de fuego. Así, pues, yo no puedo escuchar vuestro lenguaje, yo no puedo hacer nuevas promesas y nada es bastante á contener los impulsos de un amor que vos alimentásteis con vuestras promesas y hechizos.

Y al pronunciar estas frases el gobernador, llevado por el entusiasmo y la lujuria, quiso rodear el talle de la jóven con sus brazos. Pero ésta hizo un movimiento y se separó de los mismos.

—Deteneos! gritó Doña Aldonza fijando una indigna y altiva mirada en Enriquez: os empeñais en que mis simpatías se convierten en un ódio repugnante y veo, caballero, que por fin, alcanzareis vuestro objeto!....

—Aldonza! Aldonza! gritó el gobernador cayendo de rodillas al pié del lecho en que la jóven permanecia sentada, cede por piedad á mis súplicas; atiende mis instancias; no exasperes á un hombre que está como un cordero á tus plantas pero que tu crueldad y tus rigores pueden convertir en un tigre!....

—Ceded, primero, á mis ruegos, dijo con firmeza la jóven; dadme el plazo que os exijo.

—Pero esto es imposible, Aldonza! gritó el gobernador retorciéndose las manos; no comprendes desgraciada que si yo accedo á tus súplicas, si yo te concedo otro plazo tendrás que continuar en estas cárceles, y que entretanto el Santo Oficio podrá condenarte á las llamas?

—Enhorabuena, dijo Aldonza; si el Santo-Oficio me condena á las llamas, yo no os haré por esto ningun cargo.

—Es que si tu mueres, el dolor concluirá tambien con mi existencia....

—Sea! esclamó la jóven: en cambio si yo accedo á vuestras súplicas, perderé otra cosa que es mas digna que vuestra existencia y la mia.

—Cuál? balbuceó Enriquez.

—Mi honra y mi vergüenza!....

—Es decir, preguntó Enriquez, brillando de cólera sus ojos, que prefieres lo que has dado en llamar tu honra y tu vergüenza á tu existencia y la mia?

—Sí.

—Oh! esto me prueba la verdad de mis sospechas.

—Qué sospechas?

—Las de que si te concediese un nuevo plazo, mañana ofrecerias la resistencia de hoy dia.

Aldonza guardó silencio lo cual equivalia á confirmar la verdad de lo que Enriquez decia.

—Afortunadamente, prosiguió este último que se levantó del suelo con una espresion de ferocidad que hubiera asustado á cualquiera otra mujer que no hubiera sido

la jóven; afortunadamente yo he comprendido tu astucia y de ahí que no te haya concedido el nuevo plazo.

Al espresarse en estos términos el gobernador de Sevilla recordaba la entrevista que habia celebrado con el rey el mismo dia en que éste habia llegado á la ciudad y en la que Cárlos V habia dejado entrever sus simpatías, ó, mejor dicho, su amor por Doña Aldonza.

El rey habia dado sus órdenes para que la jóven no fuese condenada á la hoguera y esto para Enriquez constituia una evidente prueba de que aun reinaba en el alma del monarca.

De ahí que empleara tanto afan para que Aldonza cumpliera su promesa.

El gobernador de Sevilla comprendia que tarde ó temprano concluiria por libertarla, y una vez fuera de sus garras se hacia imposible su conquista.

No es pues estraño que así como al principio se mostraba dulce y cariñoso, se mostrara luego desconfiado y terrible.

Enriquez veia como su desgraciada víctima se escapaba de entre sus uñas y antes que sufrir tal descalabro se hallaba dispuesto á ensayar todos los medios.

Así es que continuó:

—Resuélvete, Aldonza: recuerda que este es el supremo instante en que vas á decidir sobre tu libertad y hasta quizá sobre tu misma existencia: por una parte yo te ofrezco la dicha, el oro, la comodidad y el lujo; por otra sólo puedo ofrecerte la desdicha, el sufrimiento, la cárcel, la

tortura y hasta quizá la muerte. No ignoras que la inquisicion no transige y que yo tengo bastante influencia para sugetarte al tormento y cubrir tu delicado y gentil talle con el sambenito de los que van á la hoguera...

—Antes que rendirme á vuestros brazos, replicó la jóven con firmeza, antes que ceder á vuestras súplicas, antes que recibir vuestras caricias, prefiero cien veces la muerte.

—Aldonza! Aldonza! gritó Enriquez: mira que te pierdes: mira que te acercas á un abismo de horrores y desgracias!....

—Prefiero este abismo al que me prepara la deshonra!

—No me tientes, Aldonza! insistió Enriquez dando un paso hácia la jóven; no me niegues por tu voluntad ó capricho lo que yo puedo tomarme á la fuerza.

—Ni yo cederé á vuestra exigencia, replicó Aldonza, ni vos usareis de una violencia que por otra parte fuera inútil.

—Inútil.... Y por qué?

—Porque me siento con bastante valor para resistir la lucha á que vuestra impureza me llama.

Y al mismo tiempo la jóven se levantaba del lecho en que habia permanecido sentada hasta entonces y se dirigia hasta la puerta de la mazmorra que seguia aun entornada.

Enriquez hubo de comprender que la jóven intentaba fugarse ó dar gritos para que alguien corriera en su ausilio, y se precipitó á la puerta antes de que la jóven llegara á su dintel.

En seguida cogió la llave que habia en su cerradura, la dió una vuelta y la se metió en su bolsillo.

Luego dijo:

—Si tratais de fugaros, Aldonza, debo advertiros que es completamente inútil: aparte de que no daríais ni un paso sin caer en manos de los que guardan estos antros, he de manifestaros que nadie correrá en vuestra ayuda porque aquí no se obedecen mas órdenes que las mias. Dejad, pues, una resistencia que al fin y al cabo será inútil y no olvideis que en esta lucha y permaneciendo aquí encerrados, el triunfo no puede menos que ser mio.

Y al mismo tiempo que Enriquez usaba este lenguaje, Enriquez se dirigia hácia la jóven para rodear su talle con sus brazos.

Afortunadamente ésta logró escaparse dejando en manos del gobernador la pañoleta que cubria sus finas y mórbidas espaldas.

Enriquez, al contemplar la tersura de sus hombros, al ver su alabastrino y casi desnudo seno que palpitaba con violencia, al contemplar el rubor que habia invadido sus megillas, al ver, en fin, aquella mujer que el temor, la vergüenza y la cólera, hacian terriblemente bella, al ver todo esto, repetimos, Enriquez sintió como la sangre de sus venas refluia á su cerebro, como sus sienes latian, como su cuerpo temblaba, y ébrio, perdida su cabeza, estraviados sus ojos, se dirigió hácia la jóven que acurrucada en un ángulo esclamaba:

—Deteneos! deteneos!....

Pero Enriquez no veia ni oia nada: sentíase víctima de una fatalidad invencible y siendo impotente á reprimir sus lúbricos impulsos dirigióse hácia Aldonza y la rodeó con sus brazos.

Mas de pronto el gobernador lanzó un grito de desesperacion y de rábia que se prolongó como un toque de agonía en aquellas tristes y lúgubres mazmorras.

Luego, aquellos mismos brazos que aprisionaban como una tenaza de hierro á Doña Aldonza, hubieron de aflojarse poco á poco y pasado un instante Enriquez se derrumbaba en el suelo, como si de pronto le hubiese herido algun rayo.

En el mismo instante en que se sentia fuertemente aprisionada, la jóven habia metido una de sus manos en su blanco y desnudo seno y sacando una acerada y pequeña daga que llevaba oculta en el mismo, la habia hundido en la espalda del que le robaba su honra.

Esta daga era la misma que unos dias antes habia pedido al jóven dominico.

Lanzado aquel horrible grito, el gobernador de Sevilla cayó en tierra bañado en un mar de sangre.

# CAPITULO XXII.

---

**Un ausilio á tiempo.**

Aldonza, estraviados sus ojos, desordenados sus cabellos, temblorosa su mano y con el puñal humeante, contempló, por un momento, aquel hombre que se retorcia en el suelo, con el estertor de la agonía y cuyo rostro se hallaba ya invadido por las tintas de la muerte.

Luego recogiendo el manto que cubria anteriormente sus espaldas y que Enriquez estrechaba aun en sus convulsas y apretadas manos, envolvió en él su cuerpo, dió una mirada en torno de la estancia como si quisiese lanzarla su última y postrera despedida, y murmuró entre dientes:

—Concluyamos!

E inclinándose sobre el cuerpo de Enriquez registró sus bolsillos, encontró la llave de la puerta y se dirigió hácia esta última que abrió con una rapidez violenta.

Luego se dirigió hácia el corredor, que nuestros lectores ya conocen y en el cual se abria una larga fila de mazmorras.

Pero no bien hubo dado un paso en este último, cuando sintió que alguien la cogia del brazo.

Aldonza se detuvo.

—Donde vais, señora? le preguntó una voz que la sacó de la preocupacion y estupor en que se hallaba sumergida.

—Quién sois? preguntó á su vez la jóven.

—No me conoceis, Aldonza? interrumpió la misma voz con dulzura.

La jóven fijó sus estraviados ojos en el hombre que la detenia y cuyas formas se destacaban opacas entre la oscuridad y las tinieblas de aquella galería, y de pronto lanzó un grito.

—José! esclamó estrechando las manos que enseguida la habia tendido el mancebo.

—Soy yo, en efecto, replicó el dominico; soy yo que estoy velando por vos constantemente. Pero en fin, á donde íbais? Estais temblorosa.... vuestra voz está conmovida.... vuestra mano se encuentra húmeda y fria..... qué es lo qué ocurre, Aldonza?

—Ocurre amigo mio, que salgo del calabozo para delatarme yo misma al Santo-Oficio, dijo Aldonza lanzando un gran suspiro.

—Qué estais diciendo? interrogó José fingiendo la mayor sorpresa.

—Por fin, continuó la jóven, ha llegado ya el momento

en que han cesado mis torturas y en que podré realizar el sueño que desde mucho tiempo acaricio....

—No os comprendo, señora.

—Quiero decir, amigo mio, que ha llegado ya el instante en que, sin ansia ni cuidado, podré entregarme en brazos de la muerte. En nuestras conversaciones ya os dije mas de una vez que se acercaba el plazo en que debia concluir mi sufrimiento y este plazo por fin ha llegado.

—Os engañais, señora, dijo el fraile dejando de fingir por mas tiempo: hoy por el contrario os inaugurais en una nueva existencia que os promete un cielo de dicha, de felicidad y de ventura.

—Pero vos sabeis lo que ha ocurrido? preguntó la jóven sorprendida al ver la seguridad con que el dominico hablaba.

—Lo sé todo, Àldonza.

—Sabeis que hace un instante fuí víctima de las violencias del gobernador de Sevilla?

—Sí.

—Que mi resistencia ha provocado entre él y yo una terrible lucha?

—Sí.

—Que en esta lucha y en el mismo instante en que yo iba á sucumbir víctima de sus brutales deseos, yo he clavado en su espalda el puñal que vos mismo me dísteis?

—Lo he visto, lo he oido, lo he presenciado todo, replicó el fraile con voz lúgubre.

—Y aun quereis salvarme?

—Sí.

—No es posible.

—Por qué?

—Primero, porque la existencia me hastía y la muerte es para mí de una necesidad imperiosa; segundo, porque aunque vos me ocultaseis en las entrañas de la tierra, el Santo-Oficio lograria descubrirme.

—Os equivocais, señora, esclamó el jóven dominico: existe en el mundo un hombre invulnerable al Santo-Oficio y que se halla dispuesto á protegeros.

—Quién es este hombre?

—Yo! dijo una voz que resonó lúgubre y magestuosa á la espalda de la jóven.

Aldonza se volvió sorprendida y se encontró frente á frente de un hombre que, envuelto en su capa y calado el embozo hasta sus ojos, permanecia fijo é inmóvil como si fuera una estátua.

—Y quién sois vos, le preguntó Doña Aldonza para luchar con el poder mas grande que en la tierra existe y salvar á una mujer víctima de su desgracia?

—Un hombre que ódia al Santo-Oficio, pero que en cambio, ama á esta mujer, dijo el embozado.

—No es cierto: escepto, dijo Aldonza indicando al fraile que permanecia silencioso y con los brazos cruzados, escepto este amigo que nunca me adandona, no conozco á nadie en la tierra que me ame.

—Pues bien, replicó el desconocido quitándose el em-

bozo que hasta entonces habia cubierto su semblante; yo os convenceré de lo contrario.

Aldonza lanzó un grito.

No creía lo que estaban viendo sus ojos.

El hombre que estaba en frente suyo era el mismo Cárlos V.

—El rey! esclamó la jóven con un acento indescribible.

Y luego hincándose de rodillas y cogiendo una de sus manos que llevó á sus lábios con respeto, dijo:

—Señor: existe, efectivamente, un hombre que es el mas poderoso de la tierra y cuya autoridad llega hasta e punto de quitar á la inquisicion sus víctimas; pero si hay un sér en el mundo que está en la obligacion de rehusar sus beneficios este sér soy yo.

—No recordeis, señora, dijo con magestad Cárlos V, errores y estravíos que yo desde el momento en que he consentido en veros y hablaros doy por olvidados. Vuestros dolores, vuestros safrimientos, vuestra estancia en estas cárceles, os han redimido ante mis ojos. Fuera de esto lo que he visto, lo que he oido, lo que he presenciado yo mismo, constituye una evidente prueba de que no se ha estinguido en vos el gérmen de la virtud y de los nobles sentimientos, y que gracias á la energía y grandeza de vuestra alma reconquistareis el privilegiado lugar que ocupabais en la mia.

Señor, interrumpió José en aquel instante; no considero prudente que vuestra plática con la señorita de Herrera

continúe en el lugar donde estamos. Los esbirros del Santo-Oficio cruzan de cuando en cuando estas galerías y no seria dificil que os oyesen. Entrad, si os parece, en esta mazmorra donde podreis hablar á vuestro gusto con la señorita Aldonza. Yo, entretanto, pasaré en el corredor y permaneceré de escucha. Si ocurre algo nuevo ya cuidaré de avisaros.

Y mientras pronunciaba estas frases el jóven dominico abria la puerta de la mazmorra en cuyo interior él y Cárlos V habian presenciado el horrible drama en que Doña Aldonza habia salvado su honra.

—Entrad, señora, dijo entonces el rey ofreciendo una de sus manos á la jóven.

Aldonza que, ante todo, no queria volver á su calabozo para no ver el cuerpo de Enriquez, aceptó con gusto la oferta y fué la primera en entrar en aquel antro donde brillaba una lámpara.

La jóven que se sentia aun horriblemente impresionada así por la funesta lucha que acababa de sostener con Enriquez, como por el inesperado encuentro del rey, se dejó caer en una vieja y negruzca estera que se veía en un ángulo de la mazmorra.

Aldonza carecia de fuerzas para sostenerse en pié. Tantas emociones habian estinguido su energía.

Los rayos de la lámpara que iluminaban la estancia se reflejaban en su pálido semblante que el dolor y el sufrimiento idealizaban.

No era ya aquella jóven de terso y mórbido seno, de

redondos y nevados hombros que un momento antes habian escitado los deseos lúbricos de Enriquez; no era ya aquella mujer que con lo redondo y voluptuoso de sus formas encendia las pasiones mas groseras; léjos de esto la señorita Herrera con la palidez de su semblante, con el dulce brillo de sus ojos, con la melancolía que distinguia en aquel instante sus facciones, con la flojedad y cansancio que revelaban todos sus miembros, parecia un ángel que Dios habia espulsado del cielo y que lloraba en el mundo el bien perdido. Tan cierto es que el dolor y la amargura tienen el privilegio de modificar la parte física y moral de la mujer por mas que esta modificacion, esta reforma, sea á veces en perjuicio de su vida.

El rey que permanecia en pié y que la contemplaba á los rayos de la lámpara, no se cansaba de admirarla.

En la córte Doña Aldonza no habia hecho otra cosa que interesar sus sentidos; en la inquisicion comenzaba á interesar su alma.

El rey, por espacio de un instante, la miró triste y silencioso hasta que por fin dijo:

—Tranquilizaos, señora, todo lo he visto, todo lo he oido; la energía con que resistísteis al gobernador de Sevilla y la lucha que le ha costado su existencia, me prueba que aun conservais en vuestro pecho los instintos de la mujer honrada y que no sois estraña á los virtuosos y nobles sentimientos. Si las penalidades que habeis sufrido en estas cárceles no fueran bastante á redimir vuestras culpas y á conquistar un título de consideracion ante mis

ojos, lo que he visto y lo que he oido, fuera lo bastante para que yo os devolviese mi aprecio. Así, pues, Aldonza, olvidemos la pasado y volvamos á aquella senda de felicidad y de dicha de que os quiso apartar vuestro destino...

Aldonza, al oir estas frases, hizo un signo negativo.

—Cómo! interrumpió Cárlos V; acaso rechazais mis ofertas?

—Dónde quereis llevarme, Señor? preguntó la jóven con voz débil.

—Dónde quereis que os lleve sinó á la córte? no recordais los felices dias que pasé en ella á vuestro lado?

Aldonza movió tristemente la cabeza.

Luego dijo:

Si yo voy á la córte, Señor, no será para entregarme á una existencia de devaneos y placeres; los goces y el amor no serán ya los dos polos en que antiguamente giraba mi existencia. Yo, si os empeñais, abandonaré estas cárceles y me colocaré bajo vuestra proteccion y amparo; mas he de advertiros que desde este momento renuncio á la atmósfera de placeres con que rodeabais mi existencia.

—Es decir, que deseais retiraros del mundo? observó Cárlos V.

—Sí.

—Nada tan fácil, por mas que en ello tenga yo un sentimiento. Vivireis á vuestro gusto, señora; eligiendo en mi palacio ó fuera de él la habitacion que mas os cuadre y en ella, ignorada del mundo y de la córte, recibiréis mis

visitas y las protestas de mi constante y leal cariño.

—Tampoco puedo aceptar esta oferta, Señor, dijo Aldonza con tristeza.

El rey se quedó sorprendido.

No adivinaba las intenciones de la jóven.

—Cómo! dijo, no aceptais una proposicion tan sencilla?

—No es posible, Señor.

—Quién se opone á ello?

—Mi conciencia.

—Vuestra conciencia!.... En verdad, señora, que no alcanzo á comprenderos. Estais ó nó resuelta á dejar estas mazmorras?....

—Sí, puesto que V.M. se empeña en ello.

—Queréis ir á la córte?

—Sí.

—Queréis ser mi favorita?

—Nó.

—Por qué, señora? esclamó el rey palideciendo.

—Porque, dijo la jóven, al hablaros de que yo me hallaba resuelta á dejar el mundo, tenia formados ya mis proyectos.

—Y qué proyectos son estos, Dios mio!....

—Pienso retirarme á un convento y pasar en él lo poco que me queda de vida.

El rey lanzó un grito.

Se hallaba muy léjos de esperar una revelacion de este género.

Parecíale imposible que aquella mujer, que en otro tiempo habia sido un tipo de voluptuosidad y cuya hermosura habia sido para el rey una inagotable fuente de placeres, pudiese entregarse á la religion y al misticismo.

Esto no obstante el rey no comprendia el corazon humano: á medida que este se encuentra agitado por las mas violentas y enérgicas pasiones, se halla mas dispuesto á cambiar los goces y tumultos del mundo por la soledad y retiro del claustro.

—Qué estais diciendo? esclamó Cárlos V al oir la resolucion formada por Aldonza. Habeis pensado en las consecuencias de un proyecto formado, quizá, bajo la presion de las circunstancias que os rodean y de las emociones que ahora mismo os agitan?

—No lo creais, Señor, dijo Aldonza sonriendo: mi proyecto no es hijo del momento, sino de una reflexion muy madura.....

—Pero esto no es posible, dijo el rey, que queria hacer toda clase de esfuerzos para que la jóven no realizara su idea; no hace mucho que al salir de vuestra mazmorra dijísteis á nuestro amigo José que íbais á delatar la catástrofe que ha ocurrido con Enriquez.....

—Y bien?

—Esto prueba que no os hallabais dispuesta á entrar en un convento, puesto que á realizar este proyecto no hubierais salido viva de estas cárceles.

—En efecto, Señor; pero esto, al mismo tiempo, os

probará que mi resolucion es firme é inquebrantable.

—Por qué?

—Porque ya que no puedo morir físicamente puesto que vos os habeis cruzado á mi paso, me hallo resuelta á fallecer moralmente.

—Y nada existe en el mundo que pueda variar una resolucion que llena mi corazon de luto y de amargura? preguntó el rey desesperado.

—Nada, Señor.

—Ni el mismo Vargas? Esta movió tristemente la cabeza.

—Vargas, Señor, dijo, ha cesado ya de influir en mi existencia y es muy posible, casi seguro, que nunca mas volverá á cruzarse en la carrera de mi vida.

—Pero en fin, dijo el rey sorprendido ante la firmeza con que hablaba la jóven; qué causa, qué motivo ha ocasionado la resolucion de tan fatal é incomprensible proyecto?

—Escuchad, Señor: vos sois, dijo Aldonza, la única persona que me ha querido en el mundo, y nada tan natural como el que os revele todos los secretos de mi alma y mi conciencia. Pero antes de revelaros las interioridades de mi pecho, he de suplicaros que perdoneis la franqueza de mi lenguaje, la cual, tal vez, agraviará vuestra dignidad y amor propio. Quizá, cuando me hayais oido vos, sereis el primero en apoyar la resolucion que he formado, y el primero en abrirme las puertas del convento en que debo hallar la tranquilidad y reposo de mi espíritu.....

—Ya os escucho, señora, dijo Cárlos V lanzando un gran suspiro en que se traducia su amargura y su tristeza.

La jóven se acomodó lo mejor que pudo en su estera, y se espresó en los términos que se verá en el capítulo siguiente.

# CAPÍTULO XXIII.

---

### Recuerdos de Aldonza.

Ya recordaréis el dia en que por vez primera vos me encontrásteis en la orillas del Tajo. Yo, en aquel entonces, me hallaba cubierta en el velo de mi inocencia y mi pureza; y nunca, ante mis ojos, se habia ofrecido un hombre que fuese bastante á precipitar los latidos de mi pecho. Mi corazon estaba puro como la brisa que oreaba los montes de Toledo y como el primer rayo de sol que en los dias serenos iluminaba el castillo de mi padre. Cierto dia vos me encontrasteis en las orillas del Tajo, y desde entonces perdí la dicha y tranquilidad en que vivia. Mi padre, que se hallaba completamente arruinado, se empeñó en que mi belleza reconstruyera su fortuna, y parte por el afan con que yo trataba de remediar su situacion precaria, y el resto, llevada por mi deseo de ostentar lo que se llamaba mi hermosura, yo obedecí las instancias de mi padre y

resolví aceptar el cariño con que V. M. me brindaba. Ya recordareis, señor, aquel baile dado en el alcázar durante la festividad del Córpus. Aun me parece que veo aquellos espléndidos salones donde brillaban tantas luces, tantas flores tantas galas y aun me parece que me encuentro en aquellos mágicos jardines, en los cuales, vos señor, me manifestasteis los sentimientos que os inspiraba mi belleza. Vos en aquella noche me prometísteis vuestro amor, digísteis que me rodearíais con toda clase de riquezas, que protegeríais á mi padre, y yo, que me hallaba y dispuesta á aceptar vuestro cariño, hice formal promesa de que atenderia por fin vuestras instancias. Y en efecto, Señor: no ignorais el modo con que hube de cumplir mi palabra; á los pocos dias yo era completamente vuestra y la córte veia en mí un nuevo astro que aparecia en lontananza. Por espacio de tres años yo me agité en un mar de goces y placeres y aunque en este tiempo me ví asediada por una turba de galanes pertenecientes á las familias mas ilustres, yo nunca pensé en hacer traicion á la fé que os tenia prometida.

—Así es señora, dijo el rey: yo que siempre he desconfiado del corazon humano, yo mismo traté de doblegar vuestra fidelidad y constancia haciendo que los diestros galanes alcanzasen de vos ciertos favores; pero estos galanes hubieron de convencerme de que vos erais una mujer inquebrantable y de ahí que al admirar vuestra virtud mi amor se acrecentara. Esto me hizo creer que yo era indiferente á vuestros ojos y que sentíais por mí cierto cariño....

—Os engañabais, señor, replicó Aldonza lanzando un gran suspiro, ó mejor dicho yo me engañaba á mí misma. Cuando en los pocos y solitarios ratos que me dejaba aquella existencia de placeres me consulta á mí misma para medir el grado de cariño que mi corazon os profesaba, yo creia, en efecto, que nadie en el mundo tenia bastantes cualidades para sustituiros en el culto que os rendia. Desgraciadamente el tiempo se encargó de mostrarme el error en que vivia y de romper el velo en que se hallaba aun oculta la virginidad de mi alma.

—Os referís al encuentro de Vargas?

—Lo adivinásteis, Señor.

—Dónde le conocísteis?

—Al salir del alcázar, un dia en que vos le concedísteis audiencia.

—Y os enamorásteis de él de un modo repentino?

—No por cierto, dijo Aldonza: mi primer impulso al verle consistió, únicamente en cierto deseo por ausiliar las pretensiones que le habian traido á la córte. Así es que al principio me contenté en escribirle un billete donde le ofrecia mi proteccion y mi influjo; pero luego.....

—Concluid, señora.

—Luego sentí por él cierta inclinacion misteriosa, hasta que por fin me enamoré perdidamente.

—Tan grandes eran las prendas de D. Estéban que alcanzó de vos lo que no habian alcanzado los mas nobles y apuestos galanes de la córte? preguntó Cárlos V haciendo un esfuerzo para contener un suspiro.

—Lo ignoro, Señor: lo único que puedo deciros es que sin percibirlo, sin darme conciencia de ello, me encontré sujeta á la irresistible y magnética influencia que ese jóven ejercia en mi alma. Verdad que este hombre se distinguia de todos los galanes que hasta entonces habian procurado interesarme. En vez de hallar en él este hábil y flexible lenguaje que usaban mis adoradores y en el que hay mas hipocresía y talento que sinceridad y nobleza, Vargas, aunque siempre cortés y bastante delicado, usó con respecto á mí un lenguaje firme, enérgico, valiente, que acabó de dominarme por completo. Confesóme hidalgamente que se hallaba perdidamente enamorado de la señorita de Argoso, que ninguna mujer, por hermosa que fuera, seria lo bastante á que olvidara su imájen y esto no solo avivó la llama que yo sentia arder en el fondo de mi alma, sino que interesó mi vanidad y mi orgullo. Habia en él y bajo la cortesía de un hombre noble é hidalgo, cierta cosa ruda y salvaje que yo nunca habia observado en mis galanes y que por su misma estrañeza llegaba á deslumbrarme. Sus frases indicaban cierta virilidad, cierta energía ante la cual se doblegaba mi firme voluntad de resistir las tentaciones que me inspiraban sus prendas y el noble temple de su alma. Qué mas os diré Señor?... continuó la jóven ahogando un suspiro; yo, sin saberlo, sin razonármelo siquiera me sentí impulsada por una fatalidad increible hácia el jóven que, sordo á mis diestras insinuaciones é indiferente á mis hechizos, no comprendió, mejor dicho, no quiso comprender que yo sentia por él un amor irresistible!....

Hubo un instante de silencio durante el cual mas de una vez la jóven acercó un pañuelo á sus ojos para secar las lágrimas que de los mismos corrian.

El emperador con los brazos cruzados escuchaba triste y meditabundo el relato que con tanta sinceridad y franqueza, le hacia su favorita.

Esta, conforme se lo habia dicho anteriormente, se hallaba dispuesta á no omitir nada de su historia y á ofrecerse ante los ojos del rey con toda la culpabilidad que la ha echado encima su desgracia.

Pasado algun tiempo y viendo que la jóven se hallaba un tanto repuesta, Cárlos V interrumpió aquel silencio diciendo:

—Continuad, señora: vuestra historia está destrozando mi alma; pero no por esto deja de interesarme.....

—Vos, Señor, prosiguió Aldonza, debísteis comprender el cambio que se habia operado en mi existencia puesto que desde que conocí á Vargas os constituísteis en constante observador de mi conducta. Recordad, sino, la noche en que le aguardásteis al salir de mi casa y en que, con riesgo de vuestra vida, cruzásteis con él vuestra espada.....

—Lo recuerdo, Aldonza, interrumpió á la sazon Cárlos V, esto os dará una idea del amor que yo os tenia.

—No lo ignoro, Señor, y ahora que mi imaginacion está ya tranquila, ahora que no siento ya la fiebre que me lanzó por la senda del estravío, ahora yo casi no llego á comprender como llegué á olvidar la consideracion y res-

peto que vuestro amor debia merecerme. Pero ya os dije que entonces me sentia víctima de la fiebre y del delirio. El cariño que yo sentia por Vargas no era ya el sosegado y tranquilo que V. M. me inspiraba. Era un ardor insaciable, un ardiente y constante devaneo, una irresistible tendencia á confundir mi alma con la suya. Esto no obstante mi corazon no se hallaba aun tan pervertido para que yo tuviese el cinismo de engañaros y de fingiros un amor que desde que conocí á Estéban se evaporó de mi pecho. Comprendiendo que de continuar recibiendo vuestra proteccion y caricias, yo me degradaba ante mis propios ojos y sintiendo por otra parte, cierta necesidad de ver y hablar á Vargas al cual llevado quizá por vuestros celos ó sospechas habíais enviado á la guerra de las comunidades, yo resolví dejar la córte y dirigirme hácia los campos de Castilla.

—Y encontrásteis á Vargas? preguntó el rey.

—Sí.

—Lográsteis que os amara?

—Nó, replicó Aldonza suspirando; y no creais que me faltasen ocasiones para demostrar al jóven lo puro y elevado de mi cariño, toda vez que no solo le salvé la existencia sino que me ofrecí á acompañarle á Sevilla y unir mis esfuerzos á los suyos para alcanzar la libertad de su amada.

—No lo ignoro, dijo el rey: esto dió motivo á que vos y D. Estéban falsificáseis una órden mia; á que Enriquez, por órden de Arbués, fuese enviado á Madrid para averi-

guar la autenticidad del documento y á que resultando éste ser falso, se os encerrase á D. Esteban y á vos en estas cárceles.

—En efecto Señor; pero aun hice mas.....

—Qué hicísteis?

—Cierta noche oí que abrian la puerta de mi mazmorra y que unos esbirros penetraban en la misma. Yo, que me hallaba entregada al mas profundo sueño, desperté con sobresalto; aquellos hombres, sin decirme una palabra y obrando como si fuesen una máquina, me cogieron del brazo y me llevaron á la sala del tormento.

—Cómo! dijo el rey sorprendido; os sujetaron quizá á la tortura?....

—A mí nó; pero sí á Vargas.

—Ah!

—El pobre jóven se encontraba sujeto de piés y manos á un caballete de hierro y de madera y solo se aguardaba la señal de un hombre que permanecia en la sala para meter sus piés en el brasero. Este hombre era Enriquez el cual me dijo que se hallaba dispuesto á dar la muerte á D. Estéban si yo no hacia la formal promesa de que, por fin, me entregaria á sus brazos. Sin embargo de que las instancias que anteriormente me habia hecho Enriquez para seducirme no habian producido efecto alguno, y sin embargo de que aquel hombre me inspiraba un horror instintivo, comprendí que la situacion de Vargas era estremadamente peligrosa y que yo era la persona que tenia el suficinte influjo para salvar su existencia. Al principio yo

resistí las insinuaciones de Enriquez; pero viendo, luego, que éste daba sus órdenes para que la tortura empezase, hice el poster sacrificio en obsequio del mancebo y prometí al gobernador que yo cederia á sus ruegos con tal, sin embargo, que me concediese un plazo de quince dias.

—Y este plazo se ha cumplido?

—Hoy mismo.

—Acaso esta lucha que habeis sostenido hoy con Enriquez ha sido efecto de aquella desdichada promesa?

—Lo adivinásteis, Señor.

—Es decir que se empeñó en que cumpliéseis un compromiso celebrado con violencia y bajo el imperio de las mas tristes circunstancias?

—Cabal.

—Esto me esplica vuestra heróica resistencia, dijo el rey mirando con tristeza á la jóven.

—Asi es, Señor: yo prometí á Enriquez que cederia á sus instancias, no con objeto de mantener lo prometido, sino para ganar tiempo y dar motivo á José, el fraile dominico, para que llevase á cabo ciertos planes con los que Vargas debia escaparse de la cárcel. Hacia ya unos dias que yo habia ocultado un puñal en mi seno y que me hallaba dispuesta á cometer un homicidio antes que ceder á las violencias de Enriquez. Constábame que este homicidio me costaria irremisiblemente la muerte; pero esto no me asustaba: el poner fin á mi existencia se habia convertido en uno de mis sueños mas queridos, y al objeto de que este se realizase á la brevedad posible, yo me hallaba

dispuesta á delatarme á mí propia é iba á realizar mi proyecto, cuando de pronto vos, señor, y José, nuestro amigo, os cruzasteis á mi paso.

—En efecto, señora, dijo el rey, la Providencia nos guió á estas cárceles en el mismo instante en que íbais á cometer un suicidio: por fortuna aun podeis retroceder en la senda que emprendísteis y buscar en el mundo, en la córte, en mi amor mismo, una felicidad que hasta ahora no encontrasteis.....

Aldonza movió tristemente su cabeza.

—La felicidad! esclamó; hé ahí una frase que para mí carece de sentido. El mundo, los goces, los placeres, los devaneos de la córte, no harian mas que empeorar la afliccion en que se encuentra mí espíritu. Nó: por mas que V. M. lo sienta, he de asegurarros que yo solo puedo continuar la existencia que he inaugurado en estas cárceles. La soledad en que he vivido ha hecho que contrajese ciertos hábitos de melancolía y tristeza que se avienen muy mal con los placeres. Yo, para vos, señor, no seria aquella mujer radiante de voluptuosidad, de encantos y belleza, que entretenia los ratos de ócio que os dejaba la política, yo he dejado de ser aquella flor lozana, llena de vigor y frescura que se cimbreaba en su tallo al soplo de vuestras caricias; léjos de esto soy una flor ya mustia, agostada, sin aroma ni perfumes y que se ha marchitado arrastrada por el huracan de un amor no satisfecho. Por qué, pues quereis que vuelva al mundo? por qué tratais de resucitar en vuestra alma una pasion que yo no podria atender con la embria-

guez de otros tiempos? Ah! señor! toda vez que os empeñais en que salga de estas mazmorras, en que vuelva á gozar de una libertad que no deseo, permitid que yo continue mi existencia en el fondo de algun claustro, donde entregada á la meditacion y á la vigilia pueda redimir una vida que corrió entre el placer y el estravío!....

—Esto no es posible, Aldonza, dijo Cárlos V con dulzura: os espresais en estos términos porque os encontrais aun sujeta bajo la presion de los mas tristes recuerdos; vos sois aun muy jóven: la belleza que ha marchitado la impura atmósfera de estas cárceles volverá á recobrar su esplendor primero y vuestro corazon, que al parecer se encuentra en una especie de letargo, despertará lleno de vigor y energía. Por qué, pues, tratais de robar á la córte este cúmulo de hechizos, este conjunto de perfecciones que tanto me encanta y admira? El sol de vuestra belleza no ha llegado aun á su cénit y sin embargo vos quereis sumegirle en las tinieblas y oscuridad de un convento!

—Inútil es, Señor, que os empeñeis en violentar mi conciencia. Mi resolucion es hija de la meditacion y la calma y no del entusiasmo y ligereza. La tranquilidad de estas cárceles ha operado en mi alma una revolucion que casi me sorprende á mí misma. Acostumbrada á la soledad y el silencio, el mundo se convertiria para mí en una carga insoportable. Renunciad pues á vuestros proyectos. Vos que sois tan bueno, tan hidalgo, que me habeis dado tantas puebras de un amor noble y generoso, no permitireis que yo continue una existencia

que llenaria mi alma de remordimientos y vergüenza!

—Y qué es lo que haré de este mismo amor que estais invocando? preguntó el rey desesperado.

—Ah! Señor: vos encontrareis cien mujeres que me sustituirán con ventaja y á las cuales una sonrisa, una mirada vuestra, hará completamente dichosas.

—No lo creais, Aldonza: no veré en ellas esa ternura y sublimidad de alma que forma vuestro mayor hechizo.

La jóven sonrió tristemente.

Luego dijo:

—Lo que siento, Señor, es que esta sublimidad de alma la he adquirido á costa del infortunio y la desgracia. Por lo demás si efectivamente sentís ciertas simpatías por mis prendas morales, en cambio hallareis otras mujeres que os embriagarán con sus hechizos y os ofrecerán radiantes de felicidad y de alegría, la copa de los placeres.

Aldonza y el rey iban á continuar en su plática cuando de pronto oyeron rumor de pasos que se acercaban hácia la puerta.

Los dos guardaron silencio.

Estos pasos se detuvieron frente á la mazmorra en que el rey y la favorita se hallaban.

—Quién vá? preguntó Cárlos V dispuesto á utilizar, en caso necesario, su autoridad de monarca para salir de aquellas cárceles.

—Soy yo, dijo una voz desde la galería.

—Es José, interrumpió Aldonza.

—Entrad, dijo el rey.

Y al mismo tiempo abrió la puerta del calabozo que permanecia entornada.

—Señor, dijo el mancebo entrando; acaban de dar las tres de la madrugada y antes de una hora los primeros rayos del alba anunciarán el nuevo dia.

—Y bien? preguntó el rey.

—Creo, Señor, observó José que ha llegado ya el instante de abandonar esta cárcel y que debemos aprovechar la oscuridad que reina aun en las calles para salir del Santo-Oficio. De esta manera no solo protegeremos la fuga de Aldonza, sino que nadie podrá saber que V. M. haya visitado estos antros.

—Enhorabuena, dijo el rey.

Y luego, dirigiéndose á la señorita de Herrera, Cárlos V añadió.

—Os hallais dispuesta á secundar nuestros esfuerzos por salvaros?

—No ignorais, Señor, que vuestra voluntad es la mia, replicó la jóven; pero sintiera en el alma que vuestra generosidad y vuestro deseo por salvarme os pudiera comprometer en lo mas mínimo.

—De esto no paseis cuidado, señora, dijo el rey, José lo ha previsto todo y saldremos del Santo-Oficio sin correr peligro alguno.

—Entonces me pongo á vuestras órdenes, replicó Aldonza levantándose de la estera donde permanecia sentada.

—A qué punto nos dirigimos? pregunto el rey volviéndose hácia el fraile.

—Tengo ya preparada una casa, replicó José, donde la señorita Aldonza podrá ocultarse durante su permanencia en Sevilla.

—Y esta casa puede inspirarnos confianza?

—Es la de mi nodriza, Señor: la misma donde en otro tiempo vivió oculta la señorita de Argoso y donde se refugió su padre, luego que sus amigos pudieron salvarle del patíbulo.

—Entonces vamos, dijo el rey ofreciendo el brazo á Doña Aldonza y cubriendo su rostro en el embozo de su capa.

La jóven se envolvió tambien en su manto, José se caló el capuz de su hábito, y nuestros tres personajes dejaron la mazmorra.

---

# CAPÍTULO XXIV.

---

**Proyectos de marcha.**

Andrés continuaba aun de guardian en la puerta del Santo-Oficio.

Al ver que el rey y el dominico llevaban en medio á la señorita de Herrera, á la que conocia muchísimo por haberla visitado en su mazmorra, nuestro hombre se puso lívido.

Hasta entonces Andrés habia ausiliado todos los planes del fraile porque no ofrecian ningun riesgo; el cambiar un vivo por un muerto para proteger la fuga de Don Estéban de Vargas no habia asustado al esbirro: pero el contribuir á la huida de una mujer que se hallaba estraordinariamente vigilada por el gobernador de Sevilla, y cuya ausencia de la inquisicion seria inmediatamente notada, le llenaba de pavor y de sorpresa.

Fuera de esto á Andrés le constaba que Enriquez habia entrado en el Santo-Oficio, que no á dudarlo habia visitado á Doña Aldonza y cuando éste no salia, era una evidente prueba de que habia ocurrido algo estraordinario.

Así pues, el esbirro en vez de ceder el paso á nuestros personajes les detuvo cortesmente y dirigiéndose hácia el jóven dominico preguntó:

—Sale tambien esta señora?

—Sí, respondió José.

—No es la señorita Aldonza de Herrera?

—Lo adivinásteis.

—Entonces por mas que sienta no obedecer las órdenes de Vuestra Reverencia, yo debo oponerme á que salga.

José palideció.

El rey se puso lívido.

La única de aquellas tres personas que continuó impasible fué la señorita de Herrera.

El fraile comprendió que Andrés se queria mostrar tal vez mas exigente que de costumbre y metiendo una mano en los anchos y profundos bolsillos de su hábito, sacó una bolsa llena de oro y dándola al esbirro, dijo:

—Tomad: este el segundo regalo con que esta noche he premiado vuestra fidelidad y prudencia.

Mas, con gran sorpresa del jóven, Andrés rechazó la bolsa diciendo:

—Es inútil, monseñor: lo que exigís de mí no es realizable.

—Por qué?

—Porque tengo aun demasiado amor á mi existencia para que yo no evite el figurar en uno de los autos que celebra el Santo-Oficio. Es muy posible de que antes que brille la aurora el gobernador Enriquez salga de estas cárceles y me pregunte donde la señorita Aldonza se encuentra, y ya veis que si yo permitiera su salida.....

—En esto no correis ningun riesgo, Andrés, replicó el jóven dominico.

—No os comprendo, monseñor.

—Digo que no correis ningun riesgo, continuó el fraile, toda vez que Enriquez no os dirigirá cargo alguno por haber dejado escapar esta señora.

—Ahora os comprendo menos, monseñor; creeis que viendo que la señorita de Aldonza, no está en su calabozo Enriquez no me preguntará por ella?

—Nó.

—Por qué?

—Porque Enriquez ya no existe.

Al oir esta revelacion, Andrés se santiguó.

—Dios mio! interrumpió; que es lo que ha ocurrido?

—Una horrible lucha entre el gobernador y uno de nosotros durante la cual ha caido muerto de una puñalada que ha recibido su espalda.

—Entonces estoy perdido! gritó Andrés, que se hallaba muy léjos de esperar una revelacion tan tremenda.

—No lo creais, replicó el jóven dominico; vos, Andrés, estais salvado si quereis obedecer nuestras órdenes.

—Permitiendo vuestra huida y la de esta señora?....

—Sí; pero huyendo vos con nosotros.

—Y donde iré que el Santo-Oficio no me prenda? esclamó el desgraciado Andrés, que ya se veia con el sambenito y el cirio verde en sus manos.

—Nos seguireis á nosotros que cuando menos apreciamos cual vos nuestra existencia.

—Qué remedio tengo sino seguiros? interrumpió Andrés sollozando.

—Pues en marcha y no perdamos un tiempo que puede sernos muy útil.

Y al pronunciar estas frases, José indicaba al rey la puerta de la calle.

Este que durante el diálogo habia permanecido silencioso y con el embozo calado hasta sus ojos, salió del Santo-Oficio dando el brazo á Doña Aldonza.

En cuanto á José aguardó á que el esbirro cogiese lo que mas necesitaba para emprender la fuga y luego se unió al rey y á su favorita.

Un instante despues, nuestros tres parsonajes llegaban á la casita de Juana.

La nodriza del fraile recibió á la señorita de Herrera con la benevolencia con que en otro tiempo habia recibido á la señorita de Argoso, y le prodigó todos los cuidados que reclamaba su estado.

En tanto que la jóven se reponia de sus terribles emociones, Cárlos V llamó aparte al dominico y le dijo:

—Vos, padre mio, acabais de dar una muestra del cariño que profesais á Doña Aldonza proporcionándola una

fuga que á no realizarse la hubiera costado la existencia. Pero es necesario que continueis en su obsequio en la via de la abnegacion y el sacrificio sino quereis que vuestros esfuerzos queden totalmente perdidos.

—Hablad, Señor, dijo el fraile; en este asunto yo obraré primero á impulsos del afecto que me ha inspirado esta jóven y luego por el respeto que V. M. me merece. Así, pues, vos Señor, podeis mandarme en la seguridad que obedeceré vuestras órdenes.

—Antes de todo, observó el monarca, he de advertiros que la señorita de Herrera, no puede continuar en Sevilla. En esta madrugada misma se descubrirá el delito que ha cometido en la mazmorra y el Santo-Oficio es demasiado vengativo para que no intente prenderla y no ponga en movimiento su ejército de esbirros y sayones.

—Creo lo mismo, Señor, dijo el fraile; yo cual vos, supongo que la estancia de la jóven en Sevilla pudiera costarle su existencia.

—Pues bien, es de todo punto necesario que hoy mismo salga de esta ciudad.

—Y dónde la acompañaremos que no caiga en la inmensa red que la inquisicion ha estendido?

—La acompañareis á la córte.

—Y no creeis que alguien podrá delatarla? observó el jóven dominico.

—Si Doña Aldonza se mostrase en público replicó el rey, de fijo que no permaneceria veinte y cuatro horas libre; yo, que lo preveo todo, he calculado un medio para

que nadie puede averiguar su estancia en la capital de España.

—Qué medio es este?

—Consiste en llevarla al convento de las Salesas.

—No ignorais, Señor, que este convento es el elegido por las damas de la aristocracia española y que únicamente se puede entrar en él prévia una informacion en que conste la limpieza y nobleza de la sangre.

—Así es, dijo el rey; pero una órden mia dirigida á la superiora del convento allanará cuantos obstáculos se opongan.

—Y creeis que el Santo-Oficio, que tanto priva en los monasterios, no descubrirá á nuestra amiga?

—Nó: la abadesa me es completamente fiel, y como á parte de esto yo la daré secretas instrucciones, Doña Aldonza, no correrá ningun riesgo. Yo, padre mio, continuó el rey con afectuoso y dulce acento, no quisiera ocasionaros tanta molestia, léjos de esto, si me dejase llevar por el cariño que profeso á esta jóven, yo, desde luego, me ofreceria para acompañarla en el convento, pero no he venido solo á Sevilla, y como algunos de los nobles que me acompañaron desde Madrid, conocen á Doña Aldonza, ésta, si fuera conmigo á la córte, seria inmediatamente denunciada. Vos, por el contrario, á nadie os hareis sospechoso, y como el hábito que llevais es un precioso talisman con el cual se abren todas las vias y caminos, llevareis á cabo nuestra empresa.

—Si no es mas que esto, Señor, yo desde ahora os pro-

meto que la señorita Herrera, llegará sana y salva al monasterio.

—Hé ahí lo que conviene. Al realizar este plan, no haremos otra cosa que obedecer su voluntad, la cual, consiste únicamente, en pasar lo que le queda de vida en la tranquilidad y recogimiento del claustro. Quizá luego que se haya repuesto de las tremendas sacudidas que ha debido sufrir su espíritu, se resuelva á dejar el convento, y entrar en un mundo donde tan hermosos recuerdos ha dejado su belleza. Si realmente es así, yo, entretanto, haré de modo que el Santo-Oficio perdone sus estravíos y conquistaré una libertad que actualmente renuncia.

—Señor, replicó el fraile profundamente conmovido: todo lo que hagais en obsequio de esta jóven, será una obra meritoria. Yo, que durante su encierro en la inquisicion he sido su protector y amigo , he podido apreciar sus nobles cualidades. Doña Aldonza tiene una alma verdaderamente grande y generosa, y si durante vuestra amistad con ella sufrió algun estravio, culpad de ello no á su corazon sino á su juventud é inesperiencia.

—Creeis si así no fuera dijo el rey, que yo me constituiria su amparo?

—Opino lo mismo Señor, y de ahí que por mi parte yo ausilie con gusto vuestros planes.

—Os hallais, pues, dispuesto á acompañarla?

—Sí, replicó el fraile, solo falta que V. M. me dé la carta ú órden para la superiora del convento.

Cárlos V se acercó á una mesa donde se veía papel,

pluma y tintero y escribió de su puño y letra lo siguiente:

«Señora abadesa del convento de las Salesas:

»El religioso que os entregará estas letras se halla en»cargado de colocar bajo vuestra guarda y proteccion á una »jóven y noble dama que, queriendo abandonar el mundo, »trata de pasar el resto de su vida en la paz y tranquilidad »que ofrece el claustro. Esto no obstante, como durante su »noviciado, quizá renuncie á su proyecto, y como por otra »parte su salud es muy delicada, toda vez que acaba de es»capar á una enfermedad muy peligrosa, no la sujetareis á »todo el rigor y dureza de la regla y observareis con ella las »consideraciones y miramientos que exige su elevado ran»go. Os suplico que no trateis de averiguar cómo se llama »ni de dónde ha salido, por que así lo exige el interés de »nuestros reinos. Si bajo cualquier pretesto, quisieseis »averiguar su estado, su orígen ó su nombre, caereis en »mi real desagrado. Antes de pocos dias me encontraré de »regreso á esa coronada villa y entonces recibireis mis »instrucciones.

«Yo el Rey.»

Cárlos V cerró este pliego, puso en él un sello que llevaba siempre en su anillo, y luego lo entregó al fraile diciendo:

—Aquí teneis la órden que entregareis á la señora abadesa. Yo me dirijo al alcázar antes de que brille la aurora. Decid á la señorita de Herrera que accedo á sus deseos, pero que me reservo el derecho de visitarla en el convento.

—Está bien, Señor.

—La direis, tambien, que aunque se ausente de Sevilla continuará bajo mi amparo y que no escasearé ningun medio para atender su felicidad y su dicha. En cuanto á vos, continuó el rey, os suplico que tan pronto como llegueis á la córte os sirvais escribirme. Así estaré tranquilo respecto al éxito del viaje.

—Obedeceré vuestras órdenes, Señor, dijo el fraile, besando la mano que le tendia el monarca.

Éste se envolvió en su capa y salió de la casita de Juana guiado por el mismo José que le acompañó hasta la puerta de la calle.

Un momento despues el jóven volvia á encontrase en la misma estancia donde habia platicado con el rey y llamaba á Andrés, al sayon del Santo-Oficio.

Éste se presentó en el cuarto.

—Y bien le preguntó el fraile; no estás aun repuesto del susto ocasionado por la fuga de Doña Aldonza?

—Nó, monseñor, dijo Andrés trémulo; harto os consta que el Santo-Oficio tiene muchos ojos y muchos brazos para ver y cojer á los que tienen la desgracia de atraer sus pesquisas.

—Pues bien, tranquilízate; hoy por hoy no caerás en sus garras, dijo el fraile sonriendo.

—Por qué, monseñor?

—Por qué hoy mismo vamos á dejar Sevilla.

—Emprendemos algun viaje?

—Sí, Andrés.

—Dónde vamos?

—A la córte.

Los ojos del sayon brillaron de alegría.

Se apartaba del teatro donde Aldonza habia realizado su fuga y esto, hasta cierto punto, hacia impune su complicidad en la misma. Así es que dijo:

—Con tal, monseñor, de que abandonemos Sevilla, me hallo dispuesto á seguiros aunque sea al otro estremo del mundo.

—Corriente, dijo el dominico; entonces disponlo todo para salir de esta ciudad en cuanto llegue la noche.

—Vamos solos?

—Nos acompañará Doña Aldonza, ó mejor dicho, nosotros la acompañaremos á ella.

—Necesitaremos un carruaje...

—Claro está.

—Llevaremos alguien que nos acompañe?

—No por cierto: tú y yo seremos los únicos que iremos con la jóven.

—Observad, monseñor, que el viaje ofrecerá algun riesgo, interrumpió Andrés, cuya prudencia no se desmentia ni un instante.

—Por qué?

—Porque ya sabeis que el camino es largo y se encuentra infestado por bandidos.

—Bah! interrumpió el fraile encogiéndose de hombros; qué es lo que harán los bandidos de una muger y un dominico? Esto no obstante, añadió luego de reflexionar un

momento, no estará por demás que metas en el carruaje algunas armas.

—Así lo haré monseñor, dijo el esbirro.

El fraile dejó la estancia y rendido á la fatiga de la noche se tendió en un divan donde reparó sus fuerzas en un sueño de algunas horas.

Al despertar José se dirigió al cuarto de Doña Aldonza la cual estaba ya levantada.

Cuando el jóven la manifesfó que el rey se habia marchado sin despedirse de ella con objeto de no interrumpirla en su descanso y que le habia encargado que la llevara á la córte para meterla en un convento, Aldonza sintió una alegría indescribible.

Esta alegría hubo de acrecentarse cuando supo que en la noche de aquel mismo dia emprenderian el viaje.

Con esto, no solo evitaba las pesquisas que indudablemente haria el Santo-Oficio, sino que abandonaria una ciudad que se habia convertido en sepulcro de sus ilusiones y esperanzas.

Sevilla, la reina del Guadalquivir, la antigua sultana de los árabes, el Eden de España, habia sido para ella la tumba donde habia enterrado las aspiraciones de su alma.

No es pues estraño, que su azulado y sereno cielo pesara sobre su frente como una losa de plomo y que su aire perfumado con el aroma de las flores y naranjos le produjera la asfixia.

# CAPÍTULO XXV.

## Los bandidos.

Tres dias despues de los sucesos que acabamos de relatar en los dos capítulos anteriores, y en una de las infinitas gargantas que cruzan los montes de Sierra Morena, veíase un grupo de cinco ó seis hombres que colocados en torno de un monton de oro y con una baraja en sus manos, se entregaban á las emociones del juego.

No léjos de ellos y ocultas entre unos zarzales veíanse tres mujeres que departian y reian teniendo entre sus manos algunas labores propias de su sexo.

A unos dos mil pasos de distancia, protegido por un grueso y añoso roble colocado sobre una eminencia desde la cual se podian descubrir las avenidas del desfiladero, se veia un hombre que empuñaba un arcabuz y cuyos ojos registraban constantemente el horizonte.

Este hombre era un centinela.

Los otros seis eran bandidos que esperaban tranquilamente la noche para entregarse al sueño.

Las tres mujeres eran sus queridas ó mancebas que les seguian por todas partes y que dividian con ellos los azares y peligros de su errante y solitaria existencia.

En aquella época las comarcas de Andalucía, como todas las otras de España, se hallaban infestadas por multitud de bandoleros, los cuales, reunidos en grupos formaban diferentes sociedades enclavadas por decirlo así, en la sociedad ó civilizacion de aquellos tiempos.

Las guerras de las comunidades, haciendo contraer á los españoles ciertos hábitos de independencia y de conquista; la dureza de los nobles infiltrando en el pueblo las mas salváticas costumbres; el espíritu de empresa que tanto distinguia á los hombres de aquella época hasta el punto de que un puñado de valientes llegaba á conquistar el Nuevo Mundo, y el carácter audaz y aventurero que siempre distinguió á los españoles, eran otras tantas causas que producian el bandolerismo en todas las comarcas.

En vano la Santa Hermandad, instituida por los Reyes Católicos, perseguia esta plaga social en sus mas recónditos é ignorados antros: no obstante, la actividad de los cuadrilleros, no obstante las ordenanzas que publicaban los monarcas, y no obstante el estremado rigor que con ellos usaban los jueces, los bandidos se habian constituido en un fuerte y robusto poder, el cual luchando con el del rey gastaba y quebrantaba sus fuerzas.

Verdad es que el emperador Cárlos V, preocupado en la

conquista de América, y en las guerras de Flandes, Italia y Francia, no curaba mucho de la paz interior de sus estados.

Mientras que por una parte las guerras interiores sacaban de sus reinos gran parte de ese pueblo vago, trashumante, aventurero y amigo de luchas y pendencias que aflige siempre á las naciones, por otra dejaban el interior del país sin ninguna clase de defensa, y de ahí que los vagabundos ú hombres sin familia ni hogar que no querian sujetarse á la uniformidad y rigor de la disciplina del ejército, se quedaran en España, y lanzándose al campo ó á los parajes mas solitarios, campearan de su cuenta.

Esto habia dado orígen á multitud de compañías de bandidos que elevando el robo y el pillaje á la altura de una profesion cualquiera, ponian en grave conflicto la península.

Y en efecto: el bandolerismo en aquella época, era una institucion que se dirigia por sus leyes, sus reglas y sus costumbres.

El oficio de bandido se consideraba, por decirlo así, como un oficio honroso, y el que llevado por un espíritu aventurero ó por el afan de adquirir riquezas sin esfuerzo deseaba profesarlo, no tenia mas que coger un puñal ó un arcabuz, dirigirse á los montes de Andalucía ó de Toledo, y alistar su nombre en alguna de las muchas partidas que se ocultaban en sus cavernas y quebradas.

Durante aquella época, el oficio de bandelero se habia hecho tan corriente que hasta los mismos hombres del gobierno, ó mejor dicho, los que tenian bajo su cuidado el

vigilar por la paz interior de España, cobraban de los bandidos el diezmo de sus robos.

De ahí la impunidad en que vivian.

Para ser bandolero, se necesitaban muy pocos títulos: bastaba con que el neófito presentara su licencia alcanzada en las galeras, lo cual se consideraba como un certificado en forma, ó bien contar y probar los duelos y pendencias en que se habia distinguido.

Una vez presentado cualquiera de estos títulos se le admitia en la partida; el catecúmeno se apresuraba á olvidar su nombre para cambiarlo en un apodo y comenzaba, para él, aquella existencia llena de luchas, de riesgos y de azares que con frecuencia era cortada por la bala de algun cuadrillero, ó por el hacha del verdugo.

Pero si tenia la dicha de vivir algunos años, estos se hallaban sazonados con toda clase de gustos y placeres que alternando con los riesgos, hacian variado y atractivo su oficio.

Colocado sobre los altos montes que se levantan en España como una ciudadela inespugnable, el bandido se entregaba al placer y al descanso, bebiendo, riendo, jujando, recostado en los brazos de sus mancebas, y gozando con sus compañeros el fruto de sus escamoteos y rapiñas.

Verdad es que tenia que luchar con toda clase de intemperies; mas el ardiente sol que como una catarata de fuego se derrumbaba en su cuerpo, no hacia mas que curtir y robustecer sus miembros, y el helado frio del invierno daba nueva energía y vigor á su nómada existencia.

El aire, el frio, el calor, las nieves y las lluvias, daban á su organizacion el temple del acero, y le disponian á las mas grandes y peligrosas empresas.

Hoy el tipo del bandolero, se halla completamente perdido.

Al bandolero que poblaba las cumbres de Sierra Morena, ha sucedido el ratero de las ciudades; la ganzúa ha sucedido al trabuco, y la navaja de Albacete ha sucedido al agudo y fuerte puñal que se fabricaba en las orillas del Tajo.

El tipo del bandido que hoy se conoce en España no es ya el mismo: el de nuestra época no reviste la grandeza y la poesía con que la tradicion nos ha pintado los bandoleros de otros siglos.

Y en efecto: el bandido, en la época del emperador Cárlos V, era como un poder social cualquiera; defendido en las breñas y peñascos, resistia los ataques que le dirijia la sociedad agraviada y hasta muchas veces le llegaba á imponer sus condiciones.

Cuando una compañía de bandidos dejaba sus montes y cavernas para dejarse caer como una tromba sobre el llano, ninguna fuerza era capaz de resistirla: entraba en las villas y aldeas, exigia tributos, saqueaba las moradas, robaba las doncellas, y luego cargada por el botin que habia recogido en su audacia, volvia al monte para preparar desde su cumbre, una otra nueva y productiva embestida.

De ahí que los bandidos fuesen por mucho tiempo y hasta por algunos siglos, muy respetados en España.

Los pueblos de escaso vecindario les recibian con agrado, les ocultaban en sus casas y llevados por su temor y su respeto, se convertian en sus cómplices.

Verdad es que el bandido de aquel tiempo se hallaba caracterizado por cierta hidalguía y nobleza.

Cuando habia recibido un favor cualquiera, nunca se ensañaba contra la vida ó hacienda del que se lo habia prestado.

Espléndido y generoso por la misma razon de que ofrecia lo que tan poco le costaba, el bandido era el primero en pagar el gasto de sus compañeros de orgía, en favorecer la gente verdaderamente pobre, y en recompensar á los que le habian prestado un servicio.

Tal era el bandido de aquel tiempo.

Nosotros nos guardaremos mucho de preconizar sus virtudes y de elevarle á la categoría ó condicion de un héroe; pero el que seamos con él muy severos no es obstáculo á que se hable de él con la justicia que merece.

Hechas estas observaciones continuemos nuestra historia.

Eran las seis de la tarde.

El sol trasmontaba el Occidente y enviaba sus rayos de jalde y escarlata á las cumbres de los montes cuyo rojizo esplendor contrastaba con la sombría oscuridad que empezaba á invadir el fondo de los valles.

En lo mas espeso y verde de la sierra y en el centro de un pinar silvestre, jugaban los seis bandidos de que hablamos al empezar este capítulo.

Los ojos de aquellos seis hombres se hallaban fijos en un monton de oro que se hallaba en el centro del círculo formado por ellos mismos.

Hacia ya mucho rato que jugaban al monte y la suerte favorecia tanto al que tallaba, que habia logrado escamotear el oro de sus compañeros.

De pronto uno de los bandidos cogió un naipe que habia estendido en medio del círculo y colocándolo horizontalmente, dijo:

—Copo!

El que tenia la baraja entre sus manos y que era el dueño de aquel monton de oro, dejó los naipes en el suelo y dijo con la mayor sangre fria:

—No hay inconveniente; pero ante todo es necesario que apuestes una cantidad igual ó mayor á la que contiene la banca.

Al oir estas frases los demás bandoleros, hicieron un signo afirmativo como para apoyar la observacion del banquero.

—Cómo! dijo el interpelado al cual las pérdidas que habia sufrido en el juego daban cierto estremecimiento nervioso; no basta mi palabra?

—No por cierto.

—No acabo de dejar en tu banca mas de diez mil reales que he soltado en cinco ó seis golpes?

—Así es, replicó el banquero; pero lo hiciste para que saltase la banca, y si así como la suerte te fué contraria hubiese favorecido tu audacia, en este instante ocuparias mi puesto.

—Es decir que no quieres fiarme?

—Claro está que nó.

—No ignoras, sin embargo, que mañana vamos á dar un golpe de mano en el cortijo del Alamo, y que es muy posible que en el reparto me toquen treinta ó cuarenta mil reales.

—Puede que así sea, repuso con frialdad el banquero; mas en cambio puede tocarte otra cosa...

—Cuál?

—La bala de algun cuadrillero.

La observacion no podia ser mas justa, y los demás bandidos, que conocian la rivalidad que entre sus dos compañeros existia, hicieron un signo afirmativo.

El perdidoso, viendo la oposicion que hallaba en sus mismos camaradas, guardó el mas profundo silencio.

El banquero volvió á cojer su baraja.

Los demás bandidos hicieron sus apuestas.

Volvia á empezar el juego.

Ya habian salido tres ó cuatro naipes, cuando, de pronto, el perdidoso, detuvo una de sus manos diciendo con voz sombría:

—Juego!

Dos ó tres bandoleros, separaron sus ojos de la baraja para clavarlos en el que de este modo interrumpia la partida:

—Vaya, no seas chiquillo Lorenzo, dijo uno de aquellos, ten paciencia y deja que perdamos tambien nuestro dinero. Así, como así, nuestros bolsillos no tardarán mucho en estar tan limpios como el tuyo.

—Repito que juego! insistió el bandido al cual se habia dado el nombre de Lorenzo.

—Sea, dijo el banquero, volviendo á dejar sobre el césped su baraja; pero supongo que el dinero no te habrá caido del cielo, añadió con sarcasmo.

—En efecto, dijo Lorenzo: no tengo blanca; pero en cambio puedo apostar contra ese monton de oro una prenda que tú, si ganas, aceptarás con gusto.

El banquero sonrió con desden.

—Qué prenda es esta? dijo; es acaso tu puñal ó tu arcabuz? Si es así, te advierto que mis armas son tanto ó mas certeras que las tuyas.

—Esto debiera probarse, dijo Lorenzo con un acento que equivalia á una provocacion disimulada; pero no me refiero á mis armas; la prenda que te apuesto no tiene el privilegio de matar el cuerpo; mas en cambio está matando tu alma.

El banquero palideció.

Lorenzo acababa de lanzarle un dardo que cruzaba su corazon de parte á parte.

—En fin, dijo con voz conmovida; esplícate: qué es lo que apuestas en contra de mi oro?

—Mi manceba! contestó Lorenzo con voz sombría.

—Laura! esclamaron llenos de sorpresa los bandidos.

—Lo pensaba, dijo con acento breve el banquero.

Hubo un instante de silencio durante el cual éste reflexionó profundamente.

Despues levantando su cabeza y fijando una intensa y

chispeante mirada en el que apostaba su querida, preguntó:

—Qué garantía me das de que Laura será mia en caso de que me favorezca la fortuna?

—Mi palabra solemne de que te la entregaré yo mismo y hasta si se resiste yo huiré de ella para que sea completamente tuya.

—Lo oisteis, camaradas? preguntó el banquero volviéndose á los circunstantes, bien como si tratase ed invocar su testimonio.

—Sí, dijeron los bandidos, que llevados por una supersticion que nunca abandona al jugador, retiraron sus apuestas ya por la inseguridad que aquel azar les ofrecia, ya para no influir en la adversa ó favorable suerte de aquellos dos contrincantes.

—Pues bien, replicó el que tallaba con voz sombría: juega!

Sobre el césped, habia el as de copas, y el rey de espadas.

Lorenzo cogió este último naipe, y variando su actitud lo colocó en una posicion horizontal.

El monton de oro quedaba copado.

El banquero volvió á coger su baraja.

Todo el mundo guardó silencio.

No se oia mas que el zumbido de los insectos que volaban de rama en rama en aquel pinar silvestre.

Los ojos de los bandidos, se fijaban chispeantes en los naipes que iba descubriendo el banquero, y cada uno de estos naipes daba lugar á esclamaciones que interrumpian como una exhalacion aquel profundo silencio.

Los únicos que permanecian mudos, los únicos que callaban eran Lorenzo y el que tallaba.

Lorenzo, pálido como un difunto, y con una de sus manos en el pecho, bien como si tratase de comprimir sus latidos, observaba una por una, las cartas que salian, y hasta muchas veces las cogia y las arrugaba entre sus dedos como si quisiese evitar algun *pego*.

En cuanto al banquero, un sudor frio bañaba su frente desde la raiz de sus cabellos, y el temblor visible de su mano era una evidente muestra de la terrible emocion por que pasaba.

Todo el mundo preveia que se trataba algo mas que de un monton de oro, y de una mujer mas ó menos jóven y hermosa.

El corazon de aquellos hombres les decia que aquello tan solo era el comenzamiento de un horrible y sangriento drama.

De pronto los circunstantes, lanzaron un grito.

Acababa de salir el as de copas.

Lorenzo habia perdido.

La suerte que se rie del valor y la audacia de los hombres, habia favorecido al banquero.

Al ver el as de copas, el rostro de Lorenzo que ya estaba pálido, se convirtió en lívido.

El banquero lanzó un gran suspiro como si acabara de librar su corazon de un gran peso, y dejando la baraja en el suelo dijo:

—Estás satisfecho?

—Nó, dijo Lorenzo, con voz lúgubre.

—Qué te falta?

—Aun podemos jugar mas.

—Qué es lo que arriesgarás en una apuesta que valga lo que tu oro ó tu manceba?

—Mi vida, que ya no la tengo en nada puesto que acabas de ganarla cuanto la hacia feliz y dichosa.

—Pues bien, dijo el banquero sonriendo: si para tí no vale nada, cómo exiges que yo la aprecie?

—En efecto, replicó Lorenzo, pero si tú no aprecias mi existencia, yo en cambio necesito mucho la tuya.

—Vaya una ocurrencia! dijo el bandido recogiendo el monton de oro que brillaba entre la yerba y metiéndolo en su sombrero á puñados.

—Es decir, gritó Lorenzo exasperado, que no te atreves á jugar, cobarde?

Al oirse calificar de cobarde, que era la mayor injuria que se podia hacer á un bandido, el banquero irguió de pronto su cabeza, y llevó la mano á su cinto donde brillaba un puñal.

Mas luego, encogiéndose de hombros, fijando una mirada llena de compasion á su rival y dirigiéndose á sus demás compañeros; dijo:

—Vaya! el pobre muchacho está loco. Esto, sin embargo, creo que aun conservará el necesario juicio para satisfacer la apuesta que hizo ante vosotros, y que yo gané en buena lucha.

—Para que yo satisfaga esta apuesta, dijo Lorenzo,

ébrio de coraje, es indispensable que me arrebates la existencia. Con hombres tan cobardes cual tú, no se cumplen las promesas.

—Es decir, replicó el banquero haciendo un esfuerzo por contenerse, que te niegas á cumplir tu compromiso?

—Sí.

—Pues entonces, dijo el bandido echando mano á su puñal, será indispensable, en efecto, que juguemos la existencia.

Y al pronunciar estas frases el banquero asestó una puñalada á Lorenzo.

Pero éste que no perdia de vista ninguno de sus movimientos, habia dado unos pasos hácia atrás, recogida su manta en el brazo izquierdo y parado, con singular destreza, el golpe que le habia dirigido el bandolero.

Entonces los demás bandidos improvisaron otro círculo mas ancho que el anterior y contemplaron con la mayor sangre fria el duelo de aquellos dos adversarios.

Aquel duelo para ellos era un juego como cualquier otro.

En el monte el azar resolvia el derecho de quien se debia quedar con las apuestas.

—En aquel otro juego el puñal habia de resolver cual de los dos contrincantes ganaria tambien la apuesta y se quedaria con el lote de la vida.

La diferencia que habia entre uno y otro juego consistia únicamente en las varias emociones que causaban.

Hacia ya un buen rato que los dos adversarios empleaban todo su valor y destreza para enviarse al otro mundo,

cuando de pronto, de entre la maleza salió un hombre de unos treinta y cinco á cuarenta años, vestido con mas esmero que los demás bandidos, el cual viendo que aquellos dos hombres iban á matarse, gritó con voz fuerte y robusta:

—Qué es esto? Así se matan dos bravos, camaradas?

Al oir esta voz los dos contendientes bajaron sus puñales y los volvieron á su cinto, gritando sorprendidos:

—El capitan!

El recien llegado miró con fijeza á los dos bandidos y luego, con una voz en que se notaba la autoridad y el mando, esclamó:

—A qué viene esta reyerta?

—Capitan, dijo el que habia tallado en el monte: Lorenzo no me quiere pagar cierta deuda que ha contraido en el juego.

—Es esto cierto? preguntó el capitan dirigiéndose á Lorenzo.

El bandido no contestó.

La desesperacion, el coraje y la vergüenza le habian robado la voz.

—No contestas?

—Preguntádselo á los demás compañeros, dijo el ganancioso.

—Qué decís vosotros? interrogó el capitan, dirigiéndose á los demás compañeros.

—Lo que afirma Trabuco es cierto, dijeron los circunstantes.

—Pues bien, replicó el jefe; que pague su deuda.

—Le duele mucho, capitan, observó el banquero al cual se le habia dado el nombre de Trabuco.

—Por qué?

—Porque le he ganado su manceba.

—Que la entregue, dijo el jefe de los bandidos: así aprenderá á no obrar con lijereza; Laura es tuya y puedes hacer de ella lo que mas te plazca.

Lorenzo entonces pronunció algunas frases casi ininteligibles con las cuales pretendia insistir en la idea de no soltar su querida.

Pero una terrible mirada del capitan y un movimiento con el cual llevó la mano á una de las dos pistolas que adornaban su cinto, hubo de sellar sus lábios.

Trabuco, entonces, protegido por la autoridad del capitan se dirigió hácia el grupo de las tres mujeres de que hablamos anteriormente y llamando á Laura se dirigió, con ella, hácia un caverna que servia de guarida á los bandidos.

Pero no bien Trabuco habia dejado á sus campañeros, cuando el centinela que se veia apostado en una eminencia de la sierra, bajó al punto donde se hallaban los bandidos y les dijo que se veía á lo léjos y en la carretera de Madrid un coche que, al parecer, era de viaje.

Obedeciendo á sus instintos, ó mejor dicho á sus antiguas costumbres, los bandidos empuñaron sus armas, y fijaron sus ojos en el capitan, bien como si esperaran sus órdenes. Pero en vez de mandarles que se pusiesen en

marcha, el capitan les dijo que permaneciesen quietos mientras que él iria á examinar por sus propios ojos el coche á que se referia el centinela.

# CAPITULO XXVI.

---

### La Sorpresa.

El capitan dejó, en efecto sus compañeros, y se dirigió hácia la eminencia desde la que el centinela habia descubierto el carruaje.

Al llegar á esta última, iluminado por el último rayo de un sol que se hundia en Occidente, y envuelto en una nube de polvo, el capitan vió un punto negro que en la velocidad con que corria, demostraba que era un coche de viaje.

Este coche seguia una carretera que serpenteaba en la falda del monte y que luego, siguiendo hasta la cumbre, se precipitaba en forma de espiral, á la otra parte de la sierra.

El capitan miró el sol, y viendo que su rojo disco se ocultaba ya en Occidente, hubo de calcular que el tiempo que tardaria aquel carruaje en costear la sierra, era, cabalmente, el que se necesitaba para que llegara la noche.

El jefe de los bandidos, comprendió que aquella presa no podia escaparse, y dejando la eminencia se dirigió, sonriendo, hácia el mismo punto donde le aguardaban sus hombres.

Estos continuaban en pié, empuñando sus arcabuzes y esperando á que les diera sus órdenes.

—Señores, dijo: lo que se vé, es efectivamente un coche, que por sus trazas, quizá vaya en él algun rico personaje. Tal vez podamos dar un buen golpe, y como la ocasion es calva, no hay que despreciarla.

—Vamos á su encuentro, capitan? interrogó uno de los bandidos.

—Al contrario, observó el jefe; dobemos aguardarle: pudiera traer escolta, y como tardará una hora ú hora y media en llegar á estas cumbres, la noche habrá ya cerrado, y podremos luchar con ventaja. Lo que se necesita es distribuir las posiciones. Dos de vosotros y yo, continuó el bandido, señalando unos grandes matorrales que se veían á unos doscientos pasos de distancia, nos ocultaremos en aquellas malezas que están á orillas del camino, y desde cuyo punto detendremos el carruaje. Los cuatro restantes os ocultareis en aquel grupo de pinos que se encuentra al revolver de la sierra, y si el coche se nos escurre, vosotros le detendreis fácilmente. Id en busca de Trabuco, y decidle que venga á reforzarnos.

Mientras los demás se disponian á obedecer las órdenes del capitan, ocupando las indicadas posiciones, uno de los bandidos se dirigía hácia la caverna donde Trabuco habia conducido á Laura.

Al saber ésta que Lorenzo, llevado por su terrible pasion por el juego, habia arriesgado su amor y su hermosura en una carta, su desconsuelo y su dolor no encontró límites.

Trabuco era un hombre que hacia ya mucho tiempo que la decia amores, pero sin que hubiese logrado conquistar ninguna de sus simpatías.

Verdad es que el bandido, no era jóven ni hermoso como Lorenzo: era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, de rudas y groseras facciones, alto, fuerte, membrudo y velloso, mientras que Lorenzo no tenia mas que veinte y tres años, y se distinguía por la esbeltez y gentileza de su cuerpo, lo bello de sus facciones, y lo ardiente de un amor siempre constante.

Así pues, cuando supo que Lorenzo, llevado por una pasion irreflexible y funesta se habia jugado su honra, la jóven se dispuso á luchar con el favorecido por la suerte, y fuerte en su energía y su conciencia, resistió llena de brio las indicaciones de Trabuco.

Este comprendió que nada seria bastante á convencerla y se disponia á lograr su objeto por medio de la violencia, cuando de pronto fué llamado por el bandido que por órden del capitan habia ido en su busca.

—Quién va? preguntó con voz sombría y desde el fondo de la caverna el bandido.

—Sal, Trabuco, dijo el enviado; el capitan te llama. El bandolero apareció en la boca de la cueva.

Estaba pálido, tembloroso, agitado, y se conocia desde luego, que acababa de pasar por una lucha.

—Qué ocurre? preguntó á su camarada.

—Tenemos que dar un golpe de mano á un coche que está subiendo la cuesta y necesitamos de tu ausilio.

—Lo manda el capitan?

—Si no lo mandase yo no vendria á interrumpirte, dijo el bandido sonriendo.

Trabuco reflexionó un instante.

—Y Lorenzo?

—Irá con el capitan.

—Enhorabuena dijo el bandido, entonces aguarda, y voy contigo al momento.

Trabuco volvió á entrar en la caverna donde habia dejado á Laura, cogió á esta última á pesar de su resistencia y temiendo que aprovecharia su ausencia para intentar la fuga, la encerró en un departamento de la caverna donde los bandidos guardaban sus prisioneros.

Despues volvió á salir y sin pronunciar una frase, haciendo toda clase de esfuerzos para ocultar su emocion, siguió á su compañero.

Este le guió al grupo de pinos silvestres que el capitan habia indicado anteriormente.

En cuanto á los demás bandidos cada uno habia ocupado su puesto respectivo.

El crepúsculo habia ya llegado y los peñascos, los árboles, las cumbres, empezaban á envolverse en las sombras de la noche.

Entretanto el coche de viaje seguia ascendiendo por la cuesta, iluminado por dos faroles que llevaba en la delan-

tera y que entre las vagas tinieblas del crepúsculo semejaban dos luciérnagas.

A medida que salvaba el trecho de la cumbre, la brisa de la noche llevaba á oidos de los bandoleros el rumor de las campanillas que traian sus mulas, signo evidente de que no se hallaba muy léjos.

Por fin llegó el instante en que el coche se encontró á tiro del primer puesto de los bandidos.

A pesar de esto nuestros hombres no se movieron.

Deseaban no errar su golpe y aguardaron á que el coche continuara avanzando.

De pronto, cuando este se halló á unos diez pasos de los bandidos, el capitan gritó con voz fuerte y enérgica:

—Alto el coche!

Y dejando la maleza, seguido por los demás bandoleros se colocó en el centro del camino y apuntó, con estos, sus armas contra el hombre que guiaba el carruaje.

Este hombre soltó las riendas y sacando una pistola de arzon que llevaba en el pescante, apuntó á su vez á los bandidos.

Casi en aquel mismo instante y saliendo del fondo del carruaje se oia el grito de una mujer.

Tras este grito se oyó el rumor que hacia una portezuela al abrirse y un hombre saltó del coche.

Este hombre era José el dominico.

Vestia el hábito de su órden que en aquella época era respetado hasta por los mismos bandidos.

Al ver que el del pescante se preparaba á la defensa,

uno de estos dió un agudo silvido para llamar á sus compañeros.

José, al salir del coche, vió que dos hombres se apuntaban sus armas, que iban á verter sangre inútilmente y gritó profundamente conmovido:

—Deteneos! Ya que no queda otro medio nos rendimos!..

—Y dirigiéndose al hombre del pescante el cual no era otro que Andrés, el esbirro del Santo-Oficio, añadió:

—No dispareis; baja del pescante y acude en ausilio de Doña Aldonza que se encuentra desmayada.

—Andrés dejó su pistola y obedeció la órden del mancebo.

—Esto ya es otra cosa, dijo el capitan de los bandidos desarmando tambien su arcabuz.

Y luego, observando á la luz de los faroles del carruaje, que hablaba con un fraile, prosiguió:

—Perdone Su Reverencia que sorprendamos tan bruscamente su coche. Siéntolo tambien por la dama que vá en su interior. Pero no hay remedio: cumplimos con nuestro oficio.

—Sea, dijo el fraile con la mayor sangre fria: supongo que nos exigiréis un rescate.

—En efecto, monseñor, dijo el capitan

—Pues bien, aquí teneis oro, interrumpió el mancebo entregando al jefe de los ladrones un gran bolson de dinero.

—Es inútil, monseñor, replicó el jefe de los bandidos sin que ni siquiera alargara su mano para coger la bolsa.

—Entonces por qué nos habeis detenido? preguntó José

el cual no podia menos que admirar la negligencia con que el bandido rechazaba su oro.

—Para exigiros el rescate.

—No os lo doy?

—Ciertamente; pero al exigir el dinero á los caminantes que sorprendemos, obedecemos siempre á una ley de equidad y de justicia.

—Al decir verdad no os comprendo, repuso el dominico, oyendo hablar de equidad y de justicia á un bandolero.

—Claro está, dijo el capitan; el rescate se exige siempre conforme á la calidad y condicion de las personas que prendemos; y como yo no tengo la honra de conocer á vuestra paternidad ni á la señora que está en el coche, de ahí que no pueda aceptar vuestra bolsa.

—Entonces qué quereis hacer de nosotros?

—Por ahora deteneros y llevaros á nuestra guarida donde quedareis prisioneros.

—Y luego?

—Luego..... veremos. Así como así el continuar vuestro viage seria una imprudencia; la noche está oscura, el camino es muy malo y de seguirlo os arriesgais á sufrir un vuelco. Bajo tal concepto añadió el capitan sonriendo, es conveniente que paseis la noche con nosotros. Nuestra caverna no ofrece las comodidades de un palacio ni hasta las de una celda, pero se os alojará en ella conforme á nuestros medios y segun vuestra elevada calidad exige.

José comprendió que estas frases, no obstante su delicadeza, envolvian la intencion formal de retenerles prisio-

neros, y viendo que era imposible defenderse toda vez que habian acudido allí otros cuatro bandidos, se resignó á obedecer las indicaciones del jefe.

La intencion de José al principio habia consistido en resistir á los bandidos y hasta habia empuñado un arcabuz que llevaba á prevencion en el interior del coche; pero viendo que Doña Aldonza se desmayaba y que ella, mas que nadie, necesitaba de ausilio, el jóven renunció á su propósito.

—Enhorabuena, dijo replicando al capitan de los bandidos, acepto el alojamiento que vos acabais de ofrecerme; pero entre tanto permitid que vea el estado en que se encuentra la señora que está en el interior del coche.

—Nada tan justo, replicó el bandido.

Y cogiendo una de las dos linternas que habia en el carruaje alumbró al mancebo que abriendo la portezuela examinó á Doña Aldonza.

Esta continuaba desmayada y un sudor frio corria de su frente.

—Esto no será nada, interrumpió el capitan examinando, á su vez, el rostro de Doña Aldonza. Si os parece, continuó, dirigiéndose al fraile, aprovecharemos su desmayo para llevarla á nuestra cueva. De este modo evitaremos un susto y hasta quizá una resistencia inútil.

—Corriente, dijo el dominico.

—Hola muchachos! gritó el capitan, dirigiéndose á dos de los bandidos; sacad á esta señora del coche y llevadla á la caverna; id con tiento; al primero que se propase lo mas mínimo, le haré saltar el cerebro.

Los dos bandidos cogieron á la señorita de Herrera y la sacaron del coche.

Luego improvisaron una especie de silla entrelazando sus brazos y echaron á andar en direccion á la cueva.

Andrés y el dominico les siguieron llevando á su lado al capitan y á otros dos bandidos.

Por lo que se refiere al carruage, como no podia seguirles á causa del desnivel y escabrosidad del terreno, dos bandidos desprendieron su tiro compuesto de dos preciosas mulas y en seguida lo arrastraron hácia una hondanada donde lo volcaron y cubrieron de maleza.

Al llegar á la cueva y gracias á un licor espirituoso con el cual se bañaron las sienes y los lábios de Doña Aldonza, ésta recobró el sentido.

—Tranquilizaos, señora, la dijo el dominico, que esperaba con ansia este momento. Nos encontramos en medio de gente, que, segun me ha dicho su jefe, respetará vuestra calidad y vuestro sexo.

—En efecto, dijo el capitan con cierta hidalguía y nobleza; saldreis de aquí tan pura como entrasteis. Como os llamais, señora? preguntó el jefe de los bandoleros dulcificando su acento.

—Doña Aldonza de Herrera.

—Segun parece vuestra calidad en muy noble; perteneceis á una familia distinguida?

—Sí; pero estoy huérfana, contestó Aldonza, que al oir esta pregunta hubo de reprimir un suspiro.

—Os dirigíais á la córte?

—Sí.

—Qué puesto ocupais en ella?

—Hoy dia ninguno. En otro tiempo fuí dama de la reina.

Los ojos del capitan brillaron.

Conforme lo habia ya previsto, aquella mujer constituía una presa que le debia proporcionar muy buen rescate.

Esto no obstante, el jefe de los bandidos trató de conocer á fondo la verdadera posicion de Doña Aldonza, y continuó preguntando:

—Con qué objeto os dirigíais á la córte?

—Con el de entrar en un convento.

—Lástima de buena moza! dijo para su sayo el bandolero.

Y en seguida añadió en voz alta:

—Queréis ser monja?

—Sí.

—De qué convento?

—De las Salesas reales.

—Está bien, dijo el bandido satisfecho de las contestaciones que habia dado la jóven principalmente de la última, que por ser el convento de las Salesas, un monasterio donde solo entraban las damas de elevada alcurnia, le confirmaba en su primitiva idea de que aquella mujer era de calidad y de rango.

Luego dirigiéndose al jóven dominico, prosiguió:

—Vuestra Reverencia perdone si soy molesto en mis preguntas: ya os dije que acostumbraba á fijar el rescate segun la posicion y fortuna de los que caen en mis

manos. Así pues, no estrañeis que dirija á vuestra paternidad las mismas preguntas que he dirigido á esta señora. Cómo os llamais?

—José.

—José á secas.

—A secas.

La firmeza con que el jóven respondió al bandido, hizo comprender á éste último, que esta contestacion no admitia réplica.

Verdad es que segun el bandido el nombre no importaba nada á la persona, y que era lo de menos si lograba alcanzar un buen rescate.

Así es que dijo:

—Vuestra profesion?

—Ya lo veis... soy fraile dominico.

—Vivís tambien en la córte?

—Nó.

—Dónde, pues?

—En Sevilla.

—En qué convento?

—En ninguno.

—En qué casa?

—En la de Arbués.

El rostro del bandido palideció.

El terror que habia esparcido este nombre habia llegado á la cumbre de aquellas sierras, y habia penetrado en el corazon de los bandidos.

—Formais parte, quizá, de los religiosos que cons-

tantemente le rodean? preguntó con interés el bandido.

—Soy su favorito.

El capitan reflexionó un instante.

Que Aldonza hubiese figurado entre las damas de la córte, esto nada tenia de estraño; pero que José perteneciera á la casa de Arbués, y que de consiguiente fuese uno de los personajes mas influyentes en el Santo-Oficio, esto ya era otra cosa.

—El capitan no temia el hacha del verdugo; pero en cambio temia la inquisicion y sus hogueras.

Si realmente era cierto que José era el favorito de Arbués, no tenia mas remedio que soltarle sin exigirle ninguna clase de rescate, puesto que de lo contrario el Santo-Oficio le buscaria y le prenderia aunque se ocultase en las entrañas de la tierra.

Pero, y si el jóven le engañaba? si sus frases no eran mas que una impostura con la cual trataba de imponerse?

Hubo un instante en que el jefe de los bandidos no supo que resolver.

Al fin dijo:

—Traeis algo que pruebe que, efectivamente, vos sois el favorito del inquisidor general de España?

—Nó.

—Entonces cómo puedo creeros?

—Me creeríais si os encontrárais en Sevilla y preguntárais quién soy.

Se me ocurre una idea, interrumpió de pronto el dominico.

—Cuál?

—Si os empeñais en saber quién soy, antes de cuarenta y ocho horas podreis averiguarlo.

—De qué modo? preguntó el bandido.

—Enviando uno de vuestros hombres á Sevilla.

—La idea me place; pero encuentro en ella un pequeño inconveniente.

José miró al bandido como si quisiese decir:

—Continuad.

—Si envío un hombre á Sevilla, de fijo que no volverá á estos montes.

—Por qué?

—Porque se meterá en la boca del lobo.

—Conoceis al señor Mandamiento?

—Quién no conoce al jefe de la Garduña? esclamó el bandido, sonriendo.

—Pues bien, si le enviais uno de vuestros hombres, de fijo que el señor Mandamiento no lo delatará al Santo-Oficio.

—Os hallais dispuesto á escribirle?

—No tengo inconveniente.

—Pues aguardad: os traeré pluma y tintero.

Y dirigiéndose á una alacena que se veia en la caverna, el bandido trajo recado de escribir al dominico.

Este cogió tranquilamente una pluma, y escribió lo siguiente:

«*Señor Mandamiento:*

»Os suplico que pongais al pié de esta carta, una nota »de las señas, profesion y calidad del que os saluda y

»tiene el gusto de dirigiros estas líneas. Enviadme un sal-»vo conducto para que pueda llegar hasta la córte sin caer »en manos de bandidos.

»FRAY JOSÉ EL DOMINICO.»

—Os está bien? preguntó el dominico, enseñando lo que habia escrito al jefe de los bandidos.

—Perfectamente, dijo este último.

—Cuál será el tiempo que empleará vuestro hombre en ir y venir de la ciudad? preguntó José.

—Dos dias.

—Pues bien: cuando concluya este plazo os habreis convencido de que yo nunca engaño á nadie por mas que celebre mis tratos con un jefe de bandidos.

—Así lo espero, monseñor, dijo éste último con la mayor sangre fria; pero entretanto permitid que desconfie y que os ponga á buen recaudo. Cuando hacemos algun prisionero, tenemos la costumbre de encerrarlo en cierto departamento de esta cueva, á fin de que no emprenda la fuga. Creo, monseñor, que vos no tendreis inconveniente en ocupar con esta señora y vuestro servidor el punto que he indicado...

—Harto os consta, dijo el fraile sonriendo, que aquí no tengo voluntad propia.

—Confesad, no obstante, dijo el bandido con mal encubierto sarcasmo que yo no dispongo ni ejecuto nada sin consultarlo á vos mismo.

—En efecto: esto cuando menos me prueba que sois un bandido galante.

—Gracias monseñor. Yo os prometo que mientras permanezcais en nuestra compañía se os tendrán hácia vos y esta señora las atenciones que vuestra condicion y calidad merecen. Así, pues, cuando gusteis se os acompañará al departamento que, hoy por hoy, y entretanto vuelva el mensajero que enviaremos á Sevilla, se convertirá en vuestra cárcel.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Entonces vamos.

Y el bandido se dispuso á guiar los tres prisioneros hácia el punto que indicaba. Pero en el mismo instante en que José y Aldonza se preparaban á seguirle, Trabuco que hasta entonces habia permanecido silencioso, se dirigió hácia el jefe de los bandidos y le dijo:

—Tengo que haceros una advertencia, capitan.

—Cuál?

—La cárcel está ocupada.

—Por quién?

—Por Laura.

—Está presa?

—Guardada, capitan: la manceba de Lorenzo se resistió á mis caricias y como vos me llamasteis para sorprender al coche, yo, temiendo que emprenderia la fuga, dejando burlada mi esperanza, la dejé encerrada.

—Y bien?...

—He creido de mi obligacion el advertiros lo que ha ocurrido, toda vez que tratais de encerrar en su misma cárcel á nuestros prisioneros.

—Qué importa? dijo el capitan encogiéndose de hombros; si temes que Laura emprenda la fuga ó que su presencia sea un motivo de discordia entre tú y Lorenzo, que continúe guardada. En vez de tres prisioneros serán cuatro y hélo ahí todo.

—Enhorabuena, capitan.

—Está asegurada la puerta?

—No la echaria abajo un cañonazo.

—Y en cuanto al pozo?

—No es posible bajar ó subir por él sin una soga, dijo Trabuco.

—Pues bien: entónces no es fácil que se escapen y tendrán que sujetarse á las condiciones que tengamos á bien imponerles. Esto, sin embargo, no será inútil que esta noche te pongas de guardian en la misma boca del pozo. Así guardando á tu Laura guardarás la otra gente.

—Lo haré, capitan.

Este diálogo, sostenido en voz baja, no fué oido por nadie.

Convenidas así las cosas, el jefe de los bandidos rogó á José, á la señorita de Herrera y á Andrés, que le siguieran, é internándose unos veinte y cinco ó treinta pasos en la cueva, llegaron al frente de una puerta.

Esta puerta se hallaba chapeada con gruesas láminas de hierro y se abria y se cerraba corriendo unos cerrojos.

Conforme habia dicho Trabuco, un cañonazo no la hubiese echado al suelo.

El capitan la abrió de par en par é invitó con su cortesía de costumbre á los prisioneros á que entrasen por ella.

Luego que estos hubieron cruzado su dintel, el jefe de los bandidos corrió sus cerrojos y volvió entre sus compañeros dando órden á las dos mujeres, que aun permanecian entre ellos, que preparasen una magnífica y espléndida cena tal como exigia la posicion y el rango de los encarcelados.

# CAPÍTULO XXVII.

---

**La cena.**

El capitan, al entrar, habia dado á José una tea de resina con la cual se habia alumbrado y que sirvió para examinar la estancia donde se les habia encerrado.

Formaba esta un espacio irregular de unos veinte piés de largo por doce de ancho, cerrado en la parte superior por una bóveda de granito cuyas húmedas estalactitas, brillaban como gruesos diamantes al resplandor de la tea.

En la parte inferior de esta gruta y en el ángulo mas lejano de la puerta, veíase una especie de galería, llena de escombros y malezas, por la cual, aunque con dificultad, hubiese pasado un hombre.

Algunos enormes pedruzcos que servian de asiento á los desgraciados que moraban en la cueva y un cántaro lleno de agua constituian su menage.

Conocíase que aquella estancia no era mas que la con-

tinuacion de la gruta y que se habia convertido en cárcel, dividiéndola en dos compartimientos por medio de la puerta descrita anteriormente.

Cuando los bandidos no guardaban prisionero alguno, abrian dicha puerta y convertian el segundo compartimiento de la gruta en un cómodo y escelente dormitorio.

Si por el contrario guardaban algun caminante, los bandoleros conservaban para sí la entrada de la cueva y durmiendo en ella se convertian en centinelas constantes de sus infelices prisioneros.

Así es que estos no podian fugarse.

No podian fugarse, primero por las condiciones de resistencia que la misma puerta ofrecia, y segundo porque aunque hubiesen logrado forzar esta última, hubiesen tropezado con el mismo cuerpo de sus guardias.

El único punto que ofrecia un medio para realizar la fuga era la galería que, llena de escombros y maleza, se veia en un ángulo de aquella gruta.

Esta galería se prolongaba unos ochenta ó cien pasos en las entrañas de la tierra y comunicaba á un pozo de unos veinte y cinco ó treinta piés el cual, desembocaba á su vez, en la superficie del monte.

Mas para realizar la huida, eran indispensables dos cosas: primero desembarazar los escombros y maleza que obstruian la galería, y segundo tener dispuesta una soga para escalar el pozo y salir á la parte esterior del monte.

Hacemos estas advertencias por creerlas indispensables al curso de nuestra historia.

Cuando Aldonza, José y Andrés penetraron en la gruta, se hallaban aun tan deslumbrados por el reflejo de los hachones que los bandoleros habian encendido en la entrada de la cueva que al principio sus ojos no podian distinguir los detalles de su cárcel.

Así es, que tampoco vieron un bulto que acurrucado en uno de sus ángulos, se estremecia de cuando en cuando.

Este bulto era una mujer.

Era Laura que conforme habia dicho Trabuco, permanecia encerrada.

Pero luego que José con la tea en una de sus manos quiso reconocer la cueva, tropezó enseguida con ella, y retrocediendo unos pasos dijo:

—Quién sois?

—Ya lo veis, dijo Laura, sin variar de actitud y con voz que entrecortaban los sollozos; ya lo veis: una mujer.

—Sois quizá una víctima de la rapacidad de esos bandidos? preguntó el dominico.

—Nó.

—Entonces por qué os encontrais en esta cueva?

—Porque me encerraron ella.

—Los mismos bandoleros?

—Sí.

—Os guardan enemistad?

—Uno de ellos tan solo.

—Es tal vez el capitan?

—Nó: uno de sus hombres al cual llaman Trabuco.

—Y no teneis á nadie que os proteja? interrogó José.

—Sí, dijo Laura, sin que variase de actitud porque le daba vergüenza el mostrar el rostro; pero este hombre hoy mismo se ha jugado mi honra.

—No os comprendo...

—Claro está; porque se ha jugado los derechos que sobre mí tenia en el monte.

Al oir la sencillez con que Laura pronunciaba estas frases, José, Andrés y la señorita de Herrera, dieron unos pasos hácia atrás.

—Estas frases eran, para ellos, como un rayo de luz.

Aquella mujer formaba parte de la compañía de bandoleros, y comprendieron que vivia en amigable consorcio con alguno de aquellos.

—De ahí, pues, su sorpresa y que retrocedieran asustados.

—Por qué os apartais de mí? preguntó Laura que comprendia la instintiva repugnancia que inspiraba; por qué aumentais con vuestro desprecio mi desgracia?

Y al mismo tiempo la jóven erguía su semblante, y fijaba sus negros y llorosos ojos en nuestros tres personajes.

Andrés y Aldonza, lanzaron un grito de sorpresa.

Nunca hasta entonces, habian visto una mujer, que, como Laura, fuese tan bella y tan hermosa.

No llegaba aun á los veinte años, y la triste condicion en que se hallaba, no habia quitado aun el sello de candidez é inocencia que distingue á la doncella.

Por mas que siguiese acurrucada en uno de los pedrus-

cos de la cueva, únicos sitiales que en la misma habia, conocíase que era mas bien alta que baja, y de gentil y gracioso talle.

Aquella jóven representaba el tipo andaluz en toda su energía y pureza.

Era de rostro ovalado, fino, moreno, de rasgados y brillantes ojos, y de cabellos negros como las alas de un cuervo.

Sus facciones se distinguian por sus regulares proporciones y bellísima armonía, y su gracia y su belleza, estaba realzada por dos hoyuelos en sus morenas y aterciopeladas megillas donde parecian revolotear cien amorcillos.

Aunque vivia sujeta á la intemperie, las líneas de su semblante, conservaban cierta delicadeza y finura, signo evidente de que aquella mujer pertenecia ó habia pertenecido á una familia distinguida.

El timbre de su voz era musical y melodioso, y cuando hablaba, sus frases parecian notas que brotaban del fondo de su alma.

José y Aldonza, la contemplaron sorprendidos, y luego, viendo que sus negros y llorosos ojos continuaban fijos en ellos como si demandaran una contestacion á su pregunta dijeron:

—No os rechazamos, señora.

—Pues entonces á qué tanta sorpresa?

—Hablásteis de que un hombre, replicó el dominico, habia jugado vuestra honra, y esto á decir verdad, nos es-

traña. Si realmente es así, creed, señora, que efectivamente sois muy desgraciada.

Laura exhaló un gran suspiro, y dijo, pasado un instante de silencio.

—Y sin embargo, monseñor, creed que él me ama.

—Quién?

—Lorenzo.

—Es quizá vuestro amante?

La jóven hizo un signo afirmativo.

—Y es uno de los bandoleros que han detenido nuestro coche? preguntó la señorita de Herrera, que sentia cierto interés por Laura.

—Ignoro, señora, si él ha contribuido á prenderos; mas yo he de suponer que sí, toda vez que forma parte de la compañía de bandidos que os ha encerrado en esta gruta.

—Y vos, preguntó Aldonza, por qué os hallais encerrada? Ya que vuestro destino se encuentra sujeto al de esos hombres, no veo una razon para que se os trate de este modo.

—Ah! señora: vos no conoceis la suspicacia de Trabuco, dijo Laura con tristeza.

—Quién es ese hombre?

—El bandido al cual pertenezco.

—El que ganó en el monte á vuestro amante?

—Cabal: no ignora la repugnancia que me inspira, y cree que en cuanto pueda huiré de él, y hasta de mi mismo amante Lorenzo, para evitar sus caricias.

—Y por esto os ha encerrado?

—Sí.

—Y qué pensais hacer? preguntó el jóven dominico.

—Resignarme.

—Pero llegará la ocasion en que Trabuco exigirá de vos lo que ganó en el juego.

—Ciertamente: lo he previsto.

—Qué hareis?

—Antes que ceder á sus caricias, le ahogaré entre mis brazos, dijo Laura.

Aldonza palideció.

Esta energía por parte de la jóven, la recordaba la que, dos ó tres dias antes, habia observado ella con Enriquez.

Así es que no dijo nada.

Por su parte la jóven continuó:

—Fuera de esto, creo que no llegará este caso, puesto que Lorenzo concluirá por salvarme.

—Entonces os quiere mucho? preguntó el dominico.

—Lo suficiente para que se haga matar cuando yo quiera.

—Entonces cómo jugó vuestra honra? preguntó Aldonza sorprendida ante la sencillez con que respondia la jóven.

—Hé ahí lo que yo no me esplico, dijo Laura; es muy posible que haya tenido un momento de estravío y que llevado por su estraordinaria pasion hácia el juego, haya perdido su cabeza y ejecutado una accion que, estoy

cierta de ello, quisiera borrar con la sangre de sus venas.

Y vos le amais mucho? preguntó Aldonza.

—Le idolatro, señora.

—Y le perdonais su ligereza?

—Si mañana Lorenzo en uno de sus momentos de ceguedad clavara su puñal en el fondo de mi seno, yo moriria sonriendo y diciéndole: «Te amo!»

Aldonza y el dominico se miraron.

El amor de Laura llegaba efectivamente á la idolatría.

—Y nunca habeis querido á ningun otro hombre? preguntó José el cual se sentia arrastrado por ciertas simpatías hácia la jóven.

—Nunca: el verdadero amor es esclusivo; quizá algun dia la suerte me arroje en brazos de algun otro hombre: pero mi alma se dirigirá constantemente hácia Lorenzo.

—Hace mucho tiempo que estais con él en relaciones?

—Dos años, monseñor.

—Y nunca le habeis dejado?

—Cómo es posible, dijo Laura, si él es mi amparo, mi luz y mi existencia? Al abandonar mis padres le juré un amor eterno y que jamás le dejaria, y yo, aunque débil mujer, soy esclava de mis promesas.

—Y dejásteis vuestra familia para adoptar esta existencia llena de riesgos y peligros?

—Cuando empecé á quererle me hallaba muy léjos de creer que algun dia yo seria la manceba ó la esposa de un bandido; pero el destino nos unió de un modo fatal é irresistible, y ya sabeis que cuando un hombre y una mujer

se colocan en la pendiente fatal de la desgracia, no paran hasta el abismo.

—En efecto, dijo el fraile exhalando un gran suspiro, bien como si estas frases evocaran en su alma todo un mundo de recuerdos. Por lo que se vé, continuó, vuestro pasado es muy triste...

—Tal vez mas que mi presente, dijo Laura sonriendo: forma una historia de lágrimas y sangre.

—Quereis contarla? preguntó la señorita de Herrera con dulce y cariñoso acento.

—Por qué nó, señora? desterrada como estoy de la sociedad y el mundo, el relato de mis sufrimentos en nada agravará la situacion en que me encuentro y proporcionará un desahogo á mi alma.

—Entonces contadla, observó José que acostumbrados ya sus ojos á la fantástica y sombria oscuridad que en aquella gruta reinaba, habia visto los tres ó cuatro pedruscos que servian de asiento y acercó uno de ellos á la señorita de Herrera.

—Esta se sentó dirigiendo un signo de agradecimiento al jóven dominico, el cual á su vez, tomó asiento en otro de aquellos sitiales.

Andrés que hasta entonces habia permanecido silencioso, continuó en pié como en muestra de respeto.

Laura, por su parte, se acomodó lo mejor que pudo en su asiento é iba á empezar el relato de su historia, cuando de pronto se oyó el rumor de unos cerrojos.

Era la puerta que se abria.

En su dintel apareció un bandido el cual traia una piel de cabra que colocó á guisa de mantel en el centro de la gruta.

Tras de este bandido aparecieron dos mujeres que llevaban platos, vasos, cubiertos y botijos que colocaron sobre la piel de cabra, guardando un respetuoso silencio.

Aquellos preparativos indicaban que se iba á dar la cena á los prisioneros.

Y efectivamente: luego que se hallaron tendidos los rústicos manteles, aquellas dos mugeres volvieron á salir de la estancia para traer unas ricas fuentes de loza sevillana, donde se veian los mas esquisitos manjares.

El jamon de Andalucía, la cecina de la Mancha, el chorizo de Estremadura alternando con las liebres conejos, perdices y alondras de aquellas montes, formaban la principal base de aquel espléndido banquete, sazonado con el néctar de Málaga y de Jerez.

José que ignoraba los recursos que en lo que toca á vituallas podian contar los bandidos, no pudo menos que estrañarse.

Aquel banquete, servido en otro lugar y circunstancias, hubiera sido digno de un príncipe.

Andrés lo debió comprender de esta manera, toda vez que sentándose cerca la piel que sustituia los manteles y aspirando con singular fruicion el sustancioso olor que brotaba de las fuentes, dijo:

—Vaya que á no ser por la humedad de esta gruta y

lo duro de estos sitiales, uno se creeria en algun palacio encantado.

Y prévia la licencia de José, tomó, como por via de hacer gana, una rebanada de jamon que hubiese honrado á Eliogábalo.

—Acercaos, Aldonza, interrumpió José imitando á su criado; el capitan es un hombre muy cumplido y nosotros faltaríamos á la cortesía que debemos á nuestro huésped, sino honrásemos su cena.

Estas frases pronunciadas con un acento casi irónico, hicieron sonreir á Doña Aldonza que tomó asiento á su lado.

—Y vos, señora, continuó el fraile dirigiéndose á Laura, no os acercais hácia nosotros?

—Gracias; no siento apetito, dijo Laura con voz débil.

—Probad un poco de este Jerez, interrumpió Aldonza, alargándola una copa de este vino que no conoce rival en el mundo.

La señorita de Herrera hizo esta oferta con voz tan dulce y cariñosa, que Laura no se atrevió á desairarla.

Sentóse, pues, alrededor de la piel y probó de un rico y esquisito pastel obra maestra de algun confitero de Sevilla y que el capitan guardaba para las personas de calidad y de rango.

Luego aceptó la copa que la habia ofrecido Aldonza.

Durante este tiempo Andrés no cesaba de honrar la cena probando de todas las fuentes; escanciándose el vino y

elogiando al cocinero de los bandidos, única manera con que interrumpia su silencio.

Pero llegó el instante en que su estómago perdió su resistencia y en que cesó de comer, y por consiguiente de elogiar las viandas.

Concluida la cena, que, sea dicho entre paréntesis, fué servida con gran tino por las otras dos mugeres que habia en la cueva, quitáronse las fuentes, los platos, las botellas y los manteles, y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces José rogó á Laura que cumpliera su promesa y la jóven se dispuso á comenzar su historia.

---

# CAPÍTULO XXVIII.

---

**El primer amor.**

Yo nací en un lugarejo distante cuatro leguas de esta sierra, dijo Laura.

Mis padres son unos ricos labradores que por no tener mas hija que yo, cifraban en mí toda su esperanza.

Siendo hija única, inútil es decir que pasé mi infancia y parte de mi juventud entre los mimos y caricias de unos padres que consideran sus hijos únicos como el mas rico y principal de sus tesoros.

Así es que desde mis mas tiernos años se dió satisfaccion á mis caprichos.

No tenia aun doce, cuando asistia ya á las fiestas, reuniones y zambras á que se entregaban los mozos y muchachas de mi pueblo, y cuando sentia en el fondo de mi alma el vago gérmen de esas enérgicas pasiones que distinguen siempre á la edad nubil.

Libre de las trabas á que ciertos padres sugetan el desenvolvimiento y educacion de las doncellas, viviendo en un país cuyo ardiente clima enciende tempranamente las facultades del alma, no es estraño que yo sintiese en mi corazon uno de esos vacíos que no llevan el sosiego y tranquilidad de la familia.

Sentia en mi alma un fuego devorador, á cuya luz veia un mundo de dichas y placeres y aunque no me daba cuenta del sér ú objeto que podia realizar estos sueños, mis ojos y mi corazon iban tras un jóven de quince ó diez y seis años que por su gallarda presencia y apuesto continente, llamaba la atencion de las doncellas.

Por espacio de dos años mi corazon se inclinó hácia él con el silencio y recato de una vírgen que no se atreve á confiar á sí misma los secretos de su alma y durante estos dos años nunca observé en él una inclinacion hácia mí, por parte suya.

Esto contrariaba mucho las aspiraciones de mi alma, sin embargo de que yo nunca traducia mis simpatías en actos esteriores que pudiesen avivar en él un sentimiento favorable á mis deseos, yo, al ver que en nuestras reuniones y zambras obsequiaba á mis amigas, sentia un malestar y unos celos que solo podia mitigar un torrente de amargas y ardientes lágrimas.

Mas de una vez mi vanidad y mi amor propio trataron de buscar los motivos que ocasionaban su alejamiento; unas veces interpretándole en contra mia, yo me decia que era para él bastante hermosa, y otras veces, recordando la

brillante posicion de mi familia y considerándome algo mas rica que las otras doncellas de mi pueblo, achacaba á cortedad de génio su desvío.

Mi mismo amor obligaba mi corazon á guardar con él cierta reserva y esta fingida indiferencia no hacia otra cosa que aumentar la suya.

Pero llegó un dia en que las circunstancias hubieron de romper el valladar de hielo que al parecer, y solo al parecer dividia nuestras dos almas.

Era una mañana de otoño.

Mi padre y mi madre habian querido pasar el dia en un cortijo ó hacienda que tenian á media legua del lugar y como salieran de casa á los primeros rayos del alba, encargaron á una criada que me llevase al cortijo á las nueve ó las diez de la mañana, á fin de que yo permaneciese algun tiempo mas en mi lecho y gozara del sueño y del descanso.

Para ir desde el lugar al cortijo, se tenia que cruzar un espeso y añoso robledal, punto donde acostumbraba á pastar una de las muchas toradas que se criaban en mi pueblo.

Nacida en el campo, yo nunca habia sentido el mas pequeño miedo por esas salvajes fieras que ensangrientan el circo de las ciudades.

Así es que, seguida por mi criada, yo entré en el robledal sin sospechar que llegase á correr el mas mínimo peligro.

El único paso que hacia el bosque accesible, consistia en una senda ó vereda que partiendo la selva en dos mita-

des se dirigia á un profundo é inmenso barranco por donde se precipitaban las mujidoras aguas de un torrente.

Este camino lo era de atajo para llegar al cortijo.

Una vez se llegaba al barranco, se tenia que andar con gran tino para que el cuerpo guardara su equilibrio y no se precipitara al abismo.

El torrente se cruzaba con un débil puente de madera, ó, por mejor decir, con un flojo é inseguro poste que unia las dos orillas.

Mi criada y yo cruzamos gran parte de la selva, descendimos al barranco, salvamos el torrente, volvimos á subir la otra pendiente del abismo y llegamos, por fin, á la otra mitad del bosque la cual era aun mucho mas agreste y sombría que la otra mitad ya cruzada.

Eran las diez de la mañana y sin embargo de que el dia estaba claro y sereno los rayos del sol no llegaban á filtrar por entre las espesas y añosas copas de los robles.

Nos hallábamos ya á unos doscientos pasos del abismo, cuando, de pronto, la criada que iba delante de mí, se detuvo lanzando un grito.

Frente á frente de nosotras, al revolver del sendero y á unos cincuenta pasos de distancia acabábamos de ver un salvaje y enorme toro que situado en medio del camino escarbando la tierra y mirándonos con foscos y mal intencionados ojos se preparaba á embestirnos.

Los grandes é inmensos zarzales que se veian á una y otra parte de la senda, formaban un impenetrable muro

de espinas y verdura y eran obstáculo á que nosotras pudiésemos dar un rodeo para evitar la fiera.

Yo, al principio con gran temor de la criada, insistí en proseguir nuestro camino en la esperanza de que el toro nos cederia el paso, y de que el boyero correria en nuestro auxilio si el toro nos embestia.

Pero me equivocaba: en el mismo instante en que yo me colocaba delante de mi criada para animarla con mi ejemplo, oí la zampoña del boyero que resonaba en el interior del bosque y muy léjos de nosotras, lo cual hacia imposible su socorro, y la bravía y salvaje fiera nos daba su embestida.

Yo, entonces sentí como la sangre quedaba yerta en mis venas y llevada por el instinto de la conservacion que jamás nos abandona en los apurados trances de la vida, volví al toro mis espaldas y eché á correr con todas mis fuerzas en direccion al barranco, seguida ó mejor dicho, precedida por mi criada.

Esta, al llegar á orillas del abismo, se detuvo.

Comprendia el riesgo que corria al descenderlo de prisa y careciendo de valor para precipitarse en el mismo, cogió por su orilla y saltando zarzas, rasgando su traje entre los matorrales y espinos, continuó emprendiendo la fuga.

Yo no quise imitarla.

Comprendiendo que los zarzales obstruirian mi paso y que seria irremisiblemente víctima del toro, seguí corriendo la vereda que serpenteaba en el abismo, y sin preveer

que la velocidad de mi carrera haria perder el equilibrio de mi cuerpo, ó que, cuando menos, no siendo dueña á contenerla me derrumbaria en las aguas del torrente.

La fiera, entretanto, en vez de seguir la criada, habia obtado por embestirme á mí, y precipitándose cual yo en el barranco continuaba siguiendo la vereda.

Ya su halito humedecia mi cuerpo, y sus cuernos rozaban mis vestidos, cuando de pronto se oyó un tiro.

En cualquier otra ocasion yo hubiese caido en tierra asustada; pero en aquel momento, arrastrada por la velocidad de mi carrera y sin que pudiese mantener fijo mi cuerpo, me sentí impulsada hácia el fondo del abismo.

Yo irremisiblemente iba á caer despeñada en las aguas del torrente, cuando de pronto, un jóven se lanzó hácia mí, y me tendió sus brazos.

Guiada por mi instinto de conservacion y sin reparar en quién me prestaba su auxilio, me dejé caer en ellos gritando:

—El toro! el toro!

—No te asustes, Laura, dijo el hombre que me retenia en sus brazos; el toro yace en el suelo entre aquellos zarzales, he tenido la fortuna de clavarle una bala en su testúz, en el mismo instante en que iba á alcanzarte con sus astas.

Al oir la voz del hombre que me hablaba este lenguaje, yo me quedé sorprendida; mas á fin de que mi vista no desmintiera mi oido, levanté mis ojos hácia él, y al verle su semblante, grité palideciendo:

—Lorenzo!

Era efectivamente el mismo jóven que hacia ya dos años influia en mi corazon á la manera que indiqué anteriormente.

—Qué te asusta? preguntó con sencillez el mancebo; sientes quizá que la casualidad me haya traido á este barranco para salvar tu existencia?

—Oh nó! dije yo lanzando un suspiro y estrechando involuntariamente sus manos.

—Pues entonces...

—El espanto... la sorpresa... el estraño modo con que has logrado salvarme... todo contribuye á que me sienta impresionada.

—Oh! qué hermosa estás! dijo entonces Lorenzo, clavándome una mirada que pareció envolverme en un círculo de fuego; las rosas de tus mejillas se han trocado en azucenas, y tus negros y hermosos ojos están abrillantados por el temor y el cansancio. Tu pecho está agitado, la emocion te fatiga, y tu frente está bañada por el sudor. Vámonos de aquí: lo frio de la brisa y la humedad de este torrente, pudieran ocasionarte algun daño. No léjos de aquí existe un pasaje que te abrigará del aire y en donde repondrás tus fuerzas. Ven, sígueme, y cuando te sientas dispuesta á continuar tu camino te acompañaré á tu casa ó al punto donde quieras.

Yo no contesté nada.

No era dueña de mí misma.

La presencia y las frases de Lorenzo, habian eclipsado

en mi alma el recuerdo del peligro que habia corrido anteriormente.

Sin soltar una frase pero cediendo con mi actitud á las indicaciones de Lorenzo, me dejé guiar por él hácia el punto que indicaba.

Cuando encontrábamos un zarzal, un riachuelo, un obstáculo cualquiera privando nuestro paso, el jóven me tendia su mano, estrechaba la mia con dulzura, sus lábios sonreian y de mis ojos parecian brotar mil chispas amorosas.

Yo cuando llegaba este caso bajada mis ojos y hacia toda clase de esfuerzos para que la emocion no se tradujera en mi semblante.

Por fin llegamos al punto indicado por Lorenzo.

Era una plazuela rodeada por fuertes y antiguos robles entrelazados por una espesa red de verdura, que parecia guirnalda entretejida por las hadas.

El sol, que no habia penetrado aun en la enramada, no habia evaporado el rocío matutino que la adornaba en forma de líquidos brillantes y las silvestres flores esmaltando su verdura la daban al aspecto de una hermosa y magnífica corona.

Encima de nosotros y balanceándose entre las ramas de un árbol, veíase un mirlo que hacia oir sus agudos y melodiosos acentos y en la otra parte del barranco, traida por la brisa y parecida á una queja de amor, se oia la zampoña del boyero, el cual tomó el tiro que habia muerto su res, por el de un cazador en busca de liebres ó conejos.

Lorenzo y yo nos sentamos en aquel redondel de verdu-

ra, él contemplando con fijeza estraña mi hermosura, y yo deseando que aquella impresion no fuese pasajera.

Esto sin embargo los dos guardábamos silencio.

Aquella era por decírlo así la primera vez que el jóven me hablaba, y de consiguiente no era estraño que hiciese punto en la série de elogios que habia comenzado en el barranco.

Yo, por mi parte le imitaba.

No me atrevia á romper aquel silencio.

Pero esta situacion era violenta y no se podia prolongar por mucho tiempo.

Así es que el jóven dijo:

—Sabes Laura que siento mucho el haberte encontrado?

—Por qué? interrogué á mi vez sin que me atreviese á fijar los ojos en los suyos.

—Porque yo sabia ya que eres la mas hermosa niña del lugar; pero ignoraba que tus facciones produjesen la admiracion, la fiebre y la locura.

—Ignoro si lo que tú dices es realmente cierto, dije yo, ruborizada; pero casi tengo motivos para ponerlo en duda...

—En duda! por qué Laura?

—Esta es la primera vez que me prodigas elogios...

—Y bien?....

—Si efectivamente yo apareciese ante tu vista como la niña mas hermosa de nuestra aldea, otras veces me hubieses prodigado ya tus obsequios.

—No estás en lo cierto, amiga mia: á veces se calla uno llevado por su observacion y prudencia.

—No te comprendo.....

—Es muy sencillo: yo nunca me he acercado á tí y me he contentado en admirar simplemente tu belleza por que siempre te he temido. Esto, añadió Lorenzo, tal vez te sorprenda; mas no deja de ser cierto.....

—Por qué, entonces dije yo, fijando en él mis ojos, no temes las otras doncellas?

—Por qué cual tú no son tan hechiceras.

Yo traté de contestar á estas frases lanzando una carcajada; pero el jóven interrumpió esta última diciendo con voz triste:

—No te rias, Laura, no escuches con indiferencia y hasta con burla una confesion que brota pura y cincera del fondo de mi alma. Yo no te rendí obsequios en el temor de que tú me inspirarias una pasion ardiente é inestinguible, la cual, al fin y al cabo, tal vez hubiese tenido la desgracia de no ser correspondida.

A qué pues exaltar mi corazon y mi mente con la idea de un amor imposible? A qué torturar mi alma para emprender una conquista irrealizable? Si yo me hubiese fijado en tí hubiera sido muy desdichado; el amor que es para el hombre una inagotable fuente de placeres se hubiese convertido para mí en orígen de tristeza y amargura. Obrando hácia tí con desvío, viendo en tí á una mujer como cualquier otra é igualmente tus prendas con las de tus compañeras, no daba entrada á mi alma á ilusiones y esperan-

zas y evitaba el desengaño y el dolor que ocasiona siempre un amor no satisfecho.

Hé ahí, pues, las razones que he tenido para observar hácia tí una conducta indiferente: con tal de que la mariposa contemple desde alguna distancia la lumbrera, no corre peligro alguno; mas desde el instante en que atraida por su resplandor gira, se acerca y vuela en torno suyo, concluye por caer en el centro del foco luminoso y por morir entre las mas crueles torturas.

Yo escuchaba á Lorenzo con el alma pendiente de sus lábios: nunca la voz de hombre alguno habia resonado en mi alma con tanta suavidad y dulzura. La tristeza que se pintaba en su semblante era una manifiesta prueba de la sinceridad con que hablaba. Así pues, eran ciertas sus palabras, yo me hallaba muy léjos de serle indiferente: por el contrario le inspiraba el temor, la desconfianza, el respeto, sentimientos todos que acompañan al sincero y verdadero amor cuando se siente en sus gérmenes primeros.

Esto no obstante, yo quise ocultar la satisfaccion que me producian sus frases, diciendo:

—Nó, Lorenzo: tu lenguaje no se halla en armonía con lo que siente tu alma; soy por ventura tan hosca, tan desdeñosa, para no escuchar con mas ó menos gusto las lisonjas y requiebros con que adulas el orgullo ó amor propio de las otras muchachas del pueblo? Soy acaso de peor condicion que mis amigas?

—Oh! nó, dijo Lorenzo con entusiasmo; una de tus miradas, una de tus sonrisas, vale mas que toda su belleza.

—Entonces por qué nunca he oido una lisonja de tus lábios?

—Por las razones que te he indicado anteriormente.

—Y si yo hubiese oido con gusto tus requiebros? dije yo de pronto, fijando una escudriñadora mirada en Lorenzo.

—Si tú hubieses oido con gusto mis requiebros, contestó Lorenzo friamente, yo hubiera considerado este favor como la mayor de mis desgracias.

—No alcanzo el motivo...

—Suponte, dijo Lorenzo, que hubieses recibido con benevolencia mis frases; mas aun, suponte que hubieses correspondido con igual ardor á mi cariño; qué es lo que hubiese ganado mi alma? Nada; quizá el desconsuelo, el sufrimiento, el desengaño!...

—Por qué?

—Porque suponiendo que tú me hubieses querido con la misma siceridad y ardor que yo hubiera sentido por tí, se hubieran cruzado mil obstáculos que se habrian opuesto á la realizacion de nuestro sueño.

—Ignoro cuáles.

—Olvidas lo principal, dijo Lorenzo, con tristeza.

—Qué olvido?

—Mi posicion que con respeto á la tuya, es harto humilde.

—Y bien?...

—En el supuesto de que tú me hubieses amado, nuestro enlace se hubiese hecho imposible.

—Quién se hubiese opuesto al mismo?

—Tu padre...

—Mi padre! qué razon hubiese tenido para oponerse á la realizacion de mis deseos? pregunté yo sorprendida.

—Ya te lo dije, Laura; mientras tú eres hija del labrador mas rico de la aldea, yo pertenezco á una de sus mas humildes familias.

—Hé ahí dije yo pensativa, una observacion que nunca se me habia ocurrido, esto sin embargo, dudo que mi padre se opusiese á mi voluntad, ó á las inclinaciones de mi alma.

—Te equivocas Laura: los padres ven en el matrimonio el acto mas formal de la existencia, y en vez de sentir, raciocinan: miden y aprecian el porvenir de sus hijos de un modo matemático, y lo que el corazon de éstos no alcanza, ellos lo atisban con su esperiencia y su cabeza.

—Sea en buena hora, dije yo, queriendo echar por tierra los obstáculos que iba amontonando Lorenzo: suponte que, efectivamente, mi padre se hubiese opuesto á nuestro enlace; por ventura, si mi pasion fuese pura y ardiente, yo no encontraria en mi alma bastante calor y energía para emanciparme al yugo de mi padre y echarme en brazos de mi amante ó de mi esposo?

El entusiasmo con que yo pronuncié estas frases, impresionó tanto á Lorenzo, que sus ojos chispearon de un modo que no habia observado hasta entonces.

No parecia sino que por ellos acababa de brotar un torrente de amor, largo tiempo comprimido.

—Cómo! dijo Lorenzo estrechando con fuerza mis dos manos; harias esto, Laura?

—Si yo te amara sí, dije con firmeza.

—Y si desde hoy fijara en tí todas las aspiraciones de mi alma?

—No te comprendo..... balbuceé yo, arrepentida de haber sido tan sincera y tan franca.

—Me amarias?.....

—Consultaria el fondo de mi conciencia, y luego resolveria.

—No me puedes dar una esperanza?

—Quién no la dá teniendo el corazon completamente libre? dije yo riendo á fin de ocultarla emocion que se debia pintar en mi semblante.

—Pues bien, dijo Lorenzo profundamente conmovido: yo juro que desde este momento dedicaré todos los esfuerzos á conquistar tu alma, y que nada, en el mundo, será capaz de hacerme renunciar á mis proyectos de ser tu novio á menos que tus lábios me den un triste y cruel desengaño.

Yo iba á responder á Lorenzo con algunas de estas vagas y misteriosas frases que usamos las doncellas en estos momentos deseados y al mismo tiempo apurados trances: mas el jóven me interrumpió, diciendo:

—No me contestes, Laura: nada quiero saber respecto á la suerte que mi porvenir me guarda: cuando yo haya adquirido bastantes méritos para conquistar tu alma; cuando yo me considere con derechos para exigir de tí una confesion clara y terminante, yo me arrodillaré á tus piés y exigiré de tí la contestacion que ha de darme la vida, ó ha de precipitarme á la muerte.

Yo, en efecto, no contesté una palabra.

La emocion turbaba mi voz y nada hubiera sido lo bastante á hacerme recobrar la serenidad perdida.

Ignoro como el jóven hubo de interpretar mi silencio.

De todos modos Lorenzo comprendió, por mi semblante, la agitacion que yo sentia.

Dejamos aquella plazoleta de verdura y nos encaminamos hácia el cortijo de mi padre.

Al salir del barranco y en el mismo instante en que íbamos á cruzar la senda ó vereda en la cual habíamos encontrado al toro, vímos á la criada que se dirigia en busca mia.

Viendo que el toro habia dejado de perseguirla y repuesta ya del susto, habia retrocedido para averiguar lo que de mí habia sido.

Al verla, yo rogué á Lorenzo que me dejara sola con ella á fin de que no despertáramos sospechas. Ya se sabe que las doncellas envolvemos nuestro primer amor en el misterio y que estamos celosas hasta de la suspicacia ajena.

Lorenzo estrechó mi mano con dulzura, me dirigió una mirada en que se leia todo un poema de amor, y se despidió de mí triste y confuso.

Cuando al revolver de la senda yo quise ver hácia donde se habia dirigido, le ví aun fijo é inmóvil en el mismo sitio donde le habia dejado y que en una de sus manos agitaba un pañuelo en signo de despedida.

# CAPÍTULO XXIX.

---

**Continuacion del anterior.**

A partir de aquel instante, se operó en mí un cambio que hasta cierto punto, se hacia incomprensible, pero que no era mas que una consecuencia lógica del amor que yo sentia.

La vida que hasta entonces se me habia ofrecido triste y monótona, se afreció á mi corazon hermosa y sonriente.

Todo se presentaba á mis ojos mucho mas alegre y risueño: el aire me parecia mas puro, el sol mas brillante, el cielo mas sereno, los campos mas lozanos.

Yo entonces, observé en la naturaleza bellezas cuya existencia ignoraba: la verdura de los prados, la transparencia de las fuentes, el vuelo de las aves, la hermosura de los bosques, las nubes que en caprichosas formas y como pedazos de flotante gasa, cruzaban por el firmamento; el murmullo de los riachuelos deslizándose en el torcido

y pedregoso cauce, llevando la lozanía y la vida á todas partes; el trino del ruiseñor, oculto en la enramada; todas esas grandes bellezas de la creacion que hasta entonces se habian ofrecido ante mí, como vulgaridades que nunca fijaban mis ojos ó mi alma, se aparecieron ante mí, como un concierto de indistinguibles armonías, y hablaron á mi alma el casto y misterioso lenguaje, conque el Criador manifiesta su grandeza á los espíritus sensibles.

Mi corazon latia á impulsos de una nueva existencia; sentia que en mis venas circulaba una sangre completamente nueva, y que mi alma pegada hasta entonces á las cosas vulgares de la tierra, se elevaba por un secreto impulso hácia las regiones de lo grande y lo infinito.

A veces, de improviso, me hallaba sujeta á una dulce y triste melancolía que me envolvia en una especie de letargo. Cuando esto sucedia, yo cerraba mis ojos, y me emancipaba á este mundo lleno de orgullo, de mezquindades y miserias, para trasladarme á otro donde brillaba las flores, la luz, y la armonía. En este mundo yo veia á Lorenzo que me tendia sus brazos, que me sonreia con dulzura, que me miraba con sus negros y rasgados ojos, y que murmuraba frases de amor, de dicha, y de ternura.

Otras veces, cuando me hallaba sola en el campo, yo me tendia sobre una alfombra de menudo césped, bajo la sombra de un arbusto, y enlazaba, por decirlo así, la imágen de mi amante, con las ricas y espléndidas bellezas que ante mis ojos se ofrecian.

El sol transmontando el horizonte, y dirigiendo sus

purpúreos y oblícuos rayos contra las fantásticas y aéreas nubes que cruzaban en un cielo de oro y de escarlata; el brillar de la aurora, tiñiendo con colores de rosa, las puertas de oriente; el murmullo de la brisa, haciendo temblar las hojas de los arbustos; el canto del labriego, dirigiéndose á las faenas del campo, al tardo paso de los bueyes; la voz del pastor mezclándose al hablar de sus corderos; todo evocaba á mi alma, la imágen de Lorenzo.

Mas de una vez, éste que conocia mi aficion por la soledad y el campo, registraba las fuentes, los valles, los montes, los lugares poéticos y umbríos, en la seguridad de que me hallaria entregada á mis ensueños.

Cuando esto sucedia, el jóven se sentaba á mi lado, cogia mis manos, y exaltaba mi fantasía hablándome de su amor, del porvenir, de la felicidad, que para nosotros guardaba éste en su seno, y de todo, en fin, lo que podia alhagar nuestras dos almas.

Yo escuchaba con placer sus frases, que resonaban á mí oido, con dulces y melodiosas notas; correspondia á sus manifestaciones, con suspiros; jugaba con sus cabellos, hasta que, por fin, se separaba de mí, confundiendo sus lábios con los mios.

No es pues, estraño, que las simpatías que desde un principio me inspiraba Lorenzo, tomasen las proporciones de un amor ardiente, y gigantesco.

Hasta entonces, mi nóvio habia prodigado sus obsequios á las jóvenes mas bellas; pero desde el dia en que me salvó en el barranco, Lorenzo habia concentrado sus

obsequios y galanteos todos á lo que él llamaba mi hermosura.

Así es, que cuando íbamos á una fiesta, á una romería, á un espectáculo ó diversion cualquiera, él siempre me acompañaba, y no se movia nunca de mi lado, con gran despecho de mis otras compañeras, que veian en él, al mas gentil y apuesto mozo de la aldea.

En el paseo era mi galan constante; en las zambras el único que bailaba conmigo.

Entretanto mis padres observaban el desenvolvimiento de mi cariño hácia Lorenzo, y no me dirigian ninguna clase de advertencia.

Verdad es, que mi nóvio se habia equivocado.

Habia supuesto en mi padre una avaricia de la que estaba exento, y de consiguiente, por mas que yo fuese rica y mi nóvio de condicion harto humilde, mi padre no se oponia á nuestro enlace.

Yo era su hija única y siendo grande mi fortuna creian que el amor de Lorenzo seria un buen remate á mi dicha.

Cuando algun amigo de la familia acudia á mi padre con objeto de decirle que nos habian visto completamente solos, ya en el prado, ya cerca una fuente, ya en algun paraje umbrío de la selva, mi padre contestaba:

—Dejadles: si los chicos se aman por qué estorbarles?

—Ved que están solteros...

—Ya llegará el tiempo en que se casen.

—Lorenzo está pobre...

—Mi hija está rica.

—Y consentireis su enlace?

—Tan pronto como Laura llegue á los diez y ocho años, y Lorenzo á los veinte.

Hé aquí las contestaciones de mi padre.

No permitia que nos casásemos en seguida porque el matrimonio exije un desarrollo perfecto, y creia que yo no tenia aun bastante edad para ello.

Este fué su grande error.

Su escesivo cariño dió márgen á mi infortunio.

Si mi padre hubiera consentido en mi enlace cuando no contaba mas que quince ó diez y seis años, yo, á estas horas, en vez de ser la manceba de Lorenzo , seria actualmente su esposa, y en vez de tener por guarida una caverna, me sentaria en el honrado hogar de mis abuelos.

Desgraciadamente no quiso protegernos la fortuna y mi padre lloró con amargas lágrimas su precaucion estremada.

Por aquel tiempo y cuando faltaba aun un año para nuestro enlace, llegó á mi pueblo un hombre que cambió la risueña y tranquila faz de mi existencia.

Este hombre acababa de llegar de las Indias y venia á mi aldea para recobrar una salud que habia perdido en aquellas lejanas y magníficas regiones.

Frisaba en los treinta años : era de elevada estatura, fornido de hombros, fuerte, membrudo y robusto, por mas que las inclemencias de aquellos remotos climas y los azares de la guerra hubiesen destruido algun tanto su organizacion de hierro.

Observábase en su traje, en sus maneras, en su lenguaje y en su persona toda, cierto aire de pedantesca autoridad, ó, mejor dicho, de maton, que ofendia á los que llegaban á tratarle.

Vestia con gran esmero y hasta con lujo calzas de rico terciopelo, botas de finísimo ante; jubon de costosísimo brocado, camisa con encajes de Flandes y espada con cruz de oro y vaina con golpes de plata.

Segun él mismo contaba, habia sido de los primeros españoles que con Hernan Cortés habian entrado en el territorio de Nueva España y habia formado parte de la primera espedicion que desde Santiago de Cuba se habia dirigido á aquellas desconocidas comarcas.

No pudiendo resistir la variedad y rigores de aquel clima y sintiéndose rendido por las fatigas de aquella heróica conquista, habia pedido á Hernan Cortés licencia para volver á España y aprovechando unas naves que desde Veracruz se dirigian á estos reinos, desembarcó en Sevilla, que, como no ignorais, es el centro dónde convergen todas las relaciones que existen entre el Viejo y el Nuevo Continente.

Pero el largo viaje que con los galeones de S. M. habia emprendido, habian quebrantado su salud de tal manera que llegó á España moribundo, y los doctores ó médicos que consultó, le dijeron que abandonase inmediatamente á Sevilla para trasladarse al campo, donde la pureza del aire, lo sano de los alimentos y el reposo de que en él se goza, le devolverian, quizá, su salud perdida.

Este jóven tenia un hermano de gran valimiento en Sevilla toda vez que era uno de los confidentes del inquisidor Arbués y le aconsejó que viniese á nuestra aldea en cuyo punto él tenia una muy buena y lucrativa hacienda.

—Perdonad, señora, interrumpió á la sazon el dominico, que, á semejanza de Aldonza y del mismo Andrés, oian con profundo silencio aquella historia; perdonad señora: averiguásteis nunca el nombre de este consejero de Arbués?

—Ya lo creo, dijo Laura exhalando un suspiro; él fué uno de los autores de mi desgracia, y por consiguiente se halla escrito en mi memoria con carácteres de fuego.

—Cómo se llama?

—Enriquez.

—El gobernador de Sevilla! interrumpió Aldonza palideciendo.

—Creo, en efecto, que llegó á ejercer este cargo, dijo Laura; continúa aun en esta dignidad?

—Nó, replicó secamente el dominico.

—Pero está en Sevilla.

—Murió.

—Cuándo?

—No hace aun tres dias.

—Que Dios le perdone cual yo los agravios que me hizo, dijo Laura con tristeza; es muy posible que luego de pasar una existencia en la felicidad y los placeres, ese hombre infame haya muerto con la inocencia y tranquilidad del justo.

—Os engañais, señora, interrumpió José con voz lúgubre, su muerte ha sido horrible.

—Fué quizá violenta.

—Se le encontró asesinado en las cárceles del Santo-Oficio.

—Ah!

—Ya veis, pues, que su muerte no ha sido la del justo.

—Y no se dan detalles respecto á este suceso?

—Todo se halla envuelto en el misterio, contestó José con voz breve.

Durante este tiempo Aldonza guardó silencio.

El recuerdo que habia dejado en su alma el desastroso fin de Enriquez, la llenaba de terror y de miedo.

Así es que á fin de cortar aquella plática, dijo á Laura con insinuante y dulce acento.

—Continuad amiga mia: vuestra historia me interesa en estremo.

La jóven prosiguió en estos términos:

—Don Santos Enriquez, que este era el nombre del indiano, vino, pues, á nuestra aldea recomendado por un hombre tan poderoso como su hermano y de consiguiente entrando en nuestra aldea como en tierra de conquista.

En los primeros dias que permaneció en ella, no hablaba ni se relacionaba con nadie; su falta de salud y su sobra de orgullo le tenian encerrado en la casa de su hermano y apenas se dignaba recibir alguna que otra visita de los mismos labriegos que cuidaban de su hacienda.

Pero llegó un tiempo en que comenzó á fastidiarse,

en que trató de dar variedad á su existencia y en que empezó á relacionarse con algunas familias del pueblo.

Entre estas familias figuraba en primer término la mia.

Se hallaba ya convaleciente, y habia recobrado el buen humor que lleva consigo el restablecimiento de la salud perdida.

Esto hacia que de vez en cuando nos relatara sus empresas y aventuras, las cuales aunque contadas con cierta fatuidad y orgullo, alhagaban la curiosidad de mi padre, cuyos conocimientos geográficos no pasaban mas allá del horizonte que descubria en nuestras mismas comarcas.

Así es que cuando nos hablaba de Hernan Cortés y de sus hombres; de las penalidades y fatigas pasadas en los mares; de las guerras que aquel puñado de valientes sostenian contra millones de indígenas; cuando nos describia los estraños habitantes de aquellas espléndidaas regiones; cuando nos hablaba de sus husos y costumbres y nos pintaba sus casas, sus templos, sus ídolos, sus ciudades, sus artes, sus industrias, mi padre que se creia transportado á un nuevo y maravilloso mundo, le escuchaba no solo con gusto, sino con veneracion y respeto.

De ahí que Don Santos fuese recibido en mi casa como si fuese algun héroe.

Todo lo que él decia ó indicaba era ejecutado sin pérdida de tiempo.

El único que le miraba con muy malos ojos era mi novio Lorenzo.

Su buen instinto le indicaba que en aquel hombre ha-

bia mas fatuidad y orgullo que real y verdadero mérito.

Por otra parte el jóven habia observado que Don Santos me miraba con una insistencia bastante sospechosa, y que utilizaba la mas insignificante ocasion para echarme flores y requiebros.

Yo, á decir verdad, nada habia observado.

Embebecida en el amor de Lorenzo, parecíame imposible que nadie tuviese derecho para conquistar un alma que pertenecia completamente al mancebo.

Así es que nunca se me habia ocurrido que Don Santos formase con respecto á mí algun proyecto.

Esto no obstante, no se pasaron muchos dias sin que yo lo comprendiese.

Los habitantes de mi pueblo tienen la costumbre de visitar una ermita, dedicada á San Antonio, en dos ó tres épocas del año.

Cuando llega uno de estos dias los labriegos dejan sus arados, los pastores sus rediles, las muchachas de la aldea se adornan con sus trages mas vistosos, y la comarca entera se dirige hácia la ermita donde se entrega á la espansion y algazara.

En una de estas épocas Lorenzo, yo y mis amigas fuímos á la ermita.

Llegada la tarde, las mozas y los mancebos nos entregamos á las zambras que son tan naturales en la poblacion de las aldeas y que forman uno de los principales carácteres con que se distingue Andalucía.

Temiendo Lorenzo, que Don Santos no me importunara

con sus galanteos y obsequios, me habia prohibido que bailase con ningun mozo del pueblo, á fin de que, si el indiano me invitase á alguna zambra, yo le contestase que no bailaba mas que con mi nóvio.

La precaucion de Lorenzo, no fué inútil.

Al mediar de la tarde, y separándose en esto del resto de la gente que se encontraba ya en la ermita desde la mañana muy temprano, Don Santos, llegó á esta última, y viéndome á mí, se dirigió en seguida, hácia el punto en que me hallaba, para invitarme á la danza.

Yo, al verle, palidecí. Por una parte recordaba la gran veneracion que Don Santos inspiraba á mi padre, y por otra, recordaba la prohibicion que me habia hecho Lorenzo, respecto á que no aceptara sus obsequios.

Así es, que desde el momento en que oí que se dirigia hácia el lugar donde yo estaba con las demás amigas, empecé á temblar desde los piés á la cabeza.

Don Santos se dirigió hácia mi, y me dijo con voz del que tiene la seguridad de que no puede ser desairado:

—Venid á esta zambra conmigo Laura.

Yo hice como que no entendia, y seguí hablando con mis compañeras.

Si Lorenzo hubiese estado á mi lado, quizá una seña, una mirada suya, una frase pronunciada con voz baja, me hubiese dado el necesario valor para presentar mis escusas á Don Santos, y evitar sus galanteos: pero Lorenzo se hallaba en aquel momento, entre un grupo de amigos, y no observaba lo mas mínimo.

—No quieres bailar conmigo, Laura? preguntó con tono brusco y amostazado Don Santos.

—Sois vos? dije yo fingiendo la mayor sorpresa, y volviéndome hácia el indiano.

—Sí, amiga mia, dijo este último, soy yo que te invito á que bailes conmigo.

Yo iba á ofrecerle mis escusas; pero la voz se atravesó en mi garganta, y me faltó serenidad y valor para pronunciar una frase.

Don Santos atribuyó á mi corta edad la impresion que me causaba su presencia é interpretándola de un modo favorable, cogió, lleno de presuncion mi brazo, y me arrastró, mas bien que me llevó, hácia el grupo de los que se entregaban al baile.

Durante este tiempo, Lorenzo, que rara vez quitaba sus ojos de los mios, se habia vuelto hácia mí y percibido la contrariedad que yo sentia viéndome arrastrado al baile por Don Santos.

Entonces mi novio palideció intensamente y no siendo dueño á contenerse, se dirigió hácia nosotros y con voz en que vibraba una acritud mal reprimida, dijo el indiano:

—Dispensad, caballero: Laura no puede bailar con vos.

Y al mismo tiempo, Lorenzo estendió su brazo para cojer el mio.

—Oiga el rapazuelo, dijo con aire fanfarron el indiano: con qué derecho te atreves á interponerte entre mí y esta niña.

—Con el que me dá mi amor y hasta el suyo propio, contestó Lorenzo.

—Pues mira, dijo con voz insultante el indiano: para mí, tu derecho no vale un comino : vete con la música á otra parte, y deja que obsequie tranquilamente á esa jóven no sea que te rompa el alma de un trancazo.

Al oir esta contestacion, Lorenzo que estaba pálido se puso lívido.

Me cogió del brazo, y arrastrándome hácia sí, dijo:

—Esto ya lo veremos, señor perdona vidas: cuidado con que en esto de romper el alma, no sea yo el primero en romper la vuestra.

Don Santos viendo que Lorenzo insistia en cojerme, se abalanzó hácia él en actitud amenazante; pero el jóven soltó mi brazo, le aguardó á pié firme y parando el golpe que iba á darle, dió al indiano un terrible bofeton que resonó de un modo lúgubre y seco en la plaza de la ermita.

Para un hombre tan nécio y fanfarron como Don Santos, esta humillacion no podia ser mas vergonzosa.

Dió unos pasos hácia atrás, llevó la mano á su espada; la sacó con brio de la vaina y la dirigió contra Lorenzo, que, lívido y tembloroso, no perdia ninguno de sus movimientos.

Entonces el mancebo viendo que su existencia se hallaba en gran peligro se abalanzó á uno de sus muchos compañeros, le cojió un baston que llevaba, y, veloz como el relámpago, se volvió hácia Don Santos, en el mismo

instante en que levantaba su espada para herirle y le dió con el baston en el brazo.

El golpe fué tan tremendo que la espada saltó á diez pasos de distancia.

El indiano, bramando de coraje, se dirigió hácia ella con objeto de cojerla; pero entre él y su arma se interpusieron algunos de los circunstantes, que, viendo el sesgo que la contienda tomaba, quisieron mediar en ella y ponerla fin y término.

Estos detuvieron al indiano que, furioso, completamente cegado por la cólera, seguia prodigando insultos á Lorenzo jurando y volviendo á jurar que tanto él como yo recordaríamos el suceso.

Luego, sin despedirse de nadie y echando una mirada á Lorenzo, en que brillaba todo su rencor y su ódio, abandonó la ermita y se encaminó á la aldea.

# CAPÍTULO XXX.

---

**El encarcelamiento.**

Al dia siguiente no se vió en ninguna parte á Don Santos.

Esto no pudo menos que sorprender tanto á mí como á Lorenzo.

Al principio, creímos que, avergonzado por el suceso del dia anterior, no se atrevia á salir de casa; pero luego unos vecinos dijeron que en aquella misma noche, Don Santos y el criado que con él vivia, habian dejado el pueblo sin que nadie supiese á punto fijo el rumbo que habian tomado.

Lorenzo y yo, al oir esta noticia, no pudimos menos que alegrarnos.

Por fin, la única valla que se oponia á nuestra dicha, la única nube que empañaba el cielo de nuestro amor, acababa de eclipsarse.

Pero el que hubo de sentir su ausencia fué mi padre: el buen anciano no tan solo sintió que entre él y Lorenzo hubiese mediado la reyerta de la ermita, sino que Don Santos se hubiese alejado de una manera tan brusca de la aldea.

Para él, se habian concluido ya los fabulosos relatos de las Indias que entretenian sus ócios y esto no podia menos que entristecer al buen viejo.

Por espacio de dos meses, ni yo, ni Lorenzo, ni nadie de mi familia, supimos nada de Don Santos.

Cierta noche, en tanto que mi padre, y yo, nos hállabamos entregados al sueño mas profundo, oyéronse dos ó tres aldabazos en la puerta de la calle.

Yo desperté sobresaltada.

En aquel mismo instante, el reloj de mi pueblo dió la una de la noche.

Yo no recordé que nadie, en aquella hora, hubiese turbado nunca el reposo de mi casa.

Salté de mi lecho.

Mi padre continuaba durmiendo y no habia oido los aldabazos.

El anciano era un hombre honrado, justo y sencillo, y no podia sospechar la catástrofe que amenazaba su existencia.

Comprendiendo que necesariamente habia de ocurrir algo estraordinario, yo, antes de despertarle, me dirigí hácia una ventana que daba á la calle y abriéndola con tiento miré por entre la oscuridad de la noche.

Entonces percibí una cosa verdaderamente estraña.

Frente á la puerta de mi casa, veíase detenido un bulto negro y alrededor de este último ocho ó diez hombres hablaban en voz baja.

Segun todas las trazas aquel bulto parecia un carruaje.

Los hombres vestian de negro y su actitud era verdaderamente siniestra.

Yo, impulsada tanto por la curiosidad como por un secreto miedo; saqué el cuerpo á la ventana y pregunté:

—Quién vá?

—Abrid al Santo-Oficio.

Al oir estas frases que pronunció una voz brusca, lancé un horrible grito, y cerré de pronto la ventana.

Luego, tambaleando y cruzando á tientas mi cuarto por que ni siquiera habia encendido una luz, me dirigí hácia el de mi padre, y llamé con energía á su puerta.

El anciano despertó asustado.

—Quién es? dijo:

—Abrid padre mio: ocurre una gran desgracia, esclamé yo con voz temblorosa.

—Qué estás diciendo hija mia? dijo mi padre saltando inmediatamente de su lecho, vistiéndose á toda prisa y abriendo la puerta de mi cuarto.

—Qué desgracia es esta? añadió, palideciendo, al ver que yo estaba lívida como un espectro.

—El Santo-Oficio está llamando á nuestra puerta, esclamé yo, deshecha en llanto.

—Ave María Purísima! dijo el buen anciano santiguándose; y qué nos quiere, Laura?

—Lo ignoro.

Mi padre reflexionó un instante.

Aquel hombre era tan bueno y tan honrado que ni siquiera se le ocurrió que el Santo-Oficio pudiese tener con él alguna cuenta. Así es que dijo:

—Bah! es muy posible que la santa inquisicion se equivoque: todos los que vivimos en casa observamos una conducta intachable y es fácil que el Santo-Oficio haya equivocado las señas de la casa.

En aquel mismo instante oyóse otro aldabazo que resonó de un modo lúgubre en el fondo de mi pecho.

—Qué hacemos? pregunté yo.

—Qué hemos de hacer, sino abrir? dijo mi padre.

Y cogiendo el velon que yo sostenia en mis manos; se dirigió hácia la puerta de la calle.

Yo le seguí temblando desde los piés á la cabeza.

Al llegar á la puerta de la calle, mi padre la abrió de par en par y yo volví á cojer el velon de entre sus manos.

No me habia equivocado.

Lo que habia visto desde mi ventana era, efectivamente, un carruaje en torno del cual cuchicheaban algunos hombres en voz baja.

Al rumor que hizo la puerta al abrirse, aquellos hombres callaron.

—Qué se os ofrece señores? les preguntó con la mayor sangre fria mi padre.

—El señor Jacobo Robledo? interrogó uno de aquellos hombres que parecia el capataz ó jefe.

—Yo soy, contestó mi padre.

—Pues daos preso.

—Preso yo! interrumpió con gran sorpresa el anciano; en nombre de quién?

—Del Santo-Oficio.

—Estais cierto de que la inquisicion os ha dado órden para prenderme?

—Leed este documento.

Y al mismo tiempo el jefe de los esbirros entregaba al anciano un papel en que efectivamente constaba la órden para prenderle.

El buen viejo quedó consternado.

No ignoraba que era imposible negarse á lo que el Santo-Oficio mandaba y de consiguiente cualquier resistencia era inútil.

Esto sin embargo, preguntó:

—Pero en fin, de qué se me acusa? qué delito he cometido? el auto en que se me ordena prenderme nada indica.

—Lo ignoro, contestó el jefe de los esbirros; esto ya se aclarará en Sevilla.

—Es decir que el tribunal de la Suprema va á juzgarme?

—Así parece.

—Y tengo que ir á la ciudad?

—Ahora mismo.

Mi padre se volvió hacia mí con el rostro anegado por el llanto.

—Ya lo ves, Laura, dijo; que he hecho yo para que el Santo-Oficio me trate de este modo? no soy un buen cristiano? no soy un hombre honrado?

Yo no tuve fuerzas para contestarle. Me eché en sus brazos y murmurando entre sollozos:

—Padre mio! padre mio!

—Valor, hija mia, valor, esclamó el buen anciano tratando de serenarse: esto quizá sea efecto de alguna acusacion infame, pero falsa: el Santo Tribunal oirá mi defensa y concluirá por hacerme justicia. La aldea toda se encontrará dispuesta á declarar en favor de mi inocencia. Así pues, tranquilízate, hija mia, estaré algunos dias ausente y helo ahí todo.

Y luego, viendo que yo continuaba en la amargura y el desconsuelo, y observando que los sollozos me robaban la voz, continuó dirigiéndose á los esbirros.

—Supongo que esta órden no alcanza á Laura mi hija, y que esta seguirá libre.

—En efecto, replicó el jefe de los esbirros; no tenemos órden para prenderla.

—Enhorabuena, interrumpí yo; pero, es lo mismo que si estuviese presa.

—Por qué? interrogó el familiar del Santo-Oficio.

—Por que yo no debo ni quiero abandonar á mi padre. Me hallo dispuesto á seguirle aun cuando le lleveis al otro estremo del mundo.

—Esto no es posible, señora; cuando menos yo debo oponerme á que vengais con nosotros.

—Entonces qué he de hacer? cómo veré á mi padre?

—Id mañana á Sevilla y poneos en relacion con alguna persona de verdadera influencia, la cual, tal vez, os sacará licencia para entrar en la cárcel del Santo-Oficio.

Estas palabras fueron para mí un rayo de luz.

Ellas me hicieron recordar que D. Santos Enriquez tenia en la ciudad un hermano que gozaba de mucho influjo.

Yo iria á la ciudad, buscaria á D. Santos el cual á no dudarlo, habria ya olvidado su reyerta con Lorenzo y él me prestaria su ausilio no tan solo para que viese á mi padre, sino tambien para que el tribunal declarara su inocencia.

Esto fué lo bastante para que yo me sintiese algo alentada y para que comunicase este valor á mi buen padre.

Durante este intérvalo el jefe de los esbirros habia mandado abrir la portezuela del coche é invitaba al anciano para que subiese en el mismo.

Mi padre entonces, abrió sus brazos, y yo me arrojé en ellos, vertiendo amargas lágrimas.

El anciano me estrechó contra su corazon un buen rato, llenó mi frente de besos y caricias, y luego, haciendo un gran esfuerzo, se separó de mí y se dirigió hácia el coche.

El familiar y uno de los esbirros le siguieron y se metieron con él en el carruaje.

En cuanto á los demás sayones prepararon sus armas,

se colocaron á uno y al otro lado del coche, que no tardó mucho en emprender su marcha.

Yo me quedé sola en el dintel de la puerta como si hubiese perdido el juicio, escuchando el lejano y monótono rumor del carruaje que se dirigia por el camino de Sevilla.

Yo habia quedado sola en mi casa.

No tenia mas compañía que la de mi criada, la cual oyendo el rumor ocasionado por los agentes del Santo-Oficio, habia dejado su lecho, y contemplaba, llena de estupor y con el mas profundo silencio, el encarcelamiento de mi padre.

Asi es, que cuando yo volví de mi dolor y sorpresa me la encontré llorando á mi lado.

—Qué hacemos, señorita? me preguntó.

—Prepararlo todo, para marchar hoy mismo á Sevilla dije yo; pero antes de todo, ven conmigo.

—Dónde quereis ir?

—Sígueme.

Y cerrando la puerta de mi casa, me eché á la calle.

El golpe que yo acababa de recibir, era tan duro que ni siquiera habia recordado que aun me quedaba un apoyo en este mundo.

Este apoyo, era Lorenzo.

Recordé que, cuando menos, el jóven me podria acompañar á Sevilla, y me dirijí con la criada hácia su casa.

Llamé á su puerta, y nadie me contestó.

Volví á llamar con alguna mayor fuerza, y todo continuó en el silencio.

—Brígida! Brígida! grité yo entonces.

Brígida, era la madre de Lorenzo. Así como yo habia perdido mi madre hacia un año, el jóven hacia tambien un año, que habia perdido á su padre.

Lorenzo era el único sosten de la pobre viuda, y ya se comprenderá todo el amor que la infeliz madre profesaba al mancebo.

Al oir mi voz que conocia mucho, Brígida se asomó á la ventana, y viendo que, efectivamente, era yo, abrió en seguida la puerta.

—Y Lorenzo? interrogué yo?

—No está en casa, dijo con voz profundamente conmovida la anciana.

—Dónde se encuentra?

—Lo ignoro.

—Dios mio! interrumpí yo desesperada; hé ahí un nuevo contratiempo. Cómo no me advirtió su partida?

—No ha partido, señora.

—Entonces...

—Ha huido.

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—Porqué?

—Le buscaban.

—Quién?

—El Santo-Oficio.

Yo lancé un grito.

Como se vé mi desgracia era doble. Por una parte ha-

bian prendido á mi padre, por otra querian robarme á mi amante.

La anciana continuó:

Eran las doce de la noche. Mi hijo y yo, nos hallábamos entregados al sueño mas profundo, cuando de pronto oimos el rumor de un carruaje que se detenia frente á nuestra casa. Yo me levanté, me asomé á la ventana, y conocí, desde luego, que era gente del Santo-Oficio, porque hace cuatro años, con el mismo silencio, y á esta misma hora prendió tambien un vecino que pasaba fama de hereje. Me dirigí al cuarto de Lorenzo, le dije lo que ocurria, y el jóven comprendiendo que la inquisicion venia por él, y no por mí, se dirigió hácia el corral, saltó sus bardas, y echó á correr por el campo, en el mismo instante en que el Santo-Oficio llamaba á la puerta. Abrí, pero no encontró á nadie. Preguntáronme donde estaba, y yo dije que lo ignoraba, y que hacia ya dos dias que se encontraba ausente de mi casa. Entonces los esbirros al salir de aquí, y un momento despues, llamaban á la puerta de otra casa...

—Era la mia, interrumpí yo.

—La vuestra! á quién buscaba el Santo-Oficio?

—A mi padre.

—Y lo ha encontrado?

—Sí, sí, dije yo llorando: á estas horas se encuentra ya por el camino de Sevilla.

—Santo cielo!

—Así pues, necesito pronto á Lorenzo: hoy mismo quie-

ro emprender mi viaje á esa ciudad y vuestro hijo va á acompañarme.

—Os acompañará, señora, dijo la madre de Lorenzo: se lo diré hoy mismo.

—Entonces le veréis...

—Sí.

—Dónde?

—Antes de huir y con objeto de saber lo que queria el Santo-Oficio, me dijo que á las diez en punto de la mañana, le encontraria en el barranco de la selva.

—Pues bien, contadle lo sucedido y decidle que hoy mismo debemos partir hácia Sevilla.

—Está bien, señora, dijo la madre de Lorenzo acompañándome hasta la puerta de su casa.

Yo me dirigí hácia la mia, y, ausiliada por mi criada, hice los preparativos de mi marcha.

# CAPITULO XXXI

**La visita inesperada.**

Antes de que amaneciera, yo lo tenia ya dispuesto todo para dirigirme á Sevilla.

Pero me faltaba lo principal: me faltaba un hombre de mi confianza que me acompañase en el viaje, y ya se sabe que este hombre no podia ser otro que Lorenzo.

Así es que cada hora que transcurria me parecia un siglo.

A las diez en punto la criada entró en mi cuarto.

—Señora, me dijo, un caballero desea visitaros.

—Quién és?

—No me ha indicado su nombre.

—No es Lorenzo?

—Nó.

—Es algun vecino de la aldea?

—Es forastero.

Yo me quedé sorprendida.

No llegaba á adivinar quién podia hacerme una visita.

—Que entre, dije á la criada; pero adviértele que he de emprender un viaje y que de consiguiente no podré recibirle mucho tiempo.

La criada salió.

Yo quedé sola, perdiéndome en conjeturas acerca de quién podia visitarme.

No tardé mucho en salir de dudas.

A los pocos momentos de haber quedado sola en mi cuarto, un hombre se presentó en el dintel de la puerta.

Yo hice un esfuerzo para contener un grito.

El hombre que se acababa de aparecer ante mis ojos era D. Santos Enriquez.

Estaba pálido y ví que se hallaba profundamente impresionado.

Su visita me pareció de mal agüero y me puse en guardia.

Esto no obstante le indiqué una silla en la cual se sentó sin cumplidos y diciendo:

—Mi visita será corta, Laura, porque no ignoro que ahora mismo vas á emprender un viaje hácia Sevilla?

Yo que no habia manifestado á la criada que indicara á D. Santos las ciudad ó lugar donde pensaba dirigirme, me quedé sorprendida.

—Sabeis que voy á partir en direccion hácia Sevilla?

—Ya lo veis.

—Os lo dijo mi criada?

—Nó.

—Entonces...

—Lo he adivinado por que sé la desgracia que os aflije, repuso D. Santos con la mayor indiferencia.

—Cómo lo supísteis?

—En el pueblo no se habla de otra cosa, dijo Enriquez, el cual guardó un instante de silencio bien como si quisiese meditar esta respuesta.

—Ya comprendereis, pues, cual es mi afliccion y desconsuelo, dije yo, sintiendo que las lágrimas acudian á mis ojos.

—Efectivamente, Laura; tu situacion es verdaderamente muy triste y he ahí por qué he venido á visitarte.

—Yo tambien, dije con la mayor sencillez, pensaba visitaros en Sevilla á fin de que interpusieseis vuestra influencia para salvar á mi pobre y desgraciado padre.

—Pensastes bien; mas ya ves que yo me he anticipado á tu deseo.

—Gracias, D. Santos.

—Creo, pues, que no habrá necesidad de que salgas de tu casa.

—Es imposible, D. Santos: yo he prometido á mi padre que iria á verle al Santo-Oficio y no puedo faltar á mi promesa.

—Con qué objeto?

—Para verle, para ausiliarle, para amarle, para prodigarle todos los cuidados que su desgracia exije.

—Pues bien, Laura: no vayas á Sevilla.

—Por qué?

—Es inútil.

—Inútil!

—Claro está: una vez tu padre haya entrado en el Santo-Oficio, sus puertas se cerrarán como una tumba.

—Es decir, que no podré verle ni hablarle? interrogué palideciendo.

—Nó: únicamente podrás verle el dia en que comparezca ante el tribunal donde se oirán los testigos que intenten defenderle; pero entónces no podrás hablarle.

—Pero esto es una crueldad sin ejemplo! repliqué yo desconsolada.

—Ciertamente: pero debemos respetar las prácticas del Santo-Oficio.

—Enhorabuena: pero de todos modos es indispensable que yo vaya á la ciudad.

—Con qué objeto?

—Con el de buscar personas que influyan en el Santo-Oficio y dén su proteccion á mi padre.

—Tambien es inútil.

—No os comprendo.

—Claro está: el delito de que se acusa á tu padre es gravísimo y es uno de aquellos que el Santo-Oficio no perdona.

—De qué se le acusa, Dios mio! pregunté yo, temblando.

—De haber favorecido y estimulado tus amorosas relaciones con un hombre hereje.

—Pero esto es horrible! esto es falso! es una repugnante impostura!

—No lo creais, Laura, dijo D. Santos con la mayor sangre fria; esto es cierto.

Yo me quedé como quien vé visiones.

Creí que habia oido mal á D. Santos y le volví á mirar como para que repitiera su aserto.

—He dicho que tú te hallas en relaciones con un hereje, y esta es la verdad.

—Qué hereje, santo cielo! dije yo que no volvia de mi estupor; yo no tengo ni he tenido jamás otras relaciones de amor que las que sostengo y he sostenido con Lorenzo.

—Es decir que tambien tu lo confiesas? dijo D. Santos palideciendo.

—Pues no he de confesarlo si toda la aldea lo sabe?

—Enhorabuena: esto puedes confesármelo á mí, que al fin y al cabo te quiero mucho, y no seré capaz de denunciarte; pero no lo digas á nadie porque si llega á oidos del Santo-Oficio estás irremisiblemente perdida.

—Es decir que Lorenzo es un hereje?

—Sí.

—Y en qué se funda el Santo-Oficio para darle este dictado?

—Lorenzo, atropelló á un familiar de la inquisicion en un santuario.

—Qué santuario?

—La ermita de San Antonio.

—Qué familiar?

—A mí.

—Vos sois familiar del Santo-Oficio! esclamé yo sobrecogida.

Don Santos hizo un signo afirmativo.

—Pero vos fuisteis el primero en insultar á Lorenzo...

—Será así, dijo con gran cinismo el indiano: pero esto al Santo-Oficio no le consta.

—Sin embargo, puede probarse.

—No lo creas: nadie se atreverá á defender ni á tu padre ni á Lorenzo, porque el Santo-Oficio, tendrá empeño en condenarles.

—Pero esto será una infamia! dije yo sintiendo que el dolor me ahogaba.

—Efectivamente: será una infamia; pero esta clase de infamias se repiten con tal frecuencia que nadie las dá importancia.

—De manera que el infeliz que tiene la desgracia de caer en manos del Santo-Oficio, se encuentra irremisiblemente perdido.

—No por cierto.

—Por qué pues mi padre no tiene el privilegio de salvarse?

—Por que tal vez tu Laura, no encontrarás los medios para alcanzar este objeto.

—Oh Dios mio! interrumpí yo juntando mis manos; qué medios no empleará una hija para salvar á su padre? Sabeis vos alguno?

—Sí.

—Hablad.

—Temo que tú Laura, no quieras ponerlo en práctica, dijo con cierta intencion el indiano.

—Pero en fin, quién ha de dirigirme en este asunto, quién ha de prestarme su ausilio?

—Yo.

—Vos!

El indiano hizo un signo afirmativo.

—Escucha me dijo: oiste hablar nunca del inquisidor general Pedro de Arbués?

—Oh! muchas veces: me consta que es uno de los hombres mas notables de España y que es el alma y el espíritu del Santo-Oficio.

—Pues bien: yo conozco cierta persona que es el espíritu y el alma de este hombre.

—Cómo se llama?

—Enriquez.

—Sois vos mismo? dije yo sorprendida.

—Nó.

—Es tal vez pariente vuestro?

—Es mi hermano.

—Y decís que este hombre ejerce una decisiva influencia en el ánimo de Arbués?

—Es su brazo, su consejero, su amigo.

—Entonces no será difícil salvar á mi padre, dije yo con alegría.

—En efecto: bastará con que yo hable á mi hermano.

—Estais dispuesto á ello?

—Sí: pero con una condicion.

El acento con que Don Santos pronunció estas frases heló la sangre en mis venas.

Una secreta voz me decia que la condicion á que se referia Don Santos iba á ser durísima.

Esto sin embargo, yo procuré disimular y dije al indiano.

—Proseguid caballero: qué condicion vais á imponerme á cambio de la existencia de mi padre?

—Una que está en tu voluntad el cumplirla fácilmente, dijo el indiano envolviéndome en una ardiente mirada que me hizo ruborizar hasta el blanco de los ojos.

—Hablad, dije yo temblando desde los piés á la cabeza.

El indiano hubo de interpretar mi emocion en favor suyo y acercando su silla hácia la mia continuó:

—Ya sabes que te amo, Laura: si mis lábios lo han callado hasta ahora, en cambio mis ojos y la solicitud que he manifestado siempre hácia tí han sido un evidente y claro testimonio del cariño que me ha inspirado tu belleza. Si hasta hoy no te he hablado un lenguaje formal y enérgico, ha sido porque entre tu hermosura y mi amor se ha cruzado la imágen de Lorenzo el cual por su pobreza y miseria no es digno de tu cariño; pero hoy las circunstancias han variado por completo: perseguida por una fatalidad incomprensible te encuentras sin padre y sin amante: uno y otro se encuentran sujetos á un procedimiento incohado por el Santo-Oficio, el cual, segun la contestacion

que me vas á dar ahora mismo, perderá ú salvará por siempre á tu amante y á tu padre. Bajo tal concepto yo puedo constituirme en tu guia, en tu protector y en tu amigo, y hasta si quieres serás la única mujer que reinará como soberana en mi corazon y mi alma... comprendes Laura?

—Nó, caballero, dije yo con breve y seco acento.

—No comprendes que mi amistad te es completamente necesaria en la situacion en que hoy te encuentras? dijo el indiano.

—Yo, D. Santos, os aceptaré como protector, como guia y como amigo; pero no debo ni puedo aceptaros bajo ningun otro título.

—Es decir, interrumpió D. Santos rechinando sus dientes; que antes de ceder á mi cariño, prefieres que tu padre y tu amante sean víctimas del Santo-Oficio?

—En cuanto á mi padre, contesté yo llena de dignidad y orgullo, preferirá cien veces la muerte á la deshonra de su hija; y en cuanto á mi amante...

—Continúa...

—El Santo-Oficio no logrará cogerle entre sus garras...

—Cómo! interrumpió el indiano sorprendido; acaso no está preso como tu padre?

—Nó.

—Esto no es cierto: los esbirros del Santo Oficio tenian órden de prenderle.

—Muy enterado estais D. Santos, dije yo, con ironía, de los planes que la inquisicion ha fraguado contra mi

padre y mi amante... Casi estoy por creer que vos fuísteis el que los delató en Sevilla...

—Y si realmente así fuera, dijo el indiano viendo que yo le arrancaba la máscara con que trataba de cubrir su hipocresía; acaso hiciera otra cosa que vengar el agravio que me hizo tu novio?

—Pues bien: vengaos en él y no en un pobre anciano que ninguna ofensa os hizo.

—Esto corre de mi cuenta.

—Qué hareis?

—Por de pronto volveré á Sevilla para certificarme de si Lorenzo está ó nó preso.

—Y luego?

—Si está preso, diré á mi hermano que se le condene á la hoguera; si no lo está, volveré aquí para prenderle.

—No os tomeis tanta molestia, señor D. Santos, dijo de pronto una voz que me hizo exhalar un grito.

Don Santos se puso pálido.

Volvióse hácia el punto donde habia sonado esta voz y percibió, trás de sí, en el centro de la estancia y con los brazos cruzados, á Lorenzo que le contemplaba sonriendo.

—Tú aquí! esclamó D. Santos poniéndose en pié y llevando instintivamente su mano á la empuñadura de su espada.

—Os suplico que permanezcais quieto, dijo Lorenzo: harto os consta que vuestra espada, conmigo, es completamente inútil. Recordad sino, lo que os sucedió en la ermita.

Al oir estas frases que recordaban al indiano su cobardía y vergüenza, de pálido se convirtió en lívido.

Lorenzo continuó con la mayor sangre fria.

—Ahora mismo decíais que volveríais de Sevilla para prenderme; pues bien: aquí me teneis: mi presencia ante vos confirma lo que decia Laura: el Santo-Oficio no ha podido cogerme y no hay necesidad de que emprendais tan largo viaje: vos, que cuando menos, sois un esbirro tan diestro como los que en esta última noche se llevaron al padre de Laura, podréis prenderme fácilmente. Vaya: maniatadme: aquí estoy!

Y Lorenzo, al pronunciar estas frases, dió dos ó tres pasos hácia D. Santos, que, lleno de furor y de coraje, estrechaba su mano y de una manera convulsa, la empuñadura de su espada.

—Infame! continuó Lorenzo que ya no fué dueño á contenerse por mas tiempo; habeis venido á esta casa, no para ofrecer vuestro ausilio á una pobre niña que vuestras intrigas quieren hacer huérfana, sino para abusar de su inocencia y soledad y convertirla en instrumento de vuestros impúdicos deseos! No contento en encarcelar á su padre, tratais de encarcelar á su novio, que es el único sosten y amparo que en el mundo le resta, y queréis vender la libertad de uno y otro con el precio de su honra!...

—A mí tanto insulto!... balbuceó D. Santos desenvainando su espada.

Lorenzo no se movió.

—Salid, salid de aquí inmediatamente! gritó mi novio

estendiendo su brazo hácia la puerta de mi cuarto.

—Sí, dijo el indiano: saldré de aquí, pero cruzaré por encima de tu cuerpo.

Y al mismo tiempo dirigió una tremenda estocada á mi novio.

Mas éste, que no le perdia de vista, dió un salto hácia atrás, cogió la primera silla que le vino á mano, y la arrojó con toda su fuerza á la cabeza del indiano.

Don Santos vaciló sobre sus piés, soltó la espada, llevó sus manos á la frente y cayó tendido en el suelo, gritando:

—Asesino! Asesino!

Yo me quede horrorizada.

La voz de D. Santos, mas que una acusacion, me pareció un grito de agonía.

Habia salido ronca y temblorosa del fondo de su pecho.

Era sin duda la protesta de furor y la muerte á un mismo tiempo.

Lorenzo y yo, nos precipitamos sobre aquel cuerpo que yacia tieso y rígido sobre el pavimento de mi cuarto.

La silla lanzada con toda fuerza y energía de que era capaz mi novio, habia dado contra su frente y abierto una profunda herida en su sien izquierda.

De esta herida manaba gran cantidad de sangre.

Yo llevé mi mano al corazon del indiano.

No latia.

Don Santos habia muerto como herido por un rayo.

—Dios mio! Dios mio! grité yo deshecha en llanto; este hombre ya no existe!

—Y bien?... preguntó mi nóvio.

—Estamos perdidos, Lorenzo. Ignoras que D. Santos era hermano de Enriquez, el consejero de Arbués?

—He oido tu conversacion con el indiano, y por consiguiente, lo sé todo.

—Qué hemos de hacer?

—Yo huir.

—Te prenderán.

—Es muy difícil.

—Dónde te ocultarás?

—En el monte.

—Te morirás de hambre y de frio.

—No lo creas.

—Vivirás como una fiera; estarás solo, completamente abandonado.

—No me faltará compañía.

—Cuál?

—Escucha, Laura mia, dijo Lorenzo estrechando con pasion mis manos; es cierto que me amas?

—Te adoro!

—Hasta hacer por mi un sacrificio?

—Mi vida es tuya.

—Y si para salvar mi existencia yo no tuviese otro recurso que ampararme en bandoleros; si mañana yo dejara de ser un hombre honrado para convertirme en bandido...

—Dios mio! Dios mio!

—Dí, Laura; que harías?...

—Te amaria!... te amaria siempre y hasta si fue-

se necesario yo te seguiria en los bosques y cavernas.

Lorenzo me estrechó en sus brazos é imprimió un beso en mi boca.

Pues bien, dijo con voz resuelta: hé ahí el único medio que me queda para salvar mi existencia: yo ahora mismo iré á despedirme de mi madre, abandonaré esta aldea, me ocultaré en el monte, y buscaré mi salvacion en una compañía de bandidos.

—Pero esto es horrible! Lorenzo esclamé yo, desesperada.

—Quieres que el Santo-Oficio me prenda?

—Nó.

—Entonces no queda otro recurso. Si tu padre no se encontrara preso yo te diria que me siguieses; mas el pobre anciano reclama tu auxilio y es necesario que te sacrifiques en su obsequio. Luego, cuando esté libre, ya encontraremos un medio para vernos y hablarnos... no es cierto Laura?

—Oh! sí, sí! dije yo que en aquel instante sentia una emocion indescribible; yo no podré olvidarte nunca: tu amor es mi existencia.

—Pues bien: márchate inmediatamente á Sevilla.

—Y qué haremos de este hombre? pregunté yo indicando el cadáver de D. Santos.

—Dejémoslo aquí.

—Es decir que no denunciaremos el suceso?

—Nó: lo primero que debemos hacer es huir; harto se descubrirá nuestro crímen. Con tal de que pasen veinte y

cuatro horas antes de que el Santo-Oficio averigue este suceso, yo tendré tiempo de salvarme...

—Pero y yo?... dije temblando.

—Tú? repuso Lorenzo sin comprenderme.

—Olvidas que yo no me ocultaré en caverna alguna?

—Ah! es cierto: vas á Sevilla y en esta ciudad pudieran prenderte...

—Cabal.

—No temas: yo te salvaré gracias á un documento que te entregaré ahora mismo.

Y dirigiéndose hácia una mesa donde se veia recado de escribir, Lorenzo cogió papel y una pluma y redactó lo siguiente:

«Declaro que á consecuencia de los insultos que me ha »inferido D. Santos Enriquez, yo he matado este último en »noble y leal reyerta. Y á fin de que su muerte no perju»dique á tercero, hago esta confesion escrita de mi puño y »letra en el mismo dia en que este suceso ha ocurrido.

LORENZO MUÑOZ.»

—Toma, dijo mi novio entregándome el documento que acababa de estender: guarda esta declaracion, y úsala si es necesario.

Yo doblé aquel papel, y lo guardé en mi seno.

—Adios dijo Lorenzo; no hay tiempo que perder; mi madre conocerá siempre mi guarida; participala á ella lo que ocurra; yo de cuando en cuando vendré de noche á esta aldea.

Me lancé en brazos de mi novio, y por espacio de algun

tiempo mis ojos se convirtieron en un mar de lágrimas.

Por fin Lorenzo se arrancó á mis brazos, y dándome un postrero y último beso, dejó aquella sala, y se precipitó á la calle.

Yo le seguí con los ojos hasta que se hubo eclipsado, y luego cerré aquella estancia donde aun continuaba tendido el cadáver de D. Santos.

---

# CAPITULO XXXII.

### El secretario de Arbués.

En el mismo dia en que Lorenzo se marchó á las empinadas cumbres de Sierra Morena, yo me dirigí hácia Sevilla.

Mi corazon se encontraba lleno de luto y de amargura.

Por una parte me hallaba sin padre; por otra sin amante; y aunque yo habia prometido á este último que seria suya en cuerpo y alma, y por mas que todas mis aspiraciones se reconcentraran en su amor, una secreta voz me decia que yo, al fin y al cabo, seria una mujer desgraciada.

Una mujer desgraciada!... Acaso no lo era ya entonces?...

Llegué á Sevilla con el corazon destrozado, y por mas que me hallase fatigada á consecuencia de mi viaje, me dirigí, sin pérdida de tiempo, á las cárceles del Santo-Oficio.

Uno de los hombres que guardaban su puerta me detuvo.

—A dónde vais jóven? me preguntó.

—Busco á mi padre.

—Quién es?

—Jacobo Robledo.

—No le conozco.

—No está aquí en cárceles? pregunté yo con ansiedad.

—Hay en ellas tantos centenares de presos que, como vos comprendeis, es muy difícil recordar el del nombre que indicásteis.

—Podriais averiguarlo?

—No por cierto: el Santo-Oficio es como un sepulcro: el hombre que entra en él, queda borrado del mundo para siempre.

—Quién podrá enterarme de si mi padre se encuentra ó nó en estas cárceles.

—El inquisidor general, Pedro de Arbués, contestó el esbirro.

—Dónde vive.

—Preguntad por el palacio inquisitorial: no hay en Sevilla un vecino que no os dé las señas de esta casa.

—Y él me dará licencia para abrazar á mi padre? interrogué yo con ansia.

—Lo ignoro: algo difícil me parece; mas en fin, podeis probarlo.

Y como si estuviera cansado de mis preguntas, aquel hombre me dió la espalda.

Yo me dirigí al inquisitorial palacio.

Uno de los servidores de Arbués, me preguntó el objeto de mi visita, y despues que yo se lo hube anunciado, me dejó sola en una especie de antesala.

Luego que hubo transcurrido algun tiempo, el servidor volvió y me dijo:

—Monseñor de Arbués, no puede recibiros en este instante; pero en cambio os recibirá su secretario. Su Eminencia, el gran inquisidor, se halla ocupado en graves y urgentísimos negocios! Hacedme el obsequio de seguirme...

Mi primera intencion, al oir estas frases, consistió en retirarme; pero aquel hombre las habia pronunciado con tan imperativo acento, que yo no tuve el suficiente valor para oponerme á su deseo.

Así, es que le seguí sin replicar lo mas mínimo.

El servidor de Arbués, me hizo cruzar dos ó tres estancias hasta que por fin, llegamos frente á una puerta de nogal adornada con incrustaciones de bronce.

—Entrad, señora, dijo el familiar con el mismo acento imperativo y abriendo aquella puerta.

Yo obedecí temblando.

Sin embargo de que en aquel dia hacia un calor bochornoso, yo sentia frio.

No parecia sino que la atmósfera de aquel palacio me robaba la energía y la vida.

Todo en aquella casa, era lúgubre y sombrio.

Al cruzar la puerta que el familiar me abria, me en-

contré en una estancia de alto y ensamblado techo, paredes forradas con damasco color de púrpura, sillones de terciopelo verde oscuro y cortinas de lo mismo.

En el centro de este cuarto, trás una mesa donde se veía un monton de infolios y legajos, aparecia la rugosa y diminuta cabeza de un hombre que frisaba en los cincuenta ó sesenta años, de ojos pequeños grises y brillantes de pelo ya entrecano, y de aspecto lúgubre y sombrío.

—Que se os ofrece, señora? me preguntó lanzándome una mirada penetrante.

—Soy, contesté, la hija de un infeliz, que, segun me han informado, se halla preso en la inquisicion.

—Y venís á pedir gracia.

—Justicia, señor.

—Con el Santo Oficio, la peticion es inútil, porque siempre la administra; cómo os llamais, hija mia.

—Laura, señor.

—Vuestro apellido?

—Robledo.

El secretario de Arbués me dirigió una mirada mucho mas penetrante que la primera.

—Sois, tal vez, hija de un aldeano que ayer mismo entró en las cárceles?

—Sí, monseñor.

El secretario cogió uno de los legajos que habia encima de la mesa, se caló unas grandes antiparras, y comenzó á leer en voz baja.

Luego dijo:

—El delito de vuestro padre es muy grave, señora: no solo en su proceso consta que no cumple muy bien con los preceptos de nuestra santa madre la Iglesia, sino que, segun parece, se ha convertido en protector y encubridor de cierto jóven llamado Lorenzo, el cual cometió el horrendo crímen de insultar á un familiar del Santo-Oficio en cierta ermita y en presencia de muchos testigos, á los cuales se tomará la declaracion correspondiente.

—Esto es falso, monseñor...

—Permitid que no os crea, señora: aquí consta la declaracion del mismo agraviado.

—De D. Santos?

—Cabal.

—Es un impostor, un mal caballero, un infame...

—Hablad de él con mas respeto, dijo frunciendo su entrecejo el hombrecillo: D. Santos Enriquez, es un hombre que con su acusacion ha prestado un gran servicio á la religion católica romana, y no es justo que se menoscabe su reputacion y su nombre.

—Perdonad, monseñor... dije yo asustada al ver que la ira se retrataba en el semblante de aquel viejo.

—Fuera de esto, continuó este último haciendo un esfuerzo por endulzar su voz, haceis mal en acusar á Don Santos, puesto que la causa de vuestro padre se encuentra *sub-judice*, y por consiguiente no hay derecho de prejuzgarla. Afortunadamente su sumario será corto, y solo aguardamos la llegada de D. Santos, el cual ha ido en

persona á vuestra aldea para recoger datos que prueben la criminalidad de vuestro padre, con objeto de ver y fallar este proceso.

—Y decid, monseñor... pregunté yo con timidez; y si Don Santos no pudiese declarar en esta causa...

—Esto no es posible; D. Santos es un familiar harto celoso, para que no traiga al proceso los datos necesarios para que continúe su curso.

—Y si no viniese nunca á Sevilla?

—Vuestro padre se eternizaria en las cárceles...

—Dios mio! Dios mio! interrumpí yo llorando. Entonces estoy perdida.

—Por qué?

—Por que D. Santos no volverá á Sevilla.

—Quién se lo impide? Le ha sucedido tal vez una desgracia? preguntó con singular interés el hombrecillo.

—Ha muerto!...

—Ha muerto! gritó de pronto el secretario de Arbués irguiéndose sobre su silla de baqueta y mirándome con grandes y estraviados ojos. Cuándo?

—Hace dos dias.

—Dónde?

—En mi aldea.

—Entónce su muerte fué repentina?

—Sí.

—Murió de enfermedad natural?

—Nó.

—Entónces?...

—Falleció de muerte violenta.

—Pero en fin, esplicaos, señora. Qué desgracia ha sucedido?

—Le mataron, monseñor.

—Quién?

—Debo callarlo.

—Desgraciada! gritó el secretario, pálido como si fuese un cadáver; esto me indica que tú tal vez para evitar el castigo de tu padre, fuíste el autor ó complice en el crímen y tu silencio puede serte fatal y horrible... Habla: esplícate: quién fué el matador de D. Santos?

—No quiero, ni debo revelarlo.

—Hola! gritó agitando una campanilla que se veia encima de la mesa.

Presentóse un ugier.

El secretario le dijo:

—Llevad á esta mujer á la cárcel del Santo-Oficio: decid á los esbirros que la encierren en la mas oscura mazmorra y que luego yo me pasaré por allí con objeto de dar mis órdenes.

—Está bien, monseñor, dijo el ugier.

Y dirigiéndoseme á mí prosiguió:

—Hacedme el obsequio de seguirme, señora.

Yo obedecí sin pronunciar una frase.

Me hallaba consternada.

La energía y el tono brusco con que el secretario del inquisidor me habia hablado, eran para desconcertar á un corazon mas fuerte que el mio.

Seguí al ugier.

Al llegar á la puerta del inquisitorial palacio, donde se veian los centinelas que daban la guardia al grande inquisidor, llamó á dos hombres de armas y dió órden á uno de los familiares para que dispusiesen el coche donde se acostumbraba á llevar á los presos de algun rango.

Entretanto hacian los preparativos de marcha yo me dirigí al ugier y le dije:

—Me quereis dispensar un favor caballero?

—Cuál?

—Contestadme una pregunta.

—Decid.

—Quien es el hombre que ha dado órden para que me llevaseis á la cárcel?

—El secretario de Monseñor Arbués.

—No lo ignoro; mas quisiera que me dijeseis su nombre.

—Quereis saber como se llama?

—Sí.

—Enriquez.

Yo hice un esfuerzo para contener un grito.

—Es acaso, pregunté al ugier, hermano de D. Santos Enriquez, familiar del Santo-Oficio?

—Sí.

—Ahora comprendo mi imprudencia, murmuré yo en voz baja.

—Decíais señora?

—Nada... que estoy á vuestras órdenes; cuando gusteis podemos marchar á la cárcel.

El coche estaba ya preparado.

El ugier abrió la portezuela y me invitó á que yo entrase en el mismo.

Luego tomó asiento á mi lado.

El carruaje emprendió su marcha.

Durante el camino hube de inspirar tanta lástima á aquel empleado del Santo-Oficio que me invitó á que en breves frases yo le contara mi desgracia.

Yo lo hice así y durante mi relato vertí tantas lágrimas que hube de conmover su alma.

—Tranquilizaos, señora, dijo el familiar que hacia las veces de ugier en el palacio de Arbués, no todo está perdido. Yo ejerzo alguna influencia en el ánimo del inquisidor y estad cierta de que la emplearé en vuestro obsequio.

—Pero Enriquez es hombre muy vengativo... dije yo sollozando.

—En efecto... pero si realmente vos no habeis contribuido á la muerte de D. Santos, no sois culpable.

—No podeis ofrecer al tribunal una prueba de vuestra inocencia?

—Oh! sí: una muy grande.

—Cuál?

Yo saqué de mi bolsillo la declaracion que Lorenzo habia escrito antes de marcharse á las cumbres de Sierra Morena y la entregué al familiar diciendo:

—Leed.

Este cogió el papel y lo leyó con avidez.

—Estais salvada, replicó el ugier, despues que hubo leido; pero en cambio Lorenzo está perdido.

—No lo creais.

—Por qué?

—El Santo-Oficio no logrará cojerle.

—Dónde se encuentra?

—En las cumbres de Sierra Morena.

—Qué hace?

—Anteayer Lorenzo era mi amante; hoy es un bandido.

—Tanta mayor razon para que aprovecheis la declaracion que hizo de que él fué el único matador de Don Santos. A pesar de esto os aconsejo una cosa...

—Cuál?

—Que no mostreis este documento al secretario Enriquez, dijo el familiar.

—Hay en ello algun riesgo?

—Mucho.

—Continuad.

—En su deseo por vengarse, Enriquez fuera capaz de arrebatároslo y acusaros luego, formalmente de complicidad en el homicidio de su hermano.

—Qué debo, pues, hacer?

—Hoy por hoy guardarlo.

—Y luego?

—Presentarlo.

—A quién?

—Ante el tribunal que juzgará de vuestra causa: esta

declaracion vale por todos los testigos de descargo que os puede proporcionar el derecho de defensa.

—Y cuándo podré ofrecer esta prueba de mi inocencia?

—El dia en que el tribunal se reuna en pleno para fallar vuestro proceso. Pero de aquí hasta entonces pasarán muchos dias. Lo primero que hará el Santo-Oficio, será tomaros declaracion jurada para averiguar lo que sabeis acerca la realizacion del crímen.

—Y despues?

—Si vuestras esplicaciones no satisfacieran al instructor de vuestra causa, se os aplicará el tormento.

—Dios mio! interrumpí yo, estremeciéndome desde los piés á la cabeza.

—Luego, continuó el familiar, se os ampliarán las declaraciones todas las veces que la inquisicion considere conveniente; pero como para evitar el tormento, vos, sin duda, confesareis de plano, es muy posible que el juez instructor de vuestra causa no os exija mas confesiones.

—Enhorabuena. Creis, pues, que el Santo-Oficio me devolverá lo libertad perdida? interrogué yo con ánsia.

—Casi os lo aseguro, si presentais la declaracion de vuestro amante en la forma y lugar que os he indicado.

—Entonces ya estoy mas tranquila.

Hubo un instante de silencio durante el cual, yo, no obstante mi falta de sosiego, reflexioné profundamente.

Luego dije:

—Quereis dispensarme un favor, caballero?

—Vos, señora, contestó el familiar, me sois harto simpática para que yo me atreva á rehusarlo.

—Pues bien: quisiera que mañana enviaseis á mi aldea una carta participando mi desgracia á la madre de Lorenzo.

—Cómo se llama?

—Brígida.

—Mañana sin falta enviaré un correo á vuestra aldea.

—En esta carta añadireis que segun todas las probabilidades no tardaré mucho en salir de esas cárceles y que de consiguiente Lorenzo no vaya por mí á la aldea hasta que yo vuelva á ella ó que su madre reciba otra carta mia.

—Sereis obedecida, señora.

Durante esta plática el carruaje habia salvado el trayecto que mediaba entre el palacio de Arbués y las cárceles del Santo-Oficio y se habia detenido frente á estas últimas.

Bajamos del carruaje y un instante despues yo entraba en aquel sombrío y fúnebre edificio.

# CAPÍTULO XXXIII.

---

**El interrogatorio.**

Fuí encerrada en una de aquellas tristes y lúgubres mazmorras donde se han sepultado tantas vidas.

Al siguiente dia muy temprano la puerta de mi calabozo se abrió dando paso á un esbirro.

—Sois vos Laura Robledo? me preguntó.

Yo hice un signo afirmativo.

—Pues seguidme.

—Dónde quereis llevarme?

—A la sala de declaraciones.

—Con qué objeto?

—Lo ignoro: yo al llevaros á ese punto no obedezco mas que las órdenes de mis superiores.

Comprendí que mi proceso iba á empezar y no contesté una frase.

Seguí al esbirro que me guió por un estrecho corredor,

me hizo subir una escalera, hasta que, por fin, luego de cruzar dos ó tres galerías, se detuvo frente á una grande y maciza puerta.

—Entrad! me dijo el sayon, indicándome esta última.

Yo le obedecí.

Entonces me hallé en una sombría é inmensa estancia.

Hallábase tapizada de negro; en el centro veíase una larga y ancha mesa á cuyo alrededor se hallaban sentados tres hombres.

Estos tres hombres llevaban el rostro cubierto por una larga y punteaguda caperuza la cual solo dejaba entrever sus negros y chispeantes ojos.

El resto de su cuerpo, se hallaba oculto por la mesa cubierta con un tapete negro.

En un estremo de ella y sobre una especie de faristol, veíase un libro de los Evangelios y en el estremo opuesto un Cristo iluminado por dos cirios.

Aquella estancia con su alto y ensamblado techo, con sus paredes colgadas de negro, y con aquellos tres hombres que parecian lúgubres fantasmas, daba miedo al corazon y frio al alma.

Pero lo que mas me sorprendió, lo que me llenó de un terror vago é indescribible, fué el ver, en un ángulo de aquella sombría y lúgubre estancia, algo parecido á un ataud, algo semejante á una caja mortuoria, que yacia envuelta entre la sombra porque el resplandor de los cirios no alcanzaba á iluminarla.

Yo dirigí á este objeto una mirada vaga, llena de

miedo, y luego fijé mis ojos en los tres inquisidores.

Uno de estos me indicó un banquillo que se veia no léjos de la mesa y con voz pausada y solemne, dijo.

—Ayer declarásteis ante el secretario de Su Eminencia el gran inquisidor de España, que D. Santos Enriquez, familiar del Santo-Oficio y hombre que se habia distinguido por su valor, su fé y sus virtudes, así en la milicia del rey como en la milicia de Cristo, fué muerto violentamente en la aldea de que sois hija. Es esto cierto?

Al oir la voz del hombre que pronunciaba estas frases, mi terror subió de punto.

Por ella acababa de reconocer á Enriquez, secretario de Pedro de Arbués.

No tuve fuerzas para responder á la pregunta que me dirigia, é hice un signo afirmativo.

—Contestad en voz alta, me dijo con severidad Enriquez; y ante todo acercaos y jurad por los Santos Evangelios que direis verdad en todo lo que seais preguntada.

Yo reuní mis fuerzas, me levanté del banquillo y me acerqué á la mesa.

—Juro, dije con toda la energía que encontré en mi alma, que no contestaré una palabra á cuanto se me pregunte siempre y tanto que de este tribunal no se retire un hombre que es juez y parte en mi causa.

Al oir esta declaracion, las tres hombres de las caperuzas se miraron sorprendidos.

—Escribid estas palabras, y que ellas formen la cabe-

za del proceso, dijo Enriquez á uno de los hombres que tenia á su lado.

Y luego fijando sus ardientes ojos en mí, que aparentaba una serenidad que no tenia, dijo:

—Es decir que recusais el tribunal ante el cual se os ha llamado?

—Sí.

—Por qué?

—Ya os lo dije: en este tribunal existe un hombre que se ha constituido en juez y parte en mi causa.

—Quién es este hombre?

—Vos.

Los ojos de Enriquez chispearon.

—Y cómo os consta que yo soy juez y parte en vuestra causa? dijo.

—Me lo indica vuestra voz, y mi conciencia.

—Y os resistís á declarar?

—Sí.

—Ved lo que decís: el Santo-Oficio cuenta con los necesarios medios para arrancaros vuestra declaracion por la fuerza.

—No lo ignoro; mas yo, desde ahora, protesto ante Dios y los Santos Evangelios, contra las violencias y estorsiones que podrán hacerse á una mujer inocente.

—Teneis datos para ilustrar el Santo-Oficio respecto á la muerte de D. Santos?

—Sí, toda vez que murió á mi presencia.

—E insistís en no darlos?

—Los daré cuando en vez de declarar ante jueces acusadores, vea ante mí, jueces imparciales. En una palabra: yo solo declararé ante el tribunal del Santo-Oficio en pleno. Entonces lo revelaré todo, y probaré mi inocencia de un modo irrecusable.

—Por medio de testigos?

—La muerte de D. Santos, fué únicamente presenciada por uno.

—Quién fué este testigo?

—Yo.

—Entónces que pruebas ofreceis con objeto de manifestar vuestra inocencia?

—Las que yo pueda usar con tal de que se encuentren dentro el derecho de defensa.

—Si vos, realmente, fuísteis la única persona que presenció la muerte de D. Santos, nosotros con mas razon, nos vemos obligados á exigiros una declaracion terminante.

—Es inútil.

—Continuais resistiendo?

Yo hice un signo afirmativo.

—Entonces, dijo Enriquez con voz lúgubre, siento deciros que se obrará con vos á la manera con que se ha obrado con un testigo, al cual se le ha interrogado ya en lo que se refiere á otra causa: á semejanza vuestra, no quiso declarar y se sujetó á un tormento que no pudiéndolo resistir ha muerto.

—Ha muerto! dije yo estremeciéndome desde los piés á la cabeza.

—Sí, continuó Enriquez: ha muerto pronunciando el nombre de su hija, de la misma manera que vos podeis morir pronunciando el nombre de vuestro padre.

Estas últimas frases pronunciadas con voz lenta y solemne, hicieron agolpar á mi corazon toda mi sangre.

—Os decidís? preguntó Enriquez.

Yo iba á ceder su amenaza; pero comprendí que se me exigirian pruebas de mi inocencia, y como la única que yo tenia consistia en el documento de Lorenzo, me resistí á las indicaciones de Enriquez, el cual, á no dudarlo, para vengarse de un modo mas completo, lo hubiese arrebatado de mis manos.

Así es que dije:

—Nó: sujetadme al tormento: haced de mí lo que os plazca: yo solo declararé y probaré mi inocencia, ante un tribunal mas competente.

—Enhorabuena, dijo Enriquez; pero antes de sujetaros al tormento, cumple á mi obligacion el haceros comprender todos los sufrimientos y dolores que os aguardan. El Santo-Oficio, que, en su gran piedad, castiga únicamente á los tercos y muy culpables, no inflige tormento alguno sin advertir sus consecuencias. Así pues, necesario es que veais los efectos de la tortura en el desgraciado que allí yace.

Yo guardé silencio, y rogué en mi interior á Dios, con objeto de que me prestase fuerzas para resistir el espectáculo que iba á ofrecerme Enriquez.

—Por última vez, dijo este último con voz lúgubre y

solemne: quereis, bajo lo fé del juramento, declarar ante este santo y respetable tribunal lo que sabeis respecto á la muerte de D. Santos?

—Nó.

—Ola! gritó el inquisidor.

Aparecieron dos esbirros, los cuales, á semejanza de los que formaban el tribunal, ocultaban su rostro en sendas caperuzas.

—Llevad, les dijo el inquisidor, esta mujer cerca de aquel atahud, y mostradla el cadáver que contiene.

Los dos osbirros me cogieron del brazo, y me arrastraron hácia el punto indicado por Enriquez.

Yo no hice resistencia alguna.

La idea de que iba á presenciar un triste y repugnante espectáculo, me quitó todas mis fuerzas.

Uno de los sayones, cogió uno de los cirios que se veían en la mesa, y alumbró, con él, el atahud, mientras que el otro hacia saltar su tapa.

Yo, al principio, quise cerrar mis ojos; pero luego, impulsada por una fatalidad invencible, hube de fijarlos en aquella caja mortuoria. Entonces ví una cosa horrible.

Tendido á lo largo del féretro, con los cabellos erizados aun por el dolor, con los ojos vidriosos y hundidos, con los lábios cárdenos, amoratados, con las mejillas lívidas, con la boca horriblemente contraida, y con el cuerpo tieso, rígido, inmóvil, contemplé el cadáver de un hombre.

El sufrimiento habia descompuesto de tal modo sus facciones que al principio no llegué á reconocerle.

Mas de pronto lancé un grito.

En aquellos ojos vidriosos, en aquellos lábios contraidos, en aquellas facciones descompuestas, reconocí el semblante de mi padre.

La sangre de mis venas, afluyó toda á mi pecho; mis sienes latieron; mis oidos zumbaron; la estancia comenzó á girar en torno de aquel féretro, mis piernas flaquearon, y careciendo de fuerzas bastantes para sostenerme en pié, caí en tierra sin sentido.

Luego no ví ni oí nada.

Me pareció que alguien me cogia, que me tomaba en brazos, que me sacaba de la estancia, que cruzaba galerías, que descendia escaleras, y que me llevaba á las profundidades de aquellos horribles y tenebrosos antros.

# CAPÍTULO XXXIV.

---

**Regreso á la aldea.**

El golpe que acababa de darme Enriquez fué tan horrible que por espacio de dos meses viví en las lindes del sepulcro.

Los que en la cárcel me cuidaban, estaban en la creencia de que me reuniria al cielo con mi padre.

Esto no obstante, mi juventud y robustez, pudo triunfar del desquiciamiento y marasmo en que me habia sumergido aquel golpe, y á los dos meses, y luego de haber sufrido una enfermedad cruel y angustiosa, yo me hallaba en disposicion de presentarme, por segunda vez, ante el tribunal del Santo-Oficio.

Durante este tiempo, mi proceso habia dejado de continuar su curso.

Muerto mi padre á consecuencia del rigor que se habia empleado con él en el tormento, la inquisicion, en lo

que se refiere á la muerte de D. Santos, no tenia otro medio que buscar la luz en mis propias declaraciones y de ahí que aguardara mi restablecimiento con ansia.

La muerte de un familiar del Santo-Oficio habia llamado la atencion de Arbués y éste á su vez habia pedido mi proceso.

Por otra parte el ugier que me habia llevado á la inquisicion, le habia hablado en favor mio y el inquisidor general se hallaba dispuesto á favorecerme en lo posible.

Así es que cuando al leer el proceso vió en mis declaraciones que yo recusaba á Enriquez, toda vez que no podia ser juez y parte en una misma causa, y que me hallaba dispuesta á declararlo todo ante un tribunal mas competente, Arbués, luego que me vió restablecida, mandó que el Tribunal en pleno del Santo-Oficio se reuniese y que me oyese en audiencia.

Me presenté ante este último, conté, en todos sus detalles, mis amores con Lorenzo, las inícuas pretensiones de D. Santos, la reyerta de la ermita, su visita á mi casa el mismo dia en que la inquisicion prendió á mi padre, las provocaciones que mediaron entre el indiano y mi amante, hasta que, por fin, con objeto de justificar mi inocencia, presenté el documento en que Lorenzo se acusaba de haber cometido el homicidio y que me habia entregado antes de dirigirse á los montes.

El tribunal, presidido por Arbués, oyó con grandísima atencion la historia de mis desgracias y como el documento de Lorenzo escusaba, hasta cierto punto, la presenta-

cion de pruebas, y como por otra parte no habia ningun testigo que hubiese presenciado aquel hecho, el tribunal dió por vista mi causa y procedió á su fallo.

Este no pudo ser mas favorable.

La inquisicion no solo me devolvia la libertad sino que me devolvia la posesion de mis bienes, los cuales se habian confiscado al prender á mi anciano padre.

Como yo, despues de su muerte, habia continuado presa, el Santo Oficio no habia levantado la interdiccion en mis bienes y estos continuaban secuestrados.

Salí de la inquisicion y me dirigí á mi aldea tanto para gozar de la libertad que en ella se respiraba, como para restablecer mi salud que se habia deteriorado en las mefíticas y lúgubres mazmorras.

Ya se comprenderá que lo primero que hice fué enterarme de la suerte de Lorenzo.

Así es que hice llamar á su madre para adquirir noticias del mismo.

Esta me dijo, que, efectivamente, el dia en que yo dejé mi pueblo para dirigirme á Sevilla, el jóven habia cogido un arcabuz y precipitadamente se habia dirigido á los montes de Sierra Morena.

—No le habeis visto mas? pregunté yo á la anciana.

—Solo dos veces, contestó esta última: mi pobre hijo, añadió, quisiera visitarme con frecuencia, no solo para abrazarme sino para saber noticias vuestras; pero yo le tengo prohibido que venga á esta aldea.

—Por qué motivo?

—Porque arriesga lé que le prendan.

—Quién?

—Los del Santo-Oficio.

—En qué os fundais?

—Nada tan sencillo: casi todas las noches rondan por esta calle algunos hombres de aspecto misterioso y siniestro, á los cuales nadie conoce y que se pasean entre la oscuridad y las tinieblas como si fuesen fantasmas. Nadie del pueblo ha visto aun su rostro porque van embozados en anchas y negras capas bajo la cual se oye resonar la contera de una espada. Esto ha consternado los habitantes de la aldea, los cuales se retiran al toque de ánimas. Algunos dicen que es el alma en pena de D. Santos que busca ocasion para vengarse; mas yo estoy cierta de que esos fantasmas no son mas que esbirros que la inquisicion envia.

—Estais cierta de ello? pregunté yo asustada por el relato que me hacia Brígida.

—Ya lo creo: porque cierta noche llamaron á mi casa.

—Dios mio! qué querian?

—Buscaban á Lorenzo.

—Y no estaba con vos.

—Nó; pero en cambio en la noche anterior habia dormido en mi casa.

—Y qué contestasteis á los esbirros?

—Que hacia muchos dias que Lorenzo se habia ausentado sin que hubiese podido averiguar su paradero.

—Entonces será muy difícil que Lorenzo escape á las redes que la inquisicion le tiende.

—Por esto os dije que seria muy difícil que mi hijo volviese á esta aldea.

—Pero en fin, qué os dijo?

—Me dijo, repuso la anciana, que formaba parte de una compañía de bandidos y que á no ser por el cariño que me tiene y el amor que á vos os profesa, se consideraria feliz con su libre á independiente existencia.

—Dios mio! Dios mio! esclamé yo recordando los hermosos dias que nos habia proporcionado nuestro amor y viendo un porvenir cargado de tristeza y de desgracias.

Hubo un momento de silencio durante el cual yo vertí amargas y abundantes lágrimas.

Por fin yo la interrumpí diciendo:

—Escuchad, Brígida: yo necesito ver á Lorenzo en el mas breve término posible.

—De qué manera?

—Lo ignoro: de todos modos necesito verle: para mí la libertad que me ha devuelto el Santo-Oficio no tiene valor alguno si no está sazonada con el amor de vuestro hijo; no encontraríais un medio para verle y hablarle?

Brígida reflexionó un instante.

—Solo conozco uno, dijo por fin la anciana.

—Cuál?

—El que yo vaya en su busca.

—Dónde?

—A los montes de Sierra Morena.

—Pero vais á arriesgar vuestra existencia...

—No lo creais.

—Por qué?

—A una anciana todo el mundo la respeta: qué quereis que hagan los bandidos á una pobre vieja indefensa, llena de achaques y que toca á las lindes del sepulcro? me dirigiré hácia el monte, bajo cualquier pretesto: yo que soy muy pobre, pasaré fácilmente por una infeliz mendiga que se ha estraviado en aquellas sendas y barrancos. Procuraré conquistar las simpatías del primer bandido que encuentre y si no hallo á mi hijo, él me dará noticias de donde podré verle y hablarle.

Yo abracé á la pobre anciana llena de entusiasmo y de ternura.

A su edad el sacrificio no podia ser mas grande.

Verdad es que Lorenzo era su único hijo y que, por solo verle, hubiera dado su existencia.

Yo la dije:

—Cuándo marchais?

—Cuándo? Mañana mismo: he de aprovechar el tiempo toda vez que se pueden pasar cinco ó seis dias sin que llegue á adquirir noticias suyas.

—Qué le direis?

—Que vos estais ya libre: le contaré la muerte de vuestro padre, los sufrimientos que habeis padecido en el Santo-Oficio y le diré en fin, que deseais verle con ansia.

—Cabal.

—Pero de qué modo podré verle? interrogué yo que no pude menos que recordar las graves dificultades que se oponian á que Lorenzo volviese á la aldea.

—Esto dejadlo de su cuenta, replicó la anciana, mi hijo os quiere demasiado para que no encuentre un seguro medio con el cual llegue á veros y á hablaros. Creo, prosiguió, que Lorenzo os citará en algun paraje del monte ó bien volverá á esta aldea, para lo cual tomará sus precauciones.

—Ojalá Dios le proteja, repliqué yo lanzando un gran suspiro. De todos modos, continué, vos Brígida, volvereis á este pueblo á la brevedad posible y antes de que yo vea á Lorenzo.

—Así es, dijo la anciana.

—Pues bien, toda vez que le vereis antes que yo, decidle que espero verle con ansia, que le amo, que le adoro, que él es mi luz, mi vida; mi existencia y que por su amor yo me hallo dispuesta á sacrificarlo todo.

—Gracias, Laura, gracias, dijo la pobre anciana vertiendo como yo abundantes lágrimas.

Y viendo que iba á dirigirme hácia mi casa me acompañó hasta la puerta de la suya.

Al siguiente dia, cuando la aurora brillaba en las rosadas puertas de Oriente, la madre de Lorenzo se dirigió hácia el monte.

Durante los tres primeros dias que siguieron á su ausencia yo no estuve impaciente.

Comprendia que á una mujer de su edad no le seria fácil salvar las escabrosidades y malezas de una sierra y que por consiguiente necesitaba algun tiempo para adquirir noticias de su hijo.

Pero al cuarto dia empecé á sentir cierta impaciencia.

Al quinto mi desazon habia llegado á su colmo.

Yo, viendo que Brígida no regresaba á la aldea, sentia la fiebre: no dormia, sentíame indispuesta, mi corazon se veía asaltado por los mas horribles presagios, mi alma se sentia agitada por un temor y una desesperacion iudescribibles.

Para evitar las preguntas siempre indiscretas de mis vecinos, no habia salido nunca de mi casa y vivia triste y solitaria con la fiel criada que me habia acompañdo á Sevilla.

Pero aquel silencio, aquella soledad, aquella casa no hacia mas que acrecentar mi tristeza.

Aquella casa me recordaba los felices dias que habia pasado al lado de mi padre y de Lorenzo y me recordaba la fatal desgracia que habia interrumpido mi felicidad y mi dicha.

La sala en que habia muerto D. Santos se hallaba tal como yo la habia dejado el dia en que ocurrió la catástrofe.

El tribunal del Santo-Oficio, al conocer esta última se habia presentado á mi casa, habia recogido el cadáver, habia sellado las puertas de la sala donde Lorenzo habia cometido su homicidio y lo habia dejado todo de la misma manera que lo habia encontrado.

Al llegar á mi casa, yo, instintivamente, me habia dirigido hácia aquella estancia; pero al abrir sus puertas, al ver que los muebles permanecian aun en desórden, al percibir la silla con la cual mi amante habia roto á D. San-

tos la cabeza, al ver la gran mancha que en el pavimento habia dejado la sangre del indiano, yo no tuve fuerzas para resistir el espectáculo y cerrando las puertas de la sala me dirigí á las habitaciones que se encontraban de ella mas lejanas.

Desde aquel dia, yo no habia vuelto á abrir aquella fúnebre estancia.

Me contentaba en habitar los cuartos mas pobres de la casa, en los cuales tenia la gran ventaja de descubrir las empinadas cumbres de la sierra donde se hallaba Lorenzo y que muchas veces veia coronada de nubes parecidas á copos de ligera y flotante gasa.

Pero entretanto mi novio no llegaba.

Hacia ya seis dias que su madre habia dejado la aldea y yo no habia tenido noticias de ella ni de su hijo.

Esto sumergia mi alma en la afliccion mas profunda.

Hacia ya dos noches que yo no podia conciliar el sueño.

El corazon me decia que habia ocurrido algo estraordinario y que no se pasaria mucho tiempo sin que algo me descubriese el misterio que envolvia la ausencia de la anciana.

Sin embargo de que yo no podia conciliar el sueño, tenia la costumbre de matar las luces de mi casa para no llamar la atencion de los vecinos.

En la séptima noche yo hacia toda clase de esfuerzos para buscar en mi lecho un instante de reposo, cuando, de pronto, me pareció oir el rumor de quietos y recatados pasos en el huerto de mi casa.

Yo escuché en silencio.

En aquel mismo instante el reloj de mi pueblo daba la una de la madrugada.

Si yo, en vez de hallarme sola, me hubiese encontrado con mi padre, quizá hubiese tenido el suficiente valor para dejar mi lecho y dar el grito de alarma.

Pero mientras que por una parte me faltaba aliento para dejar mi lecho, por otra el corazon me decia que aquellos recatados y misteriosos pasos tenian relacion con Lorenzo.

Así es, que resolví no hacer ni decir nada hasta que algun suceso me sacara de la inquietud que yo sentia.

El cuarto donde yo dormia, caía encima del huerto donde se oian los pasos, y de consiguiente yo podia distinguir perfectamente lo que en este último se hacia.

A los dos ó tres minutos de oir aquel rumor, me pareció que alguien escalaba las paredes de mi casa, y que apoyaba sus manos en el alfeizar de la ventana.

Yo me envolví temblando en el paramento de mi lecho, esperando que de un momento á otro alguien asaltaria mi cuarto.

Pero de pronto, oí una voz que con dulce y apagado acento, y sin tocar la ventana, esclamaba:

—Laura! Laura!...

—Lorenzo! grité yo saltando de mi lecho y dirigiéndome corriendo hácia la ventana.

Pero en el mismo instante en que yo abria esta última, sonó un tiro y Lorenzo se desplomó al huerto, gritando:

—Válgame el cielo!

Yo dí un grito, y saqué mi cuerpo fuera de la ventana.

Casi en aquel mismo instante, resonaron otros cinco ó seis tiros, y se oyó el rumor de una lucha que algunos hombres trababan cuerpo á cuerpo.

Entonces entre la oscuridad de la noche, ví en el mismo huerto de mi casa diez ó doce que usando ya el puñal, ya la espada, cambiaban mandobles y cuchilladas.

Los hombres del puñal, eran bandidos que pertenecian á la compañia de Lorenzo.

Los hombres de la espada, eran esbirros del Santo-Oficio.

En cuanto á mi novio, yacia inmóvil sobre el huerto y debajo mi misma ventana.

# CAPÍTULO XXXV.

---

**Abnegacion y sacrificio.**

Por espacio de algun tiempo yo seguí inclinada en mi ventana contemplando aquella lucha trabada en la oscuridad y tinieblas de la noche.

El huerto de mi casa no estaba cercado por tapia alguna, y á los combatientes les sobraba espacio para atacar y defenderse en la reyerta.

De cuando en cuando los fogonazos de sus armas iluminaban su contraido y pálido semblante, dándoles el aspecto de espíritus que habia evocado el infierno.

Aquella lucha duró por espacio de ocho ó diez minutos.

Despues los tiros se hicieron menos frecuentes, algunos de los combatientes emprendieron la fuga, y en el huerto solo quedaron dos ó tres hombres tendidos, y cuatro ó cinco que acudieron con presteza al lugar donde yacia mi amante.

Yo entonces, comprendí que trataban de ausiliar á Lorenzo, y dije profundamente conmovida.

—Está herido?

—Sí, dijo uno de aquellos hombres.

—De gravedad?

—No mucho respondió aquella misma voz; su herida está en un hombro, y se encuentra desmayado por la mucha sangre que ha vertido.

Yo no aguardé mas informes.

Dejé la ventana, cogí un frasco de sales que guardaba en mi casa para utilizarle en los casos apurados, y bajé al huerto sin pérdida de tiempo.

Lorenzo se hallaba efectivamente desmayado, y de uno de sus hombros manaba sangre.

Le hice aspirar aquel frasco, y el mancebo volvió en sí.

—Ánimo, Lorenzo, dije; tu herida no ofrece cuidado.

—Eres tú Laura? dijo mi amante con voz débil.

—Sí, amigo mio, contesté dulcemente; yo soy que vengo á prestar mi ausilio á estos generosos hombres que han salvado tu existencia.

—Efectivamente, señora, dijo uno de los que rodeaban á Lorenzo; si nosotros no acudimos, los esbirros del Santo-Oficio hubiesen cuncluido por matarle.

—Sois los compañeros de Lorenzo? les pregunté yo sin que me atreviese á calificarles de bandidos.

—Sí, señora: Lorenzo no bien supo que vos, que á no dudarlo, sereis Laura, os encontrabais en esta aldea, cuando se empeñó en visitaros; pero como su madre nos digese

que unos hombres del Santo-Oficio rondaban su pueblo, con objeto de prenderle, nosotros quisimos acompañarle.

—Pero cómo no me avisó su llegada? pregunté yo. Por qué no ha vuelto su madre?

—Trataba de daros una sorpresa. En cuanto á su madre la pobre anciana se fatigó tanto buscando á su hijo por espacio de cuatro dias, que ha caido enferma, y se halla en una de nuestras cuevas.

Estas esplicaciones del bandido lo aclararon todo.

Lorenzo no me habia avisado, primero porque carecia de medios, y segundo por el afan de sorprenderme dulcemente.

Viendo Enriquez que yo me habia escapado á su venganza y comprendiendo que estando yo en mi aldea, Lorenzo se apresuraria á visitarme, habia enviado sus esbirros á mi pueblo con objeto de que, apostados entre las sombras de la noche, prendieran á mi amante.

Si la inquisicion enviaba sus sayones á mi aldea cuando yo me hallaba en sus cárceles, con mas razon los enviaría al suponer que Lorenzo iria á mi casa, puesto que me hallaba ya libre.

Afortunadamente el jóven habia previsto el lazo y aceptado el ausilio que sus compañeros le ofrecian.

Al principio mi amante creyó que podria escalar sin riesgo alguno la ventana de mi cuarto. Habia registrado el huerto y los alrededores de mi casa, y viendo que se hallaban perfectamente solitarios, habia rogado á sus compañeros que se mantuviesen algo léjos.

Pero Lorenzo no habia registrado unas malezas que lindaban con el huerto y donde permanecian ocultos los esbirros.

Asi es, que no bien estos percibieron que un hombre rondaba en torno de mi casa y viendo que escalaba mi ventana, cuando hubieron de suponer que era Lorenzo.

De ahí que uno de ellos le disparara su arma.

Esto fué la señal de la lucha.

Los bandidos que permanecian quietos á algunos pasos del huerto, se lanzaron al combate y emprendieron el que anteriormente he descrito.

Hombres de un valor y un corazon á toda prueba, los compañeros de Lorenzo no tardaron mucho en derrotar la gente del Santo-Oficio, que, menos avezada á este género de contiendas, víctima del terror y la sorpresa y envuelta en la oscuridad de la noche, no tuvo fuerzas para resistir su empuje y emprendió la fuga dejando dos esbirros en el huerto.

Tal fué el resultado de aquel combate.

Yo, al principio, rogué á los bandidos que cogiesen á Lorenzo y que lo subiesen á una estancia de mi casa para prodigarle mis ausilios; pero los bandidos se opusieron á ello, diciendo que no faltaban mas que dos ó tres horas para que brillase el alba; que sin duda alguna la gente del Santo-Oficio iria en busca de la Santa Hermandad para que les prestara su ayuda, y que, en aquel mismo dia, volverian á la aldea para hacer en ella un escrupuloso registro. Añadieron que la mejor medida que se podia to-

mar, consistia en hacer la primera cura á mi amante, en improvisar unas andas con dos palos y algun colchon de mi casa, y en llevar á Lorenzo á una de las cuevas que habia en el monte mas cercano.

Aunque esto me parecia un tanto peligroso á consecuencia del delicado estado en que Lorenzo se hallaba, comprendí que era lo mas prudente y que los bandidos lo consideraban como la única medida para ponerse en salvo.

Yo no pude menos que aprobar este proyecto y subiendo á mi casa, traje vendas, hilas, y un bálsamo con que hicimos la primera cura á Lorenzo.

En seguida uno de los bandidos cortó dos grandes ramas de un árbol, quitó de ellas su follaje, y luego me rogó que le proporcionase un colchon.

Yo le dije que me siguiese: me dirigí á mi cuarto y le proporcioné el mismo colchon de mi cama.

Durante este tiempo, Lorenzo habia recobrado sus sentidos.

Así es que al ver aquellos preparativos me dijo:

—Dónde quereis llevarme?

—Al monte, respondí yo.

—Por qué no me llevais á la casa de mi madre?

—No comprendes que en ella no estarias seguro y que la inquisicion volverá aquí para prenderte?

—Ciertamente, replicó Lorenzo; pero en cambio si me llevais al monte me consideraré el mas desdichado de los hombres.

—Porqué?

—No comprendes, repuso el jóven, lanzando un gran suspiro, que si me voy de esta aldea me encontraré léjos de tu lado?

—No lo creas, amigo mio, repliqué yo, por que estoy dispuesta á seguirte dónde quiera que te lleven.

Al oir estas frases, Lorenzo que se hallaba ya tendido en las andas que habíamos improvisado, trató de incorporarse y rodeando mi talle con sus brazos me dijo:

—Eres muy buena, Laura; pero yo debo permitir que te sacrifiques tanto en mi obsequio.

—Por qué, amigo mio?

—Por que ignoras la existencia que te aguarda: yo no debo permitir que una mujer cual tú, tan jóven, tan delicada y tan bella, cámbie su tranquila y pacífica morada por las cavernas del monte, la fragosidad de los abismos y lo triste y sombrío de las selvas. Quédate aquí, amiga mia: yo volveré á esta aldea: el Santo-Oficio se cansará de perseguirme, y tarde ó temprano concluirá por olvidarme.

—Lo que tú me exiges no es posible, Lorenzo, dije yo conmovida por la generosidad del mancebo.

—Te empeñas en seguirme?

—Sí, por dos razones, dije: primero porque en el dia que tuviste la desgracia de matar al indiano y en que marché á Sevilla, yo te prometí, que, fuese cual fuese tu serte, yo la compartiria contigo; y segundo porque tu situacion es harto delicada para que intente abandonarte. Segun parece tu herida no ofrece gran cuidado; pero mañana tal vez pueda agravarse.

—Y tú no comprendes, Laura, que vas á ser una mujer desgraciada y que en vez de ser la esposa de un hombre honrado te convertirás en manceba de un bandido? insistió Lorenzo.

—No importa.

—Ignoras que vivirás espuesta á los riesgos, los sustos, las privaciones y hasta á la escasez y la miseria?

—Lo adivino.

—Que perderás tu honra?...

—No á tus ojos.

—Que el mundo considerará tu amor como una locura?

—Le desprecio.

—Que unirás, para siempre, tu suerte con la mia?

—Hé ahí mi deseo.

—Pues bien, dijo Lorenzo, estrechándome á su corazon con ternura: ya que tu alma es tan grande, tan noble, tan hermosa, yo debo aceptar esa prueba de abnegacion y sacrificio. Quizá llegue un dia en que puedas medir la estension de mi cariño y entonces comprenderás el efecto que me causa tu generosidad y nobleza.

Yo respondí á estas frases vertiendo abundantes lágrimas. Lo que decia mi amante era efectivamente cierto: desde el momento en que seguia su suerte, en que me convertia en su manceba, renunciaba al mundo para siempre y entre la sociedad y yo se levantaria una barrera formada por los delitos de mi novio.

Pero qué es lo que yo no hubiera hecho en su obsequio si Lorenzo en aquel mismo instante con solo el obje-

to de verme, de decirme que me amaba, habia arriesgado su existencia?

El amor, por lo mismo que es una gran pasion, nunca razona, y así como Lorenzo no previó que al acercarse á mi casa la gente de la inquisicion atentaria á su existencia, yo al empeñarme en seguirle, no preveí la horrible y triste situacion á que voluntariamente me entregaba.

De ahí, pues, que rechazase las instancias de mi nóvio para que yo siguiese en mi casa.

Los mismos bandidos, viéndome tan jóven y comprendiendo que yo, tal vez, careceria de fuerzas para resistir aquella azarosa existencia, unieron sus súplicas al jóven, instándome á que renunciara á mi proyecto.

Pero todo fué inútil: yo sentia en el fondo de mi alma que no podia existir sin Lorenzo, y que todos mis sufrimientos, mis penalidades, mis riesgos, mis peligros, quedarian indemnizados con una de sus caricias.

Viendo mi resolucion firme é inquebrantable, Lorenzo y sus compañeros dejaron de insistir y permitieron que les siguiese.

Yo antes de abandonar la morada de mis padres, cogí sus alhajas de oro y plata y las entregué á los bandidos no tanto para que me sirviesen en un apuro estremo, como para conservar aquellos recuerdos de familia.

No hablaré del gran dolor que hubo de sentir mi alma al dejar aquella casa, testigo de mis infantiles alegrías, testigo de mis amores, testigo del grande y profundo cariño que habia profesado á mis padres.

Ella habia encerrado todas las afecciones de mi alma, y por consiguiente no es estraño, que, al dejarla, vertiese ardientes y amargas lágrimas.

Esto sin embargo, traté de ocultarlas á Lorenzo para que, viendo lo grande de mi abnegacion y sacrificio, no insistiese en que me quedase en la aldea.

Léjos de esto hice un esfuerzo para mostrarme serena y tranquilizar á mi amante.

Los bandidos viendo que estaba lista y que me hallaba dispuesta á segirles, cogieron las andas en que habian colocado al mancebo y salieron del huerto, dejando en este último los dos esbirros que habian perecido en la lucha.

Yo les seguí andando á cierta distancia.

Eran las tres de la madrugada y los resplandores del alba comenzaban á luchar con la oscuridad y tinieblas de la noche.

Oíanse en la aldea estos vagos y sordos rumores que anuncian la llegada del dia y con los que una poblacion rural se emancipa siempre al sueño.

Algunos de los vecinos habian oido los tiros y el rumor ocasionado por la lucha, y sin embargo no se habian asomado á las ventanas de sus casas.

Verdad es que esta clase de reyertas no eran nuevas en la aldea ó en sus cercanías.

Mas de una vez los habitantes de la misma habian despertado llenos de sobresalto al rumor ocasionado por las luchas que los cuadrilleros de la Santa Hermandad trababan con los bandidos.

Estos, de cuando en cuando, bajaban al llano aprovechando la oscuridad de la noche y al dar el asalto á los pueblos ó cortijos mas vecinos, hallaban la Santa Hermandad con la que emprendian los mas sangrientos combates.

Así pues, la lucha empeñada en el huerto de mi casa no era para los labriegos un hecho estraordinario, y de ahí que no se la diese importancia.

Lo mismo sucedió con los aldeanos que hallamos en nuestro camino, y que se dirigian á las faenas del campo, madrugando con el alba: aquella gente sencilla, miraba con cierta indiferencia, ó mejor dicho, con cierto respeto á los bandidos. Los labriegos les saludaban: comprendian que las andas que llevaban, ocultaban un herido y guardaban silencio.

Cuando nos encontramos á alguna distancia de la aldea, yo me reuní á Lorenzo.

El jóven no se quejaba.

La sangre que habia perdido, habia producido en él cierto letargo, y no sentia ningun dolor en la herida.

Yo respeté su silencio que se parecia á un desmayo, y si alguna frase le dirigía, era, tan solo, con objeto de reanimar su aliento.

Durante el camino, no ocurrió nada notable.

A la media hora de haber dejado la aldea, entramos en una espesa y revuelta selva que tapizaba las faldas de un monte como una alfombra de verdura.

Por espacio de otra hora, seguimos una de sus varias

sendas hasta que por fin, subiendo á la empinada cumbre del monte, hallamos una cueva donde metimos á Lorenzo.

Esta cueva se hallaba situada á una gran altura, desde la cual se podia registrar la montaña y una buena parte del llano.

Así pues, no era fácil que fuésemos víctimas de cualquier sorpresa.

Mientras que uno de los bandidos se colocaba en una altura para constituirse en centinela y dar el grito de alarma si era necesario, yo y los demás bandoleros prodigábamos nuestros cuidados á mi novio.

No describiré la solicitud y terneza con que yo probé entonces mi estraordinario amor á Lorenzo, ni las frases de gratitud y de cariño con que el jóven premiaba mis esfuerzos: basta decir que yo nunca quise moverme de su lado, y que velé constantemte su sueño.

Gracias al reposo, y gracias sobre todo, á su juventud y robustez, Lorenzo no tardó mucho en ver cerrada su herida.

A los ocho dias de permanecer en aquel antro, y viendo los bandidos que tenia ya la necesaria fuerza para andar por sí solo, nos propusieron que fuésemos á reunirnos con los demás compañeros que habian dejado en las entrañas de Sierra Morena, lo cual fué aceptado por mi amante.

Así es, que cuatro dias despues, andando á trechos muy cortos y durmiendo en cuevas que ya conocian los

bandidos, llegamos á esta gruta, donde por su aislamiento, sus comodidades y sus condiciones todas, sirve de residencia comun á los bandidos.

# CAPITULO XXXVI.

---

### Un minero misterioso.

—Hé ahí, señores, continuó Laura, dirigiendo á sus oyentes que la escuchaban en silencio, hé ahí la historia de mi vida; el amor que tanto influye en los destinos de la mujer, influyó poderosamente en el mio, y me impulsó á los estremos que he indicado. Bajo tal concepto, os suplico que no me rehuseis la compasion que merecen mis desgracias, y que en vez de considerar en mí á una mujer perdida, veais, tan solo, una jóven cuyo corazon destroza el infortunio.

—En efecto, señora, interrumpió entonces Aldonza á la cual la historia de Laura habia hondamente impresionado; en efecto, señora: sois muy desgraciada, y creed que me interesais en gran manera. Hace ya mucho tiempo que vivís con los bandidos?

—Dos años, señora.

—Y no os arrepentís de haber seguido este camino de perdicion y de estravío?

—Oh! sí, mucho, dijo Laura, secando las abundantes lágrimas que corrian de sus ojos.

—Pues entonces, observó José, que hasta entonces habia guardado silencio, por qué no habeis vuelto á vuestra casa?

—Porque no volveria á ella con honra, dijo Laura; porque se me tomaria como una mujer perdida; porque conservo aun mi rubor y mi vergüenza. A mas de esto, prosiguió la jóven, yo no tendria valor para dejar á Lorenzo, y careceria de medios para atender á mi existencia.

—No dijísteis que vuestro padre estaba rico?

—Sí.

—No sois su heredera?

Laura hizo un signo afirmativo.

—Entonces...

—Hoy no tengo nada: soy completamente pobre y si yo dejase á Lorenzo, no me quedaria otro recurso que implorar una limosna.

—Pero esto no es posible! replicó Aldonza.

—Os lo esplicareis fácilmente, si os digo que todo el patrimonio de mi padre se halla en poder del Santo-Oficio.

—Siempre el Santo-Oficio! murmuró con voz lúgubre el jóven dominico.

—Al siguiente dia de haber dejado mi casa, la inquisicion volvió á ella con mas familiares y esbirros y al recoger los cadáveres que habian dejado en mi huerto los bandidos, comenzó á formar otro proceso cuya primera di-

ligencia consistió en el embargo de mis bienes. Segun tengo entendido en este proceso se me acusa de complicidad en la muerte de los sayones y á estas horas la inquisicion nos ha quemado á mí y á Lorenzo en efigie. No ignorais que cuando el Santo-Oficio no puede llevar sus fugitivas víctimas á la hoguera, las quema siempre en estátua...

—Así es, replicó el dominico.

—Ya veis, pues, añadió Laura, que me es de todo punto imposible el volver á mi aldea.

—Ciertamente; pero olvidais una cosa...

—Cuál?

—Que Enriquez ha muerto.

—Y bien? creeis que no ha dejado sucesores? preguntó Laura con amargura.

—Efectivamente; pero de fijo que no os profesarán el rencor de que os ha dado muestras el consejero de Arbués.

—Enhorabuena; pero de todos modos ya comprendereis que si yo y Lorenzo volviésemos á la aldea cometeríamos una indiscrecion imperdonable.

José reflexionó un instante, durante el cual los circunstantes guardaron el mas profundo silencio.

De pronto se oyó un rumor seco, lúgubre, profundo semejante al que produce un tiro.

José, que tenia inclinada á su pecho la cabeza, hubo de erguirla sorprendido.

Aldonza y Andrés miraron tambien á Laura con no menor sorpresa.

—Qué es esto? preguntó el dominico.

—Un tiro, dijo Laura.

—A estas horas?

—No hagais caso: es muy probable que algun centinela haya disparado su arma para obedecer una consigna. Estos rumores son aquí muy frecuentes...

José volvió á meditar profundamente.

Pasado un instante dijo á Laura:

—Creed, señora, que me interesais en estremo y que quisiera hacer algo en vuestra obsequio. Así, pues, habladme con franqueza: deseais continuar en esta existencia llena de riesgos y peligros?

—Si ayer, dijo Laura, me hubieseis dirigido esta pregunta yo os hubiese respondido negativamente puesto que me consideraba aun dichosa con el amor de Lorenzo; mas hoy he de aseguraros que me considero la mas infeliz de las mujeres y por consiguiente volveria con gusto á una existencia mas honrada y mas tranquila.

—No os comprendo, replicó José: qué diferencia hay entre vuestra situacion de ayer y la de hoy?

—Oh! la diferencia es horrible!...

—En qué consiste? preguntó Aldonza.

—Ayer pertenecia á Lorenzo.

—Y hoy?

—Hoy pertenezco á un hombre que ódio con todo el rencor de que es susceptible mi alma.

—Qué hombre es este? interrogó Aldonza.

—Olvidais que Lorenzo me ha jugado y me ha perdido? olvidais que si me hallo con vosotros es porque yo, á

mi vez, soy la esclava, la prisionera de un bandido? esclamó Laura, llorando.

—Ah! es cierto!

Hubo un instante de silencio durante el cual no se oyó mas que el rumor que ocasionaba el llanto de la jóven.

Cuando esta se halló un tanto mas calmada, el jóven dominico interrumpió aquel silencio diciendo:

—Tranquilizaos, amiga mia: quizá podreis libraros de la horrible suerte que os aguarda.

—De qué modo? preguntó Laura.

—Comprando el derecho que sobre vos adquirió el bandido.

—Oh! no lo creais, dijo Laura exhalando un gran suspiro; vos no conoceis á Trabuco, al cual, desde esta tarde, pertenezco; vos ignorais que desde que Lorenzo entró á formar parte de esta compañía de bandidos y que yo la sigo á todas partes, Trabuco me asedia con sus ofertas, sus alhagos, sus instancias y hasta con sus amenazas.

—Entonces, observó Aldonza, por qué Lorenzo amándoos tanto, cometió tal lijereza?

—Ah! señora, dijo Laura llorando; vos, sin duda alguna, ignorareis lo que es la horrible pasion del juego, que convertida en una especie de locura, todo lo avasalla y domina: yo no tengo aun detalles acerca la manera con que ha ocurrido esta desgracia; pero estoy cierta de que ha sucedido algo estraordinario y que Lorenzo fué víctima de una alucinacion inesplicable.

—Y si vos os resistieseis?

—Hé ahí lo que haré; pero sucumbiré á la violencia.

—Dios mio! interrumpió Aldonza; y esto será autorizado por el jefe de los bandidos?

—Esta es la costumbre: para los bandidos nada hay tan respetable y sagrado como los compromisos del juego.

—Entonces, preguntó Aldonza, estais irremisiblemente perdida ..

—Aun me queda un recurso.

—Cuál?

—El de darme la muerte.

Aldonza se estremeció.

—Pero no todo se ha perdido... repuso con dulce amargura la jóven.

—Teneis alguna esperanza? interrogó José.

—Oh! sí.

—En quién la fundais?

—En Lorenzo.

—Qué hará?

—Lo ignoro: sé unicamente que su amor es ardiente é inestinguible y que hallará un medio para salvarme, ó que, como yo, perderá su existencia.

José y Aldonza se miraron.

El amor de Laura tenia algo de salvaje, de dulce y de confiado á un mismo tiempo.

Esto admiraba á los dos jóvenes y de ahí que quedaran sorprendidos al ver la confianza y sencillez con que Laura hablaba.

De pronto, se oyó un rumor semejante al de un

cuerpo que se arrastrase en las profundidades de la cueva.

Laura exhaló un débil grito y se dirigió corriendo hácia el ángulo mas apartado de esta última.

Ya se sabe que en este ángulo, se veia un agujero lleno de escombros el cual era la boca de una galería que se internaba entre las entrañas del monte.

Laura se arrodilló cerca del agujero, aplicó su oido en el mismo y permaneció así escuchando.

José, Andrés, y la señorita de Herrera, se miraban sorprendidos.

Hubo un instante, en que creyeron que Laura habia perdido su juicio.

Esto no obstante guardaron silencio.

De pronto, la nóvia de Lorenzo se levantó, y con los ojos chispeantes de alegría, se dirigió hácia nuestros tres personajes, y les dijo:

—Estamos salvados!

—Quién? preguntó José.

—Nosotros.

—Nosotros! esclamó Aldonza.

—Nosotros! esclamó Andrés ensayando una pirueta.

—Estais loca, Laura? preguntó el jóven dominico.

—Nó, dijo Laura: conservo perfectamente mi juicio; no oís el rumor que está haciendo?

—Qué rumor?

—El que hace sacando los escombros y las piedras.

—Qué piedras y qué escombros?

—Los que obstruyen la galería.

—Quién los saca?

—El.

—Lorenzo?

—Cabal, dijo Laura: venid conmigo, y oireis el rumor distintamente.

—Y al pronunciar estas frases, la jóven cogió al dominico por el brazo y le llevó hácia la galería.

El jóven se dejó arrastrar maquinalmente, y se arrodilló cerca Laura que escuchaba atentamente en la boca de aquel antro.

—No oís? preguntó á José.

En efecto, oíase el rumor ocasionado por un hombre el cual parecia como que apartaba las guijas ó escombros que obstruian la mina.

José comprendió entonces que alguien hacia esfuerzos para llegar hasta ellos.

El hombre que hacia estos esfuerzos no podia ser ninguno de sus guardianes, toda vez que hubiese podido entrar en aquel recinto por la puerta de la cueva: el que producia aquel rumor deseaba á no dudarlo salvarles, y como la única persona á la cual interesaba la salvacion de Laura era su amante, aquel hombre no podia ser otro que Lorenzo.

Tal fué la esplicacion que se dió José de aquel misterio.

Sin embargo de que el jóven tenia la seguridad de que tarde ó temprano saldria de la caverna y de que el capitan le pondria en libertad luego de saber que el dominico era el confidente de Arbués, el jóven creyó que si se

le ofrecia un medio para emprender la fuga, debia utilizarlo.

De este modo no tendria que satisfacer el gran rescate, que, á no dudarlo, le exigiria el jefe de los bandidos.

Así no bien se hubo convencido de que efectivamente alguien se proponia salvarlos, cuando llamó á Andrés y á Aldonza para que les auxiliaran en la obra que, él á su vez, trataba de llevar á cabo.

Esta obra consistia en quitar de la galeria unos enormes pedruscos que cubrian su entrada y que, á no dudarlo, hubiera sido el primer obstáculo para que el que trabajaba en el interior de la mina pudiese llegar hasta la cueva.

Aldonza, Laura y Andrés, se ofrecieron gustosos á ausiliarle y empezaron á trabajar con una actividad que no se hubiese esperado de sus fuerzas.

Transcurridos algunos minutos los pedruscos mas enormes se hallaban fuera de su centro, y el boquete abierto dejaba pasar una corriente de aire que traia hasta ellos, de una manera mucho mas clara y distinta, el rumor ocasionado por el desconocido minero.

Los prisioneros redoblaron sus esfuerzos.

Una vez quitadas las mas enormes piedras, la galería se ofrecia un tanto desembarazada, y solo tenia que sacarse una capa de escombros que, en algunos trechos, obligaba á encorvar el cuerpo y en otros permitia cruzar la galería arrastrándose.

De pronto, mientras se ocupaban en abrirse un camino,

percibieron un luz que brillaba en las sinuosidades de la mina. Entonces Laura y José, adelantaron un buen trecho, y la primera gritó con voz un tanto fuerte para que pudiese llegar hasta el punto donde aquel resplandor brillaba:

—Lorenzo! Lorenzo!...

El minero guardó silencio.

A no dudarlo escuchaba.

Entonces Laura volvió á pronunciar el nombre de su amante.

—Quién es? dijo aquel en voz que llegó clara y distinta hasta el jóven dominico.

—Eres tú Lorenzo? insistió la jóven.

—Yo soy.

—Te falta mucho para llegar hasta nosotros?

—Lo ignoro contestó el bandido; pero si vosotros me ayudais no tardaré mucho en llegar á vuestra cueva. Haced toda clase de esfuerzos para llegar hasta mí antes de que raye el alba; de lo contrario estamos perdidos.

Y en efecto: aquel trabajo se podia hacer únicamente en lo que quedaba de noche.

Los bandidos tenian la costumbre de levantarse con la aurora y de visitar luego á sus prisioneros.

Bajo tal concepto los cuatro encarcelados no perdieron ni un minuto.

Volvieron á su faena guardando el mas profundo silencio y pasada una hora veia á Lorenzo, que, al resplandor de una antorcha, hacia sobrehumanos esfuerzos para llegar hasta ellos.

Transcurrida otra media hora el paso estaba libre.

—Oh! dijo Laura echándose en brazos de su amante; yo preveia que por fin, hallaríamos la salvacion en tus nobles y heróicos esfuerzos; porque tú, añadió la jóven sonriendo con dulzura, no solo te has propuesto salvarme á mí sino tambien á estos señores, no es cierto?

—Quién lo duda? replicó Lorenzo: acaso estos caballeros no contribuyen y no contribuirán á que realicemos nuestra fuga?

—Dadnos vuestras instrucciones dijo entónces el jóven dominico; á dónde nos conducirá esta mina?

—Al pozo del barranco.

—Es efectivamente un pozo?

—Sí: es un pozo cuya profundidad no baja de veinte y cinco á treinta varas.

—Y habeis descendido por él?

—Es el único medio que existe para bajar á esta mina.

—Entonces nos hallamos perdidos.

—Por qué? interrogó Lorenzo.

—Esta señora, dijo el fraile, indicando á la de Herrera, no tendrá fuerzas ni destreza para emprender una ascension tan arriesgada.

Lo he previsto, dijo el bandido; Laura se encuentra en el mismo caso y esto sin embargo yo lograré salvarla.

—De qué modo?

—En el pozo hay una soga.

—Y bien?

—Cree vuestra reverencia, dijo Lorenzo, que con este

ausilio no podremos llegar hasta la superficie del monte?

—Vos, Andrés y yo, sí, replicó el jóven dominico; pero en cuanto á estas señoras lo considero harto difícil: la ascension se hará imposible por mas que haya una soga.

—Pues bien: yo os prometo que alcanzaremos nuestro objeto dijo Lorenzo. Venid conmigo, señores.

Y cogiendo la antorcha que habia clavado en la hendidura de una roca, el jóven seguido por los cuatro prisioneros se digió hácia el pozo.

# CAPÍTULO XXXVII.

---

**El dos de oros y el caballo de espadas.**

Mas antes de que presenciemos la arriesgada ascencion que proponia el bandido, necesario es que demos esplicaciones acerca la manera con que el jóven habia llegado hasta la cueva.

Ya recordarán nuestros lectores que en el mismo instante en que Laura habia terminado su historia, los cuatro prisioneros habian oido un profundo y lejano rumor, semejante al que ocasiona un arma al dispararse.

Este rumor era efectivamente un tiro.

Lorenzo lo habia disparado cometiendo al mismo tiempo un homicidio.

Pero no anticipemos detalles y sigamos, punto por punto, lo que ocurria mientras que Laura contaba su historia á los tres encarcelados.

Despues que estos hubieron concluido su cena, el ca-

pitan de los bandidos mandó colocar á dos de sus hombres en los únicos parajes por donde los prisioneros hubiesen podido intentar la fuga.

El primero de estos parajes consistia en la puerta esterior de la cueva.

La segunda puerta, ó sea la interior, que formaba una línea divisoria entre los dos compartimientos que habia en la caverna no exigia un centinela, toda vez que cerca de ella dormian los bandidos.

Así pues, á los encarcelados les era imposible el intentar la fuga por este punto. Hubiesen tropezado con el mismo cuerpo de sus guardianes.

El segundo paraje donde se necesitaba un centinela, consistia en la boca de un pozo que se veia en el fondo de un barranco.

Este pozo era uno de esos maravillosos efectos de la naturaleza y del tiempo, esos dos grandes artífices que en el mundo existen.

Las aguas que en el espacio de innumerables siglos habian caido en el barranco, habian formado aquel pozo, trazado la galería por donde habia cruzado Lorenzo, y hasta quizá la misma caverna que servia de retiro á los bandidos.

Estos últimos no ignoraban la relacion que existia entre la boca de la cueva y la del pozo, y de ahí que llenasen la entrada á la galería con grandes y enormes pedruscos.

Comprendiendo el capitan que los que están prisione-

ros hacen siempre toda clase de esfuerzos para conquistar la libertad perdida, habia colocado en la salida del pozo y en el mismo fondo del barranco, un centinela cuya fidelidad no le podia ser sospechosa.

Este centinela era Trabuco, el mismo bandido que en la tarde de aquel dia, habia ganado á Laura en el monte.

Despues situó en la puerta esterior de la cueva, y en calidad, tambien de centinela, á Lorenzo.

De esta manera el jefe de los bandidos lograba dos cosas: primero tener un guardian que velara su sueño, y que en nada podia socorrer la fuga de Laura, puesto que la boca del pozo se hallaba guardada por Trabuco; y segundo evitar una desgracia puesto que si el jóven bandido hubiese dormido con sus compañeros, quizá hubiese aprovechado su sueño y proporcionado á los prisioneros la huida, por mas que le hubiese costado algun derramamiento de sangre.

El amante de Laura aceptó el encargo de dar la guardia con verdadera alegría.

El jóven habia trazado sus planes.

Esto sin embargo procuró disimular y hasta fingió que iba á guardar la puerta de la cueva con disgusto.

Tranquilo el capitan respecto á la custodia de sus prisioneros, se acostó con los demás bandidos en el primer departamento de aquel antro.

Era lo que deseaba Lorenzo.

Cuando éste se hubo convencido de que sus compañeros se hallaban perfectamente dormidos, abandonó la guardia,

empuñó su arcabuz y con veloz y precipitado paso se dirigió hácia un despeñadero que distaba unos quinientos pasos de la cueva.

Este despeñadero se hallaba formado por un gran hacinamiento de rocas, las cuales en la parte que miraba hácia el pozo trazaban una línea cortada perfectamente á pico, de forma que aquel despeñadero, visto desde la parte superior de las rocas, tenia la apariencia de un grande é insondable abismo.

Lorenzo llegó sobre el hacinamiento de peñascos, se inclinó sobre su borde con cuidado y recogió un objeto que colgaba en el espacio.

Este objeto era una soga.

Hacia cuatro dias que uno de los bandoleros habia descubierto un nido de aguiluchos en el hueco de un peñasco y como entre aquellos se celebrase una apuesta acerca de quien tendria bastante audacia para cojer aquel nido, Lorenzo habia cogido una soga, la habia atado á la cumbre y se habia desprendido hasta el centro del abismo, recogido los aguiluchos y vuelto á subir con gran admiracion de sus amigos que no pudieron menos que alabar su sangre fria y destreza.

La soga habia quedado allí para coger los padres de aquellos pequeñuelos los cuales se habian constituido en objeto de otra apuesta entre los bandidos y Lorenzo.

Así, no pensando ya en ganar la cantidad apostada, Lorenzo se dirigió hácia el abismo, subió á su cumbre y recogió la soga con la cual trataba de salvar á su amante.

Luego se dirigió hácia el barranco donde Trabuco se hallaba de centinela.

La noche estaba oscura.

La luna acababa de eclipsarse al horizonte como una lámpara que se ha estinguido lentamente.

No reinaba mas que el silencio y las tinieblas.

De vez en cuando una ráfaga de viento agitaba los zarzales del monte, produciendo un rumor triste y siniestro.

Otras veces se oia el grito del halcon, del águila ó del mochuelo, que anidaban en aquellas masas de granito.

Lorenzo, conforme decíamos, se encaminó hácia el barranco como un cazador que va al acecho, y dando un rodeo, se dirigió con recatado y silencioso paso hácia el mismo punto en que Trabuco se hallaba de centinela.

Este que ignoraba la sorpresa que le preparaba el mancebo, se hallaba perfectamente tranquilo.

El bandido permanecia sentado en una roca, teniendo el arcabuz entre sus dos rodillas y soñando, por decirlo así, en los placeres que al fin y al cabo le proporcionaria la singular belleza de Laura.

Se hallaba tan preocupado en sus planes, que ni siquiera oyó el rumor que hizo Lorenzo al acercársele.

Mas de pronto lanzó un grito.

Acababa de sentir que algun objeto apretaba su garganta y que una mano le arrebataba su arma.

Trabuco se volvió y á la luz de las estrellas reconoció á Lorenzo.

Este se habia precipitado sobre él de una manera imprevista y rápida, y haciendo un lazo corredizo en la soga, se lo habia hechado en la garganta.

Este lazo habia, por decirlo así, ahogado la señal de alarma que con un grito queria dar el bandido.

—Traidor! infame! asesino! dijo este último haciendo vanos esfuerzos para emanciparse á la soga.

—Calla, ó te derrumbo en el pozo! gritó Lorenzo.

Y al mismo tiempo apartando el arcabuz de entre las rodillas del bandido, el jóven, con el otro estremo de la cuerda ataba fuertemente sus brazos.

Trabuco vió que era imposible hacer resistencia alguna y se resignó á su suerte.

—Pero en fin, qué me quieres? dijo el bandido; quieres asesinarme indefenso?

—Nó.

—Quiéres salvar á Laura?

—Sí, pero ante todo voy á saldar cuentas contigo.

La voz de Lorenzo era concentrada y temblorosa y en ella parecia vibrar la venganza.

—Qué es lo que exiges preguntó el bandido asustado.

—No exigiré de tí nada que no sea perfectamente justo.

—Habla.

—Quiero, dijo Lorenzo, que continuemos la partida de esta tarde.

—Qué partida?

—La del monte.

—Estás loco?

—Estoy muy cuerdo: yo, prosiguió Lorenzo, no tengo derecho á quejarme de que me hayas ganado á Laura, toda vez que fuí el primero en apostarla; pero en cambio tengo derecho á la revancha, y aun puedo jugar una cosa...

—Cuál? preguntó el bandido temblando.

—La existencia.

—Tú has perdido el juicio, Lorenzo, replicó Trabuco.

—Ayer tarde, prosiguió este último, sin replicar á la observacion del bandolero, tú no quisistes aceptar esta apuesta; pero estabas muy léjos de sospechar que llegaria una ocasion en que te la haria admitir recurriendo á la fuerza.

—Pero esto es una infamia!

—Será así; pero no me queda otro medio para recobrar á mi Laura: si yo pierdo en el juego, tú me matarás y si es así, para nada necesito de mi amante; si, por el contrario, tú pierdes, te haré saltar el cerebro y yo volveré á recobrar sobre ella los derechos que adquiriste.

—Y por qué, dijo Trabuco he de esponer mi existencia por uno de tus caprichos?

—No es capricho, sino un recurso para volver á ganar lo que he perdido.

—Pues bien: transijamos.

—Qué quieres proponerme?

—Te propongo que Laura que, hoy por hoy, es esclusivamente mia, sea tambien tuya....

—No te comprendo.

—Quiero decir que Laura concederá su cariño á dos amantes: á tí y á mí.

—Esto, dijo Lorenzo indignado, solo lo propone un hombre que cual tú es tan bajo y tan infame. Nó: yo no puedo convenir en tales tratos. Fuera de esto al abandonar la puerta de la cueva donde estaba de centinela he jugado ya mi existencia. Mañana el capitan sabrá que he venido á sorprenderte y no ignoras que entre nosotros el que abandona su puesto y no obedece la consigna, tiene pena de la vida. Asi pues concluyamos: me he propuesto morir ó salvar á Laura y como esta es tuya, yo para gozar de su amor, necesito que desaparezcas del mundo.

—Pues bien, replicó Trabuco desesperado; yo te la cedo por completo y desde hoy renuncio á mis derechos.

—Tampoco la admito: guarda tu generosidad para otro hombre mas cobarde. Fuera de esto nadie me garantiza el cumplimiento de tu promesa. Quizá mañana al verte libre, serias el primero en delatarme. Así, pues, concluyamos: quieres jugar nuestra vida?

—Pero en fin, y si pierdes quién me asegura que tú me dejarás con vida? cómo quieres que yo te quite la tuya, si permanezco agarrotado?

—El hombre que se ha jugado su novia y comple su compromiso entregándola, no tiene inconveniente en jugar su vida y en hacerse volar los sesos. Por lo demás si yo no quisiese obrar noblemente, solo tendria que empujarte hácia la boca del pozo en la seguridad de que te harias añicos. Ya ves, pues, que no trato de engañarte.

—Enhorabuena, dijo Trabuco lanzando un gran suspiro y viendo que sus reflexiones se estrellaban contra la voluntad inquebrantable del mancebo; acepto tu propuesta, pero antes de todo exijo que me quites de la garganta esta cuerda que me ahoga por instantes.

—Nada tan justo, replicó Lorenzo.

Y el jóven aflojó la soga.

—Ahora juguemos, dijo el bandido.

—Entonces aguarda; voy á encender lumbre.

Y Lorenzo sacando el puñal de su cinto cortó la rama de un pino que se veia en el barranco, sacó eslabon y yesca, reunió algunas hojas de árbol secas y encendió aquella rama.

Luego clavó esta última en la hendidura de una roca y sacó unos naipes del bolsillo.

Era la misma baraja con que en la tarde anterior se habia jugado su novia.

El hombre que en aquellas altas horas de la noche y al rojizo resplandor de aquella lumbre hubiese visto aquellos dos bandidos alrededor de unos naipes, quizá al primer golpe de vista, les hubiese tomado por unos vagos que trataban de pasar del mejor modo posible aquella noche; pero al observar la palidez de sus semblantes y el movimiento que de cuando en cuando agitaba sus miembros, se adivinaba que aquellos hombres decidian de su suerte.

El que guardaba mas su sangre fria era Lorenzo.

El jóven cogió los naipes, los barajó y dijo á su rival:

—Corta!

Trabuco obedeció con mano trémula.

Lorenzo estendió en el suelo dos naipes:

Eran el caballo de espadas y el dos de oros.

—Elije! continuó Lorenzo.

Trabuco eligió la primera de estas cartas y la colocó en una posicion horizontal.

Aquello era un copo.

Pero era un copo que no podia ser mas terrible.

En la banca no se veia ni una sola moneda; pero aquellos dos hombres apostaban algo mas que los tesoros absorbidos en el profundo abismo del juego.

Luego que el bandido hubo elegido su naipe, Lorenzo comenzó á tallar.

Su compañero pálido, convulso, terriblemente nervioso, se habia inclinado sobre la baraja para ver lo que entre jugadores se llama la pinta.

El aliento del bandido quemaba, y las manos de Lorenzo se sentian inundadas como por un torrente de lava.

Cuando la pinta era de espadas, el corazon de Trabuco se oprimia con tristeza; pero cuando era de oros se dilataba en una espansion indescribible.

Así se tallaron diez ó doce naipes.

De repente Trabuco lanzó un grito.

Acababa de ver una pinta de copas y el perfil del número dos.

Era en efecto el dos de copas.

Lorenzo arrojó léjos de sí aquellos naipes y se levantó frio, mudo, silencioso, como la misma muerte.

Luego llevó su mano al cinto para buscar su puñal.

Pero en el mismo instante en que iba á desenvainarlo, Trabuco, que durante el juego, habia logrado emanciparse á la soga, dió un brinco y se precipitó sobre el mancebo.

Entonces comenzó una lucha horrible.

Uno y otro se encontraban situados sobre una pendiente resbaladiza la cual se inclinaba hácia el pozo.

Todos los esfuerzos de Trabuco se dirigian á empujar Lorenzo hácia este último y en concluir de este modo la contienda.

El bandido, que se distinguia por su desarrollo hercúleo, tenia mucha mas fuerza que Lorenzo; pero en cambio éste era mas diestro y mas astuto.

Comprendiendo que Trabuco era mucho mas robusto que él y que era imposible vencerle en aquel tremendo pugilato, hacia toda clase de esfuerzos para desenvainar su arma y clavarla en el corazon de su enemigo.

Pero el bandido le apretaba entre sus brazos y casi hacia crugir los huesos de su pecho.

Asi es que Lorenzo no podia hacer uso de su arma.

De pronto el jóven tropezó con un objeto.

Este objeto era el mismo arcabuz de su rival.

Ya se recordará que el mancebo al sorprenderle habia cogido su arma lanzándola á algunos pasos de distancia.

Lorenzo, al sentir con sus piés que habia encontrado un arma, no pronunció una frase y en vez de continuar luchando, se dejó caer en el suelo.

El bandido creyó que el jóven habia perdido sus fuerzas y se dispuso á rodear su cuerpo con sus dos brazos de hierro y á precipitarle en el pozo. Esto fué lo que salvó al mancebo.

En el mismo instante en que Trabuco se inclinaba para coger á Lorenzo, éste habia cogido el arcabuz y lo habia aplicado sobre el pecho de su enemigo.

Al sentir la impresion causada por el roce de aquella arma, Trabuco retrocedió asustado.

Este movimiento hizo que Lorenzo pudiese apuntar con seguridad completa su arma.

El jóven disparó.

Trabuco llevó la mano á su pecho, y cayendo hácia atrás, rodó por la pendiente del barranco.

No exhaló ni un ay, ni un gemido.

La bala habia cruzado su corazon de parte á parte.

Aquel tiro era el mismo que habia oido José, cuando Laura contaba su historia.

Entonces Lorenzo comprendió que el rumor del arcabuz quizá habia sido oido en la caverna, y que produciendo la alarma en sus compañeros los bandidos, no tardarian mucho en dirigirse hácia el barranco.

Esto le hizo reflexionar un instante.

Si los bandidos se encaminaban hácia allí y encontraban el cuerpo de Trabuco, se hallaba irremisiblemente perdido.

Si, por el contrario, para librar su existencia emprendia la fuga, dejaba de salvar á su amante.

Lorenzo quiso jugar el todo por el todo, y determinó salvar á la jóven.

Pero al objeto de que no se hallara el cuerpo del delito, cogió el cuerpo de Trabuco y lo hizo rodar hasta el pozo.

En seguida fué en busca de la soga, la ató al tronco de un arbusto, y él, á su vez, comenzó el descenso clavando en las hendiduras de las rocas la misma tea que habia iluminado la lucha.

Poco tiempo despues el jóven llegaba á las últimas profundidades del pozo, y se introducia en la galería que guiaba á la caverna.

Lo demás lo conocen ya nuestros lectores.

# CAPÍTULO XXXVIII.

---

**Un ascenso en las entrañas de un monte.**

Lo primero que hizo el jóven fué guiar á nuestros prisioneros al estremo de la galería que comunicaba al pozo de salida.

Mas de una vez Laura y Aldonza, se resistieron á continuar el camino.

La humedad, los escombros, las agudas puntas de las rocas, hacian la galería intransitable.

El único que no se quejaba era Andrés.

Sin embargo de que los bandidos se distinguian por su espléndido y noble trato conforme lo habian atestiguado en la cena, Andrés, llevado por su buen instinto comprendia que aquello seria tan solo pasajero, y que tras aquellos magníficos obsequios vendrian tal vez penalidades y exigencias.

Así es, que consideraba aquella fuga como un remedio

que les enviaba el cielo en su situacion comprometida. Lorenzo segun él era un ángel enviado por Dios mismo.

Inútil es, pues, decir, que seguia con alegría al mancebo.

El separaba los escombros, apartaba los obstáculos, y daba con sus frases valor á las dos mujeres para que continuasen venciendo las dificultades que aquella mina ofrecia.

Por fin, despues de algunos minutos de recorrer aquella húmeda y tortuosa galería, nuestros personajes llegaron al extremo que comunicaba al pozo.

De pronto Andrés se detuvo.

Sus piés habian tropezado con un obstáculo que se hallaba muy léjos de tener la dureza del granito.

—Qué es esto? dijo, iluminando con la tea aquel objeto.

—Diablo! continuó, esto es un hombre!

—Un hombre! replicó el dominico.

Laura y Aldonza llevadas por su instinto retrocedieron asustadas.

—Tranquilizaos, señoras, dijo Lorenzo; este hombre no se opondrá á vuestra fuga. Yo he tenido que matarle.

—Quién es? preguntó Laura.

—Trabuco.

—Por qué le mataste?

—Se hallaba de centinela en el pozo, y no me era posible llegar hasta aquí sin cruzar sobre su cuerpo.

—Hicisteis mal, amigo mio, dijo el fraile con voz severa: la libertad de cuatro prisioneros no vale la existencia de un hombre.

—Perdonad, monseñor, dijo Lorenzo; yo le maté en

buena lid, y hasta quizá hubiese perdonado su vida si él no hubiese atentado por traicion contra la mia.

Y Lorenzo contó en breves frases lo que ya se ha relatado en el anterior capítulo.

José contempló aquel cadáver que las heridas recibidas al caer dentro del pozo habian hecho repugnante, y luego dijo á Andrés que le contemplaba tambien mudo y estático:

—Echad, Andrés, algunos escombros sobre el rostro de este hombre para que Laura y Aldonza no le vean.

—En efecto, dijo el servidor del fraile, obedeciendo este último; no parece sino que este infeliz ha sufrido el tormento de la rueda; tan lleno está de heridas. El Santo Oficio nos proporciona espectáculos como el nos ofrece este hombre.

Al llegar al pozo, Lorenzo rogó á los circunstantes que guardaran silencio y prestó con atencion su oido.

El mancebo queria, ante todo, saber si habia alguien en la superficie del monte.

Lorenzo temia que los bandidos hubiesen oido el tiro con el cual mató á su rival, y que hubiesen acudido al barranco.

Pero no se oia nada.

Todo se hallaba silencioso.

Los bandidos, en efecto, no habian oido el rumor ocasionado por el disparo del arma.

Se hallaban entregados al sueño mas profundo y no habian percibido lo mas mínimo.

—No hay nadie, esclamó el jóven interrumpiendo el

silencio; podemos subir cuando gustemos; pero ante todo y por si mis compañeros fuesen á la boca del pozo seria conveniente que vos, Andrés, subieseis primero al objeto de ver si alguien se encamina hácia el barranco.

—Qué barranco? preguntó Andrés.

—La boca de este pozo, contestó Lorenzo, se encuentra en el fondo de una hondanada.

—Comprendo; y quereis que suba para que yo me constituya en una especie de centinela?

—Cabal.

—Nada tan fácil; alumbrad vos con la tea, dijo el exsayon del Santo-Oficio.

Y dejando su antorcha en manos de Lorenzo, Andrés cogió el estremo de la soga que colgaba en el centro del pozo y empezó, con gran ligereza, su ascenso.

Tres minutos despues llegaba á la superficie del monte.

—Hay alguien? preguntó el bandolero desde el fondo del pozo.

—Nó! gritó Andres desde la boca del mismo.

—Pues entonces, dijo Lorenzo, dirigiéndose á José y á las dos mujeres, subamos.

—De qué modo? preguntó el jóven dominico; no ignorais los inconvenientes que estas señoras ofrecen.

—Pues bien, dijo Lorenzo sonriendo, trataremos de salvarlas; vos, monseñor, no os movais de aquí: sereis el último en verificar el ascenso y me prestareis vuestro ausilio en caso necesario. Y luego dirigiéndose á la señorita de Herrera el jóven continuó:

—Fiareis en mí, señora?

—Completamente.

—Enhorabuena: solo os ruego que imiteis á Laura.

Y dirigiéndose á esta última y cogiendo la soga añadió.

—Sube.

—Dónde? preguntó Laura.

—Sobre mi espalda.

—Te ahogaré.

—No hayas miedo; cruza tus brazos en mi garganta, replicó Lorenzo.

La jóven obedeció.

Colgóse de la garganta de Lorenzo y éste sin soltar nunca la soga, comenzó á subir apoyando sus piés en las paredes del pozo.

José y Aldonza iluminaba el ascenso con la tea que les habia dejado el mancebo.

Otro que no hubiera sido tan ágil y tan robusto como el jóven, quizá hubiese fracasado en esta empresa.

Pero Lorenzo llegó con Laura hasta la superficie del monte, y sin mostrar fatiga, volvió en seguida, al punto donde habia dejado al fraile y á Doña Aldonza.

—Creo, señora, dijo á esta última que os habreis convencido de que este ascenso no ofrece riesgo alguno; quereis intentarlo?

La señorita de Herrera, por única contestacion, se dispuso á hacer lo que ya habia hecho Laura.

Colgóse en el cuello de Lorenzo y se dejó subir hasta la superficie del monte.

Luego tocó el turno á José que verificó el ascenso con la soltura y rapidez de un gimnasta.

Cuando todos se hallaron reunidos, los primeros albores del dia lucian en Oriente.

—Señores, dijo Lorenzo: no hay que perder ni un minuto: esta es la hora en que mis compañeros, los bandidos, se emancipan al sueño y dejan la caverna. Es necesario que huyamos.

—Dónde? preguntó José.

—Lo ignoro, dijo Lorenzo; yo sé que á cualquier parte que me dirija estoy perdido.

—Por qué?

—Olvidais, interrumpió Laura que mi amante y yo nos hallamos condenados por el Santo-Oficio?

—Ciertamente.

—Pues ya veis, continuó Lorenzo, que si escapamos de bandidos es muy posible que antes de pocas horas caigamos en poder de cuadrilleros.

—No será así, dijo el dominico sonriendo.

—Quién podrá salvarnos?

—Yo.

—Vos! dijo Lorenzo sorprendido.

—Me habeis dispensado un favor harto grande para que yo le olvide fácilmente: así, yo os prometo que con tal de que no os movais de mi lado yo alcanzaré salvaros.

—Dónde vais?

—A la córte.

—Y luego?

—A Sevilla.

—Olvidais que esta fué la ciudad donde se siguió nuestro proceso? interrogó Laura.

—Tranquilizaos, señora, dijo el fraile; yo en llegando á Sevilla, alcanzaré vuestro indulto.

—Y el de Lorenzo? preguntó la jóven chispeando la alegría á sus ojos.

—Y el de Lorenzo.

—Quién lo dará?

—El mismo rey.

—Y si antes de llegar á Sevilla encontramos la Santa Hermandad? preguntó el mancebo.

—Os dejará libre el paso. Esto sin embargo, continuó el fraile, he de haceros una pequeña advertencia.

—Ya os escucho, monseñor.

Para que los cuadrilleros no os prendan es necesario que formeis parte de mi servidumbre.

—Con mucho gusto, dijo Lorenzo.

—Vos, señora, continuó el fraile, pasareis por una doncella de la señorita de Herrera; vos Lorenzo, sereis mi ayuda de cámara. Creo, añadió el jóven sonriendo, que estos nuevos cargos en nada rebajarán vuestra dignidad y orgullo.

—Oh! monseñor!.. esclamaron á un mismo tiempo Laura y Lorenzo.

—Por lo demás, continuó el fraile, es indispensable que seais en adelante mis criados, porque así como no tengo un salvo conducto para vosotros, lo tengo para todos

los que forman parte de mi servidumbre. Y puesto que hemos convenido ya en la manera que debemos evitar los cuadrilleros, indicad, ahora, el rumbo que debemos seguir para llegar pronto á poblado.

—Monseñor, dijo Lorenzo: el lugar que está mas cercano es nuestra aldea y creo que seria un tanto peligroso el dirigirnos á ella.

—En efecto: vuestros compañeros los bandidos irán allí tan pronto como observen nuestra fuga. No hay por aquí cerca una venta?

—Sí.

—Cuánto dista?

—Una legua.

—Se nos proporcionará en ella algun carruaje para que podamos continuar nuestra ruta hácia la córte?

—Es muy fácil.

—Pues vamos hácia ella.

El dominico ofreció su brazo á la señorita de Herrera, mientras que Lorenzo lo ofrecia á su Laura.

Despues cogieron por un sendero que les llevó á un robledal que se veia á cierta distancia.

Una vez en el bosque se consideraron salvados.

Aunque los bandidos hubiesen notado ya su fuga era muy difícil que les siguieran la pista.

La selva era espesa, llena de zarzales y no se veia un hombre á diez pasos.

Lorenzo conocia perfectamente sus veredas, las cuales se cruzaban en varias direcciones.

Aquella selva parecia un laberinto de verdura.

Esto no obstante, siguieron por el atajo y antes de una hora llegaron á la venta de que habia hablado el bandido.

Era esta, uno de esos grandes y antiguos caserones que se encuentran en despoblado y que así pueden servir de abrigo á la gente honrada como á los contrabandistas y bandidos.

El ventero habia madrugado con el alba y se hallaba sentado en un poyo de la puerta, mirando tranquilamente como los primeros rayos del sol doraban las empinadas cumbres del monte.

Era un hombre de risueño y tranquilo aspecto, de semblante afable y carilludo y hombre, en fin, que recibia con igual amabilidad á los viajeros ordinarios como á los bandidos que se dirigian al llano para intentar algun golpe.

Al verle Lorenzo le llamó aparte.

El ventero saludó á los recien llegados y siguió al bandido que llevándole á cierta distancia le dijo.

—Necesito de vos un obsequio, maese.

—Hablad, Lorenzo, dijo el ventero que conocia perfectamente al bandido.

—La gente que aquí veis acaba de satisfacer un gran rescate á nuestro gefe y desea continuar su camino...

—Y bien?

—Es necesario que inmediatamente nos prepareis un almuerzo y que entretanto se disponga un carruaje á fin de que se pueda marchar sin pérdida de tiempo.

—Nada tan fácil, dijo el ventero que se dejó engañar por las invenciones de Lorenzo; hace ya mucho tiempo que mis caballos no salen de sus cuadras y que emprenderán con gusto un viaje. A donde van estos señores?

—Hé ahí lo que casualmente ignoro, dijo el bandido; pero sí he de aseguraros que el capitan me dió órden para que no la dejase hasta que llegara en poblado y se me figura que yo os inspiro bastante confianza para que me presteis vuestro carruaje...

—Oh ya lo creo!.. dijo el ventero sonriendo.

Y luego como si se arrepintiese de la concesion que habia hecho al mancebo, continuó:

—Esto, sin embargo, no permitiré que un hombre de vuestro rango y calidad se convierta en un arriero. Tengo en la venta un mozo de mulas que vale todo un imperio y que acompañará vuestra gente aunque vaya al otro estremo del mundo.

—Qué me place! dijo Lorenzo comprendiendo que el ventero empezaba á desconfiar y que el oponerse á su plan seria cometer una imprudencia. En cuanto al precio del servicio no paseis cuidado: es gente de alto rango y se os pagará con toda la esplendidez que aquel merece.

—Esto me tiene sin cuidado, repuso el ventero; vos sois un antiguo parroquiano de mi casa y cuando me proporcionais un negocio sabreis ya los resultados.

—Pues bien, dijo Lorenzo: dad vuestras órdenes y despachemos pronto.

—Voy á ello, dijo el ventero.

Y entrándose en su casa puso en movimiento á una Maritornes que preparó el almuerzo y á un mozo de mulas que dispuso inmediatamente un carruaje.

Entretanto Aldonza y Laura descansaban.

La fatiga ocasionada por la marcha, y sobre todo las emociones que habian esperimentado, habian rendido sus fuerzas.

Sin embargo de que Laura se regeneraba á una existencia pura y honrada, su corazon sentia una tristeza indescribible.

Esto consistia en que iba á dejar aquellos lugares donde habia sido tan feliz y desgraciada á un mismo tiempo.

Un filósofo ha dicho que el hábito forma una segunda existencia y esto, á no dudarlo, es una verdad irrecusable.

La jóven se hallaba tan acostumbrada á aquella vida de riesgos y peligros, se habia familiarizado tanto con aquellas cuevas y abismos, que los dejaba con tristeza.

En cuanto á Aldonza permanecia tambien melancólica.

Los sucesos del dia anterior habian por decirlo así, borrado de los recuerdos de su pasado y hasta los planes que habia formado en lo futuro.

Pero su nueva situacion le habia vuelto á una existencia real y positiva y entonces al mismo tiempo que recordó á D. Estéban de Vargas, al emperador Cárlos V, y el trágico suceso que habia muerto al gobernador de Sevilla, recordó, tambien, que antes de dos dias llegaria á la córte, que entraria en las Salezas reales y que las puertas de

este monasterio se cerrarian trás de ella como las puertas de un sepulcro.

El dominico por su parte, sentado en el mismo poyo que ocupaba anteriormente el ventero, contemplaba estasiado los vivos cambiantes del sol que envolviéndose en una franja de nubes, creaba en el horizonte y en óptica ilusoria, un volcan inmenso y jigantesto.

Por lo que se refiere á Andrés, ni contemplaba el sol ni estaba triste.

Habia entrado en la venta y entre requiebro y requiebro habia ofrecido sus servicios á la Maritornes que preparaba el almuerzo.

Esta aceptó su oferta, y gracias á este ausilio, la mesa no tardó mucho en recibir á nuestros personajes.

Concluido el almuerzo subieron al carruaje y se dirigieron hácia la córte.

# CAPÍTULO XXXIX.

---

### Las esperanzas de Juana.

Cuatro dias despues de estos sucesos, en las altas horas de la noche, en la ciudad de Sevilla y en la casita de Juana, veíanse tres de los personajes que han figurado en nuestra historia.

Eran dos mujeres y un hombre.

El hombre era D. Estéban de Vargas; las mujeres la señorita de Argoso, su prometida esposa y Juana, dueña de aquella casa y nodriza del jóven dominico.

Aquella casa en otro tiempo habia sido un refugio á la señorita de Argoso y en aquel entonces lo era no solo de ella sino de D. Estéban de Vargas.

Hacia ya muchos dias que permanecian ocultos en sus habitaciones aguardando á que José regresara de la córte y á que Juan de Ávila saliera del Santo-Oficio.

Pero ni José ni Juan de Ávila llegaban á la casita.

José, porque los bandidos de Sierra Morena habian retardado dos ó tres dias su vuelta á la ciudad de Sevilla; Juan de Ávila porque el Santo-Oficio se habia empeñado en condenarle y hacia toda clase de esfuerzos para que siguiera en sus cárceles.

Así, pues, los dos jóvenes continuaban en la casita de Juana, llenos de temor y de impaciencia.

José, antes de dejar Sevilla, les habia prometido que se encontraria de regreso á los cinco ó seis dias y sin embargo habian pasado ya diez sin que tuvieran noticias suyas.

Así, pues, tanto Dolores como Vargas se hallaban en el mayor desconsuelo.

No obstante de que D. Manuel su padre, les habia dado su bendicion al exhalar su último suspiro, y no obstante de que antes de morir habia unido sus dos manos, los jóvenes no se consideraban aun como esposos toda vez que les faltaba la sancion que al matrimonio dá la Iglesia.

El que habia de dar esta sancion debia ser Juan de Ávila ó el jóven dominico.

Hé ahí los únicos sacerdotes que conocian los dos futuros esposos y los únicos que les inspiraban alguna confianza.

Si en vez de recurrir á ellos hubiesen acudido á cualquier otro sacerdote, los dos jóvenes hubiesen arriesgado su existencia.

A no dudarlo se les hubiese delatado al Santo-Oficio y Pedro de Arbués hubiese vuelto á coger sus víctimas para egercer en ellas su venganza.

Fuera de esto la señorita de Argoso tenia que cumplir un deber mucho mas sagrado con los restos de su padre.

El infeliz anciano habia encargado á su hija, antes de que exhalara el último suspiro, que se llevara sus cenizas al estrangero, para que, segun su costumbre, el Santo-Oficio no las arrojara al viento.

Don Manuel sabia perfectamente que la inquisicion llevaba su venganza hasta mas allá de la tumba y de ahí que procurase evitarla.

Así es que Dolores, en el mismo dia en que habia muerto su padre y en las altas horas de la noche habia llevado sus restos á las cuevas de la Garduña, donde se tenian que celebrar sus fúnebres exequias y quemar su cuerpo en una tela de amianto.

Pero como José se habia propuesto salvar á Doña Aldonza y como supiese que el rey se encontraba aun en Sevilla, se habia dirigido al real alcázar, y, en su afan por libertar á la favorita del monarca, no habia tenido el necesario tiempo para dirigir y presenciar la triste ceremonia y envuelto en los acontecimientos que se habian sucedido con una rapidez increible, solo habia tenido ocasion para manifestar á Vargas y Dolores, que, por fin, habia salvado á Doña Aldonza, que la acompañaba á la córte por órden del monarca y que á los cinco ó seis dias se encontraria de vuelta á Sevilla.

No es, pues, estraño que Vargas, Dolores y Juana, se sintieran impacientes. La señorita de Argoso estaba pálida.

Habia sufrido tanto en aquellos últimos dias que no obstante su espléndida belleza parecia que habia envejecido diez años.

Esto sin embargo la presencia de Vargas la animaba y una frase de amor ó de cariño pronunciada por este último era lo bastante para que la jóven sonriese.

En cuanto á Juana, en cuanto á esa mujer que era un tipo de resignacion y de dulzura, en vez de desanimar á los dos jóvenes procuraba alentarlos. Decíales que confiaran en el hombre que ella llamaba su hijo y que á la manera con que ya antes les habia sacado de la cárcel, el les sacaria, tambien, de Sevilla, desde cuya ciudad podrian encaminarse al estrangero.

A la hora en que presentamos estos tres personajes á nuestros lectores, los habitantes de la ciudad se habian retirado á sus casas y no circulaba un alma por la calle.

En todas partes se observaba el mas profundo silencio interrumpido únicamente por el andar de algun transeunte que se dirigia con rapidez á su morada.

Vargas, Dolores y Juana ocupaban la misma estancia donde unos dias antes habia fallecido Manuel de Argoso.

Juana y Dolores se ocupaban en las labores de su sexo, mientras que Vargas se paseaba, triste y reflexivo, á lo largo de la estancia.

—En qué piensas Estéban? preguntó Dolores, viendo que su futuro esposo guardaba el mas profundo silencio.

—En qué he de pensar, amiga mia? replicó Vargas cogiendo un taburete y sentándose cerca el velador en que

trabajaba su novia; pienso en nuestra libertad, en nuestro porvenir, en nuestro amor, en nuestros futuros destinos...

—Desconfiais de Dios?

—Oh! nó: cómo he de desconfiar del que ha protegido tu inocencia y ha hecho fracasar los planes de venganza que se habian tramado en contra nuestra? pero yo sintiera en el alma que antes de emprender nuestra fuga al estrangero, no pudiésemos estrechar en nuestros brazos al hombre que se ha constituido en nuestra providencia.

—Os referís á mi hijo? interrumpió á la sazon Juana.

—A quién me he de referir sino el generoso y noble jóven que tantas veces ha espuesto su vida por la nuestra?

—Oh! replicó Juana profundamente conmovida ante el elogio que hacia Vargas del jóven: mi hijo tiene, efectivamente, un corazon hidalgo y muy noble...

—Algunas veces, interrumpió Dolores, mi mente se ha perdido en un abismo de congeturas al pensar en los motivos por los cuales José entró en el sacerdocio y formó parte de la milicia de Cristo... Por qué, me he preguntado yo, un hombre de un corazon tan elevado y generoso, ha podido mezclarse entre la infame gente que ha ocasionado la ruina é infelicidad de nuestra España? Cómo un hombre de tan delicados sentimientos ha podido trabar la mas ligera amistad con Pedro de Arbués, que es el oprobio y baldon de nuestra pátria... Por qué siendo tan amigo de constituirse en protector de la desgracia, siendo tan entusiasta de la libertad del pueblo, se ofrece ante los ojos de éste como su enemigo y su verdugo?

—Ah! señora, dijo la nodriza con tristeza: si mi hijo tiene algun mérito ante aquellos que conocen profundamente su alma, es, cabalmente, porque su conducta se halla en la apariencia, en contradiccion con sus nobles y elevados sentimientos. Por la misma razon de que ódia al Santo-Oficio, de que profesa un instintivo horror á su gefe, de que protesta en el fondo de su alma contra las iniquidades que en nombre de la religion se cometen, mi hijo es digno de compasion y de aprecio. Figuraos lo que sufrirá el pobre jóven en esta constante lucha entre su conciencia y sus actos, entre las aspiraciones de su alma y las obligaciones que su odioso cargo le impone. Yo no siento precisamente que pertenezca al Santo-Oficio; lo que yo siento es que su educacion, sus sentimientos, su carácter, se hallen en pugna con el ministerio que ejerce. Esto os dará la medida de sus sufrimientos y dolores...

—Pero en fin, observó D. Estéban, porque, teniendo este carácter, entró en el estado eclesiástico y se hizo del Santo-Oficio? Entró en él por vocacion?

—No por cierto.

—Entónces?

—Entró en él para satisfacer una pasion que hace ya muchos años está royendo su alma.

—Qué pasion? interrogó Dolores.

—La venganza.

La jóven y D. Estéban se miraron.

Juana, que ordinariamente hablaba con tanta resignacion y dulzura, habia pronunciado esta frase con una

altivez y energía que sorprendió á los dos jóvenes.

Estos guardaban silencio. Juana prosiguió:

—Hé aquí el único defecto que empaña las brillantes cualidades de mi hijo. Su afan por alcanzar un desagravio á una sangrienta injuria, á un crímen verdaderamente horrible, le hizo entrar en el estado eclesiástico y tomar el hábito que viste.

—Le agravió el Santo-Oficio?

—Tanto que no se considerará satisfecho hasta que desaparezca de este mundo un hombre, que es, por decirlo así, el alma de esta institucion horrible.

—Os referís á Pedro de Arbués? interrogó D. Estéban recordando el ódio que el dominico profesaba al inquisidor de Sevilla.

—Lo adivinásteis.

—Entonces, repuso Dolores, el agravio debió ser muy sangriento. No prueba otra cosa el que José me hable de aquel hombre con un ódio instintivo.

—José, interrumpió Juana, aborrece á los que el inquisidor proteje y ama á los que él persigue. Hé ahí tal vez porque á vosotros os ama tanto. Fuera de esto hay una razon para que os quiera mucho.

—Cuál?

—Esta razon consiste en la semejanza que hay entre vuestra historia y la suya, entre vuestras persecuciones y las que él tuvo que sufrir en otro tiempo.

—Tambien por parte de Arbués?

—Cabal.

—Por cuestiones de amores?

—Juana hizo un signo afirmativo.

—Permitid, entonces, que os diga una cosa interrumpió Don Estéban.

—Ya os escucho.

—He de deciros que me sorprende en estremo el que José tenga tanta influencia en el ánimo de Arbués.

—No lo estrañeis: Dios ciega muchas veces á los hombres para que se ejerza su justicia.

—Pero Arbués recuerda el agravio que hubo de inferir á vuestro hijo?

—Sí.

—Y cree que el agraviado es el mismo jóven dominico? preguntó el mancebo.

—Nó.

—Hé ahí un misterio incomprensible, observó Dolores, que, como mujer, estaba sedienta por aclararle.

—Efectivamente, replicó Juana; es tan incomprensible este misterio que nunca llegareis á entenderle si yo no os relatase cierta historia de lágrimas y sangre. Mas dispensad, amigos mios, continuó la nodriza que yo, en este punto, guarde el mas profundo silencio. Los secretos del jóven no son mios y por consiguiente yo me he de encerrar en los límites de la discrecion y la prudencia. Baste deciros que todo lo que mi hijo hace, todo lo que piensa, todo lo que trama, se dirige á un fin constante: á la venganza!

Dolores y Estéban no insistieron en sus preguntas.

Para ellos nada habia tan respetable como esos misterios del corazon que forman para ciertas almas, la historia de su pasado, y son como una pauta que traza su conducta en lo presente.

Fuese cual fuese la historia del mancebo, lo cierto es que el dominico se habia portado con ellos de una manera tan hidalga como noble, y esto era otro motivo para que respetaran sus secretos.

De ahí, que se concretaran á preguntar á la nodriza:

—Y creeis que vuestro hijo no dejará la España? creeis que no renunciará al odioso cargo que ejerce? creeis que no nos acompañará en el viaje que vamos á emprender al estranjero ?

—Mucho lo dudo; os acompañaría sí, efectivamente, antes de realizar vuestra marcha hubiese alcanzado su objeto.

—Quereis decir que para salir de España es indispensable que se vengue?

—Esto es.

—Y tardará mucho en ejecutar su venganza?

—Nó: hace ya unos dias que le veo triste, cabizbajo y pensativo. Algunas veces le hablo y no contesta; otras se encierra en su cuarto, y dando grandes pasos habla consigo mismo. Hace ya unos dias que observo en él cierto frenesí, cierto delirio que me asusta.

—Parece imposible, dijo Vargas; él tan bueno, tan noble, tan amable!... Y creeis que tardará mucho en volver de la córte?

—Oh! nó.

—Y si le hubiese ocurrido cualquier desgracia?

Juana palideció.

Esta observacion de Vargas, la hizo temblar desde los piés á la cabeza.

Pero luego se tranquilizó y dijo:

—No paseis cuidado: á mi hijo no le puede ocurrir nada.

—Por qué?

—Porque Dios ha exigido de él que cumpla sus destinos, cuando la Providencia elige cualquier hombre para hacerle instrumento de sus fines, no permite que desaparezca del mundo hasta que cumpla su mision sobre la tierra.

La nodriza no habia pronunciado aun estas frases, cuando de pronto, se oyeron dos aldabazos en la puerta de su casa.

Vargas se levantó de su asiento y miró á Juana sorprendido.

Dolores dejó su labor terriblemente asustada:

Eran las doce de la noche, hora en que todo el mundo se habia retirado, y en que nadie circulaba por las calles.

Vargas y Dolores temian una sorpresa por parte del Santo-Oficio.

De ahí su alarma.

Pero Juana les tranquilizó, diciendo:

—No temais nada; el que ha llamado es un amigo que á no dudarlo, os inspirará gran confianza.

Y al pronunciar estas frases, Juana cogió un velon que habia encima de una mesa, lo encendió en el que iluminaba el velador, y sin decir nada á sus huéspedes, se dirigió, con veloz y precipitado paso, hácia la escalera que guiaba á la puerta de la calle.

Un momento despues se oia el rumor que hacia esta última al abrirse, y pasado otro instante, José aparecia en la estancia, donde habian quedado Vargas y Dolores.

Trás él se veian otros tres personajes.

Eran Laura, Andrés y Lorenzo.

Don Estéban se lanzó al encuentro del jóven dominico, esclamando:

—Gracias á Dios que estais de vuelta. Creed que tanto yo como Dolores, nos hallábamos en gran cuidado al observar vuestra tardanza.

Y como Vargas percibiera entonces que el jóven no llegaba solo continuó:

—Dispensad, amigo mio: no creí que vinieseis acompañado por gente á la cual yo no conozco.

—Podeis hablar en la libertad mas completa, repuso el dominico: estos señores, prosiguió este último, indicando á sus compañeros de viaje, son como vos, D. Estéban, víctimas del Santo-Oficio.

Y el fraile contó á grandes rasgos sus desgracias.

Luego añadió que al cruzar las empinadas cumbres de Sierra Morena habia caido con Aldonza en poder de unos bandidos, y que gracias al ausilio de Laura y de Lorenzo, habian podido escapar á sus manos.

# CAPÍTULO XL.

---

**Proyectos del dominico.**

Vargas, Dolores y Juana, escucharon en silencio el breve y compendioso relato que de sus aventuras hizo el mancebo, y luego Juana, dirigiéndose á D. Estéban, dijo con alegría:

—No os decia ahora mismo, que existe un Dios que vela por los destinos de mi hijo?

Y al pronunciar estas frases la buena anciana, humedecidos sus ojos por el llanto, estrechaba á José contra su pecho.

—Y Aldonza? preguntó Vargas, con ansiedad.

—Hace tres dias entró en el convento de las Salesas reales, dijo el dominico.

—Está resignada?

—Como un ángel.

—Trata de hacerse profesa? interrogó Dolores.

—Esta es su idea: hoy por hoy su resolucion es firme é irrevocable y temo que se le han cerrado las puertas del mundo para siempre. Me ha encargado que tanto á vos como á Don Estéban os estrechase á mi corazon en nombre suyo. La pobre jóven me dijo que oraria por vuestra felicidad y vuestra dicha y me encargó sobre todo no olvidaseis escribirla.

—Pobre Aldonza! esclamó Dolores secando una lágrima que corria de sus ojos; encerrarse en un convento cuando era aun tan jóven, tan bella, tan hermosa y cuando le sonreia aun todo un mundo de dicha y de placeres!

Vargas no dijo nada.

—Se hallaba triste y silencioso.

El recuerdo de Aldonza empañaba de cuando en cuando la felicidad que sentia.

El mancebo podia olvidar que él habia sido la causa involuntaria de su desgracia.

Al saber que con el ausilio de José la señorita de Herrera habia logrado burlar el Santo-Oficio, Vargas habia esperimentado una verdadera alegría; pero cuando supo que luego de salir de la cárcel la jóven habia resuelto meterse en un convento, Vargas comprendió que la herida que el amor habia ocasionado en su alma no estaba aun cerrada y el corazon del jóven se oprimió con tristeza.

Si entre ella y el mancebo no se hubiese cruzado la pura y bella imágen de Dolores, Vargas hubiese concluido por amarla.

—No la compadezcais tanto, Dolores, observó el domi-

nico: hoy por hoy, su sacrificio es inmenso, porque la transicion que se sufre al pasar desde un mundo de animacion y de vida, á otro donde no reina mas que la soledad y la muerte, es siempre un golpe horrible. Mas llegará un dia en que su alma se acostumbrará á la mística existencia del convento, en que se depurará de todas las manchas que recogió en su trato con la sociedad que abandona y en que olvidando su pasado, no verá mas que un porvenir lleno de tranquilidad, de beatitud y de gloria, el cual se ofrecerá á sus ojos como un brillante y luminoso punto. Entonces lo olvidará todo para no pensar mas que en Dios y se inaugurará ante ella esa dulce y pacífica existencia que es cómo un préstamo de los gloriosos y celestes goces con que Dios premia á los que se dirigen hácia él constantemente. Pero dejemos, señores, que la mística penitente eleve sus oraciones al Sér Supremo á fin de redimir su alma y la nuestra y pensemos en otros de nuestros amigos que necesitan aun de nuestra ayuda. La señorita de Herrera, que se encuentra ya bajo la directa proteccion del cielo, nos hace olvidar un hombre que por su saber, su talento y sus virtudes, se ha constituido en apóstol de la libertad y del pueblo, incurriendo por esto en las iras del Santo-Oficio.

—Os referís tal vez á Juan de Ávila? preguntó don Estéban.

—Desde el momento, repuso el dominico, en que se habla de un hombre con talento y con virtudes, el nombre de Juan de Avila acude naturalmente á los lábios. Lo

adivinasteis Don Estéban: yo me referia á ese hombre. Qué se ha hecho del apóstol? Sigue aun en la cárcel?

—Sí.

—Por qué no se ha fallado su causa?

—El Santo-Oficio teme que se verá en la precision de absolverle y hace toda clase de esfuerzos para alargar su proceso.

—Pues bien, es necesario salvarle: un hombre como Juan de Avila es demasiado necesario á los intereses del pueblo y de la humanidad entera, para que no se haga un esfuerzo en su obsequio y no se le emancipe al ominoso yugo en que gime.

—Y á que medio se podrá recurrir para alcanzar nuestro objeto? preguntó Vargas.

—Al mismo con el cual logramos salvar á D. Manuel de Argoso.

—Queréis volver á los motines?

—Sí.

—Dudo mucho que con este medio podamos realizar nuestros planes. La inquisicion, desde la última revuelta ha doblado su vigilancia, acrecentado sus fuerzas y solo busca un pretesto para ejercer sobre el pueblo un grande y horrible escarmiento. Creo, pues, que todo será inútil. Nuestra sublevacion fracasará por completo.

—Os engañais, D. Estéban, repuso el dominico: las revoluciones no fracasan nunca, porque ellas mantienen el entusiasmo en el corazon del pueblo. Desgraciado el país que no dirige, con frases ó con hechos, protestas con-

tra la esclavitud y el despotismo. Los resortes de su vida se enmohecen, y el cuerpo social se convierte en un cadáver. No importa que la fuerza venza al derecho. Los motines del pueblo son un medio con los cuales su libertad nunca prescribe. Suponiendo que no lográramos salvar á Juan de Avila, cuando menos haríamos ostentacion de nuestras fuerzas, las cuales se tendrian en cuenta el dia en que el Santo-Oficio juzgue al apóstol. La inquisicion, al ver la indignacion del pueblo quizá no resistiria su empuje y concluiria por devolverle su protector y su padre.

Vargas reflexionó un instante.

Las razones del jóven dominico no podian ser mas convincentes.

Así es que dijo:

—Enhorabuena: harto, sabeis amigo mio, que mi corazon y mi espada se hallan prontos á servir la buena causa.

—Esta será tanto mas fácil que triunfe cuanto se nos proporcionará un medio para que Arbués no utilice sus recursos para oponerse á los nuestros.

—Qué medio es este?

—El de prenderle.

Vargas miró al fraile sorprendido.

—Estais en vuestro juicio, amigo mio?

El jóven sonrió tranquilamente.

—A un hombre como Arbués se le mata, continuó Vargas, pero en camdio no se le prende; porque la turba de sus familiares y esbirros se echarán encima de los que quisieran llevar á cabo tal empresa.

—Estais equivocado, amigo mio, repuso el fraile; el encarcelamiento de Arbués es tan fácil que hoy mismo daré mis órdenes para que se le prepare un calabozo.

—Quién le prenderá?

—Vos.

—Yo! dijo Vargas lleno de estupor y de sorpresa, al ver la seguridad con que hablaba el dominico.

Este hizo un signo afirmativo.

—Pero no comprendeis que yo me espongo otra vez á que el Santo-Oficio me encarcele?

—Si fuera así, ya no os haria tal propuesta: los sacrificios que hice para sacaros de la cárcel, os probarán mi empeño de que no volvais á caer bajo la esclavitad del Santo-Oficio.

—Oh! Dios mio, esclamó Dolores viendo que el dominico insistia en su idea; por piedad, yo os ruego José, que no comprometais la existencia de Vargas!

—Vos, señora, podeis contribuir á que disminuya el peligro que al realizar nuestros planes correrá vuestro esposo. Mas aun, continuó el dominico: vos sois tan necesaria para su buen éxito, que si no me prometieseis vuestro ausilio, renunciaria inmediatamente á nuestra empresa.

—Entonces, dijo la señorita de Argoso con dignidad y firmeza, contad en mí desde ahora.

Al oir esta conversacion, Lorenzo, que hasta entonces habia guardado silencio y que habia permanecido con Andrés y Laura en un ángulo del cuarto, adelantó unos pa-

sos y encarándose á Vargas y al jóven dominico, dijo con noble hidalguía:

—Yo, señores, ignoro los medios en que contais para alcanzar vuestros fines; pero yo que tengo que saldar con la inquisicion muchas cuentas, que ódio al Santo-Oficio con toda la energía de que es susceptible mi alma, me ofrezco, desde luego, á secundar vuestros esfuerzos. Si en la ejecucian de vuestros planes se hace necesaria la existencia de un hombre, si es imprescindible una víctima, elegidme á mí: yo, desde ahora, ofrezco mi corazon y mi sangre.

—No necesitaremos de tanto, repuso el dominico; de todos modos agradezco vuestra oferta y acepto vuestros servicios lo mismo que los de Andrés, si es que quiere ausiliarnos.

Y al mismo tiempo el fraile se volvió hácia el ángulo del cuarto donde el ex-sayon del Santo-Oficio continuaba cerca de Laura.

—Monseñor, dijo Andrés, con voz firme; cuando abandoné las cárceles del Santo-Oficio, os prometí que yo uniria para siempre mi suerte con la vuestra. Desde entonces no soy dueño de mí mismo: pertenezco á vos en cuerpo y alma.

—Pues bien, amigos mios, repuso el fraile: mañana yo os entregaré al inquisidor de Sevilla y pasado mañana el pueblo de la ciudad pedirá á gritos la libertad de Juan de Ávila.

—Qué es lo que debemos hacer? preguntó Vargas.

—Encontrarnos mañana á las once de la noche en la taberna de la Chapa.

—Los tres?

—Con Dolores.

—Y Pedro de Arbués irá allí?

—Sí.

—Solo?

—Completamente solo.

—Y entonces le prenderemos?

—Cabal, replicó José, únicamente, para mayor seguridad y á fin de que no corra compromiso alguno, será indispensable que lleveis un antifaz.

—Nada tan sencillo, dijo Vargas.

—Mas aun, continuó José, como nuestro objeto consiste, principalmente, en prender el inquisidor á fin de que no se oponga á que libertemos á Juan de Ávila, sera necesario que me prendais tambien á mí.

—Con qué objeto?

—Con el de evitar que sospeche una traicion por parte mia, dijo el dominico; luego si quereis me devolvereis la libertad; pero es necesario que no comprenda que yo he entrado en la realizacion de vuestros planes.

—Corriente, dijo Vargas: nosotros no corremos peligro alguno con tal de que el inquisidor no vaya acompañado de sus esbirros.

—De esto yo respondo; Arbués no conocerá el lazo que nosotros le tendemos y por consiguiente yo le inspiraré la confianza mas completa.

—En fin, dijo Vargas, si tenemos que luchar con los esbirros del Santo-Oficio lucharemos: no será esta la primera vez en que yo habré cruzado con ellos mi espada.

—En lo que á mí se refiere, dijo Lorenzo, conozco ya el temple de sus armas y por consiguiente no las temo.

—Y yo, dijo Andrés, conozco sus astucias y desde luego me resigno al fracaso que pueda ocurrirnos.

—No temais, amigos mios, replicó el fraile; nada os sucederá que pueda tener consecuencias. Fuera de esto, prosiguió, contaremos con el ausilio de un hombre que ódia tambien al Santo-Oficio y del cual aun no os he hablado.

—Quién es?

—Manofina.

—El que asestó la cuchillada á Pedro de Arbués, cuando se celebró el auto en que salvamos á Argoso? preguntó Vargas.

—Cabal.

—Bravo muchacho.....

—Yo cuidaré de avisarle, toda vez que me dirijo á su casa para alojar en ella á estos dos jóvenes.

Y al mismo tiempo el dominico indicaba con el gesto á Lorenzo y su manceba.

—Estamos á vuestras órdenes, monseñor, dijo el exbandido.

—Vos, Andrés, tambien os alojareis con estos señores, añadió el fraile.

Andrés se inclinó con respeto.

—En cuanto á vosotros prosiguió el jóven dominico, no os movereis de esta casa hasta que recibais mis órdenes. Mañana, sin falta, volveré aquí para daros instrucciones acerca la forma con que hemos de realizar nuestro proyecto.

—Harto sabeis que toda nuestra confianza está en vos, amigo mio, dijo Vargas. Nosotros renunciamos á toda iniciativa y nos convertiremos en nuestros mas ciegos instrumentos.

—Gracias D. Estéban, dijo el fraile: antiguamente yo no os inspiraba confianza alguna y ahora os la inspiro de sobra.

—En efecto, amigo mio, dijo Vargas sonriendo: entonces no os conocia á fondo y no ignorais la aversion que tengo á las sotanas. Cuando pienso en vos y en Juan de Ávila, me parece imposible que, bajo vuestros hábitos de fraile, se oculte un corazon tan noble y generoso.

—Esto, dijo el mancebo, os haré comprender la verdad de aquel refran que dice: «El hábito no hace el monge.»

Y tendiendo su mano á D. Estéban de Vargas y á Dolores continuó:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, dijeron los dos jóvenes estrechando aquella mano con ternura.

El fraile se dirigió, luego, hácia la silla en que permanecia sentada su nodriza, la abrazó con cariño diciéndola que al siguiente dia se verian y suplicándola, al mismo tiempo, que bajase á abrir la puerta.

Juana le devolvió sus caricias y obedeció sus órdenes cogiendo una luz y siguiendo al hombre al cual llamaba su hijo.

Este salió del cuarto, seguido por Andrés, Laura y Lorenzo.

# CAPITULO XLI.

---

**La promesa de Manofina.**

Eran las tres de la madrugada y de consiguiente nuestros tres personajes no encontraron ni un alma en su camino.

Cruzaron frente á la Catedral que se levantaba entre la oscuridad y las tinieblas con la majestad de las cosas inmóviles, emprendieron por las mas solitarias callejas y cruzaron por el puente de Triana bajo cuyos arcos se deslizaban las mansas y tranquilas ondas del Guadalquivir.

Al llegar á la otra parte del rio siguieron hácia la derecha, y cogieron á lo largo de la orilla hasta que por fin se detuvieron frente á una casucha, ó, mejor dicho, una gruta, que parecia ocultarse entre una red de flores y verdura.

Aquella gruta era el nido en que Manofina y la Sirena ocultaban sus amores.

Desde el dia en que el ex-garduño habia asestado su

cuchillada al inquisidor de Sevilla ni él ni su manceba habian dejado su gruta, ni entrado en la ciudad por temor al Santo-Oficio.

Verdad es que ni uno ni otro amante se veian en la precision de visitarla.

Sus necesidades se hallaban siempre satisfechas.

El rio les proporcionaba sabrosa y abundante pesca, y el campo les ofrecia la caza.

Cuando la Sirena deseaba un trage ó la satisfaccion de un capricho cualquiera, Manofina salia al camino real con un cesto de pescado ó algunas piezas de caza y las ofrecia á cualquier precio al primer transeunte que cruzaba.

Llegada la noche, el jóven se dirigia al barrio de Triana, compraba, en una tienda, lo que queria su manceba y volvia, luego, á su covacha, donde la Sirena premiaba con sus caricias aquella prueba de amor y de cariño.

Ya se comprenderá, pues, la felicidad que nuestros dos amantes gozaban.

Desde que llevaban aquella existencia los dos jóvenes no iban nunca á la Garduña.

Unicamente fueron á ella el dia en que se tramó el complot para salvar á D. Manuel de Argoso, de manos del Santo-Oficio.

Mas de una vez su antiguo jefe, el señor Mandamiento, que conocia el retiro donde ocultaban sus amores, les habia enviado sus mas diestros emisarios para que los jóvenes volviesen á la Garduña, pero estos, recordando los consejos de Juan de Ávila y en su empeño por redimir sus

estravíos con una honesta y pacífica conducta, habia rechazado sus instancias por mas que fuesen acompañadas con lucrativas ofertas.

Mandamiento recordaba la valentía y destreza del mancebo que tantos servicios prestaba á su honrosa cofradía y de que hiciese toda clase de esfuerzos para que volviera á su seno.

Por otra parte el gran maestre de aquella órden de bandidos, hacia muchos elogios de la belleza y donaire de la Sirena y como las mujeres hermosas eran, en la sociedad de la Garduña, un escelente reclamo para dar ciertos golpes, Mandamiento no podia menos que llorar la pérdida de la Sirena, la cual, era por decirlo así, la reina de las majas.

Afortunadamente los dos jóvenes habian emprendido con firme resolucion el camino de la virtud y todas las promesas del jefe de la Garduña para seducirlos fueron completamente inútiles.

Quizá se nos observe que si hubieran sido tan virtuosos, no hubieran tomado parte en el motin en que los conjurados se proponian salvar á D. Manuel de Argoso.

Pero dejando aparte que Manofina y la Sirena no trataban de seguir la virtud con tan escrupuloso rigorismo, diremos que los dos amantes profesaban un irreconciliable ódio al Santo-Oficio y que, á mas de esto, siempre se hallaban dispuestos á derramar su sangre por el triunfo de las justas y buenas causas.

Tanto Manofina como la Sirena creian de buena fé que

salvar á D. Manuel de Argoso cumplian con un deber de conciencia y de ahí que prestaren su ausilio á la sociedad de la Garduña.

Así es que cuando el Señor Mandamiento partió entre los bandidos la cantidad que los conjurados habian satisfecho, quedó sorprendido al ver que entre ellos no se observaba á los dos jóvenes.

Al principio, el jefe de la Garduña, llevado por sus filantrópicos deseos, quiso repartir lo que tocaba á Manofina y la Sirena entre los pobres de su barrio ó entre los mismos garduños que se habian inutilizado en servicio de la cofradía; pero el señor Mandamiento, que era un hombre de una prevision muy susceptible, calculó que su generosidad ocasionaria disputas y contiendas entre los mismos que iba á beneficiar su hidalguía, y resolvió guardar para sí el oro que á los dos jóvenes tocaba.

Tal era la esquisita y delicada justicia con que el señor Mandamiento obraba siempre en esta clase de asuntos.

Esto, sin embargo, Manofina no le hizo reclamacion alguna.

Léjos de esto, su amor propio se hubiera ofendido si el jefe de la Garduña le hubiese ofrecido aquel oro.

Ya hemos dicho que gracias á la modesta existencia que los jóvenes llevaban no necesitaban de nada.

En el momento en que José, Andrés, Laura y Lorenzo se dirigian á su habitacion ó cueva, el jóven saltaba de su lecho con la intencion de sacar las redes que en la noche anterior habia echado en el rio.

Era la hora en que el primer resplandor del dia comenzaba á teñir las puertas de Oriente.

No se oia otro rumor que el producido por la corriente del rio y el de una ligera brisa que hacia temblar las hojas de los árboles.

José llamó á su puerta.

Habia percibido luz en el interior de la covacha y esto le habia hecho comprender que no interrumpia el sueño de ambos jóvenes.

Al oir llamar á su puerta, el primer movimiento del chulo consistió en matar la luz.

Manofina temia siempre que la inquisicion descubriera su escondrijo y que no fuese á echarle el guante.

Luego miró por un agujero que servia de chimenea y respiradero á su choza y viendo que el cielo se teñia con el arrebol de la aurora, comprendió que estaba equivocado.

A no dudarlo, el Santo-Oficio no hubiese elegido aquella hora para prenderle.

Algo tranquilizado, Manofina se dirigió hácia su puerta y antes de abrir miró por su cerradura.

Entonces vió al dominico.

La vista del mancebo le devolvió su serenidad perdida.

A mas de que el ex-bandido le conocia perfectamente, constábale que era íntimo amigo de fray Juan de Avila y que, para él solo podia ser un mensajero de paz y de concordia.

Bajo tal concepto lo primero que hizo fué llamar á la Sirena para que hiciese los honoros de su choza.

Luego abrió su puerta diciendo:

—Entrad, padre mio: conozco vuestras nobles virtudes y he de suponer que Dios os ha guiado á mi casa.

—Gracias, Manofina, replicó el dominico; pero te advierto que no vengo solo.

Y al mismo tiempo el fraile indicaba á Laura, Andrés y Lorenzo, que permanecian algo léjos de la puerta.

—Son vuestros amigos? preguntó el chulo.

—Mis protegidos; unos buenos muchachos á los cuales persigue el Santo-Oficio.

—Este es otro motivo para que les reciba con mucho mayor placer en mi choza. Esta es muy pobre: mas encontrarán en ella la cordialidad y la franqueza.

Y luego, dirigiéndose al grupo de los tres jóvenes, les saludó cortesmente y dijo con sencillez:

—Entrad, amigos mios! si no habeis comido, hallaremos algun manjar en mi dispensa; si no habeis dormido, encontraremos un lecho donde repararéis vuestras fuerzas.

Laura, Andrés y Lorenzo, aceptaron tan cordial oferta y siguieron al mancebo que les guió á su escondrijo.

José habia entrado ya en el mismo y hablaba con la Sirena que al oir la oferta de su amante preparaba el refrigerio.

—Me he tomado la libertad de alojar en vuestra choza estos muchachos, dijo el fraile, por dos razones: primero porque, á semejanza vuestra, siguieron en un principio la tortuosa senda del crímen para emprender luego la senda

de la virtud: y segundo porque mañana vos y ellos tendreis que ausiliarme en cierto golpe.

—Habeis pertenecido cual yo á la sociedad de la Garduña? les preguntó Manofina.

—Nó, dijo Lorenzo; hemos formado parte de una compañía de bandoleros que está en Sierra Morena.

—Dispensad mi curiosidad, amigos mios; no ignorais que los miembros de la Garduña se encuentran esparcidos en muchas poblaciones de España, y de consiguiente no hubiera sido estraño que hubieseis pertenecido á una sociedad de que yo, en otro tiempo, formé parte. Por lo demás, continuó el jóven, nada importa que hayais sido bandido: nunca tengo en cuenta el pasado de los hombres, y, sobre todo, ningun título me asiste para que yo sea un censor de la conducta del prójimo. Basta que os recomiende este caballero, prosiguió Manofina, indicando á José, para que seais bien recibidos en mi choza.

Lorenzo y Andrés se inclinaron para manifestar su agradecimiento á las palabras del chulo.

Este preguntó al dominico.

—Decíais, monseñor, que mañana sin falta hemos de dar cierto golpe?

—Sí.

—No ignorais que yo tengo celebrados ciertos compromisos con mi misma conciencia, dijo el mancebo, sonriendo.

—Sé, efectivamente, que habeis dejado vuestra existencia de bandido para ser un hombre honrado. Bajo

tal concepto en nada pienso violar vuestra conciencia.

—De que golpe se trata?

—Se trata de un golpe cuya ejecucion, vos, Manofina, ausiliareis con gran gusto.

—Continuad, monseñor...

—Amais mucho á Juan de Avila?

—Como á mi padre: nunca olvidaré que él, con su proteccion y consejos, ha hecho de mí un hombre digno.

—Pues bien, se trata de prestarle un gran servicio, repuso el fraile.

—Mi vida está á vuestras órdenes; pero debo advertiros, monseñor, por si lo ignoraseis, que Juan de Avila continua aun en las cárceles del Santo-Oficio.

—Pues hé ahí, cabalmente, porque vamos á dar el golpe, repuso el dominico.

—Se trata de salvarle?

—Lo adivinasteis.

—De qué modo? preguntó con ansiedad Manofina.

—Sublevando al pueblo.

—Mañana?

—Aun nó.

—Cuándo, entónces?

—Pasado mañana.

—Y por qué no mañana mismo?

—Primero tenemos que ensayar otro golpe.

—Cuál?

—Prender al inquisidor de Sevilla.

—A Pedro de Arbués!

José hizo un signo afirmativo.

—Vos, monseñor, habreis calculado vuestros proyectos, y de consiguiente no me opondré á ellos; pero siento mucho que al tratarse de Arbués os contenteis con prenderle.

—Qué hariais, entonces?

—Matarle.

—Esto no es posible, dijo el fraile; y si vos, Manofina, le hubieseis matado con vuestra cuchillada el dia en que se celebró el auto, me hubieseis dado un disgusto.

—Por qué motivo?

—Porque la existencia de Arbués, repuso el dominico con voz sorda, es inviolable escepto para una persona.

—Qué persona?

—Dispensad, amigo mio, dijo el fraile, que guarde mi secreto. Básteos saber que Arbués será algun dia víctima del mas horrible castigo.

—Y se lo aplicará esta persona de que hablabais ahora mismo? preguntó Manofina, sospechando que esa persona era el propio dominico.

—Sí.

—Entonces qué aguarda?

—La libertad de Juan de Avila.

—Tanto le interesa?

—Le interesa, porque luego que Arbués esté castigado, á esta persona no la quedará mas salvacion que la que le ofrezca el patíbulo.

—Comprendo... replicó Manofina; y antes de subir al patíbulo quiere salvar á Juan de Avila?

—Esto es.

—Pues bien, replicó el chulo, decid á esta persona que antes de dos dias habremos libertado al apóstol.

—Cuentas con medios mas seguros que los nuestros? preguntó el fraile.

—Yo solo puedo contar con mis compañeros de la Garduña y en esa gran parte del pueblo que está dispuesta siempre á ausiliar las grandes causas. Por lo demás, creo que nuestra empresa alcanzará un buen éxito si antes prendemos á Arbués.

—Hé ahí lo que yo pienso.

—Tendremos que prenderle en su palacio?

—Nó.

—En la calle?

—Tampoco.

—Dónde entonces?

—En la taberna de la Chapa.

—Irá á ella?

—Sí.

—Ved que no os engañe.

—Descuidad, repuso el dominico sonriendo: yo tomaré mis medidas para que no haga falta.

—Basta que vos lo digais, monseñor, para que yo esté tranquilo, dijo Manofina. Solo falta que me deis vuestras órdenes; á qué hora tratais de dar el golpe?

—Al mediar la noche.

—Dónde os encontraré?

—Frente á la Catedral.

—Iré solo?

—Nó: os acompañarán estos dos muchachos.

Y el fraile, al pronunciar estas frases, indicó á Andrés y Lorenzo, que, en aquel instante, hacian honor al refrigerio que les habia servido la Sirena.

—Estos dos muchachos, continuó el fraile, son de gran confianza y de un valor á toda prueba. No olvideis, pues, el traerlos. El señor de Vargas y yo estaremos en el punto de la cita á las once en punto de la noche.

—Viene con nosotros D. Estéban?

—Sí.

—Tanto mejor: es todo un caballero y maneja con gran destreza su espada.

—Creo, dijo el fraile, que no necesitará desenvainarla. Hoy mismo, antes de que anochezca, os enviaré antifaces con que cubrireis vuestro semblante. De este modo evitaremos la venganza del inquisidor de Sevilla. Adios y no hagais falta.

—Quedad tranquilo, monseñor, replicó el chulo.

José se despidió de sus compañeros de viaje, saludó á la Sirena y se encaminó hácia Sevilla.

# CAPÍTULO XLII.

---

**La inventiva de un fraile.**

Lo primero que hizo el jóven al llegar á su casa fué tenderse en el lecho.

Hallábase fatigado.

Habia viajado por espacio de dos dias, y durante la noche en que habia llegado á Sevilla, no habia cerrado sus ojos.

La primera intencion de José consistió en presentarse ante Arbués y recurrir á su inventiva para escusar aquella ausencia de diez dias; pero luego reflexionó que aquella hora era un tanto intempestiva, aunque tuviese derecho para entrar á cualquier hora en su cámara, y que, á mas de esto, necesitaba el descanso para que sus facultades intelectuales cobraran su lucidez y contestar luego á las preguntas que Arbués dirigiria al mancebo.

Esto sin embargo, el jóven encargó á uno de los servi-

dores del inquisitorial palacio, que en cuanto Arbués despertase y se hallara en disposicion de recibirle, fuese á avisarle á su cuarto.

Afortunadamente el inquisidor de Sevilla habia dado, en la noche anterior, un banquete á los frailes del Santo-Oficio y era probable que no se levantara hasta muy tarde.

La orgía se habia prolongado hasta las tres de la madrugada y tal vez se hubiese prolongado mucho mas si los vapores del vino no hubiesen cegado su espíritu obligándoles á retirarse.

Ya se sabe que la gente de la inquisicion no sabia vivir mas que entre el placer y los horrores.

Las orgías y los autos de fé eran los dos polos en que giraba su existencia.

Los inquisidores tenian que agotar las copas del Málaga ó del Jerez, ó verter la sangre de sus víctimas.

En aquellos impuros conciliábulos era donde la gente de sotana se mostraba en toda su fealdad y repugnancia.

Colocados en torno de una mesa adornada con todos los refinamientos de la gula y donde chispeaban los vinos mas célebres de España y el estranjero, aquellos frailes olvidaban por un momento sus instintos sanguinarios, para entregarse á uno de los siete pecados capitales que ellos al dia siguiente condenaban desde el púlpito.

Emancipados al carácter hipócrita que les imponia su hábito, echando léjos de sí la falsa y cristiana máscara con que ante el mundo encubrian su semblante, aquellos hombres daban vuelo á sus pasiones, se entregaban á toda

clase de escesos y pasaban, en fin, toda la noche envueltos en la embriaguez y los placeres.

Algunas veces se levantaban de la mesa para trasladarse á otra estancia lujosamente adornada, con una atmósfera llena de perfumes, donde les aguardaban sus queridas.

—No describiremos lo que sucedia en aquella régia cámara, donde la hermosura de aquellas mujeres se hallaba resaltada por el esplendor de cien luces, y la riqueza de aquellos muebles en que no brillaba mas que el terciopelo y el oro.

Baste decir que mas de una vez los primeros rayos del sol encontraban aquellos hombres yaciendo en la alfombra de la estancia y dormitando en brazos de sus mancebas.

No es, pues, estraño, que cuando Arbués emplease la noche en una de estas orgías, pasase la mañana siguiente en su lecho.

Así es que cuando se dijo al dominico que Arbués, en la noche anterior, habia dado un banquete á sus cofrades, se retirase tranquilo á su dormitorio.

Eran las cinco de la madrugada y aun podia descansar algunas horas.

A las doce de la mañana un criado entró en su cuarto para anunciarle que el gran inquisidor acababa de levantarse.

—Está bien, dijo con voz humilde é hipócrita el mancebo: decid á Su Eminencia que el mas fiel y consecuente de sus siervos, le pide una audiencia para darle cuenta de una mision que ha desempeñado en su obsequio.

El criado salió y fué á llevar este mensaje al gran inquisidor.

Pasado un instante volvia al cuarto del jóven dominico.

—Monseñor, dijo á este, Su Eminencia os aguarda en su despacho.

Y volvió á salir.

José aliñó algun tanto su trage, reflexionó, por un momento, lo que habia de decir al gran inquisidor, y luego se encaminó á su despacho.

Pedro de Arbués le aguardaba.

En sus facciones se notaba aun la huella que habia dejado en ellas la orgía de la noche.

Sus ojos estaban amortiguados y en su rededor se observaba un círculo morado.

Cuando Arbués vió á su favorito, le dirigió una mirada que equivalia á cien quejas y reproches.

Luego con voz mal comprimida y en la que vibraba el coraje, interrumpió:

—Ignoro, señor mio, porque habeis tenido la suficiente audacia para pedirme una audiencia. Si yo me hubiese hallado en vuestro lugar, si yo me hubiera ausentado por espacio de diez dias sin licencia de mi superior, en vez de pedirle una audiencia, me hubiese ocultado cien codos bajo tierra.

José comprendió que Arbués sentia un mal humor insoportable, que se hallaba dispuesto á mover una tempestad horrible, y trató de apaciguarle.

Así es que en vez de contestar de una manera indiscreta, el jóven que se habia detenido en el centro de la estancia, adelantó hácia la mesa del despacho, se arrodilló ante los piés de Arbués, y cogiendo sus manos, que besó con mucho ahinco, dijo con una humildad verdaderamente evangélica.

—No dejaré vuestras plantas, monseñor, sin que antes me hayais dado vuestra paternal bendicion, y concedido el perdon de mis culpas que, al fin y al cabo, redundarán en beneficio vuestro.

El inquisidor era profundamente orgulloso, y al ver la cristiana humildad del dominico sintióse desarmado.

Así es que dijo:

—Levantad, José, y decidme, punto por punto, lo que ha ocasionado vuestra ausencia, y por qué razon salísteis de la ciudad sin mi permiso.

—Ya os dije, monseñor, que si yo dejé á Sevilla fué tan solo para aprovechar la ocasion de prestaros un servicio, replicó el fraile.

—Nunca he puesto en duda tu celo; amigo mio; pero si en alguna época he dudado de tí, ha sido en estos dias. Por que saliste de la ciudad sin avisarme?

—Porque tuve que obedecer las órdenes de un superior que, hasta cierto punto, se encuentra sobre el Santo-Oficio.

Al oir esta réplica el inquisidor frunció su entrecejo.

—El Santo-Oficio, dijo Pedro de Arbués, se encuentra por encima de todos los poderes de tierra, y vos en calidad de servidor suyo, no podeis reconocer mas superior que su

gefe. Pero, en fin, cuál era el poder que obedecíais?

—El del rey, monseñor.

Arbués se agitó en su sillon.

—El del rey! murmuró; per ventura S. M. el emperador os encargó alguna mision importante?

—Sí, monseñor.

—Cuál?

—La de acompañar cierta dama á la córte, repuso el dominico.

—Qué dama?

—La señorita de Herrera.

—La muger que amaba Enriquez? interrumpió Arbués sorprendido.

—Decid mejor, la favorita del emperador Cárlos V, replicó José.

—Pero acaso esta muger no se hallaba en nuestras cárceles? preguntó el inquisidor.

—Sí.

—Entonces como la acompañásteis á Madrid?

—Cuando yo, monseñor, me encargué de ella, no estaba ya en el Santo-Oficio. La encontré en el real alcázar donde me llamó el emperador Cárlos V.

El dominico mentia. Ya se sabe que él habia sido el principal autor de su fuga, que al salir de las cárceles habia acompañado la señorita de Herrera á la casita de Juana y que en ella y en union con el rey habia preparado su viaje.

Al oir las frases del mancebo, Arbués reflexionó un instante.

—Ahora lo comprendo todo: lo que no se ha descubierto hasta ahora me lo descubren tus frases.

—A qué aludís, monseñor? interrogó José, fingiendo la mayor sencillez.

—Aludo al enorme delito que se ha cometido en nuestras cárceles.

—Qué delito?

—Cómo, dijo Arbués; ignoras que se encontró al gobernador Enriquez asesinado en las cárceles del Santo-Oficio?

—Dios mio, qué horror! esclamó José, juntando sus dos manos; pero es esto posible?

—Tanto que se halla ya en el cementerio é instruido un espediente á fin de que Roma le coloque entre el número de los mártires que venera la Iglesia.

—Nada tan merecido y tan justo, replicó el mancebo, con hipócrita acento: el señor Enriquez era un modelo de virtudes y uno de vuestros servidores mas fieles. Pero creeis, añadió el jóven, que este crímen se halla relacionado con la fuga de doña Aldonza?

—No me cabe duda, amigo mio: se le encontró herido, con una puñalada en la espalda, en el mismo calabozo que la señorita de Herrera ocupaba. Cuando los empleados de la inquisicion fueron á este, se encontraron con que Doña Aldonza se habia fugado, y solo hallaron el cadáver del infeliz Enriquez, bañado en su propia sangre.

—Esto es horrible!

—Así, pues, añadió el inquisidor, este crímen se ha-

lla íntimamente relacionado con la fuga de la señorita de Herrera. Mas aun: temo que el rey sea uno de sus principales autores.

—Lo creeis así, monseñor?

—No me cabe duda.

—Pues bien, dijo el dominico: creed que si yo hubiera podido sospechar tal infamia me hubiera resistido á obedecer las órdenes del monarca.

—Hubiéseis obrado muy mal amigo mio, dijo Arbués. Por mas que el Santo-Oficio sea el primer poder en nuestra patria, no está en el caso de promover conflictos. Hasta ahora S. M. el rey se ha mostrado uno de sus mas fuertes y decididos protectores y nada tan justo como el prestarle de cuando en cuando algun servicio. Por lo demás, continuó el inquisidor, yo no tenia empeño en que Aldonza siguiera en la cárcel. Una vez muerto el desdichado Enriquez de nada hubiera servido á mis proyectos.

—En efecto, monseñor, dijo el fraile: todo lo que Vuestra Eminencia podia sacar de esa jóven lo he sacado yo acompañándola á la córte.

—Y qué sacaste de ella?

—Noticias de Dolores de Argoso.

—Qué estás diciendo! gritó Arbués dejando su sillon y dirigiéndose hácia el jóven; la señorita de Herrera te ha dado noticias de Dolores?

—Sí, monseñor; y ahora comprendereis el motivo por el cual acepté con alegría, la mision que me confió Cárlos V. Yo no ignoraba que, durante su estancia en la cárcel,

Aldonza y Dolores se veian con frecuencia y como nada estrecha tanto la confianza y la amistad como la desgracia, yo hube de suponer que Aldonza conoceria los mas íntimos secretos y hasta quizá sabria el paradero de Dolores. Hé ahí, pues, porque en mi afan de adquirir noticias para Vuestra Eminencia, yo obedecí con gusto las órdenes de Cárlos V.

—E hicístes bien, amigo mio; dijo Arbués, con entusiasmo; y qué es lo que averiguaste? Acaso la señorita de Herrera te hizo alguna revelacion importante? Conoces los secretos de Dolores?..... Sabes dónde para?

—Sí, monseñor.

—Te lo dijo?

José hizo un signo afirmativo.

—Pero en fin, añadió el inquisidor: habla!..... No ves que estoy en áscuas?

—La señorita de Argoso, monseñor, dijo el dominico, aun se encuentra en Sevilla.

—En Sevilla! es posible?

—Tal como lo digo.

—En qué calle? en qué casa? dónde vive?

—Hé ahí lo que cabalmente no puedo revelaros, monseñor, dijo el jóven con una calma que desesperó á Arbués.

—Por qué?

—Hice á la señorita de Herrera formal promesa de que no descubriria este secreto.

—Estás loco, José? interrumpió Arbués, y tú eres capaz de guardar secretos conmigo?

—Monseñor, Aldonza me reveló el paradero de Dolores haciéndome prestar antes juramento de que á nadie revelaria este secreto.

—Pero tú no ignoras que, gracias á la elevada dignidad que yo gozo en la iglesia, tengo facultad para absolverte del juramento que prestaste.

—Ciertamente; pero si yo indicase dónde para la señorita de Argoso, tendria que ser mas exigente.

—Qué puedes exigirme?

—La formal promesa de que no intentareis prenderla. Os seria tanto mas fácil cumplirla, cuando yo, al mismo tiempo, os proporcionaria un medio para ver á Dolores y hasta para que logreis vuestro objeto.

Estas últimas frases, pronunciadas con toda intencion por el jóven dominico, hicieron en el alma de Arbués un maravilloso efecto.

La idea de que aun podria seducir á la señorita de Argoso, de que podria saborear todos los placeres en que por tanto tiempo habia soñado, trastornaba sus sentidos.

Así es que dijo:

—Oh! Dios mio! tú tienes un medio para que yo pueda ver y hablar á Dolores. Pero es esto posible? Dílo pronto, amigo mio. Yo lo prometo todo. Para ver á la señorita de Argoso, para tener el derecho de arrodillarme á sus plantas, yo me hallo dispuesto á cualquier sacrificio. Me dices que no intente prenderla: como pudiera hacerlo si desde que la conozco, ella me tiene preso á mí entre las redes de sus gracias?

—Recordad, sin embargo, que vos fuísteis quien la mandó encarcelar en el Santo-Oficio, replicó el jóven.

—Ciertamente; pero fué únicamente para asustarla y obligarla á que cediese á mis instancias.

—Y hoy dia no haríais lo mismo?

—Nó.

—Os contentarías con manifestarla vuestro cariño de una manera dulce y respetuosa?

—Sí.

—Pues bien: si á mas de esto prometeis guardar fielmente mi secreto, os diré donde la señorita de Argoso se encuentra. Yo mismo os acompañaré á la casa donde se oculta.

—Oh! Dios mio! interrumpió el inquisidor; no ves que me tienes en brasas? Habla: prometo lo que tú quieras. Dónde se oculta?

—En la taberna de la Chapa.

—Desde cuándo?

—Desde que salió del Santo-Oficio.

—Pero como hallándose en una taberna, donde tanta gente concurre no ha sido descubierta?

—No es posible, monseñor.

—Porqué?

—Dolores se oculta en un escondrijo, donde no penetra nadie escepto una ó dos personas de su confianza.

—Entonces no es fácil que yo la vea; á menos de que coja á los dueños de la taberna y les sujete á la tortura, no veo un medio para que se me indique este escondrijo,

—No apeleis á medios violentos, monseñor, observó el dominico viendo que el inquisidor no perdia sus inclinaciones antiguas; vereis á la señorita de Argoso sin necesidad de torturar á nadie.

—Quién me presentará ante ella?

—Yo.

—Tú! dijo Arbués sorprendido. Tienes quizá algun talisman que pueda abrir su puerta?

—Confiais en mí, monseñor? preguntó á su vez el mancebo.

—Oh! sí: muerto Enriquez, tú eres el único y verdadero amigo que me queda.

Pues bien: dejaos guiar por mí y vuestros deseos se verán completamente satisfechos.

—Cuándo?

—Hoy mismo.

—A qué hora?

—A las doce de la noche.

—Vendrás á buscarme?

—A las once y media.

—Corriente..... Eres un buen amigo, José....

Y el inquisidor estrechó la mano del jóven que sonrió de una manera diabólica:

Esto no obstante hizo un esfuerzo para disimular y postrándose á sus plantas dijo con voz hipócrita:

—Dadme vuestra bendicion monseñor, y relevadme del juramento que presté á Doña Aldonza.

—Sí, lo haré con mucho gusto, replicó Arbués: en nom-

bre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te relevo del juramento que hiciste de no descubrir el paradero de la señorita de Argoso y llamo sobre tu cabeza la bendicion de Dios para que ilumine tu espíritu y guarde tu conciencia del pecado.

Y al pronunciar estas frases el inquisidor hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del mancebo.

Este se levantó, besó la mano del fraile, y salió de aquella estancia murmurando:

—Por fin, caíste en la trampa! Mañana Juan de Avila podrá salir de la cárcel.

# CAPÍTULO XLIII.

## Los hombres del antifaz.

Acababan de dar las once de la noche en el reloj de la Torre del Oro.

El que á esta hora se hubiese encontrado en las orillas del Guadalquivir, á la otra parte del puente de Triana, hubiera observado tres hombres que embozados en sus capas y con quieto y recatado paso seguian el camino que conducia á Sevilla.

Estos hombres cruzaron el puente, entraron en la ciudad siguieron un laberinto de callejas y se detuvieron, por fin, en una plaza donde se levantaba una gran masa de piedra, cuyo inmenso tamaño parecia abultado con la oscuridad y tinieblas de la noche.

Esta gran masa de piedra era la catedral de Sevilla.

Nuestros tres hombres se detuvieron en el centro de la plaza y miraron en torno suyo.

De pronto, como si saliesen de entre los pórticos del templo, viéronse dos sombras que se acercaron, poco á poco, hácia el punto donde los recien llegados se habian detenido.

—¿Quién vá? preguntó uno de estos últimos.

—Sois vos, Manofina? interrogó á su vez una de aquellas dos sombras.

—D. Estéban! dijo el interpelado, alargando su mano al señor de Vargas, el cual, efectivamente, era el mismo.

El jóven se la estrechó cordialmente y luego dijo á la otra sombra que por precauciones se habia quedado á alguna distancia de aquel grupo:

—Acercaos, Dolores: son nuestros amigos.

La señorita de Argoso se acercó, en efecto, y se colocó al lado de su amante.

—Y bien, dijo Manofina, se halla todo preparado?

—Así lo creo: debo suponer que José os habrá enterado de lo que vamos á hacer esta noche.....

—En efecto: si no estoy mal informado vamos á prender al inquisidor de Sevilla y promover, luego, un motin, para salvar á Juan de Avila.

—Así es, replicó Vargas. Nada tan fácil como ejecutar lo primero, toda vez que Arbués irá solo con José á la taberna de la Chapa; mas dudo que alcancemos lo segundo.

—Por qué?

—El pueblo no está preparado á sublevarse, y esta conspiracion solo la conocemos nosotros.

—No importa.

—Contais con algun otro elemento?

—Sí.

—Cuál?

—El que nos proporcionará la sociedad de la Garduña, que, como sabeis, ella por sí sola, vale tanto como las masas.

—Ciertamente.

—Hoy he reunido á los cofrades y les he dicho que mañana á primera hora comenzasen á propagar la noticia de que se queria sentenciar á Juan de Avila á la hoguera y que era indispensable salvarle. Hay ciertos casos en que el pueblo no necesita preparacion alguna y este es uno de ellos. El apóstol de Andalucía es tan querido en la ciudad, que esta simple noticia será lo bastante á conmoverla. Así, pues, D. Estéban, contad con su esfuerzo: ninguna causa tuvo un ausilio tan seguro como la que defenderemos mañana.

—Y creeis que triunfaremos? preguntó Vargas.

—Oh! sí, dijo Manofina; triunfaremos porque solo dos hombres pudieran ahogar la sublevacion y estos hombres no podrán contrarestarnos.

—Os referís á Arbués y á....

—Enriquez, que como sabeis era gobernador de Sevilla y que por fortuna murió hace unos dias. Hé ahí los únicos que podrian ahogar nuestro motin, por la influencia que ejercen en los familiares y esbirros del Santo-Oficio y hasta en una buena parte del pueblo.

—Ignoro si alcanzaremos ó nó nuestro objeto, repuso Vargas; pero de todos modos creo que debemos hacer un

esfuerzo, aunque no sea mas que para protestar contra las violencias é injusticias que el Santo-Oficio comete.

Y luego variando de plática, Vargas añadió indicando á Andrés y Lorenzo.

—Supongo que estos hombres serán los compañeros que nos deben prestar su ausilio, y que José ha hospedado en vuestra choza...

—Los mismos, señor de Vargas, interrumpió Andrés; vos y yo, continuó el ex-sayon, nos conocemos ya de algun tiempo.

—Nos os comprendo, amigo mio, dijo Estéban con dulzura.

—Quiero decir que no es esta la primera vez en que vos y yo realizamos una empresa.

—Dispensad, amigo mio; pero si mal no recuerdo ayer fué la primera vez en que tuve el gusto de hablaros.

—Estais equivocado, señor D. Estéban, replicó Andrés; no hace mucho tiempo que yo contribuí á que vos emprendieseis la fuga, cuando os hallabais preso en el Santo-Oficio.

—Cómo! dijo Vargas tendiendo su mano al ex-esbirro que se la estrechó con timidez; sois vos el que ausilió á José, cuando me llevaron al cementerio?

—Yo fuí quién os propinó el narcótico y quién os sacó del ataud para llevaros á la puerta del cementerio donde os aguardaba un coche que yo guié y que conduje á la taberna de la Chapa. Ya veis, pues que ni vos, ni la tabernera me sois desconocidos.

—Qué me place! dijo Estéban: con vos, con Manofina y con ese jóven que está tan callado y que segun creo se llama Lorenzo, no solo prenderemos á Arbués, sino á la inquisicion entera.

—Ya os dije, monseñor, interrumpió á la sazon el amante de Laura, que yo me hallo dispuesto á verter mi sangre, con tal de que podamos burlar al Santo-Oficio.

—Enhorabuena amigo mio, dijo Vargas. Creo, añadió, que con tan buenas disposiciones no estará de más el ir á la taberna.

—Vamos, dijo Manofina.

—Vamos, dijeron Andrés y Lorenzo.

D. Estéban dió su brazo á Dolores y se encaminó con sus compañeros hácia la taberna de la Chapa.

Esta acababa de despedir sus últimos parroquianos.

La hermana del Cuco sabia por José que éste necesitaria la taberna en las altas horas de la noche y bajo el pretesto de que el Santo-Oficio habia dado órden para que los establecimientos públicos se cerraran temprano, habia despedido á sus parroquianos á las diez y media.

Así es que á las once se hallaba completamente libre de vagos y rufianes.

La Chapa que conocia mucho al jóven dominico, ni siquiera habia preguntado á este último para que queria la taberna.

Bastábale saber que José la necesitaba para que la pusiese á sus órdenes.

José le habia dicho que entre once y doce de la noche

se presentarian cuatro hombres y una mujer con un antifaz en el semblante y que era indispensable franquearles la puerta de su casa.

Asi mismo la habia indicado que media hora mas tarde él y otro hombre se presentarian á la taberna y que ocurriese lo que ocurriese, ella no debia hacer ni decir nada.

José habia acompañado estas advertencias dando á la Chapa un buen puñado de oro lo cual era mas que suficiente para que la jóven guardara silencio, y dejara correr tranquila los sucesos.

Cuando nuestros cuatro hombres y Dolores llegaron á la puerta de su casa, esta se abrió por sí sola, como por via de encanto.

Hacía ya algun tiempo que la jóven acechaba entre la oscuridad y las tinieblas y no bien vio que un grupo de hombres se detenia frente la taberna cuando reconoció en ellos á los que José le habia recomendado aquel dia.

—Entrad, señores, les dijo abriendo con precaucion los dos batientes de la puerta.

Vargas, Dolores y sus compañeros entraron.

Todos llevaban su rostro cubierto con un antifaz que se habian puesto antes de llegar á la taberna.

Comprendiendo Vargas que era completamente inútil llevar enmascarado su semblante, puesto que la jóven le conoceria por el timbre de su acento, cogió á esta última, la llevó á un ángulo de la taberna y la dijo:

—Tú y yo Chapa, nos conocemos perfectamente, y de consiguiente no hay para que usar de precauciones inútiles.

Y al usar este lenguaje Vargas se quitaba el antifaz y mostraba á la jóven su semblante.

—D. Estéban! gritó sorprendida esta última; oh! Dios mio: acaso no habeis muerto?

—Quién te dió tal noticia?

—Un enterrador del Santo-Oficio que es muy buen parroquiano y que el mismo dia en que os clavó el atahud vino aquí para echar un trago.

—Y él te lo dijo?...

—Sí, por mas señas que me hicísteis derramar algunas lágrimas y rezar un padre nuestro con su salve.

—Hé ahí que tengo ya mucho adelantado para alcanzar la gloria; pero ya ves, amiga mia, que los muertos resucitan facilmente.

—Qué me place!

—Y puesto que tengo la dicha de verte y encontrarte siempre tan amable, voy á hacerte unas preguntas que tú contestarás enseguida.

—Ya os escucho, D. Estéban.

—Ha venido alguien antes que nosotros? interrogó el mancebo.

—Nó.

—Qué órdenes recibístes de José? ¿Qué te dijo?

—Oh Dios mio! gritó la Chapa dándose un golpe en la frente: se me olvidaba...

—Continúa.

—Se me olvidaba advertiros que José me hizo un encargo importantísimo.

—Cuál?

—Dijo que era indispensable que en esta misma noche se atracara una lancha en el estremo de la galería.

—Qué galería?

—La del subterráneo.

—Y dónde conduce?

—Dónde ha de conducir sino al rio.

—Es decir que el subterráneo se encuentra mucho mas elevado que el Guadalquivir?

—Ya lo creo. Esta casa fué construida por los árabes y no ignorais que se gastaban muchos capitales en la construccion de minas con las cuales escapaban á las sorpresas de los cristianos....

—Sí, sí... y esta mina dices que se encuentra sobre el nivel del rio?

—Vaya si lo está: unos treinta piés, cuando menos.

—Y José no te ha indicado para que queria la lancha?

—Nó.

—Está bien.

Vargas reflexionó un instante.

No llegaba á comprender aquel misterio.

Persuadido de que todas sus cavilaciones serian completamente inútiles, el jóven dejó de reflexionar y dijo á la doncella:

—Enhorabuena: conduce esta señora al cuarto de tu casa que esté mas cerca del subterráneo.

Y al mismo tiempo el jóven indicaba á Dolores que con

el rostro cubierto con su antifaz permanecia sentada en un banco.

La Chapa obedeció.

—Ya está, dijo al señor de Vargas que, durante este tiempo, habia dado sus órdenes á Lorenzo, Andrés y Manofina.

—Ahora nos acompañarás á la estancia que se halla mas próxima al cuarto donde acompañaste á esa señora.

—Es el dormitorio de mi hermano, toda vez que aquella señora ocupa el mio. Y luego?...

—Dentro un breve rato alguien llamará á la puerta de la taberna.

—Y bien?

—Abrirás.

—Corriente.

—José ó el hombre que lo acompañe te preguntarán si está aquí la señorita de Argoso.

—Qué debo contestar?

—Que sí.

—Y despues?

—Les guiarás á tu dormitorio, en el cual, segun dices, metíste á la tapada.

—Nada tan fácil.

—Despues les dejarás solos.

—Con aquella señora?

—Sí.

—Y si se les ofrece algo?

—No te pedirán nada. Si acaso ya te avisarán, de to-

dos modos la discrecion exige que te vayas y que les dejes completamente solos.

—Enhorabuena.

—Si pasado un instante oyes rumor de estocadas, guardarás silencio por mas que José dé voces de socorro.

—Oh! Dios mio! balbuceó asustada la Chapa; vá á suceder algo terrible?

—Nó: no se derramará ni una sola gota de sangre. Despues oirás como encierran á José y á su compañero en el subterráneo.

—Y decís que no he de protestar contra la violencia que sufrirá el buen religioso?

—Nó.

—Pero no es justo que el jóven dominico sufra el castigo de su compañero.

—No lo sufrirá. Para algo exige que se coloque una lancha en el estremo de la galería.

Esta conversacion fué interrumpida por el rumor de un aldabazo que se dió en la puerta de la calle.

Vargas y la Chapa se miraron.

—Abriré? preguntó por fin esta última.

—Ved, primero, quién llama, replicó D. Estéban.

La jóven subió á un especie de entresuelo que habia en la taberna, abrió un ventanillo y miró á la calle.

Luego volvió al punto en que habia dejado al mancebo y dijo:

—Son dos hombres.

—Les conocíste?

—Nó: la noche está muy oscura.

—Qué trage visten?

—Me pareció que iban de negro.

—Entonces son ellos.

—Quiénes?

—José y su compañero.

En aquel mismo instante volvió á sonar otro aldabazo.

—Vargas se dirigió hácia el domitorio de el Cuco, y dijo á sus compañeros que le siguieran.

—Abro? le preguntó la Chapa.

Sí, replicó el jóven; pero si fuesen algunos de vuestros parroquianos despedidles.

—No paseis cuidado.

—Y la Chapa se encaminó hácia la puerta de la calle.

—Quién es? preguntó desde el interior de la taberna.

—Abrid, amiga mia, contestó una voz.

Era la del jóven dominico.

La hermana del Cuco no se lo hizo repetir dos veces: abrió de par en par las batientes de la puerta y dijo con voz dulce.

—Entrad, caballeros.

En la taberna penetraron dos hombres embozados en sus capas: José y el inquisidor de Sevilla.

Este, por prevencion, habia cubierto con un antifaz su semblante.

—Supongo, interrumpió el dominico dirigiéndose á la Chapa, que la señorita de Argoso se encontrará aun en tu casa...

—No ignorais que desde hace unos dias permanece en ella alojada, contestó la Chapa, la cual se hallaba ya instruida en la manera con que debia contestar á las preguntas del mancebo.

—Sabe que á estas horas debe visitarla un personaje ilustre?

—Sí, monseñor.

—Está dispuesta á recibirle?

—La he dicho que este personaje la traeria su indulto y lo espera con ansia.

—Así es, dijo el inquisidor terciando en la plática: yo me considero con bastante influencia para que el Santo-Oficio perdone sus estravíos.

—Es lo que desea, monseñor, dijo la Chapa.

—Anunciadla, entonces, que este personaje ha llegado y que espera su vénia para ofrecerla sus respetos.

La Chapa se dirigió á la estancia donde permanecia Dolores y pasado un instante volvió á la misma donde habia dejado al fraile y al inquisidor de Sevilla.

—La señorita os aguarda, monseñor, dijo.

—Entrad, añadió José; no es prudente que yo oiga vuestra plática: os aguardaré aquí con esta jóven.

E indicó la Chapa.

Arbués, elogiando en el interior de su alma la discrecion y prudencia del mancebo, se dirigió hácia la estancia en que aguardaba Dolores.

# CAPÍTULO XLIV.

**Ir por lana y quedar trasquilado.**

Sin embargo de que la jóven se hallaba preparada á las emociones que indispensablemente habia de ocasionar en su alma la presencia del inquisidor, al ver que éste aparecia en el dintel de la puerta no pudo menos que estremecerse.

Dolores se agitó de un modo imperceptible en el sofá donde permanecia sentada y las rosas de sus megillas se convirtieron en dos blancas azucenas.

Esto no obstante, hizo un esfuerzo por serenarse y dijo con voz dulce:

—Entrad, señor de Arbués y tomad asiento á mi lado.

—Me conoceis, señora? pregunto el inquisidor sorprendido.

—Bien veis que sí, toda vez que os llamo por vuestro nombre.

—Quizá José os haya advertido mi visita.

—Nó, por cierto.

—Entonces como sospechais que yo podia solicitar de vos una entrevista?

—Nada tan sencillo: José me indicó que cierto hombre que goza en la inquisicion de extraordinaria influencia, se empeñaba en concederme el indulto, y yo, desde luego, y por mas que el jóven callase el nombre de este personaje, comprendí inmediatamente que este hombre erais vos.

—En verdad, señora, dijo Arbués, que vuestro lenguaje me sorprende, y no temísteis que yo recordase vuestros antiguos agravios y tratase de vengarme?

—Nó á fé mia.

—Entonces ya os merezco un concepto algo distinto del que os merecí en otro tiempo.

—Os engañais, dijo la señorita de Argoso; vos me mereceis igual concepto; pero las circunstancias han variado y yo me lisonjeo de que con el tiempo llegaré á rectificarlo. Aparte de esto, prosiguió la doncella, vuestro favorito José me aseguró bajo su palabra de honor, que esta visita no me traeria perjuicio alguno, y yo, que durante mi encarcelamiento he podido apreciar el fraternal cariño que me profesaba el mancebo, he fiado en la honradez y formalidad de su palabra.

—En efecto, señora, dijo el inquisidor; antes de que yo viniera á esta casa, José ha exigido de mí la solemne y formal promesa de que mi visita no os perjudicaria lo mas mínimo.

—Y estais dispuesto á cumplirla? interrogó Dolores envolviendo al inquisidor en una de sus ardientes miradas.

—Ah! señora, dijo este último con un acento donde la pasion vibraba; por qué me haceis esta pregunta? ignorais acaso que si yo he usado con vos de algun rigor ha sido únicamente por la misma razon de que vos usabais de tanta crueldad conmigo? Olvidais que yo al encerraros en el Santo-Oficio solo tuve en cuenta las exigencias del grande é inestinguible amor que me inspiró vuestra belleza? Oh! señora, continuó el fraile, cogiendo una mano de Dolores que ésta le abandonó con fingida negligencia; me echais en cara mi crueldad, sin recordar que al dar mis órdenes para que os encerrara en la cárcel yo hacía trizas mi alma! Hablais de mi rigor y no comprendeis que yo me hubiese podido vengar de vuestros desaires poniendo entre vos y yo todo un infierno de tormentos! Pero nó, amiga mia: sin embargo de que os tenía presa y de que os habia arrebatado al mundo, yo sentía hácia vos el mismo amor, la misma pasion, el mismo cariño, que por mi desgracia hicísteis brotar en mi alma. Preguntadlo sino á José, el cual, por decirlo así, ha contado los latidos de mi pecho: él os dirá las veces que le mandé á vuestro calabozo para que me indicase vuestro estado; él os dirá con que interés oia las noticias que de vuestra salud me daba; él os indicará las medidas que yo tomé para que no os faltase nada en la mazmorra. Si yo mandé prenderos, culpad de ello, no á mi ódio, sino á mi cariño. Viendo que todos mis esfuerzos para conquistaros se hacian completamente

inútiles, y viendo, en fin, que lo que se oponia al triunfo de mi amor era el que profesabais á Vargas, hice un esfuerzo para que olvidaseis vuestro amante, y llevado por mis celos intenté separaros de él eternamente. Ya veis, pues, que no obré impulsado por el ódio: el amor es, á veces, un terrible consejero y yo tuve la desgracia de escuchar sus exigencias. Pero vos, Dolores, teneis un alma demasiado noble y generosa para que no perdoneis mis estravíos; no es cierto?

—Me perdonais vos el haberme fugado de las cárceles? preguntó Dolores, fijando en Arbués una dulce y voluptuosa mirada.

—Si te perdono amiga mia! esclamó el inquisidor, estrechando con pasion las manos de la jóven; no te lo dice el lenguaje que estoy usando contigo? Nada te dice la emocion que está embargando mi acento? Por ventura si yo no perdonase tu fuga, hubiera venido solo á esta casa? Oh! amiga mia: si yo te odiase y formara en tu contra algun proyecto de venganza, hubiese venido aquí con un ejército de esbirros y á estas horas te hallarias ya en la misma cárcel que ocupabas!....

El lenguaje de Arbués no podia ser mas generoso é hidalgo. El inquisidor se habia propuesto alcanzar sus fines en aquella misma noche y de ahí que se arrastrara com una serpiente á las plantas de Dolores.

Al inquisidor le importaban poco los medios con tal de que realizara su objeto, y sin embargo de que en el fondo de su corazon odiaba profundamente á la jóven, por los

desaires y torturas que le habia hecho sufrir en otro tiempo, su buen instinto le hacia comprender que habia ya llegado el momento de emplear una táctica que fuese diferente de la que habia empleado hasta entonces.

Esto, sin embargo, Dolores vió, en seguida, el lazo que el inquisidor le preparaba y se dispuso á evitarlo.

Por lo demás la jóven se hallaba ya muy tranquila.

Tenia la seguridad de que un grito suyo era lo bastante para que Vargas y sus amigos corrieran en su ausilio y esto la daba valor para continuar en aquella ridícula comedia.

En lo que se refiere á Vargas, oia tranquilamente á Arbués, y se complacia en alargar aquella escena.

Otro que no hubiera sido el mancebo, quizá se hubiera interpuesto entre su amante y el fraile; pero Vargas tenia demasiada confianza en Dolores para preveer que ésta se resistiria á la mas pequeña violencia.

Hubo un instante en que Arbués y la jóven guardaron el mas profundo silencio.

El inquisidor examinaba las facciones de Dolores como si intentase adivinar por ellas el efecto que ocasionaban sus frases.

Por fin, viendo que nada contestaba, dijo:

—En qué pensais, amiga mia? tendré la desgracia de que no deis crédito á mis tiernas y amorosas protestas?

—Si yo, contestó Dolores, no creyese en vuestro amor y vos no me inspiraseis confianza, no os hubiese recibido en esta casa. Ya os dije anteriormente que las circunstancias

habian variado, y que, hoy por hoy mi corazon está libre.

—Y se halla dispuesto á quererme? preguntó Arbués, fijando una chispeante mirada en la jóven.

—Esto dependerá de vuestro amor y conducta.

—Qué es lo que de mí exigís? Vos, Dolores, os encontrais sola en el mundo y necesitais de un protector que os dirija en la carrera de la vida; quereis aceptar mi apoyo? Vuestras desgracias de familia os han quitado los bienes de fortuna y es muy posible que á estas horas os encontreis en una situacion triste y precaria; deseais el lujo, el oro, las riquezas? hablad, y vuestros deseos, vuestros caprichos todos, serán inmediatamente satisfechos.

—Gracias, amigo mio, repuso Dolores con voz dulce: hoy por hoy no deseo tanto.

—Entonces qué exigís señora? Vacilais en poner á prueba mi cariño?

—Nó por cierto.

—Por qué, pues, no os mostrais exigente?

—José os habrá ya indicado lo que mi actual situacion reclama. No olvideis que me hallo aun bajo el poder del Santo-Oficio. Estoy libre de sus cárceles; pero no estoy aun absuelta.

—Y bien?....

—Necesito que se me absuelva.

—No es posible.

—Por qué?

—El Santo Oficio os condenó á la hoguera.

—Dios mio! replicó Dolores palideciendo.

—Tranquilizaos, amiga mia, observó el inquisidor; yo, desde luego, os prometo que no se ejecutará vuestra sentencia.

—Arrancareis el indulto al tribunal de la Suprema?

—Sí; no ignorais que mi influencia en el Santo-Oficio es decisiva.

—Pues bien, replicó Dolores; traedme este indulto.

—Y luego?

—Yo tendré una prueba de que efectivamente me amais, de que olvidasteis mis agravios, de que estais dispuesto á hacer en mi obsequio cualquier sacrificio y entonces yo reflexionaré acerca la manera con que he de corresponder á vuestra hidalguía y cariño. Independientemente de esto, prosiguió la jóven, quisiera que me dispensaseis otro obsequio.....

—Mandad, señora: vos reinais en mi alma como una soberana; qué se os ofrece?

—Recordais cierto proceso que hace unos dos ó tres años se instruyó contra un tal Jacobo Robledo? preguntó Dolores.

—Sí; por cierto que era un labriego el cual murió en el tormento.

—Entonces recordareis, tambien, cierta causa instruida contra su hija Laura y contra un jóven llamado Lorenzo que era el amante de este...

—En efecto; recuerdo estas dos causas de las que entendió el Santo-Oficio porque se trataba de castigar un homicidio egecutado en la persona de uno de sus familiares.

—De D. Santos Enriquez?

—Cabal.

—Pues bien, no ignorais que estos dos jóvenes fueron condenados á la hoguera.

—Ciertamente, dijo Arbués; por mas señas que á Lorenzo se le siguió el proceso en rebeldía y viendo el tribunal que no se presentaba á ofrecer sus descargos le condenó á ser quemado en estátua.

—Así es, replicó Dolores; pues bien: estos dos jóvenes existen.

—Huyeron al estranjero?

—Nó, replicó la jóven; nunca se han movido de España y actualmente se encuentran en Sevilla.

—Deseais que se egecute algo en su obsequio?

—Sí.

—Hablad, señora.

—Deseo que á semejanza de lo que hareis conmigo, les concedais tambien el indulto.

Arbués miró en torno suyo y vió en una mesa papel, pluma y tintero.

Sentóse en ella y escribió algunos minutos.

Luego se levantó, cogió lo que habia escrito y acercándose á Dolores, dijo:

—Aquí teneis, señora, los indultos que me habeis pedido. En ellos nada falta. Yo por mi parte avisaré el Santo Tribunal para que se sirva confirmarlos. Tengo la conviccion de que lo que acabo de hacer trocará en simpatías la aversion ó indiferencia que os he inspirado hasta ahora.

—Gracias, replicó Dolores con frialdad: sois, en efecto, un caballero muy cumplido.

Y la jóven se levantó del sofá con intencion de abandornar la estancia.

Habia logrado el objeto que se proponia y estaba ya satisfecha.

—Dónde vais? la preguntó Arbués deteniéndola por el brazo.

—Creo, caballero, dijo con serenidad la doncella, que es hora ya de que nuestra entrevista concluya.

Arbués quedó sorprendido.

La frialdad con que respondia la jóven penetraba en su corazon como un cuchillo de hielo.

—Es decir, balbuceó el inquisidor, que os vais sin premiar mi cariño y sin agradecer los sacrificios que acabo de hacer en vuestro obsequio?

—Dispensad, caballero, contestó Dolores; lo que haceis es tan solo un acto de justicia; el Santo-Oficio me persiguió á mí sin motivo y nada tan justo que me conceda el indulto por delitos que nunca he cometido. Lo mismo sucede con Laura y con su amante. Un familiar de la inquisicion trató de deshonrar á esta jóven, y Lorenzo en un acto de furor y de coraje, le envió al otro mundo. Esto dió márgen á su proceso, lo cual es una solemne injusticia. Al concederme su indulto solo reparais una mínima parte de los agravios que la inquisicion les hizo.

—Pero vos abusais de mi buena fé, mi credulidad y mi hidalguía! esclamó Arbués, con voz temblona.

—Si realmente yo cometiera con vos algun abuso, no haria mas que corresponder á la conducta que observasteis siempre conmigo.

—Acaso me provocas?

—Nó: os hago la debida justicia.

—Pero no ves que aun estás en mis manos, que una palabra mia es lo bastante para que vuelvas al Santo Oficio?

—Estais equivocado, replicó la jóven, el que está en mis manos sois vos.

—Tú estás loca, Dolores.

—Conservo afortunadamente mi juicio para comprender toda la estension de mi venganza.

Al oir estas frases el inquisidor palideció.

Ellas le revelaban que habia caido en un lazo.

Y en efecto: no bien la jóven acababa de pronunciarlas cuando gritó:

—A mí Vargas! á mí Lorenzo!

—Vargas... murmuró Arbués como si hablara consigo mismo; pero no ha muerto?

La jóven no respondió. En el dintel de la puerta acababa de ver cuatro embozados. Eran Vargas, Andrés, Lorenzo y Manofina.

# CAPITULO XLV.

---

**Temores de la señorita de Argoso.**

El primer movimiento de Arbués, consistió en tomar una actitud que indicara su resolucion de defenderse.

Así es, que llevó la mano bajo su capa, y sacó un puñal de entre sus pliegues.

Al ver su intencion, los embozados se dispusieron á atacarle.

El furor de Arbués era tan grande, que se hallaba dispuesto á morir antes que rendirse.

La lucha era inevitable, y Dios sabe lo que hubiera sucedido si en aquel momento José, fingiendo grande admiracion y sorpresa, no hubiese mediado en la contienda.

—Qué estais haciendo, señores! interrumpió el jóven dominico: olvidais que dirigís vuestras armas contra un hombre que ejerce la autoridad suprema en España? olvi-

dais que este hombre se llama Pedro de Arbués, inquisidor general de Sevilla?

—Y á vos, dijo Vargas, con una severidad fingida, quién os manda terciar la contienda?

—Yo soy el favorito, el amigo, el consejero de este hombre, y por consiguiente á mí me toca el defenderle.

—Pues bien, observó D. Estéban con frio y severo acento: esta revelacion no solo pierde á Arbués, sino que os pierde á vos mismo:

Y luego dirigiéndose á Andrés y Lorenzo continuó:

—Hola muchachos: prendedme á estos dos hombres!

Lorenzo y Andrés, penetraron en el cuarto desenvainando su espada.

El inquisidor trató de defenderse asestando una puñalada á Lorenzo; pero al mismo tiempo que éste paraba el golpe con su espada, Andrés le cogia el brazo y quitaba el arma de sus manos.

Entonces José fingió que él, á su vez, intentaba resistirse; pero como el jóven no llevaba arma alguna, aquel simulacro de lucha no ofreció ningun riesgo.

José y Arbués, quedaron maniatados.

Lorenzo sujetaba al inquisidor en un ángulo de la estancia.

Manofina que, á semejanza de Andrés y de Lorenzo, habia tomado parte en la lucha, sujetaba al dominico.

En cuanto á Dolores, no obstante su seguridad de que aquella contienda no ofrecia riesgo alguno, salió de aquel cuarto, y fué á reunirse con la Chapa.

En tanto que Manofina rodeaba los brazos de José con una cuerda, éste le dijo en voz baja:

—Recibísteis órdenes de Vargas?

—Sí.

—Qué os dijo?

—Que preparase mi lancha, y la llevase frente á la galería del subterráneo.

—Está bien.

—Debo aguardar allí mucho tiempo?

—Lo ignoro; la galería es el único punto por donde podré escaparme. Aguardad en ella el tiempo que falta para que sea de dia. Si yo no salgo, volved á ella en la noche siguiente:

—No paseis cuidado, replicó Manofina.

Este diálogo habia mediado entre ambos jóvenes en voz casi imperceptible. Así es que Arbués no oyó ni observó nada.

Verdad es que el inquisidor se hallaba atontado.

La manera brusca é inesperada con que Vargas y sus hombres le habian prendido, habia helado su sangre en las venas.

Pero viendo que carecia de medios para luchar con sus enemigos y en la persuacion de que su resistencia iba á ser inútil, Arbués disimuló su coraje y se dispuso á obedecer las órdenes del hombre que habia dirigido aquel golpe.

Así es que cuando Vargas le dijo que se le iba á encerrar en una cueva, el inquisidor no dijo nada.

El único que hizo resistencia fué el jóven dominico.

Este continuaba representando su comedia con una verdad sorprendente. Pero como el inquisidor le manifestara que toda resistencia era inútil y que de consiguiente no quedaba otro recurso que ceder á las circunstancias, el jóven fingió que, por fin, se apaciguaba.

Entonces Vargas dió órden á sus hombres para que les llevasen á la cueva.

Estos obedecieron y luego volvieron al punto donde habian dejado al mancebo.

—¿Qué es lo que hacemos? preguntó Vargas á Manofina.

—Llevar á cabo nuestros planes, dijo el ex-garduño.

—Pues bien: distribuyamos nuestras fuerzas y veremos si antes de las doce habremos salvado al apóstol. Vos, Manofina, os encargais de sublevar la garduña?

—Sí; pero ante todo replicó el jóven, tengo que llevar mi lancha al pié de la galería por donde José quiere escaparse.

—¿Y luego?...

—Veré á Mandamiento; no ignorais que es un hombre que siempre está dispuesto á las revueltas aunque no sea mas que á fin de que su gente pueda hacer su agosto. Ya conoceis el adagio, continuó Manofina: A rio revuelto ganancia de pescadores.

—¿Y vos, Lorenzo? preguntó Vargas.

—Yo iré á los barrios bajos, recorreré las mancebías y tabernas, propagaré la noticia de que se trata de quemar

á Juan de Avila, que es necesario salvarle y que el pueblo todo se halla dispuesto á secundar nuestro esfuerzo.

—Corriente; y vos Andrés?

—Yo me pondré al frente de los hombres mas decididos y resueltos y acecharé el instante en que se pueda entrar en la cárcel. No ignorais que esto es un laberinto y que si el pueblo no tiene quien le guie le será muy difícil encontrar la mazmorra del apóstol.

—Está bien, dijo Vargas; hé ahí los puestos que yo, á mi vez, intentaba señalaros. Unicamente fuera bueno que José se encontrara á nuestro lado.

—En cuanto á esto, monseñor, descuidad, interrumpió Manofina; antes de media hora mi lancha se encontrará ya dispuesta. José, á no dudarlo, conocerá perfectamente la galería del subterráneo. De otro modo no espondria su existencia. Así, pues, os dejo, á fin de que se realicen sus planes. Vosotros ejecutad los vuestros con la seguridad de que la Garduña nos ofrecerá su ausilio.

En seguida Manofina rogó á la Chapa que le abriese la puerta y se echó á la calle.

—Y nosotros que hacemos? preguntó Lorenzo á D. Estéban.

—Venid conmigo hasta que raye el alba, dijo el mancebo; quizá os necesite. Vos, Andrés, continuó el jóven, dirigiéndose al ex-sayon, continuareis aquí y vigilareis á Arbués con objeto de que no emprenda la fuga. Si ocurre algo notable enviadme la Chapa á la casita de Juana. Yo daré mis órdenes á esa buena muchacha para que os traiga

algo con que remojar la garganta. De este modo pasareis mas distraido lo que nos falta de noche.

—La prevision no es mala, replicó Andrés, el cual no podia menos que alabar el tino con que Vargas se anticipaba á sus deseos; no paseis cuidado, monseñor: si ocurre algo nuevo os lo participaré en seguida. Creo, de todos modos, que yo he de tomar parte en el motin, no es cierto?

—Sí, pero aguardareis á que tome el carácter de una sublevacion verdadera. No olvideis que fuísteis sayon del Santo-Oficio y que el pueblo desconfiaria de vos muy fácilmente. Pero si este llega á desbordarse, tomad parte en la asonada; es probable que intente destruir las puertas de la cárcel y si llega este momento os constituireis en su guia para llevarle á la mazmorra del apóstol.

—Enhorabuena, monseñor, dijo Andrés; no ignorais que yo obedezco siempre vuestras órdenes.

Y el ex-esbirro tomó asiento en una mesa donde la Chapa le trajo una botella del tinto de Valdepeñas.

Vargas dejó á Andrés para ir en busca de Dolores, la cual, mientras se ataba al inquisidor de Sevilla, se habia refugiado en el dormitorio del Cuco.

Apesar de que la jóven tenia la seguridad de que su amante no corria ninguna clase de peligro, estaba ansiosa por verle y cerciorarse de que se hallaba sano y salvo.

Dolores, al ver que Arbués se preparaba á resistir los embozados, habia dejado el cuarto de la Chapa, y llevada por el pueril miedo que nunca abandona la mujer, se [habia encerrado en el dormitorio del Cuco.

Así es que cuando Vargas se dirigió hácia este último, encontró cerrada su puerta.

Mas no bien la jóven reconoció la voz de su amante cuando la abrió con presteza y echándose al cuello de Vargas, esclamó:

—Oh! Dios mio! estaba ansiosa por verte y abrazarte. Ha terminado ya la lucha? te han herido? Prendisteis, por fin, al causador de nuestra desgracia?

—Sí, amiga mia, dijo Vargas, besando en la frente á la doncella; todo ha concluido; Arbués se encuentra en la cueva y hoy por hoy, no debemos temerle.

—Y José?

—Tambien se le ha encerrado con él; pero no ignoras que por decirlo así es autor de nuestro golpe y de consiguiente no corre ningun riesgo. Antes que brille la aurora se encontrará con nosotros.

—Y dónde vamos ahora? preguntó con ansiedad la jóven.

—Yo te acompañaré con Lorenzo á la casita de Juana.

—Y luego?

—Te dejaré en ella y volveré á salir para ausiliar el motin con el cual debemos salvar á Juana de Avila.

—Oh! Dios mio! esclamó la jóven uniendo sus dos manos; cuando saldremos de esta existencia de riesgos y peligros! Quieres seguir mi consejo, amigo mio?

—Ya te escucho.

—Pues bien: huyamos de Sevilla; pongámonos en salvo; una secreta voz me dice que va á ocurrir una desgracia.

—Esto no es posible, amiga mia, replicó D. Estéban; no ignoras que tú y yo tenemos que cumplir los compromisos que nos ligan con el jóven dominico y hasta con el mismo Juan de Avila; olvidas que el apóstol de Andalucía fué el primer protector que te ausilió en tu desgracia?

—Oh! Dios mio! perdóname Estéban; mi corazon se vuelve egoista por el mismo amor que te profesa. Yo, por tí, lo olvido todo; olvido que la gratitud es la primera condicion de las hidalgas y generosas almas. Pero qué quieres! te amo tanto!..... Es tan ardiente mi deseo por gozar de tu cariño en una tranquila y pacífica existencia!....

—Cálmate, amiga mia; Dios que nos ha protegido en los mas peligrosos trances de la vida, que nos ha sacado de las ominosas garras del Santo-Oficio, no permitirá que volvamos á caer en desgracia. No olvides que al proporcionar la libertad á Juan de Avila defendemos una noble y santa causa..... es cielo no permitirá que los malos triunfen y que los buenos sucumban.

Y estrechando contra su pecho á la jóven, D. Estéban prosiguió:

—Vámonos de aquí, amiga mia; el tiempo urge; es necesario que hagamos ciertos preparativos á fin de que nuestra sublevacion tenga buen éxito.....

—Enhorabuena, replicó la doncella; no tengo inconveniente en que arriesgues tu existencia para salvar al apóstol; con ello no harás otra cosa que pagar los muchos favores que nos hizo; pero antes de todo, antes de comenzar la lucha, quiero exigirte una cosa.

—Continúa.

—Una promesa.

—Ya te escucho.

—Deseo que me dés tu palabra de que en cuanto Juan de Avila salga de la cárcel y se halle completamente libre, tú y yo saldremos de Sevilla para emprender nuestro viaje al extranjero.

—Acaso Pedro de Arbués no te concedió su indulto? preguntó el mancebo.

—Sí, pero este indulto es inútil.

—Por qué?

—Olvidas que no bien Pedro de Arbués se encuentre libre volverá á emprender sus persecuciones en contra de nosotros?

—Es cierto; pero él, de todos modos, ha comprometido su palabra en un documento solemne.

—Este indulto alcanzaria valor si se hallase confirmado por el Tribunal de la Suprema; pero no hay que esperar una confirmacion de este género toda vez que Arbués se interpondrá entre el Tribunal y nosotros.

—Pues bien, te prometo que en cuanto el apóstol se halle libre saldremos de Sevilla.

—Sin aguardar á José? preguntó la doncella.

—Es inútil; el jóven no abandonará la España hasta que haya realizado su venganza. Recuerdo las confesiones de Juana: para él no existe mas que una idea: la realizacion de su proyecto. Nosotros antes de marchar le brindaremos para que vaya al extranjero; mas dudo que acepte esta

oferta. Lo más que hará será exigirnos que le digamos el punto donde vamos á fijar la residencia.

—Qué Dios le proteja! murmuró la jóven exhalando un gran suspiro; de todos modos, venga ó no venga, le deberemos la libertad y la vida.

—Si nosotros, dijo Vargas, no se lo premiamos en la tierra, Dios se lo premiará en el cielo!

Y al pronunciar estas frases, Vargas ofreció el brazo á Dolores y la sacó del dormitorio!

Andrés, Lorenzo y la Chapa aguardaban en el piso inferior de la taberna.

—Venid conmigo, Lorenzo, dijo Vargas; vos, Andrés, continuad en esta casa y obrad conforme á mis instrucciones.

Y saludando á la Chapa, que se dirigió hácia la puerta para abrirla, Vargas y Dolores salieron á la calle.

# CAPÍTULO XLVI.

---

### El subterráneo.

Entretanto Arbués y José yacian en el subterráneo.

El inquisidor bramaba de coraje.

Entre él y Dolores se habian trocado los papeles.

Antes, él se habia constituido en su perseguidor mas acérrimo; pero en aquel momento, era, por decirlo así, su prisionero.

Esta idea le sacaba de quicio.

En el mismo instante en que pensaba estrechar la jóven en sus brazos, en que creia llegar al término de sus deseos, en que iba á realizar sus constantes esperanzas, la jóven se habia erguido como si fuese una culebra y habia mordido las mas sensibles fibras de su alma.

La burla no podia ser ni mas cruel ni mas sangrienta.

Si Dolores hubiese correspondido á sus instancias, con desaires quizá hubiese olvidado su agravio; pero en vez de

estos desaires le habia recibido con toda la benevolencia y dulzura de que una mujer es susceptible; le habia entusiasmado, le habia vuelto loco, habia rejuvenecido una esperanza que el tiempo habia ya amortiguado; le habia dejado entrever un cielo de dichas y placeres y cuando su imaginacion se hallaba mas exaltada que nunca y su corazon sediento de los goces que prometian sus encantos, la jóven no solo despreció al fraile sino que llamó en su ausilio á unos esbirros, á unos misteriosos embozados, que, atándole sus manos, le habian llevado por fuerza al subterráneo.

Y esto lo habia hecho una mujer que ya en muchas ocasiones habia burlado sus proyectos, pero que en cambio, encerrada en el Santo-Oficio, habia podido convertirse en juguete de sus deseos y caprichos; y esto lo hacia una mujer cuya existencia podia eclipsarse ante su voluntad como si fuera un soplo!

Tales eran las reflexiones que se hacia Arbués mientras lleno de rábia y de coraje se revolcaba en el pavimiento de la cueva.

Por lo que se refiere á José era distinto.

Aunque el jóven participaba en la apariencia, y únicamente en la apariencia, del disgusto del gefe y de su amigo, sentia en el fondo de su corazon una indescribible alegría.

El dominico habia logrado su objeto: encerrar Arbués para salvar á Juan de Avila.

Una vez preso este último y con las disposiciones que habia tomado, los sucesos marcharian por sí sloos.

Esto no obstante al mancebo le convenia que Arbués

nunca llegara á sospechar que él habia podido contribuir á la desgracia ó fiasco de que habia sido víctima.

Así es que viendo al inquisidor lleno de desesperacion y amargura dijo:

—Tranquilizaos, monseñor: vos y yo hemos sido objeto de una traicion infame; pero el tiempo se encargará de vengarnos.

—Mucho lo dudo, amigo mio, replicó Arbués lanzando un gran suspiro; lo que hoy ha sucedido prueba una cosa que me asusta.

—Qué prueba, monseñor?

—Prueba que mi estrella declina: hasta ahora, prosiguió el inquisidor, yo no habia tenido que luchar mas que con vivos; hoy he comenzado á luchar con los muertos.

—No os comprendo, monseñor, dijo el mancebo.

—Pues cómo! interrumpió Arbués; ignoras quién era el embozado que se dirigia á los tres asesinos que nos prendieron?

—En verdad que, en mi afan por prestaros algun ausilio, no me fijé ni en su voz ni en su talante. Recuerdo, tan solo, que llevaba un antifaz.....

—Pues hé ahí porque no llegaste á conocerle.

—Y vos le conocísteis?

—Ya lo creo.

—Quién era?

—Un muerto.

—Ave María Purísima!

—Te sorprende?

—Como quereis que esta noticia no me deje estático? dijo el mancebo.

—Pues nada hay tan cierto.

—Es imposible, monseñor; y quién es el muerto resucitado?

—Un hombre que tú viste en el lecho de la agonia y al cual prestastes tus últimos ausilios.

—Entonces le conozco.

—Lo mismo que yo.

—Quién es?

—D. Estéban de Vargas.

—Santo cielo! esclamó el jóven fingiendo la mayor sorpresa; estais en vuestro juicio, monseñor?

—Tanto, que aun me parece que le veo y le oigo.

—Ved que yo mismo ví á D. Estéban como exhalaba su último suspiro; que le ví, luego, ya cadáver en la sala de la muerte; que despues le acompañé al cementerio donde ví como le echaban en la fosa.....

—Hé ahí lo que cabalmente me asusta. Tanto tú como Enriquez me digísteis que efectivamente habia muerto y hoy se presenta en carne y hueso á mis ojos. Ya comprenderás, pues, el efecto que me ha ocasionado su presencia. No parece sino que el mismo infierno lo ha enviado.

—Pues, he ahí un motivo para que hagamos un esfuerzo por salvarnos, dijo el dominico. Si realmente es el diablo, yo os prometo que escaparemos de sus uñas.

—De que modo?

—Hé ahí lo que ignoro; mas por de pronto he de asegu-

raros que yo, por mi parte, he logrado romper la cuerda que ataba mis brazos y mis manos.

Y en efecto, José, durante aquella plática, habia roto la cuerda que le ataba.

Verdad es que Manofina, al sujetarle, se la habia dejado muy floja.

—Entonces, dijo Arbués, no sobrará que vengas á desatarme. Nuestros enemigos agarrotaron con tanto ahinco mis brazos que estoy sufriendo horriblemente.

—Esto lo haré con mucho gusto, replicó el dominico acercándose á su gefe y desatándole.

—Gracias, amigo mio: soportaria resignado el cautiverio que sufro, con tal de que te tuviese á mi lado.

—No permita el cielo que dure mucho tiempo, dijo el mancebo exhalando un gran suspiro; y toda vez que nos hallamos libres de piés y manos lo primero que debemos hacer es darnos conciencia del punto donde estamos.

—Cómo, dijo Arbués, si el subteráneo está mas negro y oscuro que una boca de lobo?

—Ciertamente; repuso el dominico; pero en los casos estremos el tacto suple la vista.

Y al pronunciar estas frases, José empezó á recorrer á tientas la cueva.

El jóven conocia perfectamente esta última y no ignoraba donde la galería se encontraba situada.

Arbués, por su parte, hizo lo mismo recorriendo á tientas aquel antro.

De pronto el jóven se detuvo esclamando:

—Venid aquí, monseñor.

—Qué ocurre?

—Paréceme que encuentro algo.

—Qué es?

—Una puerta.

—Se abre?

—Está con cerrojos; pero si vos me prestais vuestro ausilio, saltarán muy fácilmente.

Al oir estas frases el inquisidor se encaminó hácia el punto en que se hallaba el mancebo y dijo:

—Veamos: no ignoras que mi fuerza es hercúlea.

Y efectivamente, Arbués, que era aun muy robusto, se hallaba muy dotado con la fuerza de un jigante.

A José le constaba ya que la cerradura de aquella puerta se hallaba muy floja y que uno de sus esfuerzos hubiera sido lo bastante para que saltase; pero á fin de que su estratagema revistiese ciertas apariencias de verdad, el jóven demandada el ausilio de su gefe.

Así es que dijo:

—Pronto, monseñor, ayudadme! Un esfuerzo mas y la puerta cae al suelo.

El inquisidor cogió tambien los cerrojos y tiró de ellos con ahinco.

La puerta crugió hasta que, por fin, salto con fuerza de sus goznes.

El tiron que el inquisidor la habia dado era tan fuerte que uno de sus batientes se le quedó entre sus manos; y no siendo bastante á contener su mismo empu-

jon, Arbués dió consigno en el pavimento de la cueva.

José hizo un esfuerzo para no soltar la carcajada.

—Os hicísteis daño? preguntó inclinándose hácia él y tendiéndole su mano.

—He dado un gran porrazo en la espalda, replicó el inquisidor con voz doliente; dudo pueda seguirte; esto no obstante, examina donde conduce esta puerta; quizá, entre tanto se me pase el horrible dolor que me ha causado este golpe.

—Ánimo! replicó el dominico, haciendo un esfuerzo por contener su risa, es necesario que hagais todos los medios para salir de aquí, pues ó mucho me engaño, ó la puerta que hemos abierto conduce á una galería.

—En qué lo has conocido? preguntó el inquisidor intentando levantarse.

—En la corriente de aire que ha llegado hasta nosotros.

—Y esta galería donde conduce?

—Lo ignoro, dijo el dominico; pero hemos de hacer un esfuerzo para averiguarlo.

—Entonces, dame tu mano y guíame por ella.

—El fraile hizo lo que el inquisidor le indicaba, y uno y otro se metieron en la galería que se abria enfrente suyo.

Esta se hallaba húmeda y oscura, y Arbués no daba un paso sin que tropezase y cayera.

Esto no obstante, José continuaba animándole, en la seguridad de que luego el inquisidor volveria á la cueva.

A los diez ó doce minutos de andar en la galería, José y Arbués llegaron á su estremo.

Ya se sabe que este último conducia al rio.

Si la boca de la galería se hubiese encontrado en un terreno accesible, nada tan fácil como emprender la fuga; pero desgraciadamente para Arbués, la galería terminaba en un punto donde las orillas del Guadalquivir eran tan altas como escabrosas y no habia forma de escaparse á menos de precipitarse al rio desde una elevacion considerable.

Sin embargo de que habia salido ya la luna, esta se hallaba envuelta en un pabellon de densas nubes, lo cual hacia mas pavoroso aquel abismo.

El terror que inspiraba este último se hallaba acrecentado por el rumor de las aguas que se deslizaban turbulentas por el inmenso lecho del rio.

Arbués contempló aquel abismo horrorizado.

José dirigió su vista á la orilla para ver si descubria la lancha de Manofina.

El jóven no vió nada.

O Manofina aun no habia acudido á la cita, ó la oscuridad de la noche era un obstáculo á que se percibiera su lancha.

—Qué hacemos? interrogó José, dirigiéndose al inquisidor.

—Que hemos de hacer, repuso este último, sino volvernos á la cueva. Por una parte, añadió, no podemos escalar la orilla porque la superficie se halla muy distante de nosotros, y por otra, no podemos lanzarnos al rio toda vez que se halla á una profundidad espantosa.

—Es decir, preguntó José que renunciais á la fuga?

—Yo sí, y tú?

—Yo nó.

—Quiéres intentarla?

—No faltaba otra cosa.

—Tú estas loco, amigo mio, replicó el inquisidor, temblando á la sola idea de que el jóven quisiese realizar su proyecto.

—No paseis cuidado, repuso el dominico; soy un nadador escelente y no es fácil que me ahogue. Sobre todo, continuó el jóven, me he propuesto salvaros y creo que lograré mi objeto. Si alcanzo la realizacion de mi plan, me dirigiré en seguida al Santo-Oficio, indicaré á nuestra gente que os encontrais encerrado, y colocándome al frente de los esbirros iré á la taberna de la Chapa, entraré en ella, penetraré en la cueva, os libraré de vuestra cárcel y os llevaré en triunfo á vuestra inquisitorial morada.

Estas frases pronunciadas con un acento en que se observaba cierta abnegacion y entusiasmo, produjeron en Arbués un maravilloso efecto.

Segun él, nuestro jóven le habia dado ya una gran prueba de adhesion y de cariño interviniendo en la lucha que algunos momentos antes se habia trabado en el dormitorio de el Cuco; pero la que le iba á dar echándose en el rio y proporcionándole el ausilio de sus familiares y esbirros, era muy superior á todas las manifestaciones de cariño que hasta entonces habia recibido del jóven.

El rasgo de José era una prueba de su grande abnegacion y sacrificio.

Así es que al oir su oferta le estrechó con efusion en sus brazos y le dijo:

—En verdad, amigo mio, que no solo eres un jóven de gran cabeza, sino que tienes un corazon tan valiente como esforzado. Hay en tí la virilidad y energía de los espíritus sublimes; por una parte eres un hombre como cualquier otro, y por otra un ángel descendido de los cielos. Yo, José, no puedo menos que alabar tu propósito: Dios, á no dudarlo, te habrá inspirado esta idea quizá, tal vez, para que salves al jefe del Santo-Oficio de los inícuos planes que contra él han trazado sus infames enemigos. Bajo tal concepto no puedo menos que alabar tu empresa en la cual no solo adquirirás nuevos títulos á mi consideracion y aprecio, sino que ante los ojos de Dios ejecutarás una obra meritoria.

—Yo, monseñor, dijo el fraile en voz hipócrita, no hago mas que cumplir lo que mi conciencia me dicta. Ignoro si podré realizar mi proyecto: creo que sí, toda vez que me propongo salvar á un hombre que es la mas firme columna de nuestra religion sacrosanta; pero si por mi desgracia no saliera bien en mi empresa, el que yo desaparezca del mundo en nada influirá sobre la suerte de nuestra España. Nada, pues, tan natural como el que un pigmeo trate de sacrificarse para salvar á un gigante.

Esta contestacion del mancebo no pudo menos que lisongear la vanidad y orgullo del inquisidor de Sevilla.

José conocia que esta pasion era su flaco, y de ahí que tratase de esplotarla.

Gracias á las adulaciones del jóven, Arbués se habia

figurado, que, efectivamente, era un hombre muy ilustre y la mas firme base en que la religion se levantaba.

Así es que dijo al mancebo:

—Tú, amigo mio, eres el nuevo Isaac que se prepara al sacrificio; pero á semejanza del héroe de los tiempos hebraicos, Dios no permitirá que el sacrificio se consuma.

—Tal es mi esperanza, replicó el fraile en voz compungida: nuestra causa es harto santa para que no la proteja el mismo cielo, Dadme, pues, monseñor, vuestra bendicion y entretanto yo me sumerjo en ese líquido abismo, rogad á Dios para que salve á vuestro hijo.

—Sí, lo haré con toda la religiosidad de que es susceptible mi alma; pero antes de que lleves á cabo tu proyecto, harás en mi obsequio el último y postrer sacrificio?

—¿Qué se os ofrece monseñor?

—No es conveniente que aguarde en este punto. La simple idea de que me hallo sobre este abismo donde se revuelven estas mugientes y bullidoras aguas, me asusta y me trastorna...

—Quereis volver á la cueva, monseñor? preguntó el dominico.

—Sí.

—Y deseais tal vez que os acompañe?

—Esto es: el trayecto que de ella nos separa ofrece algun peligro: el pavimiento es desigual, húmedo, escabroso, y á mas de esto no ignoras que á consecuencia del por razo que dí al abrir la puerta, siento en el hombro un dolor verdaderamente insoportable. Creo, pues, que tu ausilio,

no estará de sobra y como no ha llegado aun el dia, tendrás el necesario tiempo para volver aquí y llevar á buen término tu empresa.

—Ya sabeis, padre mio, que estoy á vuestras órdenes.

—Entonces, vámonos.

El inquisidor volvió á meterse en la oscura galería, seguido por el jóven dominico.

Este, antes de entrar en la misma, dirigió una profunda y escrutadora mirada en la superficie del rio.

Entonces al jóven hubo de parecerle que, entre la oscuridad y las tinieblas, se veia un punto negro que adelantaba con cuidado hácia el punto en que se hallaba.

Era la lancha de Manofina.

# CAPÍTULO XLVII.

---

**El descenso al rio.**

Arbués y José llegaron al subterráneo no sin que el primero hubiese dado caidas y tropiezos en aquel oscuro y húmedo trayecto.

Luego de haber llegado á la cueva, el jóven se arrodilló y solicitó de Arbués que le diera la bendicion prometida.

Este se la dió con lágrimas en los ojos.

El inquisidor lloraba no precisamente por el riesgo que, segun él, iba á correr el mancebo, sino porque se horrorizaba ante la idea de que si el jóven se ahogaba, él quedaria allí sin ningun género de ausilio.

Acostumbrado á los placeres y el lujo, deslizándose su existencia en un palacio donde no reinaba mas que la comodidad y el placer, la imaginacion de Arbués no podia transigir con la idea de que quizá tendria que pasar algun tiempo en aquella oscura y solitaria cueva.

Aparte de esto, el inquisidor se proponia emanciparse á su encierro aun que no fuese mas que para continuar sus proyectos de venganza.

Si él se encontraba allí era por la mala fé de la señorita de Argoso y la traicion de D. Estéban de Vargas, el cual se habia apostado en la taberna con sus hombres.

Era, pues, necesario que tanto Dolores como su amante pagaran su deslealtad y su infamia; pero como esto no pudiera realizarse sin dejar antes aquel antro, era conveniente que se buscara un medio para alcanzar la fuga.

Una vez fuera del subterráneo, no le faltarian medios para alcanzar su fin y meterles en el Santo-Oficio, desde cuyo punto irian á la hoguera para escarmiento de los malos y edificacion de los buenos.

Tales eran las ideas que en su imaginacion alimentaba Arbués, cuando bendecia al dominico.

Concluida esta ridícula comedia, el jóven que durante la bendicion habia permanecido de hinojos, se levantó del pavimento, se echó en brazos del inquisidor y fingiendo que secaba un llanto que no vertian sus ojos, dijo con voz ahogada:

—Adios, padre mio, adios! Rogad al cielo que se nos muestre propicio!

—El te guie en tu noble y heróica empresa! dijo Arbués, devolviéndole, casi enternecido, sus abrazos.

El jóven dejó á este último, y fingiendo que la emocion no le permitia continuar allí por mas tiempo, se echó

al interior de la mina, en tanto que Arbués se arrodillaba y pronunciaba una plegaria.

José, que conocia muy bien la galería y que no tenia que guiar á nadie por ella, no tardó mucho en llegar á su estremo.

Lo primero que hizo al llegar á este último, fué dirigir sus ojos hácia el punto en que anteriormente habia visto la lancha.

Esta continuaba allí bien como si permaneciese fija é inmóvil.

Manofina habia echado un ancla que llevaba en el interior de su esquife, y, gracias á ésta y á los esfuerzos que hacia con sus remos, lograba mantener la lancha no muy léjos del punto en que caia la mina.

Entonces José ahuecó sus dos manos, y procurando que su voz se oyese algun tanto con objeto de que dominara el tumulto de las aguas, gritó:

—Manofina! Manofina!

—Señor! contestó otra voz, mas robusta aun que la del jóven.

—Atraca! gritó este último.

La lancha empezó á moverse, y se dirigió con lentitud hácia el punto en que se hallaba el mancebo.

La corriente de Guadalquivir, tenia en aquel paraje tanto empuje, que no faltó mucho para que la lancha del ex-bandido zozobrara.

Afortunadamente el jóven habia tenido la precaucion de meter un cable en su esquife.

Al llegar bajo la galería, echó este cable al fraile, diciéndole:

—Atadlo!

El jóven cogió el cable y lo ató en un enorme pedrusco donde en otro tiempo y en la época en que se utilizaba aquella mina, habia existido una reja.

Entonces al dominico se le ocurió una idea.

Aquel cable no solo podia servir para sugetar el esquife, sino que era un escelente medio para bajar hasta el rio.

De esta manera José no tendria necesidad de echarse al agua.

Aquella cuerda ofrecia una estraordinaria resistencia, y no era fácil que se rompiera bajo el peso de su cuerpo.

Esto no obstante, preguntó á Manofina.

—Está fuerte el cable?

—Fiad en él, monseñor contestó desde su lancha el ex-bandido.

—Podeis atracar algo mas?

—Sí; pero no ahora, sino en el mismo instante en que os halleis sobre el agua. Si permanezco mucho tiempo atracado será fácil que la corriente nos estrelle contra la misma orilla. Bajad sin cuidado en cuanto esteis cerca del agua, atracaré mas mi lancha.

El jóven no se hizo repetir esta advertencia.

Cogió el estremo del cable, el cual segun digimos, habia fuertemente atado en un pedrusco y empezó á deslizarse con tiento.

En aquel mismo instante, la luna que hasta entonces habia permanecido oculta, se desgajó de entre las pardas nubes é iluminó aquel cuadro.

El que desde el centro del rio hubiese visto como el jóven dominico se deslizaba á lo largo del cable, vestido con sus hábitos de fraile y cerniéndose entre la oscura boca de la mina y las revueltas y espumosas aguas; el que hubiese visto á Manofina haciendo toda clase de esfuerzos para mantener fija su lancha y prestar su ausilio al mancebo; el que, en fin, hubiese contemplado todo aquello iluminado por los argentados rayos de la luna, hubiese tomado aquel descenso por una de esas fantásticas visiones con que nos sorprenden las leyendas.

El dominico era diestro y flexible como un gimnasta, y no tardó mucho en llegar al fondo del esquife.

Habia verificado con tal destreza su descenso, que habia sorprendido al mismo Manofina, el cual, á su vez, se distinguia por su habilidad en esta clase de maniobras.

El cable seguia atado en el pedrusco de la galería y en su consecuencia, no permitia que la lancha se apartara de aquel punto.

Así es que el ex-garduño esclamó:

—Coged un acha que encontrareis en el fondo del esquife y cortad la cuerda, á fin de que podamos seguir nuestro camino.

José obedeció la indicacion de Manofina.

Inclinóse hácia el fondo de la lancha, cogió el instru-

mento á que se referia el ex-bandido, y cortó de un golpe el cable que sugetaba al esquife.

Este, empujado por la veloz corriente, se deslizó con rapidez hácia el centro del rio.

Pero gracias á los esfuerzos de Manofina y á otros dos remos que José empuñó con gran vigor, la embarcacion se encaminó por segunda vez hácia la orilla.

José y Manofina atracaron no léjos de la choza en que vivia el ex-garduño.

Ataron la lancha á un arbusto y en un paraje donde la corriente era algo mansa, y dejando el barquichuelo, se dirigieron hácia la cabaña, donde esperaron á que brillase la aurora.

Durante este tiempo, Laura y la Sirena abandonaron su lecho y sirvieron á José y á Manofina un modesto refrigerio.

Luego, al rayar del alba, nuestros hombres se dispusieron á salir de la cabaña.

Manofina colocó en su cinto el mismo puñal que ya habia utilizado en otros varios motines, y dijo á su manceba que le siguiera.

En cuanto á Laura, se quedó en la choza para aguardarla.

José, Manofina y la Sirena, se dirigieron hácia Sevilla.

Pero al llegar al puente de Triana, el dominico tomo por otro rumbo, y se dirigió hácia la casita de Juana, donde esperaba encontrar á D. Estéban.

El ex-bandido y la Sirena se dirigieron hácia el pala-

cio de la Garduña y preguntaron por el señor Mandamiento.

—Quién me llama? preguntó este último saliendo en el zagüan de aquel arruinado y fantástico palacio.

—Soy yo, dijo Manofina adelantando unos pasos y tendiendo su mano al gran maestre de los garduños.

—Cómo! dijo Mandamiento lleno de sorpresa; eres tú Manofina? qué se ofrece?

Y luego, viendo á la Sirena que permanecia trás del jóven, añadió:

—Buenos dias, amiga mia: no es estraño que el dia se halle tan sereno cuando ha brillado ya el sol de tu hermosura. Qué me quereis, pichones?

—Se trata de promover un motin, dijo el ex-garduño.

—Un motin! dijo Mandamiento arrugando su entrecejo; con qué objeto?

—Con el de salvar á Juan de Ávila.

—Dónde se encuentra?

—En el Santo-Oficio.

—Diablo! replicó Mandamiento, esto ya es grave.

—No tanto: ya recordais que no hace muchos dias salvamos á Manuel de Argoso.

—Era muy distinto; D. Manuel se encontraba en la calle, y Juan de Avila está en la cárcel. Fuera de esto ya sabes que Arbués, desde entonces vive un tanto escamado y que de fijo nos barrerá de las calles con su gente.

—Pues hé ahí, cabalmente, lo que el gran inquisidor no hará, dijo Manofina.

—Por qué?

—Por que Arbués ni siquiera tendrá noticia del alboroto.

—No se lo dirán sus familiares y esbirros?

—Nó.

—Se encuentra ausente de Sevilla?

—Peor que esto; se encuentra preso.

—Preso el inquisidor! interrogó, lleno de admiracion, el gefe de la Garduña.

Manofina hizo un signo afirmativo.

—Y es posible? añadió Mandamiento.

—Nada tan cierto, por esto he de aseguraros que nuestro golpe es de un éxito seguro. No tendremos mas que propagar la noticia de que se vá á matar á Juan de Avila, que es necesario salvarle del Santo-Oficio para que el pueblo se reuna en tropel á los alrededores de la cárcel. Una vez el motin haya tomado proporciones, cinco ó seis de nuestros chulos mas valientes, forzarán las puertas de la cárcel y guiados por un hombre que yo indicaré á su tiempo y que conoce muy bien las entradas y salidas de aquel revuelto laberinto, nos dirigiremos hácia el calabozo del apóstol, le cogeremos en brazos y haremos con él lo que hicimos con D. Manuel de Argoso. Encontrais el plan aceptable?

—No es descabellado, pero no está exento de peligros. Mas antes de todo, prosiguió el gefe de la Garduña, fuera bueno que estableciéramos ciertas bases: cuánta gente de la Garduña se necesita para llevar á cabo este proyecto?

—Basta con que nos proporcioneis veinte y cinco ó treinta hombres decididos; el que promoverá el tumulto será el pueblo; el que aprovechará sus ventajas seremos nosotros.

—Quién se pondrá al frente del motin?

—Un hombre que vos conoceis perfectamente.

—Cómo se llama?

—D. Estéban de Vargas.

—Con este nombre me basta y sobra para que yo, á mi vez, os prometa todo mi ausilio.

Y pasado un instante de silencio durante el cual reflexionó profundamente el gefe de la Garduña, continuó:

—Hablasteis con D. Estéban del premio que se tendria que dar á mi gente?

—Sí; me dijo que se os pagaria la misma cantidad que se os entregó el dia en que salvamos á D. Manuel de Argoso.

—Corriente: la proposicion queda aceptada, replicó Mandamiento.

—Ved que no hay que perder ni un instante, observó Manofina.

—Voy á dar mis órdenes: afortunadamente no he dado una lista de los muchos encargos que mi gente ha de desempeñar en este dia; figuraos que se tenian que dar cinco chirlos, seis baños y oscurecer á tres víctimas; pero, en fin, prosiguió Mandamiento encogiéndose de hombros; no todo se hace en un dia: mañana diré á mi gente que cumpla con estas piadosas obras.

—Es decir, observó Manofina, que los negocios de la sociedad continuan siempre en aumento?

—A Dios gracias la Garduña tiene muy alta su fama para que no se utilicen sus servicios. Desengáñate Manofina; mientras en Sevilla existan mugeres hermosas y frailes codiciosos de sus gracias, la Garduña será una institucion donde se recogerá honra y provecho. Lo que yo siento es que un muchacho cual tú renuncie á sus inmensos beneficios. Tú, Manofina, con tu valor y audacia, y la Sirena con su gracia y hermosura podríais llevar la sociedad á un grado de esplendor notable. Aun estais á tiempo: quereis que os aliste entre mi honrada y brava gente?

—Gracias, señor Mandamiento, contestó el joven sonriendo: hace ya mucho tiempo que he renunciado á mi antiguo oficio; y si hoy trato de formar una alianza con vuestros subordinados es porque á ello me obliga una noble y generosa idea.

—Entonces no se hable mas del asunto, dijo el maestre encogiéndose de hombros; siéntolo únicamente por tí, que al fin y al cabo, eres un muchacho que aprecio.

—Yo, á mi vez, agradezco tan buenos sentimientos, dijo Manofina; pero á fin de que tenga de ellos una prueba, quisiera que á la mayor brevedad os sirvieseis reunir vuestra gente y ponerla á mis órdenes con objeto de llevar á cabo nuestra empresa.

—Nada tan sencillo, dijo Mandamiento.

Y luego entrando en los subterráneos de su arruinado y fantástico palacio, gritó:

—Ola! Tajahierro!...

Presentóse un moceton de elevada estatura, fuerte, membrudo, de rostro moreno, cejijunto, y de mirar atravesado.

—Hoy, dijo Mandamiento, dejo de ser vuestro jefe para resignar mi autoridad en este buen muchacho que tengo el honor de presentarte.

Y al pronunciar estas frases el maestre de la Garduña indicó Manofina.

Tajahierro, que era por decirlo así, el teniente de Mandamiento, se inclinó cortesmente, y dijo:

—El señor pertenece tal vez á la Garduña?

—Por desgracia, nó, amigo mio, contestó Mandamiento; pero fué, en otro tiempo, una de sus mas firmes columnas y ocupaba el puesto que desempeñas tú con tanta honra. Esto sin embargo, obedécele en cuanto mande: es persona de toda mi confianza y él se encargará de darte sus instrucciones.

—Estoy á vuestras órdenes, amigo mio, dijo el teniente de la Garduña á Manofina.

—Lo primero que debeis hacer, interrumpió este último, es mandar los chulos, los chivatos, las sirenas y las coberteras á las tabernas de Sevilla.

Hé ahí los templos que mas frecuentan, dijo el bandido sonriendo: no paseis cuidado irán á ellas con grande diligencia.

—Al llegar á esas tabernas propagarán la noticia de que se quiere condenar á Juan de Avila sin formacion de

proceso, sin que se le conceda audiencio, y que es muy posible que se le lleve hoy mismo á la hoguera.

—Nada tan fácil; y luego?

—Cuando las pasiones del pueblo se hallen sobrecitadas, aprovechareis su calor y entusiasmo para guiarle frente á las cárceles del Santo-Oficio, donde exigereis con gritos y amenazas la libertad de Juan de Avila.

—Enhorabuena; y si el Santo Oficio se resiste á entregárnoslo? preguntó el garduño.

—Lo libertareis á la fuerza.

—Las puertas de la cárcel estarán cerradas....

—Concluireis por forzarlas.

—Se hará fuego contra el pueblo.

—No importa: la existencia del apóstol vale mas que la de tres ó cuatro rufianes.

—Y una vez las puertas hayan caido, qué es lo que haremos?

—No faltará quien os guie y quien os lleve á la mazmorra donde se encuentra el sacerdote.

—Al cual sacaremos sacaremos de ella?

—Cabal.

—Dónde le llevaremos?

—A cualquier parte con tal de que se salve; procurad elegir hombres valientes y que os merezcan la mas completa confianza. Luego que el apóstol se halle en libertad conviene mucho que el Santo-Oficio no descubra su retiro. Si no lo podeis traer aquí mismo, llevadlo á una choza que encontrareis á la izquierda del Guadalquivir, bajando por

el puente de Triana. Es mi morada y en ella podrá estar seguro.

—No paseis cuidado, repuso Tajahierro: la cuestion está en sacarle de la cárcel; lo demás corre á mi cuenta.

—Enhorabuena, dijo Manofina; yo, por mi parte, secundaré vuestros esfuerzos: voy ahora mismo á recorrer ciertas mancebías y tabernas, donde cosecharé la gente vaga y amiga de pendencias. Haced con vuestros hombres lo mismo. Os dejo la Sirena, que colocareis al frente de las majas y coberteras. Es una muchacha muy lista que así maneja la lengua como una navaja que lleva siempre en la liga.

Y despidiéndose de Tajahierro, estrechando la mano al jefe de la Garduña y despues de haber dado sus instrucciones á la Sirena, Manofina dejó aquellos antros y se dirigió hácia la calle, mientras que los garduños se preparaban á hacer lo mismo para llevar á cabo la sublevacion proyectada.

# CAPÍTULO XLVIII.

---

### El ataque.

Una hora despues de estos sucesos observábase un estraño y singular movimiento en las calles de Sevilla.

La gente iba y venia, formábanse grupos, hablábase con cierto misterio, pronunciábanse amenazas en voz baja, y todo el mundo, como si obedeciera á una consigna, se dirigia hácia las cárceles en que el Santo-Oficio aprisionaba sus víctimas.

Aquello era el efecto de las medidas que habia adoptade Manofina y los miembros de la Garduña.

El jóven habia recorrido las tabernas, las mancebias, las casas de juego y los principales puntos donde se reune esa clase de hombres que forman la espuma de las ciudades.

Los miembros de la Garduña habian hecho lo mismo: al recorrer las tabernas donde cosechaban muchos de sus

adeptos que no vivian en el palacio, habian recogido, de paso, gran multitud de vagos y mendigos que imploraban limosna en los paseos y rejas de los templos, y derramando entre ellos algunas monedas les habian llevado frente á la cárcel del Santo-Oficio para que con sus gritos y amenazas, diesen mas proporciones á la tempestad que desde algun tiempo se formaba.

Vargas por su parte, no habia perdido el tiempo.

Luego que se habia hecho de dia, habia dejado la casita de Juana con Lorenzo, y se habia dirigido á la de Gimenez de Herrera para solicitar su ayuda.

Ya se conoce el amor que á la libertad profesaba este noble y el reconcentrado ódio que le habia inspirado siempre el Santo-Oficio.

No bien supo que se trataba de dar un golpe contra este último, que Pedro de Arbués estaba preso, que Vargas y José intentaban salvar al apóstol, cuando el noble caballero, ofreció su espada y su sangre con objeto de ausiliarles en sus planes.

Ciñóse la tizona, dijo á Estéban que le siguiera, y se dirigió con él y Lorenzo hácia la casa de otros nobles que odiaban, cual ellos, la institucion del Santo-Oficio.

El jóven comunicó el calor de su entusiasmo á sus amigos, les habló de la libertad, de la necesidad que habia de oponer una barrera á la audacia y la ambicion del clero, del poco respeto que al Santo-Oficio merecia la nobleza, y logró, en fin, enardecer con el pátrio fuego sus nobles corazones.

Esto hizo que gran parte de la aristocracia sevillana empuñara sus armas y se lanzara á la calle con ánimo resuelto de salvar á Juan de Avila y dar una leccion al Santo-Oficio.

El punto donde se encontraba situado este último, ofrecia un aspecto imponente.

Las calles, las plazas, y las avenidas que le eran mas vecinas, se hallaban atestadas de gente que pertenecia á todas las clases y condiciones.

Desde el mendigo que pululaba sin casa ni hogar en los templos y paseos, hasta el noble que habitaba el rico y magnífico palacio, toda la gente que odiaba al Santo-Oficio, que tenia que vengar algun agravio, se encontraba en aquel punto.

Pero donde aquella gran muchedumbre se ofrecia amenazadora é imponente, era en las puertas de la misma cárcel.

En ellas se codeaba, se estrujaba, gritaba, murmuraba, blasfemaba como si en ello quisiera desahogar el cúmulo de sus pasiones.

Viendo los esbirros del Santo-Oficio que se formaban grupos en la calle y que se preparaba una tormenta, habian tenido la precaucion de cerrar las puertas de la cárcel y de reunir toda su guardia en la misma, para, en caso necesario, oponer la fuerza á la fuerza.

De pronto uno de los hombres que se agitaban entre la muchedumbre, se encaramó en una de las rejas del santo-Oficio, é hizo seña de que queria hablar al pueblo.

Este hombre era Lorenzo, el cual acechaba desde mucho tiempo la ocasion para exacerbar el corazon de aquella gente y lanzarla de una vez contra la puerta de la cárcel.

Si antes no habia dado la señal del ataque, era porque aguardaba al ex-sayon Andrés, que debia guiar la muchedumbre en el interior del edificio y que, como se sabe, habia quedado en la taberna de la Chapa.

Pero cuando vió que el ex-esbirro aparecia entre la multitud, que esta se hallaba impaciente, que solo aguardaba una señal para lanzarse al combate, el jóven, conforme ya digimos, se encaramó en una ventana de la cárcel y haciendo señas de que queria hablar al pueblo, gritó con voz potente y robusta.

—Ciudadanos de la muy noble y muy heróica Sevilla! ha llegado ya el instante en que debemos reunir nuestras fuerzas para ejercer un acto de leal y digna justicia. No ignorais que en este edificio, sepulcro de tantas víctimas, yace un hombre que por su virtud, su sabiduría y su talento, se ha constituido en la figura mas noble y venerable de Sevilla. El, por espacio de muchos años, ha sido el amparo del desgraciado, el consuelo del infortunio, el guia del desvalido, el bálsamo del dolor y el que ha mitigado las penas y miserias del pueblo. Ahora bien: este hombre, que es el elegido de Dios, para secar nuestras lágrimas y guiarnos en el triste camino de la vida, este hombre, que se puede considerar como nuestro bienhechor y apóstol, que se distingue por sus muchas vir-

tudes cristianas, se ha constituido en blanco del inquisitorial ódio, y no contento el Santo-Oficio con haberle encerrado en una de sus lúgubres mazmorras, trata de ejercer en él su venganza y dárnoslo en espectáculo en uno de los sangrientos autos que prepara.

Al oir estas frases, el pueblo que escuchaba con la mas profunda atencion á Lorenzo se agitó como si fuese un océano viviente.

El mancebo, que vió el buen efecto que producian sus frases, continuó en esta forma:

—Pero hemos de permitir que el ilustre y virtuoso Juan de Avila, el digno y venerable apóstol de Andalucía, sea víctima de la envidia y el rencor del Santo-Oficio? permitiremos que el guia del tierno niño, el amparo de la viuda, el apoyo del anciano, el verdadero padre del pueblo, el defensor de la fé y de la religion cristiana, cambie su pura y blanca túnica por el sambenito del condenado á la hoguera? permitiremos que su noble y generosa existencia se convierta en ludibrio y en juguete de esos miserables que con el manto de una religion hipócrita, quieren avasallar el pueblo y convertirle en instrumento de sus goces y placeres?

—Nó! nó! gritaron mil voces cuyo rumor parecia el de un trueno; viva Juan de Avila! viva el apóstol!

—Pues bien, continuó Lorenzo, viendo que el pueblo se entusiasmaba; ha llegado ya el instante de romper las cadenas con que el Santo-Oficio aprisiona vuestro padre; ha llegado ya el momento en que debemos sacarle de las

tinieblas en que la inquisicion le envuelve para mostrarlo á la luz del dia, para que el pueblo rinda un homenaje de consideracion y respeto á sus virtudes!

—Sí, sí! gritó la muchedumbre.

—Es necesario, continuó Lorenzo, que aplastemos de una vez para siempre á esos inquisidores, á esa raza de víboras que muerde la humanidad en lo que tiene de mas sábio y mas ilustre. Basta ya de cárceles; basta ya de torturas; basta ya de hogueras! Aplastemos la cabeza de ese infame y repugnante mónstruo que con el nombre de Santo-Oficio oprime nuestra desgraciada pátria! Hagamos que vuelva á sumergirse en las tinieblas de donde, por nuestra desgracia, ha brotado y sea la libertad del apóstol un claro y evidente signo de la regeneracion de nuestra España! Ciudadanos de Sevilla! gritó Lorenzo, viendo que el pueblo se agitaba y arremolinaba como si le impulsara una tempestad invisible; os hallais dispuestos á ausiliar la noble y generosa obra que os propongo?

—Sí! sí! gritó la muchedumbre entusiasmada.

—Queréis salvar á Juan de Avila?

Una afirmacion inmesa contestó á esta segunda pregunta de Lorenzo.

—Pues bien gritó una voz que salió del pié de la reja donde el jóven seguia encaramado; seguidme ciudadanos! abajo estas puertas!

El que se habia espresado en estos términos era Andrés el ex-sayon del Santo-Oficio que el observando que el pueblo se encontraba en el paroxismo de su entusiasmo,

queria aprovecharlo. El ex-esbirro se abalanzó con una acha en la mano hácia la puerta del Santo Oficio y dió el primer golpe en la misma. Esta fué la señal del ataque.

El pueblo se precipitó trás de él con energía y provisto de achas, de palancas, de chuzos y de bastones, comenzó á forzar la puerta.

Entre la gente que se distinguia por su vigor y actividad, notábanse los miembros de la Garduña, que, guiados por Tajahierro y provistos con toda clase de instrumentos hacian toda clase de esfuerzos para forzar la puerta y entrar al Santo-Oficio.

Por fin, no pudiendo esta resistir la estraordinaria violencia que egercia la muchedumbre, concluyó por abrir de par en par sus batientes.

Entonces, el pueblo, embriagado con el buen éxito que habian alcanzado sus esfuerzos, se precipitó en el interior del Santo-Oficio guiado por el ex-sayon Andrés, que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—Seguidme! seguidme! yo os conduciré á la mazmorra donde se encuentra el apóstol.

Mas no bien llegó con el pueblo á una especie de vestíbulo de donde arrancaba una escalera que guiaba al piso principal del Santo Oficio, cuando se oyó una descarga y la muchedumbre retrocedió asustada.

La guardia del Santo Oficio se habia colocado al pié de dicha escalera y frente la misma puerta, y al ver que el pueblo invadia la cárcel el jefe que la mandaba habia dado la voz de fuego.

Las balas de los mosquetes se habian estrellado en aquella gran masa de gente, sin que se perdiese un tiro.

Muchos de los amotinados cayeron en el suelo, y los que quedaban en pié retrocedieron asustados.

Mas de pronto, Andrés y Tajahierro ausiliados por Lorenzo, D. Estéban de Vargas, Manofina y Gimenez de Herrera, que acababan de llegar al teatro de la lucha, reanimaron el entusiasmo del pueblo y por segunda vez éste volvió á precipitarse en el interior de la cárcel.

Esto fué la señal de una lucha indescribible.

La guardia que se hallaba parapetada en la escalera del Santo-Oficio, disparó por segunda vez sus mosquetes pero no tuvo ocasion de disparar al pueblo su tercer descarga.

La muchedumbre se precipitó sobre ellos, cogió sus armas y las rompió en el cráneo de aquellos hombres cuyo valor era digno de otra causa mas noble.

No quedó ni uno de los guardias: el pueblo enfurecido los holló con sus piés, destrozó su cuerpo y les lanzó sangrientos y mutilados á la calle, donde la muchedumbre que no habia entrado en la cárcel, los cogió por su cuenta y dividiéndose por grupos los arrastró por las principales calles de Sevilla.

Dueño el pueblo de la cárcel, se abalanzó á su interior en gran confusion y desórden.

Unos se dirigieron hácia el piso principal con objeto de entregarse al robo y al saqueo, pero los más se dirigieron hácia los subterráneos con objeto de librar las vícti-

mas del Santo-Oficio y buscar principalmente al apóstol.

Gran parte del pueblo no se atrevia á penetrar en aquellos oscuros y turtuosos antros por el horror que ocasionaba su aspecto; pero otros mas valientes, cogiendo los faroles que así de noche como de dia iluminaban la parte baja de la cárcel, penetraban en el interior de aquel revuelto laberinto, echaban por tierra las puertas de las mazmorras, libertaban á sus presos y les llevaban en triunfo hácia la calle donde eran recibidos con aplausos y con gritos de alegría por la entusiasmada muchedumbre.

Vargas, Manofina, Lorenzo, Tajahierro y todos los que principalmente se habian propuesto salvar á Juan de Ávila fueron los primeros en lanzarse á los subterráneos.

Pero estos se hallaban tan intrincados, habia en ellos tantas mazmorras, tantas galerías, que por espacio de algun tiempo no acertaron á encontrar el calabozo del apóstol.

Entonces Vargas y Manofina recordaron que Andrés, el ex-sayon del Santo-Oficio, habia de guiarles.

Pero Andrés no se encontraba á su lado.

El pobre jóven habia caido herido á la segunda descarga que contra el pueblo habia disparado la guardia.

Andrés sintiendo los efectos de un balazo que habia atravesado uno de sus hombros y viendo que iba á caer en el suelo, donde la muchedumbre hubiera pisoteado su cuerpo, se habia retirado en la porteria de la cárcel, resuelto á esperar allí el bueno ó mal éxito de aquel horrible combate.

Hé ahí, pues, porque Andrés no se encontraba al lado de D. Estéban de Vargas.

Afortunadamente el instinto del pueblo, que en los motines es siempre el mejor guia, no tardó mucho en encontrar la mazmorra del apóstol.

Este se hallaba encerrado á unos quince ó veinte piés debajo tierra, y en uno de los mas oscuros é insalubres calabozos.

No bien la gente, que encontró á Juan de Avila se persuadió de que, efectivamente, era el hombre que buscaba, cuando gritó:

—Está aquí! está aquí! Viva el apóstol! viva Juan de Avila!

Y al mismo tiempo el pueblo lleno de alborozo y de alegría, se echaba á sus piés, besaba el estremo de sus hábitos le estrechaba á sus brazos y hacia otras demostraciones de júbilo.

Vargas, Manofina y sus compañeros tuvieron noticia de que por fin, se habia encontrado el calabozo del apóstol y corrieron hácia la galería donde se oia el tumulto que habia ocasionado su encuentro.

Al ver á D. Estéban de Vargas y á Manofina, el apóstol hizo un esfuerzo para emanciparse con dulzura á aquellas manifestaciones de cariño y tendiendo los brazos á los dos jóvenes esclamó:

—Vosotros tambien, amigos mios!

—Monseñor, dijo Manofina, cuando hace ya algun tiempo me apartasteis de la senda del crímen y del vicio,

para convertirme en hombre honrado, os dí mi formal palabra de que mis buenas obras rescatarian las malas que desgraciadamente cometí durante mi existencia. Ante ayer se me habló de que se intentaba salvaros y yo he creido que ofrecer mi sangre y mi brazo para el buen éxito de semejante empresa, era la mejor obra que yo podia hacer ante el cielo.

—Pues bien, dijo el apóstol, sonriendo con tristeza, lo que yo siento, amigo mio, es que tu obra y la de tus amigos será completamente inútil.

—Inútil! dijo Vargas sorprendido; por qué, padre mio?

—Porque yo no puedo salir de esta cárcel.

Vargas y Manofina se miraron.

No comprendian las frases del apóstol.

Algunos de los circustantes que las habian oido empezaron á murmurar en voz baja.

Otros, mas impotentes dejaron la mazmorra y salieron á la calle para esparcir entre el pueblo la noticia de que Juan de Ávila no queria ó no podia salir del calabozo.

Vargas observó la agitacion que empezaba á reinar entre los circunstantes y lo manifestó en voz baja al apóstol.

Pues bien, replicó este último; decid á la gente que despeje la mazmorra y vos y yo nos ocuparemos de este asunto.

Estas últimas frases, pronunciadas, tambien, en voz baja, no fueron oidas por nadie.

Vargas que gozaba de mucha popularidad entre el pueblo, se dirigió á los circunstantes y les dijo:

—Amigos mios: el venerable apóstol y yo tenemos que hablar de un asunto importantísimo; os ruego, que salgais por un instante de este calabozo y me dejeis con él á solas.

Algunos de los circunstantes, llevados por su cariño á Juan de Ávila, no querian dejar la mazmorra bajo el pretesto de que querian coger entre sus brazos al apóstol y llevarle en triunfo á la calle; pero Juan de Ávila unió sus súplicas á las de Vargas y el pueblo concluyó por retirarse en silencio.

# CAPÍTULO XLIX.

### La alocucion del apóstol.

Estéban y Juan de Ávila quedaron solos.

—En verdad, padre mio, que no os comprendo, dijo el mancebo: yo y vuestros amigos hicimos toda clase de esfuerzos para sublevar al pueblo y entrar por fuerza en esta cárcel, y ahora que el pueblo se ofrece á llevaros en triunfo, vos, parece que intentais rehusar la libertad con que os brinda.

—En efecto, amigo mio, repuso el apóstol; yo no puedo salir de esta cárcel sino por un acto de justicia. Cuando este mismo pueblo echaba por tierra las puertas de mi mazmorra yo rogaba á Dios para que le hiciese desistir de su propósito.

—Cómo! interrumpió Vargas, decís que no quereis salir de aquí mas que por un acto de justicia?

Juan de Avila hizo un signo afirmativo.

—Y qué acto puede haber mas justo que el que está ejecutando el pueblo de Sevilla? Acaso el haberse sublevado no constituye la mas viva y enérgica protesta contra las iniquidades que ha ejercido contra vos el Santo Oficio? Acaso la sangre que ha derramado al entrar en esta cárcel no dá mas precio á libertad que os proporciona?

—Cómo! interrumpió el apóstol sorprendido; acaso se ha vertido sangre por mi causa?

—Padre mio, dijo Vargas con dolorido acento; la escalera del Santo-Oficio está llena de cadáveres; la guardia se ha resistido y el pueblo la ha acuchillado.....

—Santo cielo! que estais diciendo amigo mio? acaso Pedro de Arbués ha mandado verter esta noble y generosa sangre?

—Nó, padre; Arbués no podia tomar parte en la contienda, porque, cual vos, se halla preso.

—Preso! interrumpió sorprendido Juan de Ávila; dónde?

—En la taberna de la Chapa.

—Quién fué bastante audaz para prenderle?

—Yó.

—De órden de quién?

—Fué un complot tramado entre José, yo y algunos de vuestros entusiastas amigos.

Y Vargas con objeto de que el buen apóstol se ahorrase mas preguntas, contó en breves frases lo que habia sucedido en la taberna.

—Y José, preguntó Juan de Avila, dónde se encuentra?

—En este instante debe aguardarnos en la casita de

Juana, repuso Vargas; el jóven pudo escapar del subterráneo donde se hallaba escerrado con Arbués y es probable que á fin de no comprometerse aguarde tranquilamente el resultado del motin. Ya sabeis que os quiere en estremo y que si salís de esta cárcel, os estrechará en sus brazos con el entusiasmo y cariño de que es susceptible su alma.

—Ya os dije, amigo mio, que yo no debia ni podia salir del Santo-Oficio.

—Por qué, padre mio? interrogó Vargas.

—Porque mi causa contribuirá muchísimo al descrédito de esta institucion infame. Vos, hijo mio, sabeis que soy inocente, que Dios me ha concedido el singular favor de ser muy querido é idolatrado por el pueblo de Sevilla. Gracias á mi caridad evangélica y á mis deseos por servir la Divina Providencia, mi nombre es popular en toda España. Ahora bien; ó el Santo-Oficio debe absolverme ó condenarme; si me absuelve no existe necesidad alguna de que el pueblo se amotine y de que alcance por la violencia lo que se puede alcanzar por la justicia; si por el contrario me condena, el pueblo tendrá conciencia de la injusticia cometida, y descargará mas y mas sus iras contra Pedro de Arbués y sus sayones.

—Ved que si el Santo-Oficio os condena os llevará irremisiblemente á la hoguera.....

—Y bien? preguntó sonriendo Juan de Avila.

—Digo esto porque no os figureis que el Santo Oficio castigue vuestra virtud con pena leve.

—Qué importa!..... Yo me ofreceré gustoso como una

víctima espiatoria con tal de que mi sangre contribuya á la redencion del pueblo. Mi muerte servirá de coronamiento á una existencia que, á Dios gracias, he dedicado al ejercicio de las cristianas virtudes. Con tal que mi sangre acorte el plazo en que España será libre, yo moriré con gusto. Qué importa la vida de un pobre sacerdote en comparacion de la emancipacion de todo un pueblo? Dejad, pues que muera, amigo mio: Dios bendicirá el sacrificio que haré ante la libertad y la pátria!.....

La conversacion de Vargas y el apóstol fué interrumpida por el rumor de unos pasos que se acercaban á la puerta.

Luego se oyeron dos ó tres golpes dados con precipitacion á esta última.

—Quién es? preguntó el jóven.

—Abrid, D. Estéban, dijo una voz.

Vargas abrió y dió paso á Manofina y Tajahierro que entraron en la mazmorra del apóstol.

—Qué ocurre? preguntó D. Estéban.

—Ocurre, monseñor, que el pueblo se amotina, dijo el amante de la Sirena.

—Qué pretende?

—Exije la libertad de Juan de Avila. Circulan voces de que ha muerto en su calabozo, que el Santo-Oficio le ha asesinado y la muchedumbre quiere entrar en la cárcel para convencerse de ello, por mas que nosotros y algunos hombres del pueblo aseguramos que le hemos visto y hablado.

—Ya lo veis, padre mio, dijo D. Estéban de Vargas; el pueblo no quiere que su sacrificio sea inútil; se empeña en libertaros y creo que está en vuestro deber el complacerle.

—El pueblo, dijo el apóstol, es un niño al cual se le engaña fácilmente. Id, continuó Juan de Avila dirigiéndose á Tajahierro y Manofina, y decidle de mi parte que se retire tranquilo á sus moradas; que agradezco sus esfuerzos por sacarme de la cárcel y que renuncio, en beneficio suyo, á una libertad que si yo llegase á aceptarla pudiera serle nociva.

—Dispensad, padre mio, observó Tajahierro, pero nosotros no podemos aceptar este encargo.

—Porqué?

—Quizá el pueblo nos tendria por cómplices del Santo-Oficio y al oir esta respuesta no seríamos creidos. Vos, monseñor, no os podeis figurar los esfuerzos que hemos hecho para que el pueblo no se lanzara por segunda vez á estos antros.

—Lo que dice Tajahierro, añadió Manofina, es muy cierto; creo que si lleváramos esta contestacion al pueblo pondríamos en gran riesgo nuestra vida.

—No permita Dios, interrumpió Juan de Avila, que se derrame mas sangre por mi causa.

—Entonces aceptais la libertad que os ofrecemos, no es cierto? preguntó D. Estéban.

—Nó, amigo mio: si el pueblo se sacrifica por mí, justo es que yo me sacrifique en su obsequio. Yo renuncio á la

libertad con que me brinda; pero con objeto de proporcionar á él la que tanto anhela.

—Observad, padre mio, se atrevió á decir Manofina, que si inmediatamente no salís de esta cárcel, la muchedumbre concluirá por invadirla.

—No será así, repuso Juan de Avila; seguidme y ya vereis como lograré amansarle.

Y al pronunciar estas frases el apóstol salió de su mazmorra y se dirigió hácia el piso principal del Santo-Oficio.

Vargas, Manofina y Tajahierro le siguieron.

Juan de Avila llegó al piso principal del Santo-Oficio, abrió un gran balcon que daba sobre la calle y que estaba adornado con una balaustrada de piedra y se ofreció ante los ojos de la muchedumbre que se revolvia y estrujaba frente las puertas de la cárcel.

Al reconocer á Juan de Avila, aquella gran masa de gente lanzó un hurra de alegría.

Acababa de ver al hombre por el cual habia vertido su sangre y su entusiasmo esplotó como un volcan.

Por espacio de algunos minutos no se oyeron mas que los vivas y los aplausos con que el pueblo saludaba al apóstol.

Juan de Ávila, profundamente conmovido por aquellas pruebas de entusiasmo y de cariño, permaneció algun tiempo sin pronunciar una frase.

Mas el pueblo, comprendiendo por su actitud que el sacerdote iba á dirigirle la palabra, guardó silencio y se dispuso á escucharle.

Entonces el apóstol se inclinó ligeramente sobre la balaustrada, y se espresó en estos términos:

—Ciudadanos de Sevilla! Inspirado en vuestro entusiasmo y cariño hácia mi humilde persona, y sintiendo en vuestro pecho el santo fuego de la libertad, acabais de romper las cadenas con que el Santo-Oficio me habia atado en esta cárcel. Pero yo, antes que la libertad, prefiero la justicia y sin que deje de agradecer vuestros nobles y generosos esfuerzos por emanciparme á los que tratan de constituirse en mis verdugos; y sin que deje sentir el que se haya derramado sangre por mi causa, he de manifestaros que, hoy por hoy, no puedo aceptar la libertad que vuestros sacrificios me ofrecen.

Al oir estas frases, levantáronse de la calle algunos murmullos en que se traducia el descontento de alguna parte del pueblo; pero estos murmullos no tardaron en quedar sofocados por muchas voces que reclamaron el silencio.

Juan de Avila comprendió el efecto que producian sus frases é interpretando aquel descontento como hijo del entusiasmo, continuó en esta forma:

—Sobre los hidalgos y nobles sentimientos que en favor de una persona, ó una idea puede ostentar un pueblo, existe otro sentimiento que debe inspiraros mas consideracion y respeto: el sentimiento de la justicia. Fuí encarcelado en estas mazmorras; y antes de aceptar la libertad con que vuestros esfuerzos me brindan, es indispensable que yo sepa el motivo, la causa, la razon por la cual se

me privó de una libertad que yo, en cumplimiento de mi santo ministerio, dedicaba enteramente al pueblo. Si yo, en mis predicaciones evangélicas, falté á la moral y religion cristiana; si yo al dedicar mi existencia al alivio del pueblo, falté á los deberes del sacerdote evangélico; si yo en medio de mis constantes sacrificios por proporcionar la libertad y la ilustracion á nuestra pátria, falté á los deberes del digno y honrado ciudadano, que se me juzgue y me castigue. Yo estoy siempre dispuesto á ofrecer mis descargos ante el tribunal competente, y á ostentar una conciencia que está pura y sin mancilla. Ignoro aun las acusaciones que me imputa el tribunal del Santo-Oficio; pero mi dignidad, mi honra y mi decoro, exigen que yo me presente ante mis acusadores y jueces para que se haga la luz en lo que hasta hoy ha quedado envuelto en las tinieblas. Hé aquí, hermanos mios, porque yo, en conciencia, debo resistirme á salir de esta cárcel con el asuilio de vuestros sacrificios. Antes que la violencia, debo atender la justicia y sufrir con resignacion las acusaciones con que mis enemigos intentan abrumarme. Poco importa que se trate de manchar mi reputacion con indignos y mentirosos cargos; la verdad es como la luz: todo lo ilumina y aclara. Si á pesar de mi inocencia la inquisicion me condena, yo aceptaré su sentencia en espiacion de mis pecados, y mi alma se unirá á las de otras tantas víctimas que piden á Dios severidad y justicia para castigar á ciertos hombres que, en nombre del cielo, cometen sus abusos en la tierra. Así, pues, mi conciencia está tranquila: si el

Santo-Oficio, me deja libre. yo volveré entre vosotros para aliviar vuestro infortunio, secar vuestras lágrimas y prodigaros, en fin, todos los socorros que siempre habeis encontrado en mi voluntad y buen deseo; si por el contrario el Santo-Oficio me condena, aceptaré la palma del martirio, y rogaré tambien en el cielo por vuestra dicha. Bajo tal concepto, yo os ruego, hermanos mios, que me permitais continuar en estas cárceles; donde aguardaré, tranquilo y resignado, el fallo del tribunal que ha de juzgar sobre mi libertad y mi existencia. Retiraos á vuestras casas; no ostenteis una fuerza y un poder que serian completamente inútiles, y rogad á Dios que ilumine la conciencia de mis enemigos para que no se ensañen contra un infeliz y pobre sacerdote cuyo principal delito ha consistido en dedicar su existencia á la ilustracion y libertad del pueblo!

Este discurso pronunciado con una dignidad y mansedumbre verdaderamente apostólicas, hizo estraordinario efecto en aquella gran masa de gente que escuchaba á Juan de Avila pendiente de sus lábios.

El apóstol, conforme lo tenia de costumbre, habia hablado con esta sencillez que tanto gusta á la muchedumbre, y de ahí que se le escuchase con gusto y con aplauso.

No bien hubo concluido de pronunciar sus frases, cuando el grito de «¡Viva Juan de Avila!» resonó por todas partes.

Los mas exaltados querian oponerse á la resolucion del

apóstol, entrar en la cárcel, subir al piso principal del Santo-Oficio, coger al venerable sacerdote y pasearle en triunfo por las calles de Sevilla; pero gracias á los esfuerzos de D. Estéban de Vargas, á las amonestaciones de Gimenez de Herrera y á la actitud imponente que Manofina, Tajahierro y los garduños tomaron, aquellos transigieron, y concluyeron por dirigirse tranquilamente á sus casas.

Juan de Avila, con objeto de que su presencia no exhaltara las masas, habia sido el primero en dejar el balcon, y en retirarse á su mazmorra, donde exigió á sus libertadores que volviesen á encerrarle.

En cuanto á Vargas y á Manofina, el primero se dirigió hácia la casita de Juana, mientras que el segundo se unia á Tajahierro y sus hombres, los cuales se encaminaron hácia la Garduña, donde les aguardaba Mandamiento.

Cuando Vargas llegó á la casita de Juana, encontró á José que esperaba con ansia el resultado de aquel motin que él mismo habia ideado.

—Cómo! dijo á Vargas, percibiendo que llegaba solo; no traeis á Juan de Avila?

—Nó.

—Acaso el motin no ha sido lo bastante imponente?

—Sí, por cierto, dijo el mancebo, nos ha costado algunos hombres; pero al fin y al cabo triunfamos.

—Entonces por qué no venís con Juan de Avila? Se ha escondido tal vez en otro punto donde estará mas seguro que en esta casa?

—Nó: Juan de Avila continúa en la cárcel.

—Es posible?

—Tal como os lo digo.

—No lograsteis salvarle?

—Sí; pero él, en cambio, se resistió á aceptar la libertad que el pueblo le ofrecia.

Y Vargas contó punto por punto lo que habia sucedido en la cárcel.

José reflexionó un instante.

—Y bien, dijo por fin, nuestro objeto se ha logrado; tratábamos de dar una leccion al Santo-Oficio y esta ha sido elocuente; quizá Juan de Avila tenga razon al desafiar la inquisicion de esta manera. Juan de Avila es un hombre de gran conciencia y talento, y comprende, que si el pueblo es bastante fuerte para sacarle de una cárcel, mañana tambien lo será para sacarle de entre las uñas de sus verdugos, si estos quieren conducirle á la hoguera. Por lo demás, con el motin no hemos perdido nada: él nos ha dado conciencia de nuestra fuerza, la cual servirá algun dia para dar el golpe de gracia al Santo-Oficio.

—Si realmente es así, dijo Vargas, yo tendré el disgusto de no poderos ofrecer mi ausilio.

—Por qué? estais resuelto á dejar por fin nuestra pátria?

—Sí.

—Cuando emprendeis vuestro viaje?

—Aguardo únicamente que Juan de Avila salga de la cárcel absuelto por la inquisicion ó libertado por nosotros. Me llevaré al estranjero mi esposa y las cenizas de su pa-

dre, y escepto á vos y al apóstol, nada dejaré en España que sea bastante á detenerme. Y vos, amigo mio, continuó Vargas, estrechando las manos del jóven dominico, no quereis acompañarnos?

—No es posible, amigo mio, dijo el mancebo sonriendo con tristeza; tengo que cumplir cierto deber muy sagrado cuyo cumplimiento exigirá el sacrificio de mi vida.

—Siempre tan misterioso! dijo Vargas, tratando de adivinar las intenciones del jóven.

Pero el semblante de este último, permaneció inmóvil é impenetrable como si fuese una máscara, y Vargas, no pudo leer nada en sus facciones.

—Adios, amigo mio, dijo el fraile estrechando la mano de su amigo; entretanto llegue el instante en que habré de cumplir mi mision sobre la tierra, voy á continuar la representacion del doble papel que desempeño.

—A qué papel aludís?

—No veis en mí al amigo y al enemigo del pueblo á un mismo tiempo?

—Es cierto: vos por una parte sois enemigo de Arbués, y por otra parte su amigo.

—Pues bien: ahora voy á ser el confidente y el amigo del inquisidor de Sevilla.

—Dónde vais?

—A la taberna de la Chapa.

—Con qué objeto?

—Con el de sacarle de la cueva. Terminado ya el motin no hay razon alguna para que Arbués siga preso.

—En efecto: pero dudo mucho que le saqueis con gusto de su cárcel, observó D. Estéban sonriendo; creo, añadió, que si tuvieseis que consultar vuestra conciencia, le reservaríais un castigo mucho mayor del que está sufriendo en este instante.

—Ciertamente, dijo el fraile, con una espresion verdaderamente sombría; pero la hora de este castigo no ha llegado.

—Tardará mucho?

—Nó por cierto Arbués tiene, por decirlo así, contados los minutos de su vida.

—Cúmplase la voluntad de Dios! replicó Vargas estrechando por última vez la mano del jóven fraile.

Este sonrió con amargura y despidiéndose del jóven se dirigió primero al palacio del inquisidor y luego á la taberna de la Chapa.

En cuanto á D. Estéban, se encaminó á la estancia donde le aguardaba con ánsia Dolores.

La pobre jóven sabia que su futuro esposo era uno de los principales jefes del motin y que de consiguiente, corria un gran peligro.

Pero dejemos que los dos jóvenes se entreguen á sus abrazos y caricias y sigamos las huellas del fraile dominico.

---

# CAPITULO L

### La libertad de Arbués.

Conforme ya indicamos, el jóven se encaminó hácia el palacio del inquisidor.

Al llegar cerca la puerta de este último, José encontró á Lorenzo que se dirigia con veloz y precipitado paso hácia el puente de Triana.

El fraile le detuvo.

—Dónde vais? le preguntó.

—A la choza de Manofina.

—Con qué objeto?

—Con el de tranquilizar á Laura, que tal vez me cree muerto en el motin de esta mañana.

—Enhorabuena, observó el jóven; pero antes ireis á la taberna de la Chapa y avisareis á ésta y á su hermano el Cuco, que dejen inmediatamente su casa ó de lo contrario

el Santo-Oficio irá á prenderles. Por lo que toca á Arbués les direis que le dejen encerrado.

—Está bien, monseñor, dijo el ex-bandido; iré ahora mismo?

—Sin pérdida de tiempo; así como la taberna os viene de paso. Creo que me dispensareis este favor porque es el último que os pido, añadió José conteniendo un suspiro.

—El último, monseñor! esclamó Lorenzo sorprendido; acaso no nos veremos mas?

—Difícilmente.

—Emprendeis algun viaje?

—Sí; un viaje que será muy largo.

—Cuándo?

—Lo ignoro: quizá mañana, quizá de aquí cinco ó seis dias.

—Y no nos veremos mas?

—Nó, porque vos, Lorenzo, saldreis hoy mismo de Sevilla. Por mas que hayais sido bandido, sois un hombre honrado y de un corazon noble y generoso. Sois aun muy jóven; Laura os idolatra y aun podreis ser feliz en este mundo. Salid de esta ciudad, encaminaos á vuestra aldea y vivid en ella, junto con vuestra esposa, una honrada y tranquila existencia.

—Olvidais, monseñor, que tanto yo como Laura fuímos quemados en efijie y que cuando menos lo esperaremos el Santo-Oficio volverá á prendernos?

—Quedad tranquilo, amigo mio, dijo el fraile: los dos hermanos Enriquez murieron, y de consiguiente nadie se

acordará de vosotros. Fuera de esto, prosiguió el jóven, antes de marchar os dirigireis á la casita de Juana, preguntareis por la señorita de Argoso y la suplicareis en mi nombre que os entregue cierto documento que el inquisidor de Sevilla firmó ayer noche.

—Qué documento es este? preguntó el ex-bandido.

—Vuestro indulto y el de Laura; yo, continuó José, hube de prever que llegaria el instante en que vos y vuestra esposa tendríais que dejar la ciudad y por esto rogué á Dolores que sacara de Arbués vuestro indulto. Ayer se lo entregó el inquisidor de Sevilla, y Dolores, que conoce los servicios que vos me prestasteis, os entregará con gusto el documento indicado.

—Gracias, monseñor, dijo Lorenzo profundamente conmovido; creed que conservará de vos un eterno recuerdo.

—Y yo, Lorenzo, dijo el fraile, os deseo á vos y á vuestra esposa una felicidad inextinguible.

Y dando la mano al ex-bandido, que se la estrechó hondamente impresionado, el jóven entró en el inquisitorial palacio.

En cuanto á Lorenzo, cumplió el encargo que se le habia hecho: encaminóse á la taberna de la Chapa, avisó á sus dueños que el Santo Oficio se presentaria á ella de un momento á otro, se dirigió luego á la choza de Manofina donde encontró á éste y la Sirena, y cogiendo á Laura del brazo, se encaminó hácia la casita de Juana, donde la señorita de Argoso le entregó el indulto prometido por el fraile.

Una hora despues y luego de haberse despedido de Manofina y la Sirena, Laura y Lorenzo provistos con aquel salvo conducto, dejaban la ciudad de Sevilla y tomaban el camino de su aldea.

José al entrar en el palacio inquisitorial llamó al jefe de la guardia.

Este se presentó sin pérdida de tiempo.

El jóven era conocido en toda la ciudad por el favorito y el consejero de Arbués y de consiguiente sus órdenes eran inmediatamente obedecidas.

—Es probable, dijo al capitan, que vos, caballero, tendreis noticia del motin que ha ocurrido esta mañana...

—En efecto, monseñor; sin embargo de que no he podido recibir las órdenes de Su Eminencia el inquisidor de Sevilla, porque segun me han dicho sus criados no se le ha visto en palacio desde ayer noche, yo acudí con mi guardia á las puertas de la cárcel, pero cuando llegué, el motin se hallaba ya calmado y he vuelto aquí para cumplir mi consigna.

—Cuántos hombres teneis á vuestras órdenes?

—Treinta, monseñor.

—Cuántos necesitais para dar la guardia á este palacio?

—Con diez habria lo bastante.

—Pues bien, dijo el fraile: dad vuestras órdenes: para que inmediatamente se hallen dispuestos. Yo subo á las habitaciones de palacio y vuelvo á bajar en seguida.

—Dispensad, monseñor, observó el capitan: he afirmado que únicamente se necesitarian diez hombres, partiendo

del supuesto de que el motin se hallaria completamente apaciguado...

—Tranquilizaos, dijo el fraile; el pueblo se ha retirado ya del punto de la lucha y gracias á la imponente actitud que han tomado nuestras tropas no volverá á lanzarse á la calle. Por lo demás, continuó el jóven, los veinte hombres que me seguirán á vuestras órdenes tienen que cumplir con un deber harto apremiante para que no dejen su guardia.

—Se trata, quizá, de prender algun jefe de motin? preguntó al capitan.

—Nó, pero se trata de hacer algo que es mucho mas importante, vamos á salvar á Su Eminencia el inquisidor de Sevilla, el cual se encuentra preso.

—Preso Su Eminencia? interrogó el capitan, sorprendido.

—Sí; parece que los jefes del motin le tendieron ayer noche un lazo. Afortunadamente yo he descubierto donde se encuentra encerrado y vamos á salvarle; pero como pudiera ser que hallásemos resistencia, hé ahí porque demando vuestro ausilio.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor, dijo el capitan inclinándose.

—Entonces, preparad vuestros hombres y bajo enseguida.

Y luego de pronunciadas estas frases, el jóven saludó al capitan y subió á las habitaciones de palacio.

Todo, en ellas, se encontraba en la mayor confusion y desórden.

Los criados y familiares de Arbués estaban ansiosos por la ausencia de su señor, al cual no habian visto desde la anterior noche.

Acostumbrada aquella gente á la obediencia y el servilismo, no se atrevian á hacer ni decir nada por temor de comprometer á su amo.

Este, algunas veces pasaba la noche fuera de su casa en brazos de sus queridas ó mancebas; pero el motin de aquel dia era un motivo suficiente para que el inquisidor acudiera á su palacio, y como Arbués no se acercara al mismo, sus familiares ó criados empezaban á creer que le habia sucedido algo estraordinario.

Así es, que cuando vieron á José no cabieron en sí de alegría.

Pedro de Arbués habia salido en la noche anterior con el jóven, y por consiguiente éste debia conocer su paradero.

Ya se comprenderá, pues, el placer con que fué recibido el mancebo.

Mas cuando, por conducto de éste, supieron que el inquisidor estaba preso, que habia sido víctima de un lazo que sus enemigos le habian tendido, la sorpresa de aquellas lechuzas del Santo Oficio no tuvo límites.

Esto consistia en que el jefe de la inquisicion era para ellos una persona inviolable y sagrada, y á la cual no solo ellos, sino todo el mundo habia de mirar con gran respeto.

Los familiares de Arbués no llegaban á comprender

que se hubiese cometido un acto de tanta audacia; para ellos el inquisidor era algo mas que un hombre: era semejante á Dios, era el jefe del Santo-Oficio, la representacion viva y tangible del poder mas grande y mas terrible que existia en España.

De ahí la consternacion que hubieron de esperimentar al saber que estaba preso.

Era evidente que el poder de la inquisicion se iba haciendo mas débil, y que la estrella de Arbués declinaba.

Esto sin embargo, José reanimó su aliento, y les dijo que le siguieran.

El jóven, al demandar su ausilio, se proponia únicamente dar importancia á un acto que en sí carecia de ella.

Nada le hubiera sido tan fácil como el sacar á Pedro de Arbués de su cueva; pero al jóven le convenia no escitar sospechas, y así como en el dia anterior habia fingido que prestaba ausilio á su jefe, para que no cayese en el lazo tendido por él y D. Estéban, en aquel dia era indispensable que continuara representando su comedia.

Hé ahí, pues, porque el jóven se rodeaba con tanto aparato.

Dando importancia á la salvacion de Arbués, se la daba á sí propio, y esto era lo que convenia al mancebo.

No bien los criados y familiares de Arbués supieron que el jóven intentaba salvar á su amo, cuando se ofrecieron con gusto á acompañarle.

José aceptó sus ofertas é indicando que le siguiesen dirigióse hácia el cuerpo de guardia.

En este aguardaba el capitan con sus hombres.

Al ver al jóven dominico, inclinóse cortesmente y le dijo que él y sus soldados estaban dispuestos á seguirle.

—Entonces vamos, replicó el fraile.

Y se dirigió con una turba de familiares y criados hácia el puente de Triana.

Pasado un cuarto de hora, llegaron á la taberna de la Chapa.

Cuando los vecinos de la calle en que se encontraba esta última, vieron aquel tropel de familiares y soldados, se apresuraron á cerrar las puertas de su casa.

La gente creyó que se iba á prender á los que habian tomado parte en el motin de la mañana y como todo el mundo habia tomado mas ó menos parte en el mismo, de ahí que aquellos familiares y soldados pareciesen de mal agüero.

Independiente de éste, la presencia de aquella gente del Santo-Oficio era un sobrado motivo para que los vecinos se asustaran.

Todo el mundo sabia que la inquisicion no daba cuenta á nadie de sus encarcelamientos ó prisiones, y que cuando un hombre vivia mas tranquilo en su casa, era cuando le cogian los esbirros y cuando, sin motivo ni esplicaciones de ningun género, se le trasladaba á la cárcel.

Así es, que cuando los habitantes de aquella calle vieron que los familiares y aquella gente de armas se detenian frente la taberna de la Chapa y que la inquisicion no iba por ellos, comenzaron á respirar libremente.

Conforme José lo habia ya previsto, la puerta de la taberna se encontraba perfectamente cerrada.

Lorenzo habia cumplido su encargo.

Gracias al aviso del jóven, la Chapa habia podido escabullirse.

Si ésta y el Cuco no se hubiesen escapado, José, teniendo que representar su papel, se hubiera visto en el caso de prenderles.

Esto sin embargo, fingió ignorar lo que habia ocurrido, y dió órden á uno de sus familiares para que llamase á la puerta.

El familiar cogió su aldabon, y dió en ella tres golpes.

No contestó nadie.

—Llamad otra vez, le dijo el dominico.

El familiar dió otros tres aldabazos.

—Qué hacemos? preguntó entonces el capitan, viendo que nadie contestaba.

—Qué hemos de hacer sino forzar la puerta? replicó el mancebo.

—Hola! gritó el capitan dirigiéndose á uno de sus soldados; prepara tu mosquete, apúntalo á la cerradura, y dispara.

El soldado no se lo hizo repetir dos veces: preparó su arma, la acercó al punto que indicaba su jefe é impulsó el gatillo.

La cerradura saltó en el interior de la taberna.

Los demás soldados hicieron un esfuerzo para echar al

suelo una ó dos trancas que mantenian cerrada la puerta, y ésta abrió de par en par sus batientes.

Los soldados y los familiares penetraron en la casa de la Chapa.

Todo en ella se encontraba en desórden.

El Cuco y su hermana, sabiendo que el Santo-Oficio tenia la costumbre de embargarlo y confiscarlo todo, habian tenido la precaucion de llevarse sus muebles y prendas mas notables.

Este desórden hizo comprender á los familiares que en aquella casa habia ocurrido efectivamente algo estraordinario.

—Venid conmigo, capitan, dijo el fraile, dirigiéndose hácia la húmeda y tortuosa escalera que guiaba al sótano donde el inquisidor permanecia encerrado.

—Ved que no se nos prepare una emboscada, observó el capitan viendo que el jóven bajaba con precipitacion la escalera.

—No temais, repuso el mancebo; el desórden que reina en esta casa, es manifiesta prueba de que sus dueños la abandonaron, temiendo un justo castigo.

Y despues ahuecando sus dos manos, llevándolas á sus lábios y deteniéndose en un tramo de la escalera, el jóven gritó:

—Monseñor! monseñor!

El eco de su voz resonaba aun en aquella especie de cripta, cuando se oyó otra voz que parecia salir de las entrañas de la tierra, gritando:

—Socorro! socorro!

—No oís? preguntó al capitan el dominico.

—Efectivamente, replicó el jefe de la fuerza, he oido de una manera clara y distinta una voz que demandaba ausilio.

—Es la voz de Su Eminencia.

—Pues entonces, no perdamos tiempo. Hola muchachos! gritó el capitan á sus soldados; traed uno de los quinqués que hay en la taberna y encendedlo. Esto, prosiguió, como si hablara consigo mismo, está oscuro como boca de lobo.

Uno de sus hombres trajo el quinqué que habia pedido, lo encendió y se colocó frente el capitan y el dominico para guiar el descenso de la escalera.

Por fin llegaron á la puerta en la cueva.

Esta no ofrecia la resistencia de la puerta de la calle, y su cerradura saltó con algunos culatazos de mosquete.

José y el capitan fueron los primeros en entrar en aquel negro y oscuro sótano.

# CAPÍTULO LI.

---

**Proyectos de venganza.**

No bien el inquisidor percibió al jóven fraile, cuando, radiante de satisfaccion y de alegría, se dirigió hácia él con sus brazos abiertos:

—Eres tú, José! esclamó con voz balbuciente; por fin lograste salvarme! Cuánto te debo, amigo mio! á tí debo mi libertad, mi vida y mi existencia; pero cómo tardaste tanto? preguntó Arbués.

—Dispensad, padre mio, replicó el dominico, pero no hace aun doce horas que os encontrais en este sótano.

—No hace mas que doce horas! interrumpió Arbués sorprendido, pero si me parece que hay ya un siglo que no he visto la luz del dia!.....

—Yo queria venir mas pronto, dijo el fraile con solicitud fingida; pero durante vuestra permanencia en esta cueva han ocurrido tan graves cosas en Sevilla, que todos

mis esfuerzos no han sido bastantes á que os pudiese ofrecer un pronto y diligente ausilio.

—Qué ha ocurrido, amigo mio? preguntó el inquisidor asustado por el triste y dolorido acento con que el jóven habia pronunciado estas frases.

—Hoy, monseñor, el pueblo se ha levantado en masa para atacar la santa institucion de que sois jefe.

—Qué estás diciendo?

—Digo, monseñor, que hoy en Sevilla ha ocurrido un motin formal.

—Pero con qué objeto?

—Con el de salvar á Juan de Ávila.

—Siempre este fraile! murmuró Arbués palideciendo.

—Corrió entre el pueblo el rumor de que su ídolo iba á ser condenado á la hoguera y al saber esta noticia los sevillanos han empuñado las armas promoviendo una sublevacion formidable.

—Qué al fin se ha sofocado?..... preguntó Arbués con ansiedad.

—Sí, monseñor; pero no se ha sofocado con el esfuerzo de nuestros hombres, sino por sí misma.

—No te comprendo.

—El pueblo habia ya vencido y asaltado la cárcel matando los centinelas, cuando, de pronto, Juan-de Ávila se ofreció ante el pueblo en un balcon del Santo Oficio, le arengó diciéndole que depusiera sus armas, que se retirara á sus casas y que él renunciaba á la libertad que habia conquistado con su sangre.

—Ira de Dios! interrumpió Arbués, cegado por la cólera; hé aquí una humillacion que yo no esperaba. Este indigno fraile ha querido ostentar una generosidad y mansedumbre que no tiene, proponiéndose, con ello, desacreditar el Santo-Oficio; pero yo juro que pagará cara su astucia y que su fama y reputacion de Santo no le librarán de la hoguera.

—Es decir, observó José, que estais dispuesto á continuar su proceso?

—Mañana mismo; quizá á estas horas se encontraria ya condenado si yo no hubiese tenido que luchar con los escrúpulos que el presidente de la Suprema abriga.

—Es decir que se muestra faborable á Juan de Avila preguntó el dominico.

—Pretende que este fraile es un hombre muy virtuoso y muy santo y que si mañana se atentara á su existencia habria un conflicto en Sevilla.

—El presidente de la Suprema está en lo cierto, observó José; dígalo sino el motin de esta mañana.

—Oh! yo te juro, amigo mio, que esto no volverá á suceder otro dia, replicó Arbués sombriamente; al primer hombre que se subleve contra la autoridad del Santo-Oficio le cojo y le hago morir en el tormento. Por lo demás, continuó el inquisidor, los autores de la sublevacion de hoy no quedarán sin castigo; ahora mismo iré á la cárcel y en ella por medio de testigos oculares me enteraré de cuanto ha sucedido. Yo averiguaré quienes son los gefes que han promovido este motin y juro por Dios y por mi antecesor Tor-

quemada, que si logro cogerles irán con Juan Avila á las muchas hogueras que para honra y gloria del cielo encenderá aun el Santo-Oficio.

—Así sea! dijo con seráfico acento el jóven dominico.

—Pero tú, amigo mio, continuó Arbués, no llegaste á sospechar quiénes promovieron la asonada?

—Sí, monseñor.

—Lo sabes y lo callas!....

—Esperaba que Vuestra eminencia hubiese dado espansion á su cólera y enojo. Vuestra idignacion es tan justa como santa y no era prudente que yo intentase reprimirla.

—Habla.... continúa; quiénes son los autores de un crímen tan horrendo?

—Creo, monseñor, que el motin de esta mañana se halla estrechamente relacionado con vuestro encarcelamiento de ayer noche.

—Cómo! interrumpió Arbués; crees que la señorita de Argoso y D. Estéban de Vargas han promovido este conflicto?

—Es muy posible: de otro modo no se esplica la estraña y singular coincidencia por la cual vos no podísteis acudir al puesto del peligro. Vargas y sus cómplices debieron comprender que vuestra energía y talento eran lo bastante á destruir sus planes; que vos ahogarías el motin en su principio y de ahí que os tendieren el lazo de ayer noche!

Como se comprende, José no tenia inconveniente en echar la culpa de lo ocurrido á Vargas y á Dolores porque

tenia la seguridad de que estos así como así quedarian espuestos á las iras del Santo Oficio.

Bajo tal concepto su acusacion no perjudicaba en lo mas mínimo á los dos jóvenes. Por otra parte le constaba que Arbués no lograria prenderles y que de un momento á otro iban á dejar Sevilla para trasladarse al estranjero.

Arbués creyó que las observaciones del jóven dominico se hallaban en su punto, y dijo bramando de coraje:

—Pues bien: yo haré de modo que Vargas y Dolores caigan en mis manos. Ignoro si tendré aun el suficiente valor para condenar á esa indigna y mentirosa jóven que tanto abusa del amor que yo la tengo; pero en cuanto á Vargas, yo te juro, amigo mio, que no se escapará á mi venganza; entre tanto no perdamos el tiempo en desahogos y recriminaciones inútiles: es necesario obrar sin pérdida de tiempo: yo daré mis órdenes á los familiares y esbirros del Santo-Oficio para que lo busquen y registren todo á fin de encontrar á los culpables. Publicaré edictos, impondré las mas terribles penas á los que les oculten en sus casas, mandaré que se hagan visitas domiciliarias y si es necesario no dejaré en Sevilla piedra sobre piedra, á fin de dar con ellos y vengar sus crímenes.

—Yo no dudo, observó el dominico, que Vuestra Eminencia alcanzará, por fin, su objeto; Dios proteje las justas y santas causas, y la nuestra es demasiado grande y generosa para que el cielo no la conceda su ausilio.

—Lo primero que se debe hacer interrumpió Arbués, es ir al Santo Oficio y recojer detalles acerca la asonada. No

faltará quien nos ilustre y nos coloque sobre las mismas huellas que habrán dejado sus autores; no hay necesidad de que tú me acompañes, hijo mio; te encontrarás muy fatigado y necesitarás de reposo. Yo, para esta clase de diligencias, me basto y sobro á mí mismo. Por lo demás no faltará quien me ayude.

—Que Dios, monseñor, os guie y proteja en vuestra santa y católica obra, dijo con beatitud el dominico. Salgamos, pues, de esta cueva y dirijámonos á vuestro inquisitorial palacio, desde cuyo punto os podreis encaminar al Santo-Oficio.

—Enhorabuena, replicó Arbués; pero al salir de aquí tendríamos que obrar con cierta discrecion y prudencia.

—No os comprendo, monseñor.

—Si el pueblo llega á saber que yo caí en el lazo de ayer noche, si llega á descubrir que yo he permanecido preso en este sótano, quizá mi dignidad y buen nombre se desprestigien algun tanto. Creo, pues, que á fin de que el pueblo no sospeche nada, tú y yo debiéramos salir completamente solos de esta casa y despedir á nuestros familiares y soldados.

—En esto, monseñor, observó el fraile; discurrís con la prudencia y sabiduría que os es propia; y si no os parece mal daremos órden al capitan de esa gente de armas para que salga inmediatamente de esta casa y vaya á reforzar la guardia de palacio.

—No veo en ello inconveniente, dijo Arbués.

El jóven se acercó al capitan de los soldados, que duran-

te este diálogo habia permanecido con ellos cerca la puerta del sótano, y le digirió algunas frases en voz baja.

El capitan hizo un signo afirmativo y dió órden á su gente para que despejase la cueva.

Un instante despues salia de la taberna de la Chapa junto con los familiares y criados del inquisidor de Sevilla.

Pasada media hora, José y este último dejaban tambien aquella casa y se dirigian al inquisitorial palacio.

Lo primero que hizo Arbués al llegar á este último, fué dar sus órdenes para que prepararan su coche.

El inquisidor tenia la costumbre de dirigirse al Santo-Oficio con toda la pompa y dignidad que exigia su rango, pero como trataba de averiguar por sí mismo lo que habia ocurrido en la mañana de aquel dia y como por otra parte no queria revelar á nadie sus planes de venganza, Pedro de Arbués mandó que sus famliares y criados siguieran en su palacio, y subiendo en el coche se dirgió solo á la cárcel.

En cuanto á José, luego que el inquisidor hubo dejado su morada se encaminó á la casita de Juana.

En ella manifestó á Vargas y á Dolores todos los planes de Arbués; les dijo que obrasen con mucho tino para que el Santo-Oficio no lograse prenderles, y les dió, en fin, muchos consejos é instrucciones, para que el inquisidor no llevase á cabo su venganza.

No bien este último hubo llegado frente la puerta de la cárcel, cuando saltó de su carruaje y entró en el vestibulo donde algunas horas antes se habia trabado la sangrienta y horrible lucha entre la guardia y el pueblo.

Todo se hallaba en desórden.

Algunos de los cadáveres yacian aun en el vestíbulo, cuyo pavimento ostentaba grandes manchas de sangre.

La gente de la calle cruzaba silenciosa y sombría frente aquella cárcel, y no se detenia á contemplar los efectos del combate por miedo á que se la envolviera en un proceso.

Así es que durante las horas que siguieron á la lucha, la cárcel se quedó completamente solitaria.

Esto sin embargo, cuando Arbués llego á su vestíbulo empezaban á llegar algunos empleados del Santo-Oficio, los cuales, durante el combate, habian podido escapar á la venganza y furor del pueblo.

Viendo el inquisidor que no habia nadie en el vestíbulo, se dirigió á la porteria donde, segun él, habia de encontarse el guardian que conservaba las llaves de la cárcel.

Mas la portería se hallaba completamente solitaria.

Arbués iba ya á salir de la misma para dirigirse al piso principal del edificio, cuando, de pronto, oyó el rumor de un gran suspiro.

El inquisidor miró en torno suyo bien como si quisiese darse conciencia de que estaba perfectamente solo.

Pero un segundo suspiro que oyó aun mas claro y distinto que el primero, le hizo comprender que en aquella estancia habia alguien que pertenecia al mundo de los vivos.

—Quién hay? preguntó Arbués, con acento grave é imperativo.

Nadie contestó á su pregunta. Léjos de esto aquellos suspiros cesaron.

Entonces el inquisidor examinó con gran cuidado aquella estancia, que era de sí bastante grande, y en uno de sus ángulos, oculto bajo una mesa, le pareció que veia un hombre. En aquel mismo instante entraba en la cárcel uno de sus sayones y Arbués le llamó con insistencia.

El sayon al oir que el inquisidor llamaba se apresuró á obedecerle.

Este, obedeciendo al instinto de su conservacion y obrando con prudencia, no se habia atrevido á embestir al hombre de la portería.

Figurábase que era tal vez uno de los que algunas horas antes habian asaltado la cárcel y que se encontraba allí por intencion de asesinarle.

Hé ahí, pues, porque habia demandado el ausilio del esbirro que por casualidad entraba en el vestíbulo.

Arbués dijo á este último que habia un hombre en la portería y que era indispensable el averiguar sus intenciones.

El esbirro, que era mas valiente que el inquisidor, entró en la portería, se dirigió hácia el ángulo donde aquel hombre se encontraba, y luego de haberse cerciorado de quien era, se encaminó al vestíbulo donde Pedro de Arbués le aguardaba.

– Quién es? preguntó este último.

—Es un hombre, monseñor, que conoceis muchísimo.

—Cómo se llama?

—Andrés, el antiguo portero y ex-sayon del Santo-Oficio.

—Cómo! interrumpió Arbués, sorprendido; el que huyó de esta cárcel en la noche en que fué asesinado el go bernador Enriquez y en que doña Aldonza de Herrera se fugó de su mazmorra?

—Cabal.

—Entonces es necesario prenderle, interrumpió Arbués, que siempre se dejaba arrastrar por sus feroces y sanguinarios instintos.

—En efecto, monseñor, dijo el esbirro; Andrés merece un ejemplar castigo por dos razones: primero porque contribuyó á la fuga de la señorita de Herrera y hasta quizá al asesinato del gobernador Enriquez; y segundo porque hoy ha hecho armas contra la santa inquisicion en la cual halló por muchos años una honrada y pacífica existencia.

—Es posible! dijo el inquisidor, bramando de coraje: dices que Andrés empuñó las armas para atacar al Santo-Oficio?

—De esto no os quepa duda, monseñor; yo, que presencié el asalto, yo ví como Andrés se encontraba al frente de las masas y como las impulsaba al asalto. Por mas señas que él fué uno de los revoltosos que dieron los primeros achazos contra la puerta de la cárcel.

—Si realmente es así no tiene perdon de Dios. Entremos en la portería y examinaré por mí mismo á un hombre tan culpable.

Y efectivamente, el inquisidor y el esbirro penetraron en la estancia donde el pobre Andrés habia tenido la desgracia de ocultarse.

# CAPÍTULO LII.

---

**La campana.**

Ya se recordará que el ex-sayon del Santo-Oficio se encontraba allí desde las primeras horas del combate.

Andrés habia sido uno de los primeros en atacar la guardia que se habia parapetado en el vestíbulo; pero, mas desgraciado que sus otros compañeros, habia caido á la segunda descarga y llevado por ese instinto de conservacion que nunca abandona al hombre y temiendo que no fuese estrujado por los mismos que daban el asalto, el ex-sayon se habia refugiado á la portería donde el dolor de su herida le habia hecho perder los sentidos.

Así, pues, Andrés no tenia conciencia de lo que habia ocurrido terminada ya la lucha.

El pobre hombre creyó que se hallaba mortalmente herido, y como por otra parte la gente del pueblo y los que

vivian en la cárcel habian dejado el teatro de aquella lucha, nadie habia acudido en su ausilio.

Por espacio de dos ó tres horas Andrés continuó sin sentido.

El que le hubiese visto oculto debajo de aquella mesa donde el inquisidor le habia percibido, le hubiese confundido con alguno de los cadáveres que yacian en el vestíbulo. Tal era la rigidez de sus miembros y la palidez de su semblante.

Pero aunque su herida era harto grave, estaba muy léjos de ser mortal. Una de las balas disparadas por los mosqueteros de la guardia, habia atravesado uno de sus hombros, pero sin que interesase el corazon en lo mas mínimo.

Así es que transcurrido el paroxismo del dolor ocasionado por su herida, Andrés volvió á recobrar lentamente sus sentidos.

Viendo que todo, en el Santo-Oficio, permanecia silencioso, la primera intencion de Andrés consistió en abandonar la portería, salir de aquella cárcel y pedir socorro al primer transeunte que cruzase por la calle, pero sus fuerzas no obedecieron su voluntad y el infeliz no pudo moverse del puesto en que se habia refugiado.

Habia perdido tanta sangre por la herida, que no le quedaba aliento para dar un paso.

Entonces no le quedó otro medio que continuar en la portería, y de ahí que Arbués le descubriese.

Cuando éste se presentó con el esbirro ante aquel des-

dichado, éste que ya se hallaba pálido, se puso lívido.

Andrés acababa de reconocer al terrible jefe del Santo-Oficio.

Constábale que aquel hombre era cruel y vengativo, y que no le perdonaria ninguna de sus faltas.

—Salid de aquí! le dijo Arbués con voz ronca y severa, y contestad á las preguntas que voy á dirigiros.

—Perdon, monseñor! esclamó Andrés temblando desde los piés á la cabeza y haciendo un esfuerzo por incorporarse.

—Segun tengo entendido, continuó Arbués, vos fuísteis un sayon del Santo-Oficio que proporcionó la fuga á la señorita de Herrera...

—Es cierto, monseñor.

—No contento en dejarla escapar, huísteis con ella dejando abandonada la portería de la cárcel; no es cierto?

—No puedo negarlo.

—Despues, segun me han informado, vinísteis á Sevilla y en vez de pedir perdon al Santo-Oficio por vuestros muchos crímenes, tuvísteis la desvergüenza, la ingratitud, el descaro de uniros al pueblo y hacer armas contra la institucion mas santa y mas sagrada que en la tierra existe...

—Perdon, monseñor, perdon! esclamó Andrés juntando sus manos en actitud suplicante.

—Contestadme: decid si las acusaciones que acabo de formular en contra vuestra, son ó no verdaderas.

—No trato de negarlas; pero vos, monseñor, que sois

misericordioso tendreis compasion de mis descarrios.....

—Es decir que confesais?

—Lo confesaré todo con tal de que vuestra indulgencia me perdone.

—Enhorabuena, dijo Arbués, viendo que se hallaba en camino de descubrir los verdaderos autores del motin. Contestadme: quién os sedujo para tomar parte en la sublevacion de esta mañana? conoceis los que han impulsado al pueblo en el ataque de la cárcel?

—Sí, monseñor, dijo Andrés luego de vacilar un instante porque no queria descubrir á sus amigos.

—Decid su nombre.

Andrés volvió á vacilar.

El inquisidor comprendió que Andrés lo sabia todo, pero que no se atrevia á revelarlo.

—Dudais en obedecerme? preguntó Arbués con voz de trueno.

—Monseñor, dijo el ex-sayon, los que han promovido la sublevacion de esta mañana son los miembros de la Garduña.

—Mentís!

Esta frase del inquisidor fué pronunciada con tanta energía, que Andrés se estremeció desde los piés á la cabeza.

—Los miembros de la Garduña, continuó Arbués, solo fueron, cual vos, unos miserables instrumentos de los enemigos del Santo-Oficio; vos sin duda alguna conoceis los verdaderos autores del motin, pero no los quereis des-

cubrir por consideraciones que yo no comprendo. Esto sin embargo, prosiguió el inquisidor, vos, como ex-sayon de esta cárcel, no ignorareis que aquí existen medios para arrancar la verdad á los lábios de los acusados.

Andrés se estremeció.

No ignoraba que estos medios consistian en la aplicacion del tormento.

Esto sin embargo, no quiso descubrir el nombre de los que habian promovido la asonada.

Entre ellos habia José, y á Andrés le constaba que si el inquisidor le dejaba con vida, el jóven le sacaria de la cárcel.

Andrés guardó silencio.

—No contestais? le preguntó Arbués.

—Ya os dije, monseñor, que yo no conocia á otros autores del motin que los miembros de la Garduña.

—Hola! dijo el inquisidor volviéndose hácia el otro esbirro que permanecia en pié guardando silencio en un ángulo de la portería; llamad á otro sayon y llevadme á este hombre á la cámara del tormento.

Andrés, sin que pronunciara una frase, cayó de rodillas y tendió sus brazos al inquisidor en actitud suplicante.

—Pero éste siguió frio como el mármol é insistió en la órden que habia dado.

El otro esbirro obedeció inmediatamente.

Pasado un instante volvia con otro sayon del Santo-Oficio.

Estos dos hombres cogieron á Andrés que no podia moverse á consecuencia de su herida, y le arrastraron, mas bien que le llevaron á la cámara del tormento.

Pero esta se hallaba en el mayor desórden á consecuencia de la invasion que en ella habia hecho el pueblo.

Las cuerdas, las poleas, los caballetes, los braseros, los torniquetes y todos, en fin, los horribles instrumentos que servian para dar tortura, yacian por el suelo.

Estaban rotos, separados de sus puestos ó encages y era imposible utilizarles.

El inquisidor, que habia seguido á los dos esbirros y á Andrés, contempló mudo y lleno de sorpresa aquellos terribles efectos de la cólera del pueblo, y dijo:

—El destrozo fué grande; pero á la inquisicion no le faltan recursos para que esta cámara vuelva á recobrar su utilidad y su brillo. Lo que siento es que ahora no hay un instrumento donde torturar á este hombre.

É indicó á Andrés que, pálido y tembloroso, aguardaba á que diera sus órdenes.

—Monseñor, dijo entonces uno de los esbirros; si Vuestra Eminencia quiere dar tormento á este desgraciado, aun ha quedado en pié un instrumento que podrá servir á nuestro objeto.

—Cuál?

—La campana.

Y al mismo tiempo el esbirro indicaba con una de sus manos un ángulo de la cámara.

Arbués siguió con sus ojos la direccion que señalaba

el sayon del Santo-Oficio y vió, efectivamente, un singular instrumento que no conocen aun nuestros lectores.

Consistia en una campana de bronce, en cuyo estremo superior veíase un casco del mismo metal.

Este casco se hallaba agujereado en muchas partes, de forma que el paciente podia respirar muy fácilmente.

Mas que un casco era una gran cabeza de bronce que podia contener holgadamente la de un hombre.

Esta cabeza se enroscaba en el estremo superior de la campana, de suerte que se quitaba y ponia á voluntad de los esbirros.

Arbués contempló de una manera sombría aquel singular instrumento cuya prueba se reservaba únicamente á los grandes criminales y dijo:

—Hé ahí un escelente medio para que confiese; la campana es aun mas elocuente que la tortura del agua y del fuego.

—Piedad, monseñor, piedad! interrumpió Andrés, viendo que uno de los esbirros empezaba á desenroscar el casco de aquella gran masa de bronce.

Arbués no respondió y siguió contemplando friamente la maniobra del esbirro.

El casco era tan enorme y pesado que el sayon no tenia bastantes fuerzas para sacarlo de su centro.

—Pronto! pronto! ayúdame! esclamó dirigiéndose á su compañero; no podré sacarlo sin tu ausilio.

El otro sayon corrió á prestárselo, y el casco, no sin

grandes esfuerzos, fué sacado del estremo superior de la campana y colocado en el suelo.

—Ahora, dijo Arbués, coged á este hombre: no pesará tanto como el casco.

Los sayones obedecieron.

—Metedle en la campana.

—Perdon, monseñor, perdon! gritó el desgraciado Andrés.

El inquisidor no contestó.

Dirigióse á los esbirros y les dijo:

—Ved de no estrujarle: ya que no quiere obedecer mis órdenes es indispensable que su agonía sea tan cruel como lenta.

Los dos esbirros metieron al infeliz Andrés debajo de la campana.

—Le pondremos el casco? preguntaron luego al inquisidor.

Éste hizo un signo afirmativo.

Los sayones volvieron á coger aquella gran masa de bronce y la ajustaron sobre la cabeza de Andrés.

Colocado en esta forma no podia hacer movimiento alguno.

Por una parte su cabeza se hallaba sujetada por la de hierro; por otra su cuerpo estaba aprisionado en la grande y enorme campana.

En seguida los dos esbirros cogieron unos estiletes cuidadosamente aguzados y los metieron por entre los agujeros del casco.

Andrés lanzó un grito horrible.

Aprisionada su cabeza en aquella masa de bronce, el desdichado no podia hacer movimiento alguno para evitar las heridas que con los estiletes se le hacian.

Pero estos gritos en vez de conmover á los esbirros, contribuian á estimularles en su sangrienta y cruel obra.

A medida que el desgraciado Andrés se quejaba, el movimiento de sus manos y de sus estiletes iba haciéndose mas rápido, variando de cuando en cuando la direccion de su cruel instrumento, que introducian en los varios agujeros del casco, á fin de que se le pudiese herir en todas las partes del rostro.

Pasado algun tiempo las quejas, los ayes, los gritos de Andrés fueron disminuyendo.

Luego no se oyó mas que una respiracion forzada, entrecortada por algunas maldiciones á Arbués y al Santo-Oficio y con algunas frases de arrepentimiento que se dirigian hácia el cielo.

Transcurrido un cuarto de hora Arbués y los esbirros no oyeron nada.

Entonces dejaron de meter los estiletes por entre los agujeros del casco.

—Por lo visto, dijo el inquisidor, el paciente ha dejado de quejarse.

—Así parece, dijo uno de los sayones; quizá se ha desmayado, como el infeliz estaba ya herido...

Levantad el casco, dijo Arbués.

Los dos sayones dejaron los estiletes en el pavimento

de la cámara y desenroscaron aquella cabeza de bronce.

Entonces se vió una cosa horrible.

Vióse algo parecido á un rostro humano, sin ojos, sin lábios, sin facciones, cubierto por una roja máscara de sangre y acribillado por centenares de heridas.

Era el rostro del infeliz Andrés, el cual ya muerto, no habia podido caer en el suelo, por impedirlo la campana.

Uno de los estiletes habia dado contra una de sus sienes, ocasionándole la muerte.

El mismo inquisidor, que tan acostumbrado se hallaba á esta clase de espectáculos, retrocedió asustado.

Nunca, desde que era jefe del Santo-Oficio, habia presenciado una tortura, que, como aquella, fuese tan repugnante y horrible.

Esto no obstante, hizo un esfuerzo para disimular su emocion, y luego dijo á los sayones:

—Ignoraba que la campana llegase á producir tan rápidos efectos: yo no me proponia matar á este hombre, sino tan solo atormentarle, para que confesara sus crímenes; pero en fin, ya que Dios; en su santa prevision, ha dispuesto de su vida, recemos, hermanos mios, un *Pater-noster* y un *Ave María*, para que le reciba en su gloria.

Y al pronunciar estas frases el inquisidor se arrodilló y murmuró una plegaria.

Los dos sayones le imitaron.

Tal era la costumbre del Santo Oficio: sus ajentes cometian asesinatos para tener el gusto de encomendar al cielo las almas de sus víctimas.

Concluida la plegaria, Arbués se levantó y dijo á uno de los sayones:

—Llamad al escribano del Santo-Oficio, y decidle que estienda una diligencia en la que conste que este hombre ha muerto en el tormento, por no confesar sus crímenes.

Está bien, monseñor, dijo uno de los esbirros.

Y salió de aquella cámara.

—Vos, continuó Arbués, dirigiéndose al otro sayon, me acompañareis hasta la puerta de la calle.

El esbirro se inclinó, y siguió á Arbués, que salió de allí, sin que se atreviese á mirar el rostro de su víctima.

En la cámara del tormento, solo quedó esta última que continuó en pié, roja, lívida, sangrienta y sostenida por aquella horrible campana.

De cuando en cuando, al cruzar por entre aquellos negros y sombríos corredores, Arbués volvió hácia atrás su cabeza.

No parecia sino que estaba viendo el purpúreo y mutilado cadáver de Andrés, corriendo trás él para vengarse.

Por fin llegó á la puerta del Santo-Oficio, y sin decir una palabra al sayon que le acompañaba, subió al coche, y dijo con voz ronca y temblona al criado que aguardaba en el pescante:

—A casa.

El cochero hizo silvar el látigo, azotó el tiro, y el coche partió con la velocidad del rayo.

---

# CAPÍTULO LIII.

**El postrer dia de disimulo.**

En la noche de aquel mismo dia, José se encontraba en su celda.

Sentado frente á una mesa donde se veian algunos libros ascéticos, el jóven contaba unas tras otras, anotando su valor en un papel convenientemente rayado, una enorme cantidad de letras de cambio que acababa de tomar en casa de un banquero judío (1).

---

(1) Ya se sabe que la letra de cambio fué inventada por los judíos; pero lo que quizá no se sabe es que fué inventada en España, con objeto de que los israelitas pudieran trasladar sus capitales y garantizarlos de la avaricia de Fernando de Aragon y de la rapacidad del Santo-Oficio.

Hé ahí como este papel que constituye hoy dia uno de los elementos de nuestra prosperidad mercantil, fué en el siglo diez y seis, un instrumento de ruina para la España, que vió pasar gran parte de sus riquezas á Francia, la Alemania y la Holanda.

Estas letras constituian la fortuna del jóven dominico.

—Corriente, dijo, luego que hubo terminado sus saldos; ahora esto se puede trasladar donde se quiera y con ello tendrán con que vivir esos pobres muchachos.

Luego metió cuidadosamente aquellos valores en una cartera de seda roja, colocó en esta una carta que habia escrito, un anillo que quitó de su dedo, y una trenza de cabellos que guardaba en su medallon.

Ató todo esto con un lazo de seda verde, el cual selló con cera de igual color y en seguida lo metió todo en un bolsillo de su túnica.

Despues cogió un papel sobre el cual escribió en latin lo siguiente:

«Mañana se os juzgará; pero aun no se ha comunicado vuestro arresto al Consejo de la Suprema. Protestad contra esta informalidad del procedimiento, y el Santo-Oficio no podrá menos que atenderos.»

—Esto, dijo para sí el dominico, tiene que entregarse á Juan de Avila antes de que mañana se celebre la audiencia.

Y deslizó el papel bajo su manga.

—Vamos! añadió, soportemos algunas horas la hipócrita cadena, y mi venganza quedará cumplida. No ejecuto mi obra con firmeza? No he servido, dócil y complaciente las pasiones de ese mónstruo que diezma la Andalucía? No he coronado su nombre de una sangrienta aureola, siniestro pabellon que atrae la revolucion y el ódio? No he abierto con mis manos el abismo que ha de ahogarlo todo?

Oh! inquisicion! inquisicion! no he logrado hacerte bastante infame y bastante odiosa en la persona del mas criminal de tus miembros, á fin de que España entera se levante á la señal que yo daré y eche por tierra al insaciable coloso?... No importa; yo haré caer la primera piedra de este edificio donde habita la muerte: el que tenga valor que me siga!

El jóven guardó un instante de silencio.

Despues continuó ocultando su cabeza entre sus manos y con aire del mas profundo abatimiento.

—Oh, Dios mio! qué lucha! que fatiga! Cuándo llegará el instante de reposo? Qué horrible dia!... Aquellos gritos, aquellas llamas!... Por todas partes me siguen... por todas partes veo aquellos rostros lívidos, aquellos aspectos helados... En todas partes veo al que amaba, al que despues de tantos años me grita siempre: Vente! vente! Oh! los muertos participan de la clemencia eterna de Dios y no comprenden que el perdon... Soy acaso criminal porque me vengo?

De pronto el severo rostro del jóven dominico se iluminó por la alegría. Aquel semblante altanero, que parecia ser la viva personificacion de la eterna cólera, sonrió como por mágia y su ancha y serena frente cuyas cejas se hallaban fruncidas, se desarrugó como una blanca tela se desarruga á impulsos de la brisa, y los ásperos y orgullosos lábios del mancebo se dispusieron á nuestro sentir.

Se habia llamado á la puerta.

El dominico abrió.

Era Pedro de Arbués.

Estaba pálido y fatigado; pero como nunca llenaba sus destructores é insaciables instintos, sostenia aun su poderosa energía.

El fraile tomó asiento.

Luego mirando al favorito, que continuaba en pié, en frente suyo, le dijo:

—Amigo mio, todos me hacen traicion.

—Escepto yo, monseñor replicó el dominico.

—Oh! tú no: tú eres mi servidor mas fiel, el único que comprende las necesidades de este corazon feroz que late bajo mi pecho; el único que jamás contrarió mis inclinaciones; el único que me ha servido con el mayor desinterés. Te figuras que no comprendo el egoista celo de los otros? La proteccion que les concedo, el oro que les prodigo, los placeres con que les embriago, son la única garantía de su fidelidad y cariño. Hé ahí porque me sirvió Enriquez, al cual hice gobernador de Sevilla y hé ahí porque me sirven los priores, los consejeros, los obispos á los cuales dí el cargo que desempeñan... Y á pesar de la fidelidad de estos, añadió con rábia Pedro de Arbués, Dolores me ha hecho traicion.

—Qué es lo que importa á Su Eminencia? preguntó José encogiéndose de hombros.

—Qué me importa, dices! Ira de Dios! me importa tanto, que mandaré á galeras los carceleros; haré quemar esos frailes y esos obispos tunantes!

—Y obrareis con conciencia, observó el dominico.

—Sí, añadió Arbués cuya rábia crecia por momentos, sí: por todas partes me veo rodeado por traidores: ayer mismo se encontró un hombre que se atrevió á prender al gran inquisidor y este hombre... este hombre era don Esteban de Vargas.

—No lo ignoro, dijo con frialdad el dominico.

—Sin tí, mi buen amigo, sin tu saludable y prudente ausilio yo no existiria.

—Hice mal?

—Nó, por cierto; y yo, que á veces soy injusto, yo osé irritarme en contra tuya! contra tú que eres el ángel de mi guarda!

—Esto consiste, monseñor, en que la vida de Vuestra Eminencia me es mas cara que la mia, y hé ahí porque quiero conservarla. Oh! añadió el jóven sonriendo de un modo estraño; creed que me es muy preciosa. Mas porqué Vuestra Eminencia se inquieta por la desaparicion de la hija del gobernador? Qué importa á Pedro de Arbués una mujer mas ó menos? Qué importa á un millonario que falte un doblon en su caja? Creed, monseñor, que la verdadera satisfaccion no consiste en esto. Las preocupaciones de los sentidos no sirven mas que para enervar el alma, para ahogar los pensamientos enérgicos, para apagar la fuerza de la voluntad. No hay en Sevilla cabezas sobre que herir? Acaso no teneis en vuestras manos á ese fraile que hace ocho dias arrestasteis...

—Juan de Avila! esclamó Pedro de Arbués; oh! yo t juro que se pudrirá en las mazmorras.

—No hareis lo suficiente, observó José. Este fraile ha propagado doctrinas contrarias á la fé católica, y se hace necesario un ejemplo con el cual triunfe la religion, esta misma religion que constituye vuestro poder y vuestra gloria. El Papa y el rey os lo agradecerán muchísimo: uno y otro abominan la doctrina de Lutero. Mandad comparecer á Juan de Avila; pero con solemnidad, en audiencia pública: dejad que entre en ella todo el mundo y probad á Sevilla, condenándole, que el que se llama apóstol de Andalucía no es mas que un apóstata y un miserable hereje.

A medida que José hablaba, en el rostro de Pedro de Arbués se retrataban de una manera enérgica los diversos pensamientos que le agitaban. El afan de mando y de dominio era su pasion mas fulminante, y de ahí que Pedro de Arbués, oyera con indecible complacencia aquel demonio tentador con figura de ángel que á fuerza de adularle y ser astuto, le dominaba por completo.

—Oh! es cierto, José, es cierto. Yo olvido con frecuencia, dijo Pedro de Arbués, mi verdadera mision en la tierra: me dejo llevar demasiado por los impulsos de los sentidos, por el torrente de mis devoradoras pasiones; el hombre domina al inquisidor y mi temperamento de fuego me arrastra á cometer mil imprudencias. Tú eres muy feliz, José; tú dominas completamente tus pasiones y estás tranquilo como una vírgen. Tú eres el único entre nosotros al cual no se puede reprochar debilidad alguna.

—Monseñor, dijo José, para reinar sobre los otros lo primero que se necesita es reinar sobre uno mismo. El

enemigo mas difícil de vencer es el *yo humano*. Vos no sereis verdaderamente poderoso mas que cuando sabiendo reprimir vuestras pasiones ó caprichos, las sometais sin piedad á las exigencias de vuestra posicion y las domineis por completo.

—Y tú eres el que hablas en esta forma, tú que tantas veces serviste mis inclinaciones ó caprichos, segun tú los llamas?

—Las he servido cuando no han podido perjudicar á Vuestra Eminencia; pero animar hoy dia vuestro loco amor por una jóven que al fin y al cabo es tan hermosa como otra mujer cualquiera equivaldria á haceros traicion. El pueblo está descontento: la tentativa de homicidio que contra vos se hizo es una prueba de ello. No le irriteis, monseñor, persiguiendo sin compasion á dos infelices fugitivos, porque estos dos fugitivos no carecen de partidarios entre el pueblo. Hoy por hoy dejadles que vivan en paz; ya les encontrareis mas tarde. Faltan cruzados (1) en

---

(1) Los cruzados ó *cruciato*, segun dice un historiador de la Inquisicion que ha conservado el anónimo, se dedicaban á la estirpacion de la herejía donde quiera que se encontraba.

Segun el mismo autor, los cruzados formaban una cofradía en la que estaba afiliada gente de todas condiciones: frailes, obispos, soldados, cardenales, mendigos, nobles y todos los pilluelos que no tenian religion ni creencias.

Esta cofradía, segun dice el indicado autor, tuvo su asiento en Portugal; pero nosotros creemos que existió en Italia. En prueba de ello no hay mas que fijarse en la palabra *cruciato* la cual es perfectamente italiana.

España que puedan perseguirlos y cogerlos? Creedme, monseñor: procurad distraer á estas masas turbulentas: adulad al rey y al papa, mostrando estraordinario celo contra los que predican la reforma. Sed, en fin, un soberano espiritual y no un miserable esclavo de una mujer.

—En verdad, José, replicó Arbués, que si yo fuese rey te hiciera primer ministro.

—El ministro seria el primer esclavo de Vuestra Majestad, repuso el favorito.

—Pues bien, sea! dijo el inquisidor con entusiasmo; reprimamos los impulsos de esta indomable carne que me hace débil é indeciso como si fuera un niño. Seamos fuertes para reinar, y á fin de que este reinado sea absoluto, dominemos las pasiones. Una mujer! Qué es una mujer? Qué importa que se llame Dolores ó Paula, que sea hija de un grande de España ó de un gitano? Ella al fin y al cabo no es mas que un miserable juguete indigno de ocupar un puesto en la existencia de un hombre.

—Claro está, replicó José, que al oir el nombre de Paula se habia estremecido; claro está: una mujer solo es digna de que Vuestra Eminencia se ocupe de ella unos minutos: darla mas importancia de la que se dá á un juguete ó á una esclava, seria una gran locura. Así, pues, mañana á mas tardar, vos, monseñor, emplazareis á ese fraile peligroso?

—Sí, mañana sin falta, replicó el inquisidor con viveza. Tengo que defender los intereses de Roma. Esta tiene por enemigos á esos frailes insensatos que reducen

el apostolado á la sencilla observancia del Evangelio, como si este código del catolicismo no fuera una série de alegorías y ficciones que cada papa, cada concilio, cada gran prelado, tiene el derecho de interpretar conforme las necesidades temporales y espirituales del país donde gobierna. Estos novadores é insensatos predican la libertad al pueblo sin ver que es un alimento que le perjudica. Acaso Jesucristo no ha dicho: «Dad al César lo que es del César?» Pero los reformadores esclaman: «Quitad al papa lo que es del papa.» Nó, nó: no lograrán derrocar la silla de san Pedro: la Iglesia obrará contra ellos con una severidad creciente: no es bueno que la cizaña se coma el trigo: diez frailes como Juan de Avila sublevarian la España y concluirian por destruir el poder del Santo-Oficio.

—Vuestra Eminencia se encuentra muy fatigado: despues de tanta agitacion necesita de reposo, observó el dominico.

—Y tú tambien estás cansado, amigo mio, replicó el inquisidor pasando una de sus manos por la calurosa frente del mancebo; pero ya ves... siempre me dejo arrastrar por mis pasiones... Vaya, adios; hasta mañana: voy á rezar mis oraciones para que Dios se sirva iluminarme en trance tan difícil.

El inquisidor se levantó.

El favorito le acompañó hasta la puerta.

—Monseñor, le dijo, pido á Vuestra Eminencia que me permita volver á mi convento donde por tres dias pienso entregarme á la penitencia y al ayuno.

—Enhorabuena; comprendo que necesitas recogerte; pero solo te concedo tres dias: ya sabes que tu compañía me hace falta. El domingo tengo que celebrar misa y predicar en la catedral: procura estar de vuelta á la hora del sermon.

—Os lo prometo, dijo el dominico.

—Entonces hasta el domingo.

—Hasta el domingo, monseñor.

—No te olvides de la cita.

—Quedad tranquilo, monseñor; no faltaré á ella.

José dejó caer trás del inquisidor una gran cortina de terciopelo y luego se abismó en un sillon que habia al pié de su cama, y dijo con indescriptible alegría:

—Ya he concluido! basta de disimulo!

# CAPÍTULO LIV.

---

**Un sacerdote segun el Evangelio.**

Volvamos otra vez á este horrible tribunal donde hemos visto comparecer tantas víctimas; ya asistimos á una de sus mas solemnes é interesantes sesiones.

Aquella hidra de Roma devoraba familias cuyo noble orígen se perdia en la oscura noche de los tiempos; mas no se trata ya de una familia, mas ó menos poderosa, el que vá á sentarse en el banquillo de los acusados y oir la sentencia con la cual se le condenará eternamente á la infamia, no es ningun noble, ni ningun señor poderoso.

La inqiusicion no acusa al poder, la riqueza, la hermosura: acusa á un hombre que es la personificacion de la caridad misma, á un hombre que viste la sencilla túnica del carmelita, para consolar la desgraciada España, al espíritu cristiano hecho carne, para que, tomando esta vulgar forma, el pueblo no pueda desconocerle y negar su existencia;

á un pobre fraile, en fin, que pasa su existencia orando y bendiciendo.

Este fraile era Juan de Ávila.

La inquisicion temia mas sus virtudes que los vicios de otros.

«Quitémonos de encima ese hombre que es la viva protesta de nuestros crímenes.»

Hé ahí lo que la inquisicion se habia dicho.

Ya se recordará que en la noche anterior, José habia demandado á Arbués permiso para retirarse al convento.

Pero en vez de dirigirse á este, segun lo habia indicado, el jóven salió muy de mañana y se dirigió hácia la taberna de la Chapa.

Allí se encerró con el Cuco, en el miserable cuarto donde vivia el alguacil; y el fraile y el hombre del pueblo hablaron largamente en voz baja. José confiándole importantísimos secretos con el mas completo abandono, y el alguacil constituyéndose en su depositario con ese orgullo propio de un inferior lleno de celo y que se siente alegre porque se sugeta su fidelidad á prueba.

Este coloquio duró por espacio de una hora.

En seguida el corchete se dirigió hácia la inquisicion y mostró al carcelero una órden de José, sellada con el sello inquisitorial, para que le dejase penetrar en el calabozo de Juan de Avila, conforme se practicaba con los prisioneros del Santo Oficio.

Se le dejó entrar: dió al fraile el billete de José y luego de haber pasado media hora en el calabozo, se dirigió há-

cia la casa del presidente de la Suprema, al cual entregó un billete del fraile. Desde la mañana habia circulado la noticia de que la audiencia seria pública y que en su consecuencia todo el mundo tendria derecho á asistir á la misma.

Grande fué el alborozo del pueblo y mas de un artesano dejó su trabajo para dirigirse temprano hácia la inquisicion, donde se habia de celebrar la audiencia.

El obtener un puesto en la misma no podia ser mas difícil.

Las audiencias en este tribunal—cuya organizacion no se parecia á la de ningun otro y que procedia, sin regla y sin órden, conforme el capricho de cada inquisidor—las audiencias en este tribunal, decimos, constituian el principal espectáculo de los frailes y de los familiares, que eran los grandes señores del Santo-Oficio. Así es que casi siempre se celebraban á puerta cerrada.

Pero en aquel dia Pedro de Arbués habia cedido á la influencia de los pérfidos consejos de su favorito, obligándole á que celebrara esta audiencia públicamente.

Con esto el pueblo de Sevilla podria ver al consolador de las almas afligidas, al padre de los pobres.

Una muchedumbre inmensa sitiaba las puertas de la audiencia mucho antes de que estas se abrieran. Entre la multitud se veia gente de toda clase y condiciones que deseaban averiguar de qué crímen se podia acusar á un hombre que era modelo de virtudes.

En el momento de abrirse las puertas, la multitud se

precipitó en la audiencia, que no tardó mucho en llenarse.

Gran parte del pueblo se quedó en la calle y en los alrededores del palacio, aguardando con ansiedad á que la sesion terminara para saber el fallo que iban á dar los inquisidores.

Sevilla toda se hallaba conmovido por tan fatal suceso.

Estraviado por los consejos de José, Pedro de Arbués se habia completamente engañado respecto al verdadero espíritu del pueblo.

Así es que cuando se sentó en el sillon de la presidencia, el rostro de Arbués manifestaba gran alegría: en la esperanza de que podria condenar á Juan de Ávila, se habia consolado de la pérdida de Manuel Argoso y de Dolores.

Esta alegría no se escapó á los circunstantes, y el ódio que se le profesaba hubo de aumentarse con la gran veneracion que inspiraba el apóstol.

Por fin, se presentó el acusado.

Su continente, sin ser altivo ni orgulloso, era magestuoso y tranquilo y en aquel rostro, que no habian alterado ocho dias de sufrimientos, reinaba una paz evangélica. Observábase en su frente la dulce y enérgica gravedad del pastor del Evangelio, y al ver que adelantaba en medio de la asamblea con la dignidad y sencillez de la inocencia, llevando sus cadenas como otro podia llevar su cetro; al ver que dirigia en torno suyo una mirada llena de serenidad y de calma, y al ver, en fin que sus ojos se clavaban en el inquisidor, que no obstante su habitual audácia no pudo

sostener aquella acusadora mirada, se hubiese dudado de cual de los dos era el juez, si Pedro de Arbués ó Juan de Ávila.

Este aguardó á que se le interrogara.

Pedro de Arbués, desdeñando las formas ordinarias, sin preguntar su nombre ni su edad, sin proceder con órden ni método, le dijo con imperioso acento :

—Levantaos!

Despues, observando que esta manifestacion de mando no se ajustaba al cargo que ejercia, repitió con voz dulce é hipócrita:

—Levantaos, hermano, y contestadnos.

Juan de Ávila se levantó, ostentando involuntariamente su noble y elevada estatura.

Todos los corazones se hallaban en suspenso, y no obstante la presencia de los inquisidores y de las frases cambiadas en voz baja, un murmullo general atestiguó al apóstol las simpatías del pueblo.

—Hermano mio, prosiguió Arbués; nuestro celo por el servicio de Dios no puede permitir que nosotros olvidemos que vos sois uno de sus ministros y que llevais la sagrada túnica de los levitas, mas por esto mismo nuestra responsabilidad es mayor y nosotros no debemos tolerar en vos nada que pueda alejar á los demás de la estricta observancia de los santos cánones, que son el código de la Iglesia.

—El código de la Iglesia cristiana es el Evangelio, replicó sencillamente Juan de Avila.

—Los concilios hicieron adiciones á este código, obser-

vó el inquisidor: la Iglesia de Jesucristo está en el derecho de continuar la obra de su divino maestro

Juan de Ávila guardó silencio.

El inquisidor aguardaba una respuesta con que pudiese cogerle; pero viendo que aguardaba en vano, prosiguió:

—Hermano mio: encargado como estais de una mision santa, encargado de conducir y guiar las almas por medio de la predicacion; cómo, por el contrario, os esforzais en contrariarlas propagando las reformadoras doctrinas? Ignorais que esto es un crímen de leso-catolicismo?

—Se me acusa de esto? preguntó Juan de Avila.

—En efecto, contestó Pedro de Arbués; este es vuestro crímen, ó, mejor dicho, vuestro error, añadio el inquisidor con moderacion fingida.

El inquisidor volvió á guardar silencio.

Juan de Avila tampoco contestaba.

—Habeis dicho en plena cátedra, continuó Pedro de Arbués, que Dios es igualmente bueno para todos y que reparte con igualdad los beneficios entre los pecadores y los justos.

—No soy yo quien dice esto, replicó el apóstol, sino el mismo Josucristo, el cual lo ha probado con sus palabras y actos.

Jesucristo lanzó el anatema contra los hereges é impíos, replicó el inquisidor.

—Jesucristo no lanzó el anatema sobre nadie: no ha acusado, no ha herido mas que á los hipócritas; á los que cubrian sus vicios con el manto de la religion y las virtu-

des; á los que bajo su rigorismo esterior ocultaban las mas groseras torpezas. Hé ahí los que estigmatizó Jesucristo. Los otros, es decir, los estraviados, los arrepentidos son recibidos por él en su seno y regenerados al calor vivificante de su amor santo y de su caridad divina.

El auditorio escuchaba la discusion con gran recogimiento; el apóstol dominaba la asamblea con el ascendiente de su mágica palabra.

Arbués iba perdiendo su audacia y comenzaba á arrepentirse de haber dado tanta publicidad á la audiencia.

Esto no obstante, la astucia corrió en su ausilio y continuó el interrogatorio con voz firme, lenta, solemne, y con esa dulzura y humildad que tan mal se ajustaba con su altanero é indómito carácter.

—Hermano mio, dijo á Juan de Avila, no es tan solo en vuestros sermones donde os habeis mostrado partidario de la reforma y donde habeis revelado una culpable indiferencia por el culto católico y una tolerancia mucho mas culpable hácia los desdichados hereges que abandonan el manto de nuestra Santa Iglesia....

—No os comprendo, monseñor, observó el apóstol.

—Segun se dice, os rodeais siempre de mendigos, de judíos, de moriscos, y no ignorais que basta pertenecer á una de estas razas malditas para....

—Monseñor, interrumpió Juan de Avila con una sencillez verdaderamente sublime: estas razas viven desgraciadas y constantemente perseguidas y hé ahí por qué las auxilio y protejo: las otras no me necesitan.

Un murmullo de admiracion y simpatías acogió estas frases tan sublimes y sencillas y que retrataban el carácter del apóstol.

El inquisidor comprendió que seria muy difícil condenar á Juan de Avila en presencia del pueblo de Sevilla.

Habia creido que una palabra suya seria lo bastante para anonadarle, y hé ahí que por el solo poder de la verdad, el santo predicador rechazaba victoriosamente aquellas absurdas acusaciones, y él, que solo deseaba vivir en la oscuridad y la modestia, alcanzaba un glorioso triunfo.

Decimos que deseaba vivir en la oscuridad y la modestia, porque la predicacion, esa mision divina, legada por los apóstoles á sus sucesores, no era, para Juan de Avila, mas que un medio para propagar la instruccion y el consuelo, y no un recurso para satisfacer una ambicion mundana.

El humilde carmelita no aguardaba de su elocuencia los honores del episcopado: sus sermones no eran como los de un abogado, no declamaba como un cómico: su elocuencia se parecia á la de San Pablo y san Gerónimo, estas dos columnas de la fé cristiana, estos pastores del católico rebaño que esparcieron en el mundo las semillas de la libertad y la caridad, tesoros divinos, fuente y orígen de las virtudes del hombre.

El inquisidor era demasiado perspicaz para que no comprendiese los sentimientos que animaban á la asamblea; por otra parte conocia la fidelidad del pueblo español y su entusiasmo por la fé católica, no obstante la opresion de que era víctima. Pedro de Arbués comprendia que todas

aquellas sublevaciones que agitaban el país, no se dirigian contra la religion—toda vez que los españoles eran muy piadosos—sino contra sus opresores, contra los que en nombre de esta misma religion, cometian diariamente toda clase de abusos.

Hé ahí, pues, porque buscó el flaco del pueblo, queriendo manifestar que Juan de Avila era un mal católico.

Así es que, dirigiéndose otra vez al acusado, le dijo:

—Nada, hermano mio, es tan doloroso para nosotros como el tener que reprender á un ministro del Evangelio que hasta hoy dia fué ejemplo de virtudes; pero todos somos débiles y mortales: el espíritu maligno vela constantemente y no tarda mucho en cojer al descuidado. No intentaremos penetrar en el misterio que ha producido tan gran cambio; pero debemos advertiros que seis testigos afirman que vuestro espíritu, que era tan profundo y luminoso, se ha dejado seducir por las pestilenciales doctrinas venidas de Alemania. En la sagrada cátedra habeis dicho varias veces que las prácticas esteriores no son de grande importancia: Acaso lo negais? No es esto un principio de la Reforma?

—Lo niego en lo que se refiere á la manera con que asegurais que lo he dicho, contestó Juan de Avila; al denunciarme se han adulterado mis intenciones y mis frases. Dije, monseñor, y lo repito, puesto que lo considero en armonía con el verdadero cristianismo, dije que las prácticas esteriores no son nada si no las acompañan las obras y si no armonizan con la rectitud del corazon y la pureza de las

intenciones. Creeis, monseñor, añadió, fijando su tranquila mirada en el rostro del inquisidor, creeis que puede ser muy agradable á Dios el que un hombre se prosterne en el polvo de las iglesias y manche su alma con toda clase de delitos, con el homicidio, con la venganza, con el adulterio? Agradará á Dios un hombre que dándose golpes en el pecho; grite: «Dios mio, perdonadme!» y que esto no obstante sueña en perder á su enemigo? Agradará á Dios el que diga: «Perdonadme oh, vos, cordero sin mancilla!» y esto no obstante, luego que ha murmurado su oracion se encenaga en toda clase de vicios?.... Agradará á Dios....

—Hermano mio, interrumpió Arbués un tanto desconcertado, pues no parecia sino que aquellos dos hombres trocaban sus papeles, hermano mio: sabeis si el que ruega y llora dándose golpes en el pecho no es mas agradable á Dios por su mismo arrepentimiento que el orgulloso que esclama: «No necesito orar, porque mi alma está pura?»

—Monseñor, replicó el carmelita con voz grave, tranquila, imponente, á la cual la verdad daba una vibracion eléctrica y una autoridad irresistible; yo os suplico que no entremos en estas discusiones teológicas en las que la fé no gana mucho. El pueblo que nos oye es piadoso, creyente y de corazon recto: no se inquieta por la forma mas ó menos abstracta con que se debe encontrar la verdadera observancia de la Iglesia, y yo, á mi vez, no me he cuidado mucho de enseñársela. Yo tan solo he dicho: sed dulces, caritativos y castos porque Jesucristo, nuestro modelo, fué dulce, caritativo y casto. Yo les dije: amaos y socorreos los unos á

los otros, porque todos sois hermanos y sois hijos de un mismo padre. Yo dije esto, no solo á los que pertenecen á la iglesia católica, sino á los que profesan los principios de la iglesia reformada, lo dije á los moriscos, á los judíos convertidos y á cuantos abandonaron por miedo la religion de sus padres. A todos prediqué la misma moral y la misma luz, y con frecuencia, oh! sí, con bastante frecuencia, monseñor, les he visto caer de rodillas y decirme llorando que querian pertenecer á una religion tan dulce; y estos hombres eran los mismos que luego blasfemaron de nuestra religion entre los tormentos que les ocasionaba la hoguera.

—Oh! Dios mio! gritó Pedro de Arbués; este hombre está blasfemando: un sacerdote de Jesucristo se atreve á acusar al Santo-Oficio?

Juan de Avila no respondió á tan hipócritas frases; pero la mirada que fijó en el inquisidor fué tan severa, tan fria, tan incesiva, que el soberbio Arbués no pudo resistir su brillo; él que hacia temblar al pueblo de Sevilla bajó sus ojos ante un sacerdote de la cristiana iglesia y ante el mismo que acusaba.

La mirada de Juan de Avila era un tremendo cargo en que el inquisidor hubiese podido leer todas sus iniquidades, sus condenaciones impías, los crímenes que habia cometido á la luz del dia, sus secretas orgías que eran crímenes mucho mas abominables, y que con frecuencia ocasionaban las primeras.

El auditorio se sentia helado por su miedo: compren-

dia todo el peligro de aquel valor, y esto no obstante, electrizado por las frases del apóstol, entusiasmado, profundamente conmovido, aguardaba con ansiedad el resultado del debate.

Nadie se atrevia á hablar ni á comunicarse sus ideas; pero la atenta muchedumbre se hallaba dominada por un mismo sentimiento: por el deseo de ver salvado al apóstol.

Pedro de Arbués hubo de comprender que con un hombre que con tanta profundidad argumentaba, no era posible el triunfo. Así es que sin llevar la discusion mas léjos, hizo un signo al escribano que habia escrito las reclamaciones del apóstol.

El escribano se las dió y Su Eminencia las leyó como si quisiera escitarse á sí mismo para castigar su audacia. A medida que leia, las cejas del inquisidor se fruncian, y sobre su frente se veia una tempestad de ódio, señal terrible en que un observador hubiese podido leer cosas siniestras.

Luego que hubo concluido tomó el registro donde se habian consignado las declaraciones, y dijo:

—Está bien; las declaraciones de los testigos se hallan muy conformes con lo que contesta el acusado. Todos afirman que el sacerdote Juan, llamado Juan de Avila, fraile predicador de la órden de los carmelitas, se halla en íntimas relaciones con los hereges, luteranos, moriscos y judíos, y que en sus sermones propaga ideas contrarias á la religion católica. Estos testigos juraron sobre el Evangelio que dirian verdad y de consiguiente nosotros hemos

de atenernos á sus declaraciones. Conforme, pues, á las leyes de la muy santa Inquisicion, nos vemos obligados á condenar al sacerdote Juan, á menos sin embargo que el acusado por medio de doce testigos de descargo, pruebe que se le acusó falsamente.

Y al pronunciar estas frases, el inquisidor fijó sus ojos en el banquillo donde permanecia Juan de Avila.

El apóstol no hizo el mas pequeño movimiento; oyó sus frases como si hablase con otro; pero en cambio entre los circunstantes se levantó un gran murmullo, y el banco de los testigos fué invadido por multitud de gente, reputada como hidalga, y de no escasa fortuna, que se disputaba la gloria de salvar la vida al apóstol.

En el salon de la audiencia se veian tantos testigos de descargo como circunstantes.

Al ver que se exponian á la muerte, Juan de Avila hubo de dirigirles una mirada llena de reconocimiento y de dulzura, y con la mano les hizo un signo para que se retirasen.

Su emocion al ver esta prueba de cariño fué tan grande, que ni siquiera tuvo aliento para hablar.

Dos lágrimas deliciosas, dos lágrimas de una beatitud celeste é inefable, cayeron de estos ojos tan tranquilos, los cuales no se habian conmovido sino por el sufrimiento ajeno.

—Es inocente! es inocente! gritaron á un mismo tiempo cien voces.

—Nos dió pan cuando sentimos hambre!

—Nos consoló cuando llorábamos!

—Apaciguó nuestras disputas y devolvió la paz á nuestras familias!

—Bendijo á los amantes y reconcilió á los esposos!

—Es la gloria y la dicha de Andalucía.

Tal era lo que gritaba aquella gente. Era un concierto de bendiciones; un aplauso general mucho mas fuerte que el miedo que el Santo-Oficio inspiraba, algo irresistible y espontáneo.

Aquellos hombres parecian obedecer á una voz que les impulsaba desde el cielo, desafiando el peligro que corrian al defender tan noble causa.

Al ver esta manifestacion general, el feroz Arbués se sintió presa de su ódio vertiginoso y creyó que á fuerza de audacia y de firmeza podria imponer á este pueblo que se habia lanzado á la defensa de tan santa causa; ignoraba que el pueblo, ese terrible enemigo, es tan generoso para los que ama como feroz y desapiadado contra los que ódia y que su cólera se parece á la de las ondas que abisman á cuanto intenta resistirlas.

Resuelto á luchar abiertamente, Pedro de Arbues despreció aquella manifestacion sin que quisiese reconocer la verdad de aquel adagio: *La voz del pueblo es la de Dios.*

La gente que se habia colocado en el banco de los testigos continuaba en pié, exigiendo en alta voz que se oyesen sus declaraciones. El inquisidor no quiso atenderles; pero no atreviéndose á publicar la sentencia y usando de un subterfugio que con frecuencia usaba el tribu-

nal, dijo á los esbirros que permanecian á su derecha:

—Se suspende la sesion: volved el acusado á la cárcel.

El pueblo comprendió lo que esto significaba (1).

Entonces se levantó un clamor general, y muchas voces gritaron:

—Los testigos! los testigos! que se oiga á los testigos!

—Haced despejar la sala, gritó Pedro de Arbués, levantándose.

Juan de Avila se levantó como para seguir á los esbirros, y dirigiéndose al pueblo, le dijo con dulzura:

—Tranquilizaos, amigos mios, tranquilizaos; se me hará justicia; estad ciertos de ello.

---

(1) Cuando en ciertas, aunque raras ocasiones, la inquisicion tenia bastante audacia para hacer públicas sus sesiones, ocurria alguna que otra vez que un acusado tenia el suficiente valor para defenderse con energía: en este caso la inquisicion, siempre astuta, mandaba el acusado á la cárcel bajo el pretexto de que *el tribunal se deseaba ilustrar para hacer justicia.*

Esto era una venganza digna de Neron; el acusado que tenia bastante valor para desafiar la inquisicion escapaba alguna vez á las llamas: pero nunca á la tortura y concluia por morir en los calabozos con los miembros destrozados y el alma llena de desesperacion y amargura.

Algunos años despues de su muerte se terminaba el proceso, el acusado era declarado culpable de herejía y como se suponia que habia muerto impenitente se exhumaban sus huesos, que se quemaban en un auto de fé, su memoria quedaba infamada hasta en sus descendientes y se confiscaban sus bienes.

Llorente cita mas de un ejemplo de este procedimiento horrible: casi todos los que se quemaban en efigie, ó cuyos huesos iban á la hoguera, habian sido víctimas de tan infame injusticia.

Y al hablar así el apóstol, clavó sus ojos en el fondo de la sala, como si esperase la llegada de álguien; pero no viendo lo que buscaba, levantó sus ojos al cielo, y esclamó:

—Cúmplase la voluntad de Dios!

El pueblo seguia murmurando, y algunos con una audacia que no se conocia en aquella época, ni en aquel lugar, se atrevieron á franquear la barrera que les separaba del acusado.

Entonces, postrándose de rodillas ante el que llamaban su padre, besaron sus manos y su traje, no con la humildad del fanatismo, sino con una veneracion verdaderamente filial, y con este profundo respeto que la virtud inspira.

Aquella escena parecia que se iba á convertir en borrasca; pero la inquisicion era discreta y precavida.

En algunos instantes, una triple fila de esbirros completamente armados, y de hombres de la Santa Hermandad, se estendió como una larga boa, al rededor del pueblo, de forma que los circunstantes se encontraron repentinamente envueltos, sin que ninguno de ellos pudiera salir de aquel vivo y apretado cinto.

Iba á trabarse la lucha: el pueblo, lleno de ardor, y de coraje, no se hubiese dejado inmolar sin resistencia.

Juan de Avila, que lo comprendió con una simple ojeada, se estremeció de santa indignacion y comprendió todo el amor que inspiraba.

El peligro que corria aquel heróico y valiente pueblo, le conmovió mas que el suyo propio.

Pedro de Arbués, manteniéndose en pié detrás de su sillon, paseó en la muchedumbre su triunfante mirada, á semejanza del cazador que ha prendido al leon entre sus redes.

Afortunadamente la preocupacion en que se hallaba le distrajo. El inquisidor disponia, efectivamente, de unos cuantos soldados ; pero estos no hubieran sido lo bastante á contener aquel pueblo exasperado por tantos años de opresion y de miseria.

Unicamente Pedro de Arbués, cegado como todos los déspotas, no comprendia el peligro que corria.

Pero en aquel mismo instante la puerta se abrió de par en par, y los soldados y el pueblo abrieron paso con el mas profundo respeto.

El inquisidor palideció: el que acababa de entrar en la sala del tribunal, era el presidente del Consejo de la Suprema, el cual iba acompañado de sus consejeros.

Luego que llegó frente al inquisidor, el presidente se detuvo y se colocó cerca Juan de Avila.

Pedro de Arbués, al ver al presidente de la Suprema, bajó los ojos, pues este le dirigió una colérica mirada, que nada bueno anunciaba.

El presidente se volvió hácia el apóstol, que los esbirros habian ya cogido del brazo para llevarle á la cárcel, y les dijo:

—Desatadle.

Las cuerdas que ataban á Juan de Avila, cayeron como por encanto.

—Monseñor... balbuceó Pedro de Arbués.

—Con qué derecho envolvísteis en un procedimiento á este hombre? Porque no participasteis su arresto al consejo? Sabeis que yo pudiera...

—Es cierto, dijo Arbués, que en el procedimiento se omitió esta formalidad; pero luego...

—Id, dijo el presidente con voz solemne y severa; que no vuelva á suceder otro dia, porque consideraré tal omision como si fuera un crímen. El rey y el Consejo desean que se persiga á los herejes, pero con las formalidades legales, á fin de que nosotros mismos podamos juzgar la culpabilidad de los acusados.

Y luego, dirigiéndose al apóstol, le dijo con afabilidad:

—Vuestra paternidad está libre.

—Gracias, monseñor, dijo Juan de Avila, no esperaba menos de Vuestra Eminencia.

Pedro de Arbués se retiró bramando de coraje. Su reinado habia concluido.

—Viva el señor presidente! gritó el pueblo, y que Dios bendiga al Consejo de la Suprema!

El cándido pueblo lanzó gritos de admiracion y entusiasmo, y hasta vertió lágrimas de alegría por aquel acto de generosidad y nobleza.

Esto ocasionó en Andalucía universal gozo: se creyó que Cárlos V cumpliria sus promesas, y el Consejo de la Suprema conquistó una popularidad inmensa. Verdad es que este gran cuerpo del Estado, compuesto, en su mayor parte, de arzobispos y grandes prelados, mostraba un ex-

traordinario celo por perseguir á los herejes; pero en cambio era muy celoso de su autoridad, y de ahí que hubiese luchado con el inquisidor de Sevilla.

Usurpar ó despreciar sus derechos era una ofensa que difícilmente perdonaba, y esto fué lo que cabalmente hizo Pedro de Arbués, toda vez que arrestó á Juan de Avila sin darle el correspondiente aviso.

Este defecto del procedimiento hirió el amor propio del Consejo y salvó á Juan de Avila (1).

---

(1) San Juan de Avila, nació en 1504, en Almodóvar del Campo, modesta poblacion de la diócesis de Toledo. Su familia era rica, y de gran reputacion en la comarca.

San Juan estudió cánones, y derecho civil en la universidad de Salamanca, para complacer á sus padres que le destinaban al foro; pero su vocacion hácia el sacerdocio era irresistible. Dios le llamaba para las altas funciones del orador sagrado.

Sus padres, no queriendo contrariar su gusto, y viendo sus grandes virtudes, le enviaron á Alcalá de Henares, donde estudió la teología con ardor.

Luego que hubo recibido las sagradas órdenes, Juan de Avila, quiso dirigirse hácia las Indias occidentales, donde, segun decia, se podian conquistar muchas almas. Llevado de esta idea se encaminó á Sevilla, donde lo consultó con el arzobispo D. Alfonzo Manrique; pero éste, que luego fué inquisidor general, hubo de aconsejarle que renunciara á su propósito, y se dedicára á la oratoria.

San Juan, despues de luchar por algun tiempo con su modestia, pasó en práctica el consejo, y luego que comenzó á predicar, y gracias á la sublimidad de su oratoria, á sus evangélicas doctrinas, á su elocuentísimo lenguaje, y á su vida completamente ejemplar, fué saludado en toda España con el nombre de El Apóstol de Andalucía.

Porqué los mas grandes resultados son con frecuencia efecto de las causas mas mezquinas? Esto Dios solo lo sabe.

Cuando Juan de Avila hubo dejado la audiencia, el

---

Pero ni la santidad de su vida, ni la elocuencia de su palabra, ni la pureza de sus doctrinas, le defendió de la profunda envidia de los otros frailes que concluyeron por denunciarle al Santo-Oficio.

Este tribunal calificó de herejía, la tolerancia de Juan de Avila, y como en sus sermones ó discursos no atematizara nunca á los herejes, los moriscos, y los judíos, la inquisicion le persiguió como cismático.

Por fin, sin embargo de la proteccion que le dispensó D. Alfonso Manrique, Juan de Avila, en 1528, fué encerrado en las cárceles del Santo-Oficio donde permaneció cinco años, hasta que en 1534 y gracias á un *defecto del procedimiento*, se le devolvió la libertad, por mas que se le acusara de luteranismo y de iluminismo.

Al acusar á Juan de Avila el Santo-Oficio habia olvidado participarlo al Consejo de la Suprema.

San Juan de Avila falleció en Montilla en 1569 á la edad de sesenta y cinco años. Dejó un gran número de cartas dirigidas á San Juan de Dios, á Fray Luis de Granada y muchos otros de sus discípulos.

Tambien dejó muchos sermones que se imprimieron en 1617 en Holanda.

Formaron un volúmen que yo en 1817 leí en la Biblioteca de Sevilla, pero que actualmente no existe por mas que fuese respetado por los franceses.

El populacho, instigado por los frailes dominicos, quemó este libro con el pretesto de que habia en él los sermones de un *hereje*.

pueblo le cogió en sus brazos y le llevó en triunfo hasta su humilde morada, gritando con entusiasmo:

—¡Viva el apóstol! ¡Viva el rey! ¡Viva el Consejo de la Suprema!

# CAPITULO LV.

### Matrimonio y funerales.

En las cuevas de la Garduña, inmensos subterráneos construidos en la guerra contra los moros para servir de comunicacion al ejército cristiano, permanecian ocultos tres personajes: Estéban, Dolores y Juana.

El cofre en el cual se habia transportado el cuerpo de Manuel de Argoso, habia sido cambiado por un gran féretro de cedro que habian proporcionado los garduños.

La mayor parte del oro que Estéban habia podido salvar de su fortuna que debia heredar el fisco, habia servido para estos gastos (1).

(1) Cuando un ciudadano, sospechoso ó acusado de herejía abandonaba la España, todos sus bienes eran inmediatamente confiscados en provecho de la inquisicion y del rey; pero como aquella tenia mas importancia que este, el rey, de estos bienes, no cogia mas que la cuarta parte. El resto pertenecia al Santo-Oficio, y de ahí que quemara al desterrado en efigie y escluyese de la heréncia á todos sus parientes y amigos.

Nadie era mas fiel que los garduños cuando se les pagaba.

El féretro que encerraba los mortales restos del que habia sido gobernador de Sevilla, se hallaba en una de estas cuevas, sostenido por escabeles de madera.

El rostro del difunto permanecia descubierto y se habia revestido su cuerpo con una camisa de tela de Holanda.

Manuel de Argoso tenia las manos cruzadas sobre su pecho, y sus párpados se hallaban completamente cerrados.

La muerte habia dado á aquel rostro, donde se pintaba el sufrimiento, una serenidad increible.

José, en esta circunstancia, no habia abandonado á sus amigos.

Juana, la vieja nodriza del dominico, Juana tan animosa y tan fuerte, estaba al lado de Dolores, y recibia en su seno las lágrimas de la doncella.

Por su parte, Juan de Avila, el cortesano de todos los infortunios, Juan de Avila, que sabia por la Chapa lo que habia sucedido, habia corrido á la Garduña.

Su inesperada visita habia sido para Estéban y su prometida esposa, un dulce é inesperado consuelo.

Eran las doce de la noche.

Juan de Avila y José, arrodillados cerca el féretro, rezaban la oracion de los difuntos.

Dolores sollozaba á algunos pasos; pero ni Estéban ni Juana se atrevian á consolarla: se contentaban en llorar con ella.

En aquel solemne momento se daba el último adios á

la muerte: en el supremo instante en que aquel que habia amado tanto Dolores, iba á volver á la nada.

En una de las estremidades de la cueva se levantaba, como un altar, una mesa de madera donde se veia un enorme crucifijo.

Dos candelabros de maciza plata, que eran propiedad de Mandamiento, sustentaban, cada uno, tres bujías de amarillada cera, y una pila de agua bendita ostentaba un ramo de siemprevivas.

Hé ahí todo el lujo con que se habia adornado la cueva. La plata de los candelabros reflejaba en aquel lugar triste y solitario un brillo fúnebre y sombrío, y la efigie del Cristo, blanca, dulce y con la cabeza inclinada, parecia llorar con los afligidos que permanecian de hinojos ante ella.

El grave y sonoro acento de Juan de Avila, se distinguia por su uncion eminentemente cristiana, y se mezclaba con el de José, que era mucho mas juvenil y mas dulce.

De cuando en cuando los sollozos que, no obstante sus esfuerzos por contenerles, se escapaban del pecho de Dolores, se mezclaban con la salmodia de ambos frailes.

Estos funerales, ajenos á la pompa y el ruido que les presta el mundano orgullo, tenian algo de conmovedor y profundo, debido, principalmente, á la necesidad en que estaban de celebrarlos en aquella hora de la noche, en aquel lugar desconocido, y al abrigo de todas las miradas.

Aquella pobre jóven obligada á refugiarse en un antro de malhechores á fin de tributar los postreros obsequios á

su padre; aquellos dos frailes de los que uno de ellos acababa de escapar al Santo-Oficio, y el otro pertenecia á este último; aquella pobre anciana, estraño y particular personaje, creado, tan solo, para aliviar el sufrimiento ajeno, tan indiferente parecia á su propia suerte; todo esto se hallaba revestido con algo escéntrico y misterioso que se parecia á una leyenda ó una novela.

Los siglos quince y diez y seis fueron tan fecundos en sangrientos y horribles dramas, que sin la autoridad de los cronistas que vivieron durante aquellas desgraciadas épocas, los cuales eran demasiado honrados para no escribir la verdad; sin la autoridad de estos cronistas, repetimos, no se creeria la realidad y certeza de aquellas inverosímiles y dramáticas historias.

Lo que describimos, solo era un incidente de aquella tragedia, cuyo desenlace se ignoraba.

De todos los personajes que habia en la cueva, Estéban era quizá el que sentia mas tristeza.

Al dolor que le causaba la muerte de su padre, se añadia la triste y amarga conviccion de que no podria luchar por su pátria.

Comprendia, lleno de desesperacion, que no representaria ya el papel de libertador de España, y en su dolor profundo entraba menos el amor propio ó el humano orgullo que la compasion que le inspiraban su pátria y las víctimas de la insaciable ambicion del poder real y del clero.

En sus ideas de libertad y de progreso, Estéban mas de una vez habia soñado en libertar la España, y en aquel

instante veia que tardaria mucho en emanciparse al despotismo.

Hé ahí, pues, lo que arrojaba sobre su frente un velo de inesplicable tristeza, la cual no era bastante á disipar el mismo amor de Dolores.

La vida de la mujer se halla reconcentrada en el amor, pero el hombre de carácter varonil y enérgico, abraza un horizonte mas vasto: al mismo tiempo que el amor, existe en él un sentimiento que hace vibrar todas las cuerdas de su alma; el de la pátria.

El nombre de pátria resonaba como un toque de agonía á oidos del jóven conde de Vargas; la lúgubre salmodia de los frailes, el terrible *De profundis* que llena el alma de angustia, era para él, el último grito de su oprimida pátria, el adios supremo que desde el fondo del abismo en que estaba sumergida, le enviaba la España.

De cuando en cuando, Juan de Avila, interrumpia sus oraciones para echar sobre el cuerpo de D. Mauel, el agua bendita que debia purificarlo; en seguida se arrodillaba cerca José y continuaba en las honras fúnebres.

En el tiempo que duró esta triste ceremonia, Estéban, con la cabeza apoyada en sus dos manos, no se volvió nunca, pero cuando Juan de Avila hubo pronunciado los últimos versículos de la oracion de los difuntos, se levantó, se acercó á Dolores, y entonces comprendió que el amor hácia su pátria no era lo bastante á eclipsar el que tenia á su prometida esposa, y el velar por ella, el hacerla feliz, equivalia para él á un deber sagrado.

En aquel momento entraron dos garduños para llevarse el féretro.

Dolores comprendió que, por fin, habia llegado el instante supremo; y como á pesar de lo dulce de su carácter se hallaba dotada de una de esas voluntades enérgicas que saben dominar hasta el dolor, avanzó con firme paso hácia el fúnebre lecho en que descansaba su padre.

Estéban quiso detenerla.

—Dejadme, dijo la doncella, rechazándole con dulzura; dejad que le dirija un adios postrero.

Avanzó hácia el féretro, postróse de hinojos, inclinó los lábios sobre aquella frente pálida, la besó por tres veces, y levantándose con energía se sentó en un ángulo de la cueva.

Las fuerzas que por unos instantes la sostenian, la abandonaban, y Dolores ocultó la cabeza entre sus manos para no ver nada de lo que ocurria en torno suyo.

Estéban y Juana no la perdieron de vista.

Los garduños, observando toda clase de precauciones, cogieron el féretro y lo llevaron á una cueva que se hallaba mas profunda y mas oculta.

Cuando hubieron dejado el féretro en el suelo, dos ancianas coberteras se apoderaron del cadáver.

Estas horribles criaturas, que solo vestian harapos, arremangaron su jubon hasta el codo, permitiendo ver unas manos y unos brazos surcados por grandes venas azules.

Sus raros y grises cabellos formaban una especie de

moño atado por un lazo negro que se habia convertido en gris por la grasa y el polvo de que estaba revestido.

Estas viejas empuñaban un cuchillo recientemente afilado.

En medio de la cueva se habia colocado una mesa.

Las coberteras dejaron en ella el cuerpo del ex-gobernador de Sevilla, y comenzaron su obra.

Y semejantes á las aves de rapiña que viven sobre los cadáveres, estas viejas abrieron en canal aquel cuerpo como lo hubiese podido hacer un anatómico, y luego le sacaron el corazon y las entrañas con una destreza increible.

Las entrañas fueron recogidas por dos guapos, que las colocaron en el féretro, en medio de yerbas aromáticas; luego todos los garduños que se hallaban presentes se arrodillaron en torno de la fúnebre caja, murmurando algunas oraciones, hasta que por fin se le descendió á otra cueva.

Durante este tiempo una de las coberteras habia colocado el corazon en una caja de plata luego de haberlo embalsamado con sustancias aromáticas que conocian tan solo los gitanos, y una de sus compañeras habia lavado el cuerpo con líquidos perfumados.

Luego de haberlo secado con una tela muy fina, estas dos mujeres lo estendieron sobre un lienzo de amianto, cosa muy rara en aquel tiempo, pero que era vulgar á los gitanos.

Dispuesto así el cadáver, las coberteras se arrodillaron y volvieron á sus oraciones echando sobre él, y con una

rama de cedro, agua perfumada, pronunciando ininteligibles conjuros; fórmulas estrañas, pertenecientes á todos los ritos y acomodadas á sus hábitos por una supersticion ignorante, donde se observaba algun escepticismo.

Nada tan horrendo como el ver aquellas horribles viejas arrodilladas ante aquellos restos humanos, invocando un Dios ó un desconocido diablo de que no tenian conciencia, ó mejor dicho, recitando por costumbre frases incoherentes y estrañas.

Parecian cadáveres envolviendo en su mortaja á otro cadáver.

Los garduños esperaban tranquilamente que concluyesen.

Pasados algunos instantes, se levantaron.

Una de ellas entregó la caja donde habia metido el corazon, diciendo:

—Guardadlo.

Despues, en fin, aquellas dos sibilas, provistas de tijeras y agujas, envolvieron el cuerpo en la tela de amianto, lo cosieron por todas partes con un hilo que se arrancó al tejido de la tela, y viendo que se hallaba perfectamente cosido, se volvieron á los garduños, diciéndoles:

—Ya hemos concluido.

Entonces llegó su turno á los guapos.

En medio de la cueva se habia abierto una fosa en forma de cruz, cubierta con un emparrillado de hierro.

La parte de la fosa que representaba el tronco de la cruz, se habia llenado con carbon; la que formaba los bra-

zos debia servir de conductor para el aire, de suerte que pasando alternativamente del uno al otro lado y abandonando el oxígeno, alimentaba la combustion constantemente. Y en efecto; el carbon que llenaba la fosa, estaba ya encendido, y por la mucha cantidad que habia del mismo, se podia decir que llameaba y no que ardia.

En el subterráneo se habian improvisado algunos conductores de aire con objeto de que el gas no asfixiara á nadie.

Los dos garduños que habian cogido el cuerpo, lo colocaron sobre el emparrillado, cuyos hierros se confundian con el carbon, por su color rojizo.

No bien el cuerpo fué depositado sobre la lumbre, cuando se levantó al rededor suyo una llama, bien como si quisiese devorarle.

A medida que el fuego consumia el cadáver, la tela de amianto se ponia blanca y brillaba en aquel brasero como si fuese plata que se funde.

De pronto, al gas ácido-carbónico, se mezcló un olor fuerte y desagradable.

Solo los gitanos podian resistirlo.

Estos no se impresionaron lo mas mínimo y con una sangre fria indescribible aguardaron á que el cuerpo se convirtiese en cenizas.

En seguida cogieron la tela de amianto, que se habia puesto muy flexible y se parecia á un talego casi vacío, y luego que estuvo fria, vaciaron en un saquito de cuero todas las cenizas.

Concluida esta operacion, uno de los garduños que por órden de Mandamiento la habia dirigido, dijo cogiendo el saquito:

—Yo cuidaré de esto: dad la caja de plata á Garabato, añadió indicando al favorito de Mandamiento que ya vimos figurar al principio de este libro.

La cobertera que habia embalsamado el corazon, dió á Garabato la cajita.

Luego, en fin, otros dos garduños echaron una gran cantidad de tierra sobre la fosa, y todo quedó arreglado.

La ceremonia habia concluido.

Mientras se celebraban tan estraños funerales, ocurria en otra de las cuevas una escena de un cáracter muy distinto.

Despues que los garduños se hubieron llevado el féretro, Juan de Avila se acercó á la hija del gobernador que, conforme dijimos, se habia sentado en un ángulo de la cueva ocultando la cabeza entre sus manos.

Cuando el apóstol se encontró cerca de ella, pronunció su nombre con dulzura.

Dolores, al oir que aquella voz amiga la llamaba, levantó su rostro bañado en lágrimas.

—Hija mia, la dijo Juan de Avila: vuestro dolor es santo, y yo participo del mismo; pero en nombre del que llorais os ruego que procureis tranquilizaros: no habeis cumplido aun vuestros deberes.

—Qué he de hacer? pregunto la jóven con esa estupidez en que el dolor nos sumerge.

El apóstol cogió su mano con dulzura y ayudándola á levantarse, la condujo hácia Estéban que no se acercaba á ella por respeto y se mantenia en pié, á cierta distancia, con los brazos cruzados en el pecho.

Al ver que el apóstol y su prometida esposa se acercaban, el jóven adelantó unos pasos.

Entonces Juan de Avila colocó una mano de Dolores en otra del mancebo, y dijo con dulzura:

—Es la voluntad del que ha muerto.

—Y la mia, dijo Dolores con noble franqueza.

La casta doncella era demasiado virtuosa para que recurriese á ese pudor convencional que dicta á muchas mujeres, frases que luego desmienten sus actos.

Estéban cogió con transporte la mano de Dolores.

José les miraba en silencio y en sus ojos, mas brillantes que de costumbre, se veia cierta fiebre, cierta especie de delirio.

—Hermano mio, dijo Juan de Avila dirigiéndose al dominico, vos bendecireis á nuestros amigos.

José levantó bruscamente su cabeza, como si estas frases interrumpieran de pronto el sueño en que se hallaba sumergido.

—Yo? dijo con amargura; yo he de bendecir la union de estos dos niños? Nó, padre mio, nó; esto no es posible. Es uno de vuestros derechos y yo no quiero usurparlo, añadió bajando sus ojos ante la profunda mirada de Juan de Avila.

—Hágase conforme deseais, replicó el apóstol; venid, hijos mios, que os daré mi bendicion.

Y arrastró consigo á los dos jóvenes.

José y Juana se acercaron y cambiaron algunas frases en voz baja.

Juana secó una lágrima que rodaba por sus hundidas y pálidas megillas.

Cuando llegaron á la mesa donde estaba el crucifijo, Estéban y Dolores se arrodillaron.

Los dos llevaban en sus dedos un anillo nupcial, que cambiaron, y Juan de Avila los bendijo.

Luego de las preguntas de costumbre, que eran por decirlo así, la fórmula del matrimonio, el franciscano pronunció las sacramentales frases.

Durante este tiempo: arrodillados uno al lado de otro, los dos jóvenes oraban, y no obstante su recogimiento y tristeza, un rayo de dicha iluminaba, por decirlo así, su rostro como si el porvenir de uno y otro se confundieran en uno solo.

Dolores se hallaba pálida y conmovida: habia sido víctima de tan horribles sucesos, que dudaba si se encontraba ó no sugeta á una de esas crueles decepciones que desde algun tiempo presidian su existencia. Pero cuando apoyó su mano en la de Estéban, y cuando sintió que era dulcemente apretada por el hombre que habia de ser el guia y sosten de su debilidad y flaqueza, Dolores clavó en el jóven una mirada celeste, sublime, mucho mas elocuente que lo que hubiese podido decir con la palabra

Cuando se levantaron los dos jóvenes, se habian unido para siempre.

José entonces se dirigió hácia ellos y les dijo en voz conmovida:

—Ahora, amigos mios, partid, sed felices y no os separeis jamás.

En aquel instante llegó al subterráneo un garduño.

Enviado por Mandamiento queria saber si éste se podia presentar á sus huéspedes.

—Que entre, dijo el apóstol.

Mandamiento se presentó con su acostumbrado aplomo.

—Todo se halla dispuesto para la marcha de sus señorías, dijo, que podrán ir en dos valientes mulos que guiarán mis garduños. Hé ahí la consigna, por medio de la que sus señorías podrán encontrar en todos los pueblos y ciudades, á los hermanos de la Garduña, que en vez de perjudicarles les prestarán su proteccion y ayuda.

Y al mismo tiempo Mandamiento entregaba á Estéban un pedazo de pergamino en el que se veian algunas frases que se hallaban casi ilegibles.

Era el santo y seña que debia proteger la huida de los desterrados á través de las sendas y caminos de España (1).

---

(1) Los garduños y luego de su destruccion, los bandidos de España, tenian en casi todas las poblaciones y ventas de España, hombres autorizados por ellos, para sacar cierta contribucion á los viageros, á los que daban en cambio un santo y seña, con el cual se ponian al abrigo de cualquier atentado en un radio de tantas ó cuantas leguas.

En 1823, cualquier viagero que no quisiese ser incomodado en el trayecto de Madrid á Cadiz, no tenia mas que viajar en las galeras

Hé aquí, añadió Mandamiento, los dos hermanos que deben acompañaros; son tan bravos como leales.

E indicaba al mismo tiempo al guapo y al hermano pospulante que se habian encargado de los restos mortales de Argoso y que en aquel momento se encontraban en la cueva.

—Dónde nos encontraremos, padre mio? preguntó Estéban á Juan de Avila.

—En Cádiz, respondió el apóstol; yo llegaré á esa ciudad el mismo dia que vosotros; pero no es conveniente que vayamos juntos: seguiré otro camino.

—Y vos, amigo mio? preguntó Dolores al jóven dominico.

---

de Pedro Ruiz; pero el asiento valia tres ó cuatro veces mas que la diligencia, y fuera de esto, el viagero tenia que pagar el cinco por ciento de todos los valores que llevaba. Mediante este arreglo, el viagero no debia temer á los ladrones.

En Estremadura, en Mérida, el ventero de las *Tres Cruces*, daba el santo y seña pagando media onza de oro.

Al cruzar el Confesionario, punto donde nadie cruzaba sin correr el riesgo de ser robado, los bandidos se presentaban al viajero, le ataban y le echaban de boca al suelo, pidiéndole la bolsa ó la vida; pero si el viagero les daba el santo y seña, los bandidos dejaban de apuntar sus trabucos, se quitaban el sombrero y decian con cortesia al viagero:—Vaya su merced con Dios, caballero.

En 1822, yo pagué media onza de oro al tio Alejo, que me dió por santo y seña dos palabras latinas: *Vade retro!*

Estas dos frases, apaciguaron á cuatro desharrapados que me detuvieron en el Confesionario, con cuatro aldeanos mas inofensivos que corderos.

—Yo! haré lo que mejor plazca á Dios, contestó José con amargura.

En el momento de separarse de los jóvenes, con los cuales hasta cierto punto habia confundido su existencia, José que era de un alma estraordinariamente impresionable, se sintió muy conmovido.

—Esto no obstante, acostumbrado á dominar sus sensaciones, volvióse hácia Juana y le dijo con voz dulce:

—Tú tambien vas á partir, no es cierto mi querida nodriza?

—Yo! esclamó Juana; yo partir si tú te quedas?

—Pronto me reuniré á vosotros, dijo el dominico con una volubilidad que ocultaba muy mal su emocion; es necesario tambien, Juana, que nosotros abandonemos la España; nadie está aquí seguro.

—Lo que es yo no partiré sin tí, dijo la anciana.

—Pues yo quiero que te vayas, añadió con serenidad el dominico.

Pero se hallaba tan pálido, sus ojos, ordinariamente tan brillantes, se habian humedecido tanto, que al primer golpe de vista se conocia que estaba sufriendo una gran lucha.

—Al oir las frases de «yo quiero que te vayas» Juana inclinó su cabeza y dijo con humildad:

—Pues bien, partiré.

—Oh! esclamó Dolores, tanto mejor: así José concluirá por seguirnos.

Las fuerzas del dominico se iban perdiendo por instan-

tes; sus manos temblaban como si estuviesen agitadas por una convulsion nerviosa y el gran poder que sobre sí mismo ejercia el dominico, no era bastante á sugetar el movimiento de sus párpados que se contraian de un modo involuntario.

Esto no obstante la fuerza moral triunfó de la naturaleza física.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo, el jóven tendió su mano á los dos esposos, la apretó convulsamente, y luego se arrojó en brazos de Juana, donde vertió algunas lágrimas que habia reprimido hasta entonces.

—Hasta luego, Juana; no tardaremos mucho en encontrarnos; queda tranquila, dijo el dominico.

—Así lo espero, hijo mio, replicó la anciana.

Todo se hallaba dispuesto.

—Señores, dijo Mandamiento, despachad pronto; solo podreis hacer unas dos leguas hasta que el dia llegue; pararеis en un lugar donde encontrareis hermanos, y donde pasareis todo el dia, pues ya sabeis que únicamente podreis viajar de noche.

La caravana partió.

José y Juan de Avila, quedaron solos.

—Padre mio, el dijo el jóven dominico; antes de partir bendecidme.

—Hijo mio, le dijo Juan de Avila sorprendido ante las singulares maneras que habia desplegado el mancebo; la condesa de Vargas, no era hoy la que se hallaba mas triste entre nosotros.

—Oh! nó, replicó José con amargura; y ya que Dolores no necesita de vuestro ausilio, os ruego, padre mio, que roguеis por mí.

—Que Dios te bendiga y te consuele! esclamó el monje con voz dulce y compasiva.

José entonces vió que iba á confiar grandes secretos al apóstol, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, le dejó bruscamente, y se dirigió hácia la casita de Juana.

# CAPÍTULO LVI.

---

**La justicia de Dios.**

Habian pasado tres dias en que Juan de Avila se habia milagrosamente salvado.

En la casita de Juana en medio de la sala baja donde por lo comun la nodriza de José tenia la costumbre de pasar sus largos dias, veíase al jóven dominico.

Sentado en un divan bordado por las manos de Juana, José pálido y trastornado se habia negligentemente apoyado en las almohadas.

Su blanca y diáfana mano sostenia su cabeza harto cansada: dos azuladas aureolas rodeaban sus fatigados ojos: una exaltacion sombría una profunda y sola idea daba á sus negras pupilas una fijeza espantosa mientras que un estremado abatimiento físico postraba todos sus miembros.

Desde la partida de Dolores y de Estéban, José habia permanecido solo en esta desierta casa: hacia ya dos dias que no comia nada.

Y sin embargo no se crea que esto fuese el resultado de un mal entendido ascetismo ó de sus fanáticas ideas: en los dos dias y dos noches que acababan de deslizarse, los lábios del jóven fraile no habian pronunciado una frase.

Hacia ya mucho tiempo que José no oraba.

En su cabeza hervia un inmenso caos de ideas entre las que dominaba una que se reproducia en mil formas, pero sin lógica ni órden, era como un mónstruo de cien cabezas, como una hidra devoradora que le dirigia á un mismo tiempo sus mil lenguas inflamadas para alucinarle y rendirle á la fatiga.

Durante aquellos dos mortales dias, el dominico vió cruzar ante sus ojos las cosas mas terribles, las escenas mas fantásticas: ángeles y demonios, risas y lágrimas y una blanca paloma llamada la verdad, sacudiendo con horror sus ensangrentadas alas y remontándose hácia el cielo despues de echar sobre la tierra una mirada inmensa de tristeza.

Luego el jóven se entretuvo con un ser invisible y hermosísimo que le llamaba por su nombre y que algunas veces levantaba con dulce y acariciadora mano sus fatigados brazos, diciéndole:

—Vamos.

José, hacia un esfuerzo por levantarse y seguir este sér querido que le llamaba; pero entónces una mano de

hierro se apoyaba en su débil brazo y forzándole á tomar asiento, le grita con voz débil y ruda:

—Aun no es tiempo!

Cuando esto oía el jóven ocultaba la cabeza entre las almohadas de terciopelo á fin de escapar á la cruel vision; despues se levantaba desesperado y furioso: una funesta alegría iluminaba su rostro, sus dientes chocaban de una manera convulsiva y con su débil y nerviosa mano estrechaba, lleno de furor, un puñal con mango de ébano, cuya delgada y afilada hoja tenia el brillo y el temple de un diamante.

Acababan de dar las nueve de la mañana.

En aquel instante los ojos del dominico se fijaron sobre un bordado comenzado por Juana, obra maravillosa que habia distraido los ratos de ócio de la pobre y triste anciana.

El lienzo continuaba sobre el telar y la aguja que aun guardaba algunas hebras de lona, parecia aguardar á la que, bajo sus débiles manos, habia hecho nacer aquellas brillantes flores, aquellas doradas palmas, cuyas hojas parecian estremecerse al impulso de la brisa.

Al ver aquel bordado el pecho del jóven fraile se llenó de tristeza y el dolor concluyó por humedecer sus ardientes ojos hasta que, por fin, depositó un tierno beso en aquella tela insensible.

—Pobre Juana! esclamó, tambien yo he hecho pedazos tu existencia! Oh! yo quisiera verte aunque no fuese mas que por una hora; yo quisiera apoyar mi cabeza en el seno

José.

que me ha alimentado. Yo no quisiera vivir solo, añadió con voz que destrozaba el alma y paseando una mirada en la solitaria estancia. Y sin embargo, continuó, he obrado muy bien sustrayéndola al peligro; ahora se encuentra libre; mi triste existencia no pesará ya sobre la suya; la he dado amigos que serán sus hijos... Pobre Juana! oh! y cuánto llorará cuando sepa que no volverá á verme!

José miró la clepsidra, la cual no encerraba mas que unos cuantos granos de arena.

—Oh! dijo, el tiempo! el tiempo!... El tiempo se lo lleva todo: el dolor y la alegría, la juventud y la belleza, la gloria y las grandezas... Solo una cosa le resiste: el ódio... el ódio, que el hombre se lleva hasta el dintel de la tumba, despues de haberle devorado toda su existencia!... Vamos, prosiguió lanzando un gran suspiro, bien como si hiciese un último esfuerzo para romper los últimos lazos que le retenian aun en la vida; vamos, todo ha concluido en la tierra; otro mundo me reclama:.. ha llegado ya la postrer hora!...

Y durante este monólogo el jóven ajustó su túnica á su cuerpo, se envolvió en su manteo y luego cogiendo una botellita que encerraba cierto licor confeccionado por Juana, se lo tragó de un sorbo.

No bien lo hubo bebido, cuando su pálida frente se tiñó de púrpura: sus ojos, casi apagados, volvieron á reanimarse, su pulso se hizo firme y sintió, en fin, que una nueva vida circulaba en todos sus miembros.

El reloj soltó su postrer grano de arena y al mismo

tiempo la campana de la catedral llenó con su potente voz el espacio: acababa de terminar la misa.

—Esta es la hora! balbuceó el fraile.

Y se lanzó fuera de la puerta sin volverse.

Era la hora de la cita convenida con Pedro de Arbués.

José anduvo con rápido paso y su mano derecha, oculta bajo su túnica, apretaba con fuerza el mango de su puñal.

El dia era admirable: un sol brillante iluminaba el cielo de un azul muy vivo; el calor empezaba ya á sentirse y las calles inundadas de luz, se veian frecuentadas por el pueblo.

Salíase de los divinos oficios y todo el mundo se dirigia á su casa.

Aquellos rostros andaluces, tostados por el sol, donde, así por el color como por la sangre, se adivinaba la raza árabe; aquellas lindas manolas, de flexible y voluptuoso talle; aquellos coquetones y elegantes majos; todo aquel pueblo tan espansivo y tan alegre, llevaba en su frente el sello de la servidumbre y el sombrío fastidio del miedo.

Aquellos ojos que chispeaban llamas, permanecian con frecuencia velados bajo sus inmóviles párpados, y aquellos lábios, que estremecia el amor y el deseo, continuaban mudos y silenciosos.

Aquellos poetas populares, cuyos versos conservan aun tan oriental colorido, dejaban madurar en su seno la inspiracion y la alegría: el pueblo no osaba cantar; no se

podia dar un paso en la calle sin encontrar muchos frailes y cada fraile era un espía.

José cruzó por entre la multitud sin verla, doblando el paso al objeto de llegar mas pronto y mirando con fijeza hácia delante como si persiguiera una sombra.

Algunas manolas, viéndole cruzar con tanta rapidez, se detuvieron sorprendidas.

—Donda vá con tanta prisa, el favorito del inquisidor? murmuró por lo bajo una de ellas; vá pálido como un difunto y se diria que vá al patíbulo.

—Cállate! dijo una vieja; esto no te concierne: *en cosas de la inquisicion, chiton!*

Las jóvenes bajaron la cabeza y se estrecharon unas contra otras como cervatillos asustados.

Cuando José llegó frente á la catedral, no habia nadie en la esplanada; pero oíase á lo léjos y en las calles adyacentes el monótono rumor ocasionado por el andar de la gente.

El jóven dominico entró entonces en la basílica.

En esta aun se sentia un fuerte olor de incienso.

Una ténue luz filtraba por los vidrios de colores que adornaban las ojivas y en medio de aquella claridad dudosa, veíase una gran lámpara de plata que colgando de la bóveda arrojaba una viva y temblorosa llama que por instantes se lanzaba hácia la cúpula.

Aquí y allí, sobre las frias baldosas, veíanse algunas mujeres que permanecian de hinojos dándose golpes al pecho.

Al verlas envueltas en sus negras mantillas y puestas de rodillas sobre las tumbas de la iglesia, se las hubiese tomado por almas en pena que trataban de reconquistar el cielo.

Otras veces, al observar su inmovilidad completa, se las hubiese tomado por las estátuas cinerarias de aquellas mismas tumbas en que permanecian arrodilladas.

Mas hácia allá, en la abside y cerca el altar mayor reinaba la soledad mas completa. Unicamente, bajo el rayo de luz que cayendo desde lo alto iluminaba aquel lugar misterioso y oscuro, se llegaba á distinguir la forma indecisa de un fraile dominico que permanecia arrodillado en las gradas del altar.

Los cirios de este seguian ardiendo y el olor de la perfumada cera, mezclaba su dulce aroma á la del incienso que se elevaba aun en llamas y trasparentes nubes.

Un enorme Cristo de plata estendia sus dos brazos en la cruz con una resignacion infinita.

En un inmenso cuadro veíase tambien á una Vírgen con el niño Jesús echando flores y rosarios á dos religiosos que pertenecian á la órden de Santo Domingo.

De léjos se hubiera dicho que el fraile arrodillado al pié del altar formaba parte de este cuadro, y que aguardaba los dones de la celeste patrona de su órden.

Su rasurada cabeza se inclinaba sobre sus dos manos reunidas, disimulando así su elevada estatura, y la humildad mas profunda se retrataba en su semblante.

De cuando en cuando, se golpeaba el pecho con un ar-

diente é inimitable fervor como si la oracion hubiese sido la mas querida ocupacion de su existencia.

A juzgar por lo que se estaba viendo, aquel hombre debia ser un gran santo ó un gran pecador.

Este fraile era Pedro de Arbués.

El gran inquisidor de Sevilla tenia la costumbre, despues de celebrada la misa, de orar solo ante el altar.

José se detuvo por un instante apoyándose en una de las columnas de la iglesia para examinarle.

A pesar suyo el jóven religioso se estremecia, en medio de aquel silencio interrumpido tan solo por algunas plegarias, cuyo imperceptible murmullo se parecia al de un insecto rozando á una flor.

Aquella vasta iglesia gótica se hallaba tan solitaria y tranquila que se oía el mas pequeño ruido.

Sentian en ella un vago perfume de recogimiento y de plegaria, un imperceptible eco de las quejas, los votos y los suspiros que aquella sonora bóveda habia quizá retenido.

—El es! murmuró el jóven con burlon y satánico acento; es tan hipócrita que finge con Dios mismo. Ora ante él, soñando en nuevos crímenes. Hombre insensato! haces bien en dirigirle tus últimas plegarias, quizá se arrepiente..... Dejémosle que reconcilie con Dios un alma que pertenece al infierno.

Y el jóven se detuvo unos instantes como si esperase á que Arbués concluyese su plegaria.

El inquisidor se santiguó muchas veces y en segui-

da hizo un movimiento como si intentase levantarse.

—Oh! Dios mio! esclamó el jóven dominico; yo creia que ese hombre era capaz de arrepentirse!

Y recobrando su sangre fria, José, avanzó con lentitud, hácia el altar, como si quisiese arrodillarse ante el mismo.

Al ruido que hizo, Pedro de Arbués se volvió.

Al ver el mancebo, los ojos del inquisidor brillaron de alegría; pero al observar la espresion siniestra que habia tomado el rostro del favorito, Pedro de Arbués se estremeció á pesar suyo y no obstante la santidad de aquel lugar no pudo menos que preguntarle:

—Qué tienes?

José no contestó; pero una terrible sonrisa entreabrió sus pálidos lábios y miró á Pedro de Arbués como si quisiese devorarlo.

El inquisidor dió un paso hácia atrás, creyendo que José habia perdido el juicio; pero antes de que preveyese el golpe, el jóven se lanzó sobre él como si fuese un tigre y le hundió su puñal en la garganta y en el mismo lugar donde no le defendia su cota.

El inquisidor estendió sus brazos y cayó hácia atrás; pero las gradas del altar detuvieron su cuerpo, el cual quedó medio recostado en aquellas. La sangre corria en abundancia de su herida.

—Tú!..... tú, José! murmuró luchando con la agonía.

Pero el jóven se inclinó sobre su rostro que palidecia y tomaba con rapidez las violáceas tintas de la muerte, y

—Acuérdate de Paula.

fijando su chispeante mirada en los ojos casi apagados de aquel hombre, le dijo con voz sorda:

—Acuérdate de Paula!...

Al oir este nombre, Pedro de Arbués abrió por un instante sus ojos ya casi cerrados y miró de un modo vago el pálido rostro de aquel jóven.

Entonces pareció que un recuerdo terrible acababa de herirle y el inquisidor murmuró en voz casi apagada.

—Dios es justo!

Y espiró.

El puñal de José le habia cortado la vena yugular (1).

---

(1) Pedro de Arbués es un personaje histórico y el carácter con que el autor le reviste no es por cierto exagerado; únicamente autorizado por la licencia que permite el género de su obra ha cometido un anacronismo haciendo vivir este inquisidor bajo el reinado de Cárlos V y haciéndole contemporáneo de Alfonso Manrique, de San Juan de Avila y de otros personajes que figuran en esta historia.

Asimismo Pedro de Arbués no fué inquisidor de Sevilla, ni tampoco fué asesinado por un favorito; el tipo de José es una pura invencion; es como si dijésemos la personificacion del pueblo español sosteniendo la inquisicion por espacio de muchos siglos aunque odiándola siempre y aguardando, con impaciencia, el instante en que pudiese herirla mortalmente. Este instante llegó por fin en 1820.

Pedro de Arbués, al mismo tiempo que un hombre histórico, es la personificacion del Santo-Oficio y el retrato de muchos inquisidores de España. Sus orgías, sus crueldades, sus debilidades, su iniquidad é hipocresía forman el cuadro de las orgías, crueldades, iniquidad é hipocrecía de los otros inquisidores.

Pedro de Arbués, canónigo de la catedral de Zaragoza é inqui-

Al presenciar la ejecucion de aquel delito que se cometia en una iglesia, las mujeres que se encontraban en ella lanzaron un grito horrible y pasado un instante el templo estaba lleno de gente. Algunas mujeres se habian lanzado fuera gritando por la ciudad:

—Al asesino! al asesino!.... acaban de matar al gran inquisidor!

---

sidor general del reino de Aragon, vivió en 1425, durante el reinado de los Reyes Católicos y cuando vivia Tomás de Torquemada, primer inquisidor general de España.

En 1485 los aragoneses, cuyos privilegios se veian á cada instante hollados por el inquisidor Pedro de Arbués, los aragoneses temieron que se renovasen entre ellos las escenas que ocurrian todos los dias en Castilla y en las demás provincias de España, donde el Santo-Oficio, establecido en ellas, desde hacia tres años y dirigido por frailes desvergonzados y fanáticos, habia inmolado centenares de víctimas.

Así las cosas y viendo que sus diligencias hechas ante el rey y el mismo papa no daban ningun resultado, gran número de nobles zaragozanos se aliaron contra la inquisicion y resolvieron sacrificar á Arbués que ya se habia hecho odiar por su crueldad y por su mala conducta. Con esto los nobles se proponian alcanzar la renuncia de los demás inquisidores.

Desgraciadamente Pedro de Arbués descubrió la conspiracion que se tramaba y no pudiendo castigar á sus enemigos porque ignoraba los nombres de los mismos, quiso evitar sus ataques vistiendo una cota de malla y una especie de casco de hierro que llevaba debajo de su bonete.

Gracias á estas precauciones inutilizó los golpes que en varias ocasiones le dirigieron los conjurados. Esto no obstante, cierto dia uno de estos se acercó á Pedro de Arbués, en el mismo instante en que el inquisidor oraba en el altar de la catedral de Zaragoza y

Al oir estas frases, toda la milicia de Cristo, los esbirros y toda la Santa Hermandad se pusieron en movimiento.

La catedral se llenó de gente, y cuando el alguacil mayor entró en ella para ver lo que habia ocurrido halló el cuerpo del gran inquisidor, tendido al pié del altar, y al dominico José, que, cruzadas las manos en su pecho, contemplaba con feroces ojos el cuerpo de su víctima.

La mirada del jóven tenia algo que le hacia semejar á un loco y sus dientes chocaban unos con otros produciendo un ruido estraño.

El respeto que inspiraba el Santo-Oficio era obstáculo á que se sospechase del mancebo.

---

le hirió con su espada en la garganta; la herida que recibió el inquisidor fué tan ancha y profunda que no obstante los ausilios del arte murió dos dias despues ó sea en 17 de octubre de 1485.

A consecuencia de este asesinato los aragoneses, escitados por los frailes, se levantaron como un solo hombre ocasionando varios motines. Los resultados de este último, dice Llorente, hubieran sido horribles si la fanática muchedumbre no se hubiese calmado con la promesa de que se castigaria á los culpables de este atentado con el último suplicio.

Entre tanto se honró la memoria de Pedro de Arbués con una especie de solemnidad que contribuyó en gran manera á que pasase por santo. Arbués fué objeto de un culto particular en todas las iglesias y no le faltó mucho para que este dominico fuese reconocido por el patron del Santo-Oficio y por protector de los inquisidores. Esto no obstante se le obligó á *hacer milagros* y se preparó su beatificacion que tuvo lugar en 1664 bajo el pontificado de Alejando VII.

No hace mucho tiempo que en la catedral de Zaragoza y en su misma tumba se veia un epitafio escrito en idioma latino.

Esto no obstante, el alguacil mayor se dirigió hácia él, y con todas las formas del mas profundo respeto, le dijo:

—Sabe Vuestra paternidad quién fué el autor de este crímen?

—Fuí yo! contestó el jóven con la mayor sangre fria.

Ante una confesion tan clara y terminante no hubo mas medio que arrestarle.

Asi es que el alguacil mayor le mandó prender sin pérdida de tiempo.

José permitió que le ataran sin que hiciese la resistencia mas mínima: no parecia sino que aquel instante que hubiera sido horrible para cualquier otro, era el mas hermoso de su vida.

A la noticia de aquel asesinato el pueblo rodeó la iglesia.

Cuando el jóven salió de esta última, todos los ojos hubieron de fijarse en él, con una curiosidad ardiente. Era tan jóven, tan bello, tan hermoso, parecia tan triste, que la gente esperimentó por él un sentimiento en que habia tanta piedad como cariño. Fuera de esto el ódio hácia el inquisidor era tan grande,que la compasion del pueblo se fijaba mas en el asesino que en la víctima.

—Qué le hizo el inquisidor? se preguntaba la gente en voz baja. No era su favorito?

—Los lobos se devoran unos á otros, dijo un anciano de cabellos ya blancos, el cual no era otro que Rodriguez de Valero.

—Callad! replicó su amigo Gimenez de Herrera, que

siempre le acompañaba; vuestra imprudencia concluirá por perderos.

—Qué importa? repuso el anciano, por ventura mis cabellos ya blancos valen la pena de que yo sea débil por mi aficion por conservarlos?..... Mas parece, añadió examinando el rostro de José, al cual iba conociendo en tanto que éste se le acercaba; mas parece que el fraile que acaba de matar á Pedro de Arbués, es el mismo que vimos en un baile de la Garduña, y en la taberna de la Chapa.....

—Sí, cabal, replicó Gimenez; le reconozco perfectamente, Este jóven religioso me pareció ya entonces que era un hombre estraño...

—Ó desgraciado, interrumpió Valero, no se parece á los demás frailes; se pudiera decir de él lo que los paganos decian de Cristo:

«Nunca se le ha visto reir; pero en cambio se le ha visto llorar.» (1)

---

(1) Durante la época en que la reputacion de Jesucristo comenzaba á esparcirse en la Judea, Publio Lentulo, que era entonces su gobernador, escribió en estos términos al Senado de Roma.

«Por aquí anda un hombre de singular virtud llamado Jesucristo; los bárbaros creen que es profeta; pero sus sectarios le adoran como si fuese un hijo de los dioses.

Resucita los muertos y cura á los enfermos con el simple contacto de sus dedos. Es de elevada estatura y de hermosas proporciones; su aspecto es dulce y venerable á un mismo tiempo. Sus cabellos de un color indefinible caen en bucles por detrás de sus orejas y se esparcen sobre sus hombros con una gracia infinita. Los trae

—Era de carácter muy dulce y muy caritativo, digeron unas mujeres que le miraban con compasion; que lástima! es probable que le maten.

—Será como Judit, replicó Valero: un mártir y no un asesino.

Mientras que Valero se espresaba en estos términos, un hombre vestido de negro cruzó á su lado con los ojos bajos, secando de cuando en cuando, una lágrima, bien como si sintiese un gran dolor por el acontecimiento ocurrido.

Sobre el pecho de este hombre y debajo de su jubon, ligeramente entreabierto, veíase una medalla de plata cincelada.

Este hombre no habia perdido ni una sola frase de Valero.

En lo que toca á José parecia completamente insensible á cuanto le pasaba.

---

separados formando una raya al modo de los nazarenos. Su frente es despejada y sus megillas están coloreadas con un hermoso encarnado. Su nariz y su boca son de una regularidad perfecta; su barba espesa, del mismo color que sus cabellos, baja una pulgada debajo de la garganta, y, separada en el centro, se peina en forma de una horquilla. Sus ojos son hermosos, brillantes, claros y serenos. Censura con majestad y sus exhortaciones están llenas de dulzura; ya hable, ya accione, lo hace con gravedad y elegancia. *Nunca se le ha visto reir pero en cambio se le ha visto llorar*. Muestra gran templanza, es muy modesto y muy sábio. Es un hombre, en fin, que por su gran belleza y sus divinas perfecciones, es superior á los hijos de los hombres.

Su exaltacion y la animacion febril de su rostro habian cedido su lugar á una palidez casi lívida.

Completamente satisfecha, su alma se doblaba al peso de sí misma. Era víctima de esa especie de letargo que sucede á la sobrescitacion de las facultades mentales.

Entre tanto la gente se dirigia hácia la cárcel de la corona (1), que era el punto donde en su cualidad de fraile habia de encerrarse al mancebo.

La muchedumbre se apretaba al rededor de los alguaciles y familiares para gozar del singular espectáculo que ofrecia un dominico que habia asesinado á un gran inquisidor.

Detrás de los hombres de armas que escoltaban al prisionero, iba un gran número de familiares y frailes llevando sobre unas andas el cadáver de Pedro de Arbués que se hallaba cubierto por una tela negra con franjas de plata.

---

(1) *La cárcel de la corona.* El sistema de la legislacion española era una consecuencia de su sistema político.

Antes de la constitucion de 1812 que declaraba los españoles iguales ante la ley, cada casta gozaba de sus privilegios, tenia sus tribunales y hasta sus cárceles: habia algunos hombres que escapaban á la misma ley. *Un caballero*, un noble, no era justiciable ante ningun tribunal á menos de haber asesinado á otro noble, de haber cometido un crímen de lesa majestad y de sacrilegio. En el primer caso caia bajo la jurisdiccion de los tribunales ordinarios; en el segundo en la de los consejos del rey, los cuales le condenaban á la decapitacion ó estrangulacion, perdiendo en uno y otro caso sus bienes; cuando un noble cometia un sacrilegio caia bajo la jurisdiccion del Santo-Oficio y ya se sabe como este procedia.

Aquellos hipócritas de la inquisicion afectaban un dolor vivísimo y derramaban falsas lágrimas por la muerte de un sér inícuo que siempre habian detestado.

Veíanse algunos que recogian piadosamente en su pañuelo la sangre que corria en anchas gotas de la herida.

Los frailes exaltaban su santidad y le invocaban como un bienaventurado ante los ojos de una multitud sorprendida que se quedaba estupefacta y fria ante esas manifestaciones y elogios que guardaban tan poca armonía con los actos del difunto.

En el mismo instante en que Pedro de Arbués habia caido bajo los golpes de José, el pueblo se habia alegrado interiormente porque veia la caida de un déspota que se alimentaba con la sangre y las lágrimas de Andalucia; pero en el momento en que la gente llegaba á la cárcel, parte de ella seducida y fascinada por la hipocresía de los frailes, se preguntó si era ó nó culpable para alegrarse de aquella muerte y si realmente el gran inquisidor de Sevilla era ó nó un santo sacerdote, víctima de su celo por la religion católica.

Se habia comenzado por amar y compadecer al mancebo y se concluia por odiarle.

Los mas indulgentes le consideraban como un loco.

En el mismo dia en que José fué metido en la cárcel de la Corona, Rodriguez de Valero, denunciado por un familiar, fué encerrado tambien en las cárceles del Santo-Oficio, junto con el señor Gimenez de Herrera.

La inquisicion que por espacio de algun tiempo habia

tolerado las fogosas diatribas de Valero, habia concluido por comprender que tenia demasiado juicio para que le tuviese por loco.

# CAPÍTULO LVII.

## El juicio de los hombres.

Aunque en España no habia la costumbre de juzgar á un hombre despues de estar encarcelado, porque siempre se ha necesitado tiempo para la instruccion del proceso, el crímen de José se hallaba tan fuera de lo ordinario, su misma confesion habia sido tan esplícita, la indignacion del clero era tan grande, y el Santo-Oficio reclamaba una venganza tan pronta, que el tribunal del careo, tribunal secular encargado de juzgar al asesino de Arbués, consideró indispensable que José compareciese ante él á los ocho dias de haberse cometido el delito.

Por fin llegaba el instante.

El jóven dominico lo deseaba con una satisfaccion llena de amargas delicias. Comprendia que de todo aquello resultaria la muerte, y esto, que para cualquier otro hubiera sido horrible, era, para él, un estraordinario beneficio.

En la mañana del dia en que se debia juzgarle, el jóven se habia levantado muy temprano y habia puesto gran cuidado en que sus hábitos de dominico apareciesen muy limpios.

Su noble cabeza se hallaba casi enteramente rasurada; pero la lijera corona de cabellos que partiendo de la frente caia en bucles trás de sus orejas, era de una finura admirable y de un negro brillante como el del acero bronceado.

Por la vez primera, desde muchos años, el jóven se llenó de perfumes, y sus manos, ya de sí muy lindas y muy bellas, cobraron una blancura, que la mas hermosa mujer hubiese envidiado.

El cútis del jóven, surcado hácia las sienes por azuladas venas, tomó una palidez brillante gracias al contraste de su hábito negro en que se mezclaba el blanco mate; sus ojos, rodeados por un círculo morado, chispeando rápidas miradas, y sus lábios ligeramente dilatados, indicaban que se hallaba interiormente agitado por cierta indescribible alegría.

Cuando los alguaciles fueron en busca del prisionero para conducirle al tribunal, se quedaron sorprendidos al verle tan risueño, y algunos, llevados por la supersticion de aquel tiempo, llegaron á creer que tal vez era un hechicero.

Pero al verles José volvió á entrar, por decirlo así, en el misterio de su alma: su magnífica y severa frente se cubrió con un velo de dignidad, y cuando los alguaciles,

dominados por el inalterable respeto que inspiraba siempre el hábito de un fraile, le dijeron que les siguiese, José no contestó nada y se colocó entre ellos con la tranquilidad con que hubiese ido á una fiesta.

Los curiosos veian pasar aquel ministro de la inquisicion que por su gran crímen se habia colocado fuera de una ley que exigia que los empleados en el Santo-Oficio y hasta los mismos familiares, no fuesen juzgados mas que por la inquisicion misma. La circunstancia de que aquel fraile iba á ser juzgado por la justicia ordinaria, como un simple mortal, admiraba á todo el mundo.

Pero sin afectar el soberbio desden de los criminales endurecidos, ni el continente hipócrita de los que quieren disponer á su favor la opinion pública, el jóven pasó entre la multitud con los ojos fijos en el cielo y tan ageno á las cosas de la tierra que su alma parecia estar reñida con su cuerpo.

Al verle tan desdeñoso, el pueblo le tomó por un hombre estraordinario, y mezclando la supersticion árabe con la supersticion cristiana, creyó ver en él, á uno de estos santones moros tan atormentados por el Santo-Oficio, y que habia revestido los hábitos de un fraile.

Pero José de todo se cuidaba, escepto de lo que murmuraba el pueblo. La vida y su organismo, era, para él, como un traje usado que se lleva con disgusto, y que se deja con alegría.

Andaba con indiferencia, y se inquietaba tan poco de sus jueces, como si éstos no hubiesen de pronunciar su fa-

llo. Mientras se dirigia á la audiencia, el monje evocaba sus recuerdos, y á medida que una nueva idea cruzaba por su cérebro, su ancha y serena frente se iluminaba con una claridad resplandeciente, y el génio de la venganza satisfecha, ó mejor dicho de la justicia completa, imprimia en su pálido rostro un sello misterioso y terrible.

Cuando llegó frente á los jueces, José creyó despertar de un gran sueño, y por la vez primera, desde que salió de la cárcel, examinó lo que pasaba en torno suyo.

El tribunal se componia de tres miembros, y uno de ellos, el presidente, se hallaba sentado entre sus dos asesores.

Un escribano, ocupando una mesita á la izquierda del tribunal, anotaba las respuestas de los acusados, y las declaraciones de los testigos.

Un poco mas léjos veíase al fiscal, y á los abogados.

José permaneció sentado en el centro, frente al presidente, pero en torno suyo no se veia ni un testigo que declarara á favor suyo.

La sala estaba desierta.

Se habia juzgado conveniente que la audiencia fuese á puerta cerrada teniendo en cuenta la dignidad y carácter del acusado, ó mejor dicho, á fin de que José no hiciese al pueblo alguna revelacion importante.

En cuanto á los testigos se juzgaba inútil llamarles, toda vez que el acusado habia confesado ya su delito.

Bajo tal concepto encontróse solo en presencia de sus jueces.

El presidente fijó en él una mirada severa y le dijo con un acento que era aun mucho mas severo:

—Levantaos!

El dominico se levantó.

—Cómo os llamais? preguntó el presidente.

—Se me llama José, respondió sencillamente el jóven. Mi profesion no la ignorais: soy religioso y pertenezco á la órden de Santo Domingo.

—José no es un apellido. Yo os pregunto por el nombre de vuestra familia.

—Yo no tengo familia, contestó el dominico; y en cuanto al nombre que llevaba esta última, estoy en la obligacion de callarlo.

—Dónde nacísteis? continuó el presidente.

—En Granada, respondió José.

Y al pronunciar el nombre de esta ciudad, los feroces ojos del mancebo hubieron de humedecerse, como si su alma se encontrara sujeta á un conmovedor recuerdo.

El juez no observó nada.

—Acercaos, dijo al fraile.

El religioso avanzó hasta el pié de la mesa donde se veian los santos evangelios. El presidente ordenó que colocara en ellos su mano.

El jóven obedeció.

El presidente le miró con fijeza.

—Jurais por Dios y por los santos evangelios, dijo con voz solemne, que direis la verdad en lo que seais preguntado?

Sí, juro, contestó José.

—Jurais decirla, aunque sea en contra de vos mismo? (1).

—Sí, juro, volvio á contestar con voz firme y segura el dominico.

—Está bien. Ahora contestad, prosiguió el juez: sois vos quien asesinó al gran inquisidor de Sevilla?

—Yo soy.

—Qué motivo os impulsó á cometer tan gran crímen?

—Esto ya lo diré luego, dijo el jóven sonriendo con amargura.

—El abogado puede comenzar su defensa, continuó el presidente.

José volvió á sonreir de una manera escéptica, y se sentó en el banquillo.

Aquel simulacro de defensa le daba lástima: harto le constaba que aquello era una pura fórmula con que se obedecia á las leyes.

José dejó que el abogado se estendiera en vanos argumentos, que desplegara todos los recursos de su elocuencia para convencer á unos jueces que ya habian pronunciado su sentencia; que amontonara frases sobre frases, y que prodigara en fin, sus gestos y su aliento para cambiar una cosa irrevocable: la certeza de un hecho que él mismo habia confesado.

---

(1) El juramento que se prestaba sobre el evangelio, de decir verdad aunque fuere contra el mismo que declarada, fué abolido por la constitucion que elaboraron las córtes de 1812.

Cuando el defensor hubo concluido, José se volvió hácia él con una sonrisa llena de amargura, bien como si quisiera decirle:

—Quereis resucitar á un cadáver!

Y realmente, los esfuerzos de la mas hábil elocuencia no hubiesen podido salvar á un hombre que no queria salvarse á sí propio.

—Teneis algo que añadir á vuestra defensa? le preguntó el presidente.

—Para mi defensa!... replicó el dominico. Yo declaro ante Dios que la muerte me es mas cara que la vida; pero como antes que la vida se encuentra siempre la honra, yo quiero salvar la mia, y hé ahí porque he pedido la palabra.

—Hablad, dijo el presidente: el tribunal os escucha.

—Hace siete años, comenzó José, Pedro de Arbués acababa de ser elevado á la dignidad de gran inquisidor de Sevilla. Era jóven, hermoso, insinuante, y sin embargo del horror que la inquisicion ha inspirado siempre en España, todo el mundo creyó que Pedro de Arbués seria menos cruel que sus predecesores; mas esta esperanza no se prolongó mucho tiempo.

Las persecuciones continuaron mas ardientes que nunca, y como en los últimos años de Torquemada, sucedió que hombres que llevaban los mas ilustres nombres de España, se convirtieron en delatores y espías, con el objeto de salvar su extistencia y sus bienes.

Los ciudadanos mas honrados eran cada dia víctimas

de un falso testimonio. Los ódios y las enemistades de familia ocasionaban sangrientos dramas, que se envolvian en las tinieblas del fanatismo, y el robo y el asesinato cayeron sobre nosotros como aves de rapiña, hasta que, por fin, un duelo general é inmenso cubrió las andaluzas comarcas.

—Acusado, interrumpió el presidente, no podeis usar este lenguaje.

—Uso el derecho de defensa; así pues, escuchad.

Por aquel tiempo vivia en Sevilla una familia católica que pertenecia á lo mejor de la nobleza española. La madre, que era hija de abencerrages, habia muerto hacia muchos años dejando inmensas riquezas. Esta familia se componia de dos hermanos...

Me equivoco, añadió José, lanzando un suspiro; se componia de tres hermanos, de los que dos habian abrazado el sacerdocio, y el tercero, que era muy valiente y muy hermoso, habia emprendido la carrera de las armas.

Llamábase Fernando, continuó José, el cual al pronunciar este nombre parecia que gozaba una dicha indescribible. Estos hermanos tenian aun padre, que era un anciano lleno de fé y de virtudes y una prima, dulce y cándida jóven, cuya existencia era tan pura como la de los ángeles y que en su horfandad amaba y era amada con pasion de D. Fernando.

Esta familia poseia un castillo á alguna distancia de Andújar, en el cual habia mandado levantar una capilla católica servida por frailes gerónimos.

La madre, que idolatraba á sus hijos y á su esposo, habia mandado construir esta capilla para que les sirviese de panteon, con el objeto de que, ni aun despues de su muerte, se tuviese de separar de los que tanto habia amado. Ella fué la primera que, siendo aun muy jóven, tuvo que cumplir aquella cita.

Dejando inmensas riquezas, la inquisicion juzgó conveniente apoderarse de las mismas.

Aunque al morir hubiese dado las mas evidentes muestras de que profesaba la religion católica, no faltó quien la acusó de que habia muerto en la herejía y con sentimientos contrarios á la religion que siempre habia observado.

De algo se tenia que acusarla.

Presentáronse testigos falsos, los cuales declararon que habia muerto en la herejía, y no obstante las protestas de sus hijos, entre los que habia dos con carácter sacerdotal, se exhumó el cadáver de esta mujer, se destruyó su casa, con prohibicion de que volviese á construirse, y se confiscaron sus bienes (1).

---

(1) Doña Leonor de Vivero y Cazalla, esposa de Pedro Cazalla, y jefe de la contabilidad de la hacienda del rey, era propietaria de una capilla en la iglesia de san Benito el Real de Valladolid. Esta señora fué enterrada en ella como buena católica, sin que jamás se hubiese levantado la menor sospecha en contra de sus ortodoxas creencias. Esto no obstante, luego de muerta, fué acusada por el fiscal de la inquisicion, de haber practicado el luteranismo, dando ocasion á que se declarase que habia muerto en la herejía, por mas que hubiese recibido los santos sacramentos.

—Acusado, interrumpió el presidente, estais cierto de lo que afirmais?

—Era el derecho del Santo-Oficio, replicó José con sarcasmo.

Y añadió, sin desconcertarse:

—El padre murió de dolor durante ese abominable proceso.

Los hijos que lloraban á su madre, que tenian bastante valor para indignarse contra el Santo-Oficio, fueron metidos en la cárcel.

Solo se perdonó á una persona.

Esta persona era la huérfana, ó, mejer dicho, la prometida esposa de Fernando.

Esta se quedó sola con la mujor que la habia educado, llorando por los que no habia de ver nunca mas.

—Qué se hizo de ellos? preguntó el juez, víctima de un temor y de una piedad creciente.

—Lo que se hizo de ellos, monseñor! preguntais lo que

---

El fiscal apoyó su acusacion en testigos que se hallaban encarcelados en el Santo-Oficio, y á los que, con este fin, se habia sujetado al tormento. De las declaraciones de esos testigos resultó que la casa de Doña Leonor fué, desde entonces, considerada como hereje: su memoria y la de sus hijos fué condenada á la infamia, y sus bienes quedaron confiscados. La inquisicion ordenó tambien, que se exhumara y se quemara su cadáver, que se destruyera su casa, y que en el lugar que ocupaba esta última, se elevara un monumento con una inscripcion que perpetuara este hecho. Estas disposiciones fueron exactamente cumplidas.—Llorente: *Historia de la inquisicion.*

fué de ellos encontrándose entre las manos de Arbués? Fueron entregados sin misericordia á las llamas. Se acusó á los dos hermanos Agustin y Francisco de que predicaban de un modo contrario al espíritu de la religion cristiana, y su hermana Beatriz fué convencida de que seguia la misma doctrina. Así es que los tres murieron en un mismo auto de fé (1).

Agustin, espantado por las torturas que habian de sufrir tanto él como su hermana, llegó frente al suplicio y declaró que queria vivir como buen católico.

—Miente! replicó Arbués; su arrepentimiento se halla dictado por el miedo que le inspira la muerte!

—Me arrepiento! me arrepiento! gritó la pobre víctima.

—Que se le estrangule antes de que vaya á las llamas!

Esta fué la única gracia que obtuvo.

—Eres un cobarde! gritó su hermano.

Y subió sobre el monton de leña dando un adios á Beatriz que murió con la resignacion de una mártir.

José guardó silencio.

Los jueces, no obstante de que se hallaban acostumbrados á esos terribles dramas, se sintieron víctimas de un terror involuntario.

—Continuad, dijo el presidente, continuad.

---

(1) En el auto de fé general que se celebró en Valladolid en abril de 1559, en presencia del príncipe D. Cárlos y de la princesa Juana.

Qué fué del tercer hermano?

El dominico se estremeció sobre su asiento, y sus dientes chocaron uno con otro como si sintiese frio.

Se le escuchaba con un interés siempre creciente.

—El tercer hermano, continuó el fraile, aun vivia. Era tan joven que no se le habia querido dar muerte con los otros. Pedro de Arbués, le guardaba para un auto de fé que debia presenciar el rey.

Paula, la húerfana, que le amaba, concibió el proyecto de salvarle.

La jóven tenia veinte años; y qué mujer á los veinte años desespera de la clemencia de un hombre, cuando este hombre se llama Pedro de Arbués y es gran inquisidor?

Hacia ya seis meses que aquella desgraciada familia habia sido entregada á las llamas y se hablaba de un nuevo auto de fé que se debia celebrar para obsequiar al rey, (1) y que el tribunal anunció al público un mes antes.

—Acusado, os separais de la cuestion, interrumpió de nuevo el presidente.

—Estoy en ella, replicó José tranquilamente.

Entretanto, los procesos se seguian instruyendo: eran como conspiraciones tenebrosas cuyo hilo hizo mover el juez segun su voluntad, y eran siniestros problemas que conducian á un mismo resultado; á la muerte.

---

(1) Se celebró en octubre de 1559.

Paula, inquieta por el hombre al cual amaba, tomó una resolucion, que, como vereis luego, produjo las mas fatales consecuencias.

Animada por una exaltacion sublime, calculó las ventajas é inconvenientes de lo que iba á realizar, y en la esperanza de que enterneceria al inquisidor y de que salvaria á su prometido esposo, la jóven se dijo que lo peor que le podria resultar era la muerte, y la muerte no le asustaba.

Era uno de esos dias sombríos, uno de estos dias que son tan raros en Andalucía. Por una simpatía estraña, ó por una de estas casualidades que se parecen tanto á la fatalidad, el sol estaba velado por nubes, y una gran mancha negra cubria la mitad de su disco. Habia ocurrido un eclipse.

En mitad del dia casi era de noche.

Paula, silenciosa y resuelta, escapó á la vigilancia de su nodriza, única amiga que le quedaba en el mundo.

Protegida por su velo, la jóven se dirigió hacia el inquisitorial palacio.

Este se hallaba guardado por un ejército de familiares.

Cuando Paula se dirigió hácia la puerta, se le interceptó el paso, y un familiar le preguntó lo que queria.

—Quiero ver á monseñor de Arbués, respondió temblando, porque en el palacio del inquisidor no se entra sin temblar.

—Quién sois? le preguntó el familiar.

—Una doncella que pertenece á la nobleza.

—Aguardad.

Y el familiar dejó sola á Paula.

Esta aguardó impaciente.

Pasados algunos instantes el familiar volvia sonriendo hipócritamente.

—Seguidme, señora, dijo este último; Su Reverencia, el gran inquisidor, consiente en recibiros.

El familiar cogió la delantera, y Paula le siguió.

Uno y otro cruzaron magníficos salones cuyo pavimento era de mármol, y cuyo techo se hallaba sembrado de arabescos: en aquel palacio de la muerte, reinaba un lujo oriental.

Por fin llegaron á la parte mas lejana del edificio, donde se abrió una puerta.

Paula franqueó su dintel.

La puerta se cerró trás ella, el familiar se habia eclipsado.

La jóven se encontró frente á frente del gran inquisidor.

Se escuchaba el relato de José con un interés siempre creciente.

—Pedro de Arbués, continuó el jóven dominico, permanecia sentado en un blanco y espacioso divan que corria en torno de la sala.

El gran inquisidor de Sevilla, no obstante cierta espresion de altanería y crueldad, era notablemente hermoso.

Su perfil de águila no carecia de nobleza, y su elevada estatura, revelaba en él cierta majestad y grandeza.

Al verse sola con aquel hombre, Paula se estremeció.

—Acércate, hija mia, dijo el inquisidor, sorprendido ante el gentil continente de Paula, cuyo rostro aun no habia examinado.

La jóven, entonces, se echó el velo hácia atrás, y avanzó sin temor hácia Pedro de Arbués.

Este la contempló lleno de admiracion y sorpresa.

Llegado que hubo en frente suyo, Paula cayó de rodillas y juntó sus manos en actitud suplicante.

—Gracia, monseñor, esclamó; gracia para mi futuro esposo, que es inocente!

El rostro del inquisidor tomó una espresion de disgusto.

—Cómo se llama? preguntó con voz breve.

Fernando de Cazalla, respondió la jóven con voz apagada.

La mirada del feroz inquisidor la asustaba.

Al oir el nombre de Cazalla, Pedro de Arbués se habia puesto sombrío y examinaba con atencion aquella jóven que con tanta audacia se atrevia á pedir la vida de un hereje.

Pero Paula era hermosísima.

El inquisidor la contempló unos instantes.

Despues que hubo examinado con lentitud su bellísimo semblante y aquel talle que por lo gentil y delicado hubiera podido servir de modelo á Diana la cazadora, el rostro de Pedro de Arbués se hubo de endulzar poco á poco.

Así es que tendiendo su mano á la jóven, que continuaba arrodillada, la dijo:

—Levántate, hija mia, habla sin temor; las leyes de la inquisicion son muy terribles, pero siento cierta compasion hácia tí.

—Oh Dios mio! que el cielo os bendiga, monseñor, esclamó Paula, que acababa de concebir una esperanza; salvareis á Fernando, no es cierto?

—Acaso dije tanto? preguntó Arbués, con una sonrisa de tigre.

Empezaba á jugar con su presa.

—Oh! monseñor; no os retracteis de lo que habeis dicho; vos os compadecísteis de mí, salvareis á mi prometido esposo, no es cierto?

—Y si salvo á tu prometido esposo, que es lo que harás en mi obsequio, hija mia?

—Oh! monseñor; mi vida entera os pertenece; mas qué puedo hacer en favor vuestro? yo soy una humilde mujer, y vos lo podeis todo.

—Eres muy linda, Paula, dijo Pedro de Arbués, chispeando una mirada que hizo estremecer á la doncella.

Esto no obstante, la jóven procuró disimular, y como el inquisidor hiciera una seña para que se sentase, Paula se acercó al divan donde tomó asiento.

Pedro de Arbués habia recobrado su duro y sombrío carácter.

—Don Fernando de Cazalla! murmuró con voz lúgubre... Ignorais que él y su familia, convencida de luteranismo, se encuentra deshonrada, y que esta deshonra cae tambien sobre sus hijos?

—Esta familia, señor, es la mia: yo soy prometida esposa de D. Fernando, por la voluntad de su padre y por la suya propia. Si él es condenado, yo no deseo mas que la muerte.

—Hé ahí un cariño harto ardiente; esclamó el inquisidor; cuánto no diera yo por inspirarlo!

Paula bajó sus ojos.

—Estais calumniando la memoria de un hombre que se halla revestido de un carácter sagrado, esclamó el presidente.

—Yo no calumnio, monseñor; yo solo cuento; hélo ahí todo, replicó el dominico; así, pues, ruego á vuestro señoría que se digne escucharme hasta que concluya.

—Estais en vuestro derecho, replicó el juez, que deseaba respetar la costumbre del país, que tenia el carácter de ley, y por la cual se daba al acusado la libertad de la defensa.

José continuó el relato en estos términos:

—Sabes, interrumpió Arbués, que D. Fernando irá en el auto de fé próximo, y que se le vá á someter á la tortura?

La infortuna Paula soltó un horrible y doloroso grito.

La tortura! Esto era mas espantoso que el patíbulo.

—La tortura, monseñor! no digísteis que se iba á someter á D. Fernando á la tortura? esclamó.

—Esto no obstante, replicó Arbués, yo puedo evitarla.

Paula respiró con libertad.

—Ah, monseñor! por qué no he de morir en vuestro obsequio?

—Morir nó, replicó Arbués cogiendo entre sus manos las de Paula, al contrario, deseo que vivas. Segun las declaraciones de los testigos, D. Fernando se halla convicto de haber asistido á los sermones de los luteranos, y de haber profesado sus doctrinas. Ya comprenderás, pues, que se halla condenado á la hoguera.

—Pero vos podeis salvarle, monseñor, gritó Paula que cayó de nuevo en las angustias de la incertidumbre; vos podeis salvarle y le salvareis sin duda alguna! Fernando es inocente y su alma es tan pura cual la de un ángel.

—Pues bien, observó el inquisidor: tú eres la única que puede salvarle.

—Yo, monseñor! qué he de hacer? Oh! Dios mio! decidlo: me hallo dispuesta á todo; quereis que yo muera en lugar suyo?

—Locuela! no comprendes que yo no necesito de tu vida? para morir, añadió éste con exaltacion, tú eres demasiado hermosa.

Los jueces se estremecieron sobre su asiento.

—Oh! monseñor! esclamó la jóven, convirtiendo en murallas los dos brazos que hubo de cruzar sobre su seno: perdonad á D. Fernando y perdonadme tambien á mí misma. Yo, en nombre del Dios que representais en la tierra, os conjuro á que seais clemente y generoso! Tened piedad de una doncella que á nadie tiene en el mundo, sino es al que ama... Carezco de madre, soy huérfana y no tengo mas apoyo que Fernando: devolvédmelo, os lo ruego, y yo y mi esposo os bendeciremos durante nuestra vida.

Paula vertia abundantes lágrimas, y su lloroso y noble rostro se distinguia por una estraordinaria belleza.

—Monseñor, añadió la jóven con voz casi apagada, y estrechando contra su pecho las rodillas del inquisidor que bañaba con sus lágrimas; perdonad á Fernando!

El inquisidor contestó á sus frases imponiendo las mas vergonzosas condiciones.

La doncella se volvió pálida y fria como un mármol, y sus ojos se cubrieron de un mortal velo.

—Nó, nó! gritó la jóven; que Dios te maldiga; puedes matar á D. Fernando; pero yo moriré con él.

—Fernando morirá antes de que se celebre el auto de fé, dijo Arbués; es muy jóven y muy débil, y no resistirá el tormento del agua (1).

La doncella exhaló un grito espantoso; hubo un instante en que quiso destrozar con sus uñas aquel hombre horrible; mas la idea de que esto perjudicaria á Fernando hubo de contenerla. Esta lucha agotaba las fuerzas de la jóven.

—Yo soy el único que puedo salvar á Fernando, esclamó Arbués; mas ya sabes con que condicion.

Paula miraba al inquisidor con estraviados ojos.

El rostro de Pedro de Arbués, se hallaba impasible como un mármol.

---

(1) Nuestros lectores recordarán los detalles que ya dimos en el capítulo XXIX. Estos detalles son desgraciadamente exactos. Si alguien vacilase en creerlos, puede leer la descripcion de otras torturas mucho mas horribles en la *Historia de la Inquisicion.*

—Quieres su vida ó su muerte? continuó; habla ó la inquisicion obrará por su cuenta.

Paula no le oia.

Su razon se habia estraviado.

. . . . . .

La voz del fraile se habia ido debilitando gradualmente, y un sudor frio cubria su frente, blanca como el mármol.

Los jueces, no obstante su serenidad de costumbre, sentian una emocion y terror idescribibles; no pensaban ya en interrumpir el relato del dominico y aguardaban con ansiedad el fin de tan horrible drama.

José fué reanimándose poco á poco, y siguió en esta forma su relato.

—Pasado un mes, cierta jóven, pálida, delgada, encorvada bajo el peso de un dolor incurable, permanecia tristemente sentada en la puerta de la cárcel del Santo-Oficio: era Paula.

En aquel dia se celebraba un auto de fé.

El sangriento programa publicado un mes antes, anunciaba que en la hoguera tenian que arder trece víctimas.

Pedro de Arbués habia prometido á la jóven, que no se echarian en ella mas que doce; que la otra se haria pasar por muerta, pero que en realidad le seria devuelta luego de celebrado el auto.

Paula aguardaba.

Una multitud inmensa se dirigia hácia la plaza; en las

calles se oia este rumor de gente cuando circula, y en las miradas del pueblo se veia el miedo y el espanto.

Parecia que aquel pueblo iba á asistir á los funerales de España.

Los que se hallaban cerca las mazmorras del Santo-Oficio, clavaban en las negras profundidades del espantoso dédalo, una tímida mirada como si buscasen entre los condenados alguna persona querida.

Las mujeres con el rostro oculto debajo de sus velos, derramaban abundantes lágrimas y ahogaban sus sollozos como si temiesen que alguien les oyera. Cuando menos, eran mas felices que los hombres, puesto que podian llorar; mas los hombres tenian que llevar el rostro descubierto, que el dolor hacia palidecer intensamente, y su frente, volcan donde se encerraban los tempestuosos pensamientos de indignacion y de cólera, habia de ostentarse impasible como una hoja blanca, donde nadie pudiese leer ninguna idea, porque la ciudad se encontraba atestada de familiares, y la inquisicion así castigaba los actos como los pensamientos é intentos.

Por fin la puerta del Santo-Oficio se abrió como si fuese una puerta del infierno: la procesion del auto de fé salió del palacio y los condenados empezaron su triste viaje hácia la muerte.

Paula entonces dejó la piedra donde se hallaba sentada y acercándose al carcelero que habia abierto la puerta, le rogó que le permitiese ver de cerca el fúnebre cortejo.

Pero el carcelero hubo de rechazarla brutalmente.

Verdad es que esos desgraciados, las complacencias las pagaban muy caras.

La primera víctima que pareció, era un arzobispo, un sacerdote que reverenciaba la España: andaba con lentitud llevando en su cabeza la lúgubre coroza: y vistiendo el sambenito.

Su paso era firme: sus ojos, llenos de resignacion y de fé, indicaban el dolor mas profundo. Lanzó en torno suyo una mirada y la dirigió hácia el cielo, como para manifestar la iniquidad de sus jueces: luego su cabeza volvió á caer sobre su pecho, y sus elocuentes lábios, que en tantas ocasiones habian propagado el Evangelio, no espresaron mas que una dolorosa y amarga ironía.

Trás de él seguian dos religiosas, dos doncellas condenadas á la hoguera por haber creido en las doctrinas de Lutero.

Estas dos mujeres se hallaban dotadas de un valor heróico, y se dirigian al patíbulo como si en éste les aguardara una fiesta.

Paula las miró con triste simpatía, y ellas contestaron á esa manifestacion de aprecio con una angélica sonrisa, y mostrándola el cielo, como si dieran á entender que las víctimas de los hombres apelaban de su injusticia ante el tribunal de Dios.

El cuarto condenado era un morisco, el cual se hallaba convicto de profesar, en secreto, la religion de sus abuelos.

Un egemplar del Koran hallado en su casa, habia sido

lo bastante para que fuese entregado á las llamas (1).

Andaba con dignidad y orgullo. Sus negros ojos mirando la ciudad de Sevilla, donde los árabes reinaron tanto tiempo, comparaban en un breve resúmen la época en que dominaban los moros, y aquella en que la inquisicion reinaba.

Entonces la España no era á sus ojos, aquella hermosa sultána educada para los bailes y las fiestas, acostumbrada á las serenas noches de un cielo siempre tranquilo, entusiasta de las artes y de todo lo que se hallaba en relacion con el amor y la poesía. La España habia cambiado su traje de fiesta por un silicio, sus noches de amor por los gritos y las lágrimas, y en su triste y pálido semblante no faltaba sino que se le echase el fúnebre sudario que separa de la vida.

El corazon de aquel hijo de los abencerrajes, latia con tristeza, y su africana sangre circulaba en sus venas con un ardor y una agitacion espantosos. Aquel hombre no tan solo habia sufrido la esclavitud del alma, sino tambien la del cuerpo.

---

(1) La inquisicion no condenaba tan solo á los judaizantes y herejes: la posesion de un libro prohibido, de una biblia, de un ejemplar de los Evangelios impresos en lengua vulgar, ó bien un libro inglés, era lo bastante para enviar toda una familla á la hoguera, principalmente si estos libros pertenecian á gente rica, pues los pobres nada habian de temer del Santo-Oficio.

La mision de éste, segun digimos, no consistia en estirpar los herejes, sino en despojarles de su oro y de sus bienes.

Su hora de agonía debió ser verdaderamente horrible.

Pasó aquel jóven.

—Esto es ya demasiado! interrumpieron á la sazon los jueces que formaban parte del tribunal.

—Dejad que concluya, dijo en voz baja el presidente; es el último favor que se le concede.

—Pasaron otras dos víctimas, continuó el jóven dominico, sin que se impresionara lo mas mínimo.

Paula, atenta, con un ánsia indescribible, las contaba una por una.

Andaban con lentitud como las sombras del sepulcro: la tortura habia roto sus miembros y apenas tenian bastante fuerza para dirigirse hácia el patíbulo.

Paula las contó una por una, ignorando si habia de temer ó esperar, no obstante la promesa que el gran inquisidor la habia hecho.

El cortejo siguió avanzando: Paula contó la víctima que hacia el número doce.

Entonces respiró con libertad; sus pulmones se dilataron y su corazon se emancipó á un peso verdaderamente enorme.

Pero de pronto, á algunos pasos del último condenado, vióse un lívido espectro cuyos miembros habian sido horriblemente torturados.

Dos sacerdotes y dos familiares le sostenian en los brazos y ayudaban su marcha hácia el suplicio.

Este hombre, que no tenia mas que veinte y cuatro años, habia sufrido tanto en el tormento, que los músculos

de su rostro parecian gastados como los de un viejo: su frente y sus mejillas aparecian cubiertas de arrugas, y en sus grandes ojos negros, que brillaban de una manera febril en sus hundidas órbitas, irradiaba una mirada estraña, incierta, vacilante, como si fuese la llama de una bujía que se eleva, se abaja, brilla de un modo vago y hace esfuerzos para no estinguirse.

Este jóven se hallaba tan cambiado, que Paula, á la primera mirada, no pudo conocerle.

Pero él en cambio, al ver á la jóven tendió sus brazos hácia ella y entonces sus ojos espresaron un pensamiento bien formulado, puesto que en ellos se retrataron un dolor y una ternura indescribibles.

—Paula! Paula! murmuró el desgraciado con voz muy débil.

Luego cayó sin movimiento, en brazos del familiar que le sostuvo.

Paula exhaló un ronco é inarticulado grito.

Quiso lanzarse hácia el condenado; pero los esbirros se colocaron entre él y ella y la jóven no pudo salvar aquella barrera viviente é impenetrable.

Entonces como si fuera arrastrada por un poder invencible, la jóven se lanzó por entre la muchedumbre, con la rapidez de una leona herida, franqueó las calles que la separaban del inquisitorial palacio y al llegar á la puerta de éste, gritó como una insensata que queria ver al gran inquisidor.

Nadie se atrevió á molestarla, porque todo el mundo

creyó que estaba loca; y á sus reiteradas instancias la respondieron que Pedro de Arbués se encontraba ya en la plaza mayor, donde presidiria el auto.

Paula vió á un familiar, que reconoció al instante.

Era el que por primera vez la habia conducido ante el inquisidor.

—Aléjate, le dijo este hombre en voz baja, ó te mandaré encerrar.

Paula dirigió al cielo una mirada llena de rábia, y despues corrió sin detenerse hácia la plaza Mayor.

Cuando llegó á la misma vió inmensas llamas que se mezclaban con torbellinos de humo.

Todo habia concluido.

El gran inquisidor permanecia tranquilo en su sitio y rogaba por el alma de aquellos cuyo verdugo habia sido.

Entonces Paula, dirigiendo sus tiesos y rígidos brazos hácia el cielo, sin mirar en torno suyo y sin pensar en aquella multitud que la contemplaba estupefacta, levantó su voz terrible, y gritó:

—Pedro de Arbués, yo te maldigo! cuida de evitar mi venganza!

Pero la multitud dominó la voz de Paula; los que la rodeaban se apartaron, con objeto de cederla puesto, porque la tomaron por loca.

El fraile guardó silencio.

Su pecho, violentamente comprimido, se levantaba con un rápido y continuado movimiento; su frente, de sí muy pálida se hallaba cubierta de púrpura y anchas go-

tas de sudor corrian por su rostro como si fuesen perlas brillantes.

En aquel instante su belleza parecia sobrehumana.

—Y bien; que fué de Paula? interrogó el presidente, llevado por una curiosidad y un interés irresistibles.

—Paula se ha vengado, contestó José con voz sorda: ella fué quien mató á Pedro de Arbués.

—No os comprendo, observó el presidente, esplicaos: qué puede haber de comun entre la jóven cuya historia acabais de contarnos, y el dominico José.

—No os lo dije, monseñor, que Paula habia jurado vengarse?

—Y bien?

—Seis meses mas tarde, continuó José, un jóven se presentó al convento de dominicos de Sevilla.

Este jóven queria ser sacerdote.

Tenia veinte años y no conocia el latin; pero no carecia de inteligencia, se distinguia por una voluntad de hierro, y en menos de tres años habia aprendido el suficiente latin para que le enseñasen teología.

Luego, en fin, se le confirieron las primeras órdenes y entró en el noviciado: algun tiempo despues se hizo sacerdote y profesó en la órden de Santo Domingo.

Durante este tiempo el novicio habia llamado la atencion de Arbués, y por uno de estos caprichos tan comunes en los hombres de carácter estravagante y fantástico, el inquisidor le protegió y sintió luego una necesidad de que aquel jóven permaneciera constantemente á su lado.

Arbués no hacia nada sin consultarle y el novicio empleaba tanta astucia en sus relaciones con el gran inquisidor, que éste, fascinado, completamente dominado, no hacia nada sin antes consultárselo.

—Era acaso el mismo José? preguntaron los jueces en el colmo de su sorpresa.

—Esto es, José, prosiguió el dominico; José, que se habia hecho esclavo de Arbués para convertirse en su amo; José, que parecido á la mano que atiza el fuego, removia constantemente las pasiones del inquisidor para conducirle á su pérdida; José, que convirtió en mónstruo á un hombre cruel y escandaloso á fin de que no hallara perdon ni en el cielo ni en la tierra; José, que luego de haber hecho odioso el nombre de Pedro de Arbués á la Andalucía toda, lo ha herido de muerte á fin de que no tuviese el necesario tiempo de arrepentirse y quedase eternamente perdido... José, en fin, que ha vengado á Paula.

Al pronunciar estas frases, la voz del dominico vibraba, y su mirada se habia fijado al cielo con una espresion de alegría.

Los jueces creyeron que estaba loco, pero no lo comprendieron todo.

—Así pues, quien mató al inquisidor, observó el presidente, no fué Paula sino José.

—José y Paula son una misma persona. No comprendeis, señor presidente, que yo me hice hombre y dominico para lograr mi venganza?

—Qué sacrilegio! esclamaron á un tiempo los jueces.

Esto constituye un doble crímen por haber profanado el santo nombre de Dios y haber asesinado á un sacerdote.

—Lo que hice lo volveria á hacer, replicó Paula con exaltacion sombría. Acaso Pedro de Arbués no profanó la mision del sacerdote? Ah, señores, ya es tiempo de que la justicia envie sus rayos á las tinieblas en que el Santo Oficio se envuelve; porque yo os lo digo é invoco en esto al testimonio de Dios: los tribunales de la inquisicion son infames lugares á que se debiera prender fuego, y los inquisidores son mónstruos que debieran estar en las galeras.

—Basta! basta! gritó el presidente. Acusado, nuestra paciencia toca los límites. Si sois efectivamente muger, vuestro crímen es aun mas terrible; pero ya seais muger, ya hombre, estais condenado á muerte.

—No deseo otra cosa, dijo Paula, que luego de haber declarado cual era su sexo, habia revestido las gracias de una muger bella y sensible.

Los jueces se retiraron un instante, al objeto de deliberar.

En este tiempo la jóven, serena y tranquila, aguardaba á que se pronunciara la sentencia.

Acababa de desenvolver el triste drama de su vida, y ésto para ella equivalia á emanciparse de un gran peso.

Cuando los jueces volvieron á entrar en la sala, el rostro de éstos habia revestido una severidad espantosa.

Esto no obstante, en sus facciones se observaba cierta involuntaria piedad.

El presidente se levantó y sin mirar á Paula, pronunció en alta voz esta sentencia:

«Considerando que el señor inquisidor ha fallecido de muerte violenta;

»Considerando que la llamada Paula, falsamente encubierta con el nombre de José, monge dominico, empleado en la inquisicion, lo ha profanado todo para llegar á la perpetracion de este crímen;

»Considerando que la acusada se halla convicta y confesa de los delitos que se le atribuyen, este santo tribunal que cree en el Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas que no forman mas que un solo Dios verdadero, condena á la mencionada Paula á la muerte de la rueda y á ser descuartizada; y como autora de parricidio se la considera tambien á que se corte y queme su mano derecha por la del verdugo.

»Ejecutada esta sentencia, los miembros de la indicada Paula serán expuestos en los caminos reales y abandonados al pasto de las bestias, con espresa prohibicion de que se les dé sepultura.

»Pronunciado en Sevilla, etc.»

Paula oyó sin conmoverse esta sentencia; pero al oir las frases de «sus miembros serán espuestos en los caminos reales y abandonados al pasto de las bestias, con espresa prohibicion de que se les dé sepultura» hubo un instante en que su pudor sublevado y un instintivo horror, la hicieron temblar desde los piés á la cabeza.

La jóven llevó la mano á sus ojos como si no quisiese

ver el horrible espectáculo que á su pensamiento se ofrecia, y cuando se levantó para ir desde la cárcel á la capilla, donde habia de pasar la noche, sus miembros estaban convulsos. Casi no podia sostenerse.

Al dejar la sala, Paula distinguió entre la muchedumbre á una mujer pálida y muy anciana, que la contemplaba fijamente y con lágrimas en los ojos.

Esta mujer parecia decirla:

—Me engañasteis; pero bien veis que he venido.

—Oh! esclamó Paula al verla, ahora puedo morir tranquila: viva ó muerta velará por mí constantemente.

Esta mujer era Juana.

Habiendo partido con Estéban y Dolores para obedecer á Paula, y á los dos dias de marcha Juana habia dejado á sus compañeros de viaje, y habia vuelto á Sevilla, inquieta por la jóven que habia alimentado en su seno, y cuya historia sabia en los mas pequeños detalles; pero conociendo muy poco las sendas y caminos. Juana se habia estraviado, y de ahí porque no habia llegado á Sevilla sino despues de pronunciada la sentencia.

# CAPITULO LVIII

## En capilla.

Ya se sabe en España existe la piadosa costumbre de poner en capilla por espacio de cuarenta y ocho horas á los reos que se condenan á muerte.

En la capilla la religion ofrece, bajo todas sus formas, sus grandes socorros y sus piadosos consuelos, al que vá á dejar el mundo para siempre.

Los sacerdotes se relevan de cuando en cuando, consuelan y fortifican al reo, y oponen la esperanza á los crueles tormentos del suplicio.

La cofradía de la paz y caridad, tierna madre de cuantos reclama el verdugo, procura que las últimas horas del reo sean dulces, prodigándole los mas asíduos cuidados, satisfaciendo sus mas pequeños caprichos, y permitiendo que hable y se despida de sus parientes y amigos.

En una palabra: se les dá todos los consuelos permiti-

dos á la caridad por la ley desapiadada, pero sin que jamás traspasen los límites impuestos por esta última.

En España la ley condena alguna vez con injusticia; pero mezcla á su necesario rigor, los consuelos de la piedad: condenan á muerte y no á la agonia.

La capilla donde habian llevado á José, consistia en una estancia abovedada, cuyo techo se hallaba sostenido por columnas con capiteles, imitando la hoja de la palmera; era de arquitectura árabe, preciosa imitacion de la naturaleza africana.

En el altar, cubierto por un paño negro, ardian al lado de un Cristo, dos velas de cera verde.

A la derecha del mismo, veíanse dos sillones; el uno se hallaba destinado al reo; el otro al sacerdote que le prodigaba sus ausilios.

En el suelo veíanse una maza de hierro, cuerdas y una gran cruz de san Andrés.

Eran los instrumentos del suplicio. Paula se fijaba en ellos.

En aquel mismo instante supremo la jóven se sentia agitada por una cruel duda.

Su educacion habia sido eminentemente religiosa.

Pero un sentimiento de ódio legítimo y escusable: un desenfrenado amor á la venganza, la habian arrastrado á la profanacion de una infinidad de cosas y á la ejecucion de un delito horrible.

Este delito lo habia preparado con constancia y lo habia ejecutado sin vacilar y sin sentir remordimientos. La

jóven habia herido un mónstruo que se habia entregado al robo, al homicidio y sin embargo, Paula, en sus dudas, se preguntaba, con un terror indescribible, si Dios, que es tan grande y misericordioso, Dios, que habia recibido ya en su seno á su querido Fernando, y en cuyo obsequio habia sacrificado su existencia, la jóven, decimos, se preguntaba si este mismo Dios no la rechazaria como indigna de sus celestiales bienes.

Paula se arrodilló sobre las gradas del altar, y apoyó su frente, que ardía, sobre el mármol que le adornaba.

Esta alma llena de angustia, esperimentaba una horrible duda: temia que en la otra vida no volveria á ver al hombre por el cual habia muerto. Despues de tantas lágrimas, de tantos esfuerzos, de tantos sufrimientos, este pensamiento la torturaba.

En aquel instante, un fraile entró en la capilla. Paula se arrodilló á sus piés y le contó sus amarguras.

Este fraile hubo de consolarla hablándola del espantoso suplicio donde iba á morir, y exhortándola á que olvidara su sacrílego amor por un herege, y á que implorara la misericordia de Dios y del *mártir* Pedro de Arbués que desde el cielo llegaria sin duda á perdonarle. Enseguida le habló de la gracia, del éxtasis y de la beatitud.....

Paula se levantó desesperada: habia llamado contra una piedra, y esta piedra no habia comprendido lo que sufria su alma.

Dió la hora, y el fraile se retiró con la indiferencia de un soldado que ha llenado la hora de su guardia:

Hé ahí como los ejercicios de la divina religion de Jesucristo, pierden segun quien los cumple, su divina poesia y sus angélicos consuelos.

—Oh! dijo Paula, llena de disgusto y de amargura; yo debia recordar que estos frailes son ignorantes séres mecanicos que obran no por conviccion sino por hábito. El espíritu de Dios no está con ellos: no son mas que autómatas: en ellos no obra mas que la materia. Oh! Dios mio! continuó; vos sois la víctima de los hipócritas y de los malos sacerdotes; perdonadme, porque yo soy tambien su víctima. Vos que tragísteis mas que el amor, perdonadme, Dios mio, puesto que me hice culpable por amar demasiado.

Y al espresarse en estos términos, Paula derramaba abundantes lágrimas: su flexible cuerpo, replegado sobre sí mismo, tenia una dolorosa gracia imposible de describir.

De su hábito de fraile no habia conservado mas que su túnica de blanca lana, y como sus cabellos, que no habia cortado en ocho dias, habian crecido, su fisonomía habia notablemente cambiado.

Al verla de aquel modo hermosa y delicada, y sin embargo imponente, puesto que habia adquirido la costumbre del mando, cualquiera se quedaba indeciso porque en el primer instante no se adivinaba su sexo.

Era Paula, y sin embargo era aun José: era una mezcla de virilidad y de gracia, de energía y de ternura.

Esta pobre mujer, tan dulce y tan sencilla, que siendo

aun tan jóven habia aprendido tanto en la vida, inspiraba una dolorosa y tierna simpatía.

Arrodillada en las gradas del altar y frente de los instrumentos de tortura que al siguiente dia habian de romper sus miembros, parecíase á una débil flor inclinada sobre el abismo que debia tragarla, pero al que demandaba su gracia.

Mas aunque Paula se dirigia á cuanto la rodeaba, nada respondia á las necesidades de su alma.

Entonces como el viajero que se ha estraviado y vuelve al camino que habia ya recorrido. Paula retrocedió y echó una ojeada á su pasado, teniendo gran cuidado en hojear una por una sus muchas y variadas páginas.

Y leyendo en el libro de sus recuerdos, vióse cuando era una pura y blanca niña jugando bajo los floridos naranjos de la Alhambra, de esa maravilla de los árabes, soñando en su ardiente y orgullosa alma, con el amor de un noble y valiente caballero.

Luego vió las granadinas iglesias, magníficas mezquitas convertidas en templos católicos por la piadosa Isabel, pero conservando toda su oriental poesía.

En ellas veia pasar, como en un sueño, toda esa fantasmagoría del romano culto que en aquel tiempo la habia mecido en santas y puras emociones; veia aquellas largas hileras de frailes, cuyas blancas cabezas se perdian en nubes de incienso, vistiendo capas de oro; veia aquellos cálices cubiertos de pedrería, los ángeles de maciza plata, y los sagrarios atestados de reliquias y de diamantes, ofren-

das de las reinas de España á la santa reina del cielo.

Hé, ahí, pues, como recordé todas las iglesias de Granada, bazar oriental donde se ostentaba en mil formas las preciosidades megicanas.

Y comparando sus sensaciones puras de entonces, y su cándida admiracion por todas aquellas terrestres maravillas, con el escepticismo que sentia, Paula comprendió la razon porque el clero se empeñaba en mantener el pueblo en la ignorancia.

Esto no obstante, la jóven esperimentaba cierto placer al recordar sus dias de ignorancia y de sencillo abandono, al recordar sus transportes y su éxtasis, cuando permanecia arrodillada ante la imágen de Cristo, el cual parecia ver que lloraba, y cuya historia le habian contado muchas veces.

Aquel tiempo, comparado con el presente, le enviaba un reflejo dorado que iluminaba con una luz postrera su frente, cubierta ya con mortal sombra.

Luego se vió huérfana, recogida por la noble familia de Cazalla; encontróse cerca de su prometido esposo, de su dulce y querido Fernando..... Pero á aquel cuadro tan puro y tan hermoso, mezclábanse luego los mas siniestros tonos; cadáveres profanados, vivos perseguidos, y su Fernando arrastrado hácia el patíbulo.

A este horrible recuerdo, su alma se llenó de amargura y contó hora por hora, minuto por minuto, los dias que habia pasado arrastrando su servil cadena, besando los piés del tigre que aborrecia, velando sus ojos llenos de lágri-

mas, con hipócritas sonrisas, abatiendo una frente donde habia irradiado la dicha, y renunciando á la oracion por miedo de que profanaria la plegaria.

Luego, en fin, dulce, tímida, candorosa, armaba su débil mano con un puñal, y en el pié mismo del altar inmolaba al que la habia perdido. Veia al inquisidor con sus ojos ya estraviados, su sangrienta garganta, y pronunciando estas frases en el estertor de la agonía:

—Dios es justo!.....

—Sí: Dios es justo! esclamó Paula incorporándose con energía; Dios es justo y quizá me perdone. Oh! añadió con una angustia indescribible; acaso el martirio no es un segundo bautismo y acaso no he de sufrirlo en esa cruz?

Y volviéndose, vió los instrumentos de su suplicio, y aunque esos horribles objetos la asustaban, sintió un cruel placer porque hubo de pensar en los atroces dolores que habia de sentir en su agonía: cuanto mayores fuesen, mas confiaba, en que, unidos á las torturas de su vida, bastarian á perdonar y espiar sus muchas faltas.

Porque Paula solo deseaba una cosa: reunirse á Fernando.

La puerta de la capilla se abrió, y dos hermanos de la paz y caridad, que pertenecian los dos á la nobleza, preguntaron cortesmente, si la condenada necesitaba de algo.

—Para esta vida no necesito de nada, contestó Paula sonriendo tristemente: pero en la otra.....

—Cuidaremos tambien de ella esclamaron los dos her-

manos acercándose á Paula; mandaremos celebrar misas en sufragio de vuestra alma.

—Ya que estais dispuestos á cumplir la voluntad de una muger que está sentenciada á muerte, dijo Paula, os ruego que entregueis esto á una doncella pobre el dia que se case.

Y al mismo tiempo sacó de su seno una cruz de diamantes: era una alhaja de gran precio que le habia entregado su madre.

—Cumplireis mi voluntad postrera, no es cierto? añadió.

—Yo os lo prometo, contestó uno de los hermanos.

—Gracias, caballero: es lo único que me queda: cuando menos que sirva para hacer feliz á alguien en el mundo.

—Se os ofrece algo más? preguntó un hermano.

—Otra cosa, dijo Paula que vacilaba.

—Hablad: se os concederá todo lo que de nosotros dependa.

—Al venir aquí, señores, debisteis encontrar á una pobre muger vestida de luto, cuyos ojos, cubiertos por un velo, derramarian abundantes lágrimas contemplando esta cárcel. Esta muger es mi madre, la misma que me ha alimentado. No se niega á los condenados la gracia de abrazar por última vez á los que se ha querido; pues bien, señores, haced venir á esa muger y rogadla que se llegue hasta aquí.

—Se cumplirá vuestro deseo.

Y ambos hermanos salieron.

En aquel momento un fraile agonizante reemplazaba al que habia oido en confesion á la jóven.

Paula habia clavado sus ojos en la puerta: su alma no podia distraerse de la esperanza que habia concebido de ver por última vez á su nodriza.

La jóven no aguardó en vano: uno de los hermanos de la paz y caridad entró en la capilla, seguido por la muger que le habia indicado Paula y que habia, efectivamente, encontrado en la puerta de la cárcel.

Al verse la jóven y su nodriza carecieron de frases para indicar su emocion; pero la condenada se arrojó sobre el seno que la habia alimentado, y por primera vez, despues de algunos años, comenzó á llorar con desahogo.

Respetando á una y otra, los hermanos de la paz y caridad las dejaron solas.

Observábase la costumbre de que se permitia á los condenados hablar libremente con aquellos que les visitaban; pero esto no obstante, el fraile no se volvió: al entrar Juana abrió sus ojos, y luego continuó recitando sus oraciones en voz baja.

Acercóse á ella y continuó en las fingidas exhortaciones del primero.

Se hubiera dicho que uno y otro habian aprendido la misma leccion.

Y en su fisonomía se veia cierta distraccion y cierto enojo, que demostraban la sequedad y aridez de su alma.

Estos hombres tenian, por lo general, un corazon de bronce y una salud ó robustez de hierro.

Paula dejó que hablara, sin que jamás le contestara.

La jóven oraba interiormente y no con los lábios, para implorar al gran dispensador de la misericordia: no necesitaba de semejante intermediario, y en vez de entusiasmarle, sus frases helaban su religioso fervor.

La jóven permaneció fria y recogida en sí propia, aguardando que los hermanos de la paz y caridad cumpliesen su promesa.

El fraile, cómodamente sentado en su sillon, se habia ligeramente dormido.

Cuando Paula hubo vertido en el seno de su nodriza todas las lágrimas que desde algun tiempo amasaba, levantó su cabeza, y fijando sus negros ojos en los de la nodriza, le dijo con gran ternura:

—Tambien quieres morir?

—Despues de tí, contestó la nodriza.

—Hareis bien, replicó Paula mostrando un gran desden por la existencia: qué haríais sola en el mundo?

—Claro está! observó Juana con la mayor sencillez, bien como si para aquellas dos mugeres, que habian vivido por el amor y el sacrificio, la vida terrenal no fuese nada sin la del alma, y como si hubieran sido criadas para vivir del éxtasis á semejanza de los ángeles.

Aquellas dos mugeres eran creacion de Dios y volvian juntas á Dios sin que jamás se hubiesen separado.

Vivian del amor y existian en Dios mismo.

Luego permanecieron silenciosas, una al lado de la otra, con sus manos estrechamente enlazadas, saboreando

aquellos momentos de dicha en que aun se veian reunidas.

Nada tenian que decirse: la tierra no existia para ellas; iban á morir y á encontrarse en la otra existencia.

Así pasaron una hora sin que contaran sus minutos.

Un esbirro entró en la capilla con el objeto de decirlas que habia llegado ya la hora de separarse.

Entonces la duda que ya habia agitado á Paula volvió á despertarse, y como su nodriza le tendiera sus brazos por la vez postrera, dijo con angustia:

—No es cierto que Dios me ha perdonado y que me recibirá en su seno?

—Pobre niña! esclamó Juana; queda tranquila! nos veremos en el cielo.

El rostro de Paula se iluminó con un rayo de celestial alegría.

Ofreció su rostro á su nodriza para que lo besara, y luego que Juana hubo sellado su frente con los lábios, dijo:

—Hasta luego...

Paula quedó sumergida en un éxtasis que se prolongó hasta el dia siguiente.

# CAPÍTULO LIX.

---

**El suplicio de la rueda.**

Eran las seis de la madrugada.

En la capilla donde se hallaba Paula, entró un hombre.

Este hombre era el verdugo.

Al verle, la primera impresion que esperimentó la jóven fué la del terror; la segunda fué de alegría, porque al fin iba á morir.

Pero, á despecho suyo, al ver aquel hombre que iba á torturarla, no pudo reprimir un movimiento de espanto: el instinto de la naturáleza física queria dominar la influencia del sentimiento moral.

—Ya estoy dispuesta, dijo la doncella levantándose.

El verdugo se acercó á ella para colocarla un birrete, adornado con una cruz blanca.

Luego, despojándola de su túnica, el verdugo la puso

otra de color negro y encarnado. El negro era el color de los parricidas; el encarnado el de los sacrílegos.

Paula dejó hacer al ejecutor de la justicia: en el instante en que iba á dejar la vida, el traje la importaba muy poco.

Cuando el verdugo hubo concluido, la jóven le preguntó:

—Acabásteis?

—Por ahora sí.

—Debo ir al patíbulo?

—Aun nó.

—Oh! Dios mio! interrumpió la jóven con impaciencia.

El verdugo la miraba con sorpresa: no comprendia que una condenada sintiese impaciencia por marchar hácia al suplicio.

Dejó á Paula sola diciéndola:

—Rogad á Dios por la vez postrera.

La jóven cayó de hinojos, exclamando:

—Dios mio! reunidme á Fernando, que era mi prometido esposo en la tierra!

Entró en la capilla un sacerdote con objeto de exortarla por última vez; pero la jóven no le contestó: siguió orando en el interior de su alma.

Pero como el sacerdote insistiera, la jóven repuso con dulzura:

—Dios ya me ha perdonado: mi madre me lo ha dicho.

El sacerdote creyó que el horror al patíbulo habia estraviado su juicio.

En aquel instante vinieron á buscarla.

Paula suspiró con desahogo y se dirigió, llena de alegría, hácia la puerta; mas como aun no habia apurado el cáliz de la amargura, cogieron sus dos manos y las ataron con una cuerda, bien como si quisiesen arrastrarla hácia un suplicio que ella deseaba con tanto ahinco.

La resignacion de Paula era grande: sentíase feliz por la misma razon de que iba á sufrir.

La jóven salió de la capilla.

Cuando luego de haber salvado los oscuros corredores de la cárcel llegó á la calle, el sol la envió sus rayos de una palidez brillante, entre los que pareció á la jóven que habia algunas manchas azuladas.

Deslumbrado por esta claridad repentina, Paula cerró instintivamente sus ojos.

Cuando habituada á la luz volvió á abrirles, miró en torno suyo y se vió rodeada por soldados y por gentes piadosas que con un cirio en la mano, la acompañaban al suplicio. Una doble hilera de frailes agonizantes recitaban con voz triste y quejumbrosa la oracion de los difuntos.

Uno de estos frailes se habia colocado cerca la condenada, exhortándola á que muriese en la religion católica.

Trás de los agonizantes veíase á la cofradía de la paz y caridad; último consuelo de los que van al patíbulo. Viviente antítesis de la ley escrita, la cofradia de la paz y caridad era la fiel intérprete de la clemencia de Dios.

El pueblo que siempre está ávido de ese género de espectáculos, corria en tropel siguiendo las huellas de Paula.

Mucha gente se quedaba sorprendida al ver su jóven y hermoso rostro que parecia nó el de una mujer, sino el de un ángel.

La sesion de la audiencia se habia celebrado á puerta cerrada y solo entre el pueblo habia corrido el rumor de que se condenaba al asesino; pero todo el mundo ignoraba cual era su verdadero sexo y todo el mundo se figuraba que el asesino, era un hombre de formas verdaderamente hercúleas.

El asesino de un gran inquisidor no podia ser mas que un hombre estraordinario y sin embargo el dominico era un hombre débil, pálido, hermoso, un sér, por decirlo así, ideal.

Durante su peregrinacion horrible, la jóven fué objeto de la mas ardiente curiosidad y de una compasion indescribible.

El pueblo que veia en ella un jóven fraile se sentia inclinado en favor de sus pocos años y el odioso recuerdo de Pedro de Arbués, contribuia á acrecentar la indulgencia que inspiraba su asesino.

El cortejo llegó á la plaza Mayor.

Al ver aquel lugar donde se habian inmolado tantas víctimas, el corazon de Paula se sublevó indignado.

La doncella fijó sus ojos en el quemadero como para buscar en él los mártires que habian caido sobre la ardiente arena.

Aquel era el punto donde tambien habia caido Fernando.

Aquello fué su última despedida, á la existencia que dejaba.

Inclinó sobre el pecho su cabeza, y aguardó á que la muerte fuese á buscarla.

La jóven miró sin palidecer los instrumentos del suplicio y subió con paso firme en el tablado.

Un fraile siguió á Paula.

Llegado que hubo á la plataforma, cayó de rodillas y dirigiendo sus ojos al cielo imploró la misericordia de Dios por la vez postrera.

Luego se levantó y aguardó con impaciencia.

Pero en el mismo instante en que sus ojos se clavaban en la muchedumbre que rodeaba el patíbulo, vió una pálida muger que permanecia al pié de aquel Calvario bien como la madre de Cristo permaneció al pié de la cruz que redimió á los hombres.

Era la dulce y valiente Juana.

En aquel supremo instante queria fortalecerla con su presencia y habia tenido bastante valor para asistir al suplicio.

Juana llevó la mano á su mantilla y la alzó repetidas veces como si quisiese decirla:—Nuestra separacion no durará mas que un dia.

El sacerdote que asistia á la condenada, presentó á ésta un Cristo de plata.

La jóven imprimió en él un piadoso beso.

Durante este tiempo el fraile la dió su bendicion y el pueblo, que con tanta facililidad se entusiasma, bendijo,

á su vez, la criminal, que tanta resignacion mostraba.

Sobre el patíbulo se veia una gran cruz de San Andrés, un martillo de hierro, el acha y un tajo.

La ejecucion iba á empezar.

El verdugo desató los brazos de Paula, cogió su mano y se dispuso á atarla sobre el tajo.

—Es inútil, observó la jóven, cumplid con vuestro deber.

El verdugo levantó el acha.

Paula seguia con los ojos todos sus movimientos.

Pero mas veloz que un rayo el acha cayó silvando y aquella pálida y blanca mano dió un salto sobre el tajo inundándolo con oleadas de sangre, que brotaron de sus cortadas arterias.

Con un solo golpe el verdugo la habia separado del brazo.

La muchedumbre exhaló un grito de horror.

Paula fué la única que no dijo nada.

Su rostro no habia hecho mas que palidecer y un estremecimiento nervioso recorria su cuerpo.

El ejecutor de la justicia quiso vendar la muñeca á fin de que no se escapara tanta sangre.

—Dejadla observó Paula; así concluiremos mas pronto.

Su palidez se hacia cada instante mas marcada y á pesar de su gran valor los sufrimimientos de que era víctima y la enorme cantidad de sangre que se escapaba de su mutilado brazo la debilitaban por momentos: casi no podia sostenerse.

La jóven fijó sus ojos en la cruz donde habia de terminar su suplicio: y en su inesplicable ánsia de reposo, dirigia tiernas y dulces miradas al lecho de dolor que habia de recibir su cuerpo.

Asi es que dirigiéndose al verdugo le dijo:

—Concluid.

El verdugo, ayudado por uno de sus ausiliares, la cogió en sus fuertes brazos, la tendió sobre la cruz, y procurando que cada uno de sus miembros correspondiese á los brazos de ésta, la jóven quedó en forma de X.

En seguida el ejecutor de la justicia ató los brazos y las piernas de su víctima, y concluida esta operacion, aquel hombre con entrañas de hierro, levantó impasible, su enorme y terrible masa como lo hubiese podido hacer un herrero.

La maza cayó pesadamente y con toda la hercúlea fuerza del verdugo, sobre uno de los brazos que se rompió como si fuese de vidrio.

Era el mismo brazo que ya habia sufrido el castigo impuesto á los parricidas.

Un gemido sordo, prolongado, involuntario salió de los lábios de la infortunada, parecido á la vibracion de una campana luego que el martillo ha dado contra el bronce.

Paula sintió un temblor convulsivo.

Aquello era horrible.

El pueblo, mudo y sombrío, presenciaba asustado aquel horrible drama.

El suplicio de la rueda.

No obstante los lazos que retenian á Paula sobre aquella cruz de agonía, sus convulsiones aumentaban y no obstante el calor que hacia, sus dientes chocaban unos con otros.

Su sangre continuaba manando y se debilitaba por instantes.

Otros tres golpes de maza, dados como el primero, concluyeron de romper aquel cuerpo tan hermoso, creado para todas las delicias de la vida y á cada golpe los gemidos de Paula se hicieron mas sordos y menos distintos.

Al último golpe estos gemidos no se oyeron.

Los ojos de la víctima, casi vidriosos, acabaron de cerrarse: sus largos párpados se bajaron sobre sus mejillas como una sombra ligera; su frente revistió el color de un marfil amarillento; su boca se contrajo sobre sus lábios como si quisiera exhalar su postrer snspiro y una lijera convulsion agitó por última vez su pecho.

Luego... nada.

Su sangre no circulaba en las arterias.

Paula ya no sufria.

El verdugo llevó su mano al corazon de la sentenciada y observó que no latia.

—Acaba de morir, padre mio dijo al fraile que la habia asistido en sus últimos instantes.

—Que Dios tenga piedad de su alma, dijo éste.

Y volviéndose al pueblo, añadió:

—Roguemos, hermanos, por la víctima que acaba de espirar.

Al oir estas frases, Juana, que durante este tiempo habia permanecido no léjos de patíbulo, ahogando los sollozos y devorando sus lágrimas, Juana lanzó un gran suspiro como si se quitara un gran peso.

Su hija, la cual no habia podido salvar, ya no sufria.

La muchedumbre guardaba silencio; aquella ejecucion habia sido tan rápida, la víctima, en su resignacion y valor, habia implorado tan poco la compasion del pueblo; habia mostrado una energía tan heróica, que todo el mundo esperimentaba una gran admiracion hácia el fraile parricida. Si el pueblo hubiera sabido que aquel fraile era una doncella, su admiracion hubiera sido aun mas grande.

Pero por un cálculo de la inquisicion este secreto continuó ignorado; se temia que al divulgarse no se diese á comprender la verdadera causa que habia producido la muerte del gran inquisidor.

El verdugo y sus ayudantes bajaron del patíbulo.

El pueblo se retiró con lentitud, comentando el suceso y haciendo mil reflexiones acerca el asesinato del gran inquisidor, por otro inquisidor, pues Paula, segun el vulgo, no era mas que un fraile empleado en el Santo-Oficio.

Luego, en torno del horrible catafalco, no quedaron mas que los centinelas encargados de guardar el cuerpo de la sentenciada, hasta la hora en que el verdugo lo dividiera en pedazos.

Esto se debia hacer por la noche.

Juana fué la última en retirarse, pero se mantuvo po-

co alejada de la plaza, en una iglesia que habia no léjos de esta última.

Su obra no estaba aun cumplida.

De cuando en cuando algunos curiosos avanzaban hácia el patíbulo, se enderezaban sobre la punta de los piés y miraban el cadáver del condenado, hermoso aun, no obstante sus grandes mutilaciones; pero los centinelas les apartaban con cuidado, pues se habia dado órden para que nadie se le acercara demasiado. Llegó la noche.

La plaza mayor quedó desierta y únicamente, de vez en cuando, se veian algunos garduños que cruzaban en silencio con los piés desnudos ó calzados con alpargatas y andando con un paso tan ligero, que al verles se les hubiese tomado por una ave rozando apenas el suelo.

Cruzaban allí por casualidad sin manifestar intencion alguna y sin que se acercasen al tablado; pero en realidad aquellos hombres vigilaban el cadáver de Paula.

La que habia dejado de velar por la desgraciada doncella, mientras vivia, la noble y fiel Juana, continuaba velando sus mortales restos.

Con el oro y alhajas que aun le habian quedado, Juana habia comprado aquellos garduños, que en su intimidad con el Santo-Oficio, no eran jamás sospechosos.

Al dar las diez de la noche, el verdugo, seguido por uno de sus ayudantes, volvió al patíbulo.

Llevaba una gran cuchilla y sus ausiliares empuñaban un instrumento de hierro muy punteagudo.

Al llegar al cadalso el ejecutor de la justicia comenzó

por desatar el cadáver que aun permanecia en la cruz: se hallaba casi tibio y sus miembros aun estaban flexibles.

El verdugo rasgó por la espalda la túnica de Paula y dejó ver su puro y blanco cuerpo de formas encantadoras.

Despues á la luz de una antorcha, cuya vacilante llama proyectaba sobre aquel cadáver rojizas y negruzcas tintas, el verdugo empezó á disecarlo con una destreza increible: cortó los músculos y los tendones, y luego de dislocar los huesos, separó los miembros del tronco.

Concluida esta operacion cortó la cabeza y la dejó al lado de los miembros.

Poco tiempo despues, se presentó un hermano para reclamar el tronco á fin de darle sepultura.

Este hermano era de la paz y caridad, y la cofradía tenia derecho á esta parte de su cuerpo.

El tronco fué piadosamente metido en un féretro de encina, y los hermanos, cogiendo el precioso botin, lanzaron una mirada de tristeza á los otros miembros que se quedaba el verdugo.

Esto no obstante, el tronco fué entregado á los hermanos de la paz y caridad, bajo juramento de que no revelarian su sexo.

Mas era indispensable que la sentencia se cumpliese.

El verdugo cogió la cabeza y las estremidades, las metió en un saco de salvado, y seguido por sus acólitos, dirigióse hácia la carretera de Cádiz, á la otra parte de Triana.

Los garduños le siguieron de léjos con el fin de saber el camino que emprendia.

Cuando se hallaron, poco mas ó menos, á media legua de Sevilla, los ejecutores clavaron cinco postes en el suelo y colgaron en ellos la cabeza y los otros miembros de Paula, que quedaron espuestos á la vista de los transeuntes y la voracidad de las aves de rapiña.

Concluida la operacion, los verdugos se retiraron.

Habian cumplido lo ordenado.

Los garduños lo habian presenciado todo, ocultos á cierta distancia.

—Despachemos, dijo uno de ellos, cuando vió que el ejecutor y sus ayudantes se habia marchado.

—Sí, despachemos, añadió otro de los garduños; no sea que *la del humo* nos sorprenda en el *eclipse*.

—Dios nos libre! mas quisiera que me encontrasen *eclipsando* la mitra de un obispo.

Y al mismo tiempo los hijos de la Garduña se acercaron á los postes donde se hallaban espuestos los miembros de la jóven.

Uno de estos hombres estendia en tierra una gran sábana, mientras que el otro descolgaba la cabeza y las estremedidas de Paula.

La operacion quedó concluida en algunos minutos.

Luego, cargados con el precioso fardo, los garduños volvieron á emprender el camino del palacio, que no se hallaba muy léjos. No encontraron á nadie, y su nocturna espedicion quedó completamente ignorada.

Mandamiento les aguardaba.

—Concluimos nuestra obra, maestro, dijeron; ahí va esto.

—Nó, hijos mios, replicó Mandamiento; aun no concluísteis: seguidme.

Y les guió hácia el subterráneo donde habian quemado al ex-gobernador de Sevilla.

En él aguardaba Juana.

En el centro de aquel subterráneo veíase una caja mortuoria forrada en seda blanca, y al lado de la caja una fosa recien abierta.

Al ver los garduños, Juana se levantó de su asiento.

Dirigióse hacia ellos, y recibió de sus manos los mutilados miembros de su hija: luego dijo á Mandamiento.

—Dejadme sola unos instantes, yo enterraré á mi hija por mí misma.

Mandamiento y los garduños se retiraron.

Juana tendió en el suelo la tela donde habia los preciosos restos de Paula, ó, mejor dicho, aquellos que los hermanos de la paz y caridad no habian sepultado.

Al ver aquella noble cabeza que tanto habia querido, el valor de la anciana decayó visiblemente.

Inclinóse sobre los frios y descoloridos lábios que habia alimentado en su seno, y los cubrio de lágrimas y besos.

Pero aquella alma fuerte y enérgica, no podia continuar por mucho tiempo abatida.

Juana contempló aquellos ojos que se habian cerrado

para siempre, y dando á los lábios un ardiente y postrer beso, dijo:

—Vuelve á la tierra, mortal cubierta que envolviste el alma de Paula, y aguarda en ella la resurreccion eterna. Tú no eres Paula, la verdadera Paula está en el cielo, donde yo iré á reunirme con ella.

Secó sus lágrimas, depositó, haciendo un supremo esfuerzo, los miembros en el féretro, los cubrió con un velo y se arrodilló cerca la caja.

Pasada una hora, Mandamiento volvió á entrar en el subterráneo.

Juana se levantó y se dirigió á su encuentro.

—Tomad, amigo mio, le dijo: cumplísteis con lealtad vuestra promesa y yo voy á cumplir la mia; quiero premiar vuestro celo.

Y al mismo tiempo quitó de su dedo una sortija de gran precio y la dió al maestre de los garduños.

—Señora, dijo éste, deslumbrado ante aquel rico presente: qué puede hacer la cofradía para recompensar una generosidad tan espléndida?

—Permitidme que siga orando hasta mañana, cerca este féretro, replicó Juana; mañana lo enterrareis en la fosa ya abierta.

—Que nadie venga aquí hasta mañana.

—Cúmplase vuestra voluntad, señora, dijo Mandamiento.

El maestre se inclinó hasta el suelo.

La nodriza de Paula quedó sola.

Juana pasó toda la noche cerca de la caja mortuoria.

Cuando al siguiente dia los garduños entraron en el subterráneo para sepultar el cadáver de la jóven, encontraron á la anciana reclinada sobre los restos de su hija, con las manos juntas y la cabeza inclinada.

Los garduños le dirigieron la palabra, pero la anciana no respondió.

Uno de ellos la cogió del brazo, creyendo que estaba dormida; pero Juana no despertó y su cuerpo continuo rígido é inmóvil como si fuese una piedra.

Habia cumplido la promesa que hizo á Paula.

Muerta la jóven, la anciana habia dejado la tierra, sin ninguna clase de esfuerzos, sin sacudidas ni violencias.

Juana habia muerto porque habia querido morir.

—Señor maestre, dijeron á Mandamiento los garduños; esta mujer ha muerto; qué hacemos de ella?

—La caja es muy grande, respondió el jefe de los bandidos, la última voluntad de esta señora debió consistir en que la enterrara con estos miembros mutilados; metedla pues, en el féretro, y que una misma fosa las sepulte.

Llamóse á dos mujeres de la Garduña para que amortajasen á la anciana, y luego de algunas singulares ceremonias y de no pocas oraciones, se bajó la caja á la fosa.

En seguida llenóse ésta de tierra.

Los subterráneos de la Garduña, hubieran conservado eternamente el secreto de esas honras fúnebres, si el maes-

tre, conforme á la costumbre adoptada por la cofradía, no hubiera consignado el hecho en sus misteriosos registros, los cuales fueron descubiertos algunos siglos mas tarde.

# CAPÍTULO LX.

### La despedida.

En una de esas muchas posadas que se hallan escalonadas en el muelle de Cádiz, y donde comen los marinos, veíanse tres personajes.

En torno suyo y encima de unos groseros bancos, se habian depositado algunos objetos por los cuales se deducia que iban á emprender un largo viaje.

Estas tres personas, que ocupaban una estancia de la posada, eran el conde de Vargas, la jóven condesa y Juan de Ávila.

Hacia ya quince dias que Estéban y Dolores habian llegado sanos y salvos á la ciudad de Cádiz, gracias al ausilio que les habian prestado los hijos de la Garduña, y qué aguardaban en ella á que José cumpliese su promesa.

El apóstol, al cual se habian adelantado unos dias, esperaba en su compañía ayudándoles á pasar los momentos

de cruel ansiedad que preceden siempre al cumplimiento de un acto decisivo.

La impaciencia que sentian era grande.

Apesar de que guardaban el incógnito, y de que los dos jóvenes habian tomado precauciones, y de que vestian como la gente del pueblo, Juan de Ávila no se sentia tranquilo; seguia temiendo las persecuciones del Santo Oficio.

Los tres amigos permanecian sentados y guardaban el mas profundo silencio.

Parecia que se hallaban estraordinariamente preocupados.

—Padre mio, dijo por fin, el mancebo; hace ya cerca veinte dias que dejamos á Sevilla; la nave holandesa en que tomamos pasaje quizá parta de un dia á otro, y por otro lado creo que el continuar por mas tiempo en España es bastante peligroso. Creeis que José vendrá aquí para reunirse á nosotros conforme lo ha prometido? No hay que temer algo?...

—Lo ignoro, contestó el religioso; la desaparicion de Juana me ha sorprendido en estremo: la huida de esa mujer, envuelve un gran misterio; pero yo no debo creer...

—Oh! nó, esclamó Dolores, José es un ángel, un mártir como nosotros; quién sabe añadió la jóven con ternura, quién sabe si es víctima de alguna cruel desgracia! En él habia algo fatal que me espantaba.

—Nunca ese fraile me ha inspirado gran confianza, dijo Estéban.

—La inquisicion oculta los mas horribles secretos, observó Juan de Ávila.

—Pero en fin, padre mio, continuó Estéban, nuestra seguridad exige que partamos á la brevedad posible: acaso, para cumplir una palabra dada á cambio de una promesa incierta, debo comprometer la seguridad de la mujer que quiero mas en el mundo?

—Aguardaremos otros dos dias; otros dos dias no mas, Estéban! dijo con dulzura la condesa; si en ellos José no ha vuelto, nos pondremos en marcha, añadió lanzando un suspiro, bien como si abandonara con dolor y con tristeza á su querida España.

En aquel instante un hombre del buque, en el cual tenian que embarcarse, entró en la estancia y dijo á los dos jóvenes que en aquel mismo dia se levaba el ancla.

—Porqué tan pronto? observó Dolores.

—El viento es favorable, señora, contestó el marinero.

Esto no admitia objeciones.

El viento es el rey y el Dios de los marinos.

Dolores inclinó tristemente su cabeza, y no respondió nada.

—Ya lo veis padre mio, no es posible aguardar ya por mas tiempo: es necesario que partamos hoy mismo.

—Es cierto, contestó Juan de Ávila, conmovido ante el dolor de la condesa: la imperiosa necesidad obliga á ello. Cúmplase la voluntad de Dios ya que así lo ha dispuesto.

—Corriente, dijo Estéban al marinero, indicándole dos

maletas: cojed esto y llevadlo á bordo. Esta misma tarde iremos al buque.

El marinero obedeció, y dejó la estancia.

Dolores cogió un saquito de lana.

Este saquito encerraba las cenizas de su padre.

Hacia un calor insoportable.

Estéban salió un instante de la posada á fin de respirar la brisa que el mar les enviaba. El jóven dió algunos pasos á lo largo de las murallas que lindan con el puerto.

La ciudad de Cádiz, esta ciudad inespugnable, rodeada por un doble muro de piedra y de agua, ofrecia un triste y silencioso aspecto.

El sol estrellaba sus ardientes rayos en el hirviente suelo: las calles permanecian desiertas y no se oia otro rumor que el de las ondas estrellándose al pié de las murallas, ó el de los centinelas que daban la guardia en la puerta del mar.

—Esta noche, murmuró Estéban, esta noche voy á dejar la España! Oh! que el cielo la proteja, añadió volviéndose hácia el norte, como para lanzar una dolorosa y postrer mirada á aquella pátria querida. Qué Dios aparte de ella el azote de sus maldiciones y que la infunda una nueva existencia! Vamos, añadió suspirando con tristeza; el sacrificio está hecho... ya que no puedo hacer nada por ella abandonemos su suelo!...

Aun no habia concluido de pronunciar estas frases, cuando, por la parte de tierra, vió que se acercaban cinco hombres en traje de Sevillanos.

El jóven retrocedió y obranda con prudencia, se dirigió á la posada: temia que le descubrieran antes de embarcarse con Dolores.

Mas no bien cerró la puerta de la estancia, cuando se oyeron golpes en la misma.

El jóven se estremeció.

—Quién es? preguntó Dolores.

—Abridnos, señor D. Estéban, contestó una voz que los tres amigos reconocieron al instante.

Era la voz del Cuco.

—José ha llegado! esclamó Dolores.

Vargas, tranquilizado, abrió la puerta.

Pero no era el dominico: eran el Cuco, su hermana, Manofina y la sirena, que llegaban de Sevilla, guiados por un garduño de la cofradía de Cádiz, el cual habia recibido á Estéban y Dolores cuando su llegada, y les habia recomendado á la dueña del meson en que estaban alojados.

Dolores, Estéban y Juan de Avila se quedaron sorprendidos.

—Por qué vinísteis á Cádiz, hijos mios? les preguntó el apóstol.

—Venimos en busca de D. Estéban y de la señora condesa para seguirles donde quiera que vayan, contestó la sirena.

—Gracias, amigos mios, gracias, replicó Dolores enternecida; ya conocia yo vuestro cariño; pero ya sabeis que nosotros somos unos pobres desterrados que apenas tendremos con que mantenernos?

—Nosotros trabajaremos para sostener á sus señorías, dijo la Chapa.

—No es el trabajo lo que nos asusta, observó el Cuco; pero afortunadamente sus señorías no necesitarán de nuestro ausilio.

—Y Fray José? qué se ha hecho de Fray José? esclamó Dolores con ansiedad; aun no me hablasteis de él.

Al oir esta pregunta el corchete bajó su cabeza, Manofina quedó suspenso y las dos mugeres comenzaron á llorar.

—Qué ha sucedido? preguntó la condesa de Vargas.

Entonces, con voz triste y entrecortada, el alguacil contó á sus señorías el terible desenlace de la tragedia que acababa de suceder en Sevilla.

Juan de Ávila, Estéban y Dolores escucharon con profundo estupor aquel relato: y cuando el Cuco, en su animado y pintoresco lenguaje, describió los últimos instantes del dominico:

—Oh! esclamó la condesa, bañados en lágrimas sus ojos: ya sabia yo que José era un mártir.

—No es esto todo, señora, añadió el Cuco sacando de su seno la cartera que Paula habia tan cuidadosamente sellado, el dia en que salió del inquisitorial palacio y que habia dado al Cuco; no es esto todo: ahí teneis un depósito que que Fray José me ha entregado para vos; tomadlo, señora, que vuestro es.

—Para mí? esclamó la jóven sorprendida.

—Tomadlo, señora, interrumpió Juan de Avila; es el legado de un moribundo.

Dolores cogió la cartera con temblorosa mano, la abrió y la entregó á D. Estéban.

No comprendia el valor de aquella infinidad de hojas de papel cubiertas por tortuosas líneas que casi no podian leerse. Acostumbrado mas que ella á leer manuscritos y luego de haber echado sobre aquel una rápida ojeada, el jóven esclamó:

—Qué corazon tan noble! no ha querido que aquellos que amaba tanto sufriesen la miseria: aquí nos lega una fortuna, Dolores!

—Pobre muchacho! interrumpió la condesa, impresionada mas por la horrible muerte del fraile y por el cariño que les mostraba, que por la fortuna á que aludia su esposo.

Y al mismo tiempo vió en la cartera un papel algo mayor que una letra de cambio, cuidadosamente doblado y sellado.

En el sobre Paula, con su propia mano habia escrito lo siguiente:

«A la condesa Dolores de Vargas, cuando se halle en seguridad, fuera de su pátria.»

—Esto no lo podemos leer aun, dijo.

Y metió el paquete en la cartera.

El dia se habia deslizado con rapidez: el sol bajaba hácia el horizonte; el movimiento y la vida comenzaban á despertar en la ciudad.

El marinero que les habia visitado anteriormente, volvió á entrar en la posada.

—Caballero, dijo á Estéban, en la puerta del mar hay una lancha que os conducirá á la nave.

—Partamos, dijo Estéban, partamos; ya que es necesario, mas vale pronto que tarde.

Dolores, entonces, se acercó á Juan de Avila y con voz dulce y penetrante le dijo:

—Quereis seguirnos, padre mio?

—Nó, respondió Juan de Avila; nó, hija mia, yo no puedo seguiros; yo no me pertenezco á mí mismo, sino á la España; los pobres y los afligidos me reclaman y yo debo volver á su lado.

—Decidnos, cuando menos, que sentís nuestra partida, observó la condesa.

—Dolores, replicó Juan de Avila, permitid cuando menos que me quede la gloria del sacrificio. Yo soy un hombre y mi corazon es accesible así al dolor como á la alegria; pero antes que hombre soy sacerdote de Cristo y este debe dominar á aquel. Los desgraciados necesitan de mí, y yo pertenezco á los desgraciados.

—Harto me consta! dijo Dolores con tristeza; volved, pues, al lado de vuestros pobres; ellos reclaman vuestro ausilio. Vos sois para ellos el representante de Dios que sabe cambiar el mal en bien, mientras que la inquisicion cambia el bien en mal.

—Hé ahí, pues, porque no puedo seguiros.

—Padre mio, continuó la jóven me guardaré mucho de enfriar un celo tan generoso y sublime. Obedeced la voz que os manda desde el cielo; pero al menos concedednos

algun recuerdo; quedemos unidos en una eterna y santa amistad.

—No es esta la verdadera comunion anunciada por el Hombre Dios? replicó el apóstol; sí, hija mia: yo quedaré unido á vosotros por los lazos del pensamiento.

—Oh! esclamó Dolores; aunque viva lejos de vos, me parece que estaré bajo la influencia de vuestra proteccion grande y poderosa.

—Vivireis protegida por Dios: qué quereis mas, amiga mia? observó el apóstol.

Los viageros abandonaron la posada.

Juan de Avila quiso acompañarles hasta el buque.

Metiéronse en dos lanchas que les aguardaban en la orilla: los marineros agitaron sus remos y pasados algunos minutos llegaban á la nave, gigantesca masa de ancho y largo vientre, coloso que andaba con lentitud pero de un modo constante é infatigable y que parecia desafiar las tempestades y borrascas.

Echóse la escalera por la cual debian subir á la cubierta.

El Cuco, su hermana, Manofina y la sirena fueron los primeros en franquearla.

Estéban y Dolores se habian quedado en la primer chalupa, donde les acompañaba Juan de Avila.

—Despachad, señores, gritó el piloto, el viento es favorable y el buque vá á zarpar.

Estéban cogió la mano de Dolores para que subiese la escalera.

Juan de Avila se levantó.

—Adios, padre mio, esclamó la jóven conteniendo una lágrima: adios y rogad por nosotros!

—Adios, hija mia, respondió el venerable apóstol con voz profundamente conmovida, adios... No olvideis que únicamente los nobles y generosos corazones gozan la felicidad en este mundo.

—Padre mio, observó Dolores; la felicidad no existe para los desterrados de su pátria.

Y se lanzó rápida y ligera, por la escalera de la nave, llegando muy pronto á su cubierta.

—Adios, padre mio, dijo á su vez Estéban, si algun dia la España despierta de su sueño, recordad á uno de sus hijos, que languidecerá en un país estranjero.

—Estéban, replicó Juan de Ávila; los verdaderos hijos de Dios no tienen mas que una pátria: la tierra. En cualquier punto del globo donde se levante una voz fogosa y enérgica que predique la verdad, esta voz presta un gran servicio al bienestar social. Ya os lo dije; no se regenera á un pueblo con la fuerza, sino con la palabra, y la palabra, hija del Espíritu Santo, resonará potente é invisible en los últimos ámbitos del mundo. Continuad: seguid firme é inquebrantable por la vía que emprendísteis y recordad que para cambiar la faz del mundo, no se necesitaron mas que doce apóstoles, doce hombres humildes y sencillos, pero que estaban animados por una fé á toda prueba: aunque vivais léjos, tambien podeis ausiliar la regeneracion de España.

Estéban franqueó la escalera.

Todo el mundo se hallaba ya en el buque.

Izóse la lancha á sus baudas, y la que ocupaba Juan de Avila se dirigió remando, hácia la orilla.

Estéban y Dolores, que se habian colocado en la popa, dirigieron un postrer suludo á su santo y noble amigo.

Este levantó su mano y les mostró el cielo, como si quisiese decirles:

—Allí nos encontraremos.

En el buque se observaba gran agitacion y movimiento.

Los marineros izaban al viento las blancas velas, tejidas en la flemática Holanda.

Aquel coloso, aquella gigantesca masa, impaciente por volver á su pátria, se estremecia en aquel mar inmóvil y un sordo temblor que recorria sus bandas, era el signo de la vida que se agitaba en su seno.

En el momento de partir, los viajeros guardaban el mas profundo silencio.

No se oia mas que la voz del capitan y del piloto, dando sus órdenes con breves y acentuadas frases, y el precipitado andar de los marineros que se hallaban impacientes por dejar la tierra, donde por lo comun se fastidian.

Manofina y la sirena, el Cuco, y su hermana, se habian tendido, como verdaderos andaluces, en el puente, y miraban con húmedos ojos el azulado horizonte.

Estéban y Dolores, en pié y recostados sobre el palo mayor, contemplaban entusiasmados los esplendores de aquella tarde magnífica.

El sol sol trasmontaba al Occidente, y envuelto en prismáticos rayos se perecia á un inmenso ópalo irradiando en un grupo de diamantes.

Desde el punto en que se hallaban los desterrados, contemplaban la inespugnable ciudad de Cádiz; Cádiz, la de los templos de piedra, rodeada por el mar como por un cinturon de esmeraldas, y prolongándose hácia el Este por el Trocadero de inmortal memoria.

Mas allá se seguia la española costa, y se encontraba Granada, la sultana de los árabes; Málaga, la de dulces y preciosos vinos, y Valencia, que ostenta su huerta y sus jardines.

Durante los preparativos que para su marcha hizo el buque, los desterrados permanecieron tristes y silenciosos, con los ojos fijos en aquel lejano horizonte, lleno de poesía y de recuerdos.

El dolor que Estéban y su esposa habian sufrido en España, se convertia en tristeza: no recordaban mas que el amor por su querida pátria, que iba á eclipsarse para siempre.

De pronto se estremecieron: Dolores apoyó su brazo en el de Estéban á fin de sostenerse.

Se acababa de levar el ancla.

El navío, balanceado por su enorme peso, dió un salto sobre el agua como si fuese un toro salvaje, y por espacio de algunos minutos se estremeció sobre sí mismo por un movimiento graduado que se debilitó poco á poco; luego se deslizó con dulzura sobre aquel mar unido y

terso, dejando hácia atrás un surco de bullidora espuma.

Las ondas se estrellaban en sus bandas, el viento hinchaba las velas produciendo un ligero y armonioso ruido; la proa entreabria, silvando, aquel mar tranquilo y azulado, y Cádiz á los ojos de los pasageros que seguian en el puente, se convertia en un negro y lejano punto.

El sol se habia hundido en el vasto abismo; anchas y rojizas llamas corrian de uno al otro estremo del horizonte, y la noche descolgaba poco á poco su triste y fúnebre velo para envolver con él al Océano.

La estrella de la noche brillaba en el sereno cielo.

Estéban miró á su esposa.

Inmóvil y silenciosa, con los ojos invenciblemente fijos, contemplaba el horizonte donde se hallaba Sevilla.

Dolores parecia abismada en un religioso y grandioso éxtasis.

Su frente de dorados reflejos coloreada con la púrpura del sol, resplandecia como una escultura de Fidias. La jóven dilataba sus pulmones y aspiraba aquel aire que aun estaba cargado con los perfumes de los naranjos y las rosas. Sus lábios, ávidos y temblorosos, parecian los lábios de la sibila cuando entonaba algun cántico sagrado.

«Salve, España! gritó por fin con voz inspirada; salve, madre de los héroes, amante del poético ibero y del salvaje godo; tierra animada por el cielo que cambias en tu seno el mas vil metal en oro; salve, oh tú, que alimentaste al

gran Pelayo y á Alfonso el Magnánimo, que fué el mas sábio y filósofo de los reyes (1).

»Rica y preciada sultana, cuya frente ciñó las mas ricas coronas del mundo, tú viste brillar en tu manto de púrpura los diamantes de Mégico y las palmas del desierto.

»Todo se ha reunido para contribuir á tu gloria: los godos te dieron su audacia, su valor rudo, su inmortal nobleza; los árabes la poesía que embriaga, la civilizacion que endulza las costumbres y de estos contrarios elementos, la religion cristiana hizo brotar la España caballeresca y conquistadora, la gloriosa España, que tuvo para sus hijos los pechos de una nodriza y las entrañas de una madre.

»Oh! sublime union de la religion y la filosofía! Oh! triunfo brillante de una religion consoladora! No vimos como bajo las leyes de una reina piadosa y tolerante, se unian los fieros descendiente de los abencerrajes, de esos héroes en cuyas venas circulaba la sangre de cien reyes?

»No fueron la tolerancia y la dulzura las que hicieron caer los muros de Granada?»

. . . . . .

La noche se iba haciendo mas intensa; el Océano se cubria con un blanquizco velo, el cielo se poblaba de bri-

---

(1) Alfonso el Magnánimo ó Alfonso el Sábio, fué el autor de las *Siete Partidas*, código que aun tiene fuerza de ley en España, y que constituye uno de sus mas gloriosos timbres.

llantes y hermosísimas estrellas, y Cádiz, perdida entre la bruma, se habia eclipsado por completo.

En el lejano horizonte, veíanse aun las siluetas de los montes, vagas imágenes que se perdian una á una entre la oscuridad y las tinieblas.

Dolores continuó su inspirado canto, y á medida que se perdian los rumores de la tierra, su voz aumentaba en fuerza y energía, como aumenta la del viento cuando ruge entre la soledad y el silencio.

—España! España! decia; oh! que hermosa estabas en los dias de tu esplendor inmaculado, cuando tus libres hijos tenian el derecho de decirlo y hacerlo todo, y cuando el último de los españoles, igual á sus mismos reyes, por el grande amor que unia al pueblo con el monarca, se quejaba á éste y le decia:

»Obraste mal, sin que por esto dejase de prestarle fidelidad y vasallaje! (1).»

---

(1) Bueno es observar en este punto, que en todos los tiempos y en todos los gobiernos, hasta en aquellos en que reinaba el despotismo de la inquisicion de los reyes, bueno es observar aquí, que cuando las Córtes se reunian, se encontraban españoles, que, desembarazados de las trabas con que ahogaba su talento y buen juicio, se elevaban por encima de su siglo, destrozaban con audaz mano el velo que ocultaba el error y las preocupaciones, y hacian oir al pueblo, á los reyes y hasta á la inquisicion misma, la voz de la razon y el eterno lenguaje de la verdad.

Así las córtes de Aragon, de Castilla y de Cataluña reunidas en 1510 y 1512, para pedir al regente D. Fernando y al Papa, la reforma de la inquisicion; la junta católica reunida en Búrgos en 1508,

»Oh! entonces el pronunciar el sagrado nombre de pátria, era una cosa hermosa! Porque la pátria era la verdadera guardiana de la felicidad de todos, y la existencia se deslizaba tranquila y dulce en su seno; entonces habia sosten para el débil, gloria para el fuerte, justicia para todos; entónces la España era verdaderamente libre y feliz, pues la libertad constituye la felicidad suprema.

»Entonces abriendo el seno de su fecunda tierra, la España tenia derecho á esclamar.

—»Por mí se doran las mieses, por mi reverdecen los pámpanos: esto es para todos, porque todos los españoles sois una gran familia de hermanos.

---

para juzgar los prisioneros de la inquisicion de Córdoba, por los acontecimientos ocurridos durante el mando del gran inquisidor Cisneros y la gran junta formada bajo Cárlos II, durante el gobierno del inquisidor Rocaberti para poner término á los conflictos que diariamente ocurrian entre los inquisidores y los jueces ordinarios, conflictos de los que resultaban gravísimos inconvenientes y embarazaban la administracion de justicia; estos tres cuerpos en varias ocasiones, protestaron contra los actos de la inquisicion y del despotismo.

En estas tres asambleas, encontráronse hombres cuyos principios filosóficos y humanitarios sentimientos, hubiesen honrado á nuestro siglo.

Ahora bien; qué es lo que de esto se deduce? que Dios ha depositado en el corazon del hombre el sentimiento de la libertad y del progreso; que estos sentimientos, nacidos con la especie humana, han podido ser contenidos ó ahogados en el santuario de la conciencia del pueblo; pero que ningun despotismo, ninguna tortura es suficiente á abolirlos.

»Los inquisidores, estos insaciables vampiros, no habian chupado aun la sangre de los que tranquilamente dormian, y que al siguiente dia eran cadáveres sin fuerza.

»Entonces los que se hacian la guerra, eran magnánimos y valientes, y se estaba seguro del enemigo como del amigo mas fiel (1).

»Oh! prosiguió la jóven, bajando la voz, pues la noche habia por fin llegado y un estremecimiento glacial habia recorrido su cuerpo; oh! por qué este fertil suelo cubierto de riquezas por la generosa mano del Eterno, alimenta esos hombres de rostro pálido y siniestro? Qué lúgubre sudario envuelve esta reina cautiva y oprimida? De quién son esas uñas que como garras de cuervo oprimen y agotan sus generosos pechos? Su palidez es profunda, su debilidad completa, sus carnes rotas y maceradas como las de un cuerpo que agoniza: su voz tan potente y enérgica no resuena mas que por intérvalos como el grito de la agonía, entrecortado por siniestros cantos, roncos y chillones como el rumor de la sierra en contacto con la acerada lima, tristes como el ruido de un martillo cuando golpea una tumba.

»España! España! que fué de tí? que roedor gusano ha mordido tus entrañas? Ánimo! Ánimo! no oyes, á léjos, resonar la voz de tus triunfos?

---

(1) Algunos estrangeros han calificado á los españoles de traidores: esta es la injusticia mas grande que se podia hacerles. Los españoles se hallaban tan léjos de ser traidores, que este es el único crímen que no perdonan jamás á su enemigo.

»Tú estiendes á un mismo tiempo tu imperio sobre las cuatro partes del mundo... Un rey conquistador se sienta sobre el trono donde velan eternamente los horribles leones y la voz de la reforma repite en todas partes estos dos nombres mágicos: España y Cárlos V!

»Si pero alguien responde con voz triste:

—»El rey todo lo hace por su gloria; nada por su pátria! Y mientras el orbe corona á Cárlos V, yo sigo esclava y oprimida y mi voz se pierde en el inmenso desierto de este real egoismo! (1).

—»Cuando yo grito ávida de tranquilidad y de reposo: Gloria! libertad! filosofía! se me contesta: Conquistas! riquezas! despotismo!

—»La ignorancia, con su negro manto, ha cubierto mi frente de tinieblas y la única luz que se deja llegar hasta mí es la de las hogueras que devoran mis entrañas (2). Y esto no obstante, se me llama grande porque ten-

(1) Todos los historiadores convienen en que Cárlos V era un monarca egoista. Este egoismo y esta ambicion se han demostrado por la deslealtad de que dió pruebas en las córtes de Aragon, de Castilla y de Cataluña, cuando en 1510 y 1512, éstas le pidieron, á nombre de la España oprimida, la reforma del Santo-Oficio que el emperador concedió, pero que no cumplió nunca.

(2) La España, efectivamente, podia decir que las hogueras devoraban sus entrañas cuando en el espacio de 339 años 34658 españoles fueron quemados vivos por el Santo-Oficio y 18049, fueron quemados en efigie. Esto sin contar 288214 que fueron condenados á galeras ó á cárcel perpétua y mas de 200000 que fueron condenados por algun tiempo, ó perpétuamente á llevar el sambenito, quedando deshonrados ellos y sus descendientes.

go en lejanos países guerreros que gobiernan en mi nombre; se me llama grande porque mi pabellon flota sobre un mundo; se me llama fuerte porque soy dulce y paciente y porque todos los dias se echa sobre mis llagas un manto de gloria y de orgullo para velarlas... y para que el rumor de los cerrojos ahogue los tristes gritos de mi profunda agonía!...

—»Oh! vivir, vivir y respirar por solo un dia el aire de la libertad! vivir y marchar impulsada por mi propia fuerza hácia la senda del porvenir!

»Hé ahí como habla la España; mas al oir sus quejumbrosos gritos, los vampiros adelantan en la sombra, vuelven á empujarla hácia su húmedo sepulcro, y encogidos sobre sus secos miembros chupan las últimas gotas de sangre que aun circulaban en su cuerpo.

»Oh! tened piedad de la pobre España! No apagueis la última chispa que aun le queda de vida!... Permitid que vuelva á la existencia!... Dejadla el tiempo necesario para recobrar la sangre que ha perdido!

«Pero nó... los vampiros no sienten piedad... su víctima, perdida y moribunda, carece ya de ese postrer soplo, de esa apariencia de vida que le daban las victorias de Cárlos V.

---

Estas cifras que condenan elocuentemente al Santo-Oficio, son históricas. Por lo demás hé ahí un cuadro que copiamos testualmente de la *Historia de la inquisicion* de Llorente y que se encuentra asimismo en la *Historia de la Revolucion de España* en 1820 por Ch. L., publicada en París en igual año.

**Resúmen general de las víctimas que la Inquisicion sacrificó en España desde 1481 hasta 1820 durante el gobierno de 45 inquisidores.**

| | Quemados vivos. | Quemados en efigie. | Condenados á cárcel ó á galeras. |
|---|---|---|---|
| Desde 1481 á 1498, bajo el gobierno de Tomás Torquemada, primer inquisidor general. | 10,220 | 6,480 | 97,371 |
| Desde 1498 á 1507, durante el gobierno de Deza, segundo inquisidor general. | 2,592 | 829 | 32,952 |
| Desde 1507 á 1517, bajo Cisneros, tercer inquisidor general. | 3,564 | 2,232 | 48,059 |
| Desde 1517 á 1521, bajo Adriano Florencio, cuarto inquisidor general. | 1,620 | 560 | 21,855 |
| Desde 1521 á 1523, interregno. | 324 | 112 | 4,481 |
| Desde 1523 á 1545, bajo Alfonso Manrique, quinto inquisidor general. | 2,250 | 1,125 | 11,250 |
| Desde 1545 á 1556, bajo Tabera, sexte inquisidor general. | 840 | 420 | 6,250 |
| Durante Loaisa, séptimo inquisidor y en todo el reinado de Cárlos V. | 1,320 | 660 | 6,600 |
| Desde 1556 á 1597, bajo el reinado de Felipe II. | 3,990 | 1,845 | 18,450 |
| Desde 1597 á 1621, bajo el de Felipe III. | 1,840 | 692 | 10,716 |
| Desde 1621 á 1665, bajo el de Felipe IV. | 2,852 | 1,428 | 14,080 |
| Desde 1665 á 1700, bajo el de Cárlos II. | 1,630 | 540 | 6,512 |
| Desde 1700 á 1746, bajo el de Felipe V. | 16 | 760 | 9,120 |
| Desde 1746 á 1759, bajo el de Fernando VI. | 10 | 5 | 170 |
| Desde 1759 á 1798, bajo el de Cárlos III. | 4 | » | 56 |
| Desde 1798 á 1808, bajo el de Cárlos IV. | » | 1 | 42 |

En este cuadro vá comprendido el reinado de Fernando VI, durante el que mas de cien mil personas tuvieron que sufrir la cárcel, el destierro ó el presidio. Tambien se podria añadir el incalculable número de víctimas que la inquisicion de España sacrificó en Sicilia, en Cerdeña, en Flandes y en las Indias. Una palabra mas: aparte de las víctimas condenadas por el Santo-Oficio cinco millones de habitantes dejaron el hermoso suelo de España y emigraron á naciones estrañas para sustraerse á tanta crueldad y despotismo Así se comprende como su poblacion que en tiempo de los árabes contaba treinta y cinco millones de habitantes se redujera á diez millones.

»Al rey conquistador le sucede un espectro.

»Este espectro reina en el vacío y las tinieblas. Los vampiros sus fieles satélites se reunen en torno suyo y con sus huesosas y descarnadas manos acabarán de impulsar hácia la tumba el cadáver de la pobre España.

»Y la España, fatigada de la lucha, guardará entonces un reposo muy parecido á la muerte. Se ha echado encima de ella el sudario que le separa de la vida; y sobre su cuerpo hinchado, casi insensible, se agitan con la torpeza de su claustral existencia los inquisidores y los frailes. Sacan la sangre del cadáver y no pasa un dia sin que millones de hogueras, devoren un fragmento de este cadáver inmóvil.

»El cadáver se convierte en esqueleto.

»Y sin embargo aun no ha concluido todo.

»La vida puede brotar de las cenizas... Qué bienhechora luz resplandece en lontananza?... El polvo se despierta y se anima... La España no estaba mas que dormida.

»Pero ay! este sueño se prolongará aun mucho tiempo y nosotros quizá no veremos los dias en que la felicidad brillará para la pátria. A nosotros no nos queda mas que el destierro y su pan triste y amargo!... A nosotros no nos queda mas que la lucha, la lucha constante y eterna, porque aunque no vivamos en España ayudaremos tambien á la regeneracion de ella y del mundo entero!...»

La jóven cesó de hablar: su frente se hallaba empapada de sudor y su cuerpo agitado por un temblor convulsi-

vo estaba próximo á desmayarse: Dolores cerró sus ojos y se dejó caer á los piés de Estéban.

Vargas la cogió en sus brazos, sentóse en un rollo de cuerdas y apoyó sobre su pecho la hermosa cabeza de la jóven. Esta, cansada por tantas emociones y fatigas, se durmió sobre el seno del hombre que tanto amaba.

En aquel instante se entraba en pleno Océano y el viento mas fresco que nunca hinchó con mas brio las velas de aquel buque.

La luna, asomando en el cielo su pálido semblante, hirió con uno de sus rayos el hermoso rostro de Dolores.

El mar se parecia á una plancha de bruñido acero sembrada de movibles y abrillantadas colinas.

En aquella vasta soledad reinó el mas profundo silencio y el navío deslizándose en las espumosas ondas como una flecha, llevó á los desterrados hácia esa lejana tierra donde la aurora de la libertad brillaba.

Quizás algun dia volveremos á encontrarles.

**FIN.**

# ÍNDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN LA PRESENTE OBRA.

## TOMO PRIMERO.


| | | Página. |
|---|---|---|
| I. | El barrio de Triana. .. . . . . | |
| II. | El palacio de la Garduña. .. . . . . | 5 |
| III. | Dolores. .. . . . . | 43 |
| IV. | La Giralda... . . . . | 54 |
| V. | Una colacion entre frailes. . . . . | 69 |
| VI. | La casa del hereje.. . . . . | 74 |
| VII. | D. Estéban de Vargas. . . . . | 90 |
| VIII. | Manofina. . . . . | 108 |
| IX. | El favorito del inquisidor. . . . . | 123 |
| X. | La profesion.. . . . . | 137 |
| XI. | La pasion de un inquisidor.. . . . . | 148 |
| XII. | El Rastro.. . . . . | 167 |
| XIII. | Un milagro. . . . . | 180 |
| XIV. | En que se continúa hablando de José. . . . | 197 |
| XV. | La abadesa de las Carmelitas . . . . . | 206 |
| XVI. | La gazofia. . . . . | 219 |
| XVII. | La cabalgata.. . . . . | 229 |
| XVIII. | La cólera del pueblo. . . . . | 241 |
| XIX. | El amuleto de Torquemada.. . . . . | 251 |
| XX. | La cita. . . . . | 260 |
| XXI. | El puerto de despeñaperros.. . . . . | 270 |
| XXII. | El tribunal. . . . . | 279 |
| XXIII. | La cámara del tormento.. . . . . | 293 |
| XXIV. | Los calabozos de la inquisicion. . . . . | 301 |

| | | |
|---|---|---|
| XXV. | Un dia de fiesta en Sevilla. . . . . | 313 |
| XXVI. | La cámara de misericordia. . . . . | 329 |
| XXVII. | El santo y seña. . . . . | 338 |
| XXVIII. | Candor é hipocresía. . . . . | 355 |
| XXIX. | La tortura del agua. . . . . | 371 |
| XXX. | La cámara de la penitencia. . . . . | 389 |
| XXXI. | Madrid. . . . . | 404 |
| XXXII. | El paseo del Rey. . . . . | 416 |
| XXXIII. | Cárlos V. . . . . | 428 |
| XXXIV. | La sortija y el billete. . . . . | 447 |
| XXXV. | La cita. . . . . | 458 |
| XXXVI. | El baño. . . . . | 469 |
| XXXVII. | Padre é hija. . . . . | 478 |
| XXXVIII. | Las proposiciones . . . . . | 489 |
| XXXIX. | El amor de Aldonza . . . . . | 500 |
| XL. | El embozado. . . . . | 513 |
| XLI. | El rey y el caballero . . . . . | 524 |
| XLII. | Las comunidades de Castilla. . . . . | 537 |
| XLIII. | Los tres caudillos . . . . . | 554 |
| XLIV. | El mensajero. . . . . | 568 |
| XLV. | Los campos de Villalar. . . . . | 580 |
| XLVI. | La sentencia . . . . . | 598 |
| XLVII. | El Cadalso. . . . . | 617 |
| XLVIII. | Un ausilio oportuno. . . . . | 631 |
| XLIX. | Las pesquisas de Aldonza. . . . . | 644 |
| L. | Proyectos de marcha . . . . . | 657 |
| LI. | Rodriguez de Valero. . . . . | 669 |
| LII. | Las declaraciones. . . . . | 687 |
| LIII. | La firma del rey. . . . . | 710 |
| LIV. | El confidente de Arbués. . . . . | 721 |
| LV. | El mensaje de Doña Aldonza. . . . . | 732 |
| LVI. | Las órdenes del rey. . . . . | 748 |
| LIVI. | El amor de Enriquez. . . . . | 759 |
| LVIII. | Las proposiciones. . . . . | 768 |
| LIX. | Las lechuzas del Santo-Oficio . . . . . | 781 |

LX. La sala de las declaraciones. . . . . 792
LXI. Los preparativos del tormento. . . . . 805
LXII. La tentativa de Arbués. . . . . 815
LXIII. La tortura del agua . . . . . 829

---

## TOMO SEGUNDO.

I. La Inquisicion pintada por un fraile . . . 5
II. La tortura del fuego. . . . . 17
III. Un protector de Aldonza. . . . . 29
IV. Las dos rivales. . . . . 39
V. El subterráneo. . . . . 57
VI. La sesion. . . . . 65
VII. Planes de salvacion. . . . . 81
VIII. Confidencias de Arbués. . . . . 94
IX. Un muerto que está vivo. . . . . 106
X. La sala de la muerte . . . . . 118
XI. La conspiracion. . . . . 136
XII. Dos eremitas. . . . . 148
XIII. El baile de Candil . . . . . 162
XIV. Un complot. . . . . 181
XV. Un hombre misterioso. . . . . 193
XVI. Un sermon en las esquinas . . . . . 205
XVII. El auto de fé. . . . . 225
XVIII. El último suspiro. . . . . 250
XIX. Revelaciones de José. . . . . 260
XX. El sueño de Aldonza. . . . . 273
XXI. El despertar de Aldonza . . . . . 284
XXII. Un ausilio á tiempo. . . . . 297
XXIII. Recuerdos de Aldonza. . . . . 309
XXIV. Proyectos de marcha. . . . . 322
XXV. Los bandidos. . . . . 333
XXVI. La sorpresa. . . . . 349
XXVII. La cena. . . . . 366

XXVIII. El primer amor... . . . . 378
XXIX. Continuacion del anterior . . . . . 393
XXX. El encarcelamiento. . . . . 407
XXXI. La visita inesperada. . . . . 418
XXXII. El secretario de Arbués. . . . . 434
XXXIII. El interrogatorio. . . . . 446
XXXIV. Regreso á la aldea. . . . . 454
XXXV. Abnegacion y sacrificio. . . . . 465
XXXVI. Un minero misterioso. . . . . 477
XXXVII. El dos de oros y el caballo de espadas. . . . 489
XXXVIII. Un ascenso en las entrañas de un monte . . . 502
XXXIX. Las esperanzas de Juana . . . . . 514
XL. Proyectos del dominico. . . . . 527
XLI. La promesa de Manofina . . . . . 536
XLII. La inventiva de un fraile . . . . . 547
XLIII. Los hombres del antifaz. . . . . 560
XLIV. Ir por lana y quedar trasquilado. . . . . 572
XLV. Temores de la señorita de Argoso. . . . . 582
XLVI. El subterráneo. . . . . 592
XLVII. El descenso al rio. . . . . 604
XLVIII. El ataque. . . . . 617
XLIX. La alocucion del apóstol. . . . . 629
L. La libertad de Arbués. . . . . 642
LI. Proyectos de venganza . . . . . 653
LII. La Campana. . . . . 663
LIII. El postrer dia de disimulo. . . . . 674
LIV. Un sacerdote segun el Evangelio. . . . . 684
LV. Matrimonio y funerales . . . . . 699
LVI. La justicia de Dios. . . . . 722
LVII. El juicio de los hombres . . . . . 740
LVIII. En capilla. . . . . 771
LIX. El suplicio de la rueda. . . . . 782
LX. La despedida. . . . . 798

# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACION DE LAMINAS

DE LOS

# MISTERIOS DE LA INQUISICION.

### Tomo Primero.


| | Páginas. |
|---|---|
| Portada. . . . . | 1 |
| El impúdico dominico bajó la cabeza y retrocedió. . . . | 52 |
| Vaya, gritó Culebrina, chispeando de cólera sus ojos. . . | 116 |
| Locuela! esclamó el fraile, tienes miedo del infierno cuando estamos en el cielo?. . . . . | 218 |
| El Tribunal. . . . . | 292 |
| Levantaron su cuerpo hasta la bóveda. . . . . | 298 |
| ¡Monseñor!... gritó José abriendo de par en par la puerta. | 368 |
| Castigo del látigo. . . . . | 375 |
| Castigo del agua. . . . . | 379 |
| Sed bienvenido, caballero; tomad asiento. . . . . | 459 |
| Por piedad, caballero, por piedad!..... | 474 |
| Y estampó un beso en mis lábios. . . . . | 498 |
| ¡Miserable! . . . . . | 776 |


### Tomo Segundo.


| | |
|---|---|
| Castigo del fuego. . . . . | 18 |
| La cabalgata. . . . . | 221 |

En este estado los infelices escucharon su sentencia. . . 236
Adios, amaos siempre . . . . . 255
José. . . . . 724
¡Acuérdate de Paula! . . . . . 731
El suplicio de la rueda. . . . . 788

# OBRAS TERMINADAS Y EN PUBLICACION

## A LAS CUALES SE ADMITEN NUEVAS SUSCRICIONES.

| | | |
|---|---|---|
| *Historia de los Papas y de los Reyes,* por Mauricio de La Chatre.—Consta de 4 tomos, precio. . . . . | 272 | rs. |
| *Los Tribunales Secretos,* historia por Pablo Feval, 2 tomos. . . . | 132 | » |
| *Historia de la Prostitucion,* por Pedro Dufour, 2 tomos. . . . . | 100 | » |
| *Los Misterios de París,* por Eugenio Sué, 2 tomos. . . . . | 100 | » |
| *El Hijo del Diablo,* por Pablo Feval, 2 tomos . . . . . | 78 | » |
| *Historia crítica de la Inquisicion de España,* por D. Juan A. Llorente, 1 tomos.. . . . . | 72 | » |
| *El Parnaso Español,* por Francisco de Quevedo, 1 tomo. . . . . | 47 | » |
| *Memorias de un Marido,* por Eugenio Sué, 1 tomo. . . . . | 52 | » |
| *Historia de los Estados-Unidos,* por D. José Comas, 1 tomo. . . . | 40 | » |
| *Historias de las Antillas,* por D. José Comas, 1 tomo. . . . . | 37 | » |
| *Historia de un jóven pobre,* por Octavio Feuillet, 1 tomo. . . . . | 18 | » |
| *Los derechos del Hombre,* por Eugenio Palletan, 2 tomos. . . . . | 8 | » |
| *Idea general de la Revolucion en el siglo XIX,* por P. J. Proudhon, 1 tomo.. . . . . | 12 | » |
| *Ignacio el estudiante, ó un deber político,* por Antonio I. Fornesa, 2 tomos. . . . . | 56 | » |
| *El Expósito del Ródano,* novela moral por D. Victor Rosselló, 1 t. | 44 | » |
| *Rosa la Cigarrera de Madrid;* por D.ª Faustina Saez de Melgar, 2 tomos. . . . . | 46 | » |
| *Matilde ó la mujer del gran mundo,* por E. Sué, 2 tomos. . . . . | 45 | » |
| *Historias Estraordinarias,* por Hoffman, Poé, etc., 1 tomo. . . . | 72 | » |
| *El Conde de Monte-Cristo,* por Alejandro Dumas, 2 tomos.. . . . | 58 | » |
| *La Condesa de Monte-Cristo,* por Du Boys, 2 tomos. . . . . | 38 | » |
| *Los Hijos de Familia,* por Eugenio Sué, 1 tomo. . . . . | 40 | » |
| *Miserias Imperiales,* por el mismo, 1 tomo. . . . . | 30 | » |
| *Pobre Madre!...* Novela original de D. J. Belza. . . . . | 52 | » |
| *El Caballero del Silencio,* por J. de Dios Mora. . . . . | 45 | » |
| *La Soberanía Nacional ó el último suspiro de un trono,* por D. Juan Belza, 2 tomos. . . . . | 49 | » |
| *Historia de XX siglos. Los Hijos del Pueblo,* por E. Sué, 4 tomos. | 142 | » |
| *Jaime el Barbudo,* por Sales Mayo, 1 tomo. . . . . | 26 | » |

| | | |
|---|---|---|
| *Roma Contemporánea*, por Edmundo About, 1 tomo. . . . . | 8 | » |
| *Las Grandes Damas*, por Arsenio Houssaye, 4 tomos. . . . . | 24 | » |
| *Las Mil y una Noches de París*, por id. id., 4 tomos. . . . . | 24 | » |
| *Las Mujeres de París*, por id. id., 4 tomos. . . . . | 24 | » |
| *El amor, como es él*, por id. id., 1 tomo. . . . . | 6 | » |
| *Memorias de un Confesor*, 1 tomo. . . . . | 4 | » |
| *Cartagena*, por S. Gimenez, 1 tomo. . . . . | 4 | » |
| *Historia del Amor*, por Amancio Peratoner, 2 tomos . . . . . | 144 | » |
| *Misterios de la Inquisicion de España*, por Fereal, 2 tomos. . . | 52 | » |
| *El Fraile*, Por Lewis, 1 tomo. . . . . | 16 | » |

---

## EN PRENSA.

*Historia de la prostitucion* (1600 á 1876) por A. Peratener, constará de 2 tomos.—Se publica por entregas, á un cuartillo de real.

*La Guerra de Oriente*, edicion de gran lujo. Por entregas á cuartillo de real.

*La vanidad de una madre y la perdicion* de una hija, por E. Sué.—Edicion económica por entregas.

PQ
2445
S8M86
t.2

Suberwick
Misterios de la Inquisición de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY